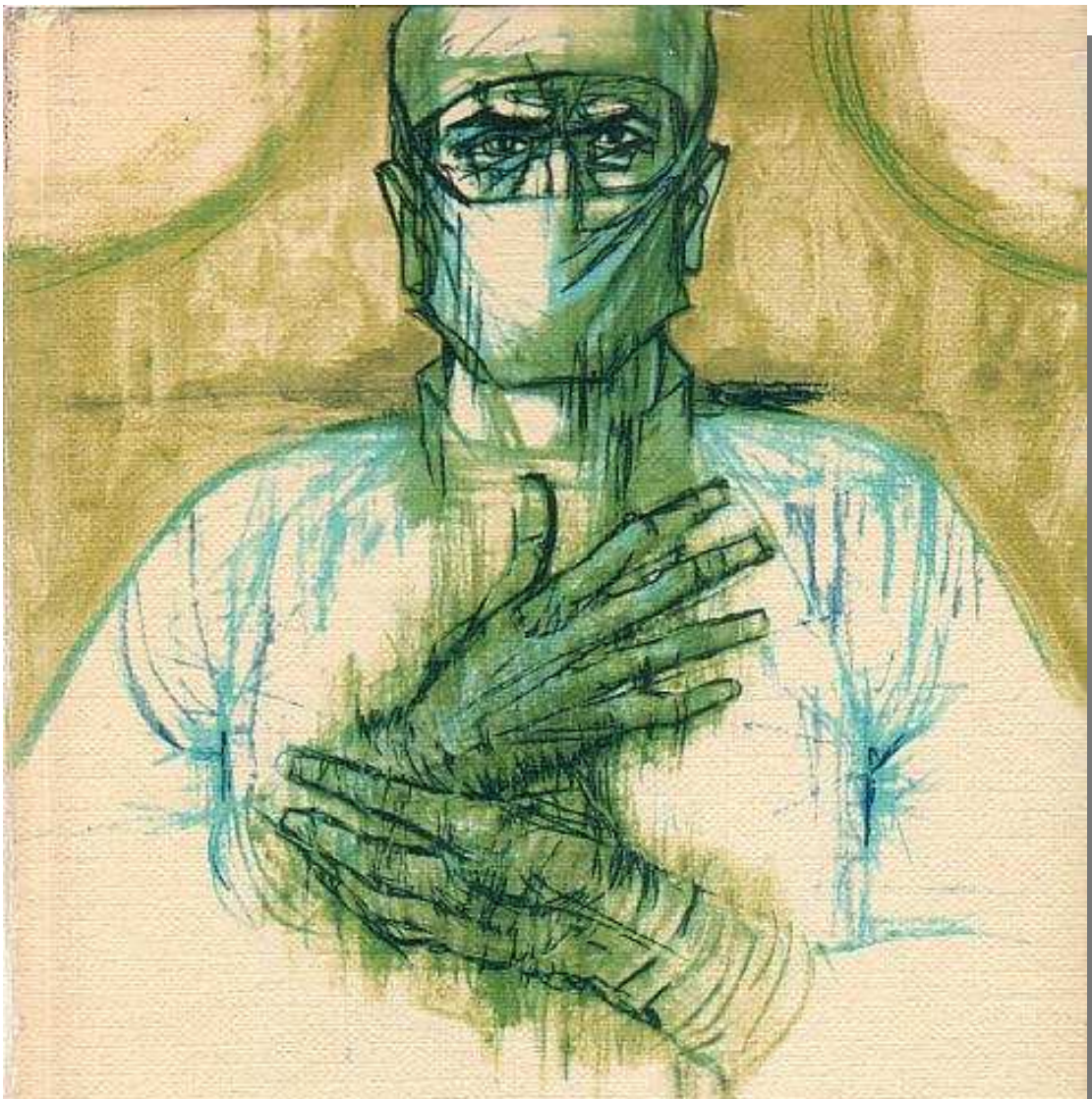
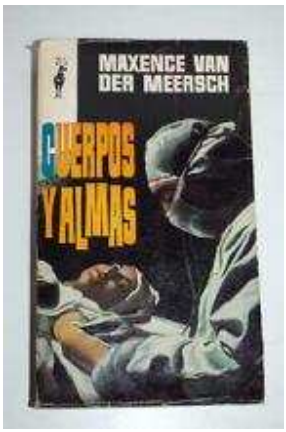


Maxence van der Meersch

CUERPOS Y ALMAS

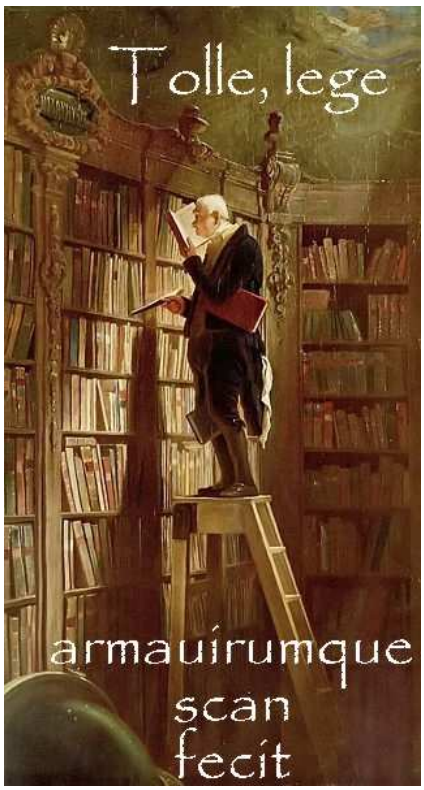
MAXENCE VAN DER MEERSCH

CUERPOS Y ALMAS



EDICIONES G. P. — BARCELONA
© Ediciones G. P., 1964
Depósito Legal: B. 20.112-1964
Número de Registro: 2.314/59
Título original: *Corps et âmes*
Versión castellana de Salvador Marsal
Portada de SERRABONA
Difundido por PLAZA & JANÉS, S.A.
Barcelona: Enrique Granados, 86-88
Buenos Aires, Montevideo, 333
México D.F.: Amazonas 44
Bogotá: Carrera 8ª. núms… 17-41
LIBROS RENO son editados por Ediciones G.P.,
Apartado 519 Barcelona e impresos por Gráficas Guada, S.R.C.
Rosellón, 24, Barcelona - ESPAÑA

La otra edición seguida es la que licenció PLAZA & JANÉS para Círculo de Lectores, Depósito Legal B. 30292-65 en septiembre de 1965, con cubierta de Cobos [entre ambas existen pequeñas diferencias textuales]



http://www.poeticsandchristianity.org/2004/12/actualidad_de_m.html

Actualidad de Maxence Van der Meersch

Alfredo Méndiz *nos propone en el presente texto las coordenadas vitales e intelectuales de la obra literaria de Maxence Van der Meersch. Autor prácticamente imprescindible a mediados del pasado siglo, poco después de su muerte prematura en 1951, a los 43 años, la obra de este Premio Goncourt (1936) ha ido quedando rápidamente en la oscuridad. Sus obras son sin duda testimonio directo de una época muy concreta, pero también (lejos del populismo, del paternalismo o del moralismo que la crítica le adjudica) forman de algún modo parte del patrimonio que se nutre de las raíces cristianas de la cultura europea [JJGN].*

UN ESCRITOR OLVIDADO: MAXENCE VAN DER MEERSCH

Por Alfredo Méndiz

Desde las campañas de Julio César hasta el desembarco de Normandía, la franja de tierra que se extiende en torno a la frontera entre Francia y Bélgica ha sido el gran estadio militar en el que de generación en generación se han medido los ejércitos europeos: para el historiador, topónimos como Azincourt, San Quintín, Waterloo, Sedan, Ypres, Dunkerque y otros muchos evocan hechos de armas muy desparramados a lo largo del tiempo pero muy cercanos en el espacio.

Ese perenne campo de batalla continental es la patria de Maxence Van der Meersch, un escritor en el que el explosivo confín entre las contradictorias aspiraciones de una Europa en crisis permanente parece hecho no de tierra, mar y aire sino de carne y espíritu; o, por decirlo con sus propias palabras, de cuerpos y almas. El escritor obrero Maxence Van der Meersch es hijo de franceses pero nieto de belgas. Nace en 1907 en Roubaix, muy cerca de la frontera. Los Van der Meersch habían llegado a Francia en 1860, cuando el abuelo Louis, persona sencilla pero sensible, se había establecido en la pequeña localidad de Bondues como organista de la parroquia.

Tampoco el padre de Maxence, Benjamin, carecía de sensibilidad, pero de hecho se había orientado hacia la actividad comercial. Más de fondo eran, entre el padre y el abuelo, las diferencias en materia religiosa: Benjamin Van der Meersch, incrédulo y anticlerical, era muy distinto de su progenitor, un hombre piadoso que había transcrito a mano un extenso libro de oraciones para que su mujer, que tenía muchas dificultades con el francés y se atascaba ante la letra impresa, pudiera rezar todos los días en neerlandés.

Durante la Primera Guerra Mundial, Roubaix fue ocupada por los alemanes y sufrió las dramáticas penalidades que Van der Meersch reflejará en *Invasión 14* (1935), para muchos su mejor novela. Él lo pasó en aquellos años realmente mal: mientras su padre, para resarcirse de una quiebra infeliz que poco antes le había obligado a huir a Bélgica, se dedicaba al contrabando, la madre, separada de Benjamin y absorbida por su propio negocio (una taberna), había delegado de hecho el cuidado de su hijo en la hermana y la abuela paterna de éste. Ambas murieron durante la guerra. La pérdida de Sarah, su única hermana, siete años mayor que él, fue para el pequeño Max el golpe más duro de todos los de aquella época siniestra de guerra, penuria económica y desavenencias familiares.

Terminada la guerra, los negocios del padre, con quien Maxence vivía, levantaron el vuelo. También los suyos iban viento en popa: Vander, como le llamaban los amigos, se demostró en la escuela un estudiante excepcional, y a nadie extrañó que en el momento de ingresar en la Universidad optara por estudiar dos carreras a la vez, Derecho y Letras.

En 1927 conoce a una joven obrera, Thérèze Denis, y de inmediato se enamora. Sabe que esa relación no agrada a su padre, pero no está dispuesto a ceder. Llegado el día en que Benjamin le expone lo que piensa, la discusión se encrespa y Max acaba haciendo las maletas y abandonando su hogar para instalarse con Thérèze y sus dos hermanos pequeños en la modesta casa que él mismo les ha conseguido. Seguirá tomando a diario el tren de Lille para asistir a sus clases en la Universidad, pero además se ha de poner a buscar trabajo.

"**Trabajador de la pluma**": así se describirá a sí mismo con frecuencia algunos años después, en particular ante ese ser al que ha convertido en objeto y destinatario de su obra, el trabajador de la fábrica. Al tener que escribir para vivir, Maxence Van der Meersch descubre un nuevo mundo: se siente metido en la vida real. Sus anteriores pinitos literarios en publicaciones universitarias se le caen de las manos como una frivolidad infantil. Ahora tiene algo que contar: se ha asomado al pozo de la vida y ha observado su negrura. La vida de Thérèze, breve aún pero terrible, está ahí para que él la dé a conocer, y la da a conocer en *El pecado del mundo* (1934), primer volumen de la trilogía *La hija pobre*. La guerra, con todo su horror, también pide ser contada, y Van der Meersch la cuenta sin eufemismos en Invasión 14. Desde que estudiaba en el liceo le había fascinado Zola, con su naturalismo hecho de una observación exhaustiva, "científica", de la realidad, y en especial de sus aspectos más sórdidos: como él, Maxence Van der Meersch observa todo minuciosamente, en la mejor tradición flamenca, se documenta, prepara miles de fichas sobre lugares y personajes; y, también como él, no es inmune, sobre todo en sus primeras novelas, a un cierto fatalismo determinista. "En la casa del obrero, ya se sabe", escribe en *Cuando enmudecen las sirenas* (1933): "sueños de honradez que se repiten de madre a hija pero que jamás se cumplen".

Más aún, muchas veces Van der Meersch encontrará sus temas en los mismos motivos que habían interesado al jefe de filas del naturalismo: una huelga (*Cuando enmudecen las sirenas*), la guerra (*Invasión 14*), la prostitución (*Femmes à l'encan* —en castellano, *Una esclavitud de nuestro tiempo*—, 1945)… El editor Albin Michel, con cuya confianza contaba desde su primera novela (*La casa de las dunas*, 1932), no hacía ascos a ese tipo de literatura, y fue publicando uno tras otro todos los títulos que salían de la pluma de Van der Meersch, que en esto fue realmente afortunado. En 1936, Maxence Van der Meersch y Albin Michel verán recompensados sus esfuerzos con la concesión del premio Goncourt a La huella del dios, la conmovedora historia de Karelina, una campesina frágil e inocente en un mundo hipócrita, tremendo, brutal.

En 1929 Thérèze ha tenido una hija que, en memoria de la hermana difunta de Max, ha recibido el nombre de Sarah. Por su parte, los hermanos de Thérèze se han independizado. Como, entre tanto, Benjamin Van der Meersch no sólo se ha reconciliado con su hijo sino que se ha convertido en su agente literario, nada parece impedir que la joven pareja formalice su unión. En 1934 contraen finalmente matrimonio ante el abbé Pinte, un sacerdote culto y abnegado que durante la guerra había intervenido en actividades de resistencia y al que Van der Meersch había acudido en busca de datos para *Invasión 14*.

Desde luego, el trato con el abbé Pinte tuvo mucho que ver con el acercamiento de Van der Meersch a la Iglesia. En realidad, él siempre había sido creyente —hay rastros evidentes de fe también en sus primeras novelas—, pero sólo a mediados de los años treinta se convirtió en el hombre graníticamente católico que sus biógrafos y críticos actuales reconocen en él. La novela de su conversión es *El elegido* (1937): el protagonista, Siméon, es el propio autor apenas disfrazado. A continuación Van der Meersch

escribirá *Pescadores de hombres* (1940), sobre un militante de la J. O. C., una iniciativa de origen belga con la que se entusiasma y que en cierto modo sintetiza en tres palabras (Juventud Obrera Cristiana) el perfil del hombre nuevo que él tiene en la mente como antítesis de ese hombre viejo, burgués y agnóstico que ha envenenado a Europa, de ese personaje nefasto cuya respetabilidad en tantas de sus novelas queda por los suelos.

El Zola cristiano

Cuando se convirtió, Van der Meersch ya estaba formado literariamente, era ya un escritor naturalista. Y no pensó que a partir de entonces tuviera que dejar de serlo: su intención era claramente ser un escritor naturalista y cristiano. Por eso se le ha llamado a veces el Zola cristiano.

Sin embargo, al menos a primera vista no se puede decir que naturalismo y cristianismo sean dos sustancias perfectamente armonizables. Es más, algunos pasajes menos afortunados de las novelas de Van der Meersch parecen más bien confirmar que son como el agua y el aceite, incapaces de mezclarse: los abruptos sentimientos de caridad cristiana de Van Bergen, en *La huella del dios*, al recibir un disparo mortal, o las anónimas consideraciones morales de las últimas páginas de *Cuerpos y almas*, a modo de oráculo, resultan incongruentes y artificiales en el cuadro de conjunto de cada una de esas novelas, en las que el naturalismo —un naturalismo muy material, muy pegado a la tierra— forma parte, y parte importante, del pacto de lectura entre el autor y su público (el cristianismo no: el cristianismo es punto de llegada, más que de partida).

Entre los escritores católicos activos en Francia en la primera mitad del siglo XX, la oposición al naturalismo era un rasgo común: el naturalismo, había escrito Claudel en 1913, "lejos de utilizar al hombre por entero, deja lo mejor en desamparo y no conduce más que al pesimismo y a la tristeza de la impotencia". Para Van der Meersch, en cambio, el espectáculo de una humanidad salpicada de prostitutas, invertidos, tuberculosos, epilépticos, cretinos, sádicos…, no es una bofetada para quien cree en la providencia de Dios, sino para quien sólo cree en sí mismo ("sólo existe el Yo": tal es el credo de uno de sus personajes, Jean Doutreval). En Cuerpos y almas, el hijo deforme —un verdadero monstruo— de Valérie Géraudin, apartado de la familia y atendido por personas de confianza en otra ciudad, es para la madre como un sacramental intuido y rechazado: "Su hijo le daba miedo y prefería no verlo […]. Le tenía miedo, como tenemos miedo con frecuencia de lo que nos puede salvar". Apuntes como éste son los que mejor denotan la inspiración moral y religiosa de Van der Meersch: decepcionante a veces en la enunciación explícita del misterio cristiano, no le falta el don de hacerlo presente de modo implícito, subrepticio, con una eficacia basada en el estímulo que representa siempre para la mente del lector el desafío de lo apenas esbozado, de lo que pide una sucesiva elaboración personal, unas conclusiones. Y a ello contribuye decisivamente el hecho de que por lo general Maxence Van der Meersch escoja la materia que va a ofrecer a la consideración de su público precisamente entre lo que más puede conmocionar, incluso por vía de repugnancia, su sensibilidad.

Naturalmente, no es sólo la deformidad física lo que Van der Meersch utiliza como resorte, sino también, en medida mucho mayor, la deformidad moral, la desviación del comportamiento que hace del hombre una fiera salvaje. La animalidad del hombre tiene así en Van der Meersch a uno de sus observadores más crudos, también en las ocasiones en que recurre a "epifanías animales" de violenta expresividad para iluminar los aspectos más brutales de la naturaleza humana. En *Cuando enmudecen las sirenas* dos niños crueles torturan a conciencia a un gato hasta que deja de respirar, y a continuación lo despellejan de arriba abajo y lo cuelgan de un tendedero, momento en que el gato, antes de morir definitivamente, emite un maullido aterrador que pone en fuga a sus dos verdugos. El gato es aquí la imagen de los obreros de Roubaix en huelga, protagonistas de la novela: despojado de todo, hasta de su dignidad, al hombre le queda, al menos, la capacidad de hacer oír su grito de muerte. En *La huella del dios* es una pelea de gallos el trasunto animal de la trama humana, del conflicto de pasiones enconadas

entre Van Bergen y Gomar: el gallo de Gomar mata a su contrincante, pero, maltrecho y agotado, apenas sobrevive unos minutos a su propia victoria.

Sin embargo, no todo se resuelve en la autodestrucción del hombre por el hombre. Van der Meersch también deja espacio al desarrollo de lo mejor que el corazón del ser humano puede tener en reserva: muertos Van Bergen y Gomar, queda en pie la abnegación de Wilfrida, viuda de Van Bergen y tía de Karelina (*Sublime perdón* es el empalagoso pero elocuente título con que será presentada en España la adaptación cinematográfica de *La huella del dios*, rodada por Léonide Moguy en 1940). No es algo, de todos modos, que esté al alcance de cualquier personaje. Por lo general, en las novelas de Maxence Van der Meersch los corazones que se comportan con esa generosidad son femeninos: para él, la mujer suele encarnar el lado mejor de la humanidad.

Las últimas batallas

En 1942, después de siete años de trabajo, Van der Meersch publica *Cuerpos y almas*. La idea de la novela había nacido en él el día en que había acudido con su mujer, siempre frágil de salud, al doctor Paul Carton. Van der Meersch no quería que Thérèze muriera de tuberculosis en plena juventud, como su hermana Sarah, y el abbé Pinte le había hablado bien de aquel neumatólogo que propugnaba un tratamiento revolucionario de las enfermedades de pulmón. El doctor Carton imponía a sus pacientes, fundamentalmente, un original régimen alimenticio que requería, por ejemplo, cocer tres veces ciertas legumbres y tomar otras crudas, pero que sobre todo proscribía la sobrealimentación, el recurso más socorrido —junto con otro no menos traumático, el neumotórax— con que contaban los médicos de la vieja escuela para combatir la tuberculosis. Carton, ideólogo aficionado, envolvía sus teorías científicas en una filosofía propia, decididamente antimoderna, que postulaba una recuperación de los valores morales y religiosos y que influyó poderosamente en Van der Meersch. Éste cambió a partir de aquella primera visita a Carton algunas ideas, pero también algunos hábitos alimenticios, ya que, como el singular médico le había demostrado, en realidad su salud no era mejor que la de su mujer.

Cuerpos y almas afronta los dos filones del sistema de ideas de Carton: por un lado, la crítica a la vieja medicina; por otro, la defensa de los valores espirituales. El realismo con que Van der Meersch describe las exploraciones médicas y las intervenciones quirúrgicas, de una crudeza intolerable a veces para sensibilidades delicadas, contribuye a hacer resaltar con gran viveza, con la viveza del contraste, la dimensión moral y espiritual (el alma) de los personajes, de toda esa galaxia de médicos, enfermeras, pacientes… que se juegan todo no tanto en el quirófano como, sobre todo, en su propia conciencia. El protagonista, Michel Doutreval, tiene mucho en común con Van der Meersch: tiene, por ejemplo, una mujer tuberculosa que le conforta en los momentos de angustia porque posee "la fuerza que da el conocimiento de la miseria".

Cuerpos y almas, quizá la única novela de Van der Meersch que a pesar del paso del tiempo ha seguido publicándose regularmente en los principales idiomas, tiene un pulso narrativo firme, una historia sólida y un repertorio de sentencias y máximas que podría haber hecho las delicias de Pascal: más de lo necesario para merecer el enorme éxito que alcanzó. Inevitablemente, la clase médica francesa reaccionó contra lo que consideraba un ataque injusto. En aquella hora no fueron pocos los médicos que confirmaron que el corporativismo del estamento sanitario y los demás males que la novela denunciaba eran reales, pero la ingrata polémica contribuyó a amargar los últimos años de la vida de Van der Meersch.

Lo mismo se puede decir de la polémica que levantó otro libro suyo, *Santa Teresita* (1947), una biografía que, en su afán de naturalismo, escarba en los aspectos menos sobrenaturales del convento en que la santa de Lisieux había vivido. No faltaban documentos que avalaban aquella hagiografía desmitificadora, porque tiempo atrás una hermana de Santa Teresita había escrito, entre otros testimonios en favor de la canonización de ésta, uno en el que la superiora que la había tenido bajo su

autoridad salía muy mal parada. Pero en el momento de la publicación del libro precisamente esa hermana, la Madre Inés (Pauline Martin), era la superiora del convento de Lisieux; y lógicamente no podía aprobar aquella versión cruda, áspera, de la vida de Santa Teresita.

Van der Meersch no era insensible al peligro de que sus obras fueran motivo de escándalo. En 1943, por ejemplo, había escrito *La máscara de carne*, una novela sobre un homosexual, había entregado luego el manuscrito a un sacerdote amigo suyo, el abbé Tiberghien, y ante el parecer negativo de éste había decidido no publicarla (aparecerá sólo en 1958, siete años después de su muerte). Tampoco había publicado el último volumen de *La hija pobre*, por respeto a quienes se habrían sentido identificados en algunos personajes menos amables (también esta novela, La compañera, saldrá póstuma, en 1955). Al mandar a Albin Michel el texto de *Santa Teresita* pensó en pedir la aprobación eclesiástica, pero no estaba seguro de obtenerla y finalmente decidió publicar el libro sin ella. Carente de respaldo oficial y boicoteado por las carmelitas de Lisieux, el libro se convirtió en blanco fácil de los ataques de muchos católicos, y sobre todo de un conocido especialista en Santa Teresita, el abbé Combes. Llegó a intervenir el Vaticano, por medio del Santo Oficio: el libro no fue condenado, pero se invitó discretamente al autor, a través del cardenal Suhard, arzobispo de París, a que moderara algunas expresiones, indicación que daría lugar a un prefacio consensuado entre Van der Meersch y Suhard que se añadirá en futuras ediciones del libro y que reconoce los límites teológicos de una biografía escrita por quien no tiene más credenciales que la de novelista.

Todo esto hizo mella en el ánimo de Van der Meersch. Sobre todo, sin embargo, es en su cuerpo donde por aquellos años se iban advirtiendo síntomas claros de derrota. La guerra recién terminada, en la que había echado una mano a la resistencia, había sido nuevamente una experiencia penosa. Con ayuda de los consejos de Carton, su mujer se había curado, pero él no. En 1947 se traslada a Le Touquet, en la costa, en busca de un aire más sano, pero la muerte, que en poco más de un año se ha llevado a su padre y al doctor Carton, avanza inexorable. Y tiene un nombre que él no quiere oír (de hecho, sólo muchos años después se hará público): tuberculosis. No quiere médicos a su lado, y sólo por carta mantiene el contacto con algunos amigos: Tiberghien, Albin Michel, el pintor Simons… Su carácter se vuelve agrio a medida que el físico se deteriora: le desespera no ser capaz de seguir escribiendo, se queja, discute con Thérèze… Pero también a veces se ilusiona con nuevos proyectos, se deja llevar por ráfagas de optimismo, por arrebatos de ternura. Poco a poco, sin embargo, Maxence Van der Meersch se apaga. Su cuerpo se rinde finalmente a la muerte el 14 de enero de 1951.

Medio siglo después, su fortuna entre los críticos es menos que discreta: populismo, paternalismo o dolorismo son, según los casos, las claves de interpretación habituales de sus novelas, por su atención a la clase obrera y al tema del sufrimiento. Por lo demás, si en los años inmediatamente sucesivos a la Segunda Guerra Mundial las masas devoraban sus libros, hoy le leen sólo algunos pocos exóticos: en estos momentos Van der Meersch es, en Francia, el escritor del Norte, el retratista de una región y una época que tienen un interés más folclórico que general, a pesar de los meritorios esfuerzos de algunos, también en el mundo académico, por universalizarlo.

Sin embargo, el olvido en que ha caído Van der Meersch no está literariamente justificado, y cabe pensar que obedece a motivos reconducibles a corrientes de aguas mucho más profundas que las que conforman las oscilaciones del gusto estético. En este sentido, hay una frase suya en la biografía de Santa Teresa de Lisieux que, ante el precipitado ostracismo de su propuesta de renovación del hombre, sacrificada en beneficio de otros mensajes más conformistas, adquiere tintes de testamento profético: “La humanidad lo acepta todo, lo soporta todo, se deja pisotear sin sublevarse, cubrir de injurias, que la traten como un vil rebaño de ilotas a quienes se desprecia, a quienes se corrompe, a quienes se arrastra al lupanar, al matadero… Todo, salvo que se intente levantarle la cabeza de su propia vomitona, para enseñarle las luces del cielo. ¡Ay de quien, por medio de sus esfuerzos, de sus escritos, de sus palabras, de su solo ejemplo, sueñe con mejorar a los hombres!”.

A mi padre

En recuerdo de gratitud y de afecto por la ternura con que rodeó mi juventud.

LIBRO PRIMERO

ENCADENADO A TI MISMO

Dos ciudades han surgido de dos amores; del amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrestre; del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la ciudad celestial.

SAN AGUSTÍN
De Civitate Dei. Lib. XI, cap. 28)

Carísimos, amémonos los unos a los otros; porque el amor proviene de Dios. Aquel que ama, es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios porque Dios es amor.

SAN JUAN
(Ep. I, cap. IV, 7-8)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Evidentemente, sus compañeros debían de estar al acecho. Apenas entró recibió en el pecho un hueso al que estaban adheridos jirones de carne humana.

Michel empujó suavemente la puerta de la sala de dirección. Era la primera vez que volvía allí después de su regreso del regimiento.

—¡Carniza! ¡Carniza! ¡A la puerta! ¡A muerte! ¡Abajo Michel! ¡Abajo Doutreval! Muera el bisoño. ¡Muera el novato! ¡Carniza! ¡Carniza!

La carniza volaba por los aires, y una treintena de estudiantes, enfundados en batas blancas, aullaban y bombardeaban a Michel con proyectiles de carroña.

Un muchacho, con una incipiente calvicie, y un mancebo de rostro rubicundo, con enormes gafas de carey dirigía el ataque. Michel se agachó debajo de una mesa, recogió la carroña que acababa de serle disparada, y arrojándola contra sus agresores, se precipitó hacia ellos gritando:

—¡Sois un hatajo de cobardes!

Se reunió con el grupo y terminóse la batalla. Y mientras Michel se enjabonaba la cara y las manos en un pequeño lavabo de porcelana, sus compañeros le rodearon estallando en estrepitosas risotadas y dándole palmadas en los hombros.

—Esto no está bien —protestó Michel—. ¡Hacerme eso a mí, un veterano! Bien sabéis que no soy un novato de primer año. ¿Y vosotros, qué? ¿Cómo van las cosas y tú, Seteuil, ¿siempre sin blanca?

—Siempre —respondió Seteuil, el mozarrón calvo—. Di Michel ¿irás esta noche con nosotros, después del banquete?

—Pues claro. ¿A qué hora?

—A las diez —repuso Tillery, el jovencito de las gafas—. A esta hora ya habremos terminado de comer.

—¿Estará también Santhanas?

—Seguramente vendrá a esperarnos.

—¡Nos vamos a divertir de lo lindo! —afirmó Seteuil.

Y expuso sus planes para la noche siguiente. Tillery, cuyo rostro redondo y rubicundo revelaba un aire de gravedad y de atención, escuchaba y aprobaba con gran seriedad todo cuanto se decía mientras limpiaba sus gafas con uno de los faldones de su bata blanca. Cogió el escalpelo y se acercó a un cadáver desmenuzado ya en sus tres cuartas partes, tendido delante de él sobre una mesa de mármol. Todos los músculos habían sido disecados. Aquello no era más que un montón de carne venosa con grandes huesos amarillentos ensartados con largas y blancas hebras fibrosas, parecidas a cordeles. Tillery, con gran minuciosidad, acababa de poner al desnudo los tendones del antebrazo y arrancaba pequeños trozos de carne medio putrefacto con los cuales hacía una bola y los tiraba, como un carnicero, en un cubo que tenía debajo de la mesa. También los otros habían reanudado su disección y, con el cigarrillo en los labios, hacían bromas subidas de tono y soltaban palabras asaz obscenas. Reacción instintiva de una juventud humanamente sumergida en la dura verdad de la condición humana y en los cuales la grosería y el sacrilegio desparpajo no revelan sin duda más que un desesperado afán de curtirse a toda costa el corazón. Seteuil tenía entre manos un pedazo de carne que llevaba aún

adheridos la epidermis y el pelo. Escarbaba el interior y lo volvía de un lado y de otro. Bruscamente, lo examinó un instante de más cerca.

—Escucha, Tillery —dijo—, ¿sabes acaso lo que estás trinchando? ¿Sabes de quién es?

Y al decirlo mostraba el pedazo de carne que sostenía con la punta de los dedos. Era una cabeza humana de la que se habían extraído los huesos, una especie de máscara amarilla, arrugada, estropeada, en la que vagamente podía apreciarse la faz de una vieja mujer.

—No —repuso Tillery.

—Es tu vieja del hospital, la que ha operado Geraudin. ¡Tu flirt, viejo sátiro! No creas que ignoramos que la obsequiabas con tabaco.

Tillery cogió la carátula de carne y la colocó en la palma de la mano.

—Pues es verdad —dijo—. *Merde*!

Durante breves instantes miró fijamente la encogida piel humana. Tras sus gafas de carey sus ojillos grises habían cobrado una extraña seriedad.

—¡Ah, *merde*! —repitió.

Permaneció un instante silencioso. Luego, hubiérase dicho que se sentía avergonzado. Se sonrió. Por dos o tres veces casi estrujó aquel rostro entre sus manos. Después, remedando la voz del anciano profesor Donat, dijo:

—Muy bien, muy bien, señores… Les repito que muy bien…

De repente, recobrando su voz natural, gritó:

—¡Eh, agarra esto, papanatas!

Y, como una bala, lanzó la carátula a Seteuil, que la cogió al vuelo.

Luego la conversación giró de nuevo sobre el banquete de la noche.

Al salir de la Facultad, Michel Doutreval volvió a casa de su padre. Había de acompañar en automóvil a Pruillé, un pueblecito situado a una veintena de kilómetros de Angers, a sus dos hermanas Mariette y Fabienne. En Pruillé, a orillas del Mayenne, estaba enclavada la casa de campo del gran cirujano, el profesor Heubel.

En el parque, durante toda la tarde, Michel, Mariette y Fabienne jugaron al tenis y al croquet con Simone Heubel, la hija del cirujano. Simone Heubel, una muchacha robusta y lozana, con todo el esplendor de sus diecinueve años, sentía una viva inclinación y no lo ocultaba, hacia Michel. Quizá a causa de ella, por un inconsciente deseo de contradicción y a pesar de los atinados consejos de su padre, Jean Doutreval, Michel no parecía tener la menor prisa en declararse.

Estaba ya avanzado el otoño, y a las cinco de la tarde, comenzaba soplar un airecillo fresco. Una tenue neblina envolvía el umbroso y apacible valle de Mayenne. Simone Heubel condujo a sus invitados hacia la quinta. En torno a un fuego de leños tomaron el té, comieron emparedados de queso, jamón dulce, salmón ahumado, pasteles de hígado con ensalada, frutas y configura de naranja. Se charló por ls codos y abundó el regocijo. Luego Michel se puso al volante del potente «Renault» familiar, que en semejantes ocasiones le prestaba su padre, y condujo a su casa a sus hermanas Mariette y Fabienne.

Subió a su cuarto y se cambió la ropa interior y el traje. Y como su poderoso estómago había hecho honor a los emparedados y golosinas de Simone Heubel, resolvió no cenar. Sin advertir a Mariette, su hermana mayor, que no le hubiera hecho el menor caso, bajó con gran sigilo, atravesó el vestíbulo y salió afuera con una maravillosa discreción.

La cita estaba fijada para las diez, una vez terminado el banquete de los internos. Entretanto, Michel se encaminó a la plaza de Armas y entró en el bar moderno y coquetón instalado en los sótanos del hotel Carlton,. En el mostrador consumió un «sandeman» con varias raciones de patatas fritas, algunos

vasos de aguardiente añejo y bizcochos salados. Raoul, el mozo del mostrador del Carlton, conocía el voraz apetito de Michel y le atendía como a un cliente de importancia.

Como era temprano, el bar estaba poco concurrido. Algunas pindongas que sorbían café con leche o comían bizcochos cambiaban de vez en vez algunas palabras o escribían, Dios sabe a quién, interminables cartas.

Acá y acullá algún vejestorio, excesivamente atildado se extasiaba mirando, a través de las gafas, a sus vecinas. El resplandor rojo y violeta de los tubos luminosos se multiplicaba en los espejos. Anchas listas de metal cromado realzaban el oscuro palisandro de las mesas y de las butacas guarnecidas de cuero color granate. Michel lanzó una ojeada en torno suyo en busca de una cara conocida; pero no encontró ninguna. Muchos de sus amigos, estudiantes de medicina, debían hallarse en el banquete de Suraisne. Tras un prolongado bostezo Michel pidió un cuarto «sandeman». Su anchura de espaldas ocupaba en el mostrador un no despreciable espacio. Contemplaba de lejos en el espejo su grande y maciza cabeza. Su faz enrojecida, sus ojos pequeños y negros y sus cabellos castaños, erizados y en forma de cepillo. Y no se juzgaba en verdad muy hermoso.

Alguien le dio una palmada en los hombros y Michel se volvió.

—¡Santhanas!

El amigo Santhanas, un muchacho larguirucho, delgado y pálido, estaba aún más demacrado que de costumbre. Parecía presa de gran turbación.

—¿Te sucede algo?

—Sí. Es una suerte que te haya encontrado en seguida.

—¿Necesitas de mí?

—Sí. Ven conmigo.

Michel pagó y salió seguido de Santhanas.

Afuera, la noche difundía suavemente por el espacio una penumbra violácea. Los escaparates despedían raudales de luz.

Un enjambre de modestas empleadas salía de los despachos y animaban las calles con su bulliciosa juventud y su lujo barato y deslumbrante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michel.

—Ve en seguida en busca de Tillery.

—¿De Tillery? ¿Para qué?

—Tengo en mi cuarto a una mujer con hemorragia. Parece que se trata de un aborto.

Michel miró a Santhanas. Le conocía y sabía de lo que el otro era capaz. Y comprendió.

—Te advierto que Tillery está en el banquete —dijo—. Allí se divierte mucho y quizá no venga…

—No importa. Ve de prisa, corre, tengo miedo. Explícale… No dejará de venir.

—Voy en seguida —repuso Michel.

—Yo también voy. Te espero. Date prisa.

Michel conservó en la mano el sombrero de fieltro, pues jamás sobre su abollada cabezota había podido mantener un sombrero en equilibrio. Y a paso gimnástico se dirigió hacia el barrio de las Facultades, situado al pie del castillo del rey René.

El banquete de los internos del hospital de «L'Egalité» tenía lugar en el primer piso de la «Taverne du Roi René». Aquella fiesta era una vieja costumbre, y, naturalmente, los estudiantes la resucitaban cada año con el celo más ferviente. Sin demasiado rigorismo eran invitados al banquete numerosos estudiantes y alumnos externos. Todos ellos de primer año. También se invitaba a la mayor parte de los afamados profesores de la Facultad de Medicina, quienes asistían a la fiesta sin hacerse rogar demasiado. Por su parte, cada profesor ofrecía una cena anual a sus «pupilos», a la que asistían las damas, y en la que el continente era perfecto. Pero al banquete de os internos no asistían más que los hombres, y además, el estudiante era el rey, porque era él quien ofrecía. Como no había señoras, nadie

se sentía cohibido. Y por una noche los «patronos» no eran más que invitados indulgentes y sonrientes. Así que en el transcurso de aquella fiesta reinaba habitualmente un regocijo un poco subido de tono.

En torno a los profesores el ambiente era menos tumultuoso. Reinaba entre ellos una jovial animación. Tocados con gorritos de papel de seda que ridiculizaban singularmente su magistral gravedad, los «patronos» a causa del ruido, discutían entre sí en voz alta. Sentado entre Géraudin y Heubel, presidía el decano Geoffroy. Jean Doutreval, el padre de Michel, bromeaba con Suraisne y el viejo Ribières. Y Donat, el neurólogo que a pesar de su aortitis, había asistido al banquete, escuchaba con una sonrisa inteligente y discreta los chismes de política interior que le explicaba Gigon, el todopoderoso secretario de la Facultad de Medicina. Un poco más lejos se sentaban los agregados y los encargados de curso, en espera de cátedras vacantes: Bourland, Huot, an der Blieck y Vallorge, a quien llamaban «Luis XVI» a causa de su perfil borbónico. Seguía luego la abigarrada masa de los estudiantes e internos, muy eufóricos todos y algunos de ellos un poco achispados, enarbolando gorritos de papel y emblemas multicolores. Y al extremo de la mesa, la minoría terriblemente bulliciosa y activa de los alborotadores, los más de ellos completamente embriagados como lo requiere la tradición. En esa especie de carnaval, de fiesta desaforada y excepcional que es siempre un jolgorio estudiantil, no podían faltar algunos bufones. Y dos o tres agregados de reciente nombramiento no desdeñaban tomar parte en aquella algazara. Por el momento, en aquel rincón se estaba aún en el período de las canciones. Una docena de muchachos armados con cuchillos golpeaban cadenciosamente los vasos y las botellas. Otros dos, dando golpes con el puño cerrado en los paneles de la puerta, simulaban tocar el bombo. Otros producían un ruido cascabelero haciendo percutir el mango de las cucharas en el interior del gollete de las botellas. El efecto de esta orquesta era sorprendente.

Con esta barahúnda se pretendía acompañar la canción de Seteuil, quien con la chaqueta puesta al revés, encaramado en una silla y apoyando el pie sobre la mesa, vacilante, con el rostro encendido y bañado en sudor, rugía más que cantaba lo que podía recordar de una escabrosa canción estudiantil.

Tocado con una cacerola, el joven Lapeyrade, el interno de tercer año, que un mes después había de morir a causa de su abnegada labor en el hospital de «L'Egalité» a la cabecera de un niño atacado de garrotillo, llevaba frenéticamente el compás con el paraguas sustraído al *Père* Donat. Al final de la copla, enarbolaba bruscamente el paraguas con gesto de espadachín. Y toda la pandilla de furiosos que le rodeaban reanudaban a coro, con una gritería que se oía desde fuera hasta el extremo del boulevard:

Nus sommes unis par la veró… olé!

Coquetamente ataviado con un primoroso delantal blanco hurtado a una siervienta complaciente, Tillery, con el rostro encendido y brillándole los ojos detrás de sus gruesas gafas, anchas como tragaluces, discutía con Groix y Regnoult, los dos internos de Doutreval, para saber si lograrían persuadir a un joven agregado a que se sumara a ellos aquella noche. Un largo e incoherente debate siguió luego entre Tillery, Groix y Regnoult a propósito de las enfermedades venéreas. Regnoult afirmaba la individualidad particular del treponema de la sífilis nerviosa, mientras que Tillery y Groix, apodado este último «El Cararrajada», a causa de una cicatriz que le desfiguraba el rostro, discutían su punto de vista con argumentos a los que una incipiente borrachera imprimía una absoluta vaguedad. Había que ver a Groix «El Cararrajada»» tocado con un gigantesco gorro blanco arrancado en noble lid al jefe de la «Taverne du Roi René», hablar con tono sesudo a Tillery, acicalado con un delantal blanco con babero de encaje, a propósito de espirilos, espiroquetas, reacciones de Kahn, antígenos y anticuerpos. Más allá, Vallorge explicaba a Flégier, el jefe de la clínica de Géraudin, el reciente accidente sobrevenido a Suraisne. Una anciana había ingresado en el hospital de «L'Egalité» con un neoplasma en el pecho. Evidente, no había nada que hacer, pero el caso preocupaba a Suraisne, quien

se preguntaba si detrás de aquello no acechaba una tuberculosis. La vieja murió en viernes. Era Seteuil quien la cuidaba, pero éste se hallaba en París y no volvió hasta el martes siguiente.

—¡Estoy desesperado! —dijo—. ¡Desesperado1 ¡Haber fallado ese pecho!

Entonces, sin decir palabra, Seteuil, seguro de la alegría que iba a causar, había, con gran solemnidad, llevado al «patrono» el pecho que había disecado y conservado en formol.

—¡Ah, Seteuil, Seteuil! —dijo Suraisne—. He aquí un gesto que nunca olvidaré.

Cogió el pecho del bocal y lo abrió. En aquel momento un absceso que había en la carne muerta reventó, salpicándole de pus el rostro y la mano. Dos días después Suraisne tenía en el dedo un hermoso absceso.

—Tuve miedo —decía Vallorge mirando de lejos a su «patrón» Suraisne—. ¡Y Seteuil también! El «patrón» tenía justamente un corte en el dedo…

Sus temores le hacían ahora sonreírse. Pasábase suavemente la mano por el rostro, un rostro carbónico, agraciado, un poco adiposo y abotagado, pero que reflejaba serenidad y aplomo. Y Suraisne, que veía los gestos y la mirada de su alumno, volvió a explicar el relato del incidente a sus vecinos Doutreval y Ribières, mostraba su dedo con una pequeña pupa y hacía tocar debajo de su chaqueta los ganglios de su axila al viejo Ribières que demostraba marcado interés.

—Hasta aquí he caído en la trampa, querido —decía— ¡Oh! ¡Si hubiese usted oído todo lo que me prescribió, aconsejó y recomendó! ¡No he hecho absolutamente nada! Todo esto es una guasa. Y desde hace tres días, nada, ni temperatura ni dolor.

Hubiérase dicho que Suraisne, hombre de ciencia y de laboratorio, olvidaba todo su saber en cuanto se trataba de sí mismo. Por otra parte, no es insólito el caso de los médicos que desdeñan absolutamente cuidarse a sí mismos.

—Ya ve usted que he salido bien del paso —afirmó.

—En efecto —repuso el anciano y excelente profesor Ribières, bajando gravemente la cabeza tocada con un gorro de gendarme de papel de seda, y examinando os ganglios de Suraisne con la misma meticulosidad que si estuviera en su despacho—. De todos modos, yo, en su lugar, tomaría precauciones…

—¡Bah, eso se ha acabado! Bebamos por el confucionismo de los cirujanos.

Y, a distancia, Suraisne, en la cordial invitación, levantó la centelleante copa y la avanzó hacia su protegido Vallorge y a cuantos le rodeaban; pues, gastrónomo consumado, comía mucho y tomaba bebidas secas.

En aquel momento, un camarero que había pasado inadvertido en medio de la confusión general, se inclinó al oído de Tillery.

—Caballero, uno de sus amigos pregunta por usted…

—¿Uno de mis amigos?

—Sí, uno alto, corpulento, con los cabellos alborotados.

«Es Michel —pensó en seguida Tillery—. No habrá querido que su padre lo vea».

Y dejando la servilleta salió llevando el delantal blanco de la sirvienta.

En el rellano de la escalera encontró en efecto a Michel.

—Santhanas te necesita —dijo—. Ven en seguida.

Y explicó de lo que se trataba. Tillery se desató en juramentos, trató a Santhanas de guarro, se quitó cuatro o cinco veces las gafas para limpiarla sy se puso a reflexionar.

Por último, con ayuda de Michel consiguió desprenderse de su delantal de criaduela, tomó su boina de estudiante constelada de estrellas de oro y adornada con cintas rutilantes y se marchó en pos de su amigo. El aire fresco de la noche disipó su ligera embriaguez. Mientras caminaban requería detalles e interrogaba a Michel, quien tampoco sabía nada.

—¿Ha sido él quien lo ha hecho? Sí, claro, debía suponerlo. Es un perfecto gorrino; y ahora cuenta conmigo para que le saque de apuros. En fin, no puedo negarme, pero podía haberse dirigido a otro.

Ardía en deseos de saber detalles, pero Michel no pudo decirle sino que se trataba de una hemorragia.

—Ese alcornoque habrá cogido miedo —concluyó Tillery—. Pero como seguramente no estamos en presencia de un parto verdadero, la placenta no está «madura» y está todavía adherida al útero por vellosidades que se arrancan y sangran… Evidentemente es un caso dramático. Y como Santhanas, ni siquiera sería capaz de hacer parir a una vaca… ¡Y pensar que un día será médico…!

—¿Tú crees?

—Fatalmente. ¿Has visto nunca un estudiante de medicina que no acabara siendo médico? Una vez está uno en la fila, las cosas se suceden automáticamente.

Santhanas vivía en el tercer piso de un cafetucho sito en el muelle del Maine. Era una estancia espaciosa, amueblada, vulgar y triste, de cuyas paredes colgaban fotografías de artistas en actitudes sugestivas. Sobre la chimenea había una calavera tocada con una boina de estudiante y fumando en pipa. En un rincón una cama de metal, en la que con las ropas a la altura de los senos y sobre un hule floreado de color azul yacía una muchacha de unos veinte años, con las piernas estiradas, lívida, con los ojos cerrados y respirando con gran dificultad. Al pie de la cama, para que hubiese más luz, ardían cuatro bujías pegadas por la base en un plato colocado sobre un velador y realzado con un montón de libros. Santhanas iba de un lado a otro del cuarto, preparaba trozos de tela, hacía hervir agua en la estufilla del gas y quería explicar las cosas.

—Cierra el pico —dijo Tillery, que se estaba lavando las manos—. Estamos al corriente. No tienes perdón, amigo mío. Aún cuando uno sea capaz de tales suciedades, no se hacen éstas en un cuarto amueblado, con cuatro bujías por toda iluminación, sin asepsia y sin nada. ¿Acaso ignoras que se trata de una verdadera operación? ¿No sabes que hay peligro de una violenta fiebre puerperal? Tanto se te da, ya me doy cuenta. Está bien. Pronto, tus cucharillas, tu histerómetro.

—¿Para qué?

—Para sondar. No tengo confianza en ti, te lo digo claramente. Ya sé qué clase de pájaro eres.

Cogió el histerómetro, una especie de aguja larga con una ranura terminada con un botón, se acercó a la enferma y hundió el instrumento en el bajo vientre.

Michel se inclinó reconociendo a su paciente y mirando de vez en cuando el redondo y rubicundo rostro de Tillery que, de pronto, se contrajo y cobró una singular gravedad. Le interesaba tanto lo que ocurría que ni siquiera se dio cuenta de lo angustioso de la situación.

—No encuentro nada —dijo Tillery—. No parece que haya perforación… si la hubiera, la aguja penetraría sin dificultad, a veces hasta el intestino… Si se nos presentara una peritonitis… Pues bien, no; absolutamente nada. Puedes vanagloriarte de tu suerte —y añadió, dirigiéndose a Santhanas—: Prepara la sonda. No, no vale la pena… la reconoceré sin ella.

De pronto, la muchacha se tornó lívida, su rostro se contrajo en una muec ay lanzó un agudo gemido. Sus facciones finas e infantiles, enmarcadas por sedosos cabellos rubios, se envejecieron repentinamente y cobraron de súbito una extraña rigidez y dureza.

«Se morirá» pensó Michel.

Por primera vez en su ida le asaltó de pronto una impresión de horror y tuvo la sensación de que presenciaba algo que no era solamente un juego, un simple incidente en su vida estudiantil, sino un drama intensamente trágico en el que se hallaba comprometido el destino de un ser. La operación fue muy breve. Tillery había ya terminado y se enjabonaba las manos. Santhanas sirvió café muy cargado con unas gotas de aguardiente. La muchacha, con el cuerpo ya completamente cubierto, estaba sentada, bebía a sorbitos y sus mejillas iban cobrando un poco de color. La escena iba haciéndose tranquilizadora. Michel se echó a reír. Y mientras esperaba que la enferma estuviera en condiciones de irse por su propio pie, bebió nuevamente café y se fumó los cigarrillos de Santhanas.

Como Santhanas no se atrevía, Michel y Tillery acompañaron a la muchacha en un taxi hasta el final de la avenida Foch, donde aquélla habitaba. Era hija de unos empleados modestos y pundonorosos,

gente muy buena y de todas prendas —explicaba Tillery en el taxi—. Un descarrío de muchacha demasiado libre, demasiado «moderna». Tillery aprovechaba la ocasión para sentar plaza de moralista, pero la muchacha, con los ojos cerrados, acurrucada en un rincón del vehículo, no contestaba; sólo escuchaba o dormía.

Detuviéronse ante la puerta de la casa de sus padres. Como la muchacha no se hallaba en condiciones de apearse del taxi, Michel y Tillery le propusieron conducirla a su propia casa, pero aquélla se negó en redondo a acceder. Prefería contar ella misma a su familia Dios sabe qué historia. Entonces, Tillery le dio el número de teléfono del hospital, le dijo qué cuidados tenía que tomar, le recomendó qué vigilara la temperatura y llamara inmediatamente a un médico en caso de que no se encontrara bien.

Podía estar tranquila; se trataba de un secreto profesional y ningún doctor diría nada, ni siquiera a su familia. Luego, mientras Michel pagaba al chofer, Tillery llamó a la puerta de la casa. Iluminóse una ventana y se oyó ruido de pasos en el interior. Entonces Tillery y Michel se marcharon a escape, dejando que la muchacha se entendiera a solas con sus padres. En pos de Michel, Tillery, a pesar de sus cortas piernas, hizo unos quinientos metros a un marcha en verdad notable.

Los dos jóvenes regresaron al «Roi René» cuando se estaba terminando el banquete. Los estudiantes salían por grupos, que se iban dispersando en la negrura de la noche. Los «patronos» se dirigían a sus coches. Vallorge, de ordinario apacible, echaba pestes porque acababa de darse cuenta, al intentar poner en marcha su automóvil, de que un desconocido bienhechor había vaciado un jarro de agua en el depósito de esencia. Casi todos los días era objeto Vallorge de bromas semejantes. Le ponían azúcar en la gasolina, o le sustraían la tapadera del radiador, o el abrigo; pues era aborrecido de todo el pequeño clan que formaban los advenedizos de la Facultad de Medicina, por su ascenso demasiado rápido y por su habilidad maniobrera. Incluso una vez, cuando regresaba de España, los aduaneros encontraron cincuenta gramos de cocaína debajo del asiento. Jamás se supo quién había sido el que de tal modo había querido perderlo, pero lo cierto es que a Vallorge le costó harto trabajo probar su inocencia. Aquella noche tuvo que resignarse a abandonar el coche, pero Suraisne le ofreció el suyo. Entretanto, los más de los estudiantes se iban dispersando tranquilamente y cada uno se dirigía a su casa. Algunos pequeños grupos acompañaban, departiendo afablemente con ellos, a los profesores que iban a pie a su domicilio. También la cuadrilla de los desaforados se iba desperdigando. Un primer grupo se fue a la Casa de los Estudiantes, y otro al Instituto, con el propósito de asaltarlo y llevar a los dormitorios de los novatos un poco de sana alegría. Un tercer contingente partió en busca de los puestos de patatas fritas que aún estaban abiertos para arrojar discretamente en las sartenes un montón de orejas humanas arrancadas pacientemente con este objeto de los cadáveres de disección. En cuando a Michel y Tillery, se vieron arrastrados por una banda de revoltosos que, llamando a las puertas, vociferando complicados juramentos a los burgueses, derribando cubos de la basura y cerrando las espitas de gas que encontraban por el camino, marchaban a la conquista de los cabarets y tabernas todavía abiertos. Empuñando el paraguas del *Père* Donat, el joven Lapeyrade, que había de morir un mes después, dirigía la pandilla.

Rematóse la noche con gran algazara. En una casa de mala nota, situada detrás del cuartel, donde se hallaba el joven y larguirucho Santhanas, se bebió champaña y «punch» con kirsch en compañía de algunos soldados beodos. Luego, Seteuil, que no llevaba nunca una perra gorda, tuvo un altercado con una de las mujeres a quien acusaba de haberle robado cien francos mientras estaban en la habitación. La mujer se defendía. Finalmente encontróse el billete en la copa de Tillery, quien, completamente ebrio, se disponía a tragárselo. Mas, a propósito de la cuenta, se suscitó entonces una confusa discusión entre Groix, Regnoult y la patrona. Michel había visto que junto con las botellas llenas la patrona había traído otras tres vacías. Entretanto, Tillery, tras haber aceptado el reto de las mujeres que le instaban a mantenerse en equilibrio sobre un pie encima de la chimenea del salón, entre las lámparas Cancel, remedaba la figura de «Mercurio». Se encaramó a la chimenea sobre los hombros de Seteuil, perdió

pie, se aferró al espejo y se vino al suelo con Seteuil, el espejo y las lámparas. En medio de un estrépito formidable cayó en el centro de la sala, derribando mesas, vasos y botellas. Sobrevino luego una reyerta general entre soldados y estudiantes. Michel desempeñó un brillante papel haciendo frente a dos gigantescos dragones y al patrón del establecimiento, hasta que Santhanas, mediante una hábil maniobra, consiguió llegar hasta el interruptor. Entonces, en medio de las tinieblas, el tumulto y una indescriptible confusión, Michel se cargó a Tillery sobre los hombros y marchó tan de prisa como le era posible hacia los muelles. Acurrucado sobre los hombros de su amigo, Tillery lloriqueaba y con voz de niño mimado reclamaba sus gafas.

Michel condujo a Tillery al cuarto de su amigo donde éste, tras haberse deslomado en el suelo, se arropó con la alfombra y se durmió sin dejar por un instante de derramar inexplicables lágrimas. Michel volvió a bajar y se dirigió hacia los «boulevards» donde se encontró con Seteuil, Groix, Regnoult y Santhanas, a quienes el primero conducía a casa de su amiga Madeleine Daele, una enfermera del Sanatorio, para acabar allí la noche. Michel no se sumó a la pandilla. Apenas había bebido, y la carrera que había hecho con Tillery a cuestas le había devuelto toda su sangre fría. Dejó, por tanto, que aquel grupo de atolondrados se fuese alejando. El eco de sus canciones se fue poco a poco disipando a través de la ciudad dormida. La voz aguda del chiflado de Lapeyrade sobresalía de todas las demás, al berrear una canción obscena.

Y aquella noche apacible y silenciosa, Michel, después de vagar por las calles, se dirigió hacia su casa.

Subió a tientas, sin hacer ruido, hasta el primer piso de la espaciosa morada. Bruscamente, se recortó en el pavimento un rectángulo de luz.

—¿Eres tú, Michel!

Michel reconoció a Mariette, su hermana mayor. Sintióse presa de profundos remordimientos. Sabía que su hermana solía esperarlo. Tenía que haber regresado más temprano.

—¡Qué tarde has venido!

—No tenías por qué preocuparte, Mariette.

—Está bien, está bien. Ahora ya estoy tranquila. Acuéstate en seguida. Si papá lo supiera…

—¿Está acostado?

—Hace tiempo. Que descanses.

Mariette cerró la puerta. Desde que murió su madre, Mariette Doutreval, del mismo modo que una clueca, cuidaba de sus dos hermanos menores y de su padre, y llevaba la casa.

Michel entró en su cuarto, se desnudó, se puso el pijama y abrió la ventana. El cielo comenzaba a palidecer. A lo lejos, a la izquierda, más allá de los techumbres de pizarra, la campiña de Angers, reflejándose en las aguas claras del Maine, resurgía lenta y cachazudamente. Masas enormes de una compacta negrura, formada por los bosques que ocultaban el Loira encenegado por las arenas, se iban deshilachando. En alguna parte, en una iglesia de los suburbios, un reloj dio las cuatro.

Michel volvió a cerrar la ventan ay se repantigó en la butaca. Estaba desvelado. Su cerebro ardía. En su imaginación vio de nuevo a Tillery remedando a «Mercurio», a Vallorge delante de su coche averiado y al voluminoso dragón desplomándose sobre la cabeza del patrón del establecimiento cuando su puño le alcanzó en la barbilla. Michel se sonrió. ¡Qué noche! Luego, de pronto, acudió a su mente la imagen de la mujer a quien Seteuil, acusó de haberle robado. Evocó nuevamente su rostro, su aire de honrada indignación… ¡Cosa curiosa en una mujer de esta índole…! sin que supiera por qué, aquel recuerdo le dejó un mal sabor de boca. Le hubiera gustado volver a ver a aquella mujer. ¡Bah1 es la vida… la frase le complació. Y la repitió:

—Sí, es la vida…

Recordó luego a la muchacha amiga de Santhanas. ¡Qué trágica faz la suya cuando pensó que iba a verla morir! Y en el taxi… ¿Cómo diablos debió acabar la conversación con los padres? Se le oprimió nuevamente el corazón y repitió:

—Es la vida…

Y se congratuló de su propia fortaleza. De los residuos de moral que se había forjado en el Instituto y en la Facultad, acudían a su mente, ante el espectáculo de la existencia, algunas frases incoherentes y agradables:

—«Mas allá del bien y del mal…» «La fuerza es la salud» *Vae victis*…

En aquel instante sentíase resuelto a despreciarlo todo para ser él también en la vida un superhombre…

Sobreexcitado, su cerebro rechazaba decididamente el sueño. Tomó el libro que había empezado la víspera, Crimen y Castigo, y leyó durante algunos minutos. A poco, bajo los efectos de la lectura, Michel olvidó las emociones del día, sus pensamientos y sus sueños.

Revivía en aquel momento la triste aventura de Sonetchka, la miserable muchacha a quien su madrastra Catalina apalea y quisiera prostituir para poder dar de comer a sus propios hijitos hambrientos. Llegó el pasaje en que finalmente Sonetchka cede. Se ha vendido para ayudar a sus hermanos. Vuele a su casa con treinta rublos de plata, los da a Catalina y se acuesta sin decir palabra. La madre, trastornada, adivina el tremendo sacrificio, se postra de hinojos al pie de la cama y llora con Sonetchka…

Michel dejó el libro, se levantó y dio algunos pasos por el cuarto. Una intensa emoción le oprimía la garganta y le ahogaba; una mezcla de piedad, de cólera, de juvenil y generosa rebeldía que le humedecía los ojos y que no podía explicarse.

CAPÍTULO II

Louis, el chófer del profesor Géraudin, aguardaba al «patrón» a la puerta del hotelito. El «Panhard» negro y cromado, relucía con sombría brillantez. En el florero del coche había algunas flores. Louis se miraba de lejos en el barniz de la carrocería y su alma se llenaba de orgullo. En casa de Géraudin era un prepotente personaje. Su voluntad era ley y no se sabía por qué motivos la señora Géraudin, que no temía a nadie, temía a Louis.

Géraudin salió de su casa y subió en el coche ocupando el asiento delantero al lado de Louis. No era ésta su primera salida, pues ya muy de mañana el chófer le había conducido a la clínica a girar una visita a los enfermos e intervenidos.

—¿Es verdad, señor, que el profesor Suraisne está enfermo? —preguntó Louis, a quien su amo le permitía una cierta familiaridad.

—Eso dicen, Louis y parece que no está muy bien.

—¡Estaba tan jovial el otro día en el banquete! ¿No conduce usted esta mañana, señor?

—No, Louis —dijo Géraudin—. Esta mañana no, porque tengo que operar. Primeramente iremos a ver a Gigon en la Facultad.

Antes de intervenir, Géraudin, hombre prudente, procuraba evitar todo exceso nervioso. Había pasado ya de os sesenta y aun cuando se consideraba joven y vigoroso estimaba prudente cuidar de su salud. Era un hombre todavía en pleno vigor, de baja estatura, achaparrado, sanguíneo, con ojos grises inyectados en sangre y orejas gruesas y purpúreas hundidas en la carne de un cuello apopléjico, y demasiado carnoso. Bajo el bigotillo a la moda americana, se notaba en los labios un pliegue de tristeza y de fatiga. Saco del bolsillo una pitillera de oro y encendió el tercer cigarrillo de la mañana. Géraudin se reprochaba a menudo a sí mismo el fumar demasiado y ello le hizo nuevamente penar en sus síntomas de arteriosclerosis. Inconscientemente, con un ademán maquinal que le era familiar, oprimió ligeramente con los dedos pulgar a índice el lóbulo de la oreja.

El éxito de Géraudin databa de treinta años. Gozó del apoyo de Salnikov, un médico de escasa notoriedad que ni siquiera había sido agregado, pero que, dotado de una extraordinaria audacia y clarividencia, había presentido el rumbo que había de tomar la medicina moderna. Después de algunos años de prácticas oscuras, Salnikov se consagró con gran ardor a los rayos X, esa ciencia entonces nueva con la que se entusiasmaban los enfermos que aún alentaban esperanzas. Su éxito, favorecido por la boga y el capricho generales, merecido asimismo por una abnegación y una conciencia profesional absolutas y una rara seguridad en el diagnóstico, había sido fulminante.

Salnikov era un apasionado de la medicina, pero de la medicina en marcha, la medicina del porvenir. Fue en verdad un precursor. Osado hasta la temeridad, con su racionalismo científico precedía a todos sus colegas por los caminos, con frecuencia peligrosos, de la medicina de vanguardia. Esa misma audacia le granjeaba una clientela fascinada. Amplias amputaciones, ablaciones de órganos, injertos, no retrocedía ante nada. Ese médico hubiera sido un príncipe de la cirugía. Fue el primero de la región en ensayar la resección de las fibras del simpático. Los mismos cirujanos vacilaban en seguirle y en practicar las intervenciones revolucionarias que prescribía. Ello exasperaba a Salnikov, quien buscaba en vano al cirujano que necesitaba, que le obedeciera, que se convirtiera en la mano sabia, infalible e inteligentemente dócil de su cerebro.

Fue entonces cuando se cruzó en su camino con Géraudin.

Bernard Géraudin, ex jefe de clínica del profesor Rillerac, acababa de ser apeado por su «patrón» y no hacía más que vegetar. El cirujano Rillerac acariciaba desde hacía tiempo la idea de que su discípulo se casara con su hija y ocupara luego su puesto en la Facultad. P ero Géraudin estaba liado con una modistilla y se negaba a separarse de ella. Era joven y tenía la edad en que uno llora al escuchar «Louise» y se exalta cantando:

Tout homme a le droit d'etre hereux,
Tout homme a le droit d'etre libre…

A esa primera queja del «patrón» contra su discípulo no tardó en sumarse otra. Rillerac se había enterado de que su joven director de clínica, comenzaba a practicar intervenciones en la ciudad, haciéndose una pequeña clientela. Eso, Rillerac no podía perdonárselo. Se desembarazó de Géraudin y cerró el paso a aquel joven que tenía demasiada prisa en erigirse en contrincante suyo.

Géraudin, puesto en medio de la calle, condenado a esperar indefinidamente su cátedra de profesor y falto de recursos económicos que le hubieran permitido abrir una clínica, iba malviviendo de las intervenciones que practicaba a domicilio.

Vio la primera luz en el Bordelais, de padre sin medios de fortuna. A aquel muchacho robusto, excelente anatomista, se le presentaba el porvenir con tintes sombríos. Diez años de vida mediocre, de figones, de casas de huéspedes y de humillaciones ante los ricos le habían terriblemente afilado los dientes. Presentóse a Salnikov, creyó en él y le siguió.

La cosa no marchó al principio muy llana. Ya en aquel tiempo Salnikov obraba al margen de la medicina oficial. Como un jugador arriesgaba todos los días su situación en cada intervención. Sin pestañear, escribía, por ejemplo para encubrir a su cirujano: «Yo declaro bajo mi responsabilidad que el señor X…, enfisematoso, debe ser anestesiado con cloroformo en lugar de éter…» Poco a poco Géraudin se fue familiarizando con esa temeridad. Convirtiéndose en e instrumento dócil, que ejecuta y que comprende, hasta el punto de que Salnikov decía a todos sus clientes:

—Y para cualquiera intervención, Géraudin. Únicamente él, nadie más que él.

Géraudin se benefició así de prestigio y de las osadías de su protector. Ya no se hacían distingos. Decíase:

—¡Qué audacia la de Géraudin!

En verdad, Géraudin iba asimilando poco a poco los puntos de vista de su maestro y se lanzaba audazmente, por propia iniciativa. Salnikov fue el verdadero maestro de Géraudin, y, al contacto de aquel, el joven cirujano se formó poco a poco un concepto general y nuevo de la cirugía. Llegó el éxito y al cabo de poco tiempo pudo abrir clínica propia.

Salnikov confió varias veces su propio cuerpo a manos de su a migo. Éste trabajaba en demasía y se divertía sin moderación. Por primera vez en Francia, géraudin practicó sobre Salnikov la ablación de las hemorroides. Y las hemorroides de Salnikov adquirieron pronto una prodigiosa celebridad. Sucesivamente, Géraudin suprimió a su amigo la vejiga biliar, el estómago y un trozo de intestino. Salnikov murió en la clínica de su amigo, dos días después de un injerto óseo en la columna vertebral que él mismo había exigido y que como tal intervención había sido brillante.

En adelante, Géraudin podría prescindir de su viejo maestro. Estaba ya lanzado. Nadie, ni siquiera uno de sus enemigos, ponía en duda su valer. Y como no era de aquellos que conservaban largo tiempo la edad de los sacrificios y de la alegre pobreza —la verdadera juventud—, Géraudin, tentado por el dinero a medida que acrecentaba sus ingresos, abandonó la modistilla de sus veinte años y contrajo matrimonio con Valérie Largilier, la hija menos del decano de la Facultad. La vida no es ciertamente una novela. Tuvo un hijo con su amiga. Ofreció a ésta una crecida suma que fue desechada.

Su matrimonio con la hija del decano le proporcionó una cátedra en la Facultad, que Largilier creó ex profeso para él. Valérie llevó a su marido una dote principesca, pero Géraudin pudo, a no tardar,

prescindir de ella. Su clientela era la más rica y brillante de la región. Industriales, hombres políticos y personalidades de toda clase sólo querían ponerse en manos de Géraudin. Y los honorarios fastuosos que reclamaba, sus extravagancias, su altanería, sus exigencias de hombre que puede desdeñar el dinero forjaban en torno de él una leyenda respetuosa.

—Es un original —se decía.

Géraudin ejercía en la Facultad una verdadera soberanía. Todos los diputados de la región eran amigos suyos. Sobre todo el abogado Guerran, joven aún, puesto que no había alcanzado los cincuenta años de edad, diputado a los treinta y ministro a los treinta y seis, había sido para él un inestimable colaborador. Géraudin, que sabía conocer a los hombres, lanzó a Guerran a la palestra política y éste le pagó con creces. Era Guerran quien aseguraba a Géraudin una enrome influencia en todo el Departamento. Géraudin, en efecto, nombraba los cirujanos de todos los hospitales, colocaba a sus discípulos y hacía retener para ellos os mejores puestos. Fue Guerran quien consiguió para Géraudin la roseta y la cinta blanca y oro de gran oficial de la Legión de Honor. Guerran quien dio carpetazo a todos los decretos que podían perjudicar a su amigo Géraudin y quien hizo ascender al cargo de secretario de la Facultad a un primo de Géraudin llamado César Gigon. El papel del tal Gigon era considerado inestimable.

Géraudin podía considerarse sin duda el hombre más adulado y al mismo tiempo más odiado del país. Buscábanse a su triunfo las más monstruosas explicaciones. Incluso se achacaban al apoyo de Guerran otras causas que las puramente amistosas, llegándose a afirmar que el político había sido e amante de la señora Géraudin, por supuesto con el beneplácito del marido. Sin embargo, si bien era cierto que Valérie Géraudin tenía un carácter infernal, tampoco cabía duda sobre la incorruptibilidad de su honradez. A todas esas calumnias respondía Géraudin encogiéndose de hombros. De una cosa estaba seguro, y ni sus peores enemigos lo ponían en duda, y era que sin Salnikov, Gigon, Valérie y Guerran, él solo, con su genio operatorio, hubiera alcanzado el renombre de que gozaba y eso era sobre todo lo que no le perdonaban.

Gigon tenía su modesto y polvoriento despacho en el segundo piso de la Facultad, desde el cual regentaba a estudiantes y «patrones». No es generalmente conocido el poder de un modesto secretario de Facultad. Él es quien puede suspender o aplicar tal o cual reglamento, modificar un expediente y cerrar los ojos sobre una remisión. Prácticamente era Gigon quien distribuía las condecoraciones, asignaba los puestos y facilitaba dinero a cuenta. Ese primo de Géraudin vivía en el campo. Si hubiera establecido su domicilio en el propio Angers, se hubiese visto de la mañana a la noche atareado de visitas. Aumentaba sus modestos ingresos vendiendo, por cuenta de una gran librería, lujosos libros sobre medicina y arte. Naturalmente, el pequeño grupo de logreros que existen en todas las Facultades efectuaba importantes compras.

Aquel día, el angosto pasillo que hacía las veces de antesala se hallaba abarrotado. Bourland, Huot, Van der Blieck, profesores auxiliares, saludaron a Géraudin, el gran «patrón» y se apartaron para abrirle paso. Gigon, que acompañaba a un visitante, acogió con deferencia a su ilustre primo, y, excusándose con un gesto con los demás, le hizo entrar.

—¡Ya ve usted cuánta gente! Acaba de saberse que Suraisne está grave y por ello toda la cohorte de aspirantes se pone en movimiento. Desde hace dos horas no ha cesado el desfile de ambiciosos. Vienen en busca de noticias, quieren saber detalles y sopesar las posibilidades de cada uno…

—Suraisne no ha muerto todavía, ¡qué diablos! —exclamó Géraudin.

—Claro que no. Es lo que les digo a todos. Pero no le he molestado por eso.

Gigon se proponía crear una nueva condecoración: la Orden del Mérito Médico que había de constituir una etapa hacia la Legión de Honor, y le proporcionaba además un nuevo instrumento de influencia. Con el apoyo de Guerran el éxito de semejante proyecto estaba asegurado.

Géraudin prometió hablar de ello a Guerran en la primera ocasión en que se encontrasen. Se despidió de Gigon, subió al «Panhard» y Louis lo condujo a «L'Egalité». El «Panhard» rodaba suavemente. Géraudin pensaba en Suraisne, en ese pequeño grupo de jóvenes condenados a desear la muerte de un superior para subir un escalón. Y se decía que esa «política de Facultad», esos «patronos» rodeados de una corte y disponiendo como amos absolutos del porvenir de sus discípulos sin que los concursos y los exámenes tuviesen valor alguno, no estaban decididamente hechos para favorecer la competencia leal y la confraternidad. Recordaba, con un poco de amargura, sus años mozos, y pensaba en Rillerac, que le había «apeado» porque había tratado de ganarse la vida.

Acudía de nuevo a su mente el grupo de ambiciosos moviéndose impacientes en el pasillo que conducía al despacho de Gigon. Y por hábilmente que éste lo pusiera en práctica, Géraudin estimaba que el sistema era detestable.

CAPÍTULO III

Michel se encaminó, lentamente al hospital de «L'Egalité», tenía tiempo sobrado, porque Regnoult había terminado su curso en la Facultad más pronto que de costumbre, y, además, el trayecto no era largo. Por otra parte, Géraudin, siempre abrumado de trabajo, rara vez llegaba puntual.

Michel caminó a lo largo de la fachada del hospital, entró por una puerta lateral en lugar de la central y atravesó la sala de otorrinolaringología, «garganta, nariz, oídos», como solía decirse, donde los indigentes de la ciudad llevaban los niños a operar. El dispensario se hallaba en plena actividad. Sentados en unos bancos alineados alrededor del a inmensa sala, aguardaba, vestida con multicolores pingajos, una ingente muchedumbre: mujeres, hombres ancianos, todos ellos con una criatura sobre las rodillas o un niño de pecho en brazos, o un chiquillo o una chiquilla, pálidos e inquietos, sentados a su lado. Hacía calor. En aquella tarde otoñal los radiadores funcionaban perfectamente. Un acre olor a paños de lana húmedos, a sudor y a cuerpo humano dominaba las ácidas emanaciones del antiséptico de cidronela que sor Angélica había vaporizado antes de abrirse el hospital. Aquellas gentes, tocadas con gorros de lana verdes y encarnados hundidos hasta las orejas, arropados con bufandas marrón o azul marino, abrigos verde gris, delantales azules, pañoletas amarillas o blancuzcas y viejas mantas color de mosto o violáceo, constituía a lo largo de los bancos una mezcolanza de colores violentos y dispares. A cada instante entraban en la sala nuevos visitantes, que se sentaban entre los demás. Se hablaba poco. Todos tenían al vista fija en la puerta del fondo, que daba al cuarto donde el orondo Belladan, jefe de clínica del profesor de cirugía infantil, intervenía las amígdalas y los pólipos. Cada tres minutos se abría la puerta y salían cuatro o cinco madres, mujeres de pueblo, encorvadas y con el terror pintado en el rostro, llevando cada una en brazos a una criatura con la faz lívida o teñida en púrpura, con la nariz y la boca ensangrentadas y dando gritos desgarradores. Las mujeres volvían a su sitio y un interno les traía un pedazo de hielo para que lo aplicaran a los labios de los niños.

—Los siguientes —llamaba el rollizo Beladan.

Levantábanse otras cinco mujeres y se encaminaban hacia el fondo llevando de la mano a las criaturas, cuyo rostro aparecía desencajado por el miedo. La puerta se cerró tras ellos. Oyéronse unos gritos espantosos. Volvió a abrirse la puerta y nuevamente salieron más chiquillos con la boca ensangrentada.

—Los siguientes.

Aquello marchaba con una rapidez prodigiosa. Como el trabajo en cadena. Además, era preciso que así fuera. Cada mañana, en el dispensario, tenían que arrancarse centenares de amígdalas o pólipos. Michel fue a echar una ojeada a la pequeña sala de operaciones y estrechó la mano de Belladan. Una vez más quedó sorprendido ante virtuosismo del jefe de clínica. Un enfermero cogía a un chiquillo y lo ataba a una silla, o simplemente lo sujetaba vigorosamente con sus robustos brazos. Un proyector sobre ruedas colocado aun metro del rostro del niño, lo cegaba por completo. Abríase la boca del rapaz, en los más de los casos por fuerza porque todos se resistían a hacerlo. Un interno le introducía el abrebocas entre os dientes, abriéndole desmesuradamente las mandíbulas. Belladan aplicaba el abajalenguas, impedía los desesperados esfuerzos del paciente para vomitar, introducía rápidamente una cucharilla detrás del velo del paladar, la levantaba luego hacia arriba, hacia la base del cráneo, la removía y después raspaba y escarbaba. Manaba sangre. Aullidos, accesos de tos, náuseas. La criatura, ahogada, sujeta, enloquecida por el dolor y el miedo, se tragaba la saliva, se estrangulaba, vomitaba y

escupía a menudo en el rostro de Belladan los sangrientos jirones arrancados a su garganta. Se había terminado. Se le liberaba. La madre se lo llevaba sollozando. Y Belladan, después de limpiarse el rostro con un pedazo de algodón en rama, hacía señas para que ataran al siguiente.

—Evidentemente, tendrías que cloroformizarlos —decía a Michel, limpiándose un esputo encarnado en las cejas—, pero no podemos. Apenas una ligera anestesia local cuando tengo tiempo, pero esto sucede muy rara vez. Son demasiados. Ya ves cuánta gente hay. Verdaderamente, no hay medio de solucionarlo. Queda por saber si es la cirugía la que debe adaptarse a las necesidades del dispensario, o si es el dispensario el que debe adaptarse a las necesidades de la cirugía… Grandes cosas veremos más delante. Compadezco a los enfermos del porvenir y compadezco también al médico. Porque tienes que darte cuenta de que no será la administración la que estará al servicio de la medicina, sino que habrá de ser el médico quien tendrá que someterse a las exigencias de la administración. ¡Será muy divertido! ¿Qué, ya está listo? Vamos, pequeño, no te acobardes…

Con la cucharilla en la mano se acercó a una nueva víctima.

—No llores, hijo mío. Ten ánimo por tu madre, que está muy apenada…

Michel salió perseguido por un grito horrible, y se alejó rápidamente. Atravesó el patio del antiguo claustro y se encaminó hacia el pabellón de Géraudin. Observó, contristado, que lo estaban pintando. Un equipo de pintores embadurnaban, con una gruesa capa de pintura parda, los pilares y los arcos de las bóvedas.

El hospital de «L'Egalité» dependía del municipio de Mainebourg. Ese antiguo monasterio de benedictinos había sido afrentosamente engrandecido y desfigurado con dos alas gigantescas, dos monumentales cuerpos de edificio de hierro, vidrio y cemento armado, una especie de cazamoscas vertiginoso y abrumador. Pero en el centro, durante largo tiempo, el claustro había subsistido intacto, bello y apacible, con su galería circular, sus arcos de ladrillo y de piedra y el vede césped extendido como una alfombra a los pies de una estatua de la Virgen, de una deslumbrante blancura en medio de aquel frescor. Un surtido canturreaba en una fuente. Por desgracia, nada de todo ello existía. En primer lugar, y por razones políticas, había desaparecido la Virgen, luego el pequeño surtidor que minaba, al parecer, la hacienda de la Asistencia pública y, finalmente, el césped, sustituido, en nombre de la economía, por un sólido y sonoro pavimento de gres. El abate Vincent protestaba en vano cuando se efectuaba uno de esos destrozos. Pero, en aquellos días, el municipio de Mainebourg había embadurnado el claustro, las paredes, los pilares y hasta los marcos de las ventanas con una espesa capa de pintura parda, aceitosa, una especie de brea indeleble que evocaba los fúnebres matices de cualquier material de guerra. El abate Vincent se había personado en todos os despachos del Ayuntamiento para defender su claustro, explicar las bellezas que atesoraba y lo que podría hacerse para conservarlo. Los rojos ladrillos de las paredes y los pilares, los capiteles y las molduras de piedra blanca de la bóveda, los basamentos y la pizarra azul de la techumbre, bien rascados y limpiados constituirían una magnífica armonía de colores. Pero chocó con los intransigentes principios económicos de los ediles municipales. Además, se daba la circunstanciad e que Chatelnay, el alcalde de Mainebourg, era representante de una fábrica de pintura, y, por lo tanto, toda la ciudad estaba sobreabundantemente embadurnada.

La capilla, al a que se prendió fuego durante la revolución, había sido habilitada para oficinas de economato. Pero en los sótanos subsistía la cripta, hermosa pieza de arquitectura con bóvedas góticas, gráciles columnitas y mascarones de piedra finalmente tallados en figuras de angelotes alados. Allí se instalaron las calderas de la calefacción central.

Montones de carbón de hulla, que convertían la cripta en un reducto de tinieblas y de polvo, se elevaban hasta las bóvedas, ocultando los pilares hasta os esculpidos capiteles y ensuciándolos con una capa negra y corrosiva de carbón y hollín. Enormes tubos, enzarzados unos con otros como reptiles, serpenteaban en la oscuridad. En el suelo, las calderas se asentaban sobre el viejo enlosado de mármol que en otro tiempo fuera negro y blanco. El agua herrumbrosa que goteaba de aquéllas se iba

estancando en el suelo formando una especie de barro grasiento. Y en algún lugar, sobre las losas ya gastadas, aún podía leerse alguna que otra inscripción antigua, los nombres de las religiosas que allí, debajo de las calderas, reposaban.

El padre Vincent erraba mohíno y desconsolado por entre aquellas devastaciones. Y, asimismo, Géraudin, Donat, Ribières y numerosos profesores —pues el médico es con frecuencia un aficionado al arte y un avispado coleccionista— iban a admirar allí un detalle escultórico, una cabeza de mujer o de demonio aún visible bajo la mugre del hollín, deplorando su impotencia frente al vandalismo administrativo. Pero el municipio de Mainebourg era muy anticlerical y no se interesaba lo más mínimo por las capillas.

Los estudiantes esperaban a Géraudin en el patio del pabellón de cirugía. Con bata blanca, tocados con una boina, y con algunos cuadernos debajo del brazo iban llegando de la Facultad de Medicina, donde Regnoult, que sustituía a su «patrón» Doutreval, les había dado la clase de neuropsiquiatría. Doutreval, el padre de Michel, era especialista en psiquiatría. Y con frecuencia, absorbido por sus trabajos, confiaba sus clases, como lo hacían muchos de sus colegas, a Groix o a Regnoult, sus dos candidatos a la cátedra. Ambos se mostraban encantados, porque veían en ello ocasión de un excelente ejercicio oratorio en vista de los exámenes. Desde hacía algunas semanas las clases de Regnoult alcanzaban gran éxito, sobre todo entre os nuevos estudiantes. El papel de Regnoult, más difícil de lo que se hubiera creído, consistía en hacer trasladar un hospitalizado cualquiera a pie o en camilla con ruedas, y a quien examinaba por uno y otro lado con objeto de investigar los más secretos indicios de su dolencia. Algunos enfermos todavía lúcidos, y sobre todo los jóvenes, sufrían lo indecible al desempeñar ese papel de animal de feria. Otros, en cambio, que ya estaban habituados a ello, ni siquiera se sonrojaban y aun algunos mostraban una evidente vanidad. El hospital, la promiscuidad, las inyecciones, las curas y los reconocimientos en público matan el pudor y fomentan a veces un verdadero exhibicionismo. Y se les persuadía diciéndoles:

—Esos señores van a reconocerle. Es para su bien, para su curación.

Y el enfermo, convencido, se gloriaba de ello.

Los sifilíticos memos, los afectados de parálisis general, siempre contentos, y, en muchos casos, de una aparente robustez, y algunos mozancones, fornidos y completamente chiflados «tenían vacía la sesera» como decía Tillery, y constituían siempre un número muy logrado.

Mientras esperaba a Géraudin, Tillery, en la acera, con sus enormes gafas a caballo sobre una pequeña nariz, hacía juegos de manos y charlaba con el tono de un pregonero de feria. Santhanas jugaba al póquer de dados con Seteuil. Otros fumaban. Otros se contaban los chismes del hospital y de la «Fac» [1].

Regnoult y Flégier, más graves, discutían acerca del puesto que dejaría vacante Suraisne, caso de que muriera, y de las posibilidades de éxito de los diferentes aspirantes.

Michel acompañó a través de las dependencias a su amigo Groix, «El Cararrajada» ayudante de su padre. De pronto, Regnoult quiso mostrarle un interesante caso de sífilis.

En Argelia, todavía hoy, esos casos son frecuentes, pero en Europa se ha terminado. En cambio, son infinitamente más numerosas las sífilis nerviosas. Diríase que nuestra medicación desaloja el mal llevándolo a otro terreno. La historia del usagre que ocasiona la muerte de la criatura… ¿Quién sabe? Nuestras viejas nodrizas sabían de eso quizá más que nosotros.

Atravesaron lentamente las salas, hablando en voz alta, mientras los enfermos, desde la cama, les seguían con los ojos. Junto a una ventana, una muchacha, de pie, se lavaba recatadamente detrás de las cortinillas de tela blanca cuidadosamente sujetas con agujas.

[1] Apócope de Facultad

—Es un caso delicado —explicaba Groix—, como se en aún algunos. Está aquí a causa de una enfermedad de la piel. En el lavabo tiene miedo de las rameras… también le intimidan las palabras y los piojos…

—Y además —explicó la quisquillosa sor Angélica, que llegaba en aquel momento—, aquella española alta y morena la tiene atemorizada. Esa gran perra la tiene dominada, aterrada, y le habla de hacerle un pequeño por la espalda… ¡Qué pesadilla1 todavía ayer, la rubia, que no es más que una zorra, estaba en el lavabo bailando en cueros una danza africana.

La pelillosa sor Angélica, curtida por treinta años de hospital, llamaba las cosas por su nombre.

—Yo le pondré las peras a cuatro —dijo Groix.

De paso, mostró a Michel el chancro que le había prometido enseñar, una cosa característica y singular, un verdadero modelo, una fotografía del Larousse médico, como decía Groix. Luego tuvo una explicación en el lavabo con la española y la rubia.

—Sois un par de pingonas. No os basta con pudrir a los hombres, sino que tratáis aún de corromper a las muchachas honradas. Haré que os metan a buen recaudo. Ya lo veréis.

Las muchachas, desnudas hasta la cintura, con los senos gruesos y fláccidos, bajaban la cabeza como un rebaño cazurro y miedoso, y sin decir palabra, procedían a lavarse, a arremangarse y con ademán profesional, a pasar debajo de la camisa pequeñas toalla enjabonadas. Era la peste del hospital, la sala más difícil de llevar. Muchas veces llegaban en un estado de completa embriaguez, y se hacía necesario que sor Angélica las obligara a acostarse tras haberles propinados unos cuantos sopapos en la nariz. Algunas sifilíticas estaban cubiertas de eczemas purulentos, y era sor Amelia, una jovencita de poco más de veinte años, quien estaba encargada de lavar aquellas purulencias. Una de las mujeres que estaba encinta acaba de traer al mundo, a los siete meses y medio, una criatura muerta completamente macerada. Otra, medio loca y, por añadidura, tuberculosa, se fugaba del hospital, permanecía fuera por espacio de tres días y volvía con los vestidos puestos al revés y en un estado de absoluta inconsciencia. Era preciso acostarla y alimentarla por la fuerza mediante un tubo que se le introducía por la nariz haciéndolo pasar h asta la garganta, y colocarle sobre la cabeza una bolsa de hielo que se desinflaba rápidamente. Las demás mujeres no querían remplazarla porque aquella tuberculosa les daba mucho miedo. Era, pues, una vieja reumática, quien cada vez se levantaba y cambiaba la bolsa de hielo. Otra anciana, una veterana y buscona callejera, despótica y cruel, medio tullida, se hacía servir y tiranizaba a sus vecinas exigiéndoles que la peinasen, le lavasen los pies y le cortasen las uñas del dedo gordo del pie. Temíase tanto su lengua venenosa, que nadie se atrevía desobedecerla. Sólo ella tenía derecho a tener al pie de la cama una especie de jofaina que apestaba toda la sala. No le daba a Groix punto de reposo, pues cada mañana le dolía alguna parte del cuerpo. Cuando su tiempo de permanencia en el hospital tocaba a su fin, se marchaba por uno o dos días para tener derecho a una nueva estancia, e inmediatamente se presentaba. Los «patrones» se compadecían de ella y la aceptaban. Había sido de joven la amante de un poderoso industrial. Se la conocía por el sobrenombre de «Casco de oro» y en sus tiempos había tenido coche particular… Recuerdos que una y otra vez iba desgranando ante sus deslumbradas compañeras.

Groix iba mostrándole a Michel todas aquellas mujeres, explicándole la historia y el caso de cada una de ellas.

En pos de los dos amigos, la quisquillosa sor Angélica preparaba los inyectables e iba llamando una tras otra a aquellas mujeres:

—¡Eh, tú, zorra, te toca a ti!

Autoritaria, terrible e infatigable, las iba empujando como empujaba a todo el mundo. La seguía un fiel y anciano vagabundo cargado con una jofaina que levaba con unción casi religiosa.

Afuera, en el patio, se oyó el ruido sordo de un portazo. Miguel se asomó a la ventana.

Louis, el chófer de Géraudin, ayudaba a su amo a apearse del «Panhard».

—¡He aquí al «patrón» —dijo Michel.

Groix y Michel bajaron los escalones de cuatro en cuatro, atravesando, para ganar tiempo, el pabellón de los cancerosos donde Heubel aplicaba el radio a los enfermos. Numerosos desgraciados con un esparadrapo aplicado a la piel, se paseaban melancólicos por la estancia. Intervenidos en el labio, en la nariz, en la lengua, en los párpados o en el rabillo del ojo, exhibían una pequeña punta de metal, algo así como la aguja de acedo de un fonógrafo que contenía algunos miligramos de radio. Y como su persona física se encontraba de tal modo bruscamente valorada, representando un capital importante, aquellos andrajosos millonarios eran objeto de una estrecha vigilancia. Ni siquiera tenían derecho a salir del pabellón. Y para identificarlos donde quiera que se hallasen, se les colgaba en el ojal de la chaqueta un gran disco de tela encarnada, una gigantesca roseta de la Legión de Honor que significaba: «cuidado, radio». Así erraban, lúgubres y muertos de asco, soñando apesadumbrados en un inaccesible cigarrillo, esos hambrientos pordioseros que valían ahora pingues fortunas, portadores y prisioneros simbólicos de tesoros cuyo alcance les hubiera antes puesto los ojos en blanco.

No solamente era Bernard Géraudin el factótum de la Facultad, sino también del hospital. «El hospital de San Géraudin», decían los estudiantes al hablar de «L'Egalité». Su a migo Oliver Guerran le había hecho nombrar administrador de los hospitales. En posesión de este cargo, se había adjudicado un pabellón enero donde hospitalizaba a los enfermos de pago que no podían encontrar sitio en su clínica particular. Contaba, por tanto, con dos clínicas, una de gran lujo y otra destinada a la clase media. Sin embargo, tenía siempre en su pabellón dos o tres camas disponibles para uso del alcalde y de los concejales de Mainebourg o de sus amigos. Les atendía gratuitamente, con lo que tenía la seguridad de contar en un momento dado con su apoyo. Estos caballeros liquidaban sus cuentas a cargo de la caja de los hospitales, es decir, de los desgraciados.

Un reciente decreto acababa de prohibir el funcionamiento de las clínicas particulares de los hospitales públicos. Pero Guerran reaccionó inmediatamente. El decreto se traspapeló, junto con otro que prohibía la acumulación de las funciones de cirujano y administrador de los hospitales. Y las relaciones de Géraudin con Gigon acababan de asegurar su autoridad dictatorial. Gracias a Gigon, Géraudin hacía caso omiso de os reglamentos, otorgaba favores y licencias a sus internos favoritos, y cuanto se exigía un concurso, modificaba tranquilamente los artículos de los textos que podían obstaculizar sus propósitos y designaba directamente a sus hombres para los puestos que había de ocupar. O, en otro caso, se colocaba la convocatoria del concurso de una manera tan discreta, en los más tenebrosos rincones de las oficinas administrativas, que nadie se fijaba en ella. No se presentaba, pues, más que un solo candidato, el de Géraudin, que triunfaba sin la menor oposición.

Flégier, el jefe de clínica, se apresuró a colocarse al lado del «patrón»; Géraudin, seguido por un enjambre de estudiantes, entró en su pabellón, se puso la bata blanca, hizo algunas preguntas a Flégier y se encaminó a la puerta de la sala de operaciones para ver la «minuta».

—Veamos, señores, daremos una vuelta por las alas.

Los alumnos le siguieron a través del hospital. Con Géraudin al frente, el grupo iba de una sala a otra siguiendo los pasillos y sorteando las camas. En cada una de las salas se presentaban el interno de guardia y la religiosa, señalando con el dedo los gráficos de la temperatura que colgaban al pie de las camas. Los enfermos, acostados, y perfectamente alineados, miraban a los visitantes y se distraían por un instante de su tedio sombrío. Sentada en la cama, una mujer con un cáncer en el pecho, a la que acababan de traer de la sala de operaciones de Heubel, miraba a su alrededor con ojos atontados. Más adelante, el grupo se detuvo antes una mujer joven. Echado hacia abajo el cobertor, quedó el cuerpo al descubierto. Géraudin dio orden de que levantaran la camisa hasta la altura de los senos.

—Observen las facies —decía—. El edema aumenta con la arritmia cardiaca… El sarcoma hace netos progresos.

Utilizaba ex profeso palabras que la pobre no podía comprender, precaución que acabaría fácilmente por olvidarse, pues uno se olvida a la larga que se enfrenta con un ser humano. El caso era interesante. Todos los estudiantes, uno tras otro, habían de palpar el vientre. La mujer, con el rostro encendido, desnuda sobre la cama, ladeaba la cabeza para que no la vieran llorar. Géraudin se dio cuenta de ello y pronunció entonces, como reputado profesor que era, unas palabras muy sencillas, afectuosas y bellas, unas palabras con las que pretendía excusarse y pedir perdón a aquella desdichada por haberse visto obligado a incurrir en la miseria de servirse de ella.

—Tienes que perdonarnos, hija mía, y hacerte cargo que nos prestas un inmenso servicio. Todos estos jóvenes y yo podemos, gracias a ti, aumentar nuestros conocimientos. Tu ayuda me permite aliviar y curar a desgraciados como tú… Lo consientes, ¿verdad?

Géraudin sentía un gran respeto por la misericordia. Sabía con qué lenguaje había de dirigirse a los desgraciados, lo que denotaba la modestia de su origen. La mujer no dijo una sola palabra, pero cesó de llorar. Y hubiérase dicho que se avergonzaba un poco menos de que aquellas manos se pasearan sobre su carne desnuda.

Otras, en cambio, habituadas ya al hospital, permanecían indiferentes mientras eran objeto de un examen semejante. Otras dibujaban una leve y triste sonrisa. Otras, en su rincón, sin que los estudiantes se ocupasen de ellas, lloraban silenciosamente pensando sin duda en su hogar. Ninguno de los muchachos se preocupaban de ellas ni se detenían para prodigarles algunas palabras de consuelo. Las visitas se iban sucediendo. Los estudiantes eran cuarenta o cincuenta, lo que les impedía tener un gesto de compasión que cada uno de ellos hubiera tenido quizá espontáneamente de no haber sido por la presencia de sus camaradas. El hombre siente un extraño pudor en manifestar su bondad.

En la reducida sala especial de los rayos X se agrupaban una veintena de estudiantes. Harto trabajo le costó a Michel introducirse allí. Una débil luz rojiza disipaba vagamente las tinieblas. Luego, bruscamente, reinó la oscuridad. Y todo el mundo se inclinó sobre una pantalla verdusca que se movía horizontalmente sobre un enfermo a quien antes nadie había visto. Tratábase de una pierna fracturada, respecto a a cual ensayaba Heubel un nuevo sistema de su propia invención. Heubel se extendía en explicaciones mientras paseaba sobre aquella tibia fracturada el esqueleto de su mano, donde un solitario montado en platino reflejaba una considerable circunferencia negra. Introducía en el hueso un hilo de plata del que colgaba un peso que se modificaba según la tracción a ejercer. Ese alambra, introducido en el hueso, se distinguía claramente en la pantalla. Heubel, en la penumbra, añadía o quitaba peso tratando de demostrar a Géraudin y a los estudiantes la ingeniosidad del sistema. Oíase la respiración jadeante del enfermo, que se esforzaba en contener sus gemidos. ¿Hombre? ¿Mujer? Michel salió de la sala sin haberse enterado.

Terminóse la inspección en las alas destinadas a los niños. En sus camitas, perfectamente alineadas, sucedíanse unas cabecitas pálidas apaciblemente reclinadas sobre blanquísimos almohadones y que, con sus ojos dolientes de víctima, contemplaban el desfile del profesor y los estudiantes.

—Anemia perniciosa —decía Géraudin—. Peritonitis, osteomielitis…

El modo con que, con sus pupila dilatadas, serenas, resignadas, inocentes, seguían los chiquillos al grupo de los estudiantes desazonaba siempre a Michel haciéndole pensar en un rebaño de pobres bestias dulces y sumisas, condenadas sin saber por qué a pagar un inmenso pecado colectivo en que él, demasiado rico y feliz, tenía vagamente conciencia de haber participado.

Géraudin se detuvo delante de un mozuelo de pálida tez para extraerle un poco de sangre, como preparatorio para una transfusión. El domador había ya llegado. Flégier preparó las laminitas y los bisturíes. El pequeño miraba los preparativos con angustia creciente. Géraudin se cercó a él e hizo un llamamiento a su pobre coraje infantil.

—Vamos, vamos, no vas ahora a llorar delante de todo el mundo. Tienes que demostrar que eres un hombre hecho y derecho. En cuanto hayamos terminado te aguarda una sorpresa. Ya verás…

Con el bisturí hizo una incisión en el lóbulo de la oreja. Brotó la sangre, y la criatura rompió a llorar. Flégier recogió la sangre en una laminita y verificó las mezclas. Pero volvió una de las laminitas del revés y ya no pudo entenderse. Había que empezar de nuevo y practicar otra incisión en la oreja. Géraudin se sofocó.

—Eso no me gusta, Flégier —dijo simplemente—. A una criatura…

Flégier, con el rostro encendido, farfulló algunas palabras. Y cuando todo hubo terminado, mientras los estudiantes se dirigían a las otras camas, Géraudin sacó a escondidas del bolsillo una caja de lápices de colores y la introdujo debajo de la sábana del niño, exactamente con el mismo gesto que solían hacer los visitantes cuando hacían pasar a espaldas de la buena hermana una botella de vino a un compañero enfermo. Géraudin adoraba a los chiquillos. Todos los días iba a verlos en su sala, besaba a los más pequeños, les daba un pellizco en las mejillas, hacía visajes, les decía toda clase de disparates y se sentía feliz como un rey cuando hacía brotar una sonrisa en aquellos pálidos rostros. Les llevaba, escondiéndolos cuidadosamente, tabletas de chocolate y juguetes que sabía escoger muy bien: un automóvil para el hijo de un chófer de taxi, o una grúa para el chiquillo de un marinero. Adivinaba lo que les faltaba y lo que les gustaba, y cuando sus internos no estaban presentes se pasaba a veces una hora entera jugando con ellos. Y cuando uno de aquellos pequeños seres inocentes moría, por desgracia, bajo su bisturí, se marchaba del hospital profundamente trastornado, fuera de sí, enfermo y sintiéndose desgraciado por espacio de varias semanas.

La visita había terminado y los estudiantes se iban dispersando. Flégier, Michel, Seteuil y algunos internos acompañaban a Géraudin.

Al llegar a la puerta de la sala de operaciones consultó de nuevo la «minuta», la lista de intervenciones señaladas para aquel día.

—Un raspado, un quiste. Una histerectomía. Está bien, Flégier, empiece usted por el raspado.

Flégier se puso una bata limpia. Antes de ponerse la suya, Géraudin reclamó:

—Sor Angélica, mi caldo de las once.

Tomó la taza de caldo que le llevaba siempre sor Angélica antes de intervenir. Ese tazón de sopa espesa y plebeya, esa sopa que le recordaba su infancia menesterosa y que le parecía, sin razón alguna, más sabrosa que los más delicados condimentos de su talentuda cocinera, era uno de los hábitos más estimados de Géraudin. Ni una sola vez durante veinte años dejó de practicar esta costumbre. Incluso un día, una enferma que se hallaba tendida en el «billar»[1], al oírle reclamar el caldo de las once, creyó que iban a envenenarla y se escapó por la ventana. Esa ocurrencia fue motivo de risa durante muchos días.

Después de haberse puesto la bata y la mascarilla, Géraudin, con las manos desnudas, puesto que los guantes le molestaban entró en el quirófano acompañado de Michel y de sor Séraphine. Flégier estaba ya trabajando. Sobre una mesa colocada a gran altura, una mujer tendida de espaldas, con las piernas al aire y separadas, estaba dormida. Flégier en pie, con el rostro a la altura de las nalgas de la mujer, introducía pacientemente una sonda en la abertura sanguinolenta, raspaba, escarbaba en la carne viva con tanta minuciosidad, tan absorto e interesado en su trabajo, que indudablemente se había olvidado por entero que estaba operando a un ser viviente. Sentadas en un banco que e hallaba enfrente, esperan dos mujeres, con la cabeza baja, visiblemente aturdidas y embrutecidas por la inyección de escopolamina que previamente les había administrado sor Angélica.

—¿La del quiste? —preguntó Géraudin.

—Esa —respondió sor Séraphine.

—Hágale una «raqui», Doutreval.

Michel puso la mano debajo de la barbilla de la mujer y le levantó la cabeza. Luego le dijo:

—¿Está usted animada?

[1] Expresión profesional que se da a la mesa de operaciones.

La mujer balbució:

—Sí, estoy animada.

—¿Está usted contenta?

—Psé…

—¿Tiene usted miedo?

—No…

La mujer, aturdida y como embrutecida, contestaba dócilmente. Michel la hizo sentar en el «billar» y sor Séraphine le arremangó la camisa. Michel aplicó el trocar en el espinazo, en la conjunción de las vértebras. Un agua clara comenzó a gotear por la cánula de la aguja. Empezaba a brotar el líquido que baña la médula espinal y el cerebro. Michel aplicó la jeringa e inyectó la novocaína. En el hospital, Géraudin utilizaba siempre la «raqui». Este procedimiento, rápido y sencillo, asegura la perfecta inmovilidad del abdomen.

La anestesia la reservaba únicamente para los casos de vías respiratorias. Una mascarilla de éter puede quitarse en un instante a la menor amenaza de síncope. Una inyección, al contrario, introduce en el canal de la médula espinal una dosis brutal de novocaína, sin retroceso posible. Los riesgos se compensan. Pero aún prefiriendo la «raqui», Géraudin apenas la utilizaba para su clientela.

Géraudin operó el quiste con una rapidez fulminante. Se sentía en forma. Una vez más deslumbró a Michel, a Tillery y a todo el mundo. Cuando Géraudin había terminado ya el quiste, Flégier raspaba todavía el útero que le había caído en suerte.

—El siguiente —dijo.

Michel fue a buscar, en el banco en que se hallaba, a la segunda mujer. Y nuevamente le hizo la pregunta de ritual:

—¿Está usted animada?

—Sí —respondió la mujer con tono indiferente.

—¿Cómo se llama usted?

—Jeanne Lacroix.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años.

—La escopolamina la ha dejado menos postrada que a las demás —dijo Géraudin, que estaba enjabonándose las manos—. Hágale la «raqui», Tillery.

Tillery hizo la «raqui». Luego se tendió a la mujer encima del «billar» y levantaron la mesa movible. La mujer quedó con los pies en el aire y la cabeza baja. Sus cortos cabellos castaños flotaban como los de una ahogada. Y con una rápida incisión, rodeando al ombligo, Géraudin abrió el vientre.

Separó las capas musculares, y mas allá del peritoneo, apartó con las manos desnudas las entrañas. Todos los circunstantes se adelantaron para ver la operación de más cerca o alargaron el cuello con ávido curiosidad.

—Vean ustedes —dijo Géraudin, pasando las manos por debajo de la matriz, levantándola, despegándola del fondo de su cavidad pelviana y mostrando los ovarios—: he aquí a una desgraciada a quien un gorrino cualquiera ha obsequiado con una blenorragia. Ha enfermado de gonorrea y no se la ha cuidado… Quizá ni siquiera se ha dado cuenta de que la había atrapado. Y aquí tenemos el resultado: infección, metritis, inflamación crónica de los ovarios… Y me veo obligado a castrarla como a un conejo. Diga, hermana, ¿qué hacía esa mujer?

—Tenía cartilla —repuso sor Angélica—. Vivía en la calle de la Caserne, número 26.

—¡Ah! Muy bien —dijo Géraudin—. Ahora se explica todo. Se trata de una mujer pública.

Volvió a coger el bisturí y se dispuso a continuar. Y, de pronto, en medio del silencio que reinaba en la sala de operaciones, se oyó una voz extraña, fuerte, ronca y tranquila que decía:

—No es culpa mía, señor doctor.

Hasta Géraudin quedó sobrecogido, y permaneció con el bisturí en el aire. Todos los estudiantes se inclinaron sobre el rostro de la mujer, cuya cabeza pendía con los cabellos echados hacia atrás. Con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba a Géraudin. Había resistido a los efectos de la escopolamina. Cosa rara, que podía achacarse sin duda al sistema nervioso. Lo había oído todo. Y con voz ruda, tranquila, una voz ronca y cascada por el abuso del alcohol, pero que no obstante surgir de aquel vientre abierto se mantenía singularmente vigorosa, trataba de justificarse. Contó la seducción, el desengaño, la criatura que vino al mundo, el abandono, la miseria. Y otras decepciones y traiciones hasta la caída completa, hasta el vagar por las calles, la inscripción en la cartilla y… Contaba todo eso con palabras sencillas, pero con un acento tan impresionante que no podía uno dudar de la vedad de cuanto estaba escuchando.

—Me quedaba la pequeña —decía—. Tenía cuatro años. La cuidaba una nodriza. Yo iba a verla los domingos… Pero cayó enferma, me la llevé a París y la cuidé durante siete semanas. Luego, un domingo, a mediodía, murió… No tenía un céntimo, señor doctor, y había que pagar al médico, el entierro, el cura, todo… Y aquella noche ofrecí mis servicios a una casa pública. Cincuenta clientes, quizá cien… Ya sabe usted lo que son esas guaridas… Pero gané lo suficiente para pagar el féretro y las flores.

»La enterraron en Pantín. Se la llevaron en un coche mortuorio. No teniendo dinero ni siquiera para un taxi, tuve que seguir el entierro desde lejos, desde un tranvía. Y eso es todo, señor doctor…

—Está bien —dijo Géraudin—. No hable usted más, hija mía… De lo contrario, no podré trabajar.

Se enjugó los ojos con la manga. Estaba tan emocionado como sus internos.

Michel no había de olvidarse nunca más de aquella desgraciada criatura, tumbada boca arriba, con la cabeza caída, el cabello en desorden y que pendía hacia atrás, cuyo rostro se veía, desde lo alto, trágicamente encogido: aquella mujer, destripada como una bestia colgada de un garfio en el matadero y que contaba su historia mientras Géraudin, inclinado sobre ella, le extirpaba los ovarios y salpicaba de sangre el fondo de su cavidad pelviana.

CAPÍTULO IV

Después que Géraudin se hubo marchado, Michel salió del pabellón y atravesó las salas del hospital acompañado de Seteuil, Tillery y los ayudantes.

—¿Vamos a comer en «Toxines Bar»? —propuso Tillery—. Aún me quedan dos cupones.

«Toxines Bar», llamado también «El centro de las virulencias», era un pequeño figón que los estudiantes habían bautizado en razón de la toxicidad del vino tinto y del condumio que allí se consumía. El patrono del bodegón servía a los estudiantes comidas por cinco francos, y por cuatro cincuenta si suscribían un abono por diez comidas. Tillery, que era prudente y reconocía sus debilidades, adquiría a primero de mes, inmediatamente después de recibir la pensión paterna, treinta cupones para asegurar así el yantar diario. Con la certeza, pues, de no morir de hambre, se gastaba alegremente el resto de la mensualidad. Pero, mediado el mes, vendía los cupones a bajo precio para poder comprar tabaco, y vivía «sana y pobremente» según afirmaba, de pipas y bocadillos.

Había también estudiantes que almorzaban en «Toxines Bar» para agenciarse recursos con qué pagar los libros.

—De acuerdo. Vámonos al «Toxines Bar» —dijo Michel—. Pero nada de carne. Sólo un huevo.

Después de una operación, sólo con ver un bistec en el plato se le oprimía el corazón

—¿Quién es? —preguntó, mientras atravesaban los pasillos en dirección a la puerta de salida.

—¿Quién?

—Esa muchacha a quien acaban de intervenir.

—¿Te ha impresionado su útero? —dijo Seteuil en tono de chanza—. No lo sé. Una del «Sana»[1]. Pero, si te interesa, la tengo anotada en mi carnet.

Externo en el sanatorio, Seteuil tenía la lista de los enfermos. Sacó su agenda.

—Veamos, veamos… Jeanne Lacroix. Sí, eso es. Pabellón C, segundo piso, habitación 28, Tuberculosa. Sí, ahora la recuerdo. Ingresó anoche. Volverá al sanatorio esta misma semana.

—Iré a verla —dijo Michel.

Atravesaban en aquel momento una de las salas comunes del hospital, una estancia blanca, clara y triste, inundada de una luz fría y violenta. Era la hora de la comida. Con un cuarto de hora de antelación, el mozo de la cocina había repartido la escudilla de loza, el tenedor y la cuchara de hojalata. Ahora pasaba con la marmita a la altura del vientre. El contenido de la marmita era un confuso batiburrillo: buey hervido, patatas, judías, arroz y fideos. Sosteniendo la olla con una mano, sumergía en ella la cuchara y distribuía las raciones. Oíase el rumor de todas aquellas bocas sorbiendo la sopa y comiendo la carne. No había cuchillos y los que carecían de cortaplumas o cualquier otro instrumento cortante habían de coger y desmenuzar la carne con las manos. Como tampoco distribuían servilletas, la salsa se derramaba por la barbilla. Las manos, el bigote y las sábanas se llenaban de grasa. Llegó el mozo con el postre: ciruelas cocidas y mermelada. Si alguien no había terminado aún de comer, le vaciaban el cucharón de mérmela encima de las patatas. Todos se afanaban, pues, en comer de prisa, despedazando la carne con los dientes y las manos. Todos los hospitalizados ostentaban en el hombro derecho de la camisa, escrito con gruesos caracteres en tinta negra, el nombre del hospital: «L'Egalité».

—Preferiría reventar de una vez antes de que me cuidaran en el hospital —dijo Tillery.

—Estás desbarrando —repuso Seteuil—. Espera solamente tu próximo resfriado.

—De todos modos, consuela muchas miserias —dijo Michel.

---

[1] Apócope de Sanatorio.

—Por supuesto —reconoció Tillery—. Pero esto se extiende demasiado, lo invade todo y va camino de ser tan universal como la vacuna o el servicio militar. Dentro de cincuenta años todo el mundo pasará por el hospital, y esto es un error. El hospital debiera ser, con restricciones, un medio excepcional para practicar la caridad. Lo idea, amigo mío, es que uno se cure en su propia casa.

—Sí, vete a hacer a domicilio radiografías, neumos y reducciones de fracturas como la de Heubel esta mañana. La medicina científica requiera grandes instalaciones, laboratorios, rayos X; en una palabra, el hospital.

—No estoy muy seguro. Evidentemente, si el hombre no fuera más que una bestia… Y aún… Cambia un caballo de cuadra y estará ocho días despistado. ¿Crees acaso que no sufre un enfermo a quien se separa de los suyos y se le instala en una especie de cuartel? El factor psicológico también cuenta.

—*El progreso social*, el rendimiento, las necesidades económicas…

—Las necesidades económicas exigirían también que se estableciera una selección humana, que sólo se permitiera procrear a los «modelos» de la especie, que se crearan «apareadores» humanos con sementales escogidos. Que todo el mundo coma en la gamella; que se pueda trasplantar al hombre, como una máquina, donde hay trabajo: de Europa a América, por ejemplo. Pero todo el mundo está de acuerdo en que esto es imposible, que el hombre siente apego por su hogar, por el medio en que se desenvuelve, que tiene un alma… La medicina es individualista por esencia.

—¿Recriminas, pues, la caridad pública?

—No. Sólo afirmo que se practica de un modo equivocado. Que debiera ayudarse al hombre de otra manera, más humanamente. Y quien no comparte mi opinión no es un pobre ni ha visto nunca un hospital. Mi deseo sería que tuviera que dejar allí a su mujer o a su hija, por ejemplo y verla en cueros, examinada por una veintena de estudiantes entre los cuales, estuviera al pie de la cama, detrás de los otros, algún desplumado como Seteuil que comentara socarronamente con Santhanas los senos menudos de la muchacha.

—Eres un botarate —exclamó Seteuil.

—Ese Géraudin se las trae —dijo Michel.

—Es maravilloso. Hay que reconocerlo. Dice siempre las palabras precisas, pero no todos se le parecen. Abundan los que están maleados por el hábito de la profesión, los que olvidan… A veces me avergüenzo un poco al ver a la quisquillosa sor Angélica, deshecha en llanto, consolar a una mujeruca después de haberla nosotros manoseado por todos lados.

—A los indigentes se les atiende gratuitamente. Es preciso que paguen de una manera o de otra.

—De acuerdo. Pero en este caso, excepto nosotros los médicos que prodigamos nuestro tiempo, no se trata de una caridad, sino de un mercadeo. La colectividad, el Estado, no da nada por nada. Sólo efectúa un trueque. Por lo tanto, ¿por qué hablamos de caridad, de beneficencia y de asistencia pública? ¿Por qué bautizar a nuestros hospitales con los nombres de «La Caridad», «La Fraternidad», «*L'Hotel-Dieu*», «La misericordia», «La Piedad»?

»Ni siquiera sé —añadió— si no es el desgraciado el que más da aquí dentro. Se le separa de su hogar. Una mujer que da a luz se ve alejada de su casa y de los suyos, privando a su marido del espectáculo de un sufrimiento que les uniría un poco más. Las cosas son así, gran desplumado, y puedes reírte cuanto quieras. Muchas veces he oído a los obreros decirme de su mujer: «Verdaderamente es una mula, pero cuando el chico vino al mundo tuvo mucho coraje» ¿Y el médico? Quizá es el que más pierde. Ya no existe el contacto de hombre a hombre. Los enfermos se acostumbran a ser números, a que los examinen una veintena de estudiantes y a convertirse para el doctor en una función mecánica de auscultar y curar.

El hospital ha matado al médico de familia y nadie saldrá ganando con ello. Nuestra profesión, no te quepa duda, es a menudo todo lo contrario del colectivismo.

Michel no supo qué contestar.

Los tres camaradas salieron. Afuera reinaba la animación habitual a la una de la tarde. La muchedumbre de visitantes, cargados de bizcochos, chocolate y naranjas, bloqueaban las puertas. Desde hacía tres cuartos de hora la multitud aguardaba que se abriesen las verjas. Apretujada como un rebaño, asediaba la entrada, sucediéndose los tumultos para colocarse en el primer lugar de la fila. Abriéronse la verja y los portillos y se produjo una invasión en tromba, una correría a través de patios y pasillos para ganar un minuto, pasar un instante más a la cabecera del lecho del padre o de la madre. Desde el extremo de la calle, Michel veía correr a los que se habían retrasado. A lo largo de la acera se alineaban los tenderetes de los vendedores de naranjas y bombones. Había también pequeños puestos de flores, rosas y peonías, dalias, narcisos y amarillas margaritas otoñales, una amalgama de colores y penetrantes aromas que se esparcían por la calle, frente al gran hospital. El pueblo gusta de las flores, y aquella muchedumbre se las llevaba en grandes manojos a sus desgraciados familiares.

La visita duraba una hora. Luego, bajo la égida de sor Angélica, la vida en el hospital seguía su curso, lenta, monótona, con sus innumerables sufrimientos, sus pequeñeces y sus ocultas grandezas. La quisquillosa sor Angélica —siempre la adjetivaban así los estudiantes— intervenía en todos los servicios. Los vagabundos estaban bajo su dependencia, lo que era una tarea verdaderamente ingrata. A partir del mes de noviembre los S.D.F. acudían a instalarse en sus cuarteles de infierno. Se les llamaba los S.D.F. (sin domicilio fijo), porque de la cabecera de su cama colgaba un cartelón con dichas iniciales. Bronquitis, reumatismos, toses crónicas incurables, no faltaban pretextos para ingresar en el hospital. Como no había sala disponible para ellos, sor Angélica, con viril decisión, los acomodaba a todos en un espacioso pasilla, donde, acurrucados cerca de las estufas, se pasaban el día jugando a las cartas. Por la noche se iban poco a poco a acostarse en la sala de los enfermos de males venéreos, donde solían dormir porque no había sitio en ninguna otra parte. Por regla general, se marchaban al cabo de quince días, caían nuevamente enfermos y volvían una semana después. De quincena en quincena llegaban así a la primavera y entonces se dispersaban hasta la llegada del invierno venidero. Sor Angélica les inspiraba un sacro terror.

Gobernaba también a los estudiantes, vigilaba las suelas de sus zapatos, les hacía limpiarse los pies y les quitaba de los labios, sin el menor reparo, el cigarrillo que acababan de encender, al tiempo que les decía:

—Aquí no se fuma, joven.

Emitía juicios sobre ellos y afirmaba con una certeza infalible:

—Este trabaja, pero aquél será siempre un holgazán.

Veía también las cosas con mayor alcance que ellos. Los estudiantes tenían el bagaje de su ciencia y sus libros, pero ella contaba con treinta años de hospital. Y no pocas veces, ante una imprudencia o una iniciativa que no era de su agrado, decía tranquilamente que no, se interponía y ordenaba esperar.

Veía a veces las cosas más claramente que el «patrón» presentía mejor que él las consecuencias de una intervención, y, en medio del optimismo general, decía sin equivocarse nunca:

—Este no curará —y anunciaba de antemano la muerte, para aquel mismo día de algunos de los que estaban bajo su dependencia. Se lo advertían señales imperceptibles e infalibles, inaprensibles cambios en el rostro de los enfermos, cosas que sólo ella había visto centenares de veces durante sus treinta años de contacto con la miseria y el dolor. Así, que los internos y hasta los «patronos» creían en ella. La primera señal que revelaba en el hospital la proximidad de la muerte la constituía un biombo que sor Angélica instalaba alrededor de la cama, con objeto de aislar y aliviar la agonía de un desgraciado. Esa señal era infalible. Luego aparecía el ramito de boj en el agua bendita. Después, una hora antes de la muerte, llegaban las moscas que, como sor Angélica, jamás se equivocaban. Por último, una hora después de la muerte, cuando ya el cuerpo empezaba a enfriarse, los piojos amontonados en los

cabellos, debajo de la nuca, sentían menguar el calor humano y abandonaban el cuerpo. Se les veía correr sobre el cuello del cadáver, sobre las sábanas y sobre la almohada.

—Está vaciando su piojera —decían los vecinos de cama. Pues el pueblo cree que los piojos se alojan detrás de la cabeza, en una bolsa que existe debajo de la piel, llamada «la piojera». Durante la autopsia, los parásitos se extendían sobre el mármol de las mesas de disección donde los estudiantes los aplastaban por centenares.

Practicábase la autopsia en gran escala. Alrededor de un enfermo, de un caso interesante, los «patronos» discutían. Heubel era de opinión que se trataba de un tumor benigno, Geoffroy aseguraba que era un cáncer y Géraudin se pronunciaba por un absceso. Doutreval y Donat se cambiaban los más bárbaros epítetos, totalmente incomprensibles para el paciente. Una frase misteriosa ponía término al debate:

—Está bien. Ya volveremos a discutirlo en casa de Morgagni.

Ir a casa de Morgagni —el primer médico que a pesar de las antiguas reglas de la Iglesia se atrevió a disecar un cadáver humano— era practicar la autopsia. Decían también:

—Haremos una «necro».

A fuerza de discutir sobre su caso, había también enfermos cuya muerte era esperada con una especie de impaciencia. Especialmente un absceso del cerebro ponía al rojo vivo, desde hacía un mes, la pasión general.

En principio, la ley impone un plazo de veinticuatro horas antes de practicarse la autopsia. Lo que es muy enojoso, porque las vísceras se corrompen. Surge de ahí un conflicto asaz dramático entre la compasión inmediata por los restos de un desgraciado y esa otra piedad más elevada que quiere conocer, saber, instruirse para aliviar en el futuro innumerables miserias. En general, se encontraba una fórmula de arreglo. Introducíase inmediatamente en el vientre del muerto, para mantenerlo en estado de conservación, un litro de formol. O bien, si se trataba únicamente de examinar un órgano que era menester conservarlo en un estado de frescor, por ejemplo un riñón, se practicaba una amplia incisión para desasirlo, se introducía la mano en el vientre y se sacaba del fondo el mismo. Un riñón se extrae con facilidad.

Y si el caso era verdaderamente interesante y merecedor de un examen general, se practicaba también la autopsia. Se bajaba al depósito. En la cámara, todos los muertos, desnudos, estaban alineados, dispuestos por pisos, cada uno en su caja encristalada. Se tiraba de uno de los cajones y aparecía un hombre. Y se operaba sobre su cuerpo, procurando respetar la cabeza en atención a la familia. La administración, al dar cuenta del fallecimiento a los parientes del muerto, les preguntaban siempre la hora en que llegarían. Contábase, por tanto, con el tiempo suficiente. Algunas veces, sin embargo, los parientes se presentaban demasiado pronto. Entonces le tocaba a sor Angélica ingeniarse para hacerles esperar a la antesala con un pretexto cualquiera. Y de cuando en cuando llamaba furtivamente a la puerta en voz baja:

—Dense prisa.

En efecto, los estudiantes se apresuraban como si fueran ladrones, se remendaba el cadáver mediante burdos zurcidos, curas, bandas de esparadrapo y sumarias adherencias, y mientras son Angélica amortajaba el cadáver, arreglaba la capillita y encendía los cirios, los estudiantes se marchaban por una puerta excusada… La familia no sospechaba nada. La estancia era oscura, y todo el piadoso material acumulado por las religiosas le distraía a uno de todo lo demás. Y ese muerto, con las manos juntas, ese cadáver, ese boj mojado en agua bendita, que le prodigaban a uno como una aspersión respetuosa y distante, infundía una profunda sumisión. Máxime se atrevía uno a estampar un beso fugaz en la gélida mejilla… y detrás aguardaba, discreto sin duda, pero embarazoso, el hombre de las pompas fúnebres… No había que impacientarle. Cuando uno es pobre y tímido se preocupa del trabajo de los demás y sabe el valor del tiempo. Las despedidas eran breves. Y uno se iba, e

inmediatamente el hombre se acercaba al cadáver, y, con un ademán excesivamente ampuloso, sacaba un metro del bolsillo y tomaba las medidas…

Los ahogados, los muertos en accidentes, los andrajosos anónimos, todos los innominados de la calle, toda la escoria de la humanidad que iba a parar al depósito eran enviados a las salas de disección. Y asimismo todos los enfermos que no eran reclamados por sus parientes. A veces, se encontraba una mañana sobre el mármol a un ser a quien el día antes se había visto en la cama, a quien se había interrogado y que os había mirado y sonreído. Ello producía una sensación penosa. Uno tenía siempre la impresión de que aquel cadáver iba a hablar. Esos cadáveres se sumergían en antiséptico de donde se les extraía para la disección. Se les abría, se quitaba la grasa y se aislaban los músculos, los nervios y los vasos. Esa operación durante tres meses. Una especie de moho cubría finalmente esa carroña humana que se tiraba por pedazos y pequeños residuos, despojos de anónimas carnicerías, en un cubo que había debajo de la mesa y cuyo contenido un mozo de la sala iba a enterrar finalmente en cualquier hoyo. Y todos los años, a petición de un grupo de estudiantes, el padre Vincent decía una misa por el alma de todos aquellos desgraciados.

Como se hacía un copioso consumo de cadáveres, éstos iban escaseando cada vez más. Se formaron Sociedades y Ligas para reclamar los cuerpos. Mucha gente que no recogerían en su casa a un perro sarnoso, y a quienes la vista de las suciedades y purulencias que un profesor o un estudiante manosean todo el día en el hospital les oprimiría el corazón de asco y de horror, encuentran muy generoso enternecerse por el cuerpo de un mísero a quien el día antes, en la calle, le han negado unas monedas. Subvencionan a sociedades antidiseccionistas, lo que, por otra parte, no es óbice para que en ocasión de una hernia o de una pierna fracturada aprovechen sin el menor reparo los progresos de una ciencia quirúrgica que debe sus perfeccionamientos esenciales a la disección. Estas Ligas están muy bien informadas y encuentran siempre a un pariente que reclama los despojos del muerto… Entonces, adquirían de antemano su cuerpo a pobres diablos que se vendían, toda en vida, por cuatrocientos francos, pasando a pertenecer al hospital una vez hubieran fallecido. Otros preferían un apequeña renta vitalicia. Otros trocaban en dinero el cadáver de un pariente muerto. Las mujeres liquidaban con frecuencia, a manera de «vendetta», el cuerpo de su marido. Se ahorraban así los gastos de entierro, percibían trescientos francos y aquel gorrino sería convertido en salchichas, lo que constituía una venganza refinada. Por último, con esa interesada segunda intención, se daba alojamiento en el hospital a tres o cuatro pordioseros cuyos despojos se esperaban. Una vez por o menos, mientras están en vida, los estudiantes los llevaban al anfiteatro anatómico, lo que los mendicantes aceptaban para dárselas de valientes y era lo que más tarde les harían a sí mismos… De todos modos, eso les producía un singular efecto. Sobre todo cuando se les mostraba, para chancearse, el cráneo y la faz de un viejo camarada a quien reconocían: un pedazo de carne fácilmente identificable, una cabeza deshuesada, reblandecida, vaciada en el interior, una mascarilla humana medio podrida, pero en la que los mendigos encontraban aún un bigote, una nariz, alguna cosa que les era familiar de la faz del camarada con quien uno o dos meses antes habían jugado a las cartas en el patio.

Sor Angélica se levantaba a las cuatro de la mañana, iba a la capilla, comulgaba, se absorbía en sus meditaciones hasta las cinco y luego, si un moribundo de los enfermos que estaba bajo su dependencia no la reclamaba, asistía a la misa. A las seis, desayunaba. Y a las seis y media, corría por las salas lavando y preparando a los enfermos para la visita del médico, pues el profesor se presentaba a las ocho. Al mediodía sor Angélica había terminado ya de dar inyecciones, lavativas, curar y limpiar. Comía en un abrir y cerrar de ojos, siempre tarde, y, en lugar de ir a la capilla a las dos de la tarde, reanudaba su servicio hasta la noche. Por último, después de cenar, a las siete y media, las religiosas tenían derecho a una hora de recreo, el único momento de reposo y solaz de que disponían durante el día. En invierno, se reunían en el refectorio, y, en verano, en el jardincillo de la capilla donde charlaban, reían y se expansionaban alrededor de la madre superiora que, con graven continente, se

sentaba en su butaca con un escabel para los pies. Pero sor Angélica no iba nunca. Volvía a su servicio y se iba a acostar a las nueve en una de las salitas bajas de techo situadas en el último piso, donde la administración alojaba a las hermanas en grupos de siete u ocho, porque en «L'Egalité» no sobraba el espacio.

Sor Angélica cuidaba a las mujeres públicas sifilíticas, rascaba las úlceras, limpiaba los recipientes de excrementos, lavaba anos artificiales, sondaba viejos prostáticos, introducía pedazos de algodón en la garganta de los diftéricos, oprimía los ántrax para extraer las raíces, desinfectaba los irrigadores y las cánulas, recogía los residuos de tabaco que había en torno a las estufas y en recuerdo de Cristo, vaciaba el contenido húmedo y viscoso de las escupideras.

Sin embargo, nadie apreciaba a sor Angélica, y como aceptaba siempre una vela de sesenta céntimos para la iluminación de la capilla, se decía de ella que era muy «interesada».

Y además, añadían: si las hermanas hacen todo eso, es para congraciarse con uno. De esta forma sor Angélica se había captado a un viejo pobretón, un furioso anticlerical de Mainebourg y ex concejal extremista quien, alojado en «L'Egalité», se había puesto al servicio de la religiosa y la seguía a todas partes como un perro. Entonces, los demás lo pusieron en cuarentena y le declararon «traidor al partido». Incluso la madre superiora no tenía en gran estima a sor Angélica, a la que no consideraba lo suficientemente mística. Pero sor Angélica quería seguir siendo ante todo una «hermana hospitalaria», por lo que las místicas la miraban con altanería.

Dentro de cinco, de diez, de veinte años moriría sor Angélica. Se le daría sepultura en un rincón del cementerio, en una porción del mismo destinada a las religiosas, al pie de un crucifico colocado encima de una gruesa piedra. Tendría una cruz de madera negra y dos iniciales, que con las lluvias de un año acabarían por desparecer. Nadie le llevaría unas flores ni nadie se acordaría de ella. Se pasaría al lado de la cruz inclinada y medio podrida sin saber que allí reposa, después de cincuenta años de sacrificio, siguiendo el ejemplo del Maestro, alguna humilde muchacha del pueblo o tal vez la heredera de una fortuna real y de un glorioso apellido de Francia, en religión sor Angélica de la Misericordia, esa cargante y quisquillosa sor Angélica para los estudiantes, los vagabundos y las rameras.

CAPÍTULO V

Aquella mañana, Ludovic Vallorge, a quien motejaban con el sobrenombre de «Luis XVI», se anudaba la corbata delante del espejo del armario de luna. Por una vez, el rostro de facciones regulares, un poco abotargado, de Vallorge estaba preocupado. Sobre la mesita de noche había desdoblado el telegrama que acababa de recibir.

«Venga. Largo sincope esta mañana estoy preocupada», rezaba el telegrama que estaba firmado por Madame Suraisne.

Desde que Suraisne había dado su banquete en la «Taverne du Roi René» habían transcurrido ya algunos días, y Vallorge no había vuelto a ver a su «patrón». ¿Qué había ocurrido.

Vallorge acabó de vestirse sin el menor nerviosismo, con el esmero que ponía siempre en todas las cosas, encaminóse al garaje, sacó el coche, se regocijó de nuevo con los sorprendentes arranques en frío del motor, y por primera vez una sombra de pesimismo nubló su mente: la idea de que ese lujo se viera tal vez amenazado en el caso de que Suraisne…

«Iré allí en seguida, al salir del laboratorio», se dijo Vallorge.

Al decir allí se refería a los Pons-de-Cé, distante algunos kilómetros de la ciudad. Suraisne residía en un delicioso priorato, a orillas del Loira, entre rosales y altos y copudos álamos que rumoreaban al soplo de la brisa.

El laboratorio estaba enclavado extramuros, en la carretera de Segré. Vallorge verificaba allí gratuitamente las experiencias que le solicitaba el servicio de higiene, lo que podía sumar a los innumerables títulos que coleccionaba el de jefe de laboratorio de los servicios de higiene, lo que añadiría un peso más en la balanza el día en que se aprestara a tomar por asalto una de las cátedras de la Facultad. Y sobre todo disponía, sin que le costara un céntimo, de un laboratorio magnífico, fastuosamente equipado, cuyas facturas de cristalería y de productos químicos eran pagadas sin la menor discusión. Vallorge, prudente, dejó el coche en el zaguán, lo confió a la vigilancia del conserje y entró en el laboratorio.

Desde hacia dos meses le había sido asignado un ayudante, un ex gendarme jubilado que había conseguido el puesto gracias a influencias políticas. Vallorge lo encontró en la sala de las estufas leyendo un folletín y liando cigarrillos.

—Salud, Emile —dijo cordialmente—. ¿Ha hecho usted su trabajito desde que no nos hemos visto?

—Todo está a punto, señor —repuso Emile con acento de orgullo.

Durante cuatro días había preparado un caldo de carne y diluido en agua un poco de peptona; pero se había olvidado de pesar la peptona.

—Pues bien, empezará usted de nuevo —dijo Vallorge—. Éste será su trabajo de hoy. Voy a enseñárselo.

Pacientemente, extendiéndose en detalles, Vallorge le explicó la operación.

—Tome usted un frasco de peptona y pese treinta gramos. ¿Sabe usted pesar?

Emile no sabía pesar. Vallorge le mostró la balanza, resguardada en una caja de vidrio, y le explicó el modo de servirse de ella y de utilizar las pesas.

—Haga hervir la peptona diluida en un litro de agua en ese hornillo de gas. ¿Lo ha comprendido bien, verdad? Luego, lo filtrará usted con un papel colocado así, ¿se fija usted bien, Emile? Después verterá el contenido en esta probeta y la pondrá a calentar en el autoclave, sí, en el autoclave, que es ese armatoste que hay aquí, a una temperatura de ciento quince grados, durante veinte minutos. El autoclave hay que mantenerlo bien cerrado. Y finalmente sacará usted la probeta y la pondrá en la

nevera. Eso es todo. Y si mañana no viniera, hágame usted capilares con estos tubos de cristal. ¿Sabe usted hacer capilares?

Emile no sabía hacer capilares. Vallorge encendió un mechero Bunsen, y estiró unos tubos de cristal para que Emile aprendiera.

Media hora después salió del laboratorio, contento por haber sabido dominar una vez más sus nervios y utilizado aquella prodigiosa paciencia que constituía su mayor fuerza. Emile estaba allí como premio a su actuación política. Si le desposeyeran de aquella prebenda todo sería lamentaciones. Una sinecura de aquel género podía llevarle muy lejos.

«Si lo hubiera hecho yo mismo hubiese terminado más pronto —pensaba Vallorge al subir nuevamente al coche—. Pero en resumidas cuentas, ¿qué más da? Líos, no».

Era éste su axioma esencial.

Por la carretera franqueada de viñedos, el automóvil rodó hacia los Ponts-de-Cé.

En el cuarto de Suraisne había un amplio balcón florido, desde donde se divisaba la perspectiva de una serie de terrazas bordeadas de balaustradas enguirnalda de rosales trepadores. Las terrazas descendían escalonadamente hasta el río. Palmeras enanas surgían en medio del césped. Aquí y allá una secoya y un cedro esparcían el oscuro esplendor de su frondosidad majestuosa. A la derecha, la capilla del priorato, casi oculta detrás del verde viñedo, no era más que una suntuosa masa púrpura y oro. Y a pesar de lo avanzado de la estación, la ligera brisa que soplaba del Loira era de una dulce suavidad. Tendido a pierna suelta sobre la cama Luis XV, con un cobertor de seda en el que aparecían bordadas florecillas vedes y amarillas, Suraisne se había recobrado del repentino síncope de que había sido víctima, sin motivo aparente, al levantarse de la mesa. Aspiraba el pañuelo empapado de vinagre que su mujer le aplicaba de vez en cuando en la nariz, y repetía a cada momento:

—¿Qué diablos me ha pasado? ¿Qué diablos ha podido ocurrirme?

Suraisne era un hombre dinámico. Ese meridional sanguíneo, de tez morena, de voz cálida y persuasiva, antes ya de haberse presentado a las oposiciones, había trabajado con tanto acierto y prestado a sus superiores tan valiosos servicios en la inspección divisionaria de las tropas marroquíes, que ello le valió el nombramiento de director de conferencias en París.

Sólo entonces se presentó a las oposiciones y prosiguió su ascenso a un rápido ritmo, sorteando con maestría a los envidiosos que trataban de «dislocarle», expresión que equivale en argot médico a ocupar el puesto de otro. De tal modo sobresalía Suraisne en esta «política de Facultad» que, a la larga, hasta sus propios protectores acabaron por juzgarle peligroso y, a su vez, lo «dislocaron». Pero era un muchacho de valer. Y para ponerle cortapisas, tuvieron que crear ex profeso para él una nueva cátedra en la Facultad de Angers. No tardó Suraisne en labrarse en toda la región una reputación harto merecida. Aunque extendida en París, la moda de los laboratorios no se había divulgado todavía por provincias. Suraisne, muy versado en bacteriología, instaló de manera ultramoderna un consultorio, con un laboratorio anexo, donde practicó en gran escala análisis de esputos, heces, orina y otras excretas. Ganó con ello una pingüe fortuna y un buen renombre. Y se casó, además, con la hija de un acaudalado corredor de fincas de París que aportó dos millones de dote, además de un castillo a orillas del Loira y un hotelito en la capital.

Vallorge trabajaba en el laboratorio de Suraisne. Pronto logró destacarse afanándose en prestar los mil pequeños servicios que espera el «patrón» de su discípulo: redactar los cursos y lecciones, ayudarle en las consultas ciudadanas y encargarse de las fastidiosas tareas materiales del laboratorio. Todo ello iba ligando poco a poco a Suraisne a su discípulo, que acabó por ser su confidente. Así, que Vallorge hizo rápidos progresos en su carrera.

Llegó al priorato antes del mediodía. Subió directamente al cuarto, auscultó al jefe, le tomó el pulso y, sin decir palabra, llamó inmediatamente por teléfono al profesor Donat, a Angers.

No se sabe qué le explicó a Donat. Pero, una hora después, el viejo «patrón» a pesar de su pericardio enfermo y su aortitis, subía de cuatro en cuatro los escalones del castillo.

El diagnóstico fue tajante. El corte que Suraisne se había salpicado de pus al tomar de las manos de Seteuil el seno arrancado de la vieja cancerosa, se había infectado. Y la infección se había extendido solapadamente por todo el organismo. El corazón se debilitaba por momentos. Suraisne estaba cianótico. Era ya tarde.

Donat telefoneó a Géraudin. El cirujano se había ido de caza. Donat llamó entonces a Heubel, quien prometió acudir, después de terminar dos intervenciones que le llevaron mucho tiempo. Llegó a casa de Suraisne al atardecer. Auscultó al enfermo, pasó a la pequeña habitación contigua y Heubel formuló a la señora Suraisne una sola y breve pregunta:

—¿Es creyente?

—Pues… no lo sé… —respondió la señora Suraisne aturdida—. Creo que sí.

La señora Suraisne, acongojada y medio loca, corrió a buscar un sacerdote. Heubel mandó traer una vacuna antiestreptocócica. Era ya demasiado tarde.

Así murió estúpidamente Suraisne, especialista del microbio, matado por el microbio por haberlo desdeñado demasiado a fuerza de conocerlo. Un pequeño corte con el bisturí algunos días antes y Suraisne se habría salvado. Sin duda lo hubiera hecho de no haber sido médico, profesor y sabio. Para el hombre que cuida a sus semejantes, esa familiaridad cotidiana con el peligro es un riesgo mayor de lo que uno cree. A la larga, suele olvidarse que uno mismo es vulnerable. No es raro en la profesión ese final absurdo.

Suraisne dejó una crecida fortuna y una viuda que no le olvidó nunca más. Hizo un culto de la memoria de su marido y se consagró a prodigar el bien.

Vallorge se sintió desalentado durante algunas semanas. Toda su carrera dependía de Suraisne. Sin haber asistido una sola vez a las clases, había pasado todos sus exámenes sin moverse del laboratorio de Suraisne, y con él contaba para su porvenir. Aquella muerte constituía para Vallorge una verdadera catástrofe.

Para quien quiere seguir una carrera oficial en medicina y llegar a ser algo más que un mediquillo, el apoyo de un profesor reporta una serie de ventajas. En todos los concursos se clasifica a los candidatos según el «patrón» que los protege. Así se forman lo que podría denominarse «equipos». Había en Angers el equipo de Geoffroy, el de Doutreval, el de Donat y muchos otros. Cuando se designaba por sorteo a un profesor determinado para formar parte del jurado, todo el equipo del mentado profesor era automáticamente recibido en el profesorado, pues el concurso no era más que una mera formalidad. La misma tarea vale al candidato 19 puntos o 5, según su «patrón» forme parte o no del jurado. Y entre «patronos» todo se arregla, intercambian ruibarbo y sen, y se patrocina el candidato de un colega para que éste apoye el de uno. Así, pues, una serie de mercadeos y regateos precede a los concursos de Agregación de Medicina hasta el punto de que, una vez sabida la composición del jurado, los resultados del concurso eran conocidos muchos antes de que éste tuviera lugar.

De ahí la utilidad de contar con un «patrón» de vasta influencia, capaz, aunque no forme parte del jurado, de hacer actuar a sus amigos para favorecer a sus candidatos. El discípulo cuyo profesor no ha sido elegido por la suerte y carece además de relaciones, el alumno que ha tenido la desdicha de no ser agradable a un «patrón» o que ha cometido la torpeza de arrancarle demasiado pronto parte de su clientela, no se verá favorecido con una cátedra.

Hay que saber esperar, resignarse a comenzar a ganarse la vida hacia los cuarenta años y no rebelarse si cada tres años le apean a uno prefiriendo a gente menos capaz, únicamente porque el «patrón» de uno no forma parte del jurado.

Pero Vallorge había conocido la miseria y, por ende, el horror a la pobreza, la implacable voluntad de llegar, de ser rico y de formar parte de la selección de los poderosos. Vallorge no había sido siempre feliz. Este mozancón, de alta estatura, macizo, huesudo, con brazos y piernas de campesino y andar cansino, había vivido horas muy duras. Su padre, un modesto lechero, había muerto a consecuencia de una coz. De resultas, la madre se había puesto nuevamente al frente de una minúscula mercería. Y de los ingresos de la tiendecita había vivido, dado educación a su hijo, pagado sus estudios y a través de prodigios de economías, de privaciones y de noches en blanco, lo había convertido en un caballero. Murió seis semanas antes de que Vallorge explicara su tesis sin haber podido ver el triunfo de su hijo, por quien había dado su vida. Cada vez que Vallorge recordaba aquel viejo y querido rostro, aquel ser que le había llevado en sus entrañas, que lo había alimentado y que había muerto por él, se le oprimía el corazón. Y guardo de ello un acerbo rencor, la indomable voluntad de no vivir nunca más, ni hacer vivir a quienes amara, aquella existencia estrecha y oscura, aquella congoja y aquella penuria que acompaña a la pobreza.

Se había sometido a las reglas del juego. Agregado a Suraisne, había efectuado rápidos progresos. Sin ser doctor fue nombrado ayudante de Suraisne. Supo mantenerse como el gran favorito del «patrón» sin dejarse apear por ciertos camaradas cuya ambición hubiera amenazado con barrerle el camino y que sólo perseguían crear el vacío en torno a Suraisne. Y sólo Dios sabe cuántas carreras científicas se han truncado por ello en las Facultades. Sólo quedó con él Seteuil, y éste testimoniaba también un apetito inquietante. Pero era demasiado joven, y no podía ser para Vallorge, que ocupaba mejor posición que la suya, motivo alguno de preocupación. Vallorge supo hacer buenas migas con Seteuil. Y con miras a la cátedra iba progresando y acumulando títulos: médico de la Asistencia Pública, médico de las Escuelas y conferenciante de la Facultad de Farmacia. Tenía, además, asignados veinte mil francos al año. Se le encontraba en todas partes, asegurándose dos mil francos por un lado, cuatro mil por otro, diez mil por otro concepto, o utilizando gratuitamente un laboratorio, y, con frecuencia, no sólo no percibiendo nada, sino entregándose a tareas prácticas extenuantes para el día en que se creara una cátedra, para ocupar la cual se verían obligados de buen o mal grado a pensar en él.

Con todo ello, Vallorge contaba ya en Angers con una clientela numerosa. A aquel hijo del terruño no se le podía negar una virtud: la de poseer un ánimo esforzado. Sus innumeras ocupaciones le obligaban a realizar un trabajo agobiador. Emprendíalo como un leñador, lentamente, sosegadamente, con orden, sin prisas ni nerviosismo. Todas las tareas del laboratorio de Suraisne corrían a su cargo. Con sus enfermos se mostraba incansable, siempre dispuesto a visitarlos, atendiendo a timbrazos nocturnos, perdiendo sin refunfuñar una noche entera a la cabecera de una parturienta, o instalando en su automóvil y trasladándolo al hospital a un enfermo grave o a un obrero accidentado. Y ello siempre con ánimo alegre, contento, pacienzudo, sintiendo una inexplicable e inconsciente ternura por el pueblo brutal, pintoresco y compasivo, del cual había salido y que seguía amando.

Más aún que su acceso a la Facultad, irritaba a sus competidores los éxitos que cosechaba. Confiaba franquear, dentro de poco, el valladar de la agregación. Una vez en ella, se hacía a sí mismo la promesa de suplantar a sus colegas agregados. Pues arreciaba la lucha entre éstos. En cuanto se presentía una vacante, inmediatamente iban a ver a los «patronos». En automóvil o en taxi para ir más aprisa. Ocuparía el puesto quien llegara el primero, pues los nombramientos los efectuaba el consejo de profesores. En la espera, algunos postulantes rivalizaban en celo, enviaban trabajos y más trabajos, hacían hablar de ellos y vigilaban a los viejos profesores titulares, cuya cátedra, ¿quién sabe?, podría estar pronto vacante… En bacteriología, el «patrón» pensaba jubilarse pronto… Por ello varios agregados se apasionaban ya por la bacteriología, mientras otros se dedicaban entusiásticamente a las vías urinarias porque desde hacía un par de años el «patrón» envejecía a ojos vistas…

En cambio, Vallorge trazaba sus planes a largo plazo. Suraisne contaba sustituir al anciano titular de la cátedra de anatomía en cuanto éste falleciera, lo que no tardaría mucho en ocurrir. Vallorge le concedía dos años más de vida. Luego, Ribières, el titular de la cátedra de vías respiratorias, sería

jubilado dentro de cinco años. Llegado este momento, Suraisne, profesor de anatomía, reclamaría la cátedra de vías respiratorias y no cae duda de que se la concederían, tanto más cuanto que un titular es considerado competente en todas las cosas, y se puede atribuir a un cardiólogo, por ejemplo, la cátedra de vías respiratorias. Siguiendo la estela de Suraisne, Vallorge alcanzaría primero la agregación y sería luego profesor de anatomía. Y cuando dentro de cinco años Suraisne sucediera a Ribières en las vías respiratorias, Vallorge postularía la cátedra de anatomía que había quedado vacante.

La muerte de Suraisne echaba abajo aquel paciente y audaz andamiaje. Buscarse un nuevo «patrón» sería una tarea larga y difícil. Y además, era demasiado tarde. Vallorge iba progresando. Sus rivales sentían por él un odio inexorable. No se le permitiría entrar en un nuevo equipo por demasiado peligroso. Ya se arreglarían para obstaculizarle el camino y desacreditarle cerca del «patrón». Era preciso cambiar de táctica, o bien, como había hecho Seteuil, abandonar la carrera profesoral, renunciar a la lucha, establecerse en la ciudad y contentarse con una carrera menos brillante. Vallorge no se resignaba a ello. Tras algunos días de reflexión tomó la decisión de tentar la suerte en el juego matrimonial. Cuatro «patrones» tenían hijas casaderas: Donat, Doutreval, el anciano Ribières y Heubel. Pero Simone Heubel estaba casi prometida a Michel Doutreval, por lo que no valía la pena pensar en ella. Donat estaba muy avejentado. Su aorta no resistiría más de dos años. Su protección resultaba demasiado efímera y, por otra parte, su hija era más bien insípida. Quedaban Alice Ribières y Mariette Doutreval. Ambas eran graciosas y bien educadas. La dote era bastante modesta, pero Vallorge prefería el apoyo al dinero. Vaciló. Luego se acordó de lo cascarrabias que era Ribières. Hombre de otro tiempo, el viejo «patrón» tenía sobre el sacerdocio profesional ideas anticuadas. Carecía de clientela. Vivía con bastante modestia de los cincuenta mil francos que ganaba como profesor, y como era pagado por el Estado, se negaba a dar a los demás una minuta de su tiempo. Con él no eran posibles las componendas. Nunca designaba un candidato de antemano ni se prestaba a maniobras de pasillo. Siempre concursos leales. Cuando se le solicitaba algo, respondía invariablemente:

—Yo me limito a ceñirme a las condiciones del concurso.

Sólo él pronunciaba estas palabras. Con tal austeridad de principios no apoyaría Ribières las ambiciones de su yerno. Por otra parte, las inclinaciones de Vallorge se dirigían en el fondo, a Mariette Doutreval, cuya gracia fresca y lozana le emocionaba cada vez que pensaba en ella. Y resolvió probar suerte.

CAPÍTULO VI

Poco tiempo después murió Lapeyrade, el joven interno Lapeyrade que tan bien llevaba el compás con el paraguas del viejo Donat cuando se cantó *Caroline la Putain* en el banquete del mes anterior. Un chiquillo atacado de difteria ingresó en «L'Egalité». Lapeyrade lo cuidó, se contagió y murió. Una cosa son los estudiantes de Derecho, de Ciencias o de Letras, quienes jamás arriesgan su vida, y otra muy distinta los estudiantes de Medicina.

De vez en cuando, a uno de ellos le sorprende la muerte a la cabecera de los desgraciados. Se le da sepultura con un discurso y se habla de ello durante ocho días. Y asunto terminado. Todo el mundo acaba por olvidarlo. Los que menos piensan en él son precisamente los estudiantes de Medicina, que prosiguen su labor. Que se comporten de una manera tan inconsciente y natural resulta, pensándolo bien, una cosa singularmente bella, hasta el punto de que jamás se ha visto a un estudiante de Medicina que se sienta superior a sus camaradas de Letras o de Derecho. En esa juventud que arriesga el pellejo con tal sencillez y tal ausencia de orgullo, uno ve únicamente el ejercicio de la profesión. Y esa juventud no tiene nada de particular ni de excepcional. Eso dice mucho a favor del hombre.

El día del entierro de Lapeyrade, Michel resolvió, una vez terminada la ceremonia, llegarse hasta el Sanatorio. No había clase. Michel quería volver a ver aquella desdichada que había contado su historia en el transcurso de la operación. Un inexplicable pudor le impidió decir a sus camaradas a dónde iba. Les dejó a la salida del cementerio y marchó solo a pie, por la empinada carretera que conduce a Saumur. A mitad del trayecto se levantan las construcciones de cemento armado del Sanatorio.

Michel subió hasta el segundo piso sin encontrar a nadie. Los más de los estudiantes y enfermeras se hallaban aún en el cementerio. Atravesó el largo pasillo del segundo piso. Repetía para sus adentros la indicación de Seteuil, que recordaba perfectamente.

—Jeanne Lacroix, cuarto 28. 26…27, 28. Ya estamos.

Llamó a la puerta. Nadie respondió. Volvió a llamar, empujó la puerta y entró. El cuarto estaba vacío.

Desconcertado, Michel salió, titubeó un instante y luego fue a llamar al cuarto 27.

—Adelante —repuso una voz de mujer.

Al entrar profirió un juramento. El dintel era demasiado bajo y él demasiado alto. Se dio un fuerte golpe en la frente. Se detuvo, sentada en la cama, apoyada en los barrotes de hierro, de espaldas a la puerta, una forma femenina, una muchacha permanecía inmóvil, enfundada en el abato camisón oscuro del hospital, con las manos extendidas sobre el embozo y mirando hacia el techo. No se volvió. La nuca afilada y esbelta revelaba su extrema juventud. Con el peinado hacia arriba, a la moda antigua, tenía una masa enorme de cabello de un rubio oscuro que acentuaba aún más la delgadez del cuello. La luz de la mañana bañaba aquella mota rubia y acababa de dar a aquella silueta juvenil una sensación casi irreal. Michel, sorprendido, se detuvo en el umbral.

—¡Ejem! —tosió.

Pero la muchacha no se volvió. Debía de creer que era una enfermera.

—Señorita —dijo Michel.

La muchacha se estremeció y volvió hacia él un rostro pálido, con unos ojos grandes y oscuros, vagamente temerosos, como los de una bestia acosada. Murmuró:

—Caballero… Caballero…

Su turbación era visible.

—Estoy buscando a Jeanne Lacroix… —balbució Michel—. Jeanne Lacroix……, cuarto 28… ¿No es éste el segundo piso?

—Sí, señor —respondió la muchacha—. Murió ayer por la mañana.

—¡Ah! —exclamó Michel—. Está bien… está bien… Siento que…

Sentíase turbado sin saber por qué. Tenía la sensación de parecer un idiota. Y preguntó simplemente:

—¿Sufrió mucho?

—No mucho. Había agotado ya las fuerzas…

—La conocía un poco —explicó Michel—. Vi cómo la intervinieron el otro día…

—Si. Lo sé…

—Soy un estudiante de Medicina. Un amigo del señor Seteuil…

—¡Ah, sí, el señor Seteuil…! ha sido él quien ha rogado al señor Ribières que me permitiera quedarme aquí.

—¿El profesor Ribières?

—Sí, el médico jefe.

—¿Y no podía usted quedarse aquí?

—No. Yo soy «bacilar». Este es el pabellón de los pretuberculosos… Es un favor que me ha hecho… La señorita Daele me aprecia mucho…

La muchacha sonrió tímidamente. Michel, que se había adelantado hasta el centro del cuarto, fue a la ventana y, de espaldas al patio, se sentó al borde de la cama y miró a la enferma. Embutida en el tosco paño buriel del hospital, en cuya prenda cabían tres como ella, la muchacha se sentía como perdida. Seguramente no había cumplido aún veinte años. Miraba a Michel con una ingenua franqueza casi infantil. Debía de ser una jovencita inocente. Condenada sin duda a la tuberculosis. ¡Qué delgada estaba! Sus sienes eran altas y estrechas. Y los ojos demasiado grandes, como dilatados en el rostro. Una niña, en suma. Una niña todavía pura. Se veía. Michel se sintió conmovido. Con su tono de voz grave, su alta estatura y sus anchas espaldas que cubrían toda la ventana tenía vagamente la impresión de ser demasiado hombre, demasiado robusto frente a aquella muchacha.

—¿Hace tiempo que está usted aquí? ¿Cómo enfermó usted? —preguntó.

—No lo sé, señor —respondió la enferma con un acento intimidado, como las gentes del pueblo cuando contestan al interrogatorio del médico—. Me sentí enferma cosiendo a máquina. Y comencé a vomitar sangre.

—¿Era usted modista?

—No, sirvienta.

—¿Y sus padres?

—Mi padre murió hace tiempo. Mi madre se volvió a casar. Y mi padrastro… No sé cómo explicárselo…

—Sí —dijo Michel.

—Mi madre me achacaba la culpa a mí y decía que era yo quien «mariposeaba a su lado…» yo no me atrevía a decir nada… Luego huí de casa. Me coloqué como sirvienta. Tenía entonces catorce años. ¡Qué necia era, Dios mío!

Sonreía. Y Michel, al ver que la muchacha se creía ya mujer vieja y muy sensata, no pudo por menos de corresponder a su sonrisa.

—¿Y después? ¿Cayó usted enferma?

—En seguida, no. Prestaba mis servicios en una casa muy grande. Tenía doncella y cocinera. Más tarde mis dueños despacharon a la cocinera y luego a la doncella. Habían perdido todo su dinero. Entonces tenía que lavar y cocinar yo sola. Me fatigaba mucho y no podía con mi alma. Los domingos por la tarde me permitían salir, pero en lugar de irme a pasear me encerraba en mi cuarto y me acostaba. Un día tuve un vómito de sangre. El médico me dijo que tenía un pulmón enfermo…

»Con todo seguí trabajando. Y cuando ya no pude hacerlo tuve que dejar el empleo.

»Contaba con algunas economías. Escribí a mi madre, quien consiguió mi ingreso en un sanatorio de París. Era muy caro. Sobre todo las sales de oro. No pude estarme mucho tiempo allí. Tuve que regresar convaleciente. El viaje me fatigó mucho. La maleta era muy pesada y los faquines cobran muy caro ¿verdad?

»Encontré un empleo en una espaciosa quinta de París-Plage. Siempre estaba llena de invitados. Tuve que dormir en los sótanos por espacio de tres semanas. Eran extremadamente húmedos y las paredes chorreaban continuamente… Cogí frío y volví a caer enferma. Entonces, para ganarme la vida, trabajé de costurera haciendo vestidos de confección a máquina. Pero me daba cuenta de que no llegaría lejos… Y entretanto había muerto mi madre… Finalmente he podido ingresar en este sanatorio. Voy a cumplir dieciocho años.

»La máquina era muy pesada… Una máquina de sastre… Un modelo demasiado grande…

Hablaba en voz baja, con un tono dulce y monótono. Michel miraba, extendidas sobre las sábanas, aquellas manos grandes, fuertes y rojizas, con la yema de los dedos moteada de pinchazos de aguja, y aquel rostro afilado, descarnado, menudo y esmirriado bajo una exuberancia de ensortijados cabellos rubios, una frondosidad enorme, opulenta, suntuosa, que parecía vivir de aquel fragilísimo ser y consumirlo.

Sólo las pupilas permanecían vivas, dos pupilas negras, brillantes, engastadas en la córnea de un blanco azulado que las hacía aún más sombrías. Las aletas de la nariz le palpitaban.

—Aquí debe de aburrirse soberanamente.

La muchacha levantó la mano del embozo e hizo un ademán de resignación.

—¿Qué quiere usted…?

—El abate Vincent, con su cine…

—Sí, los primeros meses me gustaba mucho. Ahora ya no puedo bajar. Y han levantado este piso…

—¿Qué piso?

La muchacha mostró por la ventana los edificios de las cocinas recientemente construidas.

—Al principio no había nada de todo esto. Veía pasar por el boulevard el trole del tranvía… Era para mí una gran distracción. Y sabía la hora… Ahora ni siquiera puedo ver el trole…

—¿No tiene usted reloj?

—Sí, sí. Pero está estropeado.

Sus mejillas se tiñeron ligeramente de púrpura.

—Pedí a la señorita Daele que lo mandara reparar; pero es un poco caro… Prefiero esperar.

Y diciendo eso sacó de debajo de la almohada un pequeño círculo de acero oscuro, cuyo cuadrante amarillo estaba rajado.

—Es curioso —dijo—; aunque no funciona, me gusta tenerlo conmigo, como si me hiciera compañía… No sé por qué…

De nuevo asomó a sus labios una triste sonrisa.

—Hay que tener ánimos —murmuró Michel torpemente.

La enferma no respondió, y tras una breve reflexión dijo_

—Todo lo que pido es que me permitan estar aquí hasta el fin… No me gustaría ir al pabellón IV, el de los contagiosos… Hago todo lo que puedo, no digo nunca nada, ni hago ruido… Procuro no molestar a nadie… Sí, creo que se olvidarán de mí…

—¿Y por qué teme usted que la trasladen de sitio?

—Porque estoy tuberculosa… a los infecciosos no les está permitido estarse aquí… Es un favor que me hacen. El señor Seteuil me lo ha dicho claramente: «Si no está usted en el pabellón IV, pequeña, me lo debe a mí…»

—¿Y no le gusta a usted el pabellón IV?

—Estoy acostumbrada a estar aquí… Tengo un cuarto para mí sola. Y me dejan tranquila… Y, además, cuando uno de los contagiosos va a morir, se le traslada a un cuarto aparte y uno se entera de antemano de lo que va a ocurrir. Yo tengo miedo… He visto morir a una… amiga… He permanecido hasta el fin en su cuarto… en paz… Y, finalmente, cuando una recibe visitas, aquí es menos triste…

—¿Recibe usted algunas?

—Al principio, una vieja vecina… venía cada quince días y me traía tres plátanos. Me daba conversación durante una hora y yo estaba muy contenta. Pero ahora ya ha dejado de venir. Estas enfermedades son muy largas y uno acaba por cansarse…

—Así ¿no tiene usted familia?

—¡Oh, sí! Una tía en Amiens. Una mujer muy buena. Tiene siete hijos. Yo tenía que ser madrina del último cuando caí enferma.

—¿No ha venido nunca a verla? ¿No ha escrito al menos?

La muchacha sonrió.

—Ya puede usted imaginarse que no le he dicho que había ingresado en el hospital. Querría ayudarme en seguida y enviarme algo. Le he dicho que había encontrado una buena colocación y que me iba seis meses de vacaciones con mis señores.

Michel se levantó y abandonó la ventana. Sentíase a la vez conmovido y turbado. Antes de venir había preparado dos billetes de a diez francos para Jeanne Lacroix. Pero no se atrevía a ofrecérselos a aquella muchacha que no conocía. Y al mismo tiempo se avergonzaba de marcharse de aquel modo.

—Debo irme —dijo—. Pero volveré. Sí, volveré… Entonces, hasta la vista… Hasta la vista… La semana próxima.

Estaba tan aturdido, tenía tanta prisa en marcharse que al salir se olvidó de agacharse. Su voluminosa cabeza chocó de nuevo contra el dintel de la puerta. Y salió al pasillo restregándose la frente y mascullando palabras ininteligibles.

Al doblar la escalera, como iba preocupado y con la cabeza baja, tropezó con un cuerpo que después de dar un grito estuvo a punto de caer hacia atrás. Michel lo agarró del brazo con mano firme.

—¡Oh, perdón!

—¡Vaya bruto!

Michel reconoció a la señorita Daele, la enfermera.

—¡Ah, es usted! ¡Debí sospecharlo!

—¿Le he hecho daño señorita?

—¿Qué si me ha hecho daño? ¡Con semejante apretón ya verá usted el cardenal que tendrá mañana en el brazo! ¿Y qué esta usted haciendo en mis salas?

—Vine a ver a Jeanne Lacroix —respondió Michel— y he estado charlado un rato con su vecina.

—Ah, sí, esa pobre pequeña…

—¿Cómo dice usted que se llama?

—Evelyne Goyens. Una buena muchacha. Está siempre sola y no molesta a nadie. Ustedes no se hacen cargo de esto, Doutreval. Ya me doy cuenta al ver lo que ocurre con Lucien.

Lucien era Seteuil, el amigo de Madeleine Daele.

—Son ustedes demasiado ricos. Ustedes no saben lo que es poseer en este mundo únicamente siete o diez perras chicas para toda la vida. Sin embargo hay muchos aquí como sumidos en una pobreza que nadie puede imaginarse, pues ni siquiera tienen camisa ni ropa porque pertenecen al hospital. Gentes como Evelyne, que no deberían de sanar. El dable, una verdadera desdicha, porque los pobres no poseen zapatos, ni ropa, ni pañuelo. ¡Gentes que ni siquiera sienten el deseo de vivir, Doutreval! ¡Y cuando pienso en la vida que lleváis vosotros, los ricachos…!

Michael trató de sonreír. Madeleine Daele se desvivía por sus enfermos, hacía los análisis de esputos, inyectaba, curaba, sustituía a los internos y aplicaba las inyecciones intravenosas cuando Seteuil y Santhanas no se atrevían hacerlo en cuanto tenían que enfrentarse con un brazo demasiado

carnoso en que se veían con dificultad las venas. Cuando se presentaba la ocasión, Madeleine daba su opinión al propio «patrón» Ribières acerca del curso de una pleuresía o de una caries ósea. Era hija de un ingeniero electricista de Grenoble. A causa de su profesión se había apartado de su familia. Se había liado con Seteuil hasta convertirse en su amante. Seteuil se divertía mucho con ella, y cuando quería armar bulla se iba a su casa con diez camaradas, exigía que diera de cenar a todos y se servía de su amante como de una sirviente. Desde que efectuaba suplencia, se había comprado con el dinero ganado un C.4 de ocasión, muy traqueteado. Era Madeleine quien pagaba cada mes las facturas de gasolina y las reparaciones. Con tal que Seteuil no la abandonara, no decía nunca nada y a todo se avenía.

Mostró a Michel cofrecitos de cristal, marcos de cartón, muñecos de lana, manteles y toda clase de pequeños trabajos confeccionados por las enfermeras. En el barrio donde vivía organizaba tómbolas y loterías y gracias a sus vecinas y los tenderos de donde se surtía, el producto de aquellas chucherías le permitía ofrecer algunas monedas a los desgraciados que cuidaba. Siempre estaba sin blanca. Las tres cuartas partes de sus honorarios iban a parar a sus enfermos, y el resto a Seteuil. Ribières sabía esto, conocía su historia y apreciaba mucho a su ayudante.

Madeleine endilgó a Michel una horrible muñeca y le cobró veinte francos.

CAPÍTULO VII

Deslizábase el rápido, cual una serpiente verdegris, a través de la campiña de la Tourange, suavemente ondulada y dorada todavía por los últimos esplendores otoñales. En el vagón restaurante, solo en su mesita, Olivier Guerran almorzaba. Un pollo con ensalada rociado con media botella de Burdeos. A través de la ventana el paisaje se iba modificando lentamente; villorrios de piedra grisácea, ribazos cuajados de cepas todavía purpúreas, castillos de techumbre de pizarra y largas avenidas bordeadas de tupidas cortinas de álamos italianos. El Loira se dibujaba gris y brumoso. Guerran apoyaba el periódico contra la botella de vino, y entre bocado y bocado leía una línea.

Con un marco ovalado, su retrato aparecía en primera página a dos columnas. Mientras comía llegaban a sus oídos discretos y halagadores cuchicheos.

—Es Guerran… el ministro Guerran…

El martes anterior el Gobierno había dado un traspié con una simple piel de plátano. Una maniobra no muy limpia de Ramboise, el jefe de la oposición. Llamado al Elíseo, Ramboise había, naturalmente, recibido el encargo de constituir nuevo gobierno. Y había propuesto a Guerran formar parte del mismo. Guerran había aceptado a condición de serle adjudicada la cartera de Agricultura. En la precedente legislatura había sido ya dos veces ministro de Agricultura. Y había adquirido en este dominio una competencia que nadie le discutía. Además, ello le reportaba una ventaja. Le creaba una reputación de entendido, al mismo tiempo que podía contestar a los envidiosos de su partido que pudieran reconvenirle haber entrado en una combinación «reaccionaria».

—Yo no hago política. Mi papel en el gabinete es un papel de especialista, de técnico. Yo ocupo un «ministerio técnico».

En cuanto a sus electores, al fabulosa cantidad de cartas y telegramas de felicitación llegados a partir del martes, al ministerio de la calle de Varennes bastaba para tranquilizar a Guerran sobre el modo de pensar de aquellos. El departamento de Maine-et-Loire, agrícola y vitícola, no podía ver con malos ojos que su diputado electo llegara a ser ministro de agricultura.

Con un sordo gruñido, el tren franqueó un viaducto por encima de un angosto valle.

«Aún faltan diez minutos», pensó Guerran.

Llamó al camarero, pagó la nota y volvió con paso vacilante a su compartimiento de primera clase, apartando a la gente en el pasillo y seguido constantemente del murmullo, agradable y dulcemente halagador, de la popularidad:

—Es Guerran… el ministro… Olivier Guerran…

Guerran era de origen modesto. Hijo de un humilde profesor laico, después de licenciarse en Derecho comenzó a actuar en Angers, pero allí, asfixiado por los abogados de renombre, dándose cuenta de que pasarían por lo menos diez años antes de que pudiera ganarse holgadamente la vida y no contando con medios para aguardar tanto tiempo, se lanzó a la política, un camino rápido y seguro para triunfar en el Foro. Su éxito fue tan resonante que a poco la política le interesó mucho más que el ejercicio de su profesión.

En 1914 partió para el frente e hizo la guerra como simple soldado, rechazando siempre las propuestas que se le ofrecieron para emboscarse. Un año antes de la guerra, después de no pocas vacilaciones, se casó con su amante Julienne, una muchacha a quien conoció en un café, donde lleva una vida asaz ligera, y que tras algunos años de relaciones le había dado un hijo. Pero Guerran se relacionaba también con otra mujer y no pensaba contraer matrimonio. Fue su anciana madrina, la

señora de Nouys, una santa mujer cuya memoria todavía veneraba, quien le instó a casarse y le aconsejó en la elección. Entre sus dos amantes, Guerran hubiese preferido a la más joven, bien educada y de carácter dulce. Pero la otra, Julienne, tenía un hijo de él.

—Cásate con Julienne —le dijo la señora de Nouys, una vez que Guerran se hubo confesado a ella—. Es tu deber.

Toda su vida había de pagar Guerran cara, cruelmente cara, su elección. En cuanto a Julienne, por supuesto, jamás había perdonado a la señora de Nouys el hecho de deberle la mayor ocasión de su vida. A fuerza de insidias y de odio había logrado separar a Guerran de su madrina y la anciana murió sin haber vuelto a ver a su ahijado.

Después de su matrimonio, Julienne había dado a su marido un segundo hijo, una niña. Y, entretanto, la situación política de Guerran había progresado notoriamente.

—¡Angers! ¡Angers!

Guerran se apeó del tren. Un faquín cargó con su maleta y la condujo a un taxi.

—Al «Palais» —dijo al chofer.

No tenía ninguna necesidad de ir al «Palais». Pero cedía a una pequeña vanidad secreta, al afán de ser visto.

Sólo permaneció en la biblioteca de los abogados algunos minutos, el tiempo justo de recoger la correspondencia, de estrechar la mano a sus amigos y de regocijarse con la expresión biliosa de sus rivales.

Los saludos desabridos, falsamente indiferentes, el aire atareado de gentes que no querían verle, los cumplidos penosamente arrancados a labios acerbos, los rumores, los cuchicheos, las ojeadas furtivas a su espalda, las sonrisas insidiosas, todo ello lo saboreó en un instante, intensamente, como el perfume que emanara de su victoria. Habló en voz alta, rió, hinchó el pecho y se mostró a los ojos de todos el más fuerte, el más optimista, el más seguro de sí mismo, más triunfador aún de lo que se sentía. Sabía que desde hacía años se le espiaba, se observaba su rostro y se analizaban sus facciones cuando acababa de pleitear, para encontrar en ellas una lasitud, un abatimiento, los primeros síntomas de la fatiga. Circulaba el rumor de que padecía una afección cardiaca y que ello se notaba en su arteria temporal, sinuosa y demasiado hinchada después de un esfuerzo oratorio. Y los envidiosos observaban a pesar suyo el temporal de Guerran después de cada una de sus intervenciones. Vio a Rebat, el más recalcitrante de sus enemigos, entrar en la biblioteca y esperar como un ratón en cuanto se dio cuenta de la presencia del nuevo ministro. Escuchó regocijado el relato que se le hizo de cuanto había ocurrido el miércoles por la mañana, cuando se supo que formaba parte del Gobierno. Casi un motín; abogados fuera de sí mismos, profiriendo injurias y querellándose, altercados entre amigos y enemigos; en suma, una verdadera revolución palaciega. Hasta el punto de que el bibliotecario, el anciano Mayer, se había visto obligado, con respeto no exento de firmeza a interponerse entre dos grupos prestos a llegar a las manos.

El gabinete y la habitación de Guerran se hallaban a dos pasos del «Palais». El abogado se trasladó allí a pie. El despacho del «patrón», los secretarios y las salas de espera ocupaban toda la planta baja. Una treintena de clientes se apretujaban allí, confiados en el poder del abogado ministro y denunciando con su número la fe universal de pueblo en la influencia, las relaciones y la preponderancia de lo político sobre lo judicial. Guerran entró en su despacho, llamó primero a sus tres secretarios y a su hijo Charles, atajó sus manifestaciones de entusiasmo, reclamó los «dossier» más esenciales y retuvo un instante a su hijo para hablarle. Charles Guerran acababa de licenciarse en Derecho y, casado desde hacía seis meses, preparaba su doctorado al tiempo que trabajaba en casa de su padre. Orgulloso de vestir la toga, afectaba ya la majestad del hombre de leyes; vestía de negro, se escuchaba a sí mismo, hacía ademanes constantemente y hubiera querido aparentar una madura gravedad. No ignoraba Guerran que, en el fondo, su hijo era de un temperamento nervioso y un carácter débil. Hablaron un

momento de su casa y de los asuntos pendientes. Sonó el timbre del teléfono. Legourdan, el principal de los secretarios de Guerran, le anunció la llegada del profesor Géraudin.

—Hágale entrar en seguida —dijo Guerran—. Ve a buscarlo, Charles.

Charles salió y a poco introdujo a Bernard Géraudin en el despacho de Guerran. Afectuoso y deferente, el ministro se precipitó tendiendo las manos hacia su viejo amigo. Ambos se abrazaron.

—¿Cómo estás? —dijo Géraudin, con el rostro encendido, en el que destacaban sus sonrientes ojillos grises, y tocándose con maquinal ademán el lóbulo de sus encarnadas orejas hundidas en la carnosidad del cuello—. ¿Estás contento? ¿Y los electores?

Con un ademán mostró Guerran las cuatro grandes bandejas de plata repletas de telegramas y cartas de felicitación.

—Ya lo ves. Otra vez en la calle de Varennes. Y una Prensa magnífica. ¡Oh, sí, estoy contento!

Ofreció a Géraudin una butaca de cuero, un butacón donde se arrellanó la maciza y achatada humanidad de Géraudin. De un mueble antiguo, lleno de viejos libros encuadernados, tras los cuales se ocultaba un pequeño depósito de licores, sacó una bandeja, vasos, una botella de coñac Napoleón y una caja de cigarros habanos. Escanció el dorado alcohol en las altas copas de cristal colorado.

—Basta, basta —decía Géraudin tendiendo hacia los cálices su mano elegante y musculosa, una mano de hombre joven.

—¡Bah, toma un cigarro!

—Esto no es razonable… no es razonable… ¡Me estás tentando! De todos modos, éste… ¡Ah, qué bien huele!

Encendió un habano y se tocó nuevamente el lóbulo de la oreja.

—Fumo demasiado. Es estúpido. Valérie tiene razón.

—¿Cómo se encuentra?

—Psé… Ya la conoces… Con su horrible carácter nos va a enterrar a todos. Pero no se trata de eso. Hablemos de ti. Cuando telefoneé a *El progreso social* y me enteré de la noticia, di un salto. De no haber sido por la clínica y los enfermos estoy seguro de que me hubiera ido a París. Antes de cinco años serás presidente del Consejo. Te lo predice tu viejo amigo.

Hablaron de política, de elecciones y de Facultades. Guerran explicó su ingeniosa concepción del «ministerio técnico». Géraudin expuso los deseos de Gigon, el secretario de la Facultad y explicó los motivos por los cuales su oscuro, poderoso y precioso primo soñaba con la nueva condecoración, la del «Mérito Médico», que sería en sus manos un medio de acción suplementario y prodigiosamente eficaz. Guerran se lo prometió. El ministro de Sanidad era Hochepied, un excelente amigo. La cosa sería fácil con tal que el ministerio se sostuviera durante algunos meses. Con este motivo recayó la conversación sobre la sanidad pública y la famosa «orden de los médicos» que no llegaba a publicarse porque se oponían a ella las izquierdas. El fraude en los accidentes del trabajo y los abortos es un medio demasiado bueno de propaganda electoral para quienes encuentran sus electores en la masa. Sufragio universal sin contrapeso en la autoridad de las elecciones obreras, campesinas y burguesas; reinado aparente de un pueblo en realidad emponzoñado y dirigido por los poderes de las finanzas y la Prensa. Guerran evocó con escepticismo aquel triste juego al que se sometía, aunque con cierta repugnancia, porque así era necesario, a propósito del alcoholismo. Géraudin se refirió a la insensata publicidad que se permite a los fabricantes de esas inmundicias llamadas «aperitivos».

Y Guerran contó entonces la aventura de uno de sus amigos, periodista cuya colaboración fue admitida en uno de los grandes cotidianos de París y a quien la redacción había comenzado por advertirle:

—Es usted libre. Escriba lo que le plazca. Pero no hable usted del Ejército, ni de la Iglesia, ni del alcoholismo, ni de la prostitución reglamentada…

Géraudin rió de buena gana.

—¡Pobre Ejército! ¡Pobre Iglesia! ¡Vaya una compañía que tienen!

Continuaron charlando durante un cuarto de hora. Luego Géraudin hizo oídos sordos a Guerran que quería retenerle y quiso marcharse.

—¡No, no! Veo tu correspondencia por abrir… Y me he mostrado descortés con cuarenta clientes que te esperan en al antesala. Me voy. Adiós. Ven a cenar con nosotros el día que te apetezca. No, no quiero fumar más… Hasta la vista.

Guerran recibió clientes y trabajó toda la tarde. Sus asuntos más importantes se referían naturalmente, a cuestiones fiscales, aduaneras o administrativas. En estas cosas el abogado parlamentario puede «intervenir» con todo su peso. De cada diez veces, nueve, Olivier Guerran se jactaba de solucionar los litigios sin necesidad de pleitear, con la ayuda de su hijo y de sus secretarios dio cima a un trabajo ingente. A las siete, cansado y contento, salió del despacho y subió al piso desde donde Charles telefoneó que «Micheline y mamá acababan de llegar».

Julienne Guerran acogió a su marido con indiferencia. Hacía mucho tiempo que ni uno ni otro se tomaban siquiera la molestia de fingir un sentimiento de ternura. Muy morena, de ojos negros, duros y casi ardientes, el rostro afilado, la tez aceitunada, con las cejas subrayadas de negro y los labios de encarnado, las facciones de Julienne Guerran expresaban un no sé qué ardoroso, imperioso y cruel. Dos años más joven que su marido, llevaba vestidos vaporosos que sentaban a maravilla a su esbeltez española. Fumaba mucho y gastaba todavía más…

Hasta la hora de cenar, Guerran se ocupó solamente de su hija, Micheline, diecisiete años, rubia, de ojos azules, la tez rosada, fuerte y lozana, era la preferida de su padre. Guerran se sentó en una butaca, colocó a su hija sobre las rodillas y sin parar mientes en su cháchara se sentía feliz con sólo mirarla. Luego llegó Charles Guerran con su mujer Andrée. Sentáronse a la mesa. Entre Olivier y Julienne se entabló una discusión que duró toda la cena. Julienne había acariciado la idea de ir a París con su marido y habitar en la capital los departamentos reservados al ministro en la calle de Varennes, compartir su gloria, sumergirse en el bullicio mundano que tanto le gustaba y que constituía para ella una especie de estimulante y de alimento físico. En seguida formuló la pregunta:

—Entonces, ¿cuándo nos reuniremos contigo?

—Nunca —dijo Guerran.

—¿Por qué?

—Por Micheline. Es demasiado joven. No quiero que conozca aquella vida.

—Podemos dejarla aquí en una pensión.

—No quiero que Micheline sea pensionista.

Y se produjo la disputa. Una vez, Julienne acusó a Olivier de sacrificarla a sus hijos y de querer mantener en París relaciones con otras mujeres. Comenzó a gritar y a dejarse llevar por arrebatos, sacó nuevamente a relucir sus violencias de muchacha, rompió una botella y subió a acostarse dando un portazo. Antes de que su madre saliera, Charles y Andrée se acordaron que aquella noche habían de ir al cine. Y desaparecieron sin esperar el postre. Guerran se quedó solo con Micheline, mientras Elisa, la doncella, levantaba la mesa con ayuda de la cocinera.

Guerran pasó toda la velada con su hija. Se acomodaron cerca del radiador, pero a poco la muchacha volvió a sentarse en las rodillas de su padre. Guerran le hacía preguntas dulcemente, casi maternalmente. Tenía la impresión de ser al mismo tiempo el padre y la madre de su hija. Preguntaba:

—¿Cómo te va en la pensión? ¿Y tus estudios? ¿Y tus notas? ¿Están contentas de ti las señoritas? Trataré de cederles en alquiler aquel terreno municipal para el baloncesto. Les dirás que… Yo mismo iré a verlas y les hablaré de ti…

Ateo, pero sintiéndose desdichado de serlo, Guerran confiaba a su hija a un pensionado religioso.

Y continuaba:

—¿Y esta semana? ¿Qué ha hecho, Micheline? ¿Has sido buena aquí? Supongo que no vas al cien por las noches.

—No, papá —contestaba Micheline.

—¿Tienes bastantes libros? ¿Quieres otros? Tienes tu música, tu pintura, tus compañeras… No me gusta que salgas, hija mía… es para tu bien. ¿No me guardas rencor?

—¡Oh, no papá!

—Y sabes, además, que tienes que decírmelo todo, que nada oculto debe de haber en este corazón… Ya sabes que puedes tener confianza en tu viejo papá, Micheline.

—Bien lo sé —decía.

Besaba a Guerran. Éste le acariciaba sus hermosos cabellos rubios, al tiempo que la miraba. Tenía un talle esbelto, un pecho pronunciado, robustas caderas y una salud floreciente. A los diecisiete años era todavía una niña y ya mujer, una maravillosa promesa de vid ay de fecundidad. Guerran encontraba hermosa a su hija, hasta el punto de que se le humedecían los ojos de emoción, de orgullo y de alegría. Y le hablaba, buceaba en su corazón, penetraba hasta el fondo de su alma, orgulloso, feliz, invadido por el placer de sentirla intacta, inmaculada, sin nada secreto ni tenebroso, pura, de una pureza que no era más que obra suya. Pues era él quien la había salvado de Julienne, él quien, viciado y zarandeado por la vida, había sabido a fuerza de voluntad, de paciencia, de franqueza y de delicadeza preservar aquella alma juvenil y merecer su confianza como una madre. Y al verla aquella noche reírse con él , con una risa sana y fresca, y hablarle como a un camarada amado a quien hada se oculta, Guerran se juzgaba recompensado.

Con gran tacto le preguntó sobre su madre. Guerran temía a Julienne. Sabía ya cómo aconsejaba a Micheline con vistas a un buen matrimonio: vestidos, *flirt*s, afeites, artificios, coqueterías y truhanadas de toda clase. Julienne enseñaba todo esto a su hija, segura de poseer la experiencia de los hombres y también con la seguridad de que, especulando sobre sus instintos, su sensualidad, su estupidez y, de vez en cuando, su bajeza, una mujer sale siempre triunfante. Así cría Julienne preparar la felicidad de su hija. Contra esto luchaba Guerran, porque conocía a Micheline. Era joven y pura, pero no ignoraba que había madurado muy de prisa, que no tardaría sen ser una mujer completa y que poseía, sin que se diera cuenta, una exuberante vitalidad.

Acompañada de Julienne, Micheline había ido al baile de la Prefectura donde tuvo un éxito total. Guerran era ministro desde la víspera.

—¿Qué vestido llevabas? —le preguntó Olivier— ¿Con quién bailaste? ¿A qué hora volviste? ¿Quién te acompañó al bar? ¿Robert Bussy? ¡Ah! ¿El hijo del notario? Bien, bien. ¿No te corteja un poco este muchacho, «Michou»? entre nosotros… Ya sabes que estas cosas no tienen nada de particular. Puedes y debes hablarme de ello… dentro de algunos años estarás ya en edad de casarte… pero yo debo saberlo todo… ¿No lo has vuelto a ver? ¿Ninguna carta? ¿No ha venido por aquí?

—No, papá —repuso Micheline—. Yo… No me es indiferente… pero esto es todo…

—Está bien… Ya veremos esto… Le invitaremos para las vacaciones, ¿verdad? Tú podrás juzgarle… y yo también… Y discutiremos los dos sobre él… En principio es un partido muy aceptable; pero ya sabes que no debes tener secretos para mí. Sólo me tienes a mí… Yo soy tu madre, «Michou». Soy yo tu madre… Vamos, se hace tarde y es hora de ir a la cama, hija mía.

Besó a Micheline, quien antes de ir a acostarse obtuvo de su padre la promesa de una raqueta nueva, una máquina fotográfica y un mes de vacaciones en París-Plage el próximo verano. En las horas de la velada Micheline sabía ingeniarse para lograr de su padre cuanto le apetecía. Guerran lo sabía y no le desagradaba.

Al quedar solo, reflexionó un instante. Robert Bussy, sí… El muchacho le parecía bien… Las cosas irían de prisa… Se imaginó a Micheline casad y se asustó.

—¡Cómo la echaré de menos! ¡Qué vida! ¡Qué soledad!

Movió la cabeza.

—Ya es sabido que uno no los cría para sí.

Pero Guerran no aceptaba esta separación. Para él Micheline lo era todo, mucho más que su hijo Charles, que se había acercado a la madre por una similitud de caracteres que les hacía identificarse.

Guerran consultó el reloj. Las nueve y media. Vaciló un instante. Le desagradaba irse a su cuarto. Cogió el sombrero y salió a la calle. Anduvo sin rumbo fijo. Le acechaban una vez más los dos monstruos a los que toda la vida había querido escapar: la soledad y el enfrentarse consigo mismo. Nuevamente vaciló:

—¿Elena? No, no. Me fastidia… entonces, ¿*chez* Triboux?

Permaneció un momento indeciso. Aquella noche, presa de una exaltación no exenta de fatiga, después de tantas alegráis, tantos choques, tantas emociones y finalmente aquella disputa con Julienne, no le hubiera desagradado un contacto femenino. Sólo al azar, muy raramente, cuando la bestia lo exigía, se liaba con una mujer sin riesgo alguno por espacio de varias semanas, o se iba con una de las pupila del sitio más elegante, confortable y discreto de Angers cuyo patrón, Triboux, era por otra parte un opulento y poderoso agente electoral de Guerran. En suma, aquella anoche medía Guerran la abrumadora vanidad de aquella gloria que tanto le envidiaban los demás y que le dejaba el alma vacía, pavorosamente solitaria.

«Es necesario… Tengo que ser libre… —pensó—. Pero está Micheline. Si se enterara de que tengo una amante se mostraría demasiado celosa… »

Pensó de nuevo en Micheline y en el papel que tenía que desempeñar cerca de ella.

«Es una cosa singular —pensaba— cómo se pueden implantar y desarrollar en un ser amado virtudes y purezas de que uno carece»

La evocación de Micheline le hizo detenerse a mitad del camino de *chez* Triboux. De pronto, le invadió un sentimiento de asco por todo lo que le esperaba allí. Se imaginó a la mujer con sus frases hechas, sus palabras de amor comercial, sus preparativos, sus caricias, sus gestos que uno veía maquinales, profesionales, horros de sentido, como la cortesía de un viajante de comercio. Y experimentó de antemano esa vaga desazón subsiguiente a tales amores. Volvió sobre sus pasos y se encaminó a la plaza de Armas para leer los periódicos de la noche antes de ir a acostarse. Así esa pureza que ya no tenía y que había sabido mantener en su hija, volvía aquella noche a sentirla como si hubiese penetrado en él de rechazo, elevándole por encima de la bestia yugulada. Pero no tenía conciencia de ella. Erraba solo por las calles oscuras, pensando en su vieja madrina, la señora de Nouys. Una noble dama, pobre, digna y muy piadosa, que le había cuidado y amado tanto. Fue la única mujer en el mundo que pudo hablarle de virtud sin que sonriera o se incomodara. Quizá porque aplicaba a su propia vida los principios que predicaba. Evocó aquel rostro marchito, bondadoso e indulgente. Pero ¿por qué había querido que se casara con Julienne? ¡Qué tremendo error! Y, no obstante, de una manera inexplicable, se sentía incapaz de guardarle rencor. ¡La señora de Nouys, su madrina! En sus horas solitarias pensaba siempre en ella sin saber por qué.

CAPÍTULO VIII

Al despedirse de su amigo Guerran, Géraudin subió al coche, y Louis, su fiel chofer, le condujo a la clínica. Allí asistía Géraudin a toda la aristocracia de apellido o de dinero, de la región. Visitábanle también, para extirpar un apéndice o levantar un pecho, gente de París donde sus clientes habían desde hacía tiempo divulgado su nombre y afirmado su celebridad, numerosas mujeres de industriales, artistas y americanas de paso.

Hizo una visita a los cuartos de los enfermos y se detuvo un momento a la cabecera de la cama de la señora Boissy, la mujer de un importante tejero de Fumay. Se trataba de una restauración plática del pecho, un caso difícil que atendía personalmente. La enferma debía seguir en su casa un régimen deplorable a base de vino de Borgoña, pescado y sin duda pollo, puesto que las llagas no llegaban a cicatrizarse.

Pasó casi una hora visitando a los intervenidos y bajó luego al despacho para examinar las cuentas de la señora Claim, la jefa de las enfermeras. Era el lado «práctico» de la profesión, como solía decir. Esas sumas, esas facturas del carnicero, del panadero, de los proveedores, esos gastos de operación impagados, esas listas de salarios para fin de mes. Esas fichas de Seguros Sociales o de patentes, esas hojas de contribución multicolores, todo ese revoltijo de papeles le horrorizaban. A su juicio, Géraudin había nacido para operar, pero no para fiscalizar cuentas. Más Valérie, su mujer, vigilaba atentamente el rendimiento de la clínica. Hasta el punto de que Géraudin, que había arrancado a la muerte decenas de vidas humanas, perdía el tiempo practicando operaciones de cirugía estética, haciendo superficiales remiendos a viejas epidermis blandengues y ajadas por las pasiones, trabajo indigno de él, pero que le reportaba unos trescientos mil francos al año.

Por otra parte, había alcanzado en este arte un notorio virtuosismo. Sólo de la Comedia Francesa se citaban al menos tres pechos que eran obra suya. Describía un círculo en la piel, en torno a la aureola del seno abatido. Seis o siete centímetros más arriba diseñaba y extirpaba una rodaja de piel del mismo diámetro. Deslizaba el pezón bajo la piel, lo levantaba y lo hacía surgir en el nuevo agujero practicado. El pecho había sido «levantado» y no quedaba más que cercenar más abajo el resto de la piel vacía e inútil. La cicatriz en torno del pezón, confundida con la aureola, era apenas visible. La intervención costaba cincuenta mil francos. Géraudin estimaba no sin razón, que tales fantasías pueden pagarse. Cinco años duraba la eficacia de la operación. Luego el peso de los senos dilataba poco a poco la piel y el pecho volvía a caerse. Pero siempre podía recomenzarse la operación.

Géraudin rehacía piernas, vientres y caderas. A las personas obesas, les extirpaba la capa de grasa del vientre y de las nalgas; uno, dos, tres kilos de grasa amarillenta, asqueante como el sebo, la manteca de toda una vida de holgazanería y de buenos bistecs. A las mal formadas le reformaba las pantorrillas; cortaba la piel de la pierna, arrancaba con arte consumado una rodaja de carne y volvía coser. Debajo de los ojos o en la frente hacía desaparecer las bolsas, suprimía las arrugas, desmochaba la piel sobrante y se arreglaba para que la cicatriz recayera en el arco de las pestañas o en el nacimiento del pelo. La ablación de la doble barbilla era para él cosa de juego. La imperceptible huella del bisturí se esfumaba en el pliegue del cuello. Así que «remontadas», tensas, las mujeres gozaban durante algunos años de una efímera primavera. Luego acudían nuevamente a la clínica. Algunos estudiantes guasones aseguraban que algunas de esas mujeres, a fuerza de hacerse «remontar» la piel, acababan por tener pelo en el pecho, como los descargadores del muelle.

Tales trabajos exigían una prodigiosa finura de mano para que las cicatrices pasaran inadvertidas. Pero Géraudin sabía dar quinientos puntos de aguja en un sello de correos y bordar en un papel de fumar sin perforar éste con un solo de los más celosos y de los más envidiosos. Géraudin era cirujano nato. Intervenía magníficamente, con una rapidez, una precisión y una exactitud en el movimiento que ninguno de sus rivales pretendía igualar. Su sangre fría y su decisión incomparables habían cien veces salvado la vida a sus pacientes. Ante un vientre abierto que dejaba al descubierto desastres insospechados, tomaba en diez segundos una decisión, y escogía entre una ablación y un pliegue, una sutura lateral y una *termino-terminale*. Más en lo que maravillaba a sus discípulos era en los accidentes brutales —hemorragia, síncope— que sobrevienen de improviso, como un trueno, en el proceso ritual y silencioso de la operación, originando una desorientación y a veces un trastorno en medio de aquella laboriosa armonía minuciosamente dispuesta. En aquellos momentos la serenidad de Géraudin sobrecogía. Ante el vientre abierto, sin prisas, sin nerviosismos, en medio de un chorro encarnado, de una sangrienta y trágica marea, sabia buscar la arteria rota y canalizar la hemorragia.

—Señora Claim, las pinzas… Adrenalina…… Aceite alcanforado… —pedía en un tono uniforme, apacible, que imponía a todos el orden y la sangre fría.

Había sido uno de aquellos a quienes la cirugía debe el masaje directo al corazón. No concedía ya importancia a esas intervenciones, siempre dramáticas y sobrecogedoras para cuantos la presenciaban. Cuando el intervenido sufría un síncope grave, cuando la respiración artificial y la inyección de adrenalina en el miocardio, y la aurícula derecha o uno de los ventrículos no denunciaban las palpitaciones del órgano inactivo, Géraudin había sido uno de los rimeros en atreverse a intervenir deliberadamente al ser confiado a él, ya cadáver, para llegar al corazón. Y practicaba la operación, no por el abdomen y el diafragma, como suelen hacerlos los cirujanos temerosos de protestas y de acciones judiciales, sino directamente, abriendo el pecho, seccionando el esternón a la altura del tercero y cuarto cartílagos costales y practicando una amplia brecha, suficiente para ver con claridad e introducir la mano. A través de esta abertura Géraudin agarraba firmemente el corazón, o amasaba, lo sobaba, y comprimía las cavidades para hacer fluir de nuevo la sangre y practicar una circulación artificial. De pronto, en el fon de aquel pecho, la víscera aún caliente, el motor de una vida humana, respondía sobre la palma de la mano con un estremecimiento, una contracción y una súbita pulsación. Y Géraudin, una vez más, había resucitado a un muerto.

En algunos casos, el corazón había vuelto a latir, y el cuerpo, sin recobrar el alma, había vivido todavía tres a cuatro días más. Pero el cerebro había quedado inerte. La resurrección sólo había sido parcial.

El salir de la clínica el cirujano subió al coche contento. Todos los enfermos mejoraban, incluso la señora Boissy, la mujer del tejero. La llaga se cerraba y la cicatriz, en forma de cuerno de luna, exactamente debajo del pecho, coincidía perfectamente con la curva de éste y apenas era visible. Dentro de poco la señora Boissy exhibiría en Jean-les-Pines un pecho de adolescente. Y la fama de Géraudin se iba extendiendo. Esas cosas acababan siempre por saberse y no existe ninguna discreción profesional que defienda un secreto contra la envidia de las rivales. En suma, un excelente reclamo para Géraudin. Al menos no se diría que iba de capa caída.

Esta era la gran preocupación de Géraudin: no perder categoría, no envejecer. Sobre todo desde que había pasado de los sesenta. Se observaba constantemente, se estudiaba, se «controlaba», calculaba como un campeón de los cien metros, el tiempo que empleaba en una intervención, pasaba de la desolación a la alegría según hubiera triunfado o fracasado, y acababa siempre por afirmar en presencia de cuantos le rodeaban:

—No, no pierdo facultades. Continúo siendo el gran maestro. Mi mano conserva el vigor de los veinte años.

Sentado al lado de Louis, bajó instintivamente los ojos, se miró la mano, la movió, la abrió, la cerró y se sintió satisfecho al contemplar aquella mano fina, nerviosa, una verdadera mano de artista,

vigorosa y precisa, capaz de esfuerzos o tracciones hercúleas o de tactos infinitamente delicados. Una mano tan íntimamente familiarizada con el contacto, las sensaciones y los sufrimientos de la carne, que cuando levantaba una matriz o se posaba en un miembro fracturado adquiría la intuición y la sensibilidad de la carne herida, como si, lúcida e inteligente, sintiera ella misma la reacción y el dolor. En sus dedos tiernos y duros, flexibles y fuertes, el bisturí iba trocándose sucesivamente en aguja, buril, arco, cuchillo de cocina, herramienta de carnicero o de orfebre.

La maestría de Géraudin despertaba en torno de él el respeto y la admiración. Seguía siendo el virtuoso rodeado de una banda de celosos rivales a quienes dominaba. Sabía que alguno de ellos le espiaban, observaban sus manos, esperaban y acechaban el menor desfallecimiento, la menor señal de fatiga. Esperanza siempre defraudada, botín siempre aplazado para el día siguiente. Más, no obstante, unos y otros se decían al oído que había pasado de los sesenta… internos y amigos comenzaban a observarlo, a estudiarlo y a escrutarlo, cuando operaba, con el ojo despiadado de los médicos. Géraudin sentía sobre sí el dardo de aquellas miradas atentas a un posible desfallecimiento y se mofaba interiormente de ellas, seguro de sí mismo, de su fuerza, con la conciencia de seguir siendo lúcido, vigoroso, preciso y rápido. La propia lucha le sobreexcitaba, impeliéndole a proezas y temeridades que en otro caso no se hubiera atrevido a acometer. Daba miedo. A su alrededor, sus ayudantes estaban siempre con las manos crispadas y el ánimo en suspenso. Y la soltura con que después del último golpe de bisturí levantaba y hacía deslizar a la cubeta la masa de una matriz, arrancaba a los más biliosos la explosión de entusiasmo que saludaba al maestro.

Más de una vez, cuando la sesión se había prolongado demasiado, sentía una especie de escozor en las vértebras de la nuca, una ligera fatiga; en suma, nada importante.

Por eso Géraudin, rodeado de un pequeño grupo de «jóvenes» ávidos de despojos, vigilado por algunos de los cirujanos que él formaba de año en año y que se convertían más tarde en competidores y enemigos suyos, se mostraba, a medida que iba envejeciendo, cada vez más absoluto y celoso de su autoridad y de su prestigio. Su taciturna inquietud y el miedo de verse un día sobrepasado por un joven hacían el vacío en torno de él. De resultas, abrumaba a los demás con la misma injusticia de que antaño había sido víctima. A este respecto, algo detestable ocurre en la organización de nuestras Facultades de Medicina que así condenan al maestro a ver en sus discípulos a un futuro competidor. El jefe de la clínica de Géraudin no tenía derecho a operar en la ciudad. Por tanto, sólo los hijos de los ricos contaban con medios para esperar, y al cabo, quedarse. A los treinta y cinco años, Flégier, su actual jefe de clínica, no había visitado todavía a ningún cliente en la ciudad y ganaba doscientos cincuenta francos semanales. Y como operaba demasiado bien jamás practicaba ninguna intervención importante delante de los estudiantes. Operaba solo, lejos de todos, en la clínica de Géraudin. En el hospital no hacía más que curas. Sólo bastaba que más tarde, cuando fueran médicos los estudiantes se acordaran del talento de Flégier y le enviasen a sus enfermos para el caso de intervención.

Todo esto, y, por añadidura, el carácter de Valérie, su mujer, había que Géraudin no fuera un hombre feliz.

Ya por la mañana, como de costumbre, Valérie Géraudin martirizaba a la servidumbre y trastornaba la casa. Primeramente había pensado en ir a la clínica de su marido para pedir dinero a la señora Claim, la jefa de las enfermeras y su enemiga personal. Pero el señor había tomado a Louis y el «Panhard». ¡Cuando Valérie había dado a Louis la orden de limpiar los cristales del salón! También quería ir a confesarse inmediatamente después del almuerzo, antes de salir para La Baule. Y como el señor había utilizado el coche toda la mañana, seguramente Louis lo engrasaría al volver. Por tanto, ni confesión ni cristales limpios. Para colmo de desdichas, a las diez de la mañana, la servidumbre, aturdida por las órdenes contradictorias y las afrentas recibidas, se enteró de que la señora estaba pasando el período. Esta había lanzado su ropa interior a la cabeza de la doncella y le había cometido, estando en casa, una

crisis de nervios. No hubo entonces más que una esperanza y un deseo: que llegar la hora de la liberación, la salida para La Baule.

Valérie Géraudin era la hija menor del ex decano Largilier. La mayor, Jeanne, dforme, con el pie contrahecho, muy fea, había acabado por encontrar un pretendiente. Lepoignard, médico militar de escaso porvenir, a quien no tardó Largilier en nombrar jefe de laboratorio. Jeanne murió dos años después. Lepoignard abandonó la ciudad, se estableció en otra parte y sólo conservó de sus funciones el nombramiento y los honorarios, que le eran mandado por correo. Ni siquiera sabía adónde habían trasladado su laboratorio. Habiendo alcanzado el límite de edad percibiría el retiro a partir del año próximo.

Valérie, la menor, no tan mal parecida, no fue mucho más afortunada en su matrimonio. L as taras físicas de la hermana mayor alejaban también a los pretendientes de la menor. Se hablaba de degeneración congénita. Géraudin se dio cuenta de ello y vaciló. Valérie, bastante agraciada, tenía un carácter un poco intemperante. Por otra parte, a Géraudin le venía cuesta arriba dar por terminadas unas relaciones que mantenía desde hacía mucho tiempo. En el fondo, aquel sanguíneo era un sentimental. Pero se decidió a instancias de su madre, quien soñaba desde su pueblecito con la prosperidad de su hijo. Hubiera querido verle triunfar mediante aquel fastuoso matrimonio. La dote de Valérie se cifraba en dos millones. Géraudin se sintió tentado en su ambición y se casó con Valérie Largilier, quien, a la muerte de su hermana mayor Jeanne, fue única heredera de su padre. El día de la boda de Géraudin, la mujer que había abandonado se presentó con su hijo al pie de la escalinata del Ayuntamiento. Se produjo un pequeño escándalo.

Largilier era hombre acaudalado. Había fundado un laboratorio para explotar comercialmente sus descubrimientos en endocrinología. Este asunto había alcanzado una importancia enorme. Y a la muerte de Largilier, Géraudin, o, mejor dicho, su mujer —pues el contrato de matrimonio había sido bien elaborado— heredó un buen paquete de acciones de los laboratorios «Dynam».

Cuando Géraudin llegó a su casa, su mujer se encontraba en sus habitaciones y nadie se atrevía a subir a h hablarle. Comenzaron todos a discutir; Géraudin, La doncella, Louis, la cocinera y otra sirvienta. Decidióse por último a enviar a Louis como parlamentario.

Louis subió al cuarto de la señora. Entre ésta y el chofer se originó una larga disputa que los otros escuchaban desde abajo. La señora lloró, mostró a Louis la bilis que había vomitado en el vaso de noche, habló de su resfriado y de su próxima muerte, acusó al señor, a la doncella y a la señora Claim, la jefa de las enfermeras, y rompió de nuevo a llorar. Louis le recordó que habían de partir para La Baule a las cinco y que era ya hora de prepararse; ayudó a la señora a apretarse la faja que llevaba para aliviar una imaginaria ptosis de estómago, hinchó el balón, refunfuñó porque la señora perdía el tiempo, se chanceó abiertamente de su malestar y habló de su propia mujer, operada desde hacía seis semanas y que teniendo que dar de comer a tres chiquillos trabajaba de lavandera para todos los vecinos. Finalmente, bajó Valérie canturreando una romanza, y en pos de ella Louis encogiéndose de hombros. La señora, cuidó su gastritis ingiriendo un tazón de chocolate con leche, media barra de pan de alajú y una libra de fruta confitada, digiriéndolo todo sin dificultad. A las cinco se partió hacia La Baule, Géraudin en el fondo de «Panhard» y la señora delante, al lado de Louis, porque temía que el traqueteo del coche dañara su estómago. Louis iba a gran velocidad, lo que era del agrado de Valérie. De cuando en cuando Géraudin recibía una maleta en la cabeza o en las rodillas. Y entonces gritaba:

—¡Pare, Louis!

—¡No se detenga, Louis! —decía Valérie.

Tras un instante de vacilación, Louis obedecía a la señora y continuaba marchando a toda velocidad. Géraudin soltaba un gruñido, apilaba las maletas lo mejor que podía y guardaba silencio hasta el próximo bache. A través de la portezuela, *Kiki*, el pekinés de Valérie, ladraba injurias y desafíos a cuantos caminantes de dos y cuatro patas divisaba en el horizonte.

Una vez al mes por lo menos, efectuaban los Géraudin este mismo viaje de Angers a La Baule donde poseían, en medio de un bosque de pinos de diez hectáreas, una espaciosa quinta de recreo, donde miss Dorothy, la enfermera, con ayuda de la sirvienta y el jardinero, cuidaban del hijo de los Géraudin. La herencia de Valérie era onerosa. Su madre, cuyo padre era alcohólico, descendiente de una familia de grandes burgueses que habían dilapidado su salud con el exceso de comida, era una enferma «mental». Murió en una de esas casas de salud de un singular parecido a los asilos de alienados. Y Jeanne, la hermana mayor de Valérie, que había nacido con el pie contrahecho, llevaba visible la marca de aquella tara congénita. Sólo se notaba en Valérie una cierta inestabilidad de carácter. Pero Henri, el único hijo de Géraudin, era idiota. Y se le mantenía, oculto, educándole en secreto en La Baule.

Llegaron ya entrada la noche. Henri estaba instalado en su cuarto, sentado en un cochecito, frente a un gran fuego de leños. Enfundado en una larga blusa negra, con un blanquísimo babero de encaje, el idiota, que iba a cumplir veinticuatro años, agitaba sus manos fláccidas, ladeaba la cabeza y reíase de algo invisible. Tenía ya un bigote crecido. Estaba sujeto al respaldo de su asiento de ruedas con una sólida correa de cuero. Junto a la ventana, miss Dorothy, una *nurse* inglesa de unos treinta y cinco años, vestida de azul pálido y de blanco, confeccionaba un jersey de lana y vigilaba de lejos a la extraña criatura. Hacía diez años que estaba al servicio de los Géraudin.

Valérie besó rápidamente a su hijo, puso en sus brazos el paquete de juguetes que había traído para él y salió de la estancia. Su hijo le daba miedo y prefería no verlo. En presencia de aquel miserable monstruo, fruto de sus entrañas, le invadía a veces un sentimiento de piedad y de ternura y experimentaba un gran trastorno de toda su maternidad ya extinta, la súbita explosión de un instinto que la horrorizaba. Sentía confusamente que había en ello una fuerza, una fuerza, un poder capaz de perturbarlo todo, de transfigurar su vida entera si dejaba apoderarse de ella la abnegación y el amor hacia aquel demente. Pero tenía miedo, como se tiene miedo con frecuencia de la persona que le salvaría a uno. Y huía, se iba a los jardines, a las habitaciones o al casino a jugarse veinticinco mil francos si era la temporada de juego, o a casa de miss Jennington si el casino estaba cerrado.

Esto es lo que hizo una vez más aquella noche después de cenar a solas con Géraudin en el rústico comedor, completamente cerrado a causa del frío, desde donde se oía afuera el silbido del viento marino a través de los pinos. Géraudin, mientras comía sin apetito un lenguado rociado con vino blanco, leía el *París-Soir* apoyado contra la botella de borgoña. Valérie tenía *Kiki* sobre las rodillas y lo alimentaba con pequeños bocados de pescado cuidadosamente escogidos.

Inmediatamente después del café, Valérie mandó llamar a Louis y con *Kiki* debajo del brazo se hizo conducir a casa de los Jenninson. Habitaban la quinta vecina, sita a un kilómetro de distancia, una vieja inglesa, miss Olivia Jenninson y sus dos hermanas Adélaide y Emily. Las cuatro mujeres, jugadoras apasionadas, jugaban al bridge hasta medianoche y luego al póquer.

Cuando Valérie se hubo marchado, Géraudin subió al cuarto de su hijo. Henry, delante del fuego, sujeto en su silla de ruedas, jadeaba la cabeza y tartajeaba, mientras miss Dorothy, que acababa de darle a cucharadas una sopa de avena, le limpiaba la barbilla y la boca. Géraudin la interrogó sobre la salud del desgraciado, examinó a su hijo y se preocupó de sus digestiones y de su sueño. Le hizo abrir a la fuerza las mandíbulas para examinar sus amígdalas, demasiado grandes que tendría que intervenir un día u otro. Le puso chocolatines en al boca. El idiota profería gritos convulsivos y accionaba estúpidamente con las dos manos, como si quisiera asir el vacío, enloquecido por el olor de la comida pero incapaz de cogerla y de llevársela por sí mismo a la boca.

Una vez saciado, se tranquilizó. Nuevamente recobró su mirar errabundo, con la cabeza colgando, riendo como un zote y persiguiendo Dios sabe qué horribles ensueños, tal vez recuerdos de su vida uterina… Miss Dorothy había ido abajo. Sentado al lado de su hijo, Géraudin le limpiaba de vez en cuando la barbilla. Pensaba en el otro, en el hijo de su amante, también un muchacho. Debía contar ahora veintisiete años. ¿Dónde se hallaba? Era un hombrecito inteligente. Géraudin recordaba cómo su

hijo, siendo niño, le besaba por la noche cuando, habiendo enfermado del arrotillo, le cuidaba él personalmente. Se imaginaba sentir aún sobre su rostro el suave roce de sus manecitas deslizándose como una caricia.

El idiota profirió un grito salvaje. Géraudin se estremeció y volvió a la realidad. En torno a Henri, la alfombra aparecía sembrada de juguetes inútiles. Desde hacía más de veinte años, Valérie llevaba cada mes juguetes por valor de centenares de francos a su hijo, quien apenas loas retenía un segundo entre sus manos. Géraudin recogió un conejito con ruedas, un rompecabezas y una flauta de celuloide y lo envolvió todo en un periódico. El conejito de ruedas sería para el pequeño Charles, uno de sus enfermos: anemia perniciosa, tres transfusiones… Géraudin evocó aquel rostro pálido y afilado, aquellos ojos negros y voluntariosos, aquella mirada lúcida y tierna… Decididamente, cuando uno envejece no puede permitirse pensar en algo porque todo causa un gran daño.

Géraudin bajó con el paquete de juguetes. En la escalera se oía soplar con fuerza el viento norte. Afuera, la ramas de los pinos arañaban los cristales de las ventanas. Al llegar al vestíbulo, Géraudin levantó silenciosamente la tapa de la banqueta gótica que formaba una profunda arca. Era su escondrijo habitual. Allí depositó el botín, luego se trasladó al comedor, tomó del aparador la botella de borgoña ya empezada y la caja de cigarros e hizo funcionar la radio.

CAPÍTULO IX

La primera vez que encontró al profesor Doutreval en la Facultad, después de los funerales de Suraisne, Ludovic Vallorge fue a estrecharle la mano y le interrogó sobre sus trabajos.

Jean Doutreval, neurólogo, estaba acabando de estudiar un procedimiento suyo para la curación de una cierta clase de demencia hasta entonces incurable, llamada esquizofrenia. Vallorge se interesó vivamente por sus explicaciones. Y Doutreval, dando muestras de contento, le invitó a asistir a una de sus próximas experiencias.

—Venga usted a verme en el asilo de Saint-Clément el lunes próximo, por ejemplo —propuso— verá usted alto interesante.

Vallorge le dio las gracias y se interesó por Michel, el hijo de Doutreval, por su hija Fabienne y también por Mariette… y los dos médicos se separaron mutuamente encantados.

Al siguiente lunes, a las cuatro de la tarde, Ludovic Vallorge atravesaba en coche el pueblecito de Saint-Clément-de-la-Place, quince kilómetros al norte de Angers y, penetraba en el espacioso patio del asilo de alienados. Al mismo tiempo que su coche, se detuvo una ambulancia frente a la puerta de entrada de las oficinas. Apeóse un hombre menudo y regordete. Por sus enormes gafas, Vallorge reconoció a Tillery. Detrás de él descendió Groix «El Cararrajada». Y entre los dos sacaron el vehículo a un hombre alto, de anchas espaldas, un bruto de nariz escarlata con las muñecas atadas. A cada momento, levantaba con ademán violento los puños y se asestaba a sí mismo un golpe formidable en la nariz.

Vallorge se acercó al grupo.

—Buenos días —dijo—. ¿De qué se trata?

—De un loco —respondió Groix—. Así lo hemos traído desde Seine-et-Marne ¿se da usted cuenta?

Y diciendo esto se quitó el sombrero de fieltro, se pasó la mano por los rubios cabellos y se aplicó el pañuelo en al cara enorme y risueña, donde la cicatriz del corte dibujaba en la mejilla un profundo trazo vertical.

—¿Por qué se aporrea de ese modo? —preguntó Vallorge.

—Nadie lo sabe. Cosas suyas. Hace esto desde j oven. ¡Fíjese qué nariz tiene!

—Había que verle en la estación —dijo Tillery— ¡Y en el tren! Viajábamos con dos señoras ya ancianas. Apenas entramos en el compartimiento el tipo se puso a mear. Presa de angustia, yo me decía: «Mientras no haga más que mearse menos mal…»

—¡Fue una cosa de espanto1 —dijo Groix—, se le hizo tomar bismuto antes de partir.

—¿Bismuto?

—Cuatro paquetes. Los guardianes me lo juraron por la salud de su madre. Ha cogido un resfriado que le durará una semana.

Tillery respiró.

—¿Por qué no lo decías antes, animal?

—Y en París, ¿qué ocurrió? —preguntó Vallorge.

—¡Un éxito! En la estación nos rodearon más de mil personas. Hemos desayunado en casa de un tabernero. El establecimiento estaba atestado. El pobre diablo, que sujetaba un «croissant» con los puños, no acertaba a encontrarse la boca y se propinaba en la nariz unos puñetazos tan tremendos que hubieran derribado a un buey. He tenido que darle de comer a bocadillos… En fin, hemos llegado y esto es lo esencial. Vamos, Groix, ayúdame. Ven, cariñito mío.

Y entre los dos se llevaron sin dificultar al bruto. Vallorge entró en el despacho y a poco hizo lo miso Doutreval.

Doutreval era un hombre de aventajada estatura y tez biliosa. Su traje claro, con el que contrastaba una corbata de color granate, era de un corte impecable. Cojeaba ligeramente de la pierna izquierda aunque procuraba disimularlo.

—Es usted puntual —dijo—. Perfectamente. Venga usted conmigo.

Salieron del despacho, pasaron juntos el parque, y, para acortar el camino, atravesaron los pabellones de las mujeres. Clamorosas explosiones acogían su paso. En las largas salas con una doble hilera de camas, las locas, acostadas o sentadas y a veces de pie sobre el colchón, rugían vociferaban, cantaban, aullaban levantaban el puño a Vallorge y le dirigían injurias y amenazas. otras, con la boca desmesuradamente abierta, reían estrepitosa o interminablemente y explicaban al vacío largas e hilarantes historias que les hacían nuevamente desternillarse de risa, mientras que una vecina, tendida e inmóvil, con la mirada perdida, pavorosamente solitaria y extraña a todo, perseguía en aquel infierno un sueño inacabable e incoherente. Al salir de una de aquellas salas, Tillery y Groix se reunieron con Doutreval.

Seguía un pasillo al que daban puertas provistas de ventanales enrejados. Acuciado por la curiosidad, Vallorge echó una breve ojeada al interior de uno de las ventanillas. Un centenar de mujeres, con los cabellos desgreñados, de hosco semblante, unas riendo y otras llorando, movían los brazos e interpelaban a fantasmas… Al darse cuenta de la presencia de Vallorge, se precipitaron hacia el ventanillo como bestias salvajes. Una vieja de cabellos grises, colgantes y retorcidos como serpientes, se agarró a los barrotes de hierro y los mordió. Vallorge, un poco pálido, retrocedió precipitadamente. En aquel momento, Doutreval sacó la llave y abrió la puerta.

Los cuatro atravesaron toda la sala. Doutreval se dirigió directamente hacia las más temibles. Hubiese dicho que se trataba de un domador. De vez en vez una demente se acercaba cautelosamente por detrás. Doutreval se volvía y le hacía frente, y entonces aquélla se detenía en el acto.

—¡Gorrino! ¡Gorrino! —gritaba de lejos una anciana a Vallorge.

—Yo no estoy loca y le demandaré en justicia. Y me dejarán salir —gritaba otra con el rostro encendido y los ojos desorbitados, al rostro de Doutreval, que la apartaba de su lado con un ademán firme y tranquilo.

Y detrás de los cuatro médicos, una mujer joven, de cabellos rubios y continente apacible, seguía en pos de Vallorge suplicándole en voz baja y gimoteando silenciosamente:

—Señor doctor… Señor doctor…

Fue preciso apartarla rudamente para poder salir de la sala por la puerta del fondo. Cuando estuvieron fuera, Vallorge respiró.

—¡Hay que estar acostumbrado! —dijo.

Doutreval sonrió.

—¡Bah! El único peligro reside en la negligencia de un guardián.

—¿Y esto ocurre a menudo?

—Fíjese en el corte de Groix.

Groix, sonriendo, mostró la rojiza cicatriz de la mejilla.

—Un botellazo que me estaba destinado —explicó Doutreval—. Groix se interpuso y encajó el proyectil.

—Con ello perdí el ochenta por ciento de mis *sex appeal* —añadió Groix—. Desde entonces sólo me dejo fotografiar de perfil.

—Para ocultar un arma —prosiguió sonriendo Doutreval, dando una palmadita en los hombros a su ayudante— un loco da muestra de una singular inteligencia. El pasado año había uno que se pasó seis meses recogiendo pequeños guijarros en el patio. Se le dejaba hacer porque nada malo se veía en ello…

pues bien, amigo el loco iba metiendo los guijarros en un viejo calcetín para hacer con ello una cachiporra destinada a mí. ¿Lo recuerda usted, Groix?

—Ya lo creo, señor. ¡Vaya con la media de lana! Los economistas tienen razón: el guardar los ahorros en una media es un peligro social.

—Por otra parte, todos los años dos o tres alienistas franceses mueren a manos de sus enfermos. ¡Bah1 de todos modos, de una cosa u otra hay que morir. ¿Ha traído usted al loco, Groix?

—Acabo de traerlo.

—Está ya «guillado» —dijo Tillery.

—Ya lo veremos al pasar… Esto le interesará a Vallorge.

Los «guillados» ocupaban una espaciosa sala, abarrotada de camas en la planta baja de un pabellón aislado. Al pie de la primera cama dos guardianes acababan de entregar un traje de basta tela al desgraciado que habían traído Tillery y Groix. Sentado con indiferencia sobre el colchón, el hombre trataba de cuando en cuando, con las manos atadas, de asestarse un puñetazo en al cara. Doutreval se detuvo ante él y le miró un instante.

—Padre alcohólico —dijo Tillery—. Está inscrito en su ficha.

—Evidentemente. Le hará usted una *Wasserman*, Groix.

Más lejos, un negro gigantesco, de pie al lado de la cama, completamente desnudo —un magnífico modelo de especie humana, hermoso como una estatua de bronce bruñida, con los músculos pectorales y abdominales armónicamente salientes—, miraba vagamente a su alrededor mientras un enfermero le sacudía los hombros y retiraba el cobertor hasta el pie de la cama. Sobre la sábana humeaban los excrementos.

—Sífilis —dijo Groix.

—¡Un tipo soberbio! —exclamó Doutreval—. Qué lástima, ¿verdad?

—¿No podemos hacer nada por él? —preguntó Vallorge.

—Nada. Es un arsenorresistente. Y la malarioterapia no ha dado resultado. Llegará hasta la chochez total. Ya ve usted que no puede retener sus deposiciones. ¡Pobre inteligencia humana! ¡Cuando uno piensa que esto ha sido el destino de un Maupassant! ¡De un Nietzsche, su última carta aún lúcida, a su madre! «¡Estoy loco, madre!» el genio se dio cuenta de su ruina. ¡Ese grito horrible del hombre que se sabe loco!

¿De dónde ha venido éste? —preguntó Vallorge, señalando al hercúleo negro.

—No se sabe. Un naufragio de la guerra, sin embargo, hay una persona que se interesa por él. Una mujer. Sí, una mujer que le ha amado. De cuando en cuando escribe preguntándome por él. ¡Qué curioso…!

Como si aún pudiera comprender, el bruto miraba a Vallorge con sus negros ojazos.

En las otras camas, unos tres seres inertes miraban pasar a los médicos. En un rincón, uno de ellos gemía y gritaba lamentablemente, dirigiéndose al guardián:

—Madre… madre.

No decía más. Sólo guardaba el recuerdo de su infancia, rememoraba a un ser que lo había amado y a quien llamaba continuamente. Otro, sentado en una mesa, introducía la mano roída por un panadizo en una jofaina de agua hirviente. Vallorge echó una ojeada a la llaga y contuvo una exclamación. Se veía el hueso. Sereno, distante, insensible, el hombre bañaba su mano como si fuera otro el que sufriera. Más lejos, había una cama circundada de tablas de madera. Como una especie de caja. Y en el interior de ella, pudriéndose en sus propios excrementos, vegetaba un monstruo, un cuerpo humano desnudo y desmirriado, con un vientre enorme, de miembros esqueléticos deformados por innumerables fracturas. Unos largos calcetines cubrían sus pies contrahechos. Y agitaba brazos y piernas con un horrible balido cabruno. La cabeza era minúscula, sin frente ni cráneo. Parecía terminar en las cejas. En las sienes, los ojos, todavía inacabados y espantosamente separados, semejaban dos globitos de loza, dos bolas azuladas, sin iris ni pupila. Del interior de la caja se desprendía un olor a

estiércol. Una mosca que se había posado en el mismo globo del ojo se nutría de aquel ser sin que éste entornara los párpados.

—Es Paul Merchant —dijo Tillery—. Sífilis y alcoholismo hereditarios.

—Es curioso —dijo Vallorge— que un ser semejante pueda tener un nombre.

Doutreval llamó a un enfermero para que cambiara la ropa de la cama.

—No podemos hacerlo muy a menudo —explicó a Vallorge—. Sus huesos se rompen como leños secos. De cuando en cuando se le encuentra con una pierna o un brazo roto formando ángulo recto. Los remendamos como podemos. No se da cuenta de nada. Sólo se interesa por una cosa: masturbarse sin parar… aún es capaz de hacerlo, sin duda por casualidad… Pasen por aquí. Hemos llegado. Aquí está la enfermería.

Entraron en un pabellón más coquetón, más limpio, a la puerta del cual les acogió con efusión el ayudante de Doutreval, Regnoult, un muchacho de ensortijados cabellos castaños, frente despejada y ojos inteligentes.

—¿Está listo?

—Está listo —replicó Regnoult.

Doutreval pasó a un despacho y tomó un carnet de apuntes y un lápiz.

—La experiencia es curiosa —dijo a Valorge—. Quizá no desconoce usted mis primeros trabajos sobre este tema. Basándome en los estudios de sabios como Meduna, Sakel y Nyiro, hace años que persigo la curación de ciertos casos de locura clasificados bajo el nombre de esquizofrenia… ¿Por qué precisamente estos casos? Porque la esquizofrenia es contraria y en cierto modo opuesta a la epilepsia. De ahí la idea de provocar en estos locos una crisis de epilepsia, artificial para hacerles recobrar la razón. De ahí también el nombre de «convulsoterapia» dado a nuestro método.

—¿Y cómo provocar esta crisis artificial?

—No faltan medios —dijo Doutreval.

Detúvose un instante para descolgar de un perchero una blusa blanca. Se la puso y dio otra a a Vallorge.

—Algunos han empleado para las inyecciones —continuó diciendo— una solución de alcanfor. Personalmente, yo abandoné en seguida al alcanfor para echar mano de productos más enérgicos. Actualmente empleo un derivado muy complejo de metilo, cuya síntesis se debe a un químico alemán. He comenzado a aplicar mis ensayos en conejos, perros y gatos y he logrado unas epilepsias magníficas…

Después de buscar en un fichero, exhibió unas fotografías de gatos convulsos y agarrotados después de horribles espasmos.

—Ya los ve usted. Por fin me he atrevido a llegar hasta el hombre. He alcanzado mi cuatrocientas cincuenta experiencia humana.

—¿Con qué resultados?

—Si no se tratara de mí les diría que son extraordinarios. Ya verán ustedes mis estadísticas. Sobre cuatrocientos cincuenta casos he logrado mejoras en doscientos siete. O sea un cuarenta y siete por ciento de éxitos. ¡Y eso tratándose de una enfermedad considerada incurable!

—¡Es magnífico! —dijo Vallorge—. ¿Y obtiene usted realmente una epilepsia experimental a voluntad? ¿Cómo es esto?

—Va usted a verlo ahora mismo. Venga conmigo.

A través de un pasillo siguió a Doutreval hasta una sala bastante espaciosa, desierta, con una cama en el centro y en un rincón una mesa llena de frascos. Allí esperaban Regnoult, Tillery, Groix y un enfermero, todos enfundados en batas blancas. Tendida en la cama había una forma enjuta y desnuda, el cuerpo de un hombre extremadamente flaco. Vería acercarse a Vallorge y Doutreval sin decir nada. Al respirar se levantaban sus descarnadas costillas y se dibujaban en su cóncavo vientre unos hoyos profundos. En aquella armazón descarnada, de piel marmórea, el pubis no era más que una bolsa negra

y velluda. Aparentaba unos cuarenta años. Llevaba barba de varios días. Y tenía unos ojos ansiosos que parecían enormes.

—¿Listos? —preguntó Doutreval.

—¡Listos! —dijo Regnoult.

Doutreval avanzó hacia la mesita, tomó una jeringa y la introdujo en el agua que hervía en un hornillo de gas.

Destapó un frasco y llenó la jeringa. Doutreval se acercó a la cama. A su alrededor, los ayudantes estaban preparados.

—¿Subcutánea? —preguntó Vallorge.

—No. Intravenosa. Una inyección subcutánea exigiría una dosis triple. Diga Regnoult, ¿ha hecho la untura?

—¿Qué untura? —preguntó Vallorge.

—Una mezcla de alcohol, aceite de ricino y yodo por todo el cuerpo. Luego se lo espolvorea con almidón.

—¿Por qué?

—para que se manifiesta la menor señal de sudor. En cuanto aparece en cualquier parte del cuero una simple transpiración la piel cobra inmediatamente un marcado tono violeta. Una sencilla reacción química.

—Muy ingenioso —dijo Vallorge.

—En efecto. Ha sido obra de Groix.

Tomó el brazo izquierdo del enfermo.

—Veamos…

—Aquí, señor —dijo Regnoult mostrando en el brazo del enfermo una mancha de tintura de yodo—. He señalado una hermosa vena.

Con la mano derecha agarrotaba ligeramente el brazo para que se destacara la vena. Doutreval la cogió entre los dedos pulgas e índice de la mano derecha, introduciendo oblicuamente la aguja, la enfiló en la vena y presionó suavemente el pistón. La jeringa se fue vaciando lentamente. Inclinados sobre la cama acechaban los seis hombres vestidos de blanco. Transcurrieron algunos segundos. De pronto, el paciente dijo con voz ronca:

—¡Esto apesta!

Aspiró dos o res veces. Dibujóse en su rostro una expresión de malestar, de inquietud y de angustia, y temblaron sus párpados. Sus facciones se crisparon. Y bruscamente rugió:

—¡Ay! ¡Me hacen daño! ¡Me hacen daño!

El rostro del enfermo se estremeció en una convulsión. Los ojos rodaron en las órbitas hasta blanquear abominablemente. Una contracción terrible levantó todo el cuerpo casi en semicírculo, hasta el punto de que el hombre sólo tocaba la sábana con la cabeza y los pies. Luego una espantosa convulsión inversa lo abatió sobre el colchón como una bestia mortalmente herida, con los brazos y las piernas replegados y aplastando tan fuertemente la barbilla contra el pecho que se oyeron castañetear los dientes. Un poco pálido, Vallorge retrocedió.

—Fíjese, fíjese —decía Doutreval a Regnoult— observe los detalles.

El mismo tomaba rápidamente unos apuntes en su carné sin apartar la vista del paciente. El hombre, con la boca desmesuradamente abierta, rugía, echaba espumarajos y sacaba espasmódicamente la lengua, parecida a un pequeño chorro de carne sanguinolenta surgiendo a intervalos regulares del fondo de la garganta.

De la nariz le salían unos mocos viscosos y abundantes. Tenía los ojos salientes, horriblemente desorbitados. De pronto, la boca se cerró, dio un chasquido, como un cepo de hierro, y volvió a abrirse con tanta violencia que la mandíbula pareció desprenderse y quedó colgando sobre el pecho. El enfermo levantó despaciosamente brazos y piernas. Los músculos no eran sino bolas y bajo la piel, los

tendones parecían cuerdas prestas a saltar. Los dedos de los pies y de las manos se abrían y se crispaban. Un estremecimiento eléctrico, como el que debe de experimentar un electrocutado, agitaba aquella carne. Vallorge miraba con angustia los bíceps de aquel hombre, que no eran más que nudos de carne contraída. De pronto, se produjo un crujido, el ruido seco de un pedazo de madera al quebrarse. Entonces, a la altura de la pantorrilla, la pierna izquierda del hombre se dobló en un ángulo recto. Los músculos de la pierna, demasiado tensos, acababan de romper el hueso. Y casi al mismo tiempo se rompió el hueso del brazo derecho con el mismo crujido de leños que se quiebran.

—Esto se termina… —dijo Doutreval, al ver retroceder a Vallorge—. Es el fin…

Disminuyeron las contracciones. Amplias manchas violeta, anchos y asquerosos lunares color de mosto, aparecieron aquí y allá, en los brazos, en las ingles, en la frente, en la planta de los pies…

—El sudor —observó Doutreval—. Fíjese. Instantáneamente sale a flor de piel la menor transpiración…

Un chorro de orina y excrementos apareció debajo del enfermo. Y bruscamente surgió otro de líquido seminal.

—Esto se termina. Los esfínteres ceden…

—Y no se ha presentado ninguna señal premonitoria —dijo Doutreval con voz tranquila—. Fíjese, Regnoult; Guibrard pretendía lo contrario. Observen bien. Ahora está llorando. Es el fin.

Un flujo de lágrimas inundaba el rostro violáceo del desgraciado. Abatido, el hombre se revolvió en medio de sus excrementos, de su sudor, de sus babas. Su brazo fracturado descansaba sobre su pecho, tatuado de manchas vinosas. Y su pierna rota se ladeaba, como la de un muñeco destrozado. Fuertes estremecimientos agitaban aún aquel montón de carne. La mandíbula, descoyuntada, dejaba abierta la boca de la que colgaba una lengua azulada.

Los ojos se movían lenta y regularmente, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Es el coma —explicó Groix.

—Si dejara de respirar, respiración artificial —ordenó Doutreval—. Tillery, la lobelina.

Tillery corrió a la mesita a preparar algo. Más, poco a poco, el enfermo fue saliendo del coma. Respiró profundamente dos o tres veces. Miró a su alrededor con ojos aterrados, y profirió un grito espantoso, hizo un esfuerzo para levantarse y saltar de la cama.

Groix le sujetó por los hombros. Sentado en medio de sus deyecciones y dando penosos hipos, el paciente comenzó a vomitar. Sin embargo, Doutreval trataba de arrancar a su carne algunos reflejos, le cosquilleaba la planta de los pies, le apretaba la rodilla y tomaba apuntes.

—¿Qué opina usted de esto? —dijo Doutreval acompañando a Vallorge a su coche.

—¡Impresionante! —exclamó Vallorge, aplicando a su rostro un poco pálido y abotagado, su pañuelo de batista.

—Sí, es terrible. A decir verdad ya nos hemos acostumbrado un poco a esto.

—¿Y qué recuerdo guarda el enfermo?

—Espantoso. Es casi imposible decidirle a insistir de nuevo si no ha habido una reacción sensible en la primera sesión.

—Es un inconveniente…

—Cierto. Pero la mejora sobreviene de una manera indudable. Ya se lo he dicho: indiscutible en el cuarenta y cinco por ciento de los casos.

—¿Y las fracturas?

—Evidentemente, eso es una desventaja. Pero creo que curar a un loco al precio de una pierna o de un brazo fracturado no resulta excesivamente caro.

—Exacto —estimó Vallorge—. Por otra parte, la fractura de un hueso largo o una luxación de las mandíbulas no es nunca cosa grave.

—De acuerdo. Además, sólo se ha producido fractura en el tres por ciento de los casos. Sin embargo, e una ocasión hubo doble fractura del cuello del fémur. Es fastidioso. Debo decir que procuré atenuar las contracciones musculares. Pensé sobre todo en provocar el coma hiperinsulínico antes de la crisis, con la esperanza de que en un cuerpo sumido de antemano en el coma la acción del medicamento sería menos violenta. Hasta ahora no lo he logrado. Sigo trabajando… En todo caso, los resultados me parecen alentadores, ¿no es verdad?

—¡Extraordinariamente! —dijo Vallorge.

Doutreval lo acompañó a través del asilo hasta el coche. Por el camino, en los patios y jardines, se cruzaban aquí y allá con un loco errante, hablando solo o bien atareado tranquilamente en cavar al tierra o trabajar en el jardín por cuenta de la administración. Muchos de ellos saludaban sonrientes a Doutreval. Éste abordó a un hombre menudo, de rostro infantil.

—Mire, Vallorge, aquí tiene usted a Nénesse, el visionario. ¡Hola, Nénesse! ¿Y tus voces?

El hombre levantó el dedo:

—¡Hablan! ¡Hablan!

—¿Y tu serpiente?

Nénesse señaló su estómago.

—Continúa estando aquí. Tengo también arañas que me atraviesan la cabeza de una oreja a otra…

—¡Ah!

—Sí. Pero ahora me las como. Es mejor.

—¡Mucho mejor! —asintió Doutreval.

Luego Nénesse habló del cordón de Adán y Eva, de la revolución y del cielo. Explicó que por el momento toda su persona iba encogiéndose y quiso exhibir el miembro viril.

—No vale la pena —dijo Doutreval—. ¿Y tu mujer?

—¡Ah, es vedad! He recibido una carta.

Y diciendo esto sacó un pringoso papel. Doutreval procedió a su lectura en voz alta:

«Mi querido esposo:

»Tu última carta nos ha hecho sufrir mucho, pero no hemos comprendido todo lo que nos dices. Nosotros vamos tirando. Nuestro hijo León comenzará pronto a trabajar y así todo irá mejor. Esperamos que sigas mejorando y que este invierno estés ya entre nosotros…»

El desgraciado les miraba sonriente.

—Sífilis —dijo Doutreval alejándose con Vallorge—. Dentro de un año llegará a la chochez total. Y éste también, este condecorado que se acerca a nosotros.

Un anciano, correctamente vestido, con una cinta en el ojal de la americana, salió a su encuentro.

—¡Señor doctor!

—¿Qué tal se encuentra usted? —dijo Doutreval.

—¡Muy bien! No comprendo por qué me retienen aquí contra mi voluntad.

—¿Por qué se niega usted a comer?

—Esto es asunto mío. Y, además, me han hecho ustedes ingerir no sé qué inmundicia… Aún me dan náuseas.

Doutreval rió. Y explicó a Vallorge:

—Treinta gramos de aceite de ricino. Cuando hacen la huelga de hambre les paso esto por las narices; es una cosa inofensiva y les quita las ganas de reincidir.

—Y todavía sin noticias de mi hija —prosiguió el hombre.

—Yo sí las he tenido. Me ha escrito.

—No me he enterado de nada. Y en todo caso una cosa es segura que no volveré a verla.

Doutreval dejó al hombre y prosiguió su camino acompañado de Vallorge.

—¿Tiene una hija? —preguntó este último.

—Sí, casada. No ha podido vivir con ella porque a veces tiene malos instintos.

—¿Volverá a verla algún día?

—Tal vez. Cuando ya sea un memo y no exista ningún peligro. P ero él no o sabrá. Y, además, ¿lo querría ella todavía? Un anciano que hace sus necesidades en la cama, que babea, que… En general, los hijos no se ilusionan por ello. Aquí, amigo, no se puede creer en muchas cosas. Es el reino de la desesperanza.

—¿Cuántos enfermos hay aquí?

—Tres mil. Y el número aumenta constantemente. El asilo resulta demasiado pequeño. Todos los asilos de Francia son demasiado pequeños. Es inútil que le muestre a usted estadísticas. Nada sacaría con ello. Pero piense usted que si el número de locos continuase aumentando como hasta ahora, antes de dos siglos no habría en nuestro país más que dementes. ¿Por qué esta decadencia racial? Sencillamente, a causa del alcohol y de la sífilis, teniendo en cuenta que el primero es a menudo la causa indirecta de la segunda. ¡quinientos mil establecimientos de bebidas en Francia! En los países vecinos al nuestro se bebe de tres a cuatro litros de alcohol por año. El francés bebe quince. Nosotros, los alienistas, damos aquí nuestras fuerzas y a veces nuestra vida… Y entretanto, el Parlamento acaba de autorizar la apertura de veinte mil nuevas tascas. ¡Cómo no! El tabernero es el gran elector… Francia es una «tascocracia»

Vallorge y Doutreval se despidieron mutuamente encantados. El primero fue invitado a cenar en casa de Doutreval la semana siguiente.

Doutreval ordenó algunos apuntes, señaló a sus internos y ayudantes el trabajo para el día siguiente y reanudó en coche el viaje a Angers. Dejó el automóvil detrás de la plaza de Armas y se encaminó hacia las oficinas de El proceso social, el gran diario regional del que era secretaria de redacción su amiga Jeanne Chavot. Esbelto, de alta estatura, con su traje gris, Doutreval, a pesar de una casi imperceptible cojera, era supremamente elegante, de una elegancia un poco rebuscada de hombre atildado.

Doutreval, que se casó joven, era viudo desde hacía quince años. A causa de sus hijos no quiso contraer nuevo matrimonio. Escéptico, persuadido en el fondo de sí mismo de la vacuidad de todas las cosas, al mismo tiempo que de la necesidad de ocultar al vulgo esta filosofía pesimista, era uno de esos hombres honrados para quienes su propia honradez constituye un absurdo y que pasan la vida en una relativa rectitud que se les antoja una debilidad. Doutreval soñaba con ahogar su propia conciencia, pero nunca lo logró completamente.

Desde su juventud fue la esperanza de sus profesores, el ejemplar que se lleva a un certamen. Premio de ciencias en el Concurso General, interno laureado de los hospitales de París y jefe de un servicio de Saint-Louis, publicó una tesis sobre la malarioterapia que causó gran sensación. Preparó la clínica y la agregación. Fue en aquel momento cuando chocó con el hijo de su «patrón» Lechéense. Este tenía interés en situar a su propio hijo antes que a Doutreval por lo que le ofreció una misión científica en Alemania. Lechéense hacía lo que quería en los ministerios. Así fue como Doutreval, casado desde hacía poco y padre ya de dos hijos, Mariette y Michel, partió para Alemania donde conoció a algunos químicos que más tarde le prestaron gran ayuda en sus investigaciones.

A su regreso, el hijo de Lechéense era ya sustituto de un profesor, y como el puesto estaba libre, Lechéense hizo agregar a Doutreval dos años después. En aquel momento Doutreval dio comienzo a sus investigaciones, aún confusas, sobre la convulsoterapia.

La guerra interrumpió sus trabajos. No experimentó el menor desaliento. Su mujer murió al dar a luz a su tercer hijo, la pequeña Fabienne. El conflicto mitigó la pena de Doutreval. Se le destinó a un cuerpo de Sanidad de primera línea, recibió en la rodilla un casco de granada que le produjo una ligera cojera, y acabó la guerra como médico militar en el Val-De-Grâce. Una vez terminada la contienda

obtuvo en Angers, su ciudad natal, la cátedra de neurología y reanudó sus investigaciones. En la actualidad estimaba haber alcanzado sus objetivos.

Doutreval contaba casar a su hija mayor, Mariette, dentro de dos o tres años. Mariette rea una buena muchacha. Maternal, animosa, realista, alegre. Un poco tontuela y alejada de la Ciencia… Pero fiel y cariñosa como un buen perro. Michel iría más lejos. Quizá demasiado bullicioso, demasiado ardoroso en el goce. Pero la juventud hay que pasarla. Más adelante, esta fuerza joven y vigorosa, brutal, práctica, materialista y escéptica, desligada de las viejas coacciones morales, viviría sin duda una existencia pletórica y dorada que Doutreval había soñado para sí sin atreverse a acometerla. ¡Qué fuerza saber lo que es la farsa de la moral y conocer de joven que todo el arte estriba en salvar las apariencias! Esa fuerza, incapaz de adquirirla suficientemente para sí, trataba Doutreval, de una manera dulce y discreta, con palabras encubiertas, de insuflarla a su hijo. Tenía a veces la impresión de que, sin decírselo, Michel le había comprendido. Y ante los excesos del muchacho, que Doutreval reprobaba públicamente, sentía en su corazón un sordo contentamiento. Algunas crueldades de Michel, algunas manifestaciones cínicas con respecto a la mujer, a la vida y a la moral en uso, de las que él mismo no se hubiera sentido nunca capaz, despertaban su admiración. Y decía para sí:

—¡Éste llegará más lejos que yo!

De las hijas, Fabienne, la más joven, era la alegría de Doutreval. Excelentemente dotada y orgullosa, Doutreval veía en ella su propia imagen. Le gustaba tenerla a su lado y, a pesar de su juventud, la asociaba a su trabajo. La consideraba ya como una colaboradora, como el sostén de su edad madura…… Más que en sus otros dos hijos, Doutreval, se reconocía en su pequeña Fabienne.

El edificio de *El progreso social* estaba situado en la esquina de la plaza de Armas. En el oscuro atardecer discurrían por el frontón del edificio letras luminosas imprimiendo una especie de periódico telegráfico que la muchedumbre deletreaba al pasar:

«Mañana por la mañana será botado en nantes el contratorpedero «Duguay-Trouin». —Señora, también usted adoptará la silueta Kruschen. —M. Olivier Guerran, diputado por Angers y ministro de Agricultura, ha recibido a una delegación de viticultores de nuestra región…».

Doutreval entró en el vestíbulo del inmenso edificio, se abrió paso por entre los desocupados que leían las hojas recién fijadas en las paredes, subió hasta el segundo piso por una escalera de escape, llamó a una puerta que ostentaba la inscripción «Secretaría» y entró.

Jeanne Chavot, sola en un rincón de la espaciosa estancia, llena de libros y archivos, se hallaba atareada pegando en grandes hojas de papel blanco fragmentos de artículos señalados con lápiz rojo. Levantó la cabeza. La luz de los globos eléctricos iluminó su rostro fatigado.

—¿Eres tú? ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna —respondió Doutreval, retirando un montón de papeles de una butaca y sentándose luego.

Jeanne Chavot tenía treinta y nueve años y hacía cinco que e conocían. Después de algunas aventuras sentimentales bastante penosas en las que estuvo a punto de perder su libertad, Jean Doutreval se consideró dichoso al encontrar en su camino aquella mujer. De ninguna manera quería, contrayendo nuevo matrimonio, imponer una madrastra a sus hijos. Por otra parte, Jeanne Chavot, viuda también y sin hijos, apreciaba demasiado su propia independencia para perderla voluntariamente. Y, además, le hubiera costado mucho renunciar al interesante e importante puesto directivo que ocupaba en el periódico.

Hablaron largo rato. Jeanne Chavot acababa de recibir la visita de un renombrado médico parisiense que le ofrecía cincuenta mil francos para que se publicara un artículo sobre su método de rejuvenecimiento a base del suero de toro. Ello les indujo a hablar de los trabajos de Doutreval, de la publicidad médica y de ciertos importantes diarios parisienses cuyas acciones están en manos de consorcios farmacéuticos que emponzoñan con sus embustes la mente de las gentes. Luego, como de costumbre, Doutreval, se entregó a sus investigaciones personales a las seis le entraron una comida

ligera compuesta de té, carne fría y tostadas con mantequilla que ambos se repartieron. Luego Doutreval, se levantó, dispuesto a marcharse.

—¿Irás a casa esta noche?

—No —dijo Doutreval—. Tengo trabajo.

Y diciendo esto la besó en la frente. Jeanne lo acompañó hasta el descansillo y volvió a su despacho. Doutreval, a pesar de su rodilla fracturada y el cascote de granada que había quedado alojado debajo de la rótula, bajó la escalera con paso diligente. Era esto, sobre todo, lo que iba a buscar al lado de Jeanne: una oyente, alguien a quien hacer partícipe de sus sueños y quimeras.

Para ir a su casa pasó por el laboratorio que daba a una callejuela y al que un vasto jardín separaba de la casa. El laboratorio estaba profusamente iluminado. Groix y Regnoult, de vuelta del asilo, trabajaban preparando algunos *Wassermann*. Doutreval salió del laboratorio, y, después de atravesar el oscuro jardín débilmente iluminado por una luz blanquecina procedente de la cocina, entró en al despensa donde encontró a su hija mayor, Mariette, sentada en una silla y sujetando a un gallo entre las rodillas.

—¿Qué estas haciendo aquí?

Mariette levantó hacia su padre su rostro rosado y lozano, enmarcado de rebeldes bucles rubios. Enjugóse la frente.

—Estoy curando a *Titi*. Tiene un pedazo de cristal en la pata.

Titi, los perros, las gallinas y los palomos eran los grandes amigos de Mariette.

—Apostaría cualquier cosa a que nos has hecho una tarta.

La muchacha miró sus brazos desnudos, redondos y bronceados, donde partículas de pasta habían quedado prendidas, cual una costra blanca encima del vello ligero y dorado. Mariette llevaba la casa y fiscalizaba cuanto se hacía en la cocina.

—Pues sí, tartas de manzana para esta noche. S e están haciendo. La cocinera las está vigilando.

—¡Estupendo! —exclamó Doutreval.

—¡Eres un glotón! Por algo Michel se parece a ti, ¡*Titi*! ¡*Titi*! ¿Has acabado de patalear? ¡Ayúdame papá!

Mariette se esforzaba en sujetar al despavorido animal, que aleteaba y le arañaba el rostro. Doutreval agarró firmemente a *Titi* y tendió la pata herida a Mariette. Ésta, inclinándose sobre el animal, examinaba el minúsculo corte. Con los cabellos cosquilleaba el rostro de su padre, que respiraba el ligero olor a sudor de Mariette mezclado con el suave perfume de tomillo del que le gustaba esparcir algunas briznas entre su ropa interior.

—¡Ya hemos terminado! ¡Gracias, papá! Vamos, *Titi*, ahora ya puedes cantar.

Cogió al animal por las patas y los subió sobre sus hombros. *Titi* tenía fijos los ojos en los blancos dientes de Mariette, y sintiéndose tentado, trataba de picotearlos. Mariette reía a carcajadas. Doutreval contemplaba a su hija, robusta, lozana, fuerte, con los finos cabellos rubios cuya raíz aparecía mojada de gotitas de sudor, su tez fresca y juvenil, sus dientes blancos y su hermosa y pura sonrisa. Con la rústica y sencilla fragancia del tomillo, Mariette exhalaba algo así como un perfume sabroso, fresco, algo que hacia pensar en la naturaleza y en el aire puro de los campos. Viejos recuerdos del catecismo y de la Biblia acudieron a la mente de Doutreval.

«… Y sus hijos serán en la casa como jóvenes esquejes de olivo…»

Evidentemente, un joven esqueje de olivo. No era una letrada; ni una letrada ni una sabia. Totalmente distinta de Fabienne o de Michel. Nada en ella complicado o raro. Un esqueje joven, sólido, rústico y erguido, firmemente plantado. Una extraña emoción embargó el corazón de Doutreval.

—Apártate, *Titi* —dijo.

Doutreval besó a su hija. *Titi* aleteó y lanzó unos cacareos miedosos. Mariette volvió a cuidar de sus tartas, y Doutreval se marchó al laboratorio a reunirse con Groix y Regnoult.

CAPÍTULO X

El sábado de la siguiente semana, por la tarde, Michel se marchó a pie al sanatorio. Al llegar al Pabellón dio los buenos días a Madeleine Daele, rendida y medio enferma de trabajo y de pena. Hacía seis días que no había visto a Seteuil, que se hacía rogar y la amenazaba con abandonarla por no haber pagado una factura del garaje. Le aterraba verse abandonada, «plantada», que Seteuil se estableciera de médico en otra parte y la dejara con la reputación manchada y el corazón destrozado. Madeleine le amaba como saben las mujeres amar a su primer amor. Y a medida que pasaban los meses y se aproximaba la fecha en que Seteuil, habiendo aprobado su tesis, saldría de Angers para establecerse en otra ciudad, la angustia de Madeleine Daele iba en aumento. Seteuil había dejado ya de pronunciar la palabra matrimonio.

Michel la tranquilizó como pudo. Luego subió al segundo piso en busca del cuarto 17, donde se hallaba hospitalizada Evelyne Goyens. Llamó a la puerta y entró.

La vio primero de espaldas. Pero al oír el ruido, la enferma volvió la cabeza. A la primera ojeada, Michel la encontró cambiada. Más optimista, más animosa. Estaba sentada en la cama, embutida en el tosco uniforme, a cuadros azul marino y gris del hospital. Sólo un sencillo cuello de tela blanca iluminaba la tristeza de aquella ropa oscura. En el escote del vestido llevaba sujeto un ramillete de lana encarnada, azul y amarilla, seis briznas de lana en forma de pétalos enlazados que suelen confeccionar, para venderlos, los enfermos de los sanatorios. Su pálida tez se coloreó imperceptiblemente la espera de aquélla visita la animaba y abrillantaba sus grandes ojos negros temerosos, como de bestia acosada, que tanto sorprendían a Michel. Careciendo de agujas y de gorro de dormir, la muchacha llevaba recogida en una enorme masa, muy alto, encima de la cabeza, la tupida y luminosa mata de sus cabellos rubios, con un peinado anticuado y gracioso como era moda cuarenta años atrás. Al frondosa cabellera, desbordante y fastuosa, menguaba aún más, por contraste, su afilado y diáfano rostro en el que brillaban como ascuas dos grandes ojos, acentuando al mismo tiempo la amarillenta delgadez del cuello, largo y grácil, y de la alta y blanca nuca, una nuca de adolescente sombreada por un vello dorado. Con su blancura y su gracia quebradiza y como temblorosa, evocaba un no sé qué de inmaterial, huidizo y melancólico, algo así como el anuncio de una próxima destrucción.

Sonrió un poco torpemente a Michel, tapándose la boca con la mano porque se avergonzaba de un diente roto. Y este pudor acentuaba aún más la timidez y la tristeza de su expresión.

Y sin embargo, se adivinaba en ella una secreta emoción de felicidad.

—Adiviné que era usted —dijo.

—¿Lo sabía?

—Reconocí su voz, abajo, en la galería…

Evelyne volvió a sonreír y se posó las manos en las mejillas.

—¡Figúrese, usted! ¡Una «visita»! ¡Tengo «visitas», como todo el mundo… Toda la noche decía para mí: «Espero visita. Quizá tenga visita…» antes, en cambio, esos días eran aún más tistes para mí…

—¿Es un acontecimiento tan importante, una visita de un cuarto de hora?

—Cuando una está sola desde hace meses, ya puede usted suponer…

—¿No tiene usted ninguna amiga?

—Al principio, venían algunas, mientras pude bajar al refectorio. Pero cuando tuve que meterme en cama sin poder moverme, tuvieron miedo… Y además son «bacilar». También esto da miedo… Una

teme siempre estar más enferma de lo que está en realidad. Aquí, cada cual vive para sí. Y esto es muy comprensible. ¿no lo cree usted así? Una viene aquí para curarse y quiere curarse…El primer mes iba todos los domingos a misa. Ahora, ya no puedo ir…

—En adelante ya estará usted menos sola —dijo Michel—. Recibe usted visitas, tiene amigos… Incluso ha querido hermosearse.

Evelyne tocó con el dedo su cuellecito blanco y se ruborizó.

—Me lo han prestado… Simone, una nueva vecina… También está sola porque dicen que es una muchacha de mala conducta. Todo el mundo se aparta de ella… y por eso sólo me tiene a mí. Es muy buena y nada tengo que reprocharle. Me ha prometido que el próximo domingo vendrá aquí a jugar a las damas conmigo. Las otras se pasean. Como yo no puedo moverme de la cama y ella está sola, nos arreglaremos las dos… ¡Oh, señor Doutreval! Eso es demasiado.

Michel, vuelto de espaldas, sacaba de su cartera unos paquetes que depositaba sobre la mesa. Un racimo de uvas negras, chocolate, media libra de café molido y un paquete de azúcar. Tenía calor. Bien el chocolate y las uvas, ¡pero el café! Media libra estaba cinco francos y medio. La señorita Daele le había prohibido tomarlo. Porque al parecer se echaba a perder. Michel se sentía grotesco.

—¿Puedo meter esto en el armario? —dijo vuelto todavía de espaldas.

—No, no… es inútil.

Pero Michel había ya abierto la pequeña alacena. Delante de los tres estantes vacíos en los que se enranciaba una rodaja de mantequilla puesta en un plato, comprendió la razón de aquella negativa. Y oyó detrás de él excusarse a la muchacha

—Esta semana no he tenido a nadie para hacerme los recados… Por eso no hay aquí gran cosa… por lo general tengo muchas cosas muchas más.

—Por supuesto —dijo Michel—. Por supuesto…

—Por mí no debe usted privarse de nada —agregó la muchacha.

Michel se acercó a ella.

—¿No está usted contenta?

—¡Oh, sí!

—Unas uvas o chocolate de cuando en cuando…

—Sobre todo el café —dijo Evelyne, olvidándose de su reciente mentira—. ¡Hacía tanto tiempo que lo echaba de menos! Justamente una vecina me ha mandado mantequilla…

—Está rancia.

—Sí. Por eso no he podido aprovecharla. Pero estos días me levanto un poco y podría hacerme el café yo misma. Al principio la joven sirvienta polaca me hacía café a mediodía. Mojaba el él mi pan… Mas la sirvienta se marchó. La nueva era demasiado escrupulosa, y, como además yo no tenía dinero para darle, dejó de cortarme el pan y hacerme la cama. El café de la mañana lo dejaba en la repisa de la ventana, y tenía que levantarme para tomarlo. Por la mañana bebía la mitad, y el resto me lo tomaba frío al mediodía con pan… En los últimos tiempos he perdido mucho. No comía ni dormía. Por las mañana hay demasiada luz y la claridad del día me despertaba. Ni siquiera tenemos derecho a tener visillos.

—¿Y ahora?

—Ya no está aquí. Se cayó de un tranvía una noche que regresaba bebida. La echaron a la calle. La sustituta, aunque también se emborracha, es cariñosa. Y además, está Simone. Me mulle la almohada y me ayuda a levantarme… No sólo no le repugna, sino que le gusta hacerlo.

—¡Buena muchacha! —dijo Michel.

Invadióle un sentimiento de indignación y al mismo tiempo de emoción y gratitud. Y casi a pesar suyo profirió una exclamación en la que se encerraba todo su afán de justicia:

—¡Simone recibirá su recompensa!

Pronunció estas palabra se una manera tan espontánea, casi con tanta ingenuidad, que se sorprendió a sí mismo.

—Sí —asintió Evelyne con gravedad.

Siguiendo las explicaciones de la enferma quiso hace él mismo el café. Llenó una taza con agua caliente del grifo del lavabo y depositó café molido en un pedazo de ropa vieja que anudó después e introdujo en el agua. Evelyne reía. Pero se sintió turbada, sin razón aparente, cuando tuvo que tomar el café en presencia de Michel, quien consiguió también que mojara en el líquido una rebanada de pan con mantequilla. Evelyne comía con visible embarazo. Y como se avergonzaba de su diente roto se tapaba la boca ladeando un poco el rostro, lo que acentuaba la timidez de su expresión.

Al marcharse, Michel le pidió el relojito de acero negro estropeado.

Evelyne le preguntó qué quería hacer con él. Michel se lo explicó.

—Voy a hacer que lo arreglen. ¿No le gustaría?

Evelyne se sonrojó de emoción y alegría. Y no se sintió con ánimos para formular una negativa.

Al regresar a la ciudad y pasar cerca del cementerio, detrás de una gran cruz de madera, Michel vio al abate Vincent embutido en una ropa blanca que trataba de quitarse por la cabeza. Sorprendido, fijó más su atención y se dio cuenta de lo que ocurría. El abate Vincent acababa de acompañar un fúnebre convoy a la fosa común y se despojaba de su sobrepelliz para regresar a la ciudad vestido con la sotana negra. Contento de contar con un compañero de camino, Michel avanzó por entre las tumbas y alcanzó al sacerdote frente a al modesta sepultura donde el abate había ido a rezar una breve plegaria.

Cuando el abate terminó su oración, hizo la señal de la cruz, enrolló el alba y la metió en la cartera con el hisopo. Era un hombre regordete, de aspecto bonachón y prosaico. Mostró a Michel la piedra funeraria.

—Una joven enferma. Dieciséis años… Una muchacha del hospital. Una santita, se lo aseguro.

Regresaron juntos a la ciudad. Dos o tres veces por semana el abate Vicent tenía entierros de hospital, y, con frecuencia solo, acompañaba a una hilera de seis o siete féretros de indigentes.

—¡Son todos unos desgraciados! —exclamó el abate Vincent—. ¡Vaya parroquia la mía!

—¿Y consigue usted ago de esta gente?

—No —dijo simplemente el limosnero—. Alivio su miseria, procuro distraerles, les doy sesiones de cine con mi «Pathé-Baby» y les llevo tabaco y manzanas. Esto es todo. Están en una situación en que ni siquiera son responsables ni libres. Sólo les queda el miedo a morir, la esperanza confusa de que un poder desconocido podría tal vez aliviar su mal. Y nada más. Ni siquiera alienta en ellos un sentimiento de moralidad. Cuando se confiesan conmigo me dicen: «No tengo gran cosa que decirle. No he hecho nada malo…»

Sin embargo, las confesiones en el hospital son atroces. Los enfermos pierden toda noción del juicio. Cuando padecen, juran y blasfeman y todos profieren la misma exclamación: «¿Pero qué he hecho yo, Dios mío?».

—¿Y sigue usted yendo al hospital?

—No lo hago por ellos ni por mí. Habla usted como la sirviente de casa.

—¿Su sirvienta?

—Sí. Casi todas las mañanas me dice: «Se está usted matando por ellos, señor abate. Hace usted mal. No son más que un atajo de crápulas», Quizá tenga razón. Pero, ¿qué quiere usted? NI siquiera han recibido la educación más elemental… Sólo tienen la obsesión del pan… No ven las cosas como nosotros. Hacer sobre el pan la señal de la cruz representa para ellos un gran acto religioso. Esto les basta. Y quizá también le baste a Dios… Para las cortesanas, acostarse con un hombre no es pecar, sino trabajar. En el dispensario o en al visita de los martes y los viernes, cuando vienen a examinarse para ver si han atrapado la sífilis, les oigo decir:

»—¿Cómo va el trabajo?

»— Estamos en paro forzoso…

»—No rinde, no…

»—El paro va agudizándose y los clientes son cada día más escasos.

»Fraseología obrera, señor Doutreval. Muchas de esas desgraciadas conservan aún la costumbre de rezar el Padre nuestro antes de iniciar el acto… Pus, como le digo, ellas lo consideran un trabajo.

Al principio me indignaba y me apenaba. Pero ahora he comprendido. En el fondo, esto es consolador porque prueba que en su corazón han dejado de pecar… Santifican esa abominación como santificarían un trabajo…

»Y si en el hospital de «L'Egalité» hay mujeres que mueren en olor de santidad, el setenta por ciento, cuando menos, son cortesanas, prostitutas…

»¡Qué admirable es el hombre! ¡Ah, si todos supiéramos tener fe en el hombre, creer siempre y a pesar de todo en el hombre! Pensemos un poco en todo el bien que se ha derramado en dos mil años sobre la tierra, y que no hubiera sido posible si Cristo no hubiese tenido fe en el hombre. No podemos nosotros juzgar a esos desgraciados. Sólo Dios puede hacerlo. Por mi parte, cuando después de confesarlos les doy la absolución, les digo: «Te perdono tus pecados en la medida en que has pecado y te reconoces culpable…»

—En suma, señor abate —dijo Michel—, que cree usted aún que el hombre es susceptible de perfección.

—Sí —dijo el abate.

—¿A pesar del espectáculo que presencia usted todos los días? ¿A pesar de la vida?

—Sí —repitió el abate—, si no lo creyera, sólo horror me inspirarían mis semejantes.

—Mientras que ahora…

—Mientras que ahora les amo como si se tratara de una conquista hacedora.

Michel movió la cabeza.

—No podría seguirle, señor abate. No creo que el hombre pueda perfeccionarse. Desde el bruto prehistórico no creo que haya cambiado nada de nosotros.

De pronto, la voz del abate Vincent se hizo grave.

—Señor Doutreval, si ha dejado usted de creer en el proceso de la perfectibilidad humana, despídase al mismo tiempo de la vida. Nada puede existir entonces sobre la tierra. Sólo luchar, matar y gozar antes de que le maten a uno. Sería el fin de la humanidad, de la conciencia, del deber, de la moral y de la civilización. Si el hombre no cree que puede salvar a sus hermanos está perdido. Morir o salvar.

—Morir o salvar… —repitió Michel.

—Sí. Son palabras de Giovanni Papini. Las palabras rectoras de la vida, señor Doutreval. Ya comprenderá algún día.

Llegaron a la ciudad. Al pasar frente a un establecimiento fotográfico el abate Vincent se detuvo, se excusó y entró en la tienda. Adeudaba en aquel establecimiento una crecida cantidad, las letras de su «Pathé-Baby» que no conseguía acabar de pagar. Pero no ignoraba que la proyección de las cintas, por las tardes, en la sala del hospital, constituía el goce principal de los enfermos. Por ello, y a pesar de la fatiga que representaba para él aquella carga cotidiana, y de la hosca acogida de las hermanas a quienes molestaba con su material en su horario de servicio, no se decidía a privar a los enfermos de aquella distracción. Permaneció algunos instantes en el establecimiento charlando con su acreedor. Al salir reanudó con Michel el camino hacia «L'Egalité».

—De todos modos, la estancia en el hospital, les hace a todos mucho bien —dijo el abate Vincent—. Reflexionan. Esto es una cosa trascendental. Por una vez disponen de tiempo para reflexionar. ¿Se ha dado cuenta usted, señor Doutreval, que en los tiempos actuales nadie reflexiona? Al menos allí meditan. A veces me es dado observar el resultado. Hay quienes solicitan confesarse en vísperas de una intervención… Y falsos matrimonios legalizan su situación…

Y diciendo esto sacó del bolsillo interior de la sotana un pequeño cuaderno de apuntes.

—Aquí está mi contabilidad. Este año he celebrado en el hospital doce bautizos y doce comuniones. Gente adulta, por supuesto. ¡Y cuatro matrimonios! En el hospital, claro está. Y esto sin contar el último caso: una mujer que había de salir dos días después y que me dice:

»—Oiga, padre, vivo con un hombre desde hace seis años, y quisiera casarme…

»—¿Por qué ha tardado usted tanto?

»—Porque él no ha hecho la comunión; y no quiere hacerla. Y yo quisiera casarme por Iglesia… Me educaron en estas ideas, y, ¿qué quiere usted? Esto le queda a una…

Le expliqué lo que tenía que hacer y le dije:

»—Lo que tiene que hacer su marido es presentarse ante mi confesionario y negarse a confesar… —Bastó con que se presentara. Y nada puedo decir por ser secreto de confesión… Y al siguiente mes los casé…

—¡Qué curioso! —dijo Michael.

—Sí, es curioso. Iba al hospital para una cura. Ya sabe usted lo que esto significa, ¿verdad? En el hospital, todas las curas son consecuencia de aborto… Al principio, ¡estúpido de mí, no sabía de qué se trataba! Me tomaba interés y a todas las mujeres les preguntaba:

»—¿Qué le pasa a usted? ¿Qué enfermedad es la suya?

»Las mujeres se turbaban y se sonrojaban. Y yo también, porque comprendí lo que ocurría demasiado tarde. Pero ahora ya no pregunto nada.

Despidióse de Michel un centenar de metros antes de llegar a «L'Egalité», cerca del puesto de periódicos. De vez en cuando, con gran indignación de las hermanas, el abate Vincent compraba «Le Populaire» para un viejo socialista canceroso que no tenía en el mundo más goce que éste. Al volver al hospital dio un rodeo y se encaminó a la capilla a rezar un rosario, cosa de media hora, para tener la seguridad de que al llegar a casa ya la sirvienta estaría fuera.

El día antes había comprado un kilo de manzanas camuesas que ocultó en el aparador. El abate las descubrió y se apoderó de ellas para sus enfermos. Por esta razón, prefería no encontrarse con ella.

Michel dejó en casa de un relojero el relojito de Evelyne. Tres días después lo fue a buscar, ya reparado y limpiado, palpitando alegremente con su rápido tictac de bestezuela viva. Lo llevó consigo el resto de la semana. Y sin saber por qué sentíase feliz cuando, por azar se lo encontraba entre los dedos, en el bolsillo del chaleco.

CAPÍTULO XI

Michel Se convirtió en un familiar del sanatorio. Dos o tres veces por semana, cuando disponía de tiempo, iba a ver a Evelyne. Y pasaba a su lado las horas más dulces de su vida.

Beaujoin, alcalde adjunto de Mainebourg y administrador de los hospitales, se sentía orgulloso de su Sanatorio. Lo hacía visitar a cuantas personalidades llegaban a la ciudad. Subrayaba el modernismo cubista del formidable edificio, la nitidez de los linóleos encerados y las paredes estucadas, la comodidad de los ascensores y la suntuosidad de la sala de operaciones. El visitante pasaba, maravillado, de una habitación a otra, con la impresión de visitar un palacio, una morada apacible y feliz. Si hubiesen podido hablar, ¡con qué gritos, con qué desesperados llamamientos os miserables encerrados allí hubiesen reclamado su casa, su hogar, su casucha sórdida y familiar, su tabuco malsano y al mismo tiempo alegre que hubiera sido preciso mejorar, sanear, reconstruir! ¡No, la caridad oficial no debiera sustituirlos por sus cuarteles públicos!

Allí dentro las mujeres sufrían menos que los hombres. Cosían, hacían punto de media y confeccionaban marcos y muñecas de lana, agenciándose así algún dinero. Sus habitaciones eran también más limpias. Distraíanse en arreglarlas un poco y hasta en cocinar. Pero los hombres, con excepción de algunos, no se tomaban ningún interés por el aseo ni por la confección se salvamanteles o de esteras. Más egoístas, menos resignados y menos acostumbrados al sufrimiento, acusaban al universo entero y se quejaban de todo. Asistían a la decepcionante realización de lo que en las arengas electorales se los había presentado como un Edén, como la sociedad futura ideal: el colectivismo, la asistencia del Estado, el hospital y la casa de beneficencia para todos. Habían aplaudido largamente. Pero ahora se extrañaban de verse reglamentados, militarizados y tratados como unidades. Y adquirían el convencimiento de que en medicina, como en todas las demás cosas, nada puede equipararse al humilde hogar familiar.

En aquella ciudad del ocio, del silencio y del reposo perpetuo y obligatorio todo el mundo se sentía oprimido bajo el peso de un aburrimiento agobiador. De vez en vez, un viejo fonógrafo, obsequio de una dama caritativa, despellejaba un disco anticuado. Ni libros, ni revistas. Sólo algunos periódicos y algunas novelas por entregas circulaban por debajo de los cobertores. Los hospitalizados las leían por la noche, en la cama, a hurtadillas, escondiendo el libro debajo del embozo al paso de la señorita Daele. En los retretes se fumaba y se celebraban interminables sesiones colectivas. Vaciar el intestino era una de las mayores distracciones del día. Jugábase también a las cartas, no faltando dinero para ello. Parece que el hombre necesite a cualquier precio apasionarse por algo. No eran raras las diferencias de trescientos francos. Al paso de las enfermeras el dinero desaparecía. Por último, las carreras de caballos producían verdaderos estragos en todas las galerías de los hombres; pues también se jugaba a las carreras. Trigault, un cavernoso condenado sin remedio, hacía las veces de corredor de apuestas, rebasando el fondo en circulación en la cantidad de veinticinco mil francos. Por la mañana, cuando llegaba la Prensa, no hacía más que fastidiar a los enfermos absortos en la lectura de pronósticos y resultados. Y cuando la señorita Daele pasaba por entre las sillas extensibles sólo obtenía de ellos, en respuesta a sus preguntas, una palabra breve y gruñona:

—Poción…

—Purgante…

—Inyección…

Harto preocupados estaban por las hazañas de *Gladiator* o de *Cornichon IV*, hijo de *Rosalinda* y de *Siroco*, para interesarse por el estado de sus intestinos o de sus pulmones.

Las mujeres, sobre todo las jóvenes, preferían el juego de la correspondencia. Hacían insertar un anuncio en un semanario cualquiera, uno de esos semanarios que se sostienen gracias a las subvenciones de los fabricantes de productos de belleza, y que envenenan a la juventud femenina de Francia brindándoles el amor exclusivo del lápiz de los labios, la permanente, el cine y el *flirt*. En respuesta recibían diez, veinte o treinta cartas de candidatos enamorados. Sólo la elección ocupaba varios días. Unas temían las visitas y preferían el alejamiento. Otras, por el contrario, buscaban un galán que pudiera ser ocasión de visitas, pequeños regalos y hasta alguna salida. Una escapada de algunos días modificaba un poco las cosas. Y una regresa luego con una lesión más o menos agravada. También la misa era para algunas motivo de variación. Asistían al servicio divino unas veintenas de mujeres con sus cuellecito blanco y sus florecillas de lana. A falta de sombrero e tocaban con una boina de punto de media que ellas mismas se confeccionaban. Con este aditamento se mostraban coquetas. Y pasaban sonrientes ante los hombres echados en la cama o en la silla extensible que les guiñaban el ojo o las requebraban en voz alta. Uno se hubiera creído en la puerta de una fábrica cuando por la mañana entran las muchachas bajo las miradas de los hombres.

Sin embargo, detrás de todas aquellas mezquindades, les invadía secretamente a los más de los hospitalizados una profunda angustia, el pensamiento de la mujer, del marido, del hijo, del dinero, de la miseria que se cernía sobre los seres queridos y del hogar abandonado donde a no tardar habrían forzosamente de volver… Por eso, al cabo de algunos meses, cansados de esperar alguna curación que no se producía, alentaba en ellos una sorda rebelión contra los médicos, los enfermeros, contra todo el sanatorio, ese ambiente desacostumbrado al que achacaban que contribuyera a la agravación de las enfermedades. Y acababan por querer marcharse como fuese para vivir de nuevo su vida anterior:

—Después de todo, no estaba tan enfermo como pretendía la gente. Hace algunos meses todavía trabajaba. Es aquí donde he enfermado de veras.

En cauto se iniciaba una ligera mejoría, todo el mundo se creía ya curado y no escuchaba a nadie, ni a Ribières, ni a la señorita Daele ni a los internos.

—Esto va mejor. Sí, sí, tendré cuidado. No cansarse. Comprendo.

Se marchaban, reanudaban el trabajo y volvían a presentarse al cabo de seis meses para morir. Tan deprimente era la vida que se llevaba en el sanatorio que a no ser por la carga de una familia, en el noventa por ciento de los casos el enfermo se hubiese negado a curarse y a someterse a aquellos continuos suplicios. Pero por la mujer y sobre todo por los hijos, todos se cuidaban con obstinación y casi con rabia. Se aferraban a la vida y acababan por aceptar el rosario de suplicios, hasta el martirio quirúrgico rechazado al principio con horror: tras un régimen de engorde, reposo total, silencio, soledad, vida de cárcel celular. Luego las primeras intervenciones; lavado de los bronquios, insuflación de aire entre el pulmón y su cobertura para aplastar los alvéolos y dejarlos en reposo. Así, a todos cada quince días se les aplicaba el neumo, introduciéndoles el trocar entre las costillas. Pero no todo terminaba ahí, porque el pulmón se adhería con unas bridas a la pared costal. Era preciso cercenar esas heridas y hacerlas saltar mediante el electrocauterio. Como no se producía ninguna mejora, se ordenaba entonces una sobrealimentación. Pero el estómago se rebelaba, y, de resultas, sobrevenía una pérdida de peso. Entonces el médico empezaba a hablar discretamente de una *freni*. Poca cosa; se trataba solamente de cortar el nervio que gobierna el diafragma con objeto de que éste, liberado, ascienda y colapse al pulmón. Tras unos momentos de vacilación acababa por llevarse a la práctica. Inyección de alcohol en el nervio frénico para destruirlo. Algunos meses de tregua y nueva recaída. Sobrealimentación frenética, gastritis, ictericia. Entonces el «patrón» hablaba de una *plastia*. La toracoplastia consiste en cercenar un número determinado de costillas, suprimiendo en suma la caja

torácica en el sitio de las cavernas para que el pulmón se aplaste y las llagas vuelvan en cierto modo a cerrarse y a cicatrizar. El desgraciado se oponía a ello. Entonces intervenían los camaradas:

—A mí me toca dentro de ocho días.

—Pues yo acabo de pasarlo. Me han quitado metro y medio de chuletas.

—a mí, metro noventa y cinco.

—a mí, metro ochenta.

—No es nada.

Bromeaban, y mostraban fanfarroneando sus espaldas hundidas y su torso demolido, como una armazón abatida bajo los hachazos. Pero se resignaban y acababan por aceptarlo todo. ¿No había otros que habían pasado por aquello…? Toracoplastia. Al mismo tiempo, un último esfuerzo de insensata sobrealimentación y también recaída en el noventa por ciento de los casos. Y eso era el fin, el postrer hundimiento. Después, ya exhausto, uno se daba cuenta de que no había nada que hacer. No se comía, no se ingerían más drogas y uno acababa por abandonarse y esperar la muerte. Quince días antes del desenlace, el interno, con tono tranquilo, empezaba a hablar de la casa, de los chiquillos.

—¿Quince días de «permiso» le sentarán bien, ¿verdad? ¿Y si pasara usted una semana? Ya volverá después…

¿La dulzura de volver a encontrar la querida covacha familiar en la que se ha vivido y sufrido…? el moribundo no podía resistirlo. La ambulancia lo conducía a su casa. Y así su muerte no aumentaba la estadística de los fallecimientos ocurridos en el sanatorio.

Reinaba por doquier la locura de la sobrealimentación. En primer lugar, entre los médicos que prescribían, como suplemento a las comidas, carne de caballo cruda. Y más aún entre los enfermos. Cada cuarto era una cocina. Cada uno escondía debajo de la cama o en el armario un hornillo del alcohol, conservas, café, azúcar, aceite y vinagre. Se condimentaban latos y se hacían traer de fuera, por la veladora, bistecs, platos de sopa y litros de coñac. Tal mujer acostumbraba a emborracharse como un hombre, y con unas gotas de aguardiente se conseguía de ella cuanto se quería. Los visitantes y los amigos traían también a escondidas «el avituallamiento». Los días de visita, la señorita Daele registraba los paquetes de cuantos llegaban al sanatorio. Pero era en vano. Le pasaban por las narices cuando podía «reanimar» a los queridos enfermos; palomos en frío o litros de jugos de carne que ocultaban rápidamente bajo el embozo… A las seis de la mañana muchos de los cuartos olían a bistec frito. Por encima de las paredes del patio efectuábase un tráfico extraordinario de botellas de vino tinto que abnegados compañeros, tras llenarlas en la taberna más próxima, las introducían en el sanatorio mediante un ingenioso sistema de cordeles.

En muchos de los cuartos, había siete u ocho enfermos, que se excitaban mutuamente a la hora del yantar. Repartíanse cuanto les traían. Cuanto más comieran y mayor número de huevos de suplemento ingirieran, más pronto aumentarían de peso. Además de las pavorosas dosis de carne que proporcionaba la administración, se compraba piadillo de carne de caballo. Y como aquella alimentación inhumana producía náuseas, se disimulaba el repulsivo olor de la carne cruza sazonándola con azúcar y diseminando por encima una capa de confitura. De esta manera llegaban el sábado a la báscula, hinchados, jadeantes y obesos. Diez kilos en seis semanas. ¡Un triunfo! Luego una tremenda indigestión evaporaba los diez kilos. Recomenzábase y se doblaba la ración para ganar de nuevo el tiempo pedido. Más adelante sobrevenía la ictericia, lo que implicaba un retroceso de un mes. Volvíase a empezar, terca y rabiosamente. Esa cochambrosa maquinaria humana que se empeñaba en quedarse enteca, tendría forzosamente que dejarse engrasar. Intervenían entonces las drogas, que provocaban violentos dolores de estómago, inyecciones de cacodilato, aceite de hígado de bacalao que era imposible ingerir por la boca… Al cabo de tres semanas de este régimen sobrevenía una hemorragia o una pleuresía que «desinflaba» definitivamente al paciente. Nada funcionaba, y el estómago, los intestinos y el hígado se resistían a cualquier nuevo esfuerzo. La sobrealimentación había ya realizado su obra destructiva, y los enfermos se abandonaban al enflaquecimiento progresivo, negándose a

pesarse. Los médicos, perspicaces, guardaban silencio. Todo había terminado y era inútil cualquier nuevo intento. Producíase un lento decaimiento al término del cual solía sobrevenir la muerte. Luego afluían nuevos pacientes, y, sin ver ni comprender nada, recomenzaban ciegamente la misma lucha y el mismo esfuerzo que había de conducirles al cabo de seis meses o de cinco años al mismo fin. Había fotografías colectivas, viejas de tres o cuatro años. Los que llevaban mucho tiempo en el sanatorio se las mostraban unos a otros, y recordaban a los muertos. ¡Qué tragedia en sólo tres años! Decíase: «¡De todos modos…!» Sin pensar que semejante destino acechaba a buen número de los vivos. Y ni os enfermos ni sobre todo la mayor parte de los médicos, veían la verdad ni discernían en aquella hecatombe el devastador papel de la sobrealimentación. A este respecto el deber del escritor sería guardar silencio y respetar, como el médico, la feliz inconsciencia de los que sufren, si no existiera con otros métodos un remedio, una luz orientadora, una posibilidad de salvación. La lucha por la verdad es el más alto sentimiento de compasión.

Por otra parte, la idea de la muerte apenas obsesionaba a aquellos miserables. La apartaban de sí o la tomaban a chanza. Pero, con todo, permanecía en el fondo del subconsciente, alentando a aquellos moribundos con un supremo frenesí de goce, sobreexcitados por una alimentación incendiaria, el pavoroso horror al vacío y la promiscuidad que reinaba en los cuartos.

Cuando llegaba una mujer pública, una muchacha con «carnet», se la hospitalizaba aparte, aislándola en un cuarto para que no contaminara moralmente a las demás. Pero se permitía que rapazuelas de catorce años cohabitaran con las mujeres casadas que se divertían en corromperlas explicándoles cómo gozaban con su marido, qué tenían que hacer para no tener hijos o haciéndolos «efectuar la visita». Luego, por la noche, se reunían con sus compañeras en la cama.

—Ocho días aquí y se despabila una —decían.

—Aquí se aprende lo que es la «vida» —exclamaban otras.

¡Como si aquello fuera vida!

Entre los hombres circulaban mugrientos periódicos que compraban en común mediante cotizaciones semanales. La señorita Daele sorprendía a veces a dos enfermos refugiados en el retrete. De cuando en cuando uno de ellos, no pudiendo resistir más, saltaba por encima de la tapia y se marchaba. Una vecina de Evelyne, una «plastia» —le habían cercenado siete costillas—, se fue de parranda ocho días y regresó con la llaga abierta. No volvió a cerrarse nunca más. Al parecer, tenía el pulmón lleno de pus. Y murió. A consecuencia de una fuga semejante otra volvió encinta y también falleció. Otra que conoció a un pretendiente mediante lo anuncios de la Prensa, huyó del sanatorio y tres días después fue encontrada en una carretera, abandonada y medio helada. También ésta falleció. Subsistía la fiebre de gozar furiosamente de la vida que se les escapaba. No existía ninguna moral, ninguna fe, nada a qué aferrarse. Cuando el abate Vincent iba al sanatorio, apenas se atrevía a hablar y sólo preguntaba:

—¿Cómo va esa salud? Y de moral ¿cómo andamos?

No se podía hablar de otra cosa, pues todo el mundo se negaba terminantemente a ello.

Sobre todo, ni por asomo se hablaba de la muerte. Ahuyentábase esta idea el mayor tiempo posible y uno se mentía a sí mismo.

Simplemente se vivía. Sin embargo, a la hora postrera no faltaban quienes, sobrecogidos de miedo, invadidos de repente por un terror inaudito, se resistían a morir se debatían, blasfemaban y vociferaban el horror que sentían al tener que desaparecer. Se les oía en los cuartos contiguos. Los demás enfermos les escuchaban paralizados de terror. Por esta razón la administración mantenía en sus funciones a la anciana veladora, a sabiendas de que se emborrachaba todas las noches. Sólo ella, quizá gracias al alcohol se conformaba en permanecer hasta el fin al lado de aquellos moribundos que rugían horriblemente. Miseria de una humanidad sin ideal de esperanza y de luz; que sólo cuanta con la vida terrenal y que comprende súbitamente que hasta esta vida le será arrancada.

Vecina de Evelyne era Clara, la histérica. Tenía atemorizado a todo el mundo. A veces, las sola presencia de un hombre la sobresaltaba. Se revolcaba por el suelo, se arremangaba las faldas, mordía, blasfemaba, vociferaba palabras obscenas, hacía sus necesidades y luego se quedaban en un estado de completa rigidez. Sus compañeras habían de levantarla, desnudarla y cambiarla de ropa. Aparte de estas crisis era una muchacha buena y servicial. Más allá estaba hospitalizada una anciana que tenía un cáncer en el recto. Efectuaba sus deyecciones sin darse cuenta, por lo que en la mesa o en el refectorio se esparcía de pronto un hedor insoportable. Naturalmente, todo el mundo se marchaba y ya nadie tenía ganas de comer. Otra se meaba mientras dormía en el banco y escupía sin el menor reparo largos gargajos viscosos en su «pote de confitura», una escupidera de cristal azulado medio llena. Venía luego la oronda Julia, cuyos audaces besuqueos con su novio los domingos a la hora de la visita en los jardines, constituían la gran distracción de los otros enfermos. Se les veía de lejos, en un banco solitario, casi sentados uno encima del otro. En el cuarto contiguo al de Julia, Madeleine Rieux recibía una vez por semana en su habitación a su marido, un crápula inquietante. Y sus amores o sus querellas domésticas resonaban por todos los ámbitos del hospital.

María, otra vecina, tenía veinte años. Su padre iba a verla todos los domingos. La quería mucho y la asistió hasta el fin, lo que no todos hacen. Pero se había vuelto a casar, y la madrastra no se personaba nunca en el sanatorio a causa de antiguas disputas familiares. María murió un sábado por la tarde, en plena lucidez. Su padre estaba presente, pero no su madrastra; porque cierta gente no olvida una disputa ni siquiera en presencia de la muerte. En el cuarto de encima estaba su compañera Germaine Saulvez. Tenía quince años.

Tres Saulvez había en el sanatorio: la madre y las dos hijas. Y tres hermanitos en la guardería, esperando que la madre curara o muriera:

Dos cuartos más allá estaba Zélie Chabry. Su marido, tuberculoso como ella, hallábase en tratamiento en el pabellón C., pero no se podían ver. Su hijo, un chiquillo de once años, estaba hospitalizado en el sanatorio de berck-Plage. Chabry tenía permiso para visitar a su mujer. Este día se rasuraba cuidadosamente, se ponía su elegante traje y subía a besar a Zélie.

A poco se acabó el dinero con qué pagar la pensión del muchacho. Entonces Chabry abandonó el pabellón C y volvió al trabajo. Como se debilitaba rápidamente, Zélie salió también del sanatorio para cuidarle. De tal modo que murió tres meses antes que él. Fue su marido quien la contagió pero como éste padecía de tuberculosis esclerosa, resistió más tiempo. Muertos los dos, jamás se supo lo que fue de su hijo.

Tales enfermedades, por demasiado largas, acaban por cansar las voluntades. Los casos de abandono eran numerosísimos. Entre aquellas desgraciadas había una cuyo marido sólo se acordaba de ella cuando estaba bebido. De cuando en cuando se presentaba sin apenas poder tenerse en pie, lloraba como un becerro en el cuarto y no se le volvía a ver por espacio de tres meses. Otros sólo iban al sanatorio para hablar de separación o de divorcio.

—Debes comprenderlo, yo soy joven. No es ésta vida par aun hombre… Si quisieras, podríamos arreglarlo…

Otros, temiendo el contagio se negaban a que la mujer regresara al hogar. Y aún otros no se presentaban nunca, olvidándose brutalmente de la mujer y hasta del hijo. En los cuartos del piso superior al de Evelyne había una mujer recién casada, que ingresó en el hospital ocho días después de su matrimonio, y que no había vuelto a ver a su marido. Otra mujer, abandonada encinta por su amante, ya moribunda, no hacía más que repetir:

—¡Ojalá muera pronto! ¡Antes de que mi hijo venga al mundo!

Y en el departamento de os hombres se encontraba un muchacho de quince años que desde hacía tres no había visto a su madre.

La miseria de aquellos muertos en vida era total. El hospital no proporcionaba ropa de ninguna clase. No les quedaba ya un céntimo, ni una camisa, ni un pañuelo, y a veces ni siquiera un botón o una aguja. Una indigencia como nadie puede imaginarse.

El departamento de los hombres estaba abarrotado. Se tuvo que hospitalizar en el de mujeres a un joven de veintiocho años, Edmond Jacquet. Pero ello no tenía importancia porque Jacquet no se movía de la cama.

Estribaba su desgracia en tener depositados veinte mil francos en la caja de Horros. Existía una pugna sorda entre la mujer y la madre de Jacquet respecto a dicha herencia. La madre hubiera gustosamente cedido, pero la mujer engañaba a Jacquet, hasta el punto de que toda la familia excitaba a la madre a no soltar la presa. En tal ambiente no tardó Jacquet en sospechar la traición que e fraguaba a su alrededor. Se consumía, quería marcharse, interrogaba a sus amigos, y tenía con su mujer violentas escenas… Cuando ésta le tranquilizaba, Jacquet la emprendía con su madre. Y una tras otras se aprovechaban de su ventaja para hablar —a su juicio, discretamente— de la libreta de la Caja de Ahorros y del testamento que sería conveniente que Jacquet hiciera…

A éste le fue dada la postrera dicha de no saber con certeza que su mujer le engañaba. Falleció un día por la mañana tras una breve noche de solitaria y dolorosa agonía. Le veló la señorita Daele. La sangre obstruía los pulmones y la garganta. Murió ahogado.

Jamás se supo si dejó testamento y si fue la madre o la mujer la que salió triunfante. Tratábase de un caso interesante de tuberculosis sin bacilos. Se inocularon sus esputos a un cobayo que vivió bastante tiempo después de la muerte de Jacquet.

Había aún otra desgraciada: Simone, una mujer pública. La soledad en que se encontraba la hizo acercarse a Evelyne, pues todo el mundo huía de ella. Haciéndole preguntas insidiosas, las enfermas, las más de ellas obreras, adivinaron la verdad sobre ella y supieron que era pupila de «*chez* Triboux». Y la trataban despectivamente, como a una muchacha perdida. En el refectorio, donde permanecían media hora después de las comidas, se formaban pequeños grupos. Se charlaba, se jugaba y se disputaba. Simone, sola, al margen de aquellos corrillos, sentíase feliz cuando tenía temperatura; ello le dispensaba de bajar al refectorio. No tenía otra amiga que Evelyne, sumida en la misma soledad que ella.

Simone tuvo mucho dinero, pero ahora no disponía de un ochavo. Llegó a aquella región con cinco mil francos, que se evaporaron estúpidamente entre regalos a sus amigas y a su patrona, la señora María, la mujer del todopoderoso Triboux. Cuando salió del café para hospitalizarse no le quedaba ni un céntimo. La señora María explotaba a sus muchachas como si fueran clientes. Simone comenzaba a darse cuenta de ello, y a sentirse vagamente cansada de aquella vida. A veces hablaba de marcharse y regresar a su casa. Su madre, que regentaba una tiendecilla en Le Mans, suponía a su hija empleada en un hotel. Así se lo dijo Simone. Pero la madre era pobre y volver a su casa era imponerle una pesada carga.

En su automóvil, o en el de un cliente, la señora María se presentaba con Triboux, el «patrón» y dos o tres muchachas pintarrajeadas, orgullosas de exhibir fastuosos vestidos de seda natural, zapatos de piel de lagarto, joyas y «renards» azules. Pues la clientela de Triboux era rica. Todo el pabellón quedaba mudo de estupor. Pero aquellas damas no le llevaban nada a Simone; antes al contrario, se apropiaban de los pequeños marcos exornados con cintas que Simone confeccionaba para venderlos. Y si Triboux deseaba una gran muñeca de lana y se disponía a sacar la cartera, la señora María intervenía prontamente:

—No las vas a pagar, por supuesto…

Y además, llevaba a Simone ropa blanca y combinaciones. La señora maría era muy coqueta; y Simone bordaba maravillosamente.

Fue Beaujoin, tabernero y administrador del hospital, quien, vulnerando el reglamento, hizo ingresar a Simone en el pabellón C., pues Beaujoin, además de ser cliente de Triboux estaba ligado a él por indestructibles compromisos electorales. También el administrador, acompañado de su mujer, visitaba de vez en vez a Simone, a quien presentaba como a una protegida suya merecedora de compasión. La señora Beaujoin se tomaba por Simone el mismo interés que la señora maría, o sea entregándole ropa para bordar. Y Simone, que siendo prostituta hubiera tenido que hospitalizarse en salas reservadas, no ignoraba que gracias a la poderosa influencia de aquel tabernero metido a político no la habían trasladado de pabellón, y por esa razón se afanaba en bordar una ropa interior verdaderamente regia con que cubrir las ampulosas caderas de la opulenta tabernera.

Simone era una buena muchacha que estaba siempre triste. Vaciaba el vaso de noche de Evelyne, le prestaba pañuelos y le hacia la cama, no importándole el contagio, los microbios y todo cuanto creaba el vacío alrededor de Evelyne. Algo había en aquel ser perdido que le permitía llevar a cabo prodigios de abnegación y sacrificio; en suma, verdaderas maravillas si alguien la hubiese comprendido. Pero carecía de voluntad. Zarandeada por la vida, había pasado de hombre a hombre, de un amor a otro, con docilidad y servidumbre. Al primero que la había hecho «trabajar» le obedeció pasivamente, sin resistencia, sin pensar siquiera en una posible rebeldía, contenta y aún orgullosa del dinero que daba, de los goces que proporcionaba el hombre amado, del holocausto que le ofrecía… En resumen, una criatura hecha para ser explotada. No sólo se daba cuenta de ello, sino que decía que sí, que puesto que aquello había durado toda su vida, así debía de continuar. Permanecía sumisa, y ni el menor deseo de rebelarse contra aquel estado de cosas acudía a su mente. Aun a distancia, la señora María seguía tiranizándola. Cada vez que visitaba a Simone, le registraba el armario, los cajones, el bolso y leía sus cartas. Un día fue a parar a sus manos la de la madre, la modesta frutera de Le Mans. Sobrevino una explosión de furor. La señora María la rompió en presencia de Simone y la intimó:

—Te prohíbo escribirle. Si necesitas algo debes decírmelo a mí. Yo soy tu madre.

En el bar prestaba servicio un muchacho polaco. Este desgraciado, que quería de veras a Simone, fue a verla una vez. Conmovido por tanta miseria salió a escape a comprarle, de sus menguados ahorros, un cuarto de kilo de café y un kilo de azúcar que le llevó antes de terminarse la hora de la visita. Mas al jueves siguiente, la señora María al descubrir los restos de los víveres, se sintió ofendida. El polaco no volvió a ver a Simone.

Esta murió una noche, dulcemente, sin el menor sufrimiento. Esperó ver a su madre; pero la señora María no quería soltar la presa, y ante el temor de algún enojoso entrometimiento se las arregló con habilidad para que telegrafiasen demasiado tarde. Llegó la madre para ver a su hija muerta. Lo ignoraba todo, y en las oficinas del hospital supo con estupor la verdad sobre la profesión de su hija. Del estupor pasó a la indignación y se marchó violentamente a Le Mans sin ver a la muerta ni asistir a los funerales. Sin embargo, el entierro de Simone se vio muy concurrido. No faltaron la señora maría y todo el personal de la casa; una comitiva de vestidos azules y rosa, multicolores, que todo el sanatorio veía desfilar desde las ventanas. La víspera, la señora María fue al depósito con la señorita Daele y Beaujoin para arrancar de manos de la muerta la sortija y el brazalete.

—Eso me pertenece —dijo—. Se lo presté para el trabajo.

Según lo cálculos de la señorita Daele, de cada cien enfermos, ochenta se desalentaban, acababan por marcharse y sólo Dios sabía qué era de ellos. Durante algunos meses, los más perseverantes volvían de vez en vez al sanatorio para que les aplicaran nuevamente el neumo. Luego, desaparecían. De los veinte restantes, morían diez y los otros diez salían curados, no siempre por mucho tiempo. Todo ello costaba muy caro. En el Pabellón C. el mantenimiento de una cama se evaluaba en unos doscientos mil francos. Tarea fácil sería citar a numerosos autores que han denunciado esa impotencia, ese fracaso actual de la lucha antituberculosa. Ello prueba que los medios empleados no son buenos.

Si no existiera para esa multitud de desgraciados otro remedio que la suprema caridad de la mentira, sería criminal proclamar en voz alta semejantes crueldades destruyendo toda esperanza en el alma de

aquellos. Pero existen otras esperanzas, una verdad médica cuyo conocimiento llevará la salvación a los que sufren. Por ello, la misión del escritor es ante todo la de servirla y acelerar su advenimiento.

CAPÍTULO XII

Introducido por Doutreval, Ludovic Vallorge se había convertido en un familiar de la casa. Hablaba a Doutreval del coma hiperinsulínico y de la convulsoterapia. A Mariette le llevaba flores y discos para el fonógrafo. Doutreval, para quien Vallorge sólo representó hasta entonces uno de los numerosos candidatos a quien había visto por los pasillos del hospital y a quien consideraba con indiferencia, comenzó a mudar de opinión. En el fondo de sí mismo, debía saber sin duda que la asiduidad y la curiosidad científica de que repentinamente daba muestras Vallorge por sus trabajos encerraban un móvil concreto. Pero aunque nos demos cuenta del halago, el halagador nos es agradable. Y nuestro orgullo adorna de altas cualidades a quien nos admira. Así, pues Doutreval comenzó de buena fe a tener públicamente en estima a Ludovic Vallorge.

El joven formuló su petición a fines de año. Por lo que él concernía, Doutreval dio su conformidad. Pero Mariette vaciló durante algunos días. Ludovic no le desagradaba y, sobre todo, el matrimonio la tentaba. Imaginábase ya un hogar lleno de chiquillos; pero no se atrevía a dejar a su padre, a Michel y a Fabienne porque se juzgaba indispensable. Ella gobernaba la casa, dirigía la servidumbre, escogía las comidas, cuidaba de la ropa, del consumo de gas y de carbón, y, en suma, sustituía a la madre. Además, Doutreval, la llamaba a menudo «nuestra mamita Mariette». Era una buena ama de casa, previsora y hasta escrupulosa. Criaba gallinas y palomos con las sobras de las comidas. Preparaba confituras con las frutas que le enviaban Heubel o Géraudin y confeccionaba jerseys y bufandas para su padre y su hermano. Siempre riendo o cantando, era la luz y la alegría de aquel viejo y oscuro caserón. Doutreval adoraba a Mariette y lo mismo a Michel. ¿Qué sería de ellos cuando Mariette se marchara? Quedaba Fabienne, pero ésta, además de ser demasiado joven, no tenía la menor afición por los quehaceres caseros, y se interesaba mucho más por los trabajos de laboratorio de su padre que por la preparación de salsas. En cambio Mariette sólo iba al laboratorio para colocar en el voluminoso «frigidaire» sus latas de «foie gras». La aterraba la idea de tener que dejar el gobierno de la casa en manos de la servidumbre. E imaginaba exorbitantes facturas de gas y un sinfín de agujeros en los calcetines de Michel.

Todo se arregló a las mil maravillas. Justamente en aquella época se alquilaba una vivienda burguesa muy aceptable contigua a la casa de Doutreval. Vallorge y Doutreval se apresuraron a ir a ver al propietario y a visitar el inmueble, que fue completamente de su agrado. Había garaje y jardín. Y como Vallorge habitaba en el mismo barrio, no había que temer por su clientela. Fijóse, pues, la fecha de la boda. Vallorge alquiló inmediatamente la casa, y, con el consentimiento del propietario, se practicó una puertecita en la pared del jardín para que Mariette pudiera pasar de una casa a otra.

Aquella mañana de comienzo de abril Doutreval aguardaba a Groix en el laboratorio. El sol iluminaba el jardín. En el gallinero, Mariette daba de comer a las gallinas y palomos. A través de la ventana abierta del laboratorio, y por entre el incipiente follaje de los boneteros, Doutreval, percibía inconscientemente una sensación de bienestar. El día era espléndido. De dieciocho enfermos sometidos desde hacía algunos meses al tratamiento de la convulsoterapia, doce habían mejorado notablemente y hasta dos de ellos reanudaron un trabajo ligero. El resultado era inesperado. La única preocupación eran aquellas convulsiones atroces con las subsiguientes fracturas. Mas justamente se le ocurrió a Groix una idea valiosa. Claude Bernard ha analizado magistralmente en, un magnífico estudio, los efectos del curare, extraña sustancia venenosa india con la que los indígenas de la América del Sur impregnan la punta de las flechas, la cual tiene la propiedad de bloquear las funciones neuromusculares, es decir,

paralizar completamente el organismo. Para combatir las horribles convulsiones de los enfermos inyectados por Doutreval, impidiendo así las fracturas de los huesos de los miembros, Groix pensó en utilizar el curare. Cinco minutos antes de administrar el producto convulsivo, proponía inyectar una dosis reducida de curare. Los ensayos que se hicieron sobre gatos dieron un resultado concluyente. Aquella misma mañana Doutreval se propuso hacer un ensayo en un joven demente de unos quince años. Apoderóse de aquél una febril y gozosa impaciencia. Nada valía tanto para él como las poderosas emociones del descubrimiento.

Oyóse ruido de pasos en el corredor. Era Groix. Doutreval tomó el bastón y la cartera y bajó.

—En marcha.

—¿No viene Regnoult? —preguntó Groix.

—Está en el hospital. Lo recogeremos al pasar.

Groix subió al potente «Renault». Doutreval cogió el volante. El «Vivasport» tomó el camino del hospital «L'Egalité».

Regnoult había dado por la mañana las clases de Doutreval. Por el momento, estaba al servicio de su «patrón» en el hospital «L'Egalité». Doutreval, con paso ligero a pesar de la pierna, enfiló los largos pasillos sonoros para ir a buscarlo.

Al pasar, alguien le llamó:

—¡Señor Doutreval!

Éste se detuvo. Era Beaujoin, el administrador.

—¿Cómo está usted, señor Beaujoin?

—Muy bien, gracias… Quisiera hablarle un momento…

—¿En seguida?

—¿Tiene usted prisa?

—Bastante…

—Se trata de su hijo.

—¡Ah!

Doutreval experimentó una ligera turbación.

—Diga.

—¿Se ha enterado usted de que en estos últimos tiempos frecuenta mucho el sanatorio?

—¿El sanatorio?

—Sí, allá arriba, sobre la colina.

—¿Qué diablos debe hacer allí?

—Eso es lo que me pregunto. Se rumorea mucho…

—¡Ah! —exclamó Doutreval.

Pero seguía sin comprender.

—Al parecer, hay allí una jovencita que le ha caído en gracia…

—¡No!

—Dicen que… su hijo le lleva café, mantequilla……

Beaujoin sonrió. Y lo mismo hizo Doutreval.

—¿Eso le han dicho?

—Diez veces lo he visto con mis propios ojos.

—¿Diez veces?

—Por no decir más.

—¿Y quién es esa muchacha?

—Una enferma.

—¿Una enferma?

—Y muy enferma. He hecho mis averiguaciones, y, a mi juicio, se trata de un asunto bastante peligroso. En fin, que su hijo corre algún riesgo. Yo no soy médico, no entiendo, pero me parece…

—Muchas gracias, señor Beaujoin —dijo Doutreval.

—He creído obrar bien…

—Ha hecho usted perfectamente. Ya procuraré poner fin a esa estúpida chiquillada.

Recobró su porte de gran señor y sonrió.

—¡Esa juventud! Se lo agradezco mucho, señor Beaujoin. Esos muchachos de hoy día son muy despreocupados. ¿Dónde están nuestros veinte años, señor Beaujoin?

—¡A quién se lo dice usted! —suspiró el obeso administrador.

—¿Cuándo se reunirá la Comisión de las Casas de beneficencia?

—El próximo lunes.

—Tengo que hacerle un pequeño pedido. Se trata de material para mi servicio… Ya volveré a hablarle de esto próximamente. Perdone, pero me están aguardando. Hasta pronto, ¿verdad?

Estrechó la mano de Beaujoin y prosiguió su camino por los pasillos que olían a productos químicos, a aguas de javel y a ácido fénico. Silbando, caminaba con paso ligero, procurara disimular su cojera, hacía girar el bastón y respondía con gesto desenvuelto y familiar al saludo de los internos. En el fondo, una flecha envenenada le roía el corazón. Desde hacía algún tiempo había observado un gran cambio en su hijo. Michel había dejado de salir de noche. Antes manirroto, ahora se había vuelto ahorrativo. Había cambiado el «Camel» por tabaco negro. Fumaba mucho menos. Ya no compraba revistas de 8 y 10 francos. Trabajaba más, y todas las noches se iba a la cama después de cenar. Pocos días antes, en el trascurso de una conversación de sobremesa, Mariette exclamó de pronto, estupefacta:

—¡Cómo! ¿Conoces tú el precio de la mantequilla y del café?

Por el momento, Doutreval no atribuyó importancia a ese repentino e inexplicable saber. Pero ahora se le antojaba particularmente alarmante.

Regnoult estaba listo. En cuanto vio llegar al «patrón» corrió a su encuentro y le siguió. Subieron al coche y marcharon a Saint-Clément. Doutreval guardó silencio durante todo el trayecto.

El pabellón de los niños estaba situado en la parte externa del asilo de Saint-Clément. Por entre la retozona chiquillería Doutreval, seguido de sus dos ayudantes, siguió adelante, erguido, con porte distinguido, vestido con un traje de corte inglés a grandes cuadros color crema, y apoyándose con gesto tan natural en su bastón de junco con anillas de oro que su cojera pasaba casi inadvertida. Correspondía con una sonrisa cordial al deferente saludo de las guardianas y enfermeras. Y los niños corrían hacia él, hacia Regnoult y sobre todo hacia Groix, a quien apreciaban mucho.

—¡Señor doctor! ¡Señor doctor!

Doutreval se abrió paso por entre el horrible griterío de los pequeños monstruos; una humanidad frustrada, malograda, deforme, incompleta, chiquillos a quienes faltaba el cráneo o el mentón, que no eran más que tronco o cabeza, rapaces miserables y repugnantes, feos como alfarería mal cocida, llenos de legañas, de muermo, de purulencias, supurándoles los ojos, la nariz, las orejas y el cuero cabelludo. Enanos y colosos, escuálidos inocentes de miembros esqueléticos y jóvenes brutos, chiquillos excesivamente vigorosos para su edad, bestiales, con sus mandíbulas formidables, con la palma de la mano gruesa como palas de lavandera, hecha evidentemente para el asesinato, futuros homicidas designados de antemano y cuya triste mirada le seguía a uno sin comprender nada. Los mayores, los más avisados, tiraban de la mano a los más estúpidos y a los más horriblemente atrasados, cuidaban de ellos, los protegían y los adoptaban. Los condujeron cerca de Doutreval. Entonces, alrededor de los tres hombres, estallaban gritos, voces indistintas y aullidos, que expresaban la alegría de aquellos pequeños desgraciados al volver a ver a quienes tan buenos eran para ellos. Y hasta aquellos que jamás lograrían hablar, refunfuñaban, ceceaban, mugían y dirigían a los médicos algo así como un bárbaro y confuso grito de ternura. Numerosas manecitas se aferraban a ellos, les tocaban, les acariciaban y les palpaban como si fueran tentáculos. Regnoult, nervioso, reprimió un estremecimiento, un sobresalto de asco. Este espectáculo le producía siempre una impresión de pesadilla. En cambio, Groix tenía en gran estima a aquellos pequeñuelos, incluso a los más horrendos, a los que tenían una cabeza de escafandra,

de pez o de insecto. Incluso los viciosos, los que rascaban… Cuando se cruzaba con ellos los llamaba aparte. Les olía las manos para sentir los sucios y sospechosos olores y parecía querer hipnotizarlos con la mirada.

—¿Habéis sido buenos?

—Sí, señor doctor.

—Está bien. Vete a jugar. Toma un chocolatín.

No faltaban mozuelas a las que era preciso maniatar para impedir que se extenuaran. Había algunas que hasta con las manos atadas se exasperaban el sexo sirviéndose de los talones. Todos los vicios hereditarios bullían en el fondo de aquellas almas abandonadas, retrotraídas al ser primitivo y que volvían a descender la escala de la evolución.

A las muchachas más reservadas, más viciosas, más tímidas, trabajadas ya por la pubertad, les gustaba ocultarse, sonrojarse y hacer visajes. Los muchachos tenían rostros simiescos, y en sus juegos daban muestras de extemporáneas violencias. Algunos desamparados gimoteaban desconsoladoramente por los rincones, en un estado de absoluta inadaptabilidad. Un pequeñuelo, rubio como el oro, esmirriado, de ojos azules, simpático y casi hermoso, se acercó con temor a Groix, y, cogiéndole de la mano, le dijo en voz baja:

—Señor, yo quisiera volver a casa de mi madre…

¡Las madres! ¡Cuántas eran las que habían abandonado a aquellos pobres monstruos frutos de sus entrañas, que sólo les inspiraban asco y repugnancia! No faltaban matrimonios alcohólicos que cada año, regular e infaliblemente, depositaban en el asilo una nueva criatura idiota, un desecho más, y que al año siguiente volvían a comenzar.

El completo abandono de los internados en el asilo era cosa corriente. ¡Cuántos miserables locos internados en Saint-Clément morían sin haber vuelto a ver el rostro amado, el rostro de la madre, de la mujer, del hijo que, cual fantasma doloroso, flotaba aún en su mente oscurecida despertando a veces en ellos un vestigio de conciencia, una lágrima de desesperada lucidez! Las familias acababan por desinteresarse totalmente. De cuando en cuando Doutreval recibía una extraña carta:

«Señor doctor, quisiera tener noticias de mi padre, de mi marido…». Luego, las cartas se iban espaciando. Después, nada. Cinco, diez años de silencio. A la muerte del desdichado demente, la administración escribía a la familia, y Doutreval recibía una breve respuesta:

—Señor doctor, le ruego que para evitar gastos entierran a mi padre en el cementerio del asilo…

Ni siquiera una postrera visita al muerto. Sólo el abate Vincent acompañaba al loco a la fosa común.

En la enfermería esperaban a Doutreval, que se proponía experimentar el curare en un muchacho de unos quince años. El paciente estaba tendido en al cama, desnudo. Regnoult le aplicó una inyección de curare en la vena del brazo. Doutreval, con el cuaderno de apuntes en la mano, anotó las reacciones; relajación muscular, muecas, ojos que bizquean, y, a poco, parálisis progresiva de los miembros. A una señal que en aquel momento hizo Doutreval, Regnoult inyectó el producto convulsivo.

Como de costumbre, la crisis sobrevino en el acto, pero infinitamente menos violenta. Una cierta estupidez, debida quizá al curare, impidió que apareciera la habitual expresión de angustia y de terror que se dibujaba en las facciones de los pacientes. Algunas violencias convulsivas hicieron crujir la espina dorsal produciendo una crispación de los miembros, aunque sin fractura aparente. Al cabo de unos minutos el enfermo recobró el conocimiento sin dar muestras del terror y de las ganas de huir que solían producirse. Sólo se quejaba de un enorme cansancio y de un violento dolor de espalda. Doutreval, siempre reservado, exultaba interiormente.

—Yo creo que el problema está resuelto —dijo.

Y diciendo esto dio unos golpecitos en el brazo desnudo del enfermo.

—Nosotros te devolveremos el juicio, pobre diablo. Singular regalo, en el fondo. Si tuvieras voz y voto quizá nos pedirías que te dejáramos abandonado a tu suerte…

—¡Oh! —exclamó Regnoult.

—¿No opina usted así, Regnoult? ¿Insiste usted en que uno tenga conciencia de la nada?

—Pues, sí…

—Tal vez esté usted equivocado. A menudo he pensado que la conciencia, la noción del yo, debe ser, simplemente un accidente desgraciado.

—¿Desgraciado? —terció Groix.

—Imagínese usted una hormiga, Groix. Vive, trabaja y sufre. Supóngase que de pronto, por un milagro, le da usted la noción, la conciencia de sí misma. Sabe que vive, que es una hormiga y comprende repentinamente su horrible destino, que es el de penar durante dos o tres estaciones para luego desaparecer. ¿Le habría hecho usted un don precioso, Groix? Y no siendo el hombre sino una hormiga con la memoria muy desarrollada, capaz de seguirse a sí mismo en el tiempo, de verse a sí mismo una y otra vez a través de las diversas circunstancias de su vida, lo que constituye simplemente la conciencia ¿le extraña a usted que yo vacile alguna vez, que experimente una especie casi de remordimiento en el momento de devolver a un semejante esa lucidez y esa conciencia?

—No es usted muy alegre que digamos —dio Groix.

Doutreval sonrió.

—No creo que la inteligencia pueda funcionar sin un poco de melancolía, ha dicho alguien. Vamos, sus notas, Regnoult. Y cuento con usted, Groix, para que me vigilen este muchacho y me proporcionen una observación completa. Volveré mañana por la mañana.

Guardó las notas en al cartera. Luego, acompañado de Regnoult, salió del pabellón infantil y subió a su automóvil. Groix había permanecido en el asilo para observar el tratamiento que había de seguir el enfermo. Además, era su semana de guardia en Saint-Clément. Pero no se quejaba. Este incorregible bromista, fiel al antiguo espíritu de chanzas pesadas y despiadadas, quería a sus locos, para quienes no vacilaba en vaciar sus bolsillos y en menguar sus honorarios. Como los más de ellos eran unos desgraciados abandonados, para llevarles una manzana, un caramelo o un juguete se personaba a veces en el «Taverne du Roi René», donde solían reunirse algunos de sus camaradas, estudiantes e internos, para jugarse el aperitivo a la manilla o al póquer de dados, y con natural actitud se apoderaba de todas las apuestas, o del dinero que devolvía el camarero, diciendo:

—¡Para mis pobres!

Metíase las monedas en el bolsillo y se iba tan tranquilo. Y tras él vociferaban:

—¡Nos estás fastidiando con tus pobres!

Groix, satisfecho, se pasaba la mano por la nuca, se calaba hasta los ojos el sombrero flexible con gesto desenvuelto y se alejaba silbando.

Como de costumbre, aquella noche, después de cenar, Doutreval se fue a pie por las calles de la ciudad hasta *El progreso social.* Eran aquellos sus momentos de sosiego, de saludable ejercicio tras las largas horas de clase, de hospital y de laboratorio. Caminaba lentamente, erguido, con porte rejuvenecido, apoyándose con cierta negligencia en el bastón del lado de su pierna lastimada, y apretando con los blancos dientes la boquilla de ámbar. Los estudiantes que al pasar le reconocían, le saludaban. Las mujeres se volvían para mirarle. A pesar de desdeñarlas, esto le producía una confusa satisfacción. Con la ligera palidez de su rostro, la frente despejada, con dos surcos verticales encima de las cejas y las sienes plateadas, que tan bien cuadran la madurez de su faz casi exenta de arrugas, Doutreval, se daba cuenta de que poseía una especie de severa belleza que no dejaba de causar impresión. A pesar del frío que todavía se dejaba sentir le gustaba pasearse de aquel modo, liberado ya de todo esfuerzo. Acudían a su mente el asilo, los niños, el enfermo, la experiencia. Respiraba profundamente, su pecho se hinchaba de esperanzas y apresuraba inconscientemente el paso. En segundo término se proyectaba una sombra desagradable: el recuerdo de Beaujoin, a quien había vuelto a ver por la tarde, y de Michel.

Como todas las noches, Jeanne Chavot trabajaba en la corrección de pruebas para el periódico del día siguiente, en su espacioso despacho del primero piso del edificio de *El progreso social*. Jean Doutreval habló del curare, de los ensayos hechos con gatos, y del afortunado experimento que aquella mañana había practicado por primera vez en un cuerpo humano. Y decía a Jeanne Chavot:

—De este modo hemos pensado emplear el curare…

No se refirió a Groix, que fue quien sugirió la idea. Ni tampoco habló de Michel. Sin explicarse las razones, la revelación que aquella mañana le había hecho Beaujoin le era particularmente humillante y desagradable de confesar.

Al día siguiente al mediodía, la familia Doutreval, se reunión en el antiguo comedor, un poco oscuro, contiguo al salón. Antes de dirigirse a sus clases, Doutreval esperó a que su hija menor, Fabienne, recogiera el servicio de la mesa. Luego, en presencia de Mariette, dijo a Michel:

—¿Irás esta tarde a la Facultad?

—Sí, papá.

—Luego ve a verme en el laboratorio. Tengo que hablarte.

Michel no contestó. Parecía más contrariado que sorprendido. Mas por la manera con que Mariette miró inquieta a su padre y a su hermano, Doutreval intuyó que también su hija mayor había adivinado algo, y que su ternura de ama de casa, había experimentado un sobresalto.

Tillery, que desde hacía dos meses se había establecido como médico en un populoso barrio de la ciudad, se trasladó aquella tarde al laboratorio de Doutreval para pedir un análisis a Groix.

Regnoult y Groix, los dos ayudantes de Doutreval, destinaban a su «patrón» todo el tiempo de que disponían. Habían «apostado» por él y Doutreval por ellos. Trabajaban para él, atendían a su servicio y se encargaban de las tareas materiales. Doutreval lograría su nombramiento de agregado y les otorgaría su influencia. En las Facultades de Medicina son muy corrientes esta clase de asociaciones.

Por el momento, las ganancias de Groix y Regnoult eran puramente honoríficas. Agenciábanse algún dinero practicando en el laboratorio de Doutreval una especia de «trabajo negro», efectuando análisis a precios módicos a cuenta de médicos amigos. Al entrar Tillery, Regnoult se hallaba precisamente atareado en uno de esos análisis. Con ayuda de un hilo de platino recogía del fondo de una pequeña escupidera esputos amarillentos, partículas cáseas que colocaba sobre una laminita de cristal y secaba luego al calor de una llama de gas. Un hedor a esputo quemado apestaba el aire. Groix fabricaba capilares al calor de un mechero Bunsen, trabajando el vidrio con el virtuosismo de un vidriero. Hubiérase dicho que la quebradiza materia se tornaba en sus manos dócil y maleable. Calentaba un tubo, lo volvía de uno y otro lado y lo ablandaba como una pasta hasta que el vidrio cobraba un color anaranjado. Luego lo estiraba de un solo golpe, alargaba como una goma el cristal semilicuefacto y lo adelgazaba hasta la finura de un cabello, de un hilo flexible, ligero, que rompía luego a la longitud deseada. O fabricaba pipetas de bolas soplando en un tubo enrojecido al calor de la llama; materia en fusión irisada de reflejos suntuosos. Con el soplo se hinchaba una gruesa hernia de cristal, una hernia enorme y delgada, como un aneurisma. Groix parecía divertirse con aquel trabajo de prestidigitación, elegante y casi mágico. Regnoult llevaba una deslumbrante bata blanca. Sobre sus ensortijados cabellos castaños, una toca de tela inmaculada, echada hacia atrás, dejaba al descubierto su frente ancha y despejada. De vez en vez cogía de un cenicero el cigarrillo encendido, lanzaba una ligera bocanada de humo y volvía a colocarlo, discretamente, donde estaba. G roix llevaba su viejo traje de deporte, a cuadros, protegido por le delantal azul del jardinero de Doutreval. Junto a la cicatriz del rostro, balanceándose a cada uno de sus movimientos, colgaba un rubio mechón. Y una colilla apagada se sostenía apenas en al comisura de los labios

En aquel momento entró Tillery con la gravedad de un médico recién establecido, una abultada cartera bajo el brazo y la mirada serena a través de sus gruesas gafas de concha, a caballo en su «respingona naricita».

—¡Hola, farsante! —exclamó Groix.

—¡Hola «Cararrajada»! —dijo Tillery, soltando la cartera y apoderándose del paquete de cigarrillos dejado imprudentemente por Regnoult sobre la mesita del centrifugador.

—¿Y la clientela? —dijo Groix.

—Parece que eres hombre afortunado —insinuó Regnoult, sin apartarse del fregadero donde lavaba las laminitas de cristal que teñían de azul celeste la porcelana del lavabo.

—No puedo quejarme —dijo Tillery—. Evidentemente no han faltado sorpresas. El viejo cuya clientela he heredado trabaja con la dos A…[1] Al principio la clientela creyó que yo seguiría igual. Suscitáronse equívocos y tuve que dar explicaciones…

—Hasta el punto de que te has perjudicado a ti mismo.

—Naturalmente —dijo Tillery, encendiendo el cigarrillo en el mechero Bunsen donde Regnoult calentaba los esputos—. Ya te he dicho, a migo Regnoult, que tus cigarrillos eran infectos. Un individuo como tu, como semejante «permanente», sólo puede fumar cigarrillos ingleses espero no tener que repetirte esta observación. Naturalmente, hubo clientes que se sorprendieron… Pero, en fin, la clientela va aumentando. Tenía tres indigentes y ahora ya tengo cinco.

Regnoult y Groix se echaron a reír. Más lo cierto era que, estudiante mediocre, bastante perezoso, pasablemente ignorante y con un soberano desdén por los estudios teóricos, Tillery prosperaba. Tenía conciencia de su propia ignorancia. Mostrábase prudente, consultaba a tiempo a colegas más experimentados, se limitaba a tratamientos corrientes, ciertos y garantizados, y o se arriesgaba a ninguna innovación. Sin embargo, poseía se don de observación, que es la primera cualidad del médico. Sobre todo, tenía en gran estima a sus enfermos. Salido del pueblo, le conocía, sabía hablare, moverle a risa, emocionarle, consolarle, animarle y, en suma «tomarle el pulso». Pues con frecuencia lo que el hombre pide ante todo a su médico es una confortación. En resumen, los enfermos de Tillery sanaban tan rápidamente y tan bien como los de Belladan, el niño aplicado, la gran esperanza de sus profesores, que e había establecido en el mismo barrio y que a pesar del lujo de su instalación y de su preclaro saber, vegetaba inexplicablemente, mientras iba en aumento la clientela de Tillery.

—No es eso —siguió Tillery—. He traído trabajo para ti.

Abrió la cartera y sacó de ella bocales y tubos de cristal etiquetados, que colocó delante de Groix.

—He aquí dos *Wassermann*, un análisis de urea y, esto es lo más urgente, una mucosidad de garganta. Date prisa.

—¿Difteria? —preguntó Groix.

—Eso me temo…

Groix dejó las pipetas. El tubo de cristal que le tendía Tillery contenía simplemente un trozo de algodón, y, encima, un poco de mucosidad gris, extraída del fondo de una garganta humana. Con unas pinzas desinfectadas, Groix retiró el algodón, lo frotó sobre una laminita de cristal y se dirigió al lavabo a lado de Regnoult. Gota a gota iba vertiendo sobre la laminilla líquidos azules, colorantes y decolorantes. Círculos rosas y azulados se iban agrandando sobre la porcelana del lavabo.

—Hace mucho tiempo que no han encargado nada para el *Père* Donat —dijo Groix manipulando la laminilla.

—Cierto —repuso Tillery, remedando el porte, el aire de miope y la voz nasal del viejo Donat—. Precisamente estaba pensando en mandarle una barrica de cola en pasta.

—¡Es una idea genial! —exclamó Groix—. ¡De cuerdo!

[1] Abortos. Accidentes de trabajo.

El viejo Donat era la cabeza de turco de los estudiantes guasones. Esos encargaban en su nombre las cosas más disparatadas: doce carretilla de ruedas de goma o trescientos pares de gafas verdes, cuya llegada a su domicilio dejaba anonadado al viejo Donat. O comunicaban telefónicamente su fallecimiento a la Prefectura, a la Facultad, al Obispado, a *El progreso social* y a toda la prensa.

—Deberíamos tener papel de cartas con su nombre —observó Regnoult.

—Lo tendré mañana —dijo Groix—. Ya me las arreglaré.

En aquel momento entró Michel en el laboratorio.

—¡Ah! ¡Macropodo, doble metro, acrófalo, subproducto de la digestión! —gritaron Groix y Tillery al verle entrar—. ¿Qué vienes a hacer aquí, Coprófago?

—Salud —dijo Michel.

Y diciendo esto se dirigió a al escalera que conducía al piso donde estaba el despacho de su padre.

—Tu padre se ha marchado —le previno Groix—. Ha dicho que le esperes.

—Muy bien —repuso Michel—. ¡Eh, el de las gafas! ¿Cómo va la tesis?

—Perfectamente —respondió Tillery, quitándose las incriminadas gafas y aplicando a los cristales el vaho de su aliento antes de limpiarlos con el faldón de la chaqueta—. Todo en marcha.

—¿Sobre qué tema? —preguntó Regnoult.

Tillery volvió a remedar el tono nasal y el continente doctoral del profesor Donat.

—Historia de la apendicitis. Hermoso tema, señores, un tema espléndido. Ahora estoy enfrascado en el estudio de la apendicitis en China. Si puedes documentarme a este respecto…

—Lo siento —dijo Michel, riendo.

—¡Apagad la luz, pelmazos —gritó Groix.

Tillery dejó a oscuras el globo eléctrico. Groix, a horcajadas sobre el taburete, encendió la lámpara del microscopio oculta detrás de la bola de cristal llena de agua azulada. Sólo se vio la faz de Groix inclinada sobre el microscopio e iluminada a través de la bola de agua con un extraño reflejo espectral. Tillery miraba en silencio el rostro cejijunto de Groix.

—Veamos un poco nuestras pequeñas inmundicias —dijo Groix. —Nada… Nada… Nada en absoluto. Vuelve a encender, Michel. Cércate, Tillery, puedes mirar tú mismo. Aquí hay difteria.

—¡Uf! —dijo Tillery

—¿Hombre o mujer? —preguntó Regnoult de lejos.

—Un muchacho. Un excelente muchacho. Hijo único de un matrimonio obrero.

Se calló. Limpió de nuevo las gafas, y con su habitual tono de chanza prosiguió:

—¿Sabéis la última de Santhanas?

—No. Cuenta.

Entonces Tillery se puso a contar cómo Santhanas, que la noche anterior estaba de guardia en «L'Egalité» había querido de todas maneras curar a una muchacha que se presentó con una ligera hemorragia, una española que chapurreba el francés. Fue imposible hacerle confesar qué procedimiento había empleado para abortar. Sor Angélica se había negado a entregar los instrumentos para la cura. A su juicio, la muchacha no tenía mal aspecto y estaba en condiciones de esperar hasta la mañana siguiente.

—Santhanas y sor Angélica disputaron casi toda la noche —dijo Tillery—. Por la mañana, al llegar Géraudin examinó a la muchacha. Había simplemente menstruado por primera vez. Pero como la hemorragia había sido copiosa, se asustó y se fue corriendo a ««L'Egalité».

Tillery remedaba ora a Santhanas, ora a sor Angélica, con su cofia y sus breves ademanes, ora a Géraudin mascando su cigarro y tocándose el lóbulo de sus orejas…

Aún reían Michel, Regnoult y Groix cuando llegó Doutreval. Al verle entrar, Michel tuvo un sobresalto. El relato de Tillery le había hecho olvidar el motivo de la visita a su padre. Doutreval, haciendo con la mano un ademán cordial, correspondió al saludo de sus ayudantes y de Tillery. Y vio a su hijo.

—¿Eres tú, Michel? Aguarda un minuto.

Doutreval apenas inspeccionó el laboratorio. Apoyándose ligeramente con la mano para descansar un poco la pierna herida, se detuvo frente a una mesa y cogió un frasco.

—¿Qué es esto?

—Un análisis de orina —dijo Regnoult—. Un trabajillo… encargo de un amigo.

—Está bien. ¿Se han hecho las *Wassermann* para el asilo?

—Está todo listo. Seis positivos sobre siete. Solo Louvic ha sido negativo.

—¿Has preparado las fichas, Groix?

—Están listas.

Doutreval puso las notas en orden.

—Bien, luego pasaré a recogerlas. ¿Quieres venir conmigo, Michel?

En pos de su padre, Michel subió lentamente la empinada escalera, pues al profesor le dolía la rodilla en las ascensiones. Entraron en el despacho de Doutreval. Más que un gabinete de trabajo, era un laboratorio. Entre las dos ventanas había solamente un pequeño escritorio con dos asientos. Pero en torno en la estancia, a uno y otro lado de las mesitas de mármol, estaban dispuestos lavabos, armarios de cristales, estantes, estufas, neveras, anaqueles repletos de frascos, probetas, «gradillas» llenas de tubos de ensayo y vasos de todas clases y de todas formas: de cristal, de hierro, de loza, de porcelana o de barro cocido. Reinaba hierro, de loza, de porcelana o de barro cocino. Reinaba en la estancia un olor penetrante a yodo y ácido fénico.

—Siéntate, Michel —dijo Doutreval.

Ya haciendo lo mismo frente a su hijo, le miró y sonrió con una sonrisa forzada

—¡Ah, Michel, Michel!

Casi nunca se había visto sonreír a Doutreval. Este esfuerzo, esta voluntad de mostrarse dulce y bondadoso, emocionaron a Michel. Al entrar estaba dispuesto a la batalla, pero ahora se sentía ya casi anonadado y dispuesto a capitular.

—¿Querías hablarme, papá? —dijo con cierto aplomo.

—Sí. Tengo que hablarte seriamente.

Con la mano manchada de encarnado y de azul por la fucsina y los colorantes del laboratorio, buscó maquinalmente sobre el escritorio unas pinzas Lemuseux con las que no cesó un momento de jugar. Por primera vez iba a hablar de mujeres y de amor a Michel. Hasta entonces se había mostrado a este respecto extrañamente silencioso. Y se sentía turbado.

—Se habla mucho de ti en la Facultad, en el hospital y en el sanatorio. Al principio, me encogí de hombros. Ayer fue el propio Beaujoin quien me dio cuenta de lo que ocurría. Parece que tienes un *flirt*, una aventurilla, en fin…

Michel no respondió. Se daba cuenta de que estaba palideciendo.

—Nada te habría dicho a no ser por tu insistencia. Parece que te has dejado… coger y que has ido un poco lejos, Michel. He hecho mis averiguaciones y debo recordarte que se trata de una enferma, de una contagiosa y al mismo tiempo de una muchacha sin dinero ni educación, de alguien con quien en modo alguno debes soñar en una cosa duradero. De todos modos, huelga decirte estas cosas porque no puedo siquiera admitir la idea que en estas condiciones… No se trata de nada serio, ¿verdad? No puede haber en este asunto nada serio.

Hubo un silencio.

—Contesta, Michel.

—No —murmuró Michel.

Doutreval respiró, y una expresión de complacencia se dibujó en su rostro.

—Me lo figuraba. Ya pensé que esto no podía ser grave…

Levantóse y dio algunos pasos por el gabinete. Distendiéronse sus facciones. Volvió a sentarse en la butaca, frente a Michel y prosiguió:

—Ya sabes que no soy ningún puritano. Yo también he tenido veinte años y comprendo la juventud. Pero aquí el caso es grave. Se trata, por lo que a ti respecta, de una cuestión de salud. No sólo se encuentran muchachas bonitas en un preventorio, Michel. Tú eres fuerte, pero los bacilos han arruinado a otros más fuertes que tú.

Miró a Michel. El muchacho bajó los ojos y guardó silencio.

—Además —prosiguió Doutreval—, aunque no se tratara de una cuestión de salud, mis advertencias seguirían teniendo todo su valor. No tienes derecho a casarte ahora ni a unir tu vida a la primera mujer que te haya salido al paso. Tienes que desempeñar un papel social, ocupar un puesto y asegurar un rendimiento. Representas un capital, no sólo para mí, sino para tus profesores y para la sociedad. No tienes derecho a menguar este capital y te relajarías lamentablemente, hijo mío, si te casaras con esa muchacha.

Con sus largos dedos moteados de las sanguinolentas manchas de la fucsina, Doutreval, jugueteaba con las pinzas Lemuseux, las abría, las cerraba y hablaba maquinalmente, subrayando las palabras con ademanes breves y enérgicos. Sentado e inclinado hacia delante, hablaba en voz baja y contenida sin mirar a Michel. Quería sin duda inculcar a lo que decía todo su poder de persuasión, haciendo partícipe a su hijo de su caudal de experiencia de hombre maduro.

—No te dejes nunca gobernar por el corazón, Michel. La vida exige hombres fuertes. Todos los que han realizado grandes cosas casi siempre las han llevado a cabo pasando por encima de cierto número de víctimas… Cronwel, Napoleón… Es la vida. Es la ley de las cosas. La existencia es una batalla, el curso de la cual tú no cambiarás. Tómala como es. No seas ingenuo. No sueñes. Sé fuerte. Debes conocer de joven lo que los hombres suelen experimentar costosamente: el amor no cuenta. Uno ama diez, veinte veces. Ya te darás cuenta. ¡Sólo Dios sabe cuántas mujeres amarás en tu vida! Y siempre sinceramente. Y siempre también, te consolarás de cualquier amor. Obra pues en consecuencia. No te prohíbo que te distraigas y que alegres tu vida… ama, si quieres, y diviértete. Pero sobre todo, fiscalízate. Júzgate a ti mismo, fíjate cómo amas y reconoce tus propias locuras sin avergonzarte, pues todos hemos pasado por esto. Mas diferénciate de los demás hombres en el sentido de que tú no creerás en lo que ellos creen. Déjate, si quieres, conducir por ella mientras no te encamine a insondables simas. Créeme: uno llega a conciliar perfectamente el amor y la sensatez. Se pueden hacer todas las bromas a condición de preservar el porvenir, de no tomarse nunca el amor en serio y de saber en qué momento debe cesar el delirio. Lo esencial es frenar a tiempo. ¿Me has comprendido?

—Así lo creo… —murmuró Michel.

—Me objetarás que esto implica la existencia de una víctima propiciatoria. Pues sí. Es triste y lamentable, pero es así. La vida lo reclama. La vida es selección y tienes derecho a llegar lejos. Debes recorrer una carrera científica deslumbrante. Yo te la preparo. Heredarás mi obra para defenderla y proseguirla. Prestarás a la humanidad el más precioso de os servicios. Pero esto exige víctimas. Si te detienes ante el primer ser insignificante y no te atreves a dejarlo al margen no llegarás nunca a ser alguien. En el mundo hay una serie de gente, Michel, cuya misión estriba únicamente en servir al progreso de una selección. Es la sola explicación posible de las cosas… Resígnate, pues, y mantente firme. Ninguna mujer debe ser para ti sino un instrumento… o un pasatiempo.

Luego guardó silencio. Miró a Michel, que permanecía mudo, con los ojos finos en el suelo.

—Te he hablado de hombre a hombre. Creo haberte convencido. ¿Lo crees tú? ¿Me tienes confianza? ¡Contesta!

—Sí —contestó Michel en voz baja.

—Está bien.

Doutreval se levantó y dio una cariñosa palmada en el hombro de su hijo.

—Hemos terminado. ¿No me guardas rencor?

—No tengo por qué…

—Pondrás fin a todo esto de una manera discreta, ¿verdad?

—Sí —murmuró Michel.

—Está bien. Veo que has comprendido. Estoy contento.

Michel salió del gabinete de su padre y se dirigió al laboratorio. Tillery se había marchado. En un rincón, un hombre se desabrochaba os tirantes. Groix preparaba la lanceta.

—¿Te vas? —preguntó a Michel—. ¿No aguardas tu turno?

Sin saber lo que decía, Michel respondió con un exabrupto y encaminóse a la puerta.

«¡Cobarde! ¡Cobarde!», exclamó para sí.

Las mejillas le ardían de vergüenza y de rabia. No había podido resistir. Harto se daba cuenta de que el miedo le había atenazado y que su padre le dominaba y le imponía su voluntad. Sí, se había mostrado cobarde. Había renegado de su amor, de su nueva vida. No había sabido defenderlos a os ojos de los hombres. Se había avergonzado de Evelyne y de los lazos que le unían a ella. ¿Qué podía esperar del porvenir si cedía ante el primer obstáculo, si hasta aquel punto juzgaba su causa insostenible, si ni siquiera había intentado legitimarse a sí mismo? Dudaba y ya no se sentía seguro de sí mismo. Un sordo sufrimiento le oprimía el corazón: el asco, el ponzoñoso remordimiento que sigue a la primera traición.

CAPÍTULO XIII

Jean Doutreval siguió en pos de su hijo. El hombre que vio Michel al pasar estaba tendido sobre el diván, desnudo de la cintura para abajo. Groix, con la lanceta en la mano se hallaba inclinado sobre él. A cada corte del bisturí el hombre se sobresaltaba aterrado y gritaba:

—¡Dios mío!

—No te muevas —dijo Groix, con voz tranquila—. Extrae el pus, Regnoult.

Regnoult, flemático, con una laminita de cristal en la mano, se acercó y recogió unas gotas de sangre amarilla y purulenta.

Doutreval, echó una ojeada al chancro.

—El análisis es para un camarada —explicó Groix.

—Perfectamente. Mis apuntes, Groix.

Groix tendió a su «patrón» un fajo de cartulinas. Doutreval lo cogió y se marchó. Subió la escalera y volvió a su despacho.

Sentado en su gabinete, bajo la luz amarillenta de una lámpara eléctrica con pantalla de níquel, Doutreval se sumió en la lectura de las notas. El tiempo era caluroso. Toda la estancia estaba sumida en la penumbra. Sólo aparecía iluminado aquel círculo de luz. La mano del hombre doblaba lentamente las blancas cartulinas. En aquellos momentos, Doutreval se olvidaba de todo. Afuera, llovía. La lluvia dejaba oír en los cristales su monótono golpear. Doutreval se sentía a maravilla. Aquellos momentos eran los mejores de su vida.

Las notas tomadas por Groix en los dos días anteriores eran valiosas. Al parecer, la acción del curare era magnífica. Ninguna fractura ni choque moral alguno se producían en el enfermo, y los médicos no se mostraban como antes temerosos y aprensivos. Que la mejoría del enfermo mental se notara tan sensible como con el antiguo método, y la curarización habría ganado la partida. Si en aquel momento hubiera sido posible detener el curso de los pensamientos de Doutreval, como si se cortara una rodaja de agua helada de un río, se hubiese visto sin duda, en la superficie, el trabajo de la inteligencia; una atención extrema por las notas de su ayudante. Debajo —menos visible—, la idea del éxito inmediato, fuertemente coloreada de una exaltación orgullosa, sumamente agradable. «He llegado al final… Triunfo… Gloria… Genio…». Más oculta todavía y mucho menos visible, casi inconsciente, una tercera capa de pensamientos involucrados en un elemento desagradable: «Ha sido Groix, quien ha pensado el primero que…». y en el fondo, oscura, rechaza, iluminada apenas por un postrer residuo de conciencia, bajo el triple espesor de los otros pensamientos, la última idea confusa, uno de esos deseos casi subterráneos que jamás se confiesan: «Callar la intervención de Groix… No decir nada…». esta cuádruple capa de pensamientos y tal vez otras más llenaban la mente de Doutreval mientras él se imaginaba única y totalmente ocupado en descifrar los apuntes de su ayudante. Sabríamos muchas cosas sobre nuestro profundo orgullo y la tiranía de nuestro yo, si en los instantes en que actuásemos sondeáramos en lo más recóndito de nosotros mismos.

El despacho se iluminó de pronto con una luz cegadora. Una mano acababa de dar vuelta al conmutador eléctrico.

—Soy yo.

Era Fabienne. Estaba de pie en el umbral de la puerta: delgada, un poco pálida, con sus negros y ensortijados cabellos en torno a la cabeza y la frente, y el rostro alargado y grave de muchacha

española. Fabienne terminaba su último año de colegio. En posesión del grado de bachiller, pasaría una temporada en al clínica, sería enferma y trabajaría luego con su padre. Era el sueño dorado de los dos.

Doutreval la miró sonriente, un poco cansado, con los ojos fatigados por la lectura de la indescifrable caligrafía de Groix. Fabienne le besó, dio una vuelta por el despacho y volvió abajo, donde Groix y Regnoult ultimaban los análisis. Tenía en gran estima a los dos discípulos de su padre. Groix la hacía enfadar, y con su verborrea de estudiante le explicaba espeluznantes historias. Regnoult, menos malicioso, le daba cuenta de sus trabajos, la instruía, la interesaba y halagaba un poco su vanidad de colegiala todavía ingenua haciéndole la corte de una manera asaz regocijante, que uno y otro por otra parte, tomaban a chanza. Groix asustaba un poco a Fabienne. Alto, rubio, dejándose a veces por espacio de quince días la barba en forma de collar, descuidada ex profeso para «épater le bourgeois», y exhibiendo aquella profunda cicatriz en la mejilla, cosechada al sujetar a un loco que quiso matar a Doutreval a botellazos, hablaba en voz alta, reía a mandíbula batiente, se imaginaba pavorosos relatos que nunca se sabía si eran verdaderos o falsos y hablaba de amor y las mujeres con señalado desprecio. Regnoult, de tez morena, cabello ondulado, facciones regulares y ojos castaños, dulces y penetrantes a un tiempo, vestía siempre con pulcritud, se afeitaba todos los días, se perfumaba el pañuelo de bolsillo y se limpiaba las uñas con piedra pómez terminados los trabajos de laboratorio. No le desagradaba a Fabienne que sus compañeras la vieran de vez en cuando en compañía de Regnoult.

—Venga usted a ver un treponema, señorita Fabienne.

Fabienne, curiosa, aplicó el ojo al ocular del microscopio y contempló un instante, dentro de un círculo de luz anaranjada, los siniestro espirilos negros de la sífilis. Luego quiso ver los bacilos, células y líquido cefalorraquídeo. Regnoult cambiaba las laminillas, regulaba el microscopio y daba explicaciones. Después, Groix llamó a Fabienne para que le «lavara la vajilla», como solía decir. Lavar la vajilla consistía en enjuagar los tubos, probetas «Bécher» y «Erlenmeyer» y objetos de cristal de toda clase que una vez usados suelen tirarse, pero que Groix, hombre ahorrativo, limpiaba y esterilizaba, cuando era posible, para volver a utilizarlos.

Fabienne abrió varios grifos, vertió agua de javel y lavó bocales y probetas. A veces sentía reparos ante un frasco lleno de un poco de sangre coagulada, gelatinosa y compacta, en el fondo de un vaso.

—¡Uf! —exclamó Fabienne—. ¡Groix! ¡Groix!

Groix acudió en seguida, cogió con los dedos el coágulo oscuro, agrietado, tembloroso y lo tiró desde lejos en el cubo de la basura.

—¡Oh! —exclamó Fabienne horrorizada, mientras Groix limpiaba el vaso en el grifo, derramándose por sus manos y sus velludas muñecas el agua rojiza de aquella sangre de sifilítico—. ¡Qué repugnante es esto!

Groix se fue, sonriendo, a aspirar con la boca un poco de suero humano en el tubo de cristal, un poco de antígeno para elaborar una reacción de Meinicke, del mismo modo que hubiera chupado la pajita de una limonada en la «Taverne du Roi René». Luego cogió el tapón de algodón que tapaba un viejo frasco de pestilente orina, y le pegó fuego, como a una antorcha, al mechero del gas para encender el cigarrillos.

—¡Un día atrapará usted algo! —dijo Fabienne.

—No hay peligro —respondió Groix—. Es cuestión de virulencia. Y como yo soy más virulento que el microbio, es él quien reventará.

Entretanto, Regnoult, sentado a horcajadas en un taburete, con el ojo en el microscopio y el rostro iluminado por el pálido reflejo de la gran vasija de cristal llena de agua azulada, escrutaba un esputo pequeño disco luminoso, salpicado de manchas. Sumergíase en lo más profundo de aquel universo, maniobraba las cremalleras entre los dedos pulgar e índice, escudriñaba a derecha e izquierda, avanzaba, retrocedía, penetraba en profundidad, exploraba más lejos y realizaba un largo y complicado viaje en el seno de aquel inmenso infinitesimal vestigio de esputo colocado sobre una laminita de

cristal: en ese otro mundo tan cercano y tan inaccesible a él como una estrella en el fondo de un telescopio; en ese mundo en que vegeta, luchan, crecen y desaparecen, espantosamente extraños e indiferentes a nosotros, a nuestro tiempo, a nuestra especie y a nuestro destino, esas polvaredas vivientes que tejen su existencia a través de la de los hombres, sin saberlo y a costa a veces, de pavorosos estragos.

Fabienne terminó la «vajilla». Luego fue nuevamente a ver a su padre. Éste seguía trabando. Sólo levantó la cabeza para dirigirle la distante sonrisa de un ser que se halla en espíritu en otra parte. Fabienne ordenó un poco el despacho. Silbaba un mechero Bunsen. En una estufa de esterilizar ardía la llama de gas. Desde el rincón donde Fabienne iba clocando los objetos de cristal se oía el ruido de leves y discretos tintineos, de porcelanas que entrechocaban. En otra parte goteaba un grifo, dando rítmicamente una leve nota musical. El ambiente estaba saturado de un húmedo calorcillo. Afuera llovía. Todos aquellos ruidos familiares no llegaban a turbar el silencio. Se estaba muy lejos del mundo. Aquellas horas eran las mejores de toda la vida de Doutreval. Leía, subrayaba y tomaba apuntes. Y la conciencia confusa de la presencia de Fabienne le producía una íntima sensación de dulzura.

Y cuando ésta, una vez terminada su tarea, cogió como de costumbre un mullido almohadón y se sentó en el suelo a los pies de su padre para leer en silencio una novela de Walter Scott, Doutreval se sintió completamente dichoso.

Los efectos de la curarización fueron verdaderamente notables. Al cabo de quince días, el joven tratado por Doutreval comenzó a levantarse y a interesarse por el mundo exterior.

A partir de entonces, Doutreval procedió a una serie de ensayos sobre una quincena de hospitalizados en el asilo de Saint-Clément. Algunos colegas de los departamentos vecinos le autorizaron a intentar la misma experiencia sobre os enfermos que se hallaban bajo su tratamiento. En aquellos días Doutreval se desplazó continuamente de asilo en asilo: de l'Orne a Cher y de Nantes a Tours. Aplicaba la primera inyección y regresaba a Angers. Groix no se movía del hospital para observar las consecuencias y anotar por escrito las observaciones. El joven ayudante llevaba una vida agotadora, pero le sostenía el entusiasmo. Hubo un momento de vacilación al determinar la dosis del curare a emplear, y luego para fijar el ritmo según el cual había de provocarse los accesos. Pero las dificultades exaltaban a Groix. Exploraba el país, saltaba de un tren a otro, visitaba los asilos, acumulaba fichas, y entregaba cada semana al «patrón» abultadas carpetas llenas de detalles y cifras, mientras Regnoult, de temperamento más reposado, suplía a Doutreval en la Facultad, daba sus clases y asumía por su cuenta la vigilancia de los enfermos de «L'Egalité» y de Saint-Clément.

En resumen, Doutreval dominaba completamente su procedimiento. En un momento dado provocaba en los locos las convulsiones apetecidas. En los casos de demencia ya antigua, el resultado era nulo. Pero entre los enfermos que estaban en los comienzos de su evolución, podía contarse un 80 u 85 por ciento de mejorados, y un 15 por cinto de refractarios.

—¡Y aún haremos cosas mejores! —decía Groix.

Doutreval decidió publicar, con destino a la Academia de Medicina, un estudio sobre la «convulsoterapia mediante el curare y el pentametilentetrazol».

Fue Groix quien tuvo la idea del curare. Bajo el impulso del entusiasmo, Doutreval pensó por un momento asociar directamente a su obra a Groix y a Regnoult, uniendo al suyo, en su publicación, los nombres de sus dos ayudantes. Incluso se lo había sugerido a Groix después del éxito del curare. Pero en última instancia no se decidió a menguar su éxito compartiéndolo con otros. Cuando Groix vio por primera vez en el despacho del «patrón» la abultada carpeta azul con el trabajo ya terminado, al que sólo faltaban las correcciones de estilo de Regnoult —pulcro escritor— y leyó en las tapas el título con gruesos caracteres de letra y debajo únicamente el nombre del profesor Jean Doutreval, hizo un gesto

de sorpresa y palideció un poco. Y hasta la cicatriz de la mejilla pareció haberse enrojecido. Durante los días siguientes dejó de dar muestras de su habitual exuberancia. Luego recobró su buen humor y ya no se habló más de ello. Por otra parte, Doutreval se refirió, en el curso de una conversación, a un gran Centro de curarización aún en proyecto que sería realidad un día con el apoyo de Géraudin y de sus amistades políticas y en el que, por supuesto sus dos ayudantes de la primera hora tendrían asegurada una situación magnífica. Groix, buen muchacho y filósofo, no tardó en olvidar lo que después de todo no era a su parecer sino una falta de delicadeza.

CAPÍTULO XIV

La existencia de Evelyne experimentó una transformación. La amistad de Michel la había salvado de la extrema miseria en que antes se hallaba sumida. Poseía ahora algunas pequeñas y modestas cosillas, algo de ropa, unas babuchas y un costurero con todo lo necesario. Ya no se aburría. Michel le dejaba periódicos y libros que sacaba de la biblioteca de su casa. Le había comprado lana, agujas, cartón y cintas. Evelyne comenzaba a trabajar un poco. A mediodía se presentaba Madeleine Daele y enseñaba a la enferma a construir cofrecillos o pequeños marcos. Las horas pasaban de prisa. Casi todos los días, a la caída de la tarde, llegaba Michel al pabellón contiguo. Evelyne reconocía de lejos su paso sobre la gravilla. Y su corazón cesaba de latir. Michel subía la escalera y seguía luego el pasillo que conducía al cuarto. Evelyne sentíase entonces invadida por una emoción singular, una conmoción de todo su ser, como si fuera a morir. Al entrar Michel, Evelyne era incapaz de darle las buenas tardes. Antes de fijar los ojos en él y contestarle, volvía la cabeza y le dejaba hablar unos instantes. En presencia de Michel, y sin saber por qué, una extraña emoción le oprimía la garganta hasta hacerle sentir deseos de llorar. Sin embargo, aquellos momentos eran para ella infinitamente dulces y preciosos, y la espera de los mismos iluminaba sus largas y resignadas jornadas. Jamás hubo nada entre ellos. Sólo aquella intensa emoción común, aquel choque, aquel gozo profundo y oculto que los tornaba unos instantes torpes y silenciosos cuando estaban uno frente a otro.

La salud de Evelyne mejoró notablemente. Tenía mejor aspecto. Y hasta el viejo Ribières lo hacía notar, sin mostrarse sorprendido, a Madeleine Daele. Profesor de otro tiempo y escéptico en cuanto a la eficacia de las drogas y tratamientos a base de medicamentos, aprendió a valorar al importancia del factor moral en al enfermedad. Las enfermeras y las hermanas le habían puesto al corriente de las visitas de Michel. En el espacio de un mes notó en la enferma un aumento de peso de dos kilos, la completa desaparición de la fiebre y un cambio indudable en las opacidades pulmonares. También Evelyne se encontraba mejor. Pudo levantarse un poco, arreglar la habitación y hacerse la cama por sí misma. Esta resurrección la dejaba maravillada.

—Quizá llegue a curarme —dijo a Michel—. A usted se lo deberé.

—¿A mí? —exclamó Michel.

—Sí, sí… Cuando salga de aquí no ignorará usted que mi curación ha sido obra suya.

Permaneció un instante pensativa; y luego murmuró:

—Y, sin embargo, me apena tener que salir… Puede usted creerme…

—¿Acaso no estaría usted contenta? —dijo Michel—. Recobrar la libertad, la salud, la vida… Sabe usted muy bien que nada cambiará, puesto que amigos como nosotros no se olvidan nunca más ni se abandonan…

Evelyne guardó silencio y sonrió, con una sonrisa que mortificó a Michel porque adivinaba en ella una sensatez y una experiencia superiores a la suya, y porque se daba cuenta de que la muchacha se callaba únicamente por no volver a empezar una discusión inútil.

Por aquellos días se marchó Seteuil.

A raíz de la muerte del profesor Suraisne, comprendió que tenía que renunciar al profesorado. Tanto él como Vallorge estaban pendientes del éxito de Suraisne.

Gracias a su noviazgo con Mariette Doutreval, Vallorge veía consolidadas sus esperanzas. Mas para Seteuil, la partida estaca comprometida. Más valdría no peder el tiempo y establecerse en seguida. Estaba seguro de conseguir una clientela.

Durante algunas semanas vaciló. Madeleine no le daba punto de reposo y Seteuil correspondía a su estima más por hábito que por otra cosa. Pero una carta que recibió de su madre le decidió. Le proponía

en ella un partido ventajoso, la hija de un granjero de Pas-de-Calais, con una dote de trescientos mil francos. Con esta cantidad podría montar un gabinete moderno, con rayos X y ultravioleta y los útiles niquelados que tanto impresionan a la clientela.

Una mañana, Seteuil comunicó a Madeleine que tenía la intención de llegarse a casa de sus padres. Una ausencia de una semana a lo sumo. Y se marchó. Cuatro días después Madeleine recibió una carta de Seteuil en la que éste le decía que no podía oponerse a la voluntad de su madre, que había sacrificado toda su vida para verle triunfar. No tenía derecho a defraudarla y por ello suplicaba a Madeleine que no pensara más en él.

Al cabo de dos meses se supo que había contraído matrimonio con la hija del granjero. No lo comunicó a ninguno de sus amigos de la Facultad por temor a un arrebato de cólera y a un escándalo de Madeleine. En general, se le juzgó duramente. En la abogacía y el notariado rara vez se casa uno con la amante. La medicina es uno de los escasos ambientes en que uno se obstina en hacerlo. Hasta el viejo Ribières, que apreciaba mucho a su enfermera, declaró:

—¡Es un granujilla!

Santhanas seguía llevando la existencia apacible y holgazana de estudiante «amateur», viviendo de ciertos ingresos sobre cuya procedencia se mostraba asaz discreto.

Un súbito acontecimiento trastornó aquella felicidad.

En su pabellón de L'Egalité, Bernard Géraudin tenía en observación desde hacía algunos días un caso digno de interés. Tratábase de un buen hombre que tenía algo en el recto. Probablemente un cáncer. Más para saberlo era preciso analizar las deposiciones. Si contenían sangre se aplicaría al enfermo un ano artificial. Géraudin había encargado a Santhanas que hiciera el análisis. Y o hizo llamar al salir del quirófano.

—¿Y el análisis?

Santhanas tuvo una imperceptible vacilación.

—Está terminado, señor —dijo.

—¿Qué resultado?

—Positivo —declaró Santhanas con voz firme.

—Está bien. Gracias.

Pero Géraudin sabía ejercer su profesión de «patrón» y lo fiscalizaba todo personalmente. Bajó a la sala de los cancerosos y se detuvo ante la cama del pobre diablo. Géraudin dio orden de que lo desnudasen y lo examinó en presencia de los estudiantes, explicándoles las señales y los síntomas. Luego dando una palmadita en el hombro del desgraciado, le dijo en tono familiar:

—¿Qué tal va esto, abuelo? ¿Ha comido usted bien?

—Sí, señor doctor.

—¿Ha tenido usted restreñimiento? ¿Ha evacuado esta mañana?

—Sí, seor —repuso el paciente.

—¿Dónde?

—En el retrete, claro.

—¡Cómo! —rugió Géraudin.

Y volviéndose hacia Santhanas, agregó:

—¿Es que va usted a contarme, so fresco, que ha metido usted las manos en el retrete para recoger las deposiciones de este hombre? Si le hubiese creído a usted le hubiera practicado un ano artificial. Váyase, por favor. No vuelva usted a mi servicio.

Parecía que iba a abalanzarse sobre Santhanas. Éste, un poco más pálido que de costumbre, retrocedió, dio media vuelta, se abrió paso entre los estudiantes, salió de la sala y se marchó.

Una aventura semejante equivalía a un despido. A Santhanas no le quedaba otro remedio que terminar rápidamente su tesis y establecerse.

Pensó hacerlo en Angers. Pero un segundo incidente dio al traste sus propósitos. Tomando café una tarde con Tillery y Michel en la terraza de un café, se acercó a él, por detrás, un muchacho con sombrero flexible, le dio una palmada en el hombro y exhibió un carnet de agente de policía.

—¿Te llamas Santhanas…? pues bien, amigo, te advierto que te están vigilando. Si continúas divirtiéndote en vivir a costa de las mujeres, te costará dinero. ¿Has comprendido?

Santhanas tragó saliva y no contestó. Por ello Michel se enteró de que su amigo tenía una amante, una muchacha que trabajaba en un bar de la ciudad.

Desde hacía mucho tiempo Santhanas había pedido a Tillery, que no carecía de imaginación, un tema de tesis. Tillery le preparó toda la tarea, un estudio interesante sobre ciertos trabajos a los cuales había asistido al lado de Doutreval: ensayos de tratamiento de la esquizofrenia mediante el coma hiperinsulínico provocado con anterioridad a la crisis de epilepsia artificial. Santhanas no había puesto nunca los pies en el asilo de Saint-CLément. Así que entregó toda la documentación de Tillery a un estudiante pobre de tercer año que se encargó por mil quinientos francos, de la composición y la redacción. Santhanas buscó dónde establecerse. Tuvo suerte. Por aquellos días heredó veinticinco mil francos de un tío ya anciano que falleció si n dejar otro heredero que él. Había ya suficiente para los primeros gastos. Santhanas, provisto de este dinero, se estableció en un pueblecito normando que carecía de médico y de farmacia. No le faltaba al muchacho el sentido comercial. Al lado del gabinete médico abrió en seguida una farmacia. No se tardó en saber que prosperaba y que incluso practicaba intervenciones a domicilio, lo que hizo rabiar a Tillery.

—Esos gorrinos —decía— son los más peligrosos. En cambio, un individuo como yo, que no he hecho gran cosa, pero que soy honrado, se siente turbado ante un enfermo. Uno se da cuenta de lo limitado de sus conocimientos y entonces reclama la colaboración de un colega. Por lo menos no se comete ningún desliz de gravedad. Pero hombres como Santhanas son una verdadera plaga.

También Tillery se marchaba fuera. Sin embargo, no le iban del todo mal las cosas en Angers. Tenido en gran estima por la gente modesta y los obreros, poseía un innegable don de gentes, era concienzudo y abnegado y además bondadoso. Y adoraba a los chiquillos. Su clientela iba en aumento. Una mañana recibió en su gabinete a una joven mecanógrafa parisiense que pasaba unos días de descanso en el Anjou, en casa de una tía suya, y que fue a consultarle a propósito de una muñeca dislocada. Tillery se interesó de tal modo por su cliente que no se hababa de otra cosa que de un posible noviazgo. En resumidas cuentas, Tillery se casaba y se iba a vivir a París con su mujer porque la madre de ésta, viuda, poseía en la capital una tiendecita de ultramarinos que le producía lo suficiente para vivir.

Y Tillery, perdidamente enamorado a pesar de sus chanzas y del supremo desdén hacia el «sexo débil» de que se vanagloriaba, no quiso separar a su mujer de su madre. Así que, abandonando Angers, se disponía a salir hacia París.

—Abriré allí un nuevo gabinete —dijo—. Cuando las muchedumbres de la capital se enteren de que el gran Tillery se molesta por ellas…

Organizó una velada de despedida, cuyo recuerdo subsistió largo tiempo. En la «Taverne du Roi René» se celebró un «punch» monstruoso con kirsch. A primeras horas de la madrugada varios notables de la ciudad vieron interrumpido su sueño por el rabioso carillón que hacía sonar un gato colgado de la cola a la campanilla. Desde hacía quince días, Groix, hombre previsor, había guardado con aquella intención una docena de gatos en las jaulas de cobayos del laboratorio de Doutreval. Ya de día, numerosos comerciantes de la ciudad quedaron sorprendidos ante el inesperado cambio de muestras. El dorado rótulo de un notario exornaba austeramente la azulada fachada del «Nina-bar». Y en el dintel de la puerta de M. Meniez, el alguacil del juzgado, balanceábase la gigantesca jarra de una

taberna de los suburbios con la inscripción «A la jarra de vino». Pero en aquella hora Tillery dormía beatíficamente en el expreso Angers-París.

Entretanto, Jean Doutreval trabajaba con ahínco pasándose buena parte de las noches en su despacho. Estaba apunto de lograr su objetivo. Regnoult, que escribía con buen estilo, estaba dando los últimos toques a la redacción de la comunicación que había de ser dirigida a la Academia de Medicina. El hecho era ya del dominio público, y algunos psiquiatras escribían a Doutreval en demanda de detalles y artículos. No obstante, tenían que proseguirse las experiencias y examinar las mejoras que se iban produciendo. Y ello sin contar con que era necesario observar una y otra vez a los enfermos curados o mejorados desde tiempo, con objeto de poder afirmar a ciencia cierta la duración de los efectos obtenidos. No faltaban tampoco casos delicados, como, por ejemplo, enfermos que se habían vuelto locos y otros que sufrían dolores en la espina dorsal. Había que indagar la causa de todo a fin de poder contestar a los que formularan objeciones, que no faltarían. Todo ello extenuaba a Doutreval. Groix sobre todo, se mostraba terrible, absoluto, e intransigente. No dejaba ninguna interpretación a oscuras. Destacaba los más nimios inconvenientes del método. Lo quería perfecto e intachable. Opinaba que no debía de ocultarse nada, anticiparse a las críticas, confesar las imperfecciones y no dar un paso sino sobre terreno firme. Sin darse cuenta, sometía el orgullo de su «patrón» a pruebas martirizadoras, exasperando con su inexorable criba la viva susceptibilidad de su maestro. Había momentos en que Doutreval, no pudiendo con sus nervios, odiaba a Groix y hubiera experimentado un indecible placer enviándolo a paseo.

La única distracción de Doutreval, consistían en preparar el futuro hogar de su hija Mariette. El mobiliario corría a cargo de Vallorge, mientras que Doutreval atendía a la decoración de la casa. Esto le complacía y le divertía. Como muchos médicos, era muy culto, tenía gustos artísticos y sentía curiosidad por todo. Para que su Mariette tuviera un hogar confortable destinó a ello sesenta mil francos. Interesábase también por el ajuar de su hija, por su vestido blanco, la comida, la misa y las amistades a quienes invitaría. Todos estos preparativos apasionaban a Mariette y ello incitaba a Doutreval, a ocuparse con más ahínco de todas aquellas cosas. Sentía por su hija mayor un cariño en el que figuraba buena parte de gratitud y de respeto. Se daba perfecta cuenta de lo que le debía. Mariette había sustituido a la madre y se había hecho cargo del gobierno de a casa. Era una muchacha sensata, de heroicas virtudes. Con el corazón rebosante de alegría la veía regresar a buen paso del mercado, acompañada de la sirvienta, con una red llena de legumbres en cada brazo, sana, robusta, el rostro iluminado, como una celosa ama de casa a quien le importa un comino lo que piensen de ella. O cuando elaboraba confitura de grosella, con los rollizos brazos arremangados, el rostro purpúreo y brillándole gotitas de sudor en la raíz de sus cabellos dorados. O cuando se dedicaba a la caza de las telarañas con la cabeza cubierta con un pañolón anudado a modo de turbante y las mejillas tiznadas como un deshollinador. Silbaba como un mirlo y poseía un vasto repertorio de viejas canciones. Y de arriba debajo de la casa se la oía trajinar, cambiar muebles de sitio, barrer, dar órdenes a la servidumbre y cantar la romanza de Ariodat:

Se va la primavera, no dejéis escapar la felicidad…

O la vieja tonadilla que cantaba su madre y que ella recordaba:

Si esto es lo que llaman amor
Yo amo, yo amo,
Y soy dichosa al amar…

Era la alegría de Doutreval y el sol de la casa.

Al verla de aquel modo, al sentir hasta qué punto aquella criatura de veinte años esta enraizada en su propia carne, en lo más profundo de su viejo corazón, hasta qué punto su propia vida estaba apegada a la de su hija, entonces, sin saber por qué, Doutreval pensaba en sus propios padres. Ahora comprendía lo que él había sido, lo que él había representado para ellos.

Lo que ellos le habían hecho partícipe de las penas de su alma, de su corazón y de su vida. Pensaba en ello con una infinita ternura, sintiendo el cruel remordimiento de las pequeñas ingratitudes con que pagamos a quienes nos han puesto al mundo y sólo han vivido para nosotros. Es necesario que uno tenga una hija de veinte años para comenzar a comprender el amor que se debe a un padre.

—Veamos —dijo Doutreval—, ¿quiénes vendrán al banquete de bodas?

Se hallaban todos en el comedor una noche después de cenar. Michel comía una manzana antes de irse a trabajar en su curto, y Mariette, con ayuda de Fabienne, quitaba la mesa.

—Eso es cosa tuya, papá —dijo Mariette—. A mi parecer tenemos que invitar, primeramente, a los Géraudin…

—Por supuesto.

—A Donat…

—Sí,… sí. Este año forma parte del jurado… Pero no sé si vendrá. Con aortitis… También invitaré a Guerran y a su mujer y a sus hijos. Naturalmente, tampoco deben faltar los Heubel, ¿verdad, Michel?

—Me es completamente indiferente —respondió Michel.

Mariette lo miró sorprendida y contempló después a su padre. Doutreval frunció el entrecejo.

—¿Y a tus ayudantes? —prosiguió Michel—. ¿También invitarás a Groix y a Regnoult?

Pronunció estas palabras con un leve matiz de ironía que por el momento pasó inadvertido a su padre.

—Naturalmente —dijo Doutreval.

—¡ah! ¿Y crees que están contentos?

—No veo ningún motivo…

—¿No eres este año del jurado de agregación?

—Sí.

—¿Y patrocinarás a Ludovic Vallorge?

—Sí.

—Después de haber prometido votar a tus ayudantes…

—¡Oh! Ya me las arreglaré. Les he explicado ya las causas. Dentro de tres años Heubel o Géraudin formarán seguramente parte del jurado. Y yo me pondré de acuerdo con ellos para que protejan primero a Regnoult y luego a Groix…

—¿Así Vallorge será agregado tres o seis años antes que ellos? Eso no es justo.

—Desde el momento que lo aceptan, Michel… —intervino Mariette—. Si han comprendido que de esta manera…

—¡Es igual! —dijo Michel—. ¡Todas esas componendas me asquean!

—¡Por Dios! —exclamó Doutreval—. Pero dime, ¿qué harás tú mismo cuando seas nombrado jefe de la clínica de Géraudin o de Donat? ¿Acaso vas a rehusar bajo el pretexto de que yo soy tu padre? Y si te casaras con la hija de un «patrón», de Heubel pongo por caso y él te diera una mano ¿acaso rechazarías su apoyo?

—¡Jamás me casaré con Simone Heubel! —dijo Michel—. En cuanto a toda esa política nada tiene que ver, a mi juicio, con la medicina. No; esto no es ni ha sido nunca la medicina. Y nunca haré política de esta clase.

Y dicho esto se levantó de la mesa.

—¡Bah! —exclamó Doutreval.

Michel se dispuso a salir

—¡Papá! —murmuró Mariette.

—¡Un momento! —dijo Doutreval—. Tengo que decirte dos palabras.

Fabienne escuchaba en silencio.

—Michel —añadió Doutreval—, ya sabes que estoy al corriente de todo. Hasta ahora he tenido paciencia. Confiaba en tu buen sentido. Tus palabras y tu actitud demuestran que me he equivocado. Has cambiado. Empleas vocablos nuevos y un sentimiento de rebeldía y un modo de ser… Te estás adentrando en la metafísica, en la ideología, la mascarada de los grandes sentimientos, de los ademanes grandilocuentes… Es hora ya de poner fin a todo esto. Yo te ruego, es más, deseo formalmente que ceses en tus visitas al sanatorio y des por terminadas tus relaciones… no quiero saber más ¿Has comprendido?

—¡Papá! —murmuró nuevamente Mariette.

—Cállate, Mariette. Te doy una semana de plazo, Michel. No quiero mostrarme brutal. Dentro de una semana debe quedar todo terminado. Y me hago cargo de las cosas. Sí tú…

Vaciló un momento a causa de Fabienne, que estaba escuchando.

—Si han ocurrido cosas graves, si esa persona se considera engañada y perjudicada en esta aventura, estoy dispuesto a reparar tus yerros. Pongo a su disposición una suma que puedes determinar tú mismo; diez mil, quince mil francos… para librarte de esto, los daré de buen grado, hijo mío. Ahora, manos a la obra. En todo caso, ya sabes cuál es mi deseo.

Levantóse, dobló la servilleta y salió. Oyóse el rumor de sus pasos al avanzar por el pasillo que conducía al laboratorio y el seco golpear de su bastón.

Michel, sonrojado, enormemente turbado ante sus hermanas, permaneció un instante inmóvil. Mariette se compadeció de él y condujo a Fabienne hacia el tocador. Michel quedó solo.

—¡Qué imbécil! —dijo Fabienne a Mariette, soltándose, de pie, ante el espejo las largas trenzas enrolladas.

—Tú no puedes juzgar —dijo Mariette—. Eres demasiado joven. ¡Dieciocho años! En primer lugar, ni siquiera debes de haber comprendido.

—¿Apruebas entonces la conducta de Michel?

—No, no, por supuesto… pero me da pena… Tu hermano es bueno. Estoy segura de que ha sido cosa del corazón.

Fabienne se encogió de hombros.

—Puesto que papá se aviene a pagar…

—No todo se paga.

Sin embargo, la pesadumbre que adivinaba en el corazón de su padre exasperaba a Fabienne contra Michel.

—¡Qué mal corazón! ¿Crees, pues, de razón que Michel siga torturando a nuestro padre?

—Yo no digo esto.

—En fin, dejémoslo en las manos de Dios. Quizá la muchacha acepte el dinero —dijo Mariette con un suspiro.

—¿Por qué no ha de aceptarlo? —preguntó Fabienne.

—Eres demasiado joven —insistió Mariette—. Tú no sabes lo que es amar.

—¡Demasiado joven! ¡Demasiado joven! —exclamó Fabienne encolerizada—. Escuchen a la abuela.

—En fin —suspiró nuevamente Mariette—. Esperemos que se trate de una muchacha sin importancia.

—¿Acaso puedes creer que sea otra cosa?

—Fabienne —dijo Mariette—, te repito que…

—¡Oh, basta! me estás sacando de mis casillas con tus ínfulas de mujer experimentada. Me voy.

Nada indignaba tanto a Fabienne como verse tratada como una chiquilla.
—¿Adónde vas? —preguntó Mariette.
—Al laboratorio.
—No te acuestes tarde, Fabienne. Mañana por la mañana tienes clase. Y no tienes buen aspecto.
—Tengo muy buen aspecto—afirmó Fabienne.
—En todo caso, son las nueve. Te llamaré a las diez. Ahora vete.

«Las ventajas de tal procedimiento —leía en voz baja Doutreval— son indiscutibles: las fases tónica y clónica son mucho menos violentas. No asistimos ya a esos espasmos del tronco brutalmente desviado y convulso. En una palabra, la angustia del paciente, habitualmente tan característica, ha sido singularmente atenuada mediante la curarización previa…»

A la luz de la lámpara, en el sosiego de su silencioso despacho, Doutreval releía las frases breves, claras y elegantes de Regnoult. Aquella noche no fue, como de costumbre, a ver a su amiga Jeanne Chavot, a *El progreso social*. Su cólera se había ya disipado. Llegó al laboratorio furioso contra Michel, fuera de sí por haber tenido que reprimirse en el curso de una conversación, en la que, de haberse escuchado a sí mismo, habría simplemente dado una orden imperativa y tajante. Para un padre es siempre un momento penoso aquel en que se da cuenta de que su hijo ya todo un hombre, se emancipa y escapa a su tutela, en que hay que contar con él y tratarlo con miramientos en lugar de ordenarle. De índole imperiosa, Doutreval sufría por ello más que cualquier otro. Sin embargo, se sumió de nuevo en su trabajo. Encima de su escritorio le esperaba la comunicación para la Academia de Medicina, leída una y otra vez y retocada por la experta pluma de su ayudante. Doutreval se sentó, abrió la carpeta y se sintió tranquilizado.

Entró Fabienne arrebujada en su grueso batín color granate. Acomodóse a los pies de su padre, sobre una gran almohada, con el «Ivanhoe» en la mano. Como de costumbre, Doutreval se hizo un poco atrás para hacer sitio a su hija. Éste había soltado sus trenzas y desparramado sus tupidos cabellos negros sobre el peinador. Doutreval, entregado a la lectura, jugaba con gesto maquinal, con la tibia cabellera de su hija, dispersa bajo su mano. Sin darse cuenta estaba contento de tenerla a su lado, sobre todo en aquel momento en que Michel le había hecho sangrar una vez más el corazón. Articulaba en voz baja las frases breves y al mismo tiempo densas de Regnoult, una prosa sonora y ligera en la que nada encontraba de su propio esfuerzo, de aquella compacta exposición científica que tan laboriosamente bosquejara durante meses enteros. La pluma mágica de Regnoult, al pulir aquel mamotreto, lo había trocado en unos días en la construcción clara y armoniosa. Nada faltaba, ni la sal ática, ni el vocablo que regocija o recrea, ni las explosiones de franqueza, ni el reconocimiento leal de los fracasos, ni las expresiones de modestia y las sinceridades científicas, más lisonjeras al orgullo que el orgullo mismo, ni los puntos de vista osados e ingeniosos, ni las pausas tras los grandes efectos, que reclaman el aplauso. Así, visto a través de la magia del estudio, su descubrimiento le parecía a sí mismo más bello, más grande, más fecundo, más genial que nunca hubiera podido imaginarse. Y hasta los números cobraban una fuerza persuasiva completamente inédita.

«Así —leía Doutreval—, seamos sinceros: carecemos aún de suficiente perspectiva para apreciar en conjunto los resultados. Mas de ahora en adelante creemos poder afirmar que si las esquizofrenias antiguas no han sido influidas en su estado de demencia, las reacciones, en el 85 por ciento de los casos, acusan una remisión o una mejoría indiscutible. En cuando a las manías depresivas, se ha experimentado mejoría en todas ellas…»

Mientras Doutreval leía, acariciaba con la fría mano la nuca de su hija, buscando el calorcillo del cuello bajo la tibia suavidad de los frondosos cabellos. Pero no pensaba en esto. Habíase apoderado de él el orgulloso goce de la inteligencia. Cuando a las diez y media entró Mariette a buscar a Fabienne

para acompañarla a la cama, Doutreval se levantó para dar un beso a su hija menor, se acordó repentinamente de Michel y se sorprendió de hallarse tan lejos de aquella pequeña historia.

Dirigió se con paso cansino a su habitación. Le pesaba la cabeza y tras el cansancio de la jornada le dolía la pierna lastimada. Pero todo lo olvidaba. La alegría del triunfo le había producido un estado de exaltación. Olvidóse de Michel, de sus preocupaciones y de su fatiga. Atribuía este milagro al trabajo y pensaba:

«¡Trabajo! ¡Trabajo! Sólo esto sigue siendo verdadero».

Denominamos con frecuencia virtud a lo que en el fondo no es sino una manifestación de orgullo. Pues si Doutreval hubiera tenido que hacer el mismo esfuerzo a cuenta y gloria de Regnoult y de Groix, ¿hubiese experimentado la misma agobiadora alegría?

CAPÍTULO XV

—No venga usted más por aquí, señor Michel —le decía Evelyne cada vez que el joven Doutreval iba a verla—. La señorita Daele me ha hablado. Lo sé todo. Yo no puedo aceptar que sufra usted por mí.

—No quiero dejarla a usted —contestaba Michel.

Evelyne le miró con sus negros atemorizados ojos.

—Pues así tendrá que ser… Usted no sabe lo que es la vida, señor Michel…

—¿Acaso la conoce usted a su edad?

—Yo he vivido más que usted. He sufrido…

—Por eso precisamente no quiero que vuelva usted a sufrir.

La muchacha levantó ligeramente sus estrechos hombros.

—Ya estoy acostumbrada… A fin de cuentas todo será como antes, como antes de que viniera usted por aquí. Ser á mejor que no nos veamos más.

—¡Y es usted quien me lo dice!

—No quiero que por mi culpa sea usted desgraciado. Así estaré más tranquila… escríbame de vez en cuando… Estaba escrito que un día u otro teníamos que separarnos, ¿no es vedad? Es la vida… Yo no soy de su mundo, ni usted del mío… Es preferible que sea en seguida, antes de que… antes de que… sea demasiado penoso…

—¿Demasiado penoso?

Evelyne se sonrojó y balbució:

—Yo creo que… Quiero decir… Creo que tenía demasiado interés en verlo, señor Michel… ¡Me había vuelto estúpida! Sólo pensaba en eso… Hay que ser razonable.

—Jamás me avendré a estas razones —exclamó Michel.

—Pues así tendrá que ser. Será mejor… Ya no estaré tranquila si le veo por aquí. Todo ha terminado… Tendría demasiado miedo por usted.

«Déjeme señor Michel. Déjeme. Cada uno tiene trazado su destino. Ni usted ni nadie podría modificar el mío. No nací para ser feliz, esto es todo. Gracias a usted he tenido unos meses de felicidad. No le olvidaré jamás. Usted me ha hecho mucho bien y ha sido muy bueno para mí. Ahora todo ha terminado. Ya es bastante, y la vida no exige más. Sabía que esto había de ocurrir. Esperaba este día y me preparaba. Esté usted tranquilo, porquen o me faltan ánimos. Usted debe pensar en mí como en su primera enferma. Yo he sido su primera enferma… Evelyne, Evelyne Goyens… Un bello recuerdo para usted… Vamos, señor Michel, digámonos adiós y no vuelva más por aquí. Olvídeme. La vida le llama. Será usted dichoso, ya lo verá usted. Será un gran médico. Y más adelante, cuando lo sepa y me lo digan, tendré una gran alegría. No venga usted más… Déjeme…

También Mariette estaba angustiada. Y preguntaba a Michel:

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué esperas? Habla, dí algo, yo me las arreglaré con papá… ¿Qué proyectos rondan por tu cabeza? ¿Acaso la amas? ¿Has dejado verdaderamente de pensar en Simone Heubel? Hazme conocer a esa muchacha… Yo la veré y podré aconsejarte… Yo soy la mayor, Michel, y bien sabes que soy un poco tu madre. ¿Por qué no tienes confianza en mí?

Michel no respondía y se iba para no llorar. O replicaba ásperamente a una zahiriente alusión de Fabienne, y los dos hermanos acababan por disputarse. Fabienne tomó partido a favor de su padre. Le

mortificaban los amoríos de Michel por la pena que infligían a su padre y apoyaba su actitud. Mariette iba acongojada de un sitio a otro, lloraba en secreto e intentaba en vano una reconciliación, mientras que Ludovic Vallorge, no atreviéndose a tomar partido, se abstenía de abordar el tema limitándose a informarse discretamente cerca de los internos si Michel seguía frecuentando el sanatorio. En el fondo, aquella cuestión no dejaba de preocuparle, pues hubiera deseado algo mejor para su futuro cuñado.

Michel llevaba una vida atribulada. Nada le faltaba y vivía en medio de la abundancia; pero afuera conocía la más cruel de las miserias; la que se ceba en un ser amado. Jamás se le había revelado de una manera tan brutal esa injusticia que permite a unos derrochar el lujo mientras otros carecen de lo más necesario. Vivía al mismo tiempo en dos mundos distintos: el de la superabundancia y el de la más espantosa indigencia. Pasaba continuamente de uno a otro, se exasperaba y se rebelaba contra el dinero, la sociedad y las desigualdades. Hasta llegó a aborrecer a Fabienne y a Mariette por la vida regalada y demasiado feliz que llevaban, por aprovecharse de la iniquidad reinante. En otros momentos se dolía de la pena que abrumaba a su padre, echándose en cara su propia ingratitud y su impotencia en mandarse a sí mismo. Harto sabía donde estaba la sensatez. Loa abandonaba todo, comprometía su carrera, su posición, su porvenir, atormentaba a su padre, y bajo todos los puntos de vista, concebía una locura tal que ni siquiera se atrevía a confesarla a nadie. ¿Por qué retroceder? En su casa, en medio de los suyos, volvía a encontrarse a sí mismo y resucitaba el Michel de antes. La realidad estaba allí, en el transcurso de una vida normal, en el orden, la comodidad y la seguridad. Toda una existencia esperaba a Michel en armonía con la que había vivido hasta entonces. El puesto que había de ocupar estaba preparado, y determinado de antemano su rango social. Considerada bajo este ángulo, su aventura aparecía insensata, casi infantil y quimérica. Se juzgaba loco. No comprendía nada. Diríase que aquellos días de su vida transcurrían en medio de una mesadilla.

Luego volvía al lado de Evelyne, en aquel otro ambiente de humilde miseria, de injusticia y de resignación. Y se le imponía a su vez esa otra realidad, más trágica y más terrible. Realidad demasiado siniestra, lacerante como un remordimiento, de la que uno aparta la vista y huye para poder ignorarla, pero que él había visto cara a cara, que ya no podría olvidarla y cuyo ponzoñoso recuerdo subsistiría mientras viviera si no obedeciera al nuevo deber que le imponía.

¿Dónde estaba la verdad? ¿Dónde buscarla? ¿A quién preguntarla? ¿Cómo ver claro en sí mismo? Por primera vez se le planteaba a Michel este problema. Jamás hubiera creído que uno pudiera ser desgraciado hasta aquel punto y no sabía ya si había de envidiar o compadecer aquella gente que veía a su alrededor, hombres de edad madura, algunos de ellos ancianos a quienes aquel enigma jamás había torturado y que desconocían el hambre y la sed de justicia. Extraña insatisfacción, inexplicable angustia que envenena súbitamente nuestra paz, nuestro goce de privilegiados de la tierra, que da en adelante a nuestro pan blanco un gusto de ceniza y de hiel y que, sin embargo, amamos, como un moribundo que resucita ama el dolor que le devuelve a la vida. Esta idea obsesionaba a Michel y le hacía sufrir. Pero también se daba cuenta confusamente de que su existencia se había transformado, que había cobrado un sentido de que carecía y se sentía por ello engrandecido, como todos los que han sufrido por la equidad.

Enflaqueció y quebrantóse su salud. Se consumía dando constantemente vueltas y mas vuelta a esas ideas, incapaz por la noche de conciliar el sueño, preocupándose por cualquier nimiedad, obsesionado por aquella aventura y formulándose desesperadamente las mismas preguntas, interrogándose a sí mismo a propósito de la criada que le servía, del cigarrillo que fumaba, de un brazalete en la muñeca de su hermana o de un mendigo con el que se cruzaba en la calle.

¿Qué hacer? ¿Evelyne? ¿Su padre? ¿A quién abandonar? De un lado era preciso sacrificar a su padre, con vergonzosa ingratitud. Estaba luego Evelyne. Se moriría; Michel lo sabía. Permitiría que él se alejase sin atreverse a luchar. Había tratado ya de rechazarle rogándole que no la volviera a ver. Una palabra suya y él sería libre. Pero luego la veía marcharse sola, sufrir y desaparecer. Harto sabía Michel que él mismo sufriría lo que sufriera ella, que durante años y años le atormentaría la angustia y los remordimientos y que sentiría quizá toda su vida la atroz amargura de aquella mala acción. Y como

ignoraría lo que sería de ella, en la imposibilidad de conocer y comprender la miseria de Evelyne, la existencia llegaría a serle intolerable.

¡Si Evelyne hubiera tratado al menos de retenerle, y pudiera acusarla de una falta de egoísmo o de inconsciencia! Pero no. No sólo le dejaría marchar, sino que hasta le impelería a ello. No era de las que se agarran a uno. Esta era su fuerza sin que ella misma lo sospechara. Era fuerte porque estaba dispuesta al sacrificio.

¿La amaba! «No —se respondía a sí mismo de buena fe—. O si la amo, todavía soy libre y puedo dejarla. Si estuviese seguro de que fuese feliz podría vivir sin ella. Esto quizá me aliviara y pondría fin a este combate que me agota. Es, pues, la compasión lo que me ordena retenerla.»

¡La compasión! Tal vez ni siquiera el amor. Malograr toda la vida por un sentimiento piadoso ¿no era eso insensato? Y, sin embargo, era así. Sólo le contenía el temor de causar un sufrimiento, o infligir una última injusticia a un ser ya oprimido. ¿Cobardía? ¿Generosidad? Una vez más se le planteaba el problema. ¿Dónde estaba la verdad? ¿Dónde el deber?

«¿Soy un loco? —se preguntaba Michel—. ¿O soy, al contrario, más humano que los demás hombres? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me ordena la conciencia? Lo terrible es esto: no tener nada; ni preceptos, ni luz, ni guía. Nada fuera de uno mismo, nada en uno mismo. ¡Carecer de una ley, de un principio exterior a mí que me muestre el camino! ni siquiera sé discernir el bien el mal. Esto es lo horrible…»

Dejarse llevar… Vivir, esperar, no cambiar nada… Era la única virtud de que se sentía capaz. Esperar, por ella y por él, que los acontecimientos le guiaran, deslizarse por la pendiente del menor sufrimiento…

Todo ello sumía a Michel en un continuo estado de agitación, en un constante examen de sí mismo, en una soledad agobiadora. Nada podía decirle a Evelyne. Menos aún a sus hermanas y a su padre. Y para el mundo, semejante historia en la que estaba en juego su vida entera no era más que un pequeño y estúpido desliz sin importancia alguna. Para él y Evelyne se trataba de toda su futura existencia. Para los demás, uno de esos amoríos triviales y efímeros que uno puede romper cuando está saciado. ¿Por qué el hombre rara vez comprende el sufrimiento ajeno como el propio? ¿Por qué nos tomamos a chanza el espectáculo de una aventura que nos desgarraría el corazón si nos ocurriera a nosotros? ¿Por qué la gente se reía de todas aquellas cosas? ¿Cómo juzgaban aquellos? ¿Quién era el loco? ¿Quién estaba equivocado? ¿Ellos o él? ¿Acaso él dramatizaba neciamente aquella historia? No. Sabía muy bien que de ello dependía la vida o la muerte de un ser. ¿Entonces, qué? ¿Acaso para el mundo, para la mayor parte de la gente, la vida de un ser apenas cuenta con tal que no se sepa nada y que nuestro crimen no se nos aparezca demasiado sangriento a nuestros ojos?

—Un «patinazo» —decían bromeando los camaradas de Michel al hablar de su aventura—. Un «patinazo» estúpido…

CAPÍTULO XVI

Una mañana, en el laboratorio, Doutreval y su hijo se enzarzaron en una breve disputa. Doutreval perdió los estribos. Ante Groix y Regnoult, estupefactos, declaró:

—¡Estoy hasta la coronilla! Esto debe terminarse. Y mañana mismo.

Esto ocurrí aun martes. Michel había de esperar hasta el jueves para ver a Evelyne. Un mes antes, Beaujoin, el administrador, le había dado a entender con cierto embarazo que sólo se permitían las visitas dos días por semana y que todo el mundo debía sujetarse al reglamento. En realidad, este reglamento no se aplicaba nunca a los estudiantes y a los médicos.

Michel comprendió en seguida que mediaba en ello la intervención de su padre. Pero había tenido que someterse.

A la una de la tarde del jueves llegó Michel al pabellón de Evelyne. Al disponerse a subir la escalera, Madeleine Daele lo retuvo:

—¿Adónde va usted, Doutreval?

Un poco más delgada y más pálida, Madeleine continuaba prestando sus servicios, tratando de olvidar la pena que le abrumaba con el cuidado de los enfermos. Desde que Seteuil había dejado de protegerla, algunas enfermeras se mofaban de ella y procuraban agobiarla de trabajo. Le concedieron quince días de vacaciones, pero no se atrevió a volver a su casa, porque su madre, al verla, hubiera adivinado lo que ocurría.

—Arriba —dijo Michel.

—Se ha marchado.

—¿quién?

—Evelyne Goyens.

—¿Se ha marchado?

—Anoche.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Se ha marchado!

—Sí. Anoche vino Beaujoin. Habló con ella, y cuando salió vi que Evelyne lloraba. Ayer por la mañana ella misma me anunció que se marchaba. ¿Qué le pasa a usted, Doutreval? ¿No se encuentra bien?

—No es nada —dijo Michel con esfuerzo—. No es nada. Estoy sofocado… he corrido…

Se sonrió. Tenía la frente bañada en sudor. Madeleine Daele trató de confortarle:

—hay que ser razonable, Doutreval. Es la vida… ¿Qué quiere usted?

Madeleine adivinó lo que pasaba por el ánimo de Michel. Hubiera querido decirle algo. Recordando su propia miseria se le oprimía el corazón.

—Sí, sí —murmuró Michel.

Sacó el pañuelo y se enjugó la frente. Y preguntó en voz baja:

—¿Cómo se ha marchado?

—A pie. Hacia Angers, cargada con su maletita.

Michel se imaginó la frágil silueta de Evelyne por la carretera, cargada con una pesada maleta.

—¿Se proponía tomar el tren? —preguntó.

—Sin duda.

—¡Sin dinero! ¡Sin nada!

—Las enfermas han cotizado… le hemos procurado un poco de ropa anterior y un vestido viejo… Yo tenía unos zapatos un poco usados…

—¿Y dinero?

—Siempre hay manera de salir del paso… —dijo Madeleine Daele con cierto embarazo.

—¿No ha dejado nada para í? ¿Ni dos líneas? ¿Nada?

—Nada.

Michel sintió desgarrársele el corazón. ¡Marcharse sin dejar ni una palabra, ni unas señas! Desaparecida, engullida por el mundo, perdida para siempre. ¿Adónde ir? ¿Dónde buscarla? El atroz dolor, el vértigo de furor y de sufrimiento que le invadieron le tenían sobrecogido. Hubiera querido gritar, llorar y golpear todo a un tiempo… Todo su ser se negaba a aceptar el hecho, a creer en lo irreparable. ¡Nunca más! Evelyne moriría, él viviría —toda su vida— y también moriría sin que se hubiesen vuelto a ver. Esto despertaba en él un sentimiento de rebeldía, de impotencia, de furor, y de desesperación. Sentóse en una banqueta del vestíbulo, hundió la cabeza entre las manos y sollozó.

—¡Michel! ¡Michel! Doutreval, amigo mío, un poco de ánimo, un poco de energía —suplicó Madeleine. También la enfermera lloraba, por él y por ella, trastornada ante aquel dolor. Le dio su pañuelo y un poco de agua en un bol.

—Será mejor… para usted… Evelyne no será desgraciada… Estaba bien y se marchó con buen ánimo. ¡Vamos, Michel!

Madeleine se acordó de Seteuil y decía cosas que le hacían sangrar el corazón.

—En el fondo, es preferible que así sea… Recobra usted su libertad… Su situación, su familia…

Pero Michel no se calmaba. Y murmuraba en voz baja:

—¡Me hace daño! ¡Mucho daño!

Como si hasta el ser físico participara del sufrimiento.

—Quizá vuelva usted a encontrarla… ¿Quién sabe? La casualidad…

Michel se encogió de hombros.

—Ahora me acuerdo de que… me ha preguntado el horario de trenes de París… ¡quien sabe! Quizá haya ido hasta Amiens.

—¿A Amiens?

—Aún debe de tener allí familiares…

—¿Ha hablado de Amiens? —insistió Michel.

En efecto, Michel se acordó de que en dicha ciudad, en el barrio de Saint-Leu, vivía una tía o algo así de Evelyne…

—Sí —dijo Madeleine—. Ha preguntado a la mujer de la limpieza cuánto podría costar el viaje hasta Amiens en tercera clase… Me enteré de esto por pura casualidad.

Michel se levantó y miró a Madeleine. Ésta pareció turbada y aquél lo comprendió. Después de la marcha de Evelyne debió de proceder a una encuesta discreta cerca de los enfermos, de las enfermeras, de la servidumbre, para, después de haber procurado disuadirle, ayudar, a pesar de todo, a Michel a volver a encontrar a Evelyne, siempre que, cosa extraordinaria, obrara con sinceridad.

Michel le cogió las dos manos.

—¡Es usted una buena chica, Madeleine! ¡Una buena chica!

La habría besado. Su propio dolor no le había endurecido el corazón.

—Vamos, vamos —dijo la enfermera, retirando las manos—. Y sea usted discreto… Estoy arriesgando mi puesto. Si su padre o Beaujoin se enteraran…

«Esto exige una explicación, y en seguida», dio Michel para sí al salir del sanatorio.

Marchó a buen paso hacia su casa. Ardía de cólera y de indignación. Hablaba consigo mismo, pronunciaba de antemano las palabras que se proponía decir y caminaba cada vez más deprisa.

Llegó a su casa. En el vestíbulo, Mariette regaba unas macetas. Al ver el rostro de su hermano se asustó:

—¡Tú!

—¿Dónde está papá? —dijo con voz entrecortada.

—En el laboratorio. ¿Qué te pasa? ¡Espera, Michel! Tengo que hablar contigo. Voy a explicarte…

Ludovic, que estaba enterado de todo por Beaujoin, puso al corriente a Mariette. Michel no se detuvo y salió del vestíbulo. Mariette dejó la escalera, se quitó el delantal y corrió tras de su hermano sin lograr alcanzarlo. Estaba ya en el laboratorio.

Al verle entrar, Groix y Regnoult quedaron sobrecogidos al observar el rostro convulso de Michel.

—¿Está aquí mi padre?

—En su despacho —respondió Groix.

—Está ocupado con su informe —añadió Regnoult—. Nos ha dicho que no estaba para nadie. Esta es la consigna, amigo mío.

Y diciendo esto le cerró el paso con los brazos en cruz, medio en broma medio en serio. Michel le dio un empujón y siguió adelante.

—¿Vaya un buitre! —gritó Regnoult.

Michel subió los escalones de cuatro en cuatro y entró, sin llamar, en el gabinete de su padre.

Doutreval, ante un gran fichero y centenares de fichas esparcidas sobre el escritorio, anotaba sus más valiosas observaciones con destino a un artículo para la revista «Gallien». Frunció el ceño, levantó la cabeza y, con aire fatigado, absorto, ausente, dijo:

—Había prohibido que me molestaran…

—Vengo del sanatorio —dijo Michel.

—¡Ah, eres tú…! ¿Qué quieres?

Pero su espíritu volvió en seguida a la realidad. Se retrepó en la butaca, exhaló un suspiro de cansancio ante la nueva batalla que tenía que afrontar y dijo en voz baja:

—Habla. Te escucho.

—Vengo del sanatorio —repitió Michel.

—Ya me lo has dicho.

—Me he enterado de lo que hiciste. Te ruego una explicación.

—No creo que sea necesaria ninguna explicación —dijo Doutreval con voz tranquila, juntando una y otra vez las blancas manos manchadas de rojo por la fucsina—. Insistías en cometer una indecible locura. Me he cruzado en tu camino y eso es todo.

—¿Te das cuenta de que has echado del sanatorio a una desgraciada que tenía allí su último refugio y su postrer asilo? Hazte cargo de tu responsabilidad. Has arrojado a la calle a un ser exhausto y sin dinero.

—Acepto por entero mis responsabilidades —dijo Doutreval con voz firme—. Pero, en primer lugar, yo no he echado a nadie. Esa muchacha se ha marchado por su propia voluntad. A petición mía así se lo aconsejó Beaujoin, sin coaccionarla ni forzarla. No tenía tampoco ningún derecho a hacerlo. Simplemente le expuso la situación haciéndole notar el peligroso camino que seguía y el daño que podía causarte y causarse a sí misma. Y la muchacha comprendió. Tengo que añadir que Beaujoin le ofreció trasladarla al preventorio de Praz-Coutant, situado en plenos Alpes, a mil doscientos metros de altitud. Por supuesto, os gastos de viaje correrían por mi cuenta, sin contar, además, con una indemnización razonable. Pero ella no quiso. Es asunto suyo. Prefiere despabilarse sola, lo que también sólo a ella atañe. Sea como fuere, personalmente estoy tranquilo. Tengo la seguridad de haber obrado en bien de los dos.

Michel guardó silencio. Doutreval le creyó derrotado. No estaba acostumbrado a que su hijo le hiciera frente.

—Vamos, vuelve a ti mismo, Michel —dijo mirándole a los ojos—. Todo es para tu bien. Confía en mí. Vuelve a casa y no pienses en ello. Todo ha terminado más felizmente de lo que tú mismo hubieras podido desear. Ahora, déjame, tengo mucho trabajo.

Contando así haber abreviado la entrevista, se inclinó sobre el escritorio, cogió la pluma y abrió un cajón de fichero. Pero la acción no hizo sino exasperar a Michel. Por lo general, su padre le intimidaba. Pero aquella vez, la indignación, el dolor, el recuerdo de Evelyne y la angustia que le oprimía galvanizaron su ánimo.

—¿Crees, pues —dijo con voz entrecortada por la emoción—, que voy a dejar que lleves a cabo tu obra sin protestar?

El tono sorprendió a Doutreval. Jamás le había hablado Michel de aquella manera. Levantó la cabeza, miró a su hijo y vio una acentuada palidez en su rostro y las facciones contraídas por una cólera apenas reprimible. Sin perder el aplomo, dejó la pluma, puso de nuevo en el cajón la ficha que había sacado y dijo a su hijo:

—Puesto que así lo quieres, hablemos. He puesto fin a ese estúpido asunto. De acuerdo. No te sobresaltes. Eres un necio. Y mantengo la palabra. ¡Pobre hijo mío! Apenas has franqueado los veinte años. No has vivido. No sabes nada. Eres demasiado joven y no habías amado todavía. Te ha salido al paso una mujer vulgar que te ha trastornado la cabeza, que te enajena y te inflama. Nada cuenta para ti. Todo lo abandonas, todo lo sacrificas: familia, situación, porvenir… ¿Acaso has imaginado lo que te espera? Reniegas de tu clase social. Vas a casarte con un ser sin educación, sin cultura, sin familia, sin vigor, sin salud. Te hundes en la miseria. Destrozas tu carera. ¡Adiós el profesorado! Ejercerás la medicina en un villorrio perdido y te convertirás en el enfermero de una mujer agria, que irá envejeciendo rápidamente, sin belleza, que ni siquiera podrá darte un hijo, que te encadenará a sus faldas, que te desprestigiará y te encenegará con ella y a quien no tardarás en dejar de amar.

»Es una gran pena par aun padre, Michel, ver a su hijo ir directamente a la catástrofe, tener la seguridad de ello por mil ejemplos que ha visto en su vida y no poder detenerle. El amor pasa, Michel. No se ama una sola vez. Uno se consuela de todo. Tú amarás diez veces como a mí me ha ocurrido. El amor absoluto no existe. Ya te lo he dicho. Somos incapaces de ello, pobre hijo mío. ¿Por qué no puedo hacértelo tocar con el dedo? Lo que yo te hago ver, Michel, es la verdad, la única realidad. ¿Por qué te niegas pues, a escuchar mis consejos? ¿Por qué no crees en ellos? ¿Por qué no los sigues en seguida? ¡Es lamentable que uno no pueda beneficiar con su experiencia a sus hijos! Bien sabes que te quiero. Créeme, escúchame, ten confianza en mí… ¡Qué decir para abrirte los ojos y ahorrarte todos esos sufrimientos! Créeme, Michel. Créeme porque te quiero más que a nada en el mundo. He vivido mucho y ya soy viejo. El amor no cuenta. ¡No se puede, a los veinte años, edificar una vida sobre los cimientos de un amor!

Estas palabras conmovieron a Michel. Reflejábase en su padre tal angustia, tal certeza de estas en posesión de la verdad, tal deseo de persuadir, revelaba su agrio concepto de la vida y del amor una buena fe y una sinceridad tan profundas, expresaba un dolor tan intenso al no ser comprendido, que Michel, impresionado en lo más íntimo de su ser, sintió disiparte toda su cólera.

Al fin y al acabo, no se habían comprendido. Todo seguía igual. Michel abrigaba todavía esperanzas de convencer a su padre. Y trató de explicarle ordenando al mismo tiempo sus propias ideas.

—Me juzgas mal —dijo—. No ves en eso sino una simple aventurilla sentimental. No es esto, padre. Procura tú también comprender. Te juro que si supiera que esa desgraciada sería feliz sin mí, no me importaría abandonarla. Me despediría de ella sin la menor tristeza. A pesar de mi dolor, me sentiría consolado y reanudaría mi vida donde la he dejado… Pero no puedo hacerlo. Evelyne necesita de mí. No puedo abandonarla. Sólo vive para mí. Sólo a mí ha encontrado en el curso de su desdichada vida. Gracias a mí se mantiene todavía en la tierra. Si confía aún en alguien es en mí… Es insensato, ridículo… Si ella supiera que no soy más que un pobre diablo… Pero es así. Ella cree en mí. Si yo la abandono, todo se derrumba. ¿Qué va a ser de ella? Sin duda, morirá. Yo no puedo aceptar esto.

»No puedo abandonarla. Después de todo, es una inocente, una víctima. No me siento con ánimos para aumentar sus sufrimientos. Tampoco yo quiero sufrir más. Para evitarlo, estoy dispuesto a todo.

Doutreval se levantó. El traje gris azulado que llevaba acentuaba la palidez de su rostro. Apoyóse en el escritorio, del lado de su pierna lastimada, y dijo:

—En suma, que te faltan ánimos.

—Tal vez.

—No creo eso de ti. Me figuraba que eras un ser fuerte, capaz de triunfar en la vida a pesar de todos los obstáculos. Esperaba verte un día convertido en un hombre libre, independiente, no persiguiendo otro objetivo que tu propio bienestar.

—Hasta ahora creí que era posible.

—Lo es.

—No puedo hacerlo. No puedo ir hasta el final y sacrificarlo todo en exclusivo provecho mío. No, no puedo hacer esto. Lo que me pides es demasiado.

—En resumen —dijo Doutreval—, que es a mí a quien sacrificas…

Esperó en vano una respuesta. Aquel silencio desgarró el corazón del padre. Lentamente Doutreval se dirigió, cojeando hacia la ventana y miró afuera golpeando el cristal con los nudillos. Al volverse tenía los ojos enrojecidos. No desconocía Michel el imperio que su padre ejercía sobre él. Aquella simple manifestación emotiva le conmovió.

—¡Perdóname, padre! —dijo—. No puedo más. No puedo seguir luchando. Desde hace meses me estoy destrozando el corazón entre ella y tú. Quizá tengas razón. Soy un cobarde. Amo, esto es todo, y mis propias palabras me ciegan… Tú has sido siempre muy bueno para mí. ¡Perdóname! ¡Acepta! Soy joven y no he vivido lo bastante para ser un hombre curtido. A mi edad no tiene uno la suficiente firmeza para hacer sufrir al ser amado… suceda lo que suceda yo te bendeciré, padre, y no olvidaré nunca que te has compadecido de mí y de mi juventud. Acepto mi responsabilidad y cargo con toda mi culpa. Jamás te reprocharé nada. Cuando uno ve las cosas con demasiada inteligencia, deja de ser humano. Recuerda que también tú has sido joven… Tú me quieres, da paso a la emoción… ¡Ah, si pudieras comprender cuánto he sufrido hasta ahora!

—¡Y yo! —exclamó Doutreval con pálido semblante—. ¿Acaso crees que yo no he sufrido? Haber criado a un hijo…

Se le apagó la voz. Levantóse, se apoyó en el escritorio y tosió.

—Está bien —dijo con voz firme—. Dejémonos de sentimentalismos. Desde hace media hora que estamos discutiendo en vano. ¿Cuál es tu decisión?

—¿Mi decisión?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que elijas. Como ayer y como siempre: ella o nosotros.

—Entonces… entonces —murmuró Michel—. No aceptas…, te niegas…

—Estás disparatando —respondió Doutreval—. A ti te toca decidir. Ella o nosotros.

Michel se tornó lívido. Miró a su padre en medio de un silencio casi solemne. Luego se dirigió lentamente hacia una mesa de mármol, encima de la cual había dejado el sombrero, lo cepilló con la manga con gesto maquinal y esmerado y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas? —dijo Doutreval.

Michel, con el rostro desencajado, se volvió hacia su padre.

—¿Te vas? —repitió Doutreval.

—¿Qué quieres que haga? —murmuró Michel con tono humilde.

Doutreval le miró un instante en silencio. Su expresión reflejaba todo cuanto hubiera querido decir, todo el daño que Michel acababa de causarle. El grito de su paternidad destrozada… Demasiadas cosas,

demasiado dolorosas, profundas y secretas… Tuvo un gesto de desesperación y violencia, hizo caso omiso de su sufrimiento y gritó:

—¡Pues bien, puedes marcharte!

Michel se dirigió hacia la puerta, la abrió suavemente, salió y la cerró tras de sí. Le pareció haber oído que le llamaba por su nombre. Su corazón saltó de gozo. Y volvió a abrir la puerta.

—¿Me has llamado, padre?

Doutreval, de pie, con el rostro desencajado como el de su hijo, le miró un instante con ojos desorbitados.

—¡No! —gritó—. ¡No! Puedes irte.

En el pasillo, al pasar ante la puerta del cuarto de Mariette, Michel se encontró bruscamente con su hermana. Evidentemente, ésta debió estar al acecho de sus pasos. Su semblante acongojado denunciaba que debía de haber escuchado la discusión desde el pasillo.

Mariette cogió del brazo a su hermano:

—¡No te vayas, Michel! ¡Tú no puedes hacer eso! ¡Por favor, Michel!

Éste se desprendió suavemente el brazo de Mariette. Y repitió maquinalmente las palabras de su padre…

—Basta ya… Déjame… Hemos terminado…

En su cuarto, recogió apresuradamente un par de trajes y ropa interior, y lo metió todo en la maleta, desordenadamente, con ademanes torpes y febriles. Tiró tan bruscamente de la correa de la maleta que la rompió. En aquel momento, con sus gruesas manos temblorosas hubiera retorcido un hierro sin darse cuenta del esfuerzo.

Púsose el sobrero de fieltro gris, echóse sobre os hombros su impermeable, cogió la maleta y salió.

En el rellano de la escalera Mariette salió a su encuentro, le dio un beso, le puso algo en las manos y se fue llorando. Un poco más tarde se dio cuenta Michel de que lo que Mariette le había dado era la totalidad de sus ahorros: quince billetes de a cien francos.

El timbre del teléfono despertó a Doutreval de sus dolorosos pensamientos. Se había quedado en su despacho, de pie, apoyando la pierna en el escritorio y meditando en actitud inmóvil.

Dirigióse al teléfono. En aquel momento cojeaba mucho más que de costumbre. Descolgó el auricular:

—¿Diga?

Su propia voz le pareció cansada.

—¿Eres tú, Jean?

Reconoció la voz de Jeanne Chavot. Y respondió penosamente:

—Sí.

—¿Vendrás esta noche?

—¿Esta noche?

—Sí, a mi casa. Estoy libre.

—¿Esta noche?

La idea de volver a ver a Jeanne Chavot le fue de pronto insoportable. Sería necesario hablar, explicar la humillante aventura de Michel, confesar ese sufrimiento que Doutreval no llegaba a dominar y que tanto afectaba a su orgullo.

—¿Qué te pasa, Jean? ¿No contestas?

—Tengo que decirte… Esta noche no me encuentro bien…

—¿Nada grave?

—No… No… un poco de gripe… Pero me siento muy abatido. Trataré de pasar mañana por *El Progreso*.

—De acuerdo. Cuídate mucho.

—Gracias.

Colgó el auricular con un suspiro de alivio. Mañana habría ya recobrado las fuerzas, volvería ser lo que era y podría presentar a Jeanne, explicándoselo todo, el rostro apacible de un hombre fuerte, dueño de sí mismo.

Oyó los pasos de Mariette al subir la escalera. Ésta llamó y al entrar vio a su padre, de pie, a contraluz, apoyado en la mesa, con la cabeza hundida entre los hombros y sin tratar siquiera de disimular la fatiga que le abrumaba. Mariette no se atrevió a decir nada, se acercó a su padre y le puso simplemente la mano en el hombro. Doutreval comprendió que todo había terminado. Ablandóse su corazón, se fue lentamente, cojeando, a sentarse en su butaca, apoyó la cabeza entre las manos y cerró los ojos.

Mariette se sentó encima del escritorio, y besó las manos de su padre. Lloraba junto a él, le retenía las manos en silencio, conmovida y acongojada ante aquel dolor que nada podía hacer para aliviar. Y Doutreval, tratando de consolarse, revelaba a su hija mayor lo que un sentimiento de pudor le había impedido decir a su hijo, el terrible sufrimiento de su paternidad destrozada…

—Se ha marchado… Me abandona… ignora lo que un hombre puede sufrir por su hijos. Es demasiado joven. Como no tiene hijos, no lo sabe. No sabe lo que es ser padre.

»Todo cuanto soñé, mis esperanzas, mis proyectos, ese trabajo sobre la convulsoterapia al que me he consagrado por espacio de diez años, en el fondo era para él… Para desbrozarle el camino… Cien veces me ha decepcionado. No solamente no ha trabajado, sino que se tomaba demasiadas diversiones… Tal vez es culpa mía por haberle mimado demasiado. Me he mostrado más débil con él que contigo, Mariette… Le daba más dinero. Tú me lo decías y tenías razón. ¿Qué quieres? Cuando deseaba alguna cosa no podía negársela. Él lo sabía y a veces abusaba de mí… No creas que no me daba cuenta, pero no podía decirle que no… Era mi único hijo. Piensa que perdió a su madre muy joven. Era necesario que le mimara un poco… que le quisiera como una madre. Quizá le he querido demasiado. No pensaba sino en él y hablaba de él en todas partes. Todo el mundo lo sabía y me conocía. Cuando un estudiante quería obtener algo de mí, comenzaba por hablarme de Michel…

»Sus debilidades y sus necedades las ocultaba a todo el mundo, hasta a ti y a él mismo. ¡A cuántas y cuántas calaveradas suyas puse remedio sin decir a nadie nada! ¡Cuántos procesos por exceso de velocidad con el «Renault»! iba a la Prefectura y… ¿Te acuerdas de los cristales rotos en la galería del vecino? No era la sirvienta la culpable, sino él… Pagué sin decirle nunca nada. Y otras cosas más graves que he escamoteado en silencio para que él no tuviera que avergonzarse ante ti y ante mí. ¿Te acuerdas de Raymonde, la doncella? La eché a la calle inmediatamente… Tuve mis razones… Nada dije, me desembaracé de ella y asunto concluido. Hubiera sufrido demasiado viendo a Michel avergonzarse ante mí… Hubiera sentido más pena que él mismo. Cualquiera hubiese dicho que era yo quien…

»Sólo por él no he vuelto a casarme. Tú, Mariette, no habrías dicho nada porque tienes buen corazón y te hubieras hecho cargo de los motivos de mi decisión. En cuanto a Fabienne, era demasiado pequeña y lo hubiera aceptado. Sólo quedaba él… Y no quise que sufriera, que se rebelase, que no fuese feliz. Ya puedes suponer que no me han faltado buenas proposiciones, que siempre rechacé pensando sólo en Michel. Me han salido al paso muchas mujeres… Jamás intimé con ellas. Con frecuencia me han dicho:

»—Un día u otro su hijo le abandonará. Se casará y le olvidará.

»Harto lo sabía pero acepté siempre esta posibilidad. ¿Qué mujer, con todo su amor, hubiera podido sustituir el pobre cariño de Michel, decepcionante, endeble, egoísta, pero que a pesar de todo yo prefería a cualquier otro?

»Jamás he logrado comprenderme a mi mismo. No creo en nada. Tengo la certeza de que después de la muerte no hay nada, que nada somos. Por encima de todo amo la vida, el vivir, puesto que sólo esto existe. Y, sin embargo, moriría de buen grado, Mariette, si me dijeran:

»—Da tu vida para que Michel sea feliz…»

CAPÍTULO XVII

A la mañana siguiente llegó Michel a París. Y a la una de la tarde tomó el tren para Amiens.

Era a comienzos de diciembre. Helaba. El tren parecía rodar hacia el infinito, atravesando en su ininterrumpida carrera las tristes llanuras de Picardía. El tiempo era claro, apenas velado en el horizonte por una ligera bruma. Del cielo gris y uniforme descendía una luz blanca y suave, como tamizada por un gran velo. Extendíase, hasta donde alcanzaba la vista, la monótona meseta picardiana, moteada de oscura tierras de labranza y praderas despojadas por el invierno, salpicada aquí y allá por los cuerpos de edificio de una enorme granja solitaria, la chimenea de una fábrica de azúcar, el edifico metálico de un molino de viento, frágil armazón, extraña rueda de acero girando lentamente al soplo de la ligera brisa.

A lo lejos, coronando un cerro o aferrándose a los flancos de un ribazo, la masa alegre, erizada y densa de un bosque tupido y compacto permanecía allí como testigo y último vestigio del boscaje que en otro tiempo se adueñara de aquellas tierras. En otra parte, en la hondonada de un valle, apuntaba el campamento de un villorrio que ni siquiera se divisaba, acurrucado cerca del río junto a aquella agua preciosa y rara que no se da en la colina trazando en ella una ancha y blanca grieta. No trabajaba allí nadie. Sólo quedaban un barracón, una cantina medio derruida, unos cobertizos desvencijados, y, al pie de un montón de bloques calcáreos, algunas carretillas, volquetes y barricas de agua. Un poco por doquier, bajo la delgada capa del humus, surgía la creta, dura osamenta angulosa, seca y estéril, desgarrando la frágil y artificial cobertura vegetal mantenida por el esfuerzo del hombre. Y sobre todo ello reinaba diciembre con su escarcha, sus grises y su profundo silencio. Una costra de hielo coronaba la cresta de los surcos igual que una espuma blanca. La helada atiesaba y hacía crujir la hierba seca y como quemada que se extendía a ambos lados de la vía férrea y por la pradera. Una bandada de cuervos emprendía el vuelo al paso del expreso remontándose cansadamente hacia el cielo, como fúnebres nubarrones.

El tren iba devorando kilómetros a través de aquel melancólico paisaje, dejando tras de sí un blanco penacho de humo y soltando de vez en ve un grito agudo y prolongado que atravesaba aquellas inmensas soledades.

Michel, de pie en el pasillo, miraba a través de los cristales la helada y muerta campiña, más áspera y más ruda que su Anjou, entibiado aún por el sol otoñal. Pasó la noche anterior en el tren sin poder conciliar el sueño. Desde hacía veinticuatro horas acudían una y otra vez a su mente los mismos pensamientos, las mismas imágenes y las mismas y caóticas y angustiosas reflexiones. De la decisión que había tomado, de la puñalada asestada a su padre, del dolor de Mariette, de la aventura que había emprendido, de las predicciones de Doutreval, y del porvenir que le aguardaba, sólo quedaba en él una inmensa fatiga, confusos proyectos, temores y angustias, y en el fondo, de una manera sorda y clara al mismo tiempo, una continua obsesión: el recuerdo de las crueles palabras de Doutreval:

—«Te creía un hombre libre… No tienes ánimo para nada…»

Todo ello le atormentaba sumiéndole en la duda y en la confusión. Con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla, miraba, sin verlo cómo se iba desvaneciendo el paisaje crepuscular. Absorbíase en sus amargas meditaciones, miserable conciencia aterrada ante su propio nihilismo, incapaz de llevar su egoísmo hasta las últimas consecuencias y acusándose de cobardía ante la conciencia de haber perdido hasta la posibilidad de distinguir el bien del mal.

A lo lejos, un poco antes de las tres, en una hondonada del valle del Some, apareció Amiens. La ciudad, negra y humosa, se extendía a lo largo del río que la ceñía y oprimía con sus innumerables

brazos. Un denso nubarrón, sucio como el hollín, se cernía sobre la ciudad sumiéndola en la oscuridad. Dominando la gris uniformidad de las techumbres, huertas y jimelgas, apuntaban al cielo las dos macizas torres de la catedral. Su enorme espalda de pizarra se combaba como un monstruoso espinazo. Y tras las dos torres se elevaba la alta y afilada flecha, desmesuradamente frágil al lado de las dos torres de piedra.

Desde lo alto de la cresta, Michel tuvo un instante bajo los ojos aquella vasta perspectiva. Luego el tren descendió hacia la ciudad. Y ésta desapareció tras el talud.

Unos minutos después salió Michel de la estación de Amiens.

En una ocasión Evelyne le dijo de muy imprecisa manera el barrio en que vivía su tía, detrás de la catedral. Ahora lo recordaba. Sabía también que se llamaba Jeanne Lallier y que tenía siete hijos. Se propuso ir a su casa con la seguridad de conseguir los informes que necesitaba. Un agente le indicó el camino. Al llegar ante la catedral dobló a la izquierda. Dio la vuelta a la enorme basílica y se adentró en una de aquellas sórdidas callejas llenas de tabernas, de lóbregos hoteles, de casas de huéspedes y de lupanares que deshonraban el barrio. En las puertas de los bodegones algunas prostitutas, descotadas, exhibiendo sus carnes a pesar del frío reinante, le miraban pasar. De cuando en cuando entraba en una tienda para informarse. Interrogó finalmente a un cartero que le dijo conocer perfectamente a Jeanne Lallier y le dio las señas. Habitaba detrás de Saint—Leu, en el tercer piso de una casa que el hombre describió así:

—Ya lo verá usted. En la planta baja hay un zapatero que tiene, en el dintel de la puerta, una jaula con pinzones…

Michel le agradeció el informe y prosiguió su camino. llegó detrás de la iglesia de Saint—Leu. En una calle ancha, bastante concurrida, con miserables tenduchso, cubos de basura, puertas abierta que dejaban ver oscuros pasillos y sórdidas escaleras que conducían hacia Dios sabe qué antros de miseria, reconoció el cuchitril del zapatero y encima de la puerta una jaula donde dos pinzones ciegos se rascaban.

Michel se inclinó sobre el respiradero y se informó cerca del remendón:

—Al tercer piso —confirmó el hombre.

Michel entró por la puerta principal y subió.

En el rellano del tercer piso, angosto, cuadrado, en el que uno apenas podía volverse, se detuvo ante la puerta. Su corazón latía aceleradamente. Abrigaba la certidumbre de que no encontraría a Evelyne, que ello era imposible por demasiado sencillo, demasiado fácil… Abrirían la puerta y le dirían:

«No, señor, mi sobrina no está aquí…»

Evidentemente así habría de ocurrir. Casi sintió deseos de irse sin preguntar nada.

Así permaneció medio minuto, con la mano levantada, dispuesto a apoyar el índice, pero sin atreverse a hacerlo. Tras él, un tragaluz vertía en la caja de la escalera una turbia claridad, que mostraba el mugre de las paredes a la altura del pasamano, la vetustez de la puerta y las deslucidas y grasientas madreas. Subía por el hueco un hedor a cocina y a crin. ¿Y si estuviera en su casa? ¿Y si fuera ella misma quien le abriera la puerta? ¿Qué diría él? ¿Qué preguntaría? ¿Cómo decir a Evelyne: «Acudo a ti para que compartas tu miseria conmigo? ¿Quieres?»

La respuesta de Evelyne sería negativa. Lo rechazaría. Lo creería loco. No podía dejar de rechazarle.

Seguía en el rellano mirando maquinalmente a su alrededor y sintiendo su corazón palpitar de angustia. De pronto, se decidió y llamó a la puerta.

Oyóse un rumor de pantuflas arrastrándose por el suelo de madera, y el chirriar de un cerrojo. Michel, con el rostro descompuesto, esperaba. Abrióse la puerta. Sobre el fondo oscuro de una cocina llena de ropa blanca tendida de un cordel, apareció una anciana de cabellos grises y tez amarillenta.

—Caballero… —balbució con vaga inquietud, con ese perpetuo temor de los seres humildes ante la presencia de un desconocido—. ¿Qué se le ofrece?

—Es usted la señora Lallier? —dijo Michel con voz apagada por la emoción.

—Sí.

—¿Tiene usted una sobrina llamada Evelyne Goyens?

—Sí, señor…

—¿Vive aquí?

—No, señor.

Al saber que no estaba allí y que no aparecería bruscamente, experimentó un indecible consuelo.

—Me envía la administración de los hospitales. La señorita Goyens ha salido del sanatorio de Mainebourg.

—Sí, señor. ¿Se trata de algo grave?

Michel se dio cuenta de los temores que embargaban a aquella mujer.

—No, no —dijo—. Sólo deseo saber si ha ingresado en otro establecimiento.

—No, señor —respondió la anciana—. Por el contrario, mi sobrina se cuidará ella misma. Anteayer estuvo aquí…

—¿Vive en casa de usted?

—No, señor. En la suya. Ha alquilado un cuartito que justamente estaba libre. Ha tenido suerte porque en seguida ha encontrado trabajo. Ayer por la mañana comenzó su faena.

—¿Trabajo?

—Sí. Desmota en su casa piezas de tela.

—Así, ¿no vive con usted?

—Esta casa es demasiado pequeña, señor… Sólo tiene dos habitaciones y viven conmigo cuatro de mis hijos. Yo la hubiera tomado, pero ella no ha querido…

—Entonces, ¿dónde vive?

—En la calle d'Engoulvent, número 27, primer piso. Está a dos pasos de aquí…

—Muchas gracias, señora. Perdóneme…

—De nada, señor. A sus órdenes… Usted… yo… A sus órdenes…

Y se deshacía en excusas.

Cuando Michel se encontró de nuevo en la calle le ardían las sienes. El aire frío le sentó bien. Llevaba el sombrero en la mano. Con la cabeza descubierta y el abrigo desabrochado, caminó al azar por la acera hasta que un rapazuelo le indicó el camino.

La calle d'Engoulvent, una especie de estrecho corredor medieval, flanqueado de tenebrosas casuchas, seguía a lo largo de un angosto canal, un brazo del Somme, embutido entre dos muros de ladrillos, en el fondo del cual, entre pedruscos, viejas cacerolas y chatarra, discurría, rápidamente, un curso de agua verde y singularmente transparente. En el extremo de la calle, un puentecillo de granito de pronunciada giba cruzaba el canal uniendo la calzada con la iglesia de Saint-Lieu. Allí, casi tocando al puentecillo, estaba el número 27. Un pasillo conducía a la escalera. Michel subió rápidamente y en silencio, como impelido por una fuerza misteriosa. No se sentía miedoso ni aprensivo, sino poseído de una frenética impaciencia. En el rellano del primer piso había dos puertas. En una aparecía escrito, en una grasienta tarjeta, el nombre de un desconocido. Llamó a la otra. Reconoció él mismo los dos golpes secos con que llamaba antes, en el pabellón de cura, a la puerta de Evelyne. Tuvo la certeza de que también ella había debido reconocerlos. Y, sin aguardar, dio la vuelta al pomo de la puerta y entró.

El cuarto con pavimento de ladrillos encarnados, era bajo de techo, limpio y escasamente amueblado. En una estufilla de hierro fundido danzaba una llamita. Encima de una mesa cubierta con un hule sujeto con chinchetas había un pan empezado; ante la ventana, y sobre un rústico pupitre de madera blanca, una voluminosa pieza de tela cruda preparada para ser desmotada. Y sentada frente al pupitre, recibiendo a través de la ventana el pálido resplandor del cielo decembrino, Evelyne Goyens, ladeada hacia la puerta, con la tez blanquecina, permanecía inmóvil.

Sus inmensos ojos negros, de bestia amedrentada, se posaron fijamente en Michel. No hizo el menor movimiento ni dijo una sola palabra. Hubiérase dicho que carecía de fuerzas para ello.

Michel murmuró:

—¡Evelyne!

La muchacha le vio acercarse, sin levantarse de la silla, silenciosa y cada vez más pálida. Su pecho hundido se enderezó lentamente. Echó la cabeza hacia atrás y cerró suavemente los ojos. Las pinzas de metal se escaparon de sus dedos y cayeron al suelo produciendo un claro ruido.

—¡Evelyne!

Michel corrió hacia ella pronunciando su nombre con un hilo de voz. Una diáfana claridad le iluminaba los ojos del alma, y al volver a ver a Evelyne tenía la deslumbrante certeza de estar en posesión de la verdad. Aquel grito encerraba la confesión de todos sus sufrimientos, de sus luchas, de su amor más fuerte que todo, triunfante, más poderoso que el mundo, que los hombres, que sus propias dudas y que sí mismo. No pudo decir más. Aquel solo nombre, cual una invocación que pronunciara, contenía todo su caudal de abnegación, de ternura, de piedad, toda la heroica locura de su sacrificio. Y tuvo la certidumbre de que también ella lo comprendía.

—¡Evelyne!

Con sólo pronunciar su nombre depositaba a sus pies toda una vida, su vida entera. Enlazó con sus brazos las rodillas de la muchacha. Ocultó la cabeza en su regazo, sollozando y llorando convulsivamente. Tomó la helada mano de Evelyne, la retuvo entre las suyas y la cubrió de besos y lágrimas. Ella, con los ojos cerrados, lívida como una muerta, no se movía ni decía una palabra.

—¡Evelyne! ¡Evelyne! ¿Me quieres, Evelyne?

La muchacha movió la cabeza y exhaló un desesperado suspiro. Y con un ademán de infinito cansancio, resignado y triste, posó su mano libre, fría, delgada y cariñosa sobre la nuca de Michel como para decirle que lo aceptaba en su miseria.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

—¡No te preocupes! —dijo Evelyne—. Ve por tus cosas. Ya limpiaré yo entretanto.

Michel miró a su alrededor la habitación amueblada que acababan de alquilar detrás de la estación del Norte. Casados la víspera en Amiens, llegaron por la mañana a la capital.

La habitación, en el cuarto piso era baja de techo, sucia, el empapelado amarillento y el pavimento de madera grasienta con negras manchas de quemaduras en torno al *Godin*. Tenían para dormir una vieja cama de caoba con las junturas llenas de polvo de la carcoma. Cuando Michel abrió la ventana, el polvo espeso que se desprendió de las cortinas lo inundó todo en un instante. Afuera, extendíase una perspectiva de techos de cinc y humeantes chimeneas de palastro. En el inmueble de enfrente la mirada de Michel torpeza con otras habitaciones amuebladas y otras ventanas. Una mujer encendía la estufa iluminando el crepúsculo con una luz rojiza. En el cuarto de al lado, tres negros, sentados alrededor de una bujía encendida, iban vaciando botellas de vino. Más lejos, acodado en la barra de un bar, un *sidi*, negro aún del carbón de la fábrica donde trabajaba, interpretaba nostálgicamente aires de su país con una armónica. Y en la habitación de encima una muchacha enjabonaba ropa en un barreño colocado entre dos sillas.

Michel cerró la ventana, se rascó la pantorrilla asaetada ya por las pulgas, cogió el sombrero y dijo:

—Voy a ver si encuentro a Norf o a Tillery.

El profesor Norf, el padrino de la madre de Michel, no estaba en su laboratorio. No había vuelto a ver al viejo profesor desde que murió su madre, pero Michel contaba con su apoyo. Un poco defraudado, volvió a tomar el *metro* y se dirigió a la Bastilla para ir a ver a Tillery.

Encontró a su antiguo camarada en su casa. Tillery escuchó sin emoción la noticia del matrimonio de Michel.

—¡Acabarás tu Medicina en el *Paname*! —dijo—. Se reúnen allí unos estudiantes amigos míos y en seguida estarás como en familia.

Luego dio a Michel noticias de sus amigos. Seteuil, que se había casado en el Norte, iba prosperando y efectuaba todos los meses un viaje de placer a París. También Santhanas, establecido en un pueblo normando, ganaba mucho dinero. No ejercía de farmacéutico. Santhanas se había establecido «pro-farmacéutico», despachaba las drogas que él mismo prescribía y no andaba remiso en la redacción de las recetas. Desde hacía dos meses se había establecido un farmacéutico en el pueblo vecino. Pero Santhanas le hacía la vida imposible impidiéndole toda venta, pues sólo recetaba a sus enfermos las especialidades cuyo monopolio se han reservado los médicos pro-farmacéuticos.

—¡Está muy contento! —dijo Tillery—. ¡Los empresarios de pompas fúnebres de Normandía deben de hacer su agosto!

—¿Y a ti? —preguntó Michel—. ¿Cómo te van las cosas?

—Muy bien. Clientela obrera, pero fiel. Claro que no pagan mucho, pero no se puede tener todo… Ya sé despabilarme —añadió con una sonrisa un poco forzada.

Luego hablaron de Evelyne y de su estado de salud.

—¿Tuberculosa! —dijo Tillery—. Ve a ver a Domberlé. Dirige un pabellón en el sanatorio de Saint-Cyr. ¡Un gran hombre! Tiene un sistema particular suyo que le da buenos resultados. Yo le mando mis

enfermos difíciles, pero de buena voluntad. Ve a consultarle y procura hacer ingresar a tu mujer en su pabellón. Si no es demasiado tarde, la curará.

Hablaron después del matrimonio de Tillery y de su hogar.

—Un paraíso —declaró Tillery—. Evidentemente, he pasado mis momentos de apuros, pero a Dios gracias mi suegra posee un pequeño colmado. Su ayuda me fue muy valiosa en mis comienzos. Me fiaba las patatas y el café.

—¡Jamás hubiera creído que te casaras por dinero! —exclamó Michel en tono de chanza.

La señora Tillery entró en la estancia e interrumpió la conversación de los dos amigos. Era una mujer menuda y regordeta, frescachona y simpática, que se sonrojo como un tomate cuando Tillery, con tono enfático y presuntuoso, anunció que su mujer se encontraba en tal estado que podía esperarse la perpetuación del apellido Tillery gracias a un heredero que no había de tardar en venir al mundo.

—¡Y que se llamará Charles! —añadió.

—Con tal que no sea una chica —observó Michel.

—¡No será una chica! —afirmó Tillery con tal convicción y orgullo que Michel no tuvo nada que objetar.

La señora Tillery, *Choute*, como la llamara Tillery sin el menor pudor, porfió en que Michel se quedara a comer con ellos. Mostró la cesta de la compra y por entre las recetas, las pinzas, el *Pachon* y los estetoscopios, desparramó sobre la mesa del gabinete de su marido todas las provisiones que llevaba; huevos, espinacas cocidas, manzanas y queso.

—Y todo esto viene, naturalmente, de casa de mamá —dijo Tillery mordisqueando al mismo tiempo una manzana y un pedazo de queso—. ¡Es formidable! Y, además, nos invita todos los domingos a una piscolabis. Si fuera capaz de ruborizarme de algo, te aseguro que me avergonzaría. No obstante, dentro de cuatro o cinco años le compraré una casa de campo en Anjou, con una gran huerta. A cambio de todas las manzanas que me va dando. Bueno, por comenzar te quedas a comer con nosotros… ¡Como no! No hay no que valga.

Michel tuvo que defenderse con energía de Tillery y su mujer, explicar que Evelyne le estaba esperando y que se inquietaría mucho por su ausencia. La mujer de Tillery se empeñó entonces en que Michel se llevara al menos las manzanas para Evelyne, se apoderó indignada, y a costa de varios besos tercamente disputados, del pedazo de queso que tenía Tillery y se dirigió a la cocina. Tillery acompañó a Michel hasta el rellano de la escalera. En aquel momento llegó un cliente. ¡Había que ver entonces el continente grave y el aplomo de Tillery, un poco sofocado aún de la lucha sostenida con *Choute*, al acompañar a su cliente a la sala de espera. Tras sus gruesas gafas guiñó el ojo a Michel, hizo un movimiento con la mano y cerró la puerta…

Michel se dirigió a su casa. Le conmovía y le satisfacía la felicidad de Tillery, pero cuando pensaba en sí miso le invadía en el fondo una especie de inexplicable melancolía. Sí, Tillery era dichoso. Tenía algunas deudas, pero gozaba de salud, de juventud, esperaba un hijo y se le presentaba un porvenir prometedor…… Michel pensaba en su triste y sórdido cuartito y sentía, sin confesárselo, una vaga aprensión, algo así como una especie de congoja. Apartó sus pensamientos. Al abrir la puerta del cuarto, tuvo una agradable impresión: Evelyne había limpiado la estancia, descorrido las cortinas, encendido la lámpara de petróleo, rehecho la cama y remplazado con su manta de viaje el cobertor lleno de manchas sospechosas. Rumoreaba el fuego. Las manzanas cocinas triscaban en el horno esparciendo por el cuarto un agradable olor. Sobre la mesita exornada con una toalla extendida a guisa de mantel, había dos platos limpios y deslumbrantes bajo el círculo rojo de la lámpara. En la repisa de la chimenea estaba el retrato de Michel con un marco de cartón, adornado con unas cintas de seda, que Evelyne se había llevado del sanatorio. Todo era limpio, casi íntimo, casi alegre.

«Yo no hubiera pensado en todas estas cosas», se dijo Michel mirando el mantel, el cobertor de la cama y el marco en la repisa de la chimenea.

Por ello conoció la fuerza que puede dar la experiencia de la miseria. Y comenzó a admirar a Evelyne.

Al día siguiente fue a ver al profesor Norf. Al fondo de la Facultad de Medicina, al final de una serie de sucios pasillos, Michel desembocó en un patio cercado por una empalizada carcomida y bordeada de cochambrosos y pestilentes barracones en los que se amontonaban carbón, cajas viejas, conejera, gallineros, perreras y ratoneras. En el centro del patio había una enorme pila de detritus coronada por una cama desvencijada a la que le colgaban las entrañas. Allí estaba el laboratorio de anatomía patológica donde Norf había de recibir a los sabios del mundo entero.

Norf dispensó a Michel una acogida cordial. Era un anciano de cabeza leonina, de frondosa cabellera casi blanca, tez biliosa, poderosas mandíbulas y ardientes ojos grises. Prometió a Michel ayudarle, tomarlo a su servicio, y darle, si se portaba bien, un puesto de ayudante. Mientras hablaba removía con las dos manos, con aire satisfecho, un cerebro de hombre en el fondo de una sopera de loza. Y de vez en cuando tomaba negligentemente de encima de la mesa el cigarrillo que había dejado olvidado su viejo mozo de laboratorio, y lanzaba una bocanada de humo sin darse cuenta de las tristes miradas del pobre diablo.

Tillery dio a Michel las señas del doctor Domberlé. Michel le escribió y fue citado para la semana siguiente en el sanatorio de Saint-Cyr-l'Ecole.

Domberlé habitaba a un kilómetro del sanatorio, en un lugar solitario y rodeado de bosques, en una vieja casa modesta y silenciosa situada en medio de un umbroso jardín.

Domberlé era un hombre aventajado en edad, barbudo y de cabellos grises. Bajo su ancha frente surcada de arrugas brillaban unos ojos penetrantes.

Auscultó a Evelyne, examinó las radiografías, tomó medidas y revisó las horas de régimen que le habían hecho llenar ocho días antes. Con breves palabras, sin insistir, hizo notar a Michel el estado de los pulmones, y, sobre todo, el agotamiento de las vísceras digestivas, el bazuqueo del estómago, la congestión y sensibilidad del hígado y el atascamiento del intestino.

—El exceso de trabajo y la sobrealimentación han consumado su obra —dijo a Michel—. Su mujer es una heredoartrítica, intoxicada desde la infancia por la fatiga y una alimentación demasiado fuerte. Ha sido la debilitación de esos «humores» emponzoñados lo que ha permitido al microbio instalarse sin lucha. Su tuberculosis no es sino una consecuencia del artritismo. En lugar de concretarnos simplemente al signo exterior, al bacilo, nos remontaremos a la causa y le aplicaremos el tratamiento del artritismo agudo. Y confío que, sin neumo ni antiséptico, el organismo, una vez regenerado expulsará por sí mismo los bacilos y la curaremos de su tuberculosis.

En espera de que Evelyne ingresara en el sanatorio de Saint-Cyr, Domberlé la hizo someter a régimen; le prohibió formalmente la sobrealimentación clásica, la carne cruda, los reforzantes, el tocino, el pescado, la carne de caballo, las frutas ácidas, los medicamentos y las inyecciones.

—Todo eso intoxica y agrava su estado —dijo.

—Sin embargo —objetó Michel—, en los sanatorios se suele consumir tocino y carne cruda, y se practica un régimen de sobrealimentación…

—¡Lo sé! ¡Lo sé perfectamente! —dijo Domberlé.

Prescribió para el desayuno, pan y café con leche; para el almuerzo, entremeses a base de un poco de trigo germinado y trigo cocido, ensalada y algunas legumbres crudas; luego un huevo o carne, féculas, queso, un postre azucarado y frutas dulces. Y por la noche la misma comida, con legumbres verdes sin carne. Aconsejó finalmente la práctica de ejercicios moderados, un poco de hidroterapia y reposos metódicos a lo largo del día.

Acompañó al joven matrimonio hasta la carretera. Evelyne iba delante. Detrás de ella, Michel preguntó:

—¿Qué opina usted, doctor?

—Usted lo ha visto tan bien como yo —dijo Domberlé—. Grandes crepitaciones en el vértice del pulmón derecho. Y aquí y allá algunos estertores casi cavernosos. Además, la radiografía lo muestra claramente: todo el lóbulo superior derecho y la mitad del mediano aparecen invadidos. A la izquierda un velo muy acusado, nódulos… Hígado en exceso fatigado, uñas encarnadas, dolores en el hombro derecho con hiposistolia refleja…

—¿Entonces qué? —murmuró Michel.

—No lo sé —respondió Domberlé—. Pero con un régimen acertado y la ayuda de Dios se hacen milagros.

Evelyne les esperaba. Al reunirse con ella, Domberlé le dio una palmadita en el hombro y pronunció algunas palabras de aliento y de confianza, unas palabras sencillas, buenas, casi paternales. Evelyne, al marcharse, se sintió confortada. Uno de los mayores bienes que puede hacer un médico es pronunciar una palabra cariñosa. No existe ninguna otra profesión en que a uno le ofrezcan de ese modo el corazón del hombre.

Al fin de mes ingresó Evelyne en el sanatorio de Saint-Cyr-l'Ecole. Allí la condujo Michel dejándola en un pequeño dormitorio en compañía de otras tres enfermas, pues había cuatro en la habitación. Michel se despidió de ella, le dio un beso y la dejó. La presencia de las tres otras enfermas les turbó y paralizó su ternura. Michel regresó solo a París.

Volvió a su habitación del cuarto piso, donde se refugió ligeramente aliviado. Evelyne la había convertido en un hogar. Su presencia lo había iluminado todo. Allí habían sufrido los dos. Durante las horas en que iba de un lado a otro por las calles de París, soñaba en él como en un refugio y un remanso de paz. Evelyne supo llevar a él la alegría, el orden y un poco de belleza. Además, allí había estado enferma dos semanas de una leve pleuresía. Sí, ambos habían sufrido allí juntos. Lo bastante para que la más sórdida casucha se trocara en un hogar y en un rincón querido.

Pasó una semana trabajando en el laboratorio de Norf. Ni un solo momento dejó de pensar en Evelyne. La imaginaba en el sanatorio, en aquella habitación compartida con otras tres mujeres. Le escribió el miércoles, y el domingo a mediodía tomó el tren de Versalles para ir a verla. Y cuando entró en el pequeño dormitorio con sus cuatro lechos de campaña cuidadosamente alineados y buscó con los ojos a Evelyne en el fondo del cuarto, se detuvo sobrecogido. En la cabecera del lecho de Evelyne había una visitante, una muchacha alta y rubia, de rostro agradable, sentada en la cama, cerca de la enferma y reteniéndole las manos. Era Mariette……

CAPÍTULO II

Después de haber visto en Saint-Cyr a su hermano y a Evelyne, Mariette regresó a Angers y volvió a encontrar con satisfacción sus palomos, sus flores y su viejo gallo *Titi*. Estaba contenta de su viaje. Una vez más cumplió su misión, reemplazó a la madre muerta y llevó consigo la ternura el apoyo y el amor. Dejó dinero y prometió su ayuda. Pero la noticia que tenía que dar a su padre la preocupaba y la inquietaba. Sin embargo, se resignó a ella al tercer día de su regreso. Se lo dijo una noche, después de cenar, cuando Jean Doutreval la interrogó sobre la vida que Michel llevaba.

—Yo creo que saldrá adelante —dijo—. No se trata sino de una cuestión de dinero. Lo más costoso son los gastos del sanatorio para su mujer…

Doutreval tuvo un sobresalto y miró a Mariette.

—¿Su mujer?

—Sí…

—Todavía no, supongo…

—Pero, me pareció habértelo dicho…

—¿Se ha casado?

—sí, en Amiens… En cuanto se marchó de aquí.

—Ah, está bien… —dijo Doutreval.

No terminó de cenar. Dejó la servilleta sobre la mesa y fue a encerrarse en el laboratorio.

Hasta aquel momento había esperado siempre el retorno de su hijo. No podía creer en aquella ruptura. Aguardaba una carta de Michel para enviarle su perdón y abrirle los brazos. Pero ahora esta idea le exasperaba.

—¡Imbécil! ¡Imbécil! —exclamó.

Supo que Mariette había ido a verle. Ésta había sido incapaz de engañarle. A las pequeñas economías de su hija, había añadido algunos billetes para Michel. Pero en aquel momento todas aquellas debilidades humillaban su orgullo y le enfurecían contra sí mismo. Ahora todo había terminado. El pasado había dejado de existir; ya no tenía hijo. ¡Casado! Con aquella enferma, aquella criatura carente de personalidad, a quien prefería antes que a un padre, a veinte años de abnegación, de amor, de innumerables y constantes ternuras.

«¡Está bien! —se dijo Doutreval—. A partir de hoy he dejado de tener hijo».

A fines de aquel año Mariette se unió en matrimonio con Ludovic Vallorge. Fue a vivir en la casa de al lado, que Doutreval alquiló y acondicionó para ella. Fabienne había terminado sus estudios y la Facultad dejó ya de interesarle. Ingresó en L'Egalité para cursar allí la carrera de enfermera. No le desagradó a Doutreval la decisión tomada por su hija menor. Pronto necesitaría de sus servicios, pues soñaba con instalar un gran centro de curarización del que asumiría la dirección y en el que Fabienne sería su brazo derecho. No obstante, aquella nueva salida acabó por despoblar la vieja morada. Doutreval conoció la soledad. Sólo le quedaba su amiga Jeanne Chavot. Pero también ésta tenía escasos momentos libres debido al absorbente trabajo que efectuaba en *El progreso social*. Por otra parte, sus vidas no estaban fundidas. Cada uno tenía su propio hogar y sólo se encontraban de vez en vez, por espacio de algunas horas, tácita convención acordada para mayor comodidad de los dos, pero que resultaba bastante penosa para Doutreval, precisamente en aquellas horas de soledad y lasitud en que le asaltan a uno irrecusables recuerdos. Dio cuenta a Jeanne de la marcha de Michel. Pero antes de sentirse con ánimos para informarle de lo más cruel y humillante —aquel matrimonio—, Doutreval

esperó aún algunas semanas. Sentíase demasiado lastimado en su orgullo. En esto estriba la diferencia entre una amante y una esposa. Con aquélla sólo se comparten con gusto las alegrías.

Jeanne era buena y animosa. Aunque, quizá en lo más íntimo de su ser. Las mujeres excesivamente intelectualizadas pierden a veces una parte de su feminidad y de su corazón. En algunos momentos, a todas sus palabras sensatas, a todos su alentadores razonamientos, Doutreval hubiera preferido una lágrima, un beso compasivo y maternal…

Las tardes se le hacían interminables y más aún las noches, con esos inacabables insomnios en que todo se agravaba, se acentuaba y cobraba su mayor relieve: rabia, humillación, lamentaciones y también remordimientos de su juventud… Césarine, la joven sirvienta del restaurante de los estudiantes… Si duda le quería, era una muchacha de buen corazón y él sufrió mucho al dejarla. Y Dense, obrera de una fábrica… Murió en el hospital, de un accidente de trabajo… Fue un rudo golpe para Doutreval. Y Olga, Olga… Solo en la cama, a Doutreval le ardían las mejillas al pensar en ella. Una mujer pública. Se enamoró de ella como un loco… ¡Juventud! ¡Juventud! ¡Cuántas torturas morales había sufrido por ella entre los veinte y veintiún años! No cabe duda de que se habían amado, de que él había amado a Olga… Recordaba, con extraordinaria lucidez, todos los detalles de aquel miserable encadenamiento que duró algunos meses, y el día en que ella, haciéndose cargo de la situación, le había dicho:

«Vete. No vuelas más. Labraré tu desgracia. Te aborrezco».

¡Cuánto había él llorado, sollozado y suplicado! Si ella hubiera querido… ¿qué no hubiera hecho? ¿Qué no hacía a los veinte años cada uno de nosotros si el destino nos dejara libres!

¿Qué hubiese ocurrido si Dense no hubiera muerto? ¿Si no hubiese recibido nunca, estando en la fábrica, el golpe de una polea? ¿Qué habría sido de los dos?

En el fondo, quizá se creía un hombre fuerte porque la vida no había sido para él muy difícil. Pero ¿y si el azar hubiera dispuesto otra cosa?

Al recordar las desventuras de su pobre corazón de veinte años, Doutreval comprendió mejor a su hijo. Le invadía por momentos un sentimiento de piedad. Decíase, con sordo remordimiento, que, en el fondo, se quiere a los hijos más perfectos que uno mismo, que se es demasiado duro con ellos, que se tiene menos piedad de ellos que de sí mismo…

Para combatir aquellos largos insomnios solo existía un remedio si no quería embrutecerse tomando gardenal: el trabajo. Afortunadamente, Doutreval estaba sumido desde hacía meses en un mar de preocupaciones. Su comunicación a la Academia de medicina había despertado gran interés. En seguida la Prensa la comentó extensamente. Y se produjo desde los primeros momentos una oleada de cartas, una interminable cohorte de enfermos iluminados por la esperanza. Clientes, corredores, reporteros, periodistas, visitas o cartas de colegas, y consultas y preguntas de Institutos extranjeros hacían casi imposible la vida a Doutreval y a sus ayudantes.

En varias tribunas dio Doutreval conferencias explicativas de sus métodos. Estaba terminando febrilmente la redacción de un voluminoso libro en el que habían de figurar todos los documentos, estadísticas y fichas que no había podido incluir en su comunicación. Cada mes efectuaba una jira de cuatro o cinco días por el extranjero. Visitó Londres, Glasgow, Bruselas, Munich, Milán y Roma. Se disponía a salir para Madrid, Valencia y Barcelona. El inspector general del Servicio Sanitario de Marruecos le proponía una prueba en el asilo de Meknès. Si los resultados fueran satisfactorios se aplicaría el método a todo el territorio marroquí. Por último, Doutreval soñaba con abrir un Centro de su propiedad, donde mandaría y atendería gratuitamente a los pacientes y que consagraría definitivamente su autoridad y su éxito. Su ímprobo trabajo le absorbía por entero requiriendo de él todo su tiempo, sus energías y sus pensamientos. Llegó a olvidarse de Michel y a sentir mucho menos su soledad.

Para terminar su «curación» abandonó casi completamente su casa y se fue a vivir a la de Mariette y Ludovic Vallorge. Sólo se le veía por la suya cuando trabajaba en el laboratorio o en el despacho.

Comía, dormía y vivía, en suma, en casa de su hija. Mariette le acondicionó una habitación. En compañía de su hija y de su yerno, Doutreval se sintió más feliz.

Ludovic Vallorge era un marido excelente, trabajador y de carácter apacible. Su situación mejoraba de día en día. Era médico de los *Lycées*, de los hospitales y de la Casa de Beneficencia y jefe del laboratorio de los Servicios municipales de higiene. Los títulos que iba coleccionando constituían para él una continua propaganda. Encargado de las clases en la Facultad se granjeó una cierta popularidad entre los jóvenes futuros médicos. Prudente, sagaz, diplomático, supo ganarse la amistad del secretario Gigon, de Heubel, Donat, Géraudin y los grandes «patronos» y esperaba, a no tardar, ocupar una cátedra. Poco tiempo antes se había inscrito en el partido político de Guerran para poder lucir, como todo el mundo, la cruz de la Legión de Honor.

Lo curioso en Ludovic Vallorge era que a pesar de todos sus cálculos y especulaciones este logrero era un hombre concienzudo y trabajador. Nos e alcanza el éxito y no se logra una clientela fiel, sobre todo entre los humildes y los pobres, sin mucho trabajo, comprensión y corazón. Sin dejar a un lado las maniobras de pasillo y las combinaciones políticas de la Facultad, Vallorge se afanaba seriamente en su trabajo. La sala del hospital que corría a su cargo estaba todas las mañanas llena de visitas. Jamás cortaba por la noche el cordón de su campanilla. Podía llamársele a medianoche para asistir a una fiesta a casa de los Heubel o para atender a un enfermo de la Asistencia pública afectado de cólico. Vallorge dejaba a Mariette con unas palabras de excusa, se ponía el abrigo, subía al automóvil cubierto de nieve, y por tres francos con sesenta céntimos, que le pagaría o no el municipio, pasaba el resto de la noche a al cabecera del enfermo, sin un gesto de irritación o de mal humor.

Su salud, su tranquilidad y su equilibrio de ánimo eran magníficos. Sabía siempre tomarse el lado bueno de la vida. Un estómago robusto y un sueño de chiquillo le permitían gozar de muchas cosas. Y disfrutaba de ellas sin extralimitarse. El matrimonio tenía señalado un día de recibo una ve al mes y celebraban el fin de semana desde el sábado hasta el lunes. En invierno iban dos o tres veces a practicar el esquí en Auvernia. Entretanto, Mariette se trasladaba a París para ver a Michel y a Evelyne y llevarles alguna ayuda. Abrigaba la esperanza de reconciliar a su padre con su hermano. Con la promesa de un hijo, sólo aquello le faltaba para sentirse completamente feliz.

CAPÍTULO III

Aquella noche, después de cenar, Olivier Guerran se encerró en su gabinete, no tanto para trabajar como para aislarse un poco hojeando algunos libros. Julienne, su mujer, pasó la tarde en un salón de belleza, con la cabeza metida en un casco metálico, y como siempre que se hacía ondular, llegó con los nervios exasperados y predispuesta a armar camorra. Durante la cena la atmósfera fue, una vez más tempestuosa. Inmediatamente después del postre, su hijo Charles y la mujer de éste, Andrée, buscaron cobijo en su refugio habitual, el cine. En la espaciosa morada del primer piso sólo quedaron Micheline y su madre.

Guerran, retrepado en uno de los dos enormes «clubs» de cuero colocados a uno y otro lado de la chimenea del despacho, desdobló un ejemplar de *Candide*, y mientras leía los chismes de la Cámara abrióse la puerta. Reconoció los pasos de Micheline.

—¿Eres tú, hija mía? —dijo sin volverse.

En aquellas horas Micheline solía ir a reunirse con su padre. Desde que hacía seis meses dejó Guerran de ser ministro, disfrutaba finalmente de unos momentos de ocio. El ministerio cayó por una jugarreta de las derechas, que se aprovecharon de una sesión matinal, un lunes en que se hallaban ausentes las nueve décimas partes de los diputados y las cuatro quintas partes de los ministros. Una taimada interpelación sobre un ascenso extemporáneo concedido a un alto funcionario, deparó el pretexto. El Gobierno quedó en minoría.

Guerran no se disgustó. Durante el año que había ocupado el ministerio había trabajado en demasiada y anhelaba una temporada de reposo. Su hígado le inquietaba. Sentía de vez en cuando agudos dolores en el costado derecho. Y, por otra parte, le convenía abrir nuevamente su bufete de abogado. Así, empuñaba periódicamente las riendas. Esto tranquilizaba a la clientela de su bufete, que sabía que Guerran se ocupaba personalmente de todos los asuntos. A demás, ninguno de sus secretarios, ni siquiera Legourdan, su brazo derecho, era de talla suficiente para gobernar diestramente la nave. En cuanto a su hijo Charles, aunque se las daba de gran abogado, Guerran no veía en él las condiciones requeridas para que le sucediera con éxito en el bufete.

Pese a su apasionamiento por la política, el ministro se daba cuenta de que lo esencial, lo que en modo alguno había de descuidar, era el ejercicio de su profesión de abogado. Cuando regresó su padre, no le hizo mucha gracia a Charles verse desposeído de los importantes asuntos que tenía entre manos. Más Olivier Guerran no gustaba de contemporizaciones cuando era necesario y Charles tuvo que someterse a la voluntad de su padre. El presupuesto de su casa dependía únicamente de los crecidos honorarios que le asignaba Guerran.

—Quisiera hablarte, papá —dijo Micheline.

Guerran se volvió sorprendido. El tono de Micheline era grave. El ex ministro dejó el periódico.

—Te escucho, hija mía. Ven a sentarte.

Micheline se sentó sobre las rodillas de Olivier y le rodeó el cuello con el brazo.

—Siempre me has recomendado que debía ser franca contigo y decírtelo todo…

El rostro de Guerran se ensombreció. Apoderóse de él cierto temor. ¿Qué iba a confesarle su hija? La franqueza de un hijo es a veces dolorosa. ¡Cuán fácil es, en cambio la solución cobarde, el mutuo silencio que permite a los padres ignorar las tentaciones y al debilidades de la juventud! Sin embargo, no le faltaba valor a Guerran para aquellas cosas. Siempre había querido que su hija fuera para él un cristal. Quedaba por saber el precio de esta transparencia.

—Nada debes ocultarme, Micheline —dijo disimulando su inquietud—. Aunque sea una cosa grave.

—Es que… es difícil.

—¿Delicado?

—Un poco… dijo Micheline sonrojándose.

Guerran lamentó una vez más no ser la madre, la madre. ¡Cuanto más fácil le hubiera sido a Micheline hacer aquella confidencia a su madre! Dio un suspiro. Realizó por enésima vez un inmenso esfuerzo de afecto, de conquista, para tranquilizar a Micheline, para sustituir a la madre, para lograr, a fuerza de ternura, merecer la confianza, la entrega total del alma de su hija.

—Micheline —dijo cogiendo la mano de su hija entre las suyas—, yo soy tu papá, tu viejo papá, tu camarada, tu compañero… Sólo me tienes a mí… Casi podría decirte que soy al mismo tiempo tu madre… ¿En quién confiarte si no tienes fe en mi? ¿No estás segura de mi cariño?

—¡Oh, sí! —exclamó Micheline.

—Y yo te quiero mucho más de lo que te figuras, hija mía. Lo bastante para oírlo todo y comprenderlo todo. Yo he vivido mucho, ya soy viejo, conozco la vida. He tenido mis debilidades… Aunque hubieras obra mal…

—¡Oh, no! —dijo Micheline.

—¿Qué puedes temer, entonces? ¿Acaso te cuesta decirlo? ¡Bah! Te he contado de mí muchas cosas embarazosas. ¡Más de veinte veces me he confesado a ti!

Congratulábase en aquel momento de las debilidades y pequeñeces confesadas a Micheline, de la sinceridad hacia ella que instintivamente juzgó necesaria si quería ganarla para sí. Por intuición, y sin explicarse por qué, había adivinado que sólo se conquista cuando uno da. Y sintióse impelido a veces a pequeñas y penosas confidencias contando sus primeras decepciones juveniles, sus dudas, sus errores; y cómo la soledad moral, la falta de consejos y de guía le habían, en el fondo y a pesar de las apariencias, hecho fracasar en la vida. Pero ahora se sentía contento de haber tenido la valentía de mostrarse a su hija tal como era.

—Ya lo sé —dijo Micheline—. Te aseguro que no se trata de nada grave, de nada malo. Simplemente me parece…, me parece que hay alguien…, que hay alguien que me interesa… Eso es todo.

Micheline se puso encarnada como una cereza, inició una forzada sonrisa y acabó por apoyar su enmarañada cabeza rubia en el cuello de su padre y echarse a llorar.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Guerran, aliviado—. ¿Quién es él? Dime su nombre. ¿No te atreves? ¿Tengo que ayudarte? ¿Alguien de aquí? ¿De mi gabinete? ¿No? ¿Quién suele visitarnos…? ¿Tampoco? ¿A quién has visto durante las vacaciones? ¡Ah, ya caigo, Robert Bussy!

Micheline, con el rostro oculto en el cuello de su padre, movió dos o tres veces la cabeza en señala afirmativa.

—Por fin te has explicado —dijo Guerran—. Es un muchacho simpático. Buena familia y brillante situación… Más tarde será notario, como su padre… A mí me agradaría. ¿Te ha dicho ya algo?

—No… Sí… Casi nada… Quería hablar de ello a su familia… Pero primero le exigió que tú lo supieras todo…

—Hija mía —dijo Guerran, radiante, besando a Micheline—. Estoy contento, muy contento. Vamos a hacer las cosas ordenadamente… En primer lugar, sería conveniente que hablases a tu madre…

—Oh, eso no me preocupa —dijo Micheline—. Se lo diré tranquilamente.

—Está bien. Ella no debe ni siquiera sospechar nuestras pequeñas complicaciones. Esto la molestaría. Además, ha otras cosas a tener en cuenta. Tú tienes apenas dieciocho años. Y ese muchacho no es mucho mayor que tú. Hay de por medio el servicio militar… porque supongo que todavía no lo habrá cumplido.

—No.

—Me gustaría que antes de casarse estuviera ya licenciado. Porque un noviazgo interminable… En fin, ya arreglaremos esto.

Dos meses después, el notario Bussy celebraba en la intimidad, de una manera discreta, el noviazgo de su hijo con Micheline Guerran. Las dos familias convinieron que durante el primer año del noviazgo de os dos muchachos éstos se verían poco, y acordaron celebrar la boda dos años después. A la comida para festejar el noviazgo asistieron los Géraudin. Y a los postres, Géraudin obsequió a Micheline con un brazalete de oro con dibujos griegos valorado en catorce mil francos.

Una vez más, el ministro Guerran acababa de prestar un gran servicio a Géraudin. Dio carpetazo al decreto fijando en sesenta y siete años la edad de la jubilación de los cirujanos de los hospitales. La tempestad que se cernía sobre el futuro de Géraudin se disipó por completo.

Desde hacía ocho días, Belladan, el doctor Belladan, como se le llamaba desde que se había establecido, preparaba cuidadosamente a uno de sus enfermitos, una niña de diez años, para una ablación de las amígdalas. Reposo, régimen ligero, laxantes suaves… La chiquilla tenía que se intervenida por Géraudin.

Belladan, que se había establecido en el mismo barrio de Angers, donde Tillery logró afianzarse antes de su marcha a París, iba decayendo cada vez más. Ajuicio de los que le conocieron en la Facultad era éste un fenómeno inexplicable. De un saber poco común, diagnosticaba exactamente y estaba dotado de una gran prudencia y de una notable destreza en lo tocante a al cirugía. Era indudablemente un excelente médico. Y, no obstante, a pesar de todas estas cualidades, no hacía sino vegetar. Carecía de ese no sé qué que crea la cordialidad, la confianza y la entrega mutua entre el enfermo y el médico. Quizá estuvo demasiado tiempo practicando en el hospital y en el laboratorio. Tal vez se había olvidado un poco de que también el factor humano entra en juego y que no trataba con máquinas ni con seres irracionales. Conocía poco a los obreros. Tenía una manera distante, científica, abstracta, de auscultar a sus enfermos. A su juicio, había ante todo en ellos un problema a resolver para cuyo estudio no eran necesarias ni las simpatía ni la penetración en lo más íntimo del alma, tanto más cuanto que, procedente del campo burgués, consideraba un poco a los hombres del pueblo como seres bastante elementales a los que se tenía que devolver la salud sin que mediara para ello ninguna explicación. No cabía duda de que las gentes humildes, aunque de una manera vaga, se daban cuenta de ellos. Pues Tillery, con sus incertidumbres y vacilaciones pero también con su simpatía, su apasionamiento, su franqueza, su ternura impulsiva y a un tiempo inconsciente para aquellas propias gentes, triunfaba por segunda vez labrándose una nueva situación en un barrio obrero de París, mientras que en Angers, Belladan pedía cada mes a sus padres cuatro o cinco billetes de a mil. No le desagradaba, pues, aquella intervención que le reportaría un porcentaje apreciable, sin contar con una provechosa propaganda cerca de la clientela rica de su barrio. Además, la chiquilla, que era muy cariñosa, sólo quería dejarse cuidar por Belladan, hasta el punto de que el joven médico mostró por la pequeña paciente un interés y un afecto poco habituales en él.

La intervención había sido señalada para el siguiente jueves. En la mañana de aquel día, Géraudin llegó a París en automóvil en compañía de Valérie. Ésta, tras una breve estancia en La Baule al lado de su hijo idiota, y con el pretexto de sentirse fatigada, fue a cuidarse y descansar en París. Desde la capital, el miércoles por la mañana telefoneó a Louis, el chofer, para que la fuera a buscar urgentemente. Le dolía el estómago y se sentía cada ve peor.

Al llegar al Ritz, Géraudin encontró a su mujer en el salón de té, donde con un vestido de falda corta se entregaba, a pesar de su estómago, a las contorsiones de un endiablado «fox». Dijo que se encontraba un poco mejor. El que iba mal era *Kiki*, el huraño y lagañoso pequinés cuyo hocico y orejas apestaban y que Valérie llevaba siempre debajo del brazo. Ésta quiso que su marido examinara en seguida a *Kiki* y que regresaran inmediatamente a Angers. Tras una larga disputa, Géraudin se resignó a auscultar a *Kiki* y prescribió unos supositorios, en cuya busca salió apresuradamente un mozo, y que Louis administró.

El jueves por la mañana llegaron en automóvil a Angers; Valérie, como de costumbre, en el asiento delantero al lado del chofer, y Géraudin detrás con las maletas. Valérie cuidaba su estómago comiéndose una libra de trufas heladas y cerezas con *kirsch*. Hundido en el fondo del coche, Géraudin recibía a cada viraje una maleta en la cabeza. Acabó por refunfuñar, protestar y deshacerse en improperios. Louis tuvo que detener el automóvil. Tras una breve y áspera discusión en la carretera, Géraudin declaró:

—Entonces, siéntate en mi sitio. Ya verás.

—Lo haré —exclamó Valérie.

Pero apenas habían andado tres kilómetros, Valérie comenzó a chillar y vomitar las cerezas a través de la portezuela. Géraudin, compungido, desolado, consternado, pidió perdón, consoló a su mujer, se trató a sí mismo de buitre, la llamó «mi pobre Riri» y se sentó nuevamente detrás con las maletas.

Llegaron a Angers a mediodía. Después de almorzar se presentó el veterinario para examinar a *Kiki* en presencia del exasperado Géraudin. Luego Valérie reclamó el *Panhard* y a Louis para ir a confesarse.

Permaneció largo tiempo en la iglesia, sin que Louis se lamentara de ello. Después de esta clase de visitas, la señora solía mostrarse amable. La desdichada había lo que podía. Al salir dijo a Louis que la condujese a la sucursal del *Printemps*. Durante el trayecto no abrió la boca, lo que no dejaba de ser meritorio. Al apearse del vehículo dijo, como de costumbre:

—Venga usted a recogerme, Louis…

Porque una vez en el establecimiento, Valérie se olvidaba del tiempo. Louis esperó una media hora y luego entró en el *Printemps*. Encontró a su ama en la sección de corsés y la acompañó, al parecer disgustada, hasta el *Panhard*. Desde *Printemps* se dirigieron al *Boka*, donde Valérie desapareció. Al cabo de una hora, Louis la buscó afanosamente de un mostrador a otro. Recorrió entonces el enorme almacén repitiendo continuamente:

—¡*Madame1 ¡Madame!*

Haciendo caso omiso de las solicitudes de las vendedoras descubrió finalmente a Velérie en la sección de medias de seda. Ésta comenzó a disputar y se negó a seguir al chofer. Pero Louis no se amilanó y amenazó a su ama con regresar solo. Entonces, furiosa y humillada, Valérie siguió a Louis. Sin saber por qué, le tenía miedo. Y para que su chofer la perdonara le compró en la sección para caballeros unos calzoncillos a rayas.

Durante el trayecto no cesó de mortificar a Louis.

—¿Qué va a decir el señor? Llegaremos muy tarde. Louis, diga usted que ha tenido un pinchazo.

—¡Y sale usted de confesarse! —dijo Louis, indignado—. ¿Qué solución es esta?

—No seré yo quien mentirá, sino usted.

—Lo dudo —afirmó Louis con su aplastante lógica.

—Es verdad… Es verdad que hoy no puedo mentir.

Hizo detener a Louis en la pescadería donde compró un lenguado para ella, una caballa para el señor y bacalao para la servidumbre, a la que alimentaba deficientemente. La carne para las sirvientas la compraba Louis todas las mañanas a escondidas de la señora y de acuerdo con Géraudin. Luego Géraudin pagaba secretamente al carnicero. Valérie llegó a su casa después de las cinco, con exasperación de Géraudin. Hacía mucho tiempo sin duda que Belladan esperaba en la clínica.

Louis condujo a su patrón a toda marcha. Géraudin tenía que practicar cuatro intervenciones.

La primera era un profundo ántrax en la nuca que tenía que vaciarse con el bisturí eléctrico. Fue un trabajo delicado. Tratábase de un individuo de sesenta y dos años, cianótico, de labios azulados, corazón débil y que presentaba síntomas de una septicemia inminente. Dos síncopes bajo los efectos del cloroformo. Al terminar, Géraudin se sintió sofocado. Luego le tocó el turno a lo más complicado: una úlcera de estómago. Géraudin era uno de los pocos cirujanos que la operaban realmente. Muchos de ellos se limitaban a acoplar el estómago al intestino, con lo que el píloro queda aislado. En cambio,

Géraudin extirpaba verdaderamente la úlcera. El médico que había acompañado al enfermo estaba presente y deseba ver la operación. Géraudin quiso mostrarse brillante. Y trabajó con una deslumbrante sencillez. Al terminar le dolía un poco la nuca.

No queda sino una apendicitis y una amigdalotomía. A Géraudin le acució súbitamente un irresistible deseo de fumar un cigarrillo o tomarse una copa de coñac o un café. Pero mientras se lavaba las manos con alcohol, le trajeron al enfermo siguiente: un caso de extirpación de apéndice.

La intervención fue laboriosa. No había manera de localizar el apéndice. Y ello, con la presencia vigilante del médico de cabecera a quien era preciso no sólo convencer sino despertar admiración. Así, cada intervención de Géraudin constituía para él una especie de agobiador examen, una doble batalla contra la muerte y contra el médico que le veía actuar. Géraudin se impacientaba. ¿Dónde diablos se había escondido ese apéndice? Le ardían las orejas. ¡Y aquellas punzadas en la nuca! Cuado terminó estaba descontento de sí mismo, nervioso y de mal humor. Regañó a la jefa de las enfermeras y a Louis quien, a su juicio, no había suministrado bien el cloroformo. Y pensó que haría muy santamente en dar por terminado aquel día su trabajo.

Pero aún quedaba aquella chiquilla que había traído Belladan para la extirpación de las amígdalas. La pequeña paciente estaba ya dispuesta y esperaba. No ignoraba Géraudin las angustias de tales momentos. Quiso intervenirla en seguida, no dejarlo para el día siguiente. Además, por una cuestión de orgullo, no quería Géraudin dar muestras de cansancio. Hubiera sido su primer retroceso, la primera vez que hubiese confesado haber envejecido. Y, de una manera inconsciente, se negaba a ello.

Hacía ya más de una hora que Belladan trataba de distraer a la enferma y abreviar la insoportable espera. Tratábase de una niña de diez años. Estaba allí con sus padres, los tres con el corazón oprimido.

Finalmente, Belladan pasó con la chiquilla a la sala de operaciones. Los padres esperaron en el pasillo. Cuando la niña estuvo tendida, Louis le administró la anestesia. Fue necesaria una dosis enorme, porque la niña era muy nerviosa. Además, estas operaciones cercanas al cerebro exigen siempre una mayor cantidad de anestesia. La operación transcurrió muy bien. Géraudin escarbó con la espátula el fondo de la garganta y limpió el *cavum* ensangrentado. Cada vez le dolía más la nuca. Una humedad desagradable le cubría la frente. Sintióse ligeramente mareado. Pero ya todo estaba terminado.

—¡Perfecto! —exclamó Belladan—. ¡Perfecto!

Géraudin dejó las cucharillas, y acompañando a Belladan, se alejó, aliviado ya, para lavarse las manos.

—¡Señor! ¡Señor!

Era Louis quien le llamaba. Seguía sosteniendo al cabeza de la niña.

—¡Se está muriendo!

Belladan y Géraudin corrieron hacia la mesa de operaciones. La niña había dejado de respirar.

—Respiración artificial —dijo Belladan.

Y desabrochó rápidamente los vestidos de la niña

—Sí… sí… —asintió Géraudin.

—Vamos, pronto. Yo la desnudo.

—Unas pinzas… unas pinzas… —dijo Géraudin.

—Respiración artificial… respiración artificial…

—¡Pronto! —dijo Belladan acabando de cortar el corsé de la pequeña.

Géraudin introdujo las pinzas en la boca de la niña, agarró la mejilla en lugar de la lengua y estiró.

«¡Está loco!», pensó Belladan.

Miró al «patrón». Géraudin, lívido, todo el cuerpo empapado en sudor, temblaba como un azogado y se enjugaba la frente. Sin un instante de vacilación, Belladan cogió las pinzas de manos de Géraudin, las introdujo en la boca de la criatura y estiró la lengua. Géraudin, desatinado, sostenía con sus manos la colgante cabecita. Le temblaban las manos y tenía las sienes bañadas en sudor.

«¡Y los padres en el pasillo!», pensaba Belladan desesperándose.

En aquel momento la lengua escapó a la presión de las pinzas. La niña dejó escapar un hipo y respiró.

Géraudin y Belladan se irguieron. Géraudin estaba muy pálido y le temblaban ligeramente lo labios. Nadie de cuantos había a su alrededor había notado nada.

«Un mareo —pensaba Géraudin mientras Louis le conducía a su casa—. Simplemente me he mareado un poco. Esto suele ocurrir y es una cosa accidental…»

Estaba aún sofocado. Le dolía la nuca. Oprimido entre su pulgar y su índice, el lóbulo de su oreja ardía.

Trataba de tranquilizarse. Pero el incidente suscitó en él una sorda inquietud que no logró disipar completamente.

Al entrar en su casa encontró a un veterinario a quien se llamó por dos veces aquella misma tarde para atender a *Kiki*. Ordenóse a Louis que fuera a buscar, con el automóvil, un tarro de *yoghourt* para el pequinés, y la cocinera tuvo que dejarlo todo para condimentar pasteles con huevo. La cena fue deplorable. Géraudin, exasperado, comenzó a discutir. Valérie deshecha en llanto, fue a acostarse. Desde el cuarto de baño, Géraudin oía a su mujer confesar desde la cama a Louis sus cuitas y las crueldades del señor. Gimoteaba y decía al chofer que se acercara más a ella, junto a la almohada, con una inconsciencia y una puerilidad de una niña de diez años. Luego Louis bajó al salón donde había de velar el sueño de *Kiki* durante toda la noche.

Antes de irse a su cuarto, Géraudin fue a ver a Louis para darle un paquete de tabaco y una botella de vino.

—¿No está cansado, Louis? —dijo.

—No, señor.

—Mañana por la mañana tendrá usted cincuenta francos.

—Gracias, señor. Es igual. Hay que tener paciencia, ¿no le parece a usted?

Louis hablaba a su amo con una gran franqueza.

—¡También yo tengo que soportarla! —dijo Géraudin.

—Sí, pero yo no estoy casado con ella.

—Exacto —reconoció Géraudin.

—¿Sabe usted o que le hace falta a la señora?

—Pues… no…

—La miseria, una docena de chiquillos y una buena zurribanda de cuando en cuando.

—Es posible —confesó Géraudin—. Con todo, Louis, no deja de poseer cualidades: es honrada…

—Quizá valiera más ser cornudo de vez en cuando…

—¡Louis!

Géraudin subió a acostarse. Louis se instaló en un canapé, a la cabecera de *Kiki*. Sobre la mesa había pasteles y el tarro de *yoghourt* que *Kiki* había desdeñado. Al día siguiente, por la mañana, la señora diría:

—Louis, llévese a su casa este *yoghourt* y estos pasteles. *Kiki* ya no quiere más. Déselos a su chiquillo.

Pues Louis tenía tres hijos, el menor de los cuales, un niño, padecía de osteomielitis. Cuando era necesaria una intervención, Géraudin le practicaba un raspado en el hueso de la tibia sin percibir un céntimo. Louis contemplaba a *Kiki*, pensando en la noche en blanco que aquel perro le costaba. El animal, con los ojos cerrados y el hocico seco, sufría y resoplaba penosamente. Por un momento Louis pensó en estrangularlo, pero luego se apiadó del animal y sacrificó por él toda la noche.

A comienzos de la primavera de aquel año cedió la aorta del viejo Donat. Hacía años que el grupito de logreros que existe en todas las Facultades estaba al acecho de su estado de salud. Sabíase que la aortitis era «buena» y que podría sobrevivir largo tiempo por poco que Donat anduviera con cuidado. Pero desde hacía algunos meses había cambiado de cocinera. Esto ocasionó su pérdida: comidas excesivamente copiosas y demasiado rociadas precipitaron la evolución del mal. Una tarde, al salir del hospital, dio de narices en el suelo y quedó muerto en la acera.

En torno a su sucesión sobrevino una áspera lucha. Desde hacía algún tiempo Donat era titular de la cátedra de cirugía infantil. Una vez más los agregados asaltaron el despacho de Gigon: Bourland, Huot, Van der Blieck… El mejor situado era Bourland. Operaba con verdadera destreza. Desde hacía ocho años profesaba sin cátedra, y sus opiniones eran muy tenidas en cuenta. Todo el mundo dictaminaba que era llegado el momento de que ascendiera un escalón. Pero Heube sentía antipatía por Bourland y se opuso a ello. Bourland había practicado varias intervenciones en la ciudad a costa de la clientela de Heubel. Si llegara a ser profesor titular sería un rival peligroso. Heubel le hacía operar lejos de los estudiantes, casi a escondidas, para que nadie pudiera apreciar su virtuosismo. Descartado Bourland, sólo quedaban Van der Blieck y Huot. Sin embargo, Vallorge poseía títulos equivalentes, y ninguno de aquellos estaba especialmente designado para la cirugía infantil. Huot y Van der Blieck estaban especializados en ginecología, mientras que Vallorge se dedicaba a medicina general. No obstante, en aquel momento se comprendió la sapiencia de Vallorge, esa previsión que le había impulsado a acumular títulos y funciones absorbentes y mal pagadas: jefe del laboratorio municipal, médico del servicio de higiene, médico de las escuelas, médico de la Asistencia pública… Todo ello destacaba a Vallorge otorgándole una autoridad y un prestigio indiscutibles. Nada podía objetársele porque poseía «títulos». Por otra parte, Huot, el más peligroso rival de Vallorge, cometía el error de hacer política y emitir opiniones atrevidas. En cambio, Vallorge había procurado siempre permanecer en la sombra, inscribiéndose simplemente en el partido de Guerran, lo menos que podía hacer para granjearse el favor del Consejo municipal, y de la Comisión de Casas de Beneficencia de Mainebourg. Así que para eliminar a Bourland se eligió a Vallorge en lugar de van der Blieck y de Huot. A fines de año era ya titular de la cátedra de cirugía infantil. Ello le produjo una gran alegría y también cierta inquietud. Hasta entonces apenas había manejado el bisturí; pero contaba con su jefe de clínica y se proponía obrar con gran prudencia. Todo iba viento en popa en casa de los Vallorge. Por las Navidades de 1932 Mariette, rebosante de gozo, les anunció que se hallaba encinta.

CAPÍTULO IV

Fuera de las horas de clase y de hospital, Michel trabajaba con su «patrón», el viejo Norf.

El laboratorio de Norf estaba situado al fondo de un patio lleno de inmundicias y detritus. Componíase de una serie de espaciosas y polvorientas salas llenas de anaqueles en los que se alineaban locales conteniendo formol. Conservábanse en ellas piezas anatómicas extraídas de los cadáveres; pedazos de intestino, de estómago y manos cercenadas a la altura de la muñeca con la llaga corrosiva de un chancro sobre la piel. Bañábanse en unas cubetas piezas recién extirpadas; hígados cancerosos enteros, pulmones y paquetes de entrañas. Pendían de las paredes fotografías de ratones esqueléticos, con enormes bolsas en el vientre o en la espalda, y ostentando etiquetas como ésta:

«Sarcoma por injerto en un ratón de tres años. Prof. Norf. 16 nov. 27, ReF. 199 B-8»

Norf se mostraba altamente orgulloso de tales fotografías, como si se tratase de las más artísticas pinturas de los más grandes maestros.

En compañía de Vanneau, su viejo ayudante de laboratorio, adornado con grandes mostachos, Norf se pasaba allí las tres cuartas partes de su existencia. Casado y con tres hijos, poco contaba para él su vida privada. Sólo había vivido para una cosa, para una única palabra: el cáncer.

Todas las mañanas era Norf el primero en personarse en el hospital, mucho antes que los profesores y estudiantes. Allí habían de esperarle Michel y Vanneau, el viejo y fiel ayudante de laboratorio. Norf solía llegar llevando un enorme cesto de carnicero debajo del brazo. Visitaba las salas, interrogaba a las enfermeras y bajaba luego al depósito para las autopsias. Entonces sacaba del cesto unos zuecos y un delantal de tela azul, se los ponía, se arremangaba la camisa y se entregaba al trabajo.

Michel había visto centenares de autopsias; pero la labor de Norf era siempre nueva para el muchacho. Era un trabajo lento, minucioso y completo. Y realizado con una extraordinaria conciencia profesional. Aplicaba el buril en la frente del cadáver, golpeaba con el martillo, hacía un corte en torno al cráneo, extraía una especie de solideo óseo y dejaba el cerebro al descubierto. Introducía entonces la mano bajo los hemisferios cerebrales y hacía resbalar el cerebro sobre una fuente. Acometía luego el tronco. Primeramente abría el tórax, sacaba el corazón y los pulmones y los examinaba. Acto seguido hacía lo mismo con el vientre, extraía el intestino y lo estudiaba cuidadosamente, por transparencia, ante la ventana. Si algo le parecía sospechoso seccionaba el intestino para ver el interior, después de lo cual extirpaba, depositándolos sobre la mesa, el hígado, el bazo y el páncreas, separaba las cápsulas de los riñones, pesaba cada órgano y anotaba el paso del mismo. Finalmente seccionaba todos los órganos, quedándose con fragmentos de corazón, pulmón, estómago, hígado y cerebro. Introducía esos jirones de carne en frascos llenos de formol, o en el cesto, si eran demasiado grandes y se los llevaba al laboratorio. Trabajaba con tanta lentitud y precaución que se pasaba muchísimo tiempo examinando un cadáver.

—Nunca se sabe lo que se va a encontrar —decía—. Sólo abriendo os ojos y procediendo lentamente ve uno lo que escapa a los demás.

Muchos de sus colegas se burlaban un poco de él, de sus minuciosidades y de sus interminables autopsias. El viejo Norf ignoraba todo esto, pero, de saberlo, poco le hubiera preocupado.

—Hay que verlo todo —decía—. Una enfermedad de riñones repercute en el corazón, el hígado y el cerebro. ¡Qué hermoso asunto tener un riñón entre las manos! Las dolencias locales no existen. Además, no hay enfermedades, sino sólo enfermos. Los manuales dan lista de síntomas para cada

enfermedad. Esto es una tontería. Jamás encuentra uno todos los síntomas, pero siempre se observan otros síntomas desconocidos. Ya se dará usted cuenta de ello con la experiencia, Doutreval. Por esta razón, por haberse fiado de los manuales, existen hoy día tantos médicos mediocres. Los estudiantes de medicina debieran al menos haber sido externos en el hospital. El externo ha visto enfermos y ha seguido atentamente el curso de su dolencia sin que tuviera a sus espaldas a ningún profesor ni ningún compañero. Ha podido tomarse interés. Y ha «practicado». Con los sistemas rituales, muchísimos —demasiados— estudiantes llegan a médicos sin haber visto siquiera un paciente. Raros, sí, muy raros, son los que tienen la posibilidad de hacer largas estancias en los hospitales, estudiar a los hombres…

Una vez realizada la autopsia permanecía unos instantes contemplando el cesto. Con los musculosos brazos manchados de sangre, con jirones de carne pegados a los dedos, el viejo Norf, colgándole de los labios una colilla apagada, se sumía en hondas reflexiones y al cabo se dibujaba en su rostro una leve sonrisa de satisfacción. Con sus dedos huesudos, llenos de grasa humana, cogía la petaca del tabaco, liaba un cigarrillo, lamía el borde, lo pegaba y lo encendía. Y calzado con zuecos, cubierto con un tosco delantal azul y cargado con el voluminoso cesto repleto de piltrafas humanas, atravesaba un barrio entero de París para dirigirse a su laboratorio. Con el cesto sanguinolento y el delantal moteado de manchas encarnadas parecía un carnicero. Los transeúntes se volvían para mirarle, pero él ni siquiera se daba cuenta. Al llegar al laboratorio entregaba a Michel y a Vanneau las piezas anatómicas sin importancia, depositaba las otras en reserva para prepararlas él mismo y se iba a dar sus clases. Las clases de Norf, sometidas a constante renovación, elaboradas de mes en mes, siempre al corriente de los trabajos más recientes, incluso del extranjero, de Rusia, del Japón y de América, eran una maravilla.

Terminada su lección, Norf se dedicaba a preparar sus piezas. Un pedazo de hígado, de pulmón o de bazo no se inspeccionaban de rondón en el microscopio. Es preciso colocar las células, introducir luego el bloque de carne en una cantidad de parafina para darle rigidez, y cortarla por último en laminitas infinitamente delgadas, de apenas algunas milésimas de milímetro de espesor. Cuando se trataba de casos interesantes Norf no confiaba el trabajo a nadie, recomenzándolo diez veces si era preciso a fin de obtener un corte satisfactorio. Y si se trataba de un enfermo o de un examen del que dependiera una existencia humana, Norf pasaba a veces la mitad de la noche en compañía de Michel. Pero también era capaz, y nadie lo ignoraba, de trabajar de prisa. Ocurrí a veces que en medio de una intervención, colegas de la «Cirugía general» se encontraban con un neoplasma, un bulto sospechoso en el intestino, en la matriz o en la vena cava. ¿Cáncer? Si Norf se hallaba en su laboratorio le llamaban al instante. Presentábase en seguida, extraía un átomo de carne y corría a su laboratorio. Inmediatamente llegaba la respuesta, lacónica y escrita en un papel sucio:

«Cáncer. Extirpad».

Aquel año Michel iba a trabajar para Norf. Taciturno, abstraído y siempre distante, Norf no le hablaba nunca, salvo en lo concerniente al trabajo; ni le estrechó una sola vez la mano.

—A mí —decía Vanneau— me ha estrechado la mano cuatro veces en cuarenta años.

Norf vivía fuera del mundo y de la realidad. Su universo se limitaba a su laboratorio. Alto, de tez biliosa, y cejijunto, iba de un lado a otro en mangas de camisa, con una colilla en los labios, sembrando cenizas por todas partes y restregando los codos por todas las mesas, hasta el punto de que las mangas de su camisa se manchaban con todos los colores imaginables. Miraba cómo los demás trabajaban en el microscopio, apartaba a uno, se instalaba en su lugar, se interesaba por todo, se absorbía en lo que veía, se olvidaba de todo y permanecía allí un par de horas contemplando bajo el objetivo una célula cancerosa y fumando el cigarrillo que el otro había dejado al borde de la mesa. Era inconcebiblemente distraído. Cuando terminaba las autopsias, para no llevar a su casa gérmenes peligrosos para su mujer, se desnudaba completamente. Y en cueros, en medio del laboratorio, se embadurnaba el cuerpo con permanganato, se pintarrajeaba como un indio, de un horrible color rojinegro, y luego para blanquearse la epidermis, se limpiaba con bisultito, que eliminaba el color del permanganato. Hecho esto, se olvidaba de todo un instante después, y al ver a Vanneau con una fuente llena de entrañas, levantaba la

tapadera, cogía los intestinos con las dos manos y comenzaba a manosearlos con visible placer. No pocas veces se orinaba ante la gente en frascos y probetas y, sin dejar de merar, tendía a los que llegaban la mano que le quedaba libre. Nada de la vida corriente contaba para él. En una ocasión, con una navaja de afeitar rajó por la espalda una bata anudada a la cintura con cordones, cortándose al mismo tiempo la americana y el chaleco. Un día, estando su mujer de vacaciones con sus hijos, fue atropellado por un taxi. Trasladado al hospital curó en pocos días. Allí se encontró muy a gusto: no tenía que hacer visitas ni que preocuparse por las comidas ni por la mujer de la limpieza, la lavandera y los proveedores. Y sobre todo, encontrándose en su elemento, podía trabajar en sus piezas de disección recién extraídas. Hasta el punto de que cuando dos meses más tarde fue a verle Louise Norf, el doctor había fijado ya su domicilio en el hospital, que abandonó con sumo disgusto.

Las preocupaciones de Norf eran distintas a las de los demás. Cifrábanse en sus micrótonos, estas delicadas máquinas que contaban a la centésima de milímetro los pedazos de carne, los microscopios de laboratorio, que se estropeaban con el uso y cuyos tornillos se desajustaban, y las hojas de afeitar que servían para los micrótomos. Se pasaba la vida afilándolas o imaginando máquinas que llevaron a cabo tal cometido. Las hojas de afeitar ocupaban en la vida de Norf un lugar de suma importancia. Una vez que estuvo enfermo durante dos semanas, escribió dos cartas a Michel y una a Vanneau en las que les explicaba cómo habían de tratar las hojas de afeitar.

Norf llevaba casi al céntimo una minuciosa contabilidad de los gastos del laboratorio. Vivía en la angustia de ser acusado de malversación de los caudales públicos. Y tenía además la obsesión de ser víctima de un robo.

De cuando en cuando Norf se presentaba en el laboratorio cargado con tablas de pino. Vanneau las cepillaba y las convertía en estantes donde colocar los innumerables libros preciosos que allí se acumulaban. Como faltaba sitio, se practicaban las disecciones y vivisecciones entre la estufa y la nevera. En aquella estancia miserable y llena de trastos, se recibía a celebridades médicas, a reputados hombres de ciencia, a personalidades llegadas de Washington, de Roma, de Moscú y de Tokio, que se habían ensuciado los zapatos en las inmundicias del patio y que daban resoplidos, disimulando cortésmente el asco que les producía el hedor de las perreras y los cepos para ratones.

Norf ganaba cincuenta mil francos al año porque no celebraba consultas y consagraba todo su tiempo al Estado. En cambio, la mayor parte de sus colegas fomentaban la clientela y sólo percibían del estado cinco mil francos anuales menos que él.

—Este es el mal, señor Michel —decía el viejo Vanneau—. La diferencia es demasiado pequeña. Si Norf quisiera visitar clientes ganaría lo menos trescientos mil francos anuales. Sería preferible que los profesores fueran mejor pagados y prescindieran de la clientela. Esto es lo que todo lo envenena. Una parte de los estudiantes sólo aspiran al profesorado con miras a la clientela. Por ella, algunos patronos sacan a flote a alumnos incapaces, con objeto de que más tarde, cuando estén establecidos, llamen a consulta a su antiguo profesor. Por esta razón son muchos los que aspiran al título de profesor, no provocación o por afecto a la juventud, sino por mantener contacto con futuros médicos que les servirán de propaganda. No son escasos los profesores que no cumplen con su misión, que hacen dar las clases por un ayudante, que perciben simplemente sus cincuenta mil francos y que se pasan todo el día efectuando consultas en la ciudad. De los seis meses de duración del curso asisten a las clases treinta veces, veinte, o quizá diez. ¡Y quizá menos! Lo que hace falta son concursos serios y profesores que dejen la clientela a un lado. Y a esto tendremos que ir a parar, pues, de lo contrario, nuestro cuerpo profesional, buena selección en el conjunto, seguirá con su reputación empañada por culpa de unos cuantos logreros. ¡Se generaliza tan pronto!

Allí dentro, el viejo Vanneau hacía de todo: barría, lavaba, limpiaba, planchaba y pintaba. Tan pronto era carpintero como vidriero, mecánico, óptico o electricista. Ora reparaba las balanzas de precisión, los micrótomos y los microscopios, ora subía a la techumbre a deshollinar las chimeneas. Cuidaba a los animales, daba de comer a los ratones y a las ratas cancerosas, practicaba disecciones y

vivisecciones, y, de cuando en cuando, al disecar una laringe cancerosa o el cerebelo de una muchacha afecta de meningitis tuberculosa, se daba a sí mismo por descuido un puntazo anatómico, le acometía un síncope al regresar a su casa por la noche y luego llamaba a Norf, quien abría el dedo de su viejo criado con un mellado cuchillo de cocina. Vanneau ganaba algo menos de mil francos mensuales más un traje nuevo cada año, pero los jardineros y los encargados de la limpieza percibían mayor sueldo porque estaban sindicados. En cambio, Vanneau estaba solo.

Mejoraba su situación practicando un poco la medicina. No se vive impunemente cuarenta años en el ambiente de un Norf por otra parte, éste, abrumado de trabjao, había amaestrado y formado a Vanneau para servirse de él como ayudante. Para Norf jamás había existido un diploma, y nunca desdeñaba al hombre a priori. En aquellos momentos, Vanneau era tal vez el hombre de Francia que después de Norf hubiera seguramente descubierto un cáncer bajo el microscopio. Los estudiantes le conocían muy bien. En los días de examen, en la sala de los microscopios, Vanneau distribuía laminitas de vidrio sobre las cuales había finísimas películas de carne cancerosa por identificar: ¿hígado? ¿Pulmón? ¿Intestino? Norf vigilaba. Si por azar se detenía ante una laminita interesante, ocupaba el sitio del estudiante y se absorbía en la observación y se olvidaba del examen y de la hora que era. De todos los rincones se oían entonces apremiantes S.O.S. y llamamientos a media voz:

—¡Vanneau! ¡Vanneau! ¡Pst! Por aquí.

Vanneau pasaba, echaba una ojeada y susurraba dos palabras:

—Sarcoma del hígado… Tumor cerebral…

A la salida, algún estudiante la daba veinte francos.

También trabajaba para los médicos. Proporcionó generosamente un camino a Michel, a quien sabía pobre. No pocos médicos iban a ver a Vanneau, al laboratorio de Norf, llevándole un pedazo de carne humana.

—Ya me dirá usted, Vanneau, si esto presenta caracteres de cáncer.

Cada respuesta le valía a Vanneau cincuenta francos. También el médico salía ganando, pues los laboratorios hacían pagar ciento cincuenta francos. Gracias a Tillery, Michel efectuaba de vez en cuando trabajos de este género. Además, cuando no estaba muy seguro de su diagnóstico no se avergonzaba de llamar al viejo criado y decirle:

—Dígame, Vanneau ¿qué opina usted de esto?

Vanneau se inclinaba sobre el microscopio, escudriñaba por espacio de cinco minutos y respondía:

—Recuerdo, señor Michel, que el otro día en un caso semejante el señor Norf habló de cáncer…

Por lo tanto, no era Vanneau sino Norf quien daba lecciones a Michel. Vanneau hablaba siempre con gran circunspección.

También Norf conocía a Vanneau. En los casos difíciles, tras una larga e infructuosa observación que le fatigaba la vista, dejaba la pieza bajo el microscopio. Entonces, Vanneau no se apartaba del aparato, echaba una ojeada al ocular, se iba a dar un escobazo y volvía a asomarse al microscopio…

Luego Norf llamaba a su viejo criado y le dictaba su informe:

—Escriba, Vanneau: «No habiendo encontrado ningún indicio cierto de la existencia de un tumor…»

Al llegar a este punto, Vanneau cesaba de escribir y pretextaba sentir una aguda picazón en la tibia.

—A propósito, señor —decía, mientras se rascaba—, ¿se ha fijado usted en aquel ángulo de la izquierda…? Me pareció ver algo… ¡Claro es que yo soy un profano en estas cosas!

Norf se iba al microscopio, maniobraba la platina y escudriñaba hacia la izquierda. Luego murmuraba:

—Sí, sí… puede ser.

Levantábase y decía simplemente:

—Escriba, Vanneau: «En el caso presente se trata de un tumor que presenta las siguientes características…»

Como todos los de Francia, el laboratorio de anatomía patológica recibía del Estado veinte mil francos al año. Con esa cantidad, Norf tenía que pagar las facturas de luz, gas, carbón y el abono telefónico. Le quedaban diez mil francos para adquirir los instrumentos de trabajo, los productos químicos, los animales y la alimentación de los mismos. ¡Y un ratón costaba cinco francos! Las cosas habían llegado a tal punto que Norf carecía de ratones y de ratas para sus experimentos y se pasaba las veladas instalando cepos en los inmensos graneros que se extendían en torno a su dominio con el propósito de reconstruir su ganado. De todos modos, no se quejaba. Pertenecía a esa generación de nuestros viejos sabios que están ya habituados a la miseria. Vanneau citaba simplemente a Michel otros casos: el ejemplo del profesor Gley, presidente de la Academia de Medicina, que en año 1910 descubrió el gran remedio de la diabetes, la insulina. Le faltaban treinta perros para proseguir sus experimentos, pero Gley no poseía más que tres, por lo que más tarde, después de la muerte de decenas de millares de diabéticos, nos llegó la insulina como un descubrimiento americano: la Universidad de Toronto (Canadá), no estimando excesivas las pretensiones de sus sabios, les había concedido los treinta perros que les permitieron preparar la insulina [1]

Norf carecía de personal. Sólo había podido adiestrar a Vanneau. También Michel le ayudaba, pero éste, en cuanto recibiera la investidura de doctor, lo abandonaría. Norf se encontraría nuevamente solo, y reducido a contar con la colección de ayudantes benévolos. Quizá hubiera podido tener los créditos necesarios con que pagar a su ayudante. Sin embargo, hay que tener en cuenta que un jefe de laboratorio percibe veinte mil francos al año, un ayudante catorce mil y un ayudante auxiliar nueve mil, o sea tres mil menos que un enfermero. El solo enunciado de estas cifras ahuyentaba a los jóvenes. No faltaban algunas becas pero lo que sí faltaban eran los candidatos. Nuestra juventud se sentía atraída por el extranjero. En todas partes había laboratorios, talleres y centros de investigación excelentemente equipados. Y se ofrecía a nuestros sabios honorarios fastuosos. Hasta el punto de que una parte de la selección más capacitada del país desertaba de una patria ingrata y se marchaba a donde le brindaran la fortuna y la consideración.

Norf no se quejaba nunca. Todas esas miserias no hacían mella en él. Cuando aplicaba el ojo al objetivo del microscopio se olvidaba de todo. Pero la señora Norf, cuando Michel y Evelyne iban a veces a verla, se mostraba decepcionada. Era ella quien cuidaba de la casa y quien preveía el porvenir, que imaginaba sombrío. No tardaría Norf en ser jubilado, y, declarado brutalmente demasiado viejo por el Reglamento, no tendría ya derecho a poner los pies en el laboratorio. Nadie se preocuparía de su vigor, de su salud a toda prueba, de sus trabajos en curso ni de sus treinta años de investigación que estaban a punto de dar sus frutos. Norf procuraba no pensar en su jubilación,. Automática y perentoria como la guillotina. Se hubiera vuelto loco. Lo peor era que al mismo tiempo sólo percibía un retiro de veinticinco mil francos. ¿Cómo vivir con esto en París? Tendría que abandonar el viejo aposento, vender los libros e ir a enterrarse en un villorrio cualquiera donde se moriría de inanición cerebral. En muchos otros países el profesor percibe hasta su muerte la totalidad de sus honorarios, y, ha merecido el título de «profesor emérito», conserva el disfrute de su laboratorio. En nuestro país, nada al parecer, somos demasiado pobres para un lujo semejante. Hay que creer que un país que carece ya de la ciencia y de la inteligencia se muestra pronto incapaz de este culto.

Louise Norf, la vieja compañera del anciano profesor, cuando iba al laboratorio en busca del pobretón de su marido, dócil y distraído como un chiquillo, hablaba únicamente a Michel de ese porvenir, de esas preocupaciones y de esa mediocridad de una gran existencia asfixiada. Ante Norf, Louise guardaba silencio y no profería una sola palabra acerca de sus inquietudes. Hacía economías,

[1] Entrevista concedida a M. G. Champanois por el profesor Gley: “La Science Française en péril” “Courrier Royal”, 24 de octubre de 1938

remendaba ella misma la ropa y procuraba reducir las horas de trabajo de la mujer de la limpieza. Y de cuando en cuando daba dos mil francos a Norf:

—¡Toma! Para comprarte ese aparato de microfotografía…

Con la inconsciencia y la avidez un poco crueles de un niño, Norf cogía el dinero, farfullaba unas palabras de agradecimiento y corría a casa de su proveedor de instrumentos de precisión.

CAPÍTULO V

Todos los domingos Michel iba a ver a Evelyne al sanatorio de Saint-Cyr. Evelyne iba mejorando visiblemente. A la auscultación, el vértice derecho respiraba mejor y se despejaba por la parte posterior. Menos ronquera, menos tos y menos esputos. A Michel esta mejora se le antojaba incomprensible. Su mal, que los neumas, las sales de oro y la sobrealimentación no habían curado, lo lograba lentamente un régimen extraordinariamente frugal y casi vegetariano: un poco de carne, pan, patatas, legumbres, ensaladas, huevos, fruta, un poco de queso y algunos dulces.

El doctor Domberlé, antiguo tuberculoso, vivía asimismo bajo un régimen todavía más pobre. Cuando Michel le hablaba de ellos, sonreía a través de su tupida barba gris, sacaba las fichas o acompañaba a Michel a dar una vuelta por su pabellón para ver a enfermos, tuberculosos en franca mejoría, ya curados, que se alimentaban con un huevo, media libra de pan, trescientos gramos de patatas, otros trescientos de fruta y una libra de legumbres verdes crudas y cocidas, sin nada de carne, vino, azúcar puro ni leche. Y, contrariamente a todas las teorías clásicas, se curaban.

Evelyne no había engordado. Pero debajo del brazo las masas ganglionares se habían fundido. Habían desaparecido la fiebre y el insomnio. ¿Régimen o simple coincidencia? Michel no se atrevía a creer en tal fracaso de la medicina oficial. Pensaba que era una casualidad. En medicina todo es posible…

Asistía, sin embargo, a cosas extraordinarias. Una sola comida tóxica, un exceso de carne o de azúcar, un ejercicio insuficiente o desmedido, y algunas horas después Evelyne tosía nuevamente, experimentaba un dolor agudo en la axila, se le inflamaban los ganglios, y la llamaba al orden se producía casi instantáneamente.

Al cabo de algunos meses volvía a aumentar ligeramente de peso. Al auscultarla, Michel sólo le encontraba finas y superficiales crepitaciones. En la radiografía la mejora veíase claramente. Una caverna del vértice se había cerrado. Las más pequeña son eran sino manchas escleróticas.

En cuanto a las infiltraciones pulmonares, habían disminuido increíblemente.

Las prescripciones de Domberlé estaban muy lejos de ser uniformes. Variaban según el estado del enfermo. Contrariamente a todos los métodos clásicos, en cuanto más se debilitaba el enfermo más se simplificaba y se suavizaba el régimen prescrito, no en cantidad, sino en calidad. En tales casos extremos, bastante raros por cierto, a Michel le era dado observar que algunos tuberculosos se mantenían y aún ganaban terreno con pavorosas dosis de ázoe; una décima parte de huevo al día, un pedacito de mantequilla y cinco gramos de queso. En compensación, se aumentaban considerablemente las dosis de legumbres, patatas y alimentos feculentos. Cuando Michel hablaba de ello a los otros médicos del sanatorio, éstos se encogían de hombros. Sin embargo, con este método, había visto en dos días que los focos pulmonares de una tuberculosa con esplenoneumonía se atenuaban, la ronquera y el jadeo se mitigaban y no quedaban sino la submatidez y la oscuridad respiratoria. Tres días de retorno a la sobrealimentación y todo resucitaba: la fiebre, el jadeo, la ronquera…

—¿Cómo he descubierto esto? —dijo Domberlé un domingo por la tarde al interrogarle Michel una vez más—. ¡Lo que usted me pregunta es la historia de mi vida!

»No ignora usted que yo soy un antiguo tuberculoso. Huérfano desde mi infancia, heredo-artrítico, criado a la buena de Dios por mi tío, cursé en París mis estudios de medicina. Comía en el restaurante, cometía excesos… En una palabra, apenas me establecí de médico me di cuenta de que tenía infiltrado el pulmón derecho.

»Me cuido de acuerdo con los métodos clásicos; carne cruda, huevos, leche; en una palabra: sobrealimentación… Estancia en un sanatorio suizo… Le hago gracia a usted de los detalles… En resumidas cuentas, me disponía a desaparecer del mundo de los vivos…

»Entonces sobrevino el incidente.

»Una mañana, una religiosa, al traerme una naranjada, se equivoca de vaso. Y yo bebo una limonada purgante desatinada a un vecino. Y me digo:

»—Ahora sí que todo ha terminado.

»Un día y una noche horribles que me dejan exhausto, extenuado, sin fuerzas. No me duermo hasta la madrugad ay me despierto milagrosamente aliviado… Respiración fácil, descenso de fiebre y sensación general de bienestar. El pulso baja hasta ochenta. Mis manos están deshinchadas, menos azules… La mejoría dura dos días. Luego reaparece la fiebre.

»La inexplicable mejora me sume en un mar de reflexiones. Y me dedico a arriesgarlo todo. Pido de nuevo la limonada purgante y sufro el mismo trastorno intestinal seguido de la misma momentánea mejora. Reincido así cada tres o cuatro días aumentando la dosis.

»Con este régimen singular de purgas y ayunos pierdo seis kilos en dos meses, pero puedo salir de la habitación.

»Heme, pues, lanzado por un camino, al término del cual no veo sino la catástrofe, el enflaquecimiento y a consunción. Sin embargo, no me es posible ya hacer marcha atrás. Tengo claramente la impresión de vivir de mis reservas, de adquirir a alto precio una breve prórroga. Y, no obstante, me digo:

»—A mi juicio, alguna relación existe entre el estado digestivo y la fiebre, el pulso, la congestión y la infiltración de los pulmones.

»Me decido, pues, a eliminar de mis comidas los alimentos más cargados de toxinas; carne, pescado, vino, azúcar, alcohol. Unas horas después de una comida copiosa me noto punzadas al costado, dolores en la espalda, hiposistolia cardiaca, las manos se me hinchan y tornan azules. ¿Por qué? No busquemos la causa.

»Trato, pues, mi tuberculosis a través del estómago y de los intestinos, y para ello suprimo sucesivamente de mis comidas la mantequilla y las legumbres secas. Estoy condenado al aceite de ricino cada tres días e ingiero copiosas cantidades de legumbres cocidas y ensalada. Mi peso desciende de setenta kilos a sesenta y uno. Me asusto, y, sin embargo, el estado pulmonar mejora.

»¿Adónde voy? ¿Cuánto tiempo duraré así? Me encuentro mejor, pero temo desplomarme. Mi enflaquecimiento tiene consternado a todo el hospital. Desciendo a cincuenta y siete kilos. Setenta pulsaciones. Mas al menor intento para aumentar el peso, las pulsaciones o la presión arterial a base alimentos fortificantes, da origen a un continuo malestar. No hay retroceso posible. Sin embargo, los purgantes estropean los intestinos, obstaculizan la asimilación y me sumen en un estado de acidosis con edema generalizado. A una buena enfermera se le ocurre la idea de administrarme una enorme dosis de ciruelas cocidas… Sensible mejora y luego curación.

»En el mes de mayo siguiente salgo del hospital. Peso cuarenta y nueve kilos. De regreso a París todo en alquiler una habitación con cocina. He vendido todos mis muebles. Sólo me quedan la cama y una mesita de madera blanca… Salgo poco. Si ando un centenar de metros por la acera me siento exhausto, sin fuerzas, y tengo que llamar a un taxi… ¿Adónde voy? ¿Qué será mañana de mí? Carezco de dinero y mi clientela se ha evaporado. Ante mí solo lo desconocido y nadie que me aconseje. En medio de un caos inexplicable sólo sé que debo entregarme al reposo, alimentarme de legumbres y de algunas lentejas, privarme de carne y hasta de huevos y de leche. Esto es cuanto sé para cuidarme. Por espacio de bastante tiempo puede tolerarse el régimen casi vegetariano sin sufrir los efectos de la desnutrición.

»En esta época suelo exasperarme con frecuencia. No cierto a explicarme nada y me sublevo contra mi mismo. Luego me doy cuenta de que esta rebeldía me conduciría a la muerte. Acabo así por

comprender que detrás de toda esa incoherencia tiene que haber una regla que estoy tratando de volver a encontrar, paso a paso, guiado, alentado, hostigado a costa de sufrimientos y de pruebas. Me resigno, sigo pacientemente mi camino, me arrastro de una caída a otra y me incorporo luego como una bestia extenuada y dócil. Cada una de las pruebas que me sobrevienen me depara una nueva verdad. Y comienzo a entrever la utilidad, el papel educativo que tiene el sufrimiento en este mundo.

»Paso a paso, camino dolorosamente hacia no sé qué. Llevo una existencia increíblemente austera y solitaria. Todo ello resulta increíble para cuantos me rodean; sólo algunos amigos médicos temen por mí.

»—Te estás volviendo loco, amigo.

»—¡Vegetariano en el estado en que te encuentras!

»—¡Perder veinte kilos!

»—¡Come un poco de carne cruda, o aceite de hígado de bacalao!

»—¡Un médico que hiciera esto con sus enfermos iría a parar a la cárcel!

»Yo sigo un camino que nadie ha seguido hasta ahora. Sin maestros ni libros. Se apodera de mí tal pavor que debería retroceder. Imposible. El menor retroceso reaviva el mal. Y heme colocado ante esta obligación que rechazo y quisiera desechar, pero que se impone imperiosamente: comprobar que todo lo que me han prescrito y que yo he aplicado APRA el tratamiento de la tuberculosis es erróneo.

»Seis meses después de mi salida del sanatorio vuelvo aquí, pero esta vez como médico ayudante. Bien es verdad que al principio me toman por un enfermo, por lo que he tenido que desengañar a todo el mundo. Pero me tiene sin cuidado. Para mí es una resurrección.

»Habito en el pueblo una casucha sin opulencia alguna. Gano trescientos setenta y cinco francos al mes. ¡Es maravilloso! Tengo ciento diez enfermos en mi pabellón. Yo soy el amo. El «patrón» viene dos veces al mes.

»Examino, interrogo, investigo. En casi todos los enfermos que están a mi cargo observo los efectos de un largo período de sobrealimentación; trastornos digestivos y una prolongada intoxicación agravada por el exceso de alimentación y los tratamientos clásicos, especialmente las inyecciones. La tuberculosis sería, pues, un estado secundario, el resultado de un largo proceso digestivo.

»En mi clientela aún reducida, algunos de mis enfermos son curiosos. Les prohíbo la carne. Y pregunta:

»—¿Por qué?

»Les prohíbo el exceso de azúcar puro, el pan integral y las alubias secas.

»—¿Por qué? ¿Por qué?

»Luego los mando a paseo.

»—¿Por qué razón? Es una comprobación que hago según mi propio caso. Esto es todo.

»De todos modos, me duele enormemente no poder contestarles. Busco inútilmente en mis libros y me entrego a estudios químicos sobre cálculos de calorías y dosis de ázoe o de azúcar. ¡Nada! Luego, una buena mañana, primera revelación esencial, primera etapa, súbita claridad:

»—Es cuestión de concentración.

»Evidentemente. Los autores clásicos prescriben invariablemente a sus enfermos tantos gramos de ázoe y tantas calorías por kilo de peso. Para ellos, los enfermos no son sino retortas, o, mejor dicho, máquina que consumen todo combustible. Ahora bien, un enfermo es una máquina estropeada, un transformador que transforma mal. Por lo tanto, en lugar de darle alimentos concentraos, carne, azúcar, vino y reforzantes, hay que suministrarle un alimento de escasa concentración. Transformando y asimilando carne, huevos y legumbres secas, un tuberculoso, que no es sino un ser debilitado, se agota. Por esta razón sólo tolera «pan blanco», carne ligera, queso dulce, patatas, legumbres verdes y frutas no ácidas. Todos estos alimentos son de escasa concentración en ázoe, hidrocarbono, materias grasas o minerales. Todo el arte estriba en acoplar el grado de concentración del alimento al poder digestivo del

mismo. El alimento fuerte al ser fuerte, y el alimento débil al ser débil. Es la condena de la sobrealimentación.

»Así pues, a base de un régimen alimenticio atemperado, no le queda al tuberculoso sino reglamentar sus energías, es decir, adaptar sus esfuerzos musculares y sus fatigas al caudal de energías en parte reducidas que le reportará su nuevo género de nutrición.

»Sobreviene luego una nueva catástrofe: el uso copioso del limón que desmineraliza. Hasta el punto de que a consecuencia de un corte en el dedo se me inflaman los ganglios de la axila y se me declara una adenitis con supuración. Una vez más me exaspero y me sublevo sin comprender nada. ¿Una intervención? Imposible: mi hígado no resistiría el cloroformo. Efectúo, pues un drenaje con sedal en la llaga y sigo viviendo tratando de no pensar más en ello. Pero la llaga me duele y se observa una hinchazón y una supuración. Evidentemente, no puedo desentenderme de ello. Ahora bien, esta nueva calamidad constituye mi salvación. Tengo ahora bajo los ojos el barómetro de mi estado general. Supuración, agudizaciones congestivas, punzadas y dolores aumentan o cesan según la calidad o la dosis de la alimentación, el ejercicio o el reposo. Ya he dejado de maldecir a mis ganglios y a mi hígado de intoxicado, que me ha impedido la operación. ¿Qué hubiera aprendido sin esta prueba? ¡Cuántos errores hubiera seguido cometiendo!

»Ahora tengo en mis manos la clave y la respuesta al por qué». Todo es cuestión de alimentación en cantidad o densidad, así como la ingestión de alimentos ácidos, consiste en introducir en la sangre ácidos no oxidados que el organismo se esforzará ruidosamente en neutralizar arrancando a los huesos, a los dientes y de donde pueda la cal necesaria. Y ello acarrea la desmineralización, el agotamiento y la creciente impotencia en asimilar cualquier alimento concentrado.

»En el sanatorio, prohíbo la sobrealimentación y las inyecciones. Mis enfermos gruñen por la falta de carne. Domina aún la obsesión del engorde.

»Algunos convencidos forman Lugo un grupo que va en aumento. Gano a mi causa algunos tuberculosos. No tardan los demás en quedar impresionados por la considerable disminución de las hemoptisis y de los abscesos de fiebre que se observan en mi pabellón. Los resultados de la experiencia me permiten generalizar estos principios, verificarlos y completarlos. Y al mismo tiempo persigo sobre mí mismo este inverosímil experimento, resignado, sumiso, sostenido al principio por la voluntad de vivir y luego, más tarde, por una especie de curiosidad científica. Horas de desesperación ante esta soledad. Dudas y rebeldías ante esta tarea impuesta, ante este camino al que estoy impelido sin retroceso posible. Me es imprescindible volver la vista atrás, ver el camino recorrido, los progresos realizados, las certidumbres observadas y el bien derramado a mi alrededor para recobrar confianza.

»A cada dificultad, un paso adelante. Edifico una verdad aún nubosa, me acostumbro a maniobrar los regímenes cual si se tratara de remedios, a utilizar sus diversas posibilidades, a espaciar los alimentos concentrados, pero necesarios: huevos, leche y azúcar. Aprendo a desconcentrarlos, diluyéndolos copiosamente mediante preparaciones culinarias simplificadas. Al mismo tiempo que químico me he convertido en cocinero. Por la noche, en mi habitación, en mi mesita de madera blanca escribo las primeras ideas aún confusas de un libro nuevo en el que figurarían esas nociones universalmente desconocidas de la tuberculosis provocada por el artritismo y la curación de la misma mediante una alimentación desconcentrad ay desintoxicante…

»He aquí cómo he descubierto esto:

»¿Mis ideas esenciales? Ahora ya las sabe usted. Desde Pasteur, la medicina clásica se halla hipnotizada por el microbio. A juicio de la medicina, se vuelve uno tuberculoso por la introducción de un microbio en el cuerpo humano. Se imagina que la defensa del organismo consiste en sobreactivar sus energías, lo que acarrea enflaquecimiento y desmineralización. Remedios propuestos para esta medicina clásica son: destrucción de los microbios por medio de antisépticos, copiosa

sobrealimentación y, sobre todo en calidad, alimentos ricos y fuertes, huevos, azúcar, carne cruda, leche, inyecciones de arsénico, sueros, hígado de ternera, etc.

»Este formidable latigazo y la violenta reacción de un organismo castigado por los antisépticos, producen, en el diez por ciento de los casos, una curación momentánea, en espera de la recaída fatal que sucederá el día en que el organismo carezca ya de energías para responder a estas sobreexcitaciones. De ahí la frecuencia de las recaídas en el caso de los tuberculosos «curados».

»Por otra parte, estos métodos suelen provocar la intoxicación digestiva, el artritismo y la acelerada consunción de las resistencias del enfermo que se pretende salva.

»La vedad es que, en su estado normal, el hombre se defiende victoriosamente contra el bacilo. Éste no cuenta. Sólo con el agotamiento y la debilitación del individuo puede el microbio hacer presa en él.

»En nuestros días, este debilitamiento de las defensas naturales es causado en los más de los casos por una alimentación malsana, tóxica, irritante (carne, fiambre, azúcar, alcohol) que sobreexcita un momento haciendo creer en un aumento de vigor, pero que echa a perder las energías del individuo, lo acidifica y lo deja desarmado ante el bacilo de la tuberculosis como ante cualquier otro microbio (tifoidea, difteria, septicemia)

»Al ser debilitado que es el tuberculoso le es necesaria, evidentemente, una nutrición completísima y bien sintetizada, exenta de alimentos concentraos, sobreabundantes y violentos. Sólo le conviene la alimentación atenuada, diluida y proporcionada a su reducido poder de asimilación. Hay que tener en cuenta que la alimentación es un combate. Disociando y asimilando por el *surmenage*, sólo curará por la puesta al «ralenti», que provocará la resurrección de sus inmunidades naturales.

»Los venenos del tuberculoso son, pues, el alimento concentrado y el alimento ácido, el antiséptico, los medicamentos, todo lo que le violenta, le fatiga y le agota, tanto en lo que respecta a la nutrición como en el empleo de sus fuerzas. Los actuales métodos de tratamiento que, en la ignorancia casi completa del régimen alimenticio, sólo tienen en cuenta el engorde, son ilógicos y peligrosos. Es lamentable que a causa de los tratamientos irracionales que se aplican en nuestros días, no solamente para la tuberculosis, sino también para todos los estados de decaimiento orgánico, se despilfarren inútilmente millones de francos. Pues los principios que yo le expongo, las leyes de la vida sana, son válidos no sólo para la tuberculosis, sino asimismo para todos los estados mórbidos sin excepción.

El verdadero peligro no consiste en el bacilo de Koch, el microbio, la tuberculosis, el cáncer, la enfermedad en sí mismo, sino en las causas que los engendran, contra las cuales nada se hace: el suicidio alimenticio de la raza blanca que abandona su verdadera nutrición, cereales, frutas y legumbres, para consumir cada vez más carne, azúcar, alcohol y alimentos químicos que ocasionarán su ruina en el término de algunas generaciones[1].

[1] Léase a Pidaux: «Etude sur la phtisse» (1874). Pascual: "L'Arthritisme par su alimentation". Brunon: "Traitement et prophylaxie de la tuberculose". Y, sobre todo, la obra del Dr. Carton: "La tuberulose par arthritisme", 3ª edición.

CAPÍTULO VI

Desde fines del año 1931, Fabienne prestaba sus servicios, bajo la dirección de Bourland, en el hospital de «L'Egalité». Profesor auxiliar desde hacía diez años y notable cirujano, Bourland, suplantado por Vallorge, no dispensó al principio una acogida entusiasta a la nueva enfermera. Era un hombre de treinta años, alto y robusto, con una tupida barba negra. Viudo desde hacía cinco años, era padre de dos niñas que a Fabienne le eran muy simpáticas y con las cuales hablaba cariñosamente cuando a veces iban al hospital a esperar a su padre. Ello le granjeó a Fabienne una cierta simpatía por parte de Bourland.

No tardó Fabienne en contraer una amistad. Madeleine Daele, cansada del sanatorio, de las habladurías y de las pequeñas mortificaciones que le infligían dos o tres colegas desde que se marchó Seteuil, solicitó cambiar de servicio y la destinaron a L'Egalité. Tomó a Fabienne bajo su dirección y se encargó de su aprendizaje de enfermera.

Ya al primer día de su llegada al hospital asistió Fabienne a una intervención: una hernia estrangulada. El paciente era un joven obrero de veintidós años. Bourland fue breve y conciso. En cuanto la muchacha entró en la sala de operaciones, le dijo:

—Colóquese usted aquí señorita. Póngase las manos detrás de la espalda. Mírelo todo y no toque nada. Si no se siente usted con ánimos, salga, porque nadie podrá ocuparse de usted.

De este modo prevenida, Fabienne se apoyó en una pared no muy cerca del «billar» donde estaba tendido el paciente y miró.

No recibió ninguna impresión. No se veía más que un despliegue de telas blancas y en medio, un pequeño espacio de carne en la que Bourland introducía sus niquelados instrumentos. Hacía un calor sofocante. Todos guardaban silencio. Solo se oía de cuando en cuando la voz de Bourland:

—¿Me da usted las pinzas, señorita Daele?

—El catgut, señorita Daele… Gracias.

Madeleine Daele presentaba las pinzas colocadas en una tapadera de madera, o el largo hilo de catgut enrollado en un tubito lleno de alcohol

Lleva un vestido a cuadros
Más largo que el abrigo,
Los cabellos recogidos…

Cantaba el operado con una voz extraña y lejana, como un hombre que sueña.

—¡No! ¡Ya me he colao! ¡Volvamos a empezar!

La nariz remangada, los cabellos cortados…
Más largos que el abrigo.

—Clin de Florencia, señorita Daele —decía Bourland.

Una vez terminada la intervención, Fabienne trasladó afuera al operado y le fue asignada la misión de vigilarle hasta que despertara. Dormía apaciblemente. Sin embargo, cuando al cabo de media hora se presentó Madeleine Daele, estaba tratando de tragarse la lengua y «volver los ojos». Fabienne no se había dado cuenta de nada. Madeleine agarró la lengua y la sacó afuera de la boca. Una hora después, el operado se despertó tranquilamente.

Al día siguiente, se intervino de una doble otitis a un niño de cinco años. Fabienne cuidó de él. Al despertarse, gimió y lloró. Tenía una cabeza enorme enfundada en vendajes. Fabienne, consternada, le habló, le canturreó viejas canciones y le contó un sinfín de historias. El niño se sosegó y se quedó mirándola. Al pasar Bourland le preguntó qué estaba haciendo allí. Fabienne explicó enorgullecida que estaba distrayendo al niño y que al parecer lo conseguía… Bourland sonrió tristemente:

—Ya no lo oye. No tiene tímpano. Otitis doble. No hay nada que hacer. Está sordo.

Fabienne lloró.

Algunos días más tarde, Bourland tuvo su primer fallecimiento del año: un hombre de veintiocho años, padre de tres chiquillos, que murió al terminarse la intervención.

Madeleine Daele se hallaba ausente con permiso. Bourland dio orden de que trasladasen el cadáver al cuarto contiguo, llamó a Fabienne y le dijo:

—Su mujer está aguardando en el pasillo. Vaya usted a verla. Sobre todo, mucho cuidado.

Fabienne permaneció veinte minutos detrás de la puerta para cobrar ánimos, sin atreverse a salir de la estancia. Sion embargo, era preciso llevar a cabo la misión que le habían encomendado, enfrentarse con aquella desgraciada y buscar las palabras con que asestar aquel golpe fatal…

Pero lo más dramático eran los alcohólicos, increíblemente numerosos entre los obreros que acudían al hospital para ser intervenidos. Tendidos en el «billar» con la mascarilla en el rostro, aspiraban el éter, se congestionaban y comenzaban a retorcerse. El enfermero que daba la anestesia les sujetaba la cabeza con las dos manos. Madeleine Daele cogía la mascarilla y abría la espita. Más el alcohólico en su soñolienta inconsciencia, se resistía, luchaba y rompía las correas que le sujetaban los miembros. Dos robustos enfermeros habían de dominar al hombre e inmovilizarlo como podían. Entonces, Bourland, rápidamente, con largas incisiones, abría el vientre agitado por convulsiones y sobresaltos, sajaba, limpiaba, recosía, y algunas veces hería al paciente y se hería a sí mismo. Con harta frecuencia el hombre fallecía el mismo día.

—¡Debiera mostrarse este cuadro a los muchachos de las escuelas! —decía Bourland—. Esto les haría repugnar la bebida.

Todas las mañanas cumplía Fabienne la misión que tenía encomendada. Vaciaba los vasos de noche, aprendía a lavar a los enfermos y a hacerles la cama sin que tuviesen que levantarles, a verlo y oírlo todo con una sonrisa, a no hacer un gesto ni pronunciar una palabra que traicionara el asco que sentía, a salir de prisa y dignamente cuando se mareaba, para ir a vomitar en los retretes con toda la discreción posible. Era preciso aparentar se fuerte, serena, experimentada y acostumbrada a todo. Cuando por la mañana tenía que tomar la temperatura a los hombres, se le presentaban a Fabienne verdaderos problemas de delicadeza. Al principio, con gesto elocuente, tendía el termómetro a los enfermos sin decir palabra. Sin embargo, muchos de ellos contemplaban sonrientes el pequeño objeto, preguntándose in mente cómo diablos tenían que hacerlo servir.

—Tómese la temperatura —les explicaba Fabienne.

—¡Ah, sí, sí!

Y según tuviera un absceso en la pierna o en el brazo, el pobre diablo se aplicaba el termómetro en la tibia o en el bíceps, por supuesto lo más cerca posible del mal.

—No, no —protestaba Fabienne en voz baja, confusa y sonrojada—. En el ano… En el ano…

—¿Dónde? —preguntaba ingenuamente el paciente.

Había que explicarle dónde se encontraba exactamente su ano. Entonces el enfermo comprendía súbitamente y se ruborizaba más aún que Fabienne. Había también otros momentos penosos, como, por ejemplo, cuando tenía que colocar por sí misma el termómetro o cuando tenía que guardar una pequeña cantidad de orina de un pobre labriego que, intimidado por tener que orinar ante la muchacha, no lograba evacuar.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le alentaba Fabienne—. Yo soy una enfermera. Yo no soy una mujer. Una enfermera no es una mujer…

Y si este razonamiento asaz discutible no bastaba, se acordaba entonces de la estratagema que le había indicado Madeleine Daele.

—Trague —decía—. Trague, sí, haga como si se tragase la saliva…

Un poco aturdido, el hombre comenzaba a engullir imaginaria cantidades de saliva, cesaba bruscamente la retención y un chorro de orina iba a parar dentro del frasco.

—¡Cáspita! —decía el hombre contento y maravillado—. ¡Vaya trucos que gastan ustedes!

Luego Bourland llamaba a Fabienne:

—Va a salir el 88, señorita. Está casi curado de su fractura, pero la señorita Daele se ha dado cuenta de que tiene una infiltración tuberculosa en el pulmón derecho. No quiere ingresar en el sanatorio. Necesita trabajar para los suyos. Le pondrá usted sobre aviso, ¿verdad? Dígale que tiene que separarse de su hijito para evitar el contagio. Tiene un chiquillo de cinco años. Y, sobre todo, ningún contacto con su mujer.

Era preciso que Fabienne se despabilara, hablara con el hombre y se las arreglara para explicarle gravemente, con tono de experiencia y las sienes ligeramente bañadas de sudor, que sería mejor para él no acostarse más con su mujer…

No tardó Fabienne en granjearse la estimación de todos aquellos desgraciados a quienes también ella quería. Cuando tenía que dar a una mujer una inyección intravenosa en el brazo, temía hacerle daño y le temblaban las manos. Entonces la mujer le animaba, le tendía el brazo y le sonreía para que no tuviera reparos.

—Vamos, señorita. No hay que tener miedo.

Aquella gente tenía, empero, una sensibilidad peculiar, distinta ciertamente de la suya, aunque no exenta de finura y delicadeza. El hombre a quien había retenido las manos mientras le introducían una aguja en el canal de la médula espinal no la había olvidado. A partir de aquel día estableciese entre ambos una especie de vínculo. Fabienne se daba cuenta de ello por la manera como el hombre la miraba al pasar, siguiéndola con los ojos como un perro al que se ha tratado bien.

Había comprendido todo lo que una enfermera da de sí misma, de su propio corazón, con el simple ademán de retener las manos.

Los profesores, siempre presurosos, apenas se daban cuenta de esas pequeñas cosas. El «patrón» pasaba ante la cama de los incurables y de los sentenciados sin detenerse siquiera. ¿Para qué? No podía serles útil, ni ellos a él. Su deber le imponía atender a los demás. Pero cuando había salido, Fabienne notaba en los ojos del enfermo abandonado la angustia y la desesperación que habían hecho presa en él. Y se acercaba:

—¡Señorita! ¡Señorita! «Él» no me ha mirado. ¿Por qué no me ha mirado? ¿Quiere decir esto que estoy j…?

Era necesario consolarle, animarle, mentirle. Madeleine Daele hacía esto maravillosamente. Pero nunca, sucediera lo que sucediera, se permitía echar las culpas al «patrón» o al médico. Siempre encontraba argumentos para todo, excusas y pretextos. Sabía muy bien que era preciso que el paciente tuviera confianza hasta el final en quien le cuidaba.

—Esto y la religión, amiga mía —decía—, son las tres cuartas partes de la curación.

Porque Madeleine Daele había observado, como todo el mundo, el poderoso factor de resignación moral, y, por tanto, de mejoramiento físico, que aportan la esperanza y la fe.

—¡Gorrino! ¡Bandido! ¡Granuja! —gritaban las parturientas, en medio de sus dolores, maldiciendo a sus maridos—. ¡Nunca más! ¡Nunca más me tocará! ¡Ah, no se case usted, señorita!

Y cuando media hora después Fabienne les traía a su hijo, se olvidaban de todo y decían:

—¿Es hermoso? ¿Es grande? Usted, señorita, que es joven, cásese pronto para que pueda comprar una docena como éste.

Los partos tenían lugar en la planta baja. Luego se trasladaba a las parturientas al piso. En una tela con cuatro dobleces, Madeleine Daele recibía al crío que acababa de venir al mundo, aún con el meconio. Se lo llevaba, lo lavaba y prodigaba los primeros cuidados. Era Fabienne quien subía luego los recién nacidos a sus madres; cinco, seis, siete menudos seres, sucesivamente. Las mujeres, acostadas, con las mejillas aún purpúreas, se incorporaban penosamente en la cama, y la buscaban de lejos para ver si el niño que traía era el suyo. A veces veía una desfilar a todos lo demás sin que el suyo llegara. No apartaba los ojos de Fabienne, y ésta no podía evitar el mirarla. La mirada de Fabienne indicaba a la mujer que su hijo había muerto y entonces rompía a llorar. Cuando podía, Madeleine Daele los bautizaba a escape antes de que fallecieran. Una gota de agua sobre la frente:

—Yo te bautizo, José, en nombre del Padre…

Y a poco el niño se moría… ¡Singulares y lúgubres bautismos! De este modo Fabienne vio morir a una veintena de pequeños José. Pues Madeleine carecía de tiempo para dar mucha diversidad a los nombres que suministraba.

No escaseaban tampoco las muchachas solteras que abandonaban a su hijo al salir del hospital, dejándolo allí para que se hiciera cargo de él la Asistencia Pública. Era necesario casi pelear con ellas, utilizando todos los recursos, para que se vinieran a mirar al niño, a ocuparse de él, lavarlo y tenerlo en brazos. Todo cambiaba si aceptaban una sola vez darle el pecho. Entonces podían considerarse salvadas y no se sentían ya con ánimos de abandonar a su hijo. Pero como lo sabían, desconfiaban de su corazón, de ese instinto más fuerte que ellas y rechazando bruscamente al niño se negaban a mirarlo.

No faltaban tampoco en el hospital los numerosos abortos clandestinos frustrados, las mujeres en plena hemorragia que acababan de reventarse el feto y la matriz a un tiempo con la aguja de hacer punto de media o un alfiler de sombrero. Ni siquiera se las interrogaba. ¿Para qué? Tampoco ellas decían nada. Permanecían recelosas y en silencio. Sólo Bourland vociferaba, las llamaba guarras y si únicamente se trataba de efectuar un legrado, les raspaba la matriz a lo vivo para quitarles las ganas de volver a hacerlo. Las mujeres proferían unos gritos espantosos.

—¡Así no lo olvidarás! —decía Bourland—. ¡Es por culpa tuya!

El aborto exasperaba siempre a Bourland, cuyo método daba siempre excelentes resultados. En primer lugar, tras haber evitarlo la intoxicación mediante la anestesia, las intervenidas sanaban muy de prisa. Por otra parte, la operación inculcaba a las mujeres un saludable temor. En la consulta prenatal recibía a veces a mujeres a quienes había sondado algunos meses antes.

—¡Toma! ¿Otra vez aquí? —decía—. ¿Va de veras ahora? ¿Estás decidida a dejarte engordar?

—¡Ah, señor doctor! —confesaba la mujer—. Prefiero un parto a un raspado. Aunque mi «hombre» refunfuñe.

Fabienne se ocupaba de los niños abandonados. Había siempre un centenar de ellos que eran retenidos en el hospital hasta que cumplieran un año. Luego la Asistencia Pública los confiaba a amas de cría. Cada uno en su camita, había en cada habitación de quince a veinte criaturas. Uno entraba allí en medio de un concierto de aullidos y maullidos. Para hacerse oír, las enfermeras habían de gritar. Lavábase a los niños encima de una larga mesa instalada en el centro de la sala, echándose los pañales en una gran canasta. Un fuerte olor a amoníaco apestaba el aire. Al desnudar a los niños, Fabienne contenía el aliento. Una vez terminada la inspección de las salas, era necesario preparar los biberones y distribuir las tetadas. Luego recomenzaba la tarea de limpiar. Muchos de aquellos pequeños seres eran enfermos y ostentaban estigmas de degeneración. Un idiota, hidrocéfalo, con una cabeza enorme, no lograba agarrar el biberón con los labios y prorrumpía a cada momento en una especie de estridentes accesos de risa que despertaban a sus vecinos. Otros, desmirriados y encogidos, permanecían constantemente inmóviles, pensaban en Dios sabe qué, y pagando los pecados maternales pasaban imperceptiblemente de la vida a la muerte. Eran tan raquíticos y descarnados, que ya no se sabía dónde administrarles las inyecciones. Por vueltas que uno les diese no se encontraba sitio donde introducir la aguja sin tropezar con un hueso. A los niños sifilíticos se les administraba una serie de inyecciones

intravenosas de Novar. Ante estos tratamientos contra la sífilis, aplicados a criaturas de seis meses, mientras lo culpables continuaban tal vez en la impunidad, contaminando a otros seres y procreando futuras víctimas, experimentaba Fabienne un indecible sentimiento de horror. Lo peor del caso es que había de tenerse mucho cuidado con aquellas miserables criaturas y desconfiar de ellas. De los ojos y de la nariz se desprendía continuamente un humor sucio, o, en otros casos, la llaga del ombligo se ensanchaba, no se secaba y supuraba constantemente, por lo que al limpiarlas sin tomar las debidas precauciones corría uno el riesgo de infectarse.

A cuantos se dejaban a merced de la Asistencia Pública se les cuidaba mejor que a los demás. Hermanas, enfermeras y sirvientas rivalizaban en atenderlos. Aquellos pequeños seres eran dulces y cariñosos. De pie en su camita, aferrados con las dos manos a los barrotes, se distraían solos. Le miraban a uno al pasar con semblante apacible, casi grave, sin sonreír, en silencio, como criaturas a quienes no se ha besado ni amado. Colgábalas del cuello un collar, el doloroso e ingenuo collar de cuentas azules de la Asistencia Pública, con una medalla redonda: «República Francesa». Entre aquellas criaturas que uno veía con pesar ingresar a la Asistencia Pública había algunas verdaderamente adorables, como por ejemplo, una niña muy dulce y cariñosa abandonada por una de las mujeres que lavaban los platos en el hospital. Todas las enfermeras la querían. Fabienne no podía mirar sin angustia su carita temerosa y siempre inquieta, como si aquella criatura hubiera presentido alguna cosa. Acercábase la fecha. A fines de semana tenía que se entregada a la Asistencia. De pronto, se supo que Madeleine Daele la había adoptado.

Poco antes de la marcha de Fabienne, en agosto de 1932, se propagó la noticia: Bourland se casaba con Madeleine Daele. Ésta le traía una niña que había tomado en adopción. Por su parte, Bourland tenía otras dos, lo que constituía ya una hermosa familia antes de consumarse el matrimonio. También se supo que Bourland dejaba la Facultad. Estaba cansado y harto de aquellas expectativas, de aquella maniobras, de aquellos pataleos en espera del fallecimiento de un titular, de aquellas prolongadas y taimadas estrategias, de aquellos trabajos de zapa, minas y contraminas en tono a la plaza sitiada de aquella desenfrenada carrera hacia la cátedra vacante. Toda aquella política, todo aquel mangoneo le fatigaba. Estaba ya harto de ver cómo hijos de «patrón» ascendían rápidamente en nombre de la influencia paterna sin apenas haber trabajado. Un país de la América del Sur le ofrecía un puesto. Bourland abandonaba Francia y se iba a fundar un hogar y llevar su talento y sus conocimientos a otras tierras. Como tantos otros, dentro de diez años volvería nimbado por una aureola de celebridad después de haber conquistado fama en un lejano país. Y una vez más Francia acogería con entusiasmo y honraría como a un gran hombre a quien no supo qué hacer de él en su propia tierra.

CAPÍTULO VII

Una tarde, al regresar del laboratorio de Norf, Michel encontró esperándole en su cuarto a Tillery, Seteuil y Santhanas.

Seteuil acababa de llegar del Norte con objeto de adquirir instrumental para los aparatos de radiografía. Santhanas venía de Normandía y se encontraba sin blanca.

Gozaba allí de una excelente situación que él mismo echó a perder. Este granuja, que hubiera logrado hacer supurar a una estatua, como de él decía Géraudin, se había puesto a practicar pequeñas intervenciones quirúrgicas a domicilio. Le ocurrieron dos o tres lamentables percances. En una ocasión tuvo que fracturar de nuevo huesos de brazos y de piernas que había soldado de través. Esto desalentó a la clientela. Finalmente, un día, interviniendo a un niño a domicilio, Santhanas se dio cuenta de que el chiquillo había muerto, accidente del que ningún médico es responsable. Pero como Santhanas estaba solo en el cuarto con la sirvienta, puso de nuevo el niño en la cama sin decir nada salió y previno a los padres.

—Dormirá un par de horas. Tranquilidad absoluta y sobre todo que no entre nadie en el cuarto. Son seiscientos francos.

Se embolsó el dinero y se fue.

Dos horas después, los padres encontraron el cadáver de su hijo ya frío, interrogaron a la sirvienta y se enteraron de lo que había ocurrido. Entonces el pueblo entero, armado de horcas, se dispuso a asaltar la casa de Santhanas, quien pudo escapar gracias a la protección de los gendarmes.

—Es fastidioso —dijo a sus tres compañeros al explicar su aventura—. Pero, en fin, ya saldré de apuros. Algunos de mis compañeros son homeópatas… Parece que por este camino hay algo que hacer. Me estableceré como homeópata. ¿Qué queréis que haga?

En cuanto a Seteuil, ganaba mucho dinero en el Norte.

—¡Esto es un verdadero momio! —exclamó Tillery enfáticamente.

Tillery era ya un grave padre de familia. El hijo que esperaba, y que había de llamarse Charles, juzgó preferible por lo visto aplazar su llegada para otra ocasión y cedió el paso a dos gemelas, dos delicadas chiquillas con la nariz respingona y los ojos maliciosos del padre. Un poco aturullado al principio por lo que él llamaba «un error de entrega» no tardó Tillery en tomar una determinación.

—Volveremos a empezar —dijo filosóficamente—, ¿verdad, *Choute*?

—¿No te da vergüenza? —exclamó su mujer, con las mejillas encendidas.

El matrimonio comenzaba a vivir con cierta holgura. La clientela iba en aumento, y, sobre todo, de cuando en cuando habían adquirido al costumbre de pagar. Ahora, cuando Tillery y *Choute* se iban a comer a casa de la vieja mamá, se llevaban solamente una tarta de crema y una botella de Burdeos.

—¡Regalos interesados! —afirmaba Tillery—. *Choute* adora la tarta, y a mí me gusta el Burdeos. El corazón humano es un abismo de egoísmo.

Hablaban vanidosamente de comprarse un coche.

—Un 201, naturalmente.

—¿Por qué, naturalmente? —preguntaron Michel y la señora Tillery.

—Siempre he dicho que estabais faltos de fósforo. Pues bien, porque mi mujer y yo somos los dos «sin uno». ¡Por lo tanto, dos sin uno! ¡El coche del médico! [1]

—¡Qué estupidez! —dijo la señora Tillery, con resignación.

[1] Juego de palabras intraducible: “Deux sans un” (Dos sin uno) se pronuncia lo mismo que “Deux-cents-un

Y se fue a cuidar a las gemelas a las que Tillery sólo se acercaba, en presencia de su mujer, con extrema discreción. La señora Tillery declaraba abiertamente no tener la menor confianza en su marido. ¿Acaso no se atrevió un día, a propósito de una irritación de garganta, a aplastarles la lengua con una cuchara con riesgo de provocarles un vómito? Sin embargo, ello no era óbice para que Tillery cuidara, y muy bien por cierto, a todos los chiquillos del barrio. A Michel le sorprendía el éxito de su compañero. Tillery carecía de modales y era poco circunspecto. Incluso poco serio. Su instalación era muy modesta. Sus conocimientos teóricos eran, además bastante rudimentario. No le faltaba, empero, un agudo sentido del olfato, habilidad, una cierta intuición un sentido de observación muy desarrollado y una extrema prudencia. Pero contaba sobre todo con el amor a su profesión y a su humilde clientela, que le pagaba mal y le adoraba. El éxito en medicina es algo que no siempre tiene que ver con los estudios ni con el saber teórico.

Evelyne seguía mejorando. Michel, que iba todos los domingos al sanatorio, la encontraba cada vez más animada.

Una tarde habló de ella a Domberlé.

—¿Por qué no es usted más conocido? ¿Por qué sus veinte o treinta volúmenes no son leídos por doquier? ¿Qué es lo que impide a los «oficiales» a seguirle?

—Hay que esperar —decía Domberlé—. Este método, Doutreval, implica en el fondo unos cambios enormes en los conceptos de la medicina clásica. ¡La unidad de la enfermedad! Tenga usted en cuenta cuán lejos están aún los médicos de esta idea. Sin embargo, en su esencia, la enfermedad es una. Con una alimentación industrial, química, sobreconcentrada, con el abuso de la carne, del azúcar puro, del café, de los excitantes, del alcohol, de los medicamentos, de las inyecciones y de los reforzantes, el hombre se destruye a sí mismo corrompiendo su organismo. Y cuando éste trata de purificarse, auguramos un desastre y declaramos: «Estoy enfermo».

—Algo de verdad hay en eso —dijo Michel.

—Una verdad absoluta. Lo que nosotros llamamos enfermedades no son sino los múltiples y saludables esfuerzos de nuestra fuerza vital para purificarse; dolores, inflamaciones, fiebre, diarreas, vómitos y esputos de sangre son otras tantas reacciones defensivas, otros tantos intentos de expulsión y de limpieza. Según el órgano que, por debilidad hereditaria o por una causa accidental, haya servido de emuntorio, de vía de evacuación (intestino, pulmones, piel, vejiga, ojo u oreja), el médico olvida con frecuencia ir más lejos y llama a esto enteritis, bronquitis, eczema, forunculosis, cistitis, conjuntivitis, otitis, etc… El médico va a ciegas, tanto más cuanto que en ocasión de esta expulsión de productos tóxicos el órgano fatigado abre camino al microbio, que se instala en él provocando una tuberculosis, una neumonía o una colibacilosis, o lo que usted quiera. Demasiados médicos se olvidan de que si el estado general, si el terreno hubiera sido sano y alimentado de una manera pura y natural, jamás el microbio hubiera tomado cuerpo en el enfermo.

—Por lo tanto, cuando el organismo recobra esta pureza humoral —concluyó Michel— se halla automáticamente en condiciones de desembarazarse del microbio.

—Ya lo ha visto usted en el caso de su mujer. Por otra parte, todos nosotros albergamos perpetuamente millares de microbios. De la tuberculosos, de la difteria, de la erisipela, de la neumonía… Pero son inofensivos mientras nos comportemos bien. ¿Por qué se tornan bruscamente violentos? Porque el decaimiento de nuestro terreno humoral ha dado pie a ello. Y la prueba más valiosa de que se trata no ya de microbios, sino de terrenos, estriba en que, y esto lo sabemos todos, los microbios más diversos pueden provocar en un enfermo exactamente la misma enfermedad y a la inversa, la misma clase de microbio, producirán según el temperamento del individuo que los cobija, las más distintas enfermedades; el mismo estreptococo provocará en un individuo una erisipela, en otro unas anginas, en un tercero un flemón, o una escarlatina, o una septicemia. Un mismo microbio puede

promover una herpes, una neumonía o una meningitis. Porque, a fin de cuentas, lo que importa son las deficiencias o las debilidades del individuo; en suma, el terreno.

—Muchas veces me he preguntado —dijo Michel— por qué subsiste aún la especie humana en medio de tantos microbios.

—Lo que sería inexplicable si la teoría clásica tuviera razón.

Domberlé bajó la cabeza y prosiguió:

—Lo lamentable es que la medicina oficial participa aún de esos principios. Para ella sólo existe una multiplicidad de enfermedades que tienen que ser tratadas localmente sin tener en cuenta el estado general humoral. La enfermedad consiste en esa diarrea, ese sudor, ese esputo de sangre, esa fiebre, ese microbio… Confunde los síntomas ne la propia enfermedad. Y, naturalmente, parte del principio de los síntomas. Para ello dispone de todo un arsenal: una diarrea se detiene mediante el opio y el bismuto, la fiebre por los hipodérmicos, los esputos por la terpina, los vómitos de sangre por la hemostasis, la hipertensión y la hipotensión por la adrenalina y los tónicos… Y para combatir el microbio cuenta con los antisépticos, los sueros y las vacunas.

»¿Se me calienta el motor? ¿Sube el termómetro? No hay más que verter agua fría y continuar marchando. ¿Qué pensaría usted del mecánico que cuidara su coche de esta manera?

Michel esbozó una sonrisa.

—Pues ésta es la verdad, amigo mío.

—Existen los regímenes.

—Lo sé. Pero son aún demasiados los médicos que los usan torpemente. No les hago responsables de ello. La medicina de escuela les ha dado una enseñanza errónea. Y no habiendo estado enfermo, como por desdicha o por suerte, yo lo he estado, ¿cómo quiere usted que sepan lo que nadie les ha enseñado? ¿Qué sepan que las patatas primerizas desmineralizan y que el limón, la naranja y los frutos ácidos son verdaderamente desastrosos para los seres débiles? ¿Qué el pan moreno, las confituras y ciertos alimentos fuertes que los individuos robustos asimilan muy bien, perjudican a los organismos endebles? El médico aplica lo que le han inculcado, tiene en cuenta las calorías y olvida las cosas esenciales. En primer lugar, el origen químico, industrial y desvitalizado de ciertos alimentos, y, luego, la «densidad molecular», la riqueza y la concentración de otros, concentración que respecto a los enfermos debiera siempre ser considerablemente aligerada y disminuida. El régimen desacertado o aplicado a destiempo es siempre inocuo. Hasta el punto de que el médico deja de creer en él prefiriendo el medicamento más rápido y más fácil, pero que en realidad no sólo no cura, sino que no hace más que encubrir los síntomas por algún tiempo.

—El medicamento es a veces valioso —dijo Michel.

—Por supuesto. Mitiga las reacciones excesivas y desordenadas. En plena crisis aguda una droga, un suero o una vacuna pueden ser indispensables. Sin embargo, no los utilice hasta después de haber ensayado todos los otros medios, y no olvide al emplearlos que no hace más que repeler las manifestaciones de la enfermedad sin curarla. El mal, una vez rechazado, dedicará inevitablemente sus esfuerzos corrosivos a otra parte del organismo, y eso en condiciones aún agravadas, puesto que se habrá impedido la purificación de los humores, y, por añadidura, el medicamento o la vacuna habrá provocado en el paciente una intoxicación química o microbiana suplementaria. Al hacer uso de un medicamento en un caso urgente recuerde siempre que sólo se trata de detener los avances del mal. Esto es todo. Luego será necesario someter al enfermo a una larga cura de desintoxicación y a una revisión general de su régimen de alimentación y de vida.

—Hay que confesar que el médico se olvida con frecuencia de ello —dijo Michel—. Bajo los efectos de la droga considera ya curado al cliente…

—Sí. Existe en este aspecto una gigantesca laguna. Con harta frecuencia se practica una «medicina de urgencia». Se suelen reprimir enérgicamente, y a veces brutalmente, reacciones que no ofrecían ningún peligro, como, por ejemplo una diarrea, un poco de temperatura o una tos sin importancia. Una

vez el síntoma ha desaparecido, el paciente está, aparentemente, curado. Y nada le duele y reanuda sus actividades. Pero no tardará en recaer.

»Todo esto va consumiendo al individuo y a la raza. Nuestros sanatorios y nuestros asilos de alienados están abarrotados. La tuberculosis va ganando terreno. La diabetes y el cáncer se extiende. Se construyen hospitales y sanatorios, se buscan afanosamente nuevas vacunas, nuevos sueros específicos, antisépticos y extractos glandulares, se gastan millones en Institutos, se interviene, se aplica el radio… Y se olvida poner remedio a la causa esencial del mal: el desgaste vital causado por la alimentación sobreexcitante y la ponzoña farmacéuticas y vacunales. Todos los esfuerzos y heroísmos de muchos sabios están condenados al fracaso. Pues aunque mañana se curasen la tuberculosis y el cáncer, otros males los remplazarían.

—Estamos asistiendo ya a este fenómeno —dijo Michel—. Hay enfermedades que «retroceden». Pero cunde en todas partes la alarma ante el progreso de otras. El reumatismo y las afecciones cardiacas tienen ante ellos un magnífico porvenir. Acabo de leer que el reumatismo ocasiona en los Estados Unidos más bajas que la tuberculosis, la sífilis y el cáncer juntos.

—No me sorprende. En Francia acaba de ser declarada «Enfermedad Social». Y la cuidarán como a tal en Institutos costosos con el poderoso refuerzo de peligrosas inyecciones de salicilato. En cuanto a las causa del reumatismo ¿quién se preocupa de ellas? Estas causas, Doutreval, son siempre las mismas para todos los males, y consisten en una malversación de las fuerzas por una alimentación incendiaria, la vida malsana y las drogas.

»Me ha visto usted tratar a los tuberculosos. Usted me ha visto y me verá tratar a todos mis enfermos, cualesquiera que sean, de la misma manera, a base de un régimen, un ejercicio, una hidroterapia y una higiene general rigurosamente apropiada al individuo de acuerdo con las posibilidades más o menos reducidas de su «transformador». Acuérdese usted de mis enfermerías infantiles, de aquellas anginas, amigdalitis, sinusitis, otitis, coqueluches, osteomielitis, abscesos y pólipos,, que desaparecen con la supresión de la causa de las mismas; los alimentos demasiado concentrados y grasientos, la fatiga… Ya verá usted cómo en mis «viejos» desaparecen de la misma manera, inclusive en sus comienzos, los reumatismos, forúnculos, cistitis, prostatitis y hasta verrugas.

—Pero cuando yo hablo a un estudiante de medicina —dijo Michel— afirmando que una amigdalitis o unos pólipos pueden curarse mediante un régimen sano, se ríe en mis narices.

—Como lo harían la mayoría de los demás. No comprender que una enfermedad cualquiera, por mínima que sea y aparentemente localizada (un forúnculo, un romadizo y hasta un pólipo o una carie dental), tiene por origen una perturbación del estado general de salud, por lo que el médico no debiera en ningún caso limitar su acción a un tratamiento local o a un medicamento. Suelen ignorarse aún los resultados que se obtienen cuando se comprende el sentido de la enfermedad (esfuerzo de purificación) y cuando, en lugar de contrariar este esfuerzo mediante las intoxicaciones farmacéuticas se ayuda al mismo actuando sobre los emuntorios naturales; aire, agua, calor, frío, a base de una alimentación desconcentrada para acelerar las evacuaciones en lugar de obstaculizarlas. Muchos estudiantes ignoran que no puede considerarse curado un enfermo hasta que éste se entera por el médico de las posibilidades de su «transformador», se somete a un régimen desconcentrado a la medida de sus reducidas posibilidades, conoce finalmente las causa de su mal, y el saludable papel de advertencia y de freno que ha desempeñado para él, y que desempeñará a cada error, lo que ha denominado «su enfermedad»

»El sufrimiento es el gran educador del hombre, Doutreval. La medicina clásica ignora hasta qué punto esto es verdad, incluso en el plano fisiológico. Nos ha enseñado a odiar la enfermedad, y sin embargo, la enfermedad le aclara, previene y purifica. En el aspecto material tiene las mismas causas; ignorancia, excesos, insumisión, que el sufrimiento en el plano moral. Extraño paralelismo, ¿verdad? Al exaltar el papel del sufrimiento, los cristianos no hacen más que trasponer y sublimar una verdad, ignorando hasta qué punto ésta se arraiga en lo más profundo de nuestro ser fisiológico. Si se las

comprendiera bien, medicina y religión hacen realidad la más armoniosa de las síntesis, apoyándose la una en la otra en lugar de oponerse naturalmente. El plan preestablecido que conduce al mudo hacia lo Mejor, es uno.

«Y ahora, Doutreval, vamos a ver a nuestros enfermos»

CAPÍTULO VIII

Aquella mañana Guerran se levantó temprano. Había pasado mala noche.

Hacía una semana que estaba en París. Se acercaban las fiestas de Pascua. En la Cámara se avecinaba un gran debate. Guerran, con el partido del centro, combinaba la caída del ministerio para antes de las vacaciones. Para examinar la situación estaba citado a las diez con su jefe de minoría.

Como de costumbre, Guerran había dejado en Angers a Julienne, su mujer, y sus hijos Charles y Micheline. Había alquilado en París, en el *Quai aux Fleurs*, un aposento sencillo y confortable.

Desde las ventanas se gozaba un espléndido panorama sobre el Sena.

Mientras en la pequeña cocina la sirvienta le preparaba el café del desayuno, Guerran se rasuraba en el lavabo.

Sentíase fatigado. Desde hacía varios días experimentaba en el vientre dolorosas punzadas. La víspera se encontró todavía peor. Con la delegación del grupo había ido a depositar una corona ante el Arco del Triunfo. Hacía mucho frío y la ceremonia duró largo rato. A Guerran se le helaron los pies. A mediodía, almorzó en casa del jefe de su partido. Ostras, faisán, langosta y Corton 1898. Guerran se esforzó en comer para atajar lo que creía un comienzo de gripe. Por la tarde, en dos o tres ocasiones le acometieron en el costado del vientre, cerca de las caderas, unos cólicos de breve duración pero atrozmente dolorosos. Una vez afeitado y vestido, Guerran pasó a la cocina, donde solía desayunar. Pero aquel día el «croissant» untado con mantequilla y el café no le decían nada. Ingirió unos sorbos del ardiente líquido, dejó lo demás y se dirigió al vestíbulo para coger el abrigo.

Encerraba el automóvil en un garaje situado cerca de su casa. Fue a buscarlo y subió en él. Dirigióse hacia la puerta de Orleáns. Contrariamente a su costumbre, iba despacio. Sentíase muy fatigado. Le dolía el vientre, y, a causa del frío, le castañeteaban los dientes. Una húmeda neblina envolvía la ciudad. El limpiaparabrisas dibujaba en el vaho una estrecha media luna. A pesar de su grueso abrigo, de sus guantes y de su bufanda, Guerran estaba aterido de frío.

Bruscamente detuvo el coche frente a un café cuyo interior aparecía profusamente iluminado. Apeóse, entró y pidió una infusión y un doble vaso de coñac.

«Esto me reanimará —pensó—. Iré a casa de mi jefe de minoría, le entregaré el *dossier,* me disculparé y volveré inmediatamente a casa… ¡Qué curioso es este dolor de vientre! Estoy ardiendo y tengo frío».

No pudo beber la infusión. Experimentó un ligero mareo. Sólo bebió el vaso de viejo alcohol.

Pero no consiguió reanimarse. Cada vez sentía más frío. Comenzaba ya a temblar y a tiritar. Le entraban ganas de vomitar al tiempo que le acometía un cólico irresistible. Las entrañas parecían desgarrársele. Llamó al camarero y pagó la consumición. Tras un gran esfuerzo consiguió levantarse. Un poco inclinado hacia delante, y llevándose la servilleta como medida de prudencia, se encaminó al retrete. Había de contenerse para no dar gritos de dolor. Encerrase en el lavabo y dejó la servilleta en el suelo. De pronto le entró un vahído, le acometieron náuseas y completamente encorvado, se puso a vomitar. Vomitó mucho y durante bastante tiempo. Nada había comido, sin embargo. A causa del sufrimiento tenía el cuerpo bañado en sudor y se apoyaba en la pared para no caer. Cuando hubo terminado permaneció un momento allí, completamente extenuado.

«Es la gripe —pensó—. Me ha atrapado bien. ¡Qué le vamos a hacer! Me iré a casa inmediatamente».

Salió dejando olvidada la servilleta. No se atrevió a pasar por el café. Se imaginaba la lividez de su rostro y su aspecto desagradable.

Franqueó lentamente la puerta de escape, sosteniéndose con la mano el costado derecho del vientre que le dolía horriblemente. Subió al coche, trató ante el volante de recobrar aliento y marchó en dirección al *Quai aux Fleurs*. Sentíase extenuado. No podía manejar el volante. Unos atroces ataques de cólico le atenazaban el vientre. Se le nublaba la vista.

«¡De prisa! ¡De prisa a mi cuarto!», pensó.

Por espacio de unos segundos el mareo le ofuscó la vista. Volvió en sí. El coche rodaba lentamente.

—¡Nunca llegaré!

En un cruce, un agente le hizo una seña para que se detuviera.

A duras penas pudo Guerran maniobrar el freno y el cambio de marchas. El agente bajó la porra. Guerran reanudó la marcha tan lentamente que el agente le gritó moviendo los brazos:

—¡Vamos! ¡De prisa!

Guerran recorrió un centenar de metros. Todo se nublaba a su alrededor, como si de repente hubiera anochecido. Ya nada le dolía. Sus brazos perdían el sentido del tacto. Tuvo el tiempo justo de aparcar el coche a la derecha y de tenderse en el asiento. A poco perdió el conocimiento. Un momento antes, con un último e inmenso esfuerzo, logró abrir la portezuela y gritar en demanda de socorro.

Volvió en sí al cabo de algunos momentos. Seguía tendido en el asiento, con los ojos fijos en el techo del automóvil y las piernas encogidas. Había gente a su alrededor.

—Llévenme a mi casa… En seguida… —murmuró.

Llegaban a su oído voces lejanas, como en un sueño:

—¿Un médico? El hospital…

Comprendió que se trataba de él.

—No, no. A mi casa… —musitó.

—¿Una ambulancia? Se necesitaría un agente…

—No… un chofer… Quiero ir a mi casa. Un chofer de taxi…

—Yo soy chofer —dijo el hombre.

—Pues bien, condúzcame a casa… *Quai aux Fleurs*, 22. En mi coche…

—Pero ¿y mi tiempo? ¿Me pagará usted?

—Sí… sí… bien pagado… ¡De prisa!

El hombre empuñó el volante. Alguien cerró la portezuela. El coche partió.

—Despacio… Despacio… —gimió Guerran desde el asiento posterior.

Una mano de hierro le trituraba el vientre magullándole las entrañas. Esto duraba un minuto y luego el dolor se mitigaba un instante. Guerran continuaba encogido, con los pies y los brazos helados, tiritando y castañeteándole los dientes, sin saber siquiera dónde se encontraba. Luego arreciaba el dolor. De cuando en cuando un bache le sacudía todo el cuerpo.

—Despacio… —gemía.

El automóvil se detuvo. Sacaron a Guerran, pero éste se negaba a estirar las piernas. Le parecía que al hacerlo se le desgarraba algo dentro de sí. Le trasladaron a su dormitorio y lo tendieron en la cama vestido como estaba.

—Tome usted mi cartera —murmuró—. Cien francos para usted… Llame a un médico…

Se tapó con gran esfuerzo con el cubrecama, cerró los ojos y se sumió en una somnolencia agitada por breves y atroces dolores. En este estado lo encontró el joven médico que se presentó al cabo de media hora. Con ayuda de la portera y la sirvienta, el doctor despojó a Guerran de sus ropas y logró al cabo convencerle de que estirara las piernas a fin de aligerar la tensión de los músculos abdominales. A duras penas consiguió examinarlo. El vientre reaccionaba a la menor presión. Y a la percusión ofrecía una sonoridad mate, una consistencia de «vientre de madera».

—¿Se encuentra usted mal desde hace días? —preguntó el médico—. ¿Dónde? ¡Ah…! ¿Aquí, verdad? ¿En la tosa ilíaca? Exactamente, sí… ¿Ha vomitado usted? ¿Sí? ¿Mucho? Sí… sí, ya veo, pues bien, caballero, su estado inspira cuidados. Hay que intervenirle inmediatamente.

—¿Una intervención? —murmuró Guerran.

—Sufre usted un ataque de apendicitis aguda. Yo, en su lugar, no perdería el tiempo. En casos como éste los minutos son preciosos.

—¿No pueden operarme aquí?

—Imposible. El estado de usted es grave. Si quiere seguir mis consejos lo mejor que podemos hacer es trasladarle en la ambulancia a una clínica…

—¿Tendré para mucho tiempo?

—Unos diez días.

—Es que debo estar curado para la reapertura de las Cámaras.

—Esto ya lo veremos. Por el momento, créame usted, estas preocupaciones deben pasar a segundo término.

Guerran así lo comprendió.

—¡Ah, diablos…! —murmuró—. Pues bien. ¿Adónde me aconseja usted ir?

—Puede usted escoger… Clínica Ambroise—Paré, clínica Berthelot, clínica Epidauria, clínica Claude—Bernard, todas ellas cerca de aquí.

—Epidauria… —murmuró Guerran—. La conozco… Amigos de Géraudin… ¡Doctor!

—¿Llamo a Epidauria?

—Sí… la ambulancia… Que me duerman en seguida… Terminemos pronto… Diga usted allí que quiero ser operado por Géraudin… No se olvide. Quiero a Géraudin.

Géraudin recibió el telegrama a las diez y media.

…«Ruégole venga operar Guerran clínica Epidauria. Extrema urgencia. Esperámosle hasta las dos. De no llegar, operaremos. Afectuosos recuerdos.

Doctor Godefrin, Hoyer, Coliligny».

No había servicio aéreo regular entre Angers y París. Pero Flegier encargó por teléfono a Nantes una avioneta taxi. A las once y cuarenta subía Géraudin en la carlinga del aparato. Contaba con Flégier como ayudante, y con Louis, el chofer, encargado de aplicar la anestesia en todas las intervenciones de Géraudin. El profesor estaba acostumbrado a él y no podía prescindir de su colaboración en un caso de tanta gravedad. Louis llevaba las maletas.

El aparato despegó cara al viento oeste, rozó un momento las hierbas de la vasta llanura a las que la hélice parecía estremecer, cobró albura, viró y tomó rumbo Este-Noroeste. Angers, el Maine y el castillo del rey René fueron esfumándose a través del brumoso horizonte. Tras la ventanilla, Géraudin veía esfumarse bajo sus pies la tierra, las colinas erizadas de cepas deshojadas y los vetustos castillos de techumbre de pizarra. Deshilachadas por las alas, iban discurriendo desgarradas nubes. Una rueda del aparato giraba lentamente en el vacío. Un ruido ensordecedor hacía vibras los tímpanos de Géraudin. Una comprensión le bloqueaba los oídos. De vez en vez, la enorme máquina parecía desplomarse bruscamente. Era un bache de aire de cincuenta metros.

—El piso está muy mal —decía el piloto con el acento bronco y burlón del parisiense de Bellville.

Maniobraba los mandos. Sentado a su lado, Louis le miraba con vivo interés y bromeaba con él. En cuanto a Flegier, sentado detrás de Géraudin, devolvía el desayuno con la mayor discreción posible en un saco de papel sobre el cual, más tranquilizadora que una palabra francesa demasiado evocadora, figuraba la fórmula inglesa: Air-Sickness.

Cosa sorprendente, Flégier, que desconocía el inglés y que no había abandonado nunca el santo suelo, adivinó instantáneamente que *Air-Sickness* significa «mal del aire» y comprendió en el acto el uso de aquellos saquitos para vomitar.

Géraudin encendió uno de sus eternos cigarros. Estaba preocupado. En aquellos momentos envidiaba a Louis, su despreocupación y su tranquilidad de pobre diablo sin pena ni gloria que nada tiene que defender.

¡Aquel idiota de Louis estaba contando bobadas y riendo con el piloto! No experimentaba, naturalmente, la inquietud de una nueva lucha con la muerte, de una de esas batallas en las que Géraudin arriesgaba cada vez su nombre y su prestigio. Además, ante la proximidad de esas horas difíciles apoderábase ahora de él la angustia, y como nunca, un gran nerviosismo. Nadie lo sabía. Aquello había comenzado el día que Belladan le presentó aquella criatura que había de operar de las amígdalas. ¿Fatiga? ¿Envenenamiento? ¿Mal estado general? En todo caso, Géraudin, a causa del síncope, había perdido la cabeza. Nadie se dio cuenta. Todo ocurrió en el espacio de diez segundos, pero frente a aquel cuerpecito moribundo, Géraudin no había sido dueño de sí mismo. Más adelante se repitió el hecho en dos ocasiones. Una noche, en que efectuó una trepanación de urgencia a un agente de policía agredido por un maleante; y, la segunda vez, al término de una larga y fatigosa intervención practicada a un canceroso. Punzadas en la nuca, neblina ante los ojos, súbita impresión de vacío en la cabeza, carencia de ideas y un temblor en las manos que ya no obedecían…

Ahora, antes de cada intervención, Géraudin se preguntaba:

«¿Volverá a ocurrirme? ¿Lograré llegar hasta el final?».

Las primeras veces había sabido recobrarse. Ante la herida abierta, había esperado, inmóvil, con la cabeza baja y los ojos cerrados, como si reflexionase. Había contado hasta veinte. Luego todo pasó y pudo reemprender el trabajo. La segunda vez la crisis había sido más larga. Tuvo que echar mano de todas sus reservas de energía para terminar felizmente la operación. La intervención duro largo rato. Aquel día, Louis, que aplicaba la mascarilla sobre el rostro del paciente, levantó los ojos y miró inquieto a su «patrón».

«¿Qué ocurrirá hoy? —preguntaba Géraudin—. La pasada semana he trabajado mucho. Y, por añadidura, esa estúpida velada de anoche a la que Valérie me obligó a asistir… ¡Y se trata de Guerran! Habrá gente a mi alrededor. Si pudiera rehusaría… Pero Guerran cuenta conmigo. No lo comprendería, y, además, no puedo confesar lo que me pasa. ¡Con tal que esté a la altura debida en presencia de Godefrin y Colligny! En seguida se darían cuenta. Vigilarán todos mis movimientos, sobre todo Hoyer. Se jacta de trabajar tan de prisa como yo. Si soy lento, si me retraso, no tardará en divulgarse:

«Géraudin envejece… Géraudin no es ya el de antes…»

Sufría atrozmente. Casi guardaba rencor a Guerran por haberle llamado, por tener fe en él. Se trataba de un amigo, de un hombre a quien Géraudin tenía en gran estima. Cuando el corazón interviene, no tiene uno la mano segura. ¡Qué tremenda responsabilidad! Guerran era uno de los hombres del día. Toda la Prensa se ocuparía del asunto. Géraudin se acordó del profesor Gosset que operó varias veces a Clemenceau.

Después de una de las intervenciones, Clemenceau dijo al célebre profesor:

—Al operarme a mí no ha hecho usted en el fondo ningún negocio. Si me salvo, nadie se acordará de que ha sido usted quien me ha operado. En cambio, si muero, todo el mundo dirá de usted me ha asesinado.

Al parecer, nada se movía. A tres mil quinientos metros de altura, suspendido en el cielo, el avión parecía haberse inmovilizado en el centro de una vasta meseta cóncava. Desde aquellas alturas apenas se dibujaban las ciudades, los caminos y los bosques. Géraudin quedó sorprendido cuando Louis, volviéndose hacia él, le dijo con voz apagada por el zumbido del motor:

—¡La torre Eiffel, señor!

Elevábase en el horizonte, en medio de la bruma. Y en torno, envolviendo a París, una capa atmosférica caliente, amarillenta, densa y malsana, ascendía de la ciudad. Esa cúpula de aire viciado, oprimía a la capital. Aquel día, debido al tiempo húmedo, la ausencia de viento y la aparición del sol, el fenómeno se hacía particularmente visible.

El aparato voló un minuto sobre la ciudad y luego viró hacia el Oeste, en dirección al aeródromo de Le Bourget, con sus construcciones de cemento armado esparcidas como un juego de dados. Acá y acullá unas moscas aparecían inmóviles sobre la hierba. Eran aviones preparados para salir. Cesó el zumbido del motor. Inicióse el descenso. Bruscamente, a ras del suelo, volvió a oírse por espacio de algunos segundos el estruendo del motor. Un choque. Luego, un áspero deslizamiento y el aparato se detuvo.

—¡La una y cuarto, señor —anunció Louis.

Diez minutos después, Géraudin, Louis y Flégier, aún algo pálidos, atravesaron Pantin en taxi y se dirigieron a París. A la una cuarenta entró Géraudin en la clínica Episauria, donde le esperaban Godefrin, Hoyer y Colligny para acompañarle a la sala de operaciones. Guerran estaba ya tendido sobre la mesa.

Guerran se paseaba por un hermoso jardín. Rebosaban los árboles de frutos soberbios, de peras de un volumen enorme, doradas, luminosas, tan luminosas que su brillo le hería los ojos. Cogió una y la mordió. Sabía un poco a farmacia y tenía un desagradable olor a éter. La tiró, se encaramó a un paredón para coger otra y se cayó de espaldas.

»Debo de tener algo roto —pensó—. No puedo moverme. ¿Qué me pasa.

Hizo esfuerzos para levantarse, pero no lo consiguió.

—Sostenedle la cabeza —dijo alguien.

Guerran vio a su lado a Julienne y a sus hijos Charles y Micheline. Era Julienne quien había hablado.

—Dejadme levantar —gritó.

—No debes comer estas peras. Tu vientre……

—¿Qué le ocurre a mi vientre? ¡Te digo que quiero levantarme! —protestó apartando a Micheline y a Charles.

Y diciendo esto se levantó de un salto. Julienne se abalanzó sobre él, pero Guerran le dio un empellón y se encaminó nuevamente hacia la tapia.

—¡Las tenazas! —gritó Charles.

Entonces Julienne, recogiendo del suelo unas tenazas de hierro al parecer abandonadas, las lanzó con todas sus fuerzas hacia Guerran. Éste recibió la herramienta en pleno vientre y tuvo que sentarse. Un dolor agudo le hizo encorvarse.

—¡Oh! —gimió—. ¡Qué daño!

Llevóse la mano a la herida. El dolor no cedía, intenso e interminable. De pronto, oyóse la voz de Géraudin:

—Compresas… ¿Está todo listo, Louis?

Guerran recordó:

—Me operan. Me abren el vientre… Y no puedo dormir.

Tuvo miedo. Inmediatamente levantó la cabeza, aspiró fuertemente y absorbió largas bocanadas de éter para volver a dormirse… Y perdió el conocimiento…

Géraudin salió del quirófano. Se había quitado el casco, los guantes y la mascarilla. Estaba bañado en sudor. La intervención había sido larga y penosa. Peritonitis. Adherencias por doquier. Un apéndice gangrenado que había estallado como una fruta podrida. La cavidad abdominal estaba llena de pus. En presencia de sus tres colegas, Géraudin se había superado. En lo que personalmente le concernía se sentía aliviado. Sucediera lo que sucediera, siempre podría decirse que se había hecho lo imposible. El honor estaba a salvo. En cuanto a Guerran, su curación no dependía de los hombres, sino de una guerra

rápida y misteriosa que iba a librarse entre algunos millones de glóbulos blancos y algunos otros millones de glóbulos invasores. En lo tocante a los resultados de la contienda, Géraudin se mostraba muy preocupado. El estado de Guerran no permitía abrigar muchas ilusiones. Corazón débil, cianosis de la cara y acentuada fatiga general…

En los pasillos de la clínica los reporteros, ya sobre viso, bloquearon las salida sy se precipitaron hacia Géraudin. A las pregunta de las periodistas, el profesor respondió con premeditada impresión:

—Imposible vaticinar nada. La operación ha tenido un éxito completo. No hay más que esperar…

Luego pasó con Colligny a las oficinas para redactar un comunicado con destino a la Prensa:

«La intervención ha sido practicada con éxito; pero subsistiendo el peligro de una infección general es imposible vaticinar nada. Pronóstico reservado.

Profesor Géraudin.
Doctor Godefrin.
Doctores Hoyer y Colligny, ayudantes».

Géraudin envió a Flégier a Angers para que éste atendiera el hospital y la clínica. Y reteniendo a su lado a Louis resolvió permanecer algunos días en París. Así podría ver en todo momento a Guerran. Vigilaría el curso del mal y podría intervenir de nuevo si fuera necesario. Por supuesto, se administraría a Guerran un suero antigangrenoso y anticolibacilar. Quizá también sulfamidas. Godefrin brindó a Géraudin una habitación en la clínica que el profesor se apresuró a aceptar. Cuando éste se disponía a visitarla, una voz le llamó:

—¡Doctor Géraudin! ¡Doctor Géraudin!

Éste se volvió. Bajo la bata blanca de enfermera reconoció a Fabienne Doutreval.

—¡Ah!, ya sabía que estaba usted aquí, pero aún no he tenido tiempo de ocuparme de usted. ¿Cómo va la profesión?

—Una se acostumbra —dijo Fabienne.

—Lo celebro. Tenga usted la bondad de acompañarme a mi habitación. Ayer mismo hablé de usted con su papá.

—¿Y su enfermo?

—¿Guerran? Estoy preocupado, muy preocupado… ¡Pst! Silencio.

—¿Está despierto?

—No lo creo. Sin embargo, por el momento no hay temor alguno. Dentro de algunos días será otra cosa. Tendré un gran disgusto si no se salva. Un amigo… Un a migo fiel… ¡Haber salvado a tanta gente extraña, a tantos indiferentes, y dejar morir a Guerran!

—¡Se hará lo que se pueda, doctor Géraudin! —dijo Fabienne conmovida ante aquella tristeza—. Voy ahora mismo a cuidarle. En cuanto despierte correré a avisarle. Confíe en mí.

Desde el mes de noviembre, Fabienne trabajaba como enfermera en la clínica Epidauria.

Era un gran establecimiento parisiense, uno de esos edificios modernos, científicamente instalados bajo la dirección de un consejo de administración y que funcionan algo así como las fábricas, donde el cliente, apenas ha entrado, se ve sometido a una serie de inyecciones y exámenes de laboratorio y a quien se establece un historial clínico bastante semejante al proyecto de revisión de un automóvil averiado. Esas fábricas de salud, maravillas de racionalización, llevan camino de arrumbar rápidamente nuestras viejas clínicas privadas de antaño donde, de hombre a hombre, el médico atendía a una clientela que lo apreciaba y tenía fe en él. Ingresaban en Epidauria ministros, financieros, «estrellas» de cine y celebridades literarias. Todas las ilustres y deslumbrantes personalidades parisienses se cuidaban en Epidauria. Todos cuantos frecuentaban lugares de placer en lo que ha venido a llamarse «el Mundo»

se encontraban allí de vez en vez víctimas de alguna avería, para ser sometidos a reparación. Se veían allí periódicamente, a causa de un ántrax por vaciar, un accidente de esquí, un apéndice, una vesícula biliar, una úlcera de estómago por extirpar, una consecuencia cualquiera del desorden y de la buena mesa por expiar, como podrían verse en Deauville o en Biarritz. Era normal y nadie se extrañaba de ello.

Después del hospital de L'Egalité en Angers y del contacto con los pobres y las mujeres del pueblo, Fabienne se encontraba en Epidauria fuera de lugar. Sin embargo no tardó en darse cuenta de que la humanidad es por doquier semejante, y que el barniz superficial que proporciona la riqueza y la educación se desconcha, casi instantáneamente, al choque del sufrimiento, dejando al desnudo almas iguales, semejantes en sus bajezas y en sus cobardías y hasta, muy rara vez, en su grandeza.

Hay un momento en que el ser humanos e aparece a nosotros con una sinceridad brutal, dejando al descubierto lo más recóndito de su alma: es el instante en que bajo el influjo de la anestesia se duerme sumiéndose en la inconsciencia. Fabienne, que ayudaba a administrar la anestesia en todas las intervenciones de Colligny, quedaba aterrada al oír a un hombre del gran mundo, poseedor de un título, pronunciar palabras soeces, indecentes y abyectas que no siempre comprendía. Hasta los niños, pequeños seres que habían crecido puros y preservados de toda mancha, revelaban, por el ambiente en que habían vivido, un corazón gangrenado y ya proferían, poco antes de despertarse, crapulosas injurias y obscenas palabras de «argot». Y no eran pocas las mujeres casadas, que llamaban a su amante, que hacían confidencias diciendo, dormidas, mientras las sondaban:

—La próxima vez no me serviré de esta sonda… Hubiera sido preferible ir a ver a aquella comadrona…

O, imaginándose hablar con su amante, le insultaban:

—¡Imbécil! ¡Ya te había dicho que tuvieras cuidado! ¡Una vez que engaño a mi marido…!

Quizá por ello Colligny se mostraba siempre desconfiado. Jamás permitía que el marido asistiera a la operación. Como medida de prudencia se le hacía esperar en el pasillo.

Con frecuencia, las mujeres se acordaban confusamente de que habían hablado. Y en el fondo inquietas, preguntaban a Fabienne:

—He hablado, ¿verdad, señorita? Sin duda he dicho muchas tonterías…

—No, no —decía Fabienne—. Algunas palabras ininteligibles, como todos los intervenidos… Ya estamos acostumbrados a ello y no prestamos atención.

A la hora del sufrimiento y de la muerte ese mundo de la riqueza revelaba ante Fabienne su misterio confesando su corrupción profunda, la irremediable gangrena de esa civilización agotada, escéptica, irresponsable y definitivamente condenada. Al adentrarse en ella, iba apoderándose de Fabienne un amargo concepto de la vida. De cada diez parejas que acudían a la clínica, cinco por lo menos eran falsos matrimonios. En el pequeño despacho de la planta baja, y una vez pasado el examen médico, los enfermos que estaban decididos a hacerse intervenir se sometían a las acostumbradas formalidades. Fabienne abría el voluminoso registro.

—¿El 22 de diciembre, señora? De acuerdo. ¿Le conviene a usted la habitación 47, del segundo piso? ¿Qué nombre debo inscribir, por favor?

La mujer, turbada, vacilaba un instante. Luego miraba al hombre.

—¿Qué nombre? ¿El tuyo o el mío?

—Pues no lo sé —decía el amante.

Sobrevenía un breve conciliábulo. Fabienne se absorbía buscando no sabía qué en su enorme libro.

—Señorita —decía finalmente el amante—, inscríbanos usted bajo el nombre siguiente…

A causa de estos embrollos las visitas permitidas a los enfermos exigían grandes precauciones. Una señora acababa de subir a la habitación de un operado: el número 108. Diez minutos después presentábase una segunda señora al despacho de la planta baja.

—Vengo a visitar a mi marido, el señor X., habitación número 108.

—¡Diablos! —exclamaba el enfermo. Es mi mujer. Hágala esperar diez minutos.

Reteníase a al esposa bajo el pretexto de que estaba terminándose una cura, mientras la amante descendía por otra escalera y salía a escape.

Sin embargo, lo que solía ocurrir era que cuando una mujer recibía a su amante o un marido a la suya, se apresuraba a avisar por teléfono a Fabienne que permanecía casi siempre en el despacho de la planta baja.

—Señorita, si viene una visita para mí haga el favor de avisarme en seguida antes de que suba.

No tardó Fabienne en explicarse las razones de tan frecuentes recomendaciones.

También los divorcios promovían complicaciones. Había que impedir que el primero y el segundo marido y que la antigua y nueva mujer se encontrasen.

Pero no faltaban las excepciones: algunas veces, predecesores y sucesores se entendían perfectamente, se estrechaban la mano y se llamaban mutuamente «amor mío». Diose el caso de un chiquillo de diez años, gravemente enfermo de una anemia perniciosa, y que tenía, por así decirlo, dos padres y dos madres: sus padres se habían divorciado y se habían vuelto a casar cada uno por su lado. Todos ellos se encontraban a la cabecera del pequeño moribundo y se estrechaban cordialmente las manos diciéndose: «querido» y «amor mío». Una especie de *menaje a quatre*. El muchacho debía andar atontado. Además, la desdichada criatura no comprendía nada. Y decía a Fabienne:

—¿Cómo puede ser esto, señorita, que uno tenga dos padres y dos madres?

Le habían perforado el hueso del esternón para inyectarle hígado de ternera. Murió después de una larga y triste agonía, rodeado de sus dos pares y sus dos madres que por algo estaban allí.

Todo ello era tan trivial, tan corriente, que a Fabienne se le fue disipando poco a poco la indignación y la reacción que le producía el sentirse lastimada en su honorabilidad. La anormalidad constantemente repetida, acabó a la larga por imponerse al espíritu como un fenómeno regular. No sin cierta inquietud. Fabienne se sentía cada vez más indulgente, más tolerante, más inclinada a transigir con los principios de la educación que había recibido. No respira uno impunemente la atmósfera de elegante amoralidad reinante hoy día entre muchos de os que algunos denominan seriamente «la buena sociedad».

Estas historias de maridos y de amantes complicaban singularmente las cosas, con la secuela, en no pocas ocasiones de los abortos. A veces, acompañada de su marido, se presentaba en la clínica una mujer para ser operada en la matriz. Luego volvía con su amante para explicar que lo que en realidad deseba era un «legrado especial» para desembarazarse de su preñez. Colligny estaba muy versado en todo ello y maniobraba con gran destreza a través de todos aquellos «imbroglios». Al marido le hablaba de un fibroma benigno sin importancia. En cambio, con el amante empleaba una expresión velada: «legrado especial»… Y hacía extender en el despacho dos facturas: una primera, razonable, para el marido, y otra, para el amante, muy crecida. Esas historias reportaban a la clínica pingues ingresos.

Fabienne asistía, pues, a esos crímenes, a esos conscientes y premeditados asesinatos de pequeños seres. Si el embarazo estaba en sus comienzos, se procedía a «aplicar una laminaria» y se introducía en el cuello de la matriz un trocito de madera especial, del tamaño de una cerilla, que, al hincharse con la humedad, adquiría el tamaño de un cigarro y provocaba el desprendimiento del feto.

Si la gestación se hallaba en período avanzado se raspaba la matriz y se practicaba un «legrado especial». En la clínica se llamaba a esta intervención «una biopsia».

Secretamente, en ocasión de un viaje de los padres o acompañadas por ellos, no pocas muchachas ingresan por algunos días en Epidauria. En tales casos, sin embargo, el doctor estaba ya advertido de antemano. Y decía a la muchacha en presencia de los padres:

—Un quiste sin importancia… Será necesario extirparlo. Tranquilícese usted, señorita. Cuestión de cinco días. Dentro de ocho días podrá levantarse. No, señora, su hija no corre ningún peligro.

A veces los padres, estaban enterados de todo. Entonces se hablaba simplemente, con toda claridad, de esa biopsia urgente. Entre esas gentes abundaban los acaudalados pertenecientes a la aristocracia del dinero, que se lamentaban de la tiranía de la masa, de su falta de ideales y su afán de placeres.

Esos desazonaban a Fabienne infinitamente más que las pobres mujeres del pueblo que ingresaban en el hospital de «L'Egalité», calladas y silenciosas, con las ropas teñidas de sangre después de la herida que se habían producido la noche anterior con el alfiler del sombrero. Por lo menos el pueblo se mostraba pudoroso ante aquellas cosas. En cambio, entre las gentes ricas, aquello era corriente, admitido y sujeto a tarifa. En resumidas cuentas, una biopsia.

Esas operaciones especiales costaban mucho dinero. Hoyer, que fiscalizaba las facturas, decía a Fabienne que contara además de los fastuosos honorarios del cirujano, doscientos francos en concepto de alquiler de la sala de operaciones, más una retribución especial para el anestesiador. Todo se contaba carísimo: desde los guantes de caucho del cirujano, que todo lo más servían tres o cuatro veces hasta las compresas, el crin, el catgut y las pinzas, todo ello facturado a diez veces su valor. Un paquete de algodón de ciento veinticinco gramos costaba ocho francos. Una botella de agua cinco francos y medio. Y a todo ello se sumaba el doce por ciento del servicio. Para los cuatro especuladores que la habían lanzado y la explotaban, la clínica Epidauria era un negocio maravilloso.

Sorprendíale a Fabienne ver en Epidauria cómo gentes orgullosas y seguras de su superioridad practicaban corrientemente el adulterio, el divorcio, las perversiones sexuales, el aborto y hasta el abandono de un hijo, la cocainomanía y la morfinomanía. Todo ello sin sonrojarse, sin avergonzarse, a sabiendas de la enfermera y del médico. Como si se tratara de una cosa normal, como si estas gentes, por su dinero o por su inteligencia, hubiesen sido dispensados de la moral en uso, enseñada e impuesta a las capas inferiores del pueblo a manera de disciplina necesaria o de freno del cual ellos, iniciados de un rango superior, pueden prescindir. No hay que creer, sin embargo, que Godefrin, Hoyer y Colligny fueran hombres deshonestos. Cobraban a tanto la operación y no disfrutaban sino de una participación ínfima de los beneficios de la casa. Sólo a Hoyer le gustaba bastante el dinero. Godefrin tenía cinco hijos y era un excelente marido y un padre bonachón. Colligny, apasionado de su arte, no vivía más que para su profesión e inventaba, modificaba y mejoraba sus útiles. No habiéndole dado hijos, su mujer había adoptado un chico, un simpático rubito de la Asistencia Pública. Pero esos hombres eran escépticos. Tal era el resultado directo de la educación que se da a la juventud francesa, desde hace cuarenta y cinco años. Por no habérselo enseñado no veían más allá de la vida. Porque si para el hombre sólo existe su vida humana, no es ésta cosa que merezca ser respetada durante largo tiempo. Godefrin admiraba la fórmula de los países ricos, que al mismo tiempo que los hace felices materialmente ha despoblado a Noruega y Suecia y ha dejado desierta a Australia: «El máximo de bienestar para un reducido número de individuos». Decíase neomalthusiano y afirmaba ser muy racional el *Birth Control*, el «control» de los nacimientos que funcionaba en Inglaterra. En cambio, Hoyer sólo hablaba del derecho que asiste a la mujer a disponer de su cuerpo: del aborto legal. Veía en ello el coronamiento de la liberación humana, del individualismo, y se lamentaba que aquellas ideas no tomaran cuerpo. Deploraba que el Gobierno no proyectase la creación de «abortadores» oficiales donde la mujer pudiera liberarse del fruto de sus entrañas. En su juventud, Colligny había sufrido la influencia de un torpe clericalismo. Su padre, socialista, a falta de recomendaciones eclesiásticas, no pudo, en su pueblecito bretón, labrarse una situación estable. De resultas, había anidado en el ánimo de Colligny un agrio sentimiento de rebeldía. Creía luchar en pro de la emancipación del hombre. Admiraba a Gide y a Víctor Margueritte. En el fondo, aquellos médicos eran lógicos consigo mismos, lo que evidenciaba su melancolía, aquella sorda tristeza, aquel desencanto, aquella amargura, aquella decepción con que se enfrentaban con la existencia. Denunciaban con ello su sinceridad. Quien sólo cree en la vida, que equivale a no creer en nada, no tienen casi nunca ocasiones de sonreír.

En el mes de febrero, Doutreval fue a París a ver a su hija. La encontró cambiada, inquieta, preocupada y un poco triste. Desde el punto de vista profesional, había evidentemente progresado mucho. Su estancia en la clínica había sido para ella una experiencia incomparable. Sin embargo, Fabienne hubiera preferido regresar a Angers, volver al lado de Mariette y de su padre. Insistía en ello

pero no se atrevía a explicar los motivos de su decisión. Doutreval no comprendía la profunda turbación que agitaba el ánimo de su hija.

No se dio cuenta de que atravesaba una grave crisis moral que amenazaba derrumbar todos los principios de su infancia. Doutreval le suplicó que se mostrara razonable. Pronto tendría necesidad de sus servicios porque esperaba disponer dentro de poco de un local donde abrir su dispensario. Su hija menor sería su brazo derecho. Contaba ya con ella. Era necesario que tuviera paciencia y cobrara ánimos. Fabienne no dijo nada.

Cuatro horas después de la intervención despertó Guerran del pesado sueño de la anestesia. Miró a su alrededor con los ojos todavía turbios. Su mirada tropezó con un rostro pálido y delgado bajo la blancura de la cofia de enfermera que se inclinaba hacia él con semblante preocupado. Aquellos ojos oscuros, la nariz afilada, quizá un poco larga, las negras cejas arqueadas, le recordaron algo, un rostro conocido. Poco a poco fue recordando. Y articuló con voz pastosa:

—Usted es… usted es la pequeña Fabienne…

—Sí, señor Guerran, la hija del profesor Doutreval. Esté usted tranquilo. No hable.

—Estoy enfermo… —murmuró Guerran—. Todo da vueltas.

Quiso levantarse apoyándose en un codo. Al inclinarse fuera de la cama le acometieron unas náuseas y los esfuerzos que hizo para vomitar le desgarraron las entrañas. Sin embargo, sólo devolvió un poco de espuma y de bilis.

Se encontró mal hasta entrada la noche. A las nueve, ya aliviado llegó su mujer. Julienne Guerran, avisada telegráficamente, había tomado el expreso de Angers. Alta, morena, de tez aceitunada, a la que los afeites prestaban un tinte ocre, con las pestañas y las cejas de un negro violáceo, embutida en un abrigo de seda negro con cuello de astracán que acusaba su elegante delgadez, entró sobrecogida y silenciosa en la habitación de Guerran. Éste, pálido y bañado en sudor, más que un ser con vida semejaba la imagen de un cadáver. Julienne le dio un beso sin pronunciar palabra.

—¿Y Micheline? —preguntó Guerran.

—La he dejado en Agners, con Charles. Llegará mañana.

—Hasta mañana… —murmuró el enfermo.

—Sí, mañana por la mañana.

—¡Cuánto tardará!

Fabienne había salido. Acudió al oír un timbrazo. Guerran sentía frío y solicitaba un calentador.

—¿Te trajeron directamente aquí? —preguntó Julienne Guerran mientras Fabienne, al pie de la cama, cubría con guata los helados pies de Guerran y colocaba en el lecho un calentador eléctrico.

—Directamente —murmuró Guerran—

—¿Cogiste dinero?

—No.

—Ya sabes que apenas tengo en casa.

Guerran se volvió y gimió:

—Me hace mucho daño…

—¿Has previsto al menos…?

—No sé nada, Julienne… Sí, muy bien, señorita Fabienne… muy bien. Gracias. Muchas gracias…

Bajo el achatado sombrero de fieltro gris, adornado con un gran broche de oro, Julienne Guerran dirigió a Fabienne una breve y penetrante mirada.

—Es la pequeña Fabienne… —murmuró Guerran.

—¿Fabienne?

—Fabienne Doutreval.

—Soy la hija del profesor Doutreval, de Angers, señora —explicó Fabienne.

La hosca mirada de Julienne se suavizó.

—¡Ah, sí…! ahora me acuerdo… Precisamente me estaba diciendo: «Me parece conocer a esta muchacha…» ¿Nos encontramos en casa de los Heubel, verdad?

—En efecto, señora.

—Sí, sí, ahora recuerdo. ¡Qué coincidencia! ¡Qué dicha para mi pobre marido!

Con sus feroces celos de mujer ruin y ya avejentada, había considerado al principio como una posible rival a aquella joven enfermera a quien su marido llamaba familiarmente «señorita Fabienne». Al comprender su error se tranquilizó mostróse más amable.

Fabienne quiso retirarse.

—Yo la acompaño, señorita Fabienne —dijo Julienne.

—¿Le preparamos una cama aquí, señora?

—No. Géraudin no me lo permitiría. Estoy muy acatarrada y el profesor teme por nuestro enfermo… ¿No es a veces posible una congestión pulmonar?

—Ciertamente.

—Por otra parte, he tomado ya una habitación en el «Saint-James», calle de Saint-Honoré. Volveré mañana por la mañana temprano. Da lo mismo. Salgo con usted, señorita. Hasta la vista, Olivier. Procura pensar un poco en lo que te he dicho, ¿vedad? Ten ánimos.

Y diciendo esto salió en pos de Fabienne.

Guerran pasó una noche muy agitada. Fabienne dejó dicho a la enfermera de guardia que, si algo ocurría, la llamase. A medianoche sonó el teléfono en el cuarto del octavo piso que Fabienne ocupaba durante las semanas que estaba de servicio. Inmediatamente bajó.

—No me gusta esto —dijo su colega—. Cuarenta grados de temperatura. Está delirando.

Hundido en el centro del colchón, Guerran daba bruscos sobresaltos y pronunciaba entrecortadas palabras.

«—¡Te digo que no! ¡No lo tendrás! ¿Dieciocho mil leandras? ¡No, y mil veces no!

»—Pero ¿acaso te figuras que yo robo el dinero? —prosiguió después de una pausa.

»—¡No, Julienne, ni un céntimo! No tienes más que abrir la caja tú misma. Ya lo verás…»

—¿Qué ha dicho Géraudin? —preguntó la enfermera.

—Dos comprimidos en caso de necesidad —dijo Fabienne—. Primeramente démosle uno… Quisiera que ya amaneciera.

Por la mañana, la temperatura había descendido un poco, pero el semblante del enfermo hacía abrigar temores. Géraudin practicó personalmente la cura sin pronunciar palabra. Fabienne observó que el aspecto de la herida no era ciertamente tranquilizador. Ninguna supuración, ninguna señal de defensa del organismo. No sería de extrañar que debajo de la herida estuviera ya en curso una grave infección.

A las nueve y media llegó en taxi Julienne Guerran con su hija Micheline y el prometido de ésta Robert Bussy, el hijo del notario, que había acompañado a las dos mujeres. Fabienne los aguardaba en la planta baja para advertirles que el enfermo había pasado muy mala noche y que necesitaba reposo absoluto. Julienne Guerran permaneció impasible. Robert Bussy, un mozo alto, robusto, sosegado y de maneras apacibles, dijo que aguardaría allí mismo, en la sala de espera. Micheline, asustada, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos azul claro de muchacha rubia y agraciada, escuchó lo que dijo Fabienne, sin, al parecer, haber comprendido nada. Era todavía demasiado joven y no se daba cuenta de la catástrofe que les amenazaba. Fabienne acompañó a madre e hija hasta la cabecera de Guerran. En la habitación del enfermo, al ver de nuevo a su padre hablando con lucidez, Micheline, con la inconsciencia de la juventud, quedó totalmente tranquilizada.

—¿Te encuentras mejor? —dijo Julienne.

—Sí, algo mejor.

—¿Has dormido bien?

—He soñado. He soñado mucho. Dame un beso, Micheline…

Micheline se apartó del marco de la ventana donde se entretenía haciendo señas a Robert Bussy que se paseaba por el patio. Corrió a besar a Guerran. Fabienne salió para volver al cabo de un cuarto de hora a buscar a las dos mujeres. Al volver a marcharse, Julienne recordó a su marido:

—¿Has pensado en el dinero, Olivier?

—¡Por dios, Julienne, ya te di a primeros de mes la cantidad acostumbrada!

—Sabes muy bien que he tenido muchos gastos.

Guerran contuvo un gesto de cólera.

—¿Qué quieres que haga? ¡No puedo levantarme de la cama para defender un pleito! ¡Hay que esperar!

—¿No puede Charles pedir fondos?

—Sí… No… Los asuntos importantes están guardados en la caja fuerte… No sabe de qué se trata.

—¿Y en el Banco?

—¿En la caja del Banco? Sí… queda algo de dinero… Los títulos… ¡Pero no podemos ahora vender esto! Por otra parte, sólo yo puedo sacarlos.

—Ya ves a dónde nos conduce tu desconfianza.

—¡Oh, basta, basta ya! —gritó Guerran—. Después de todo no voy a morirme. Pronto saldré de aquí. Es cuestión de diez días.

—¿Diez días?

—Pues sí, lo ha dicho Géraudin.

—Son muchos días. El peletero ha venido ya dos veces con la factura… Y además, la letra para el automóvil de Charles…

—¡No puedo hacer nada! —exclamó Guerran irritado—. Te suplico que creas que si pudiera echar a correr… ¡Bastante me consumo aquí dentro! Sí, será mejor, hasta la vista. Dame un beso, Micheline…

—No hay pus —dijo Géraudin al día siguiente en el pasillo, después de la cura—. No se presenta síntoma alguno de defensa. Retención de gases. Una postración inquietante. Me estoy preguntando si no debiera volver a intervenir.

En la cama, Guerran, abatido, como atontado, estaba sumido en un sueño constantemente agitado por crueles pesadillas. Aquella noche le tocó velarlo a Fabienne. No durmió un instante. Una exclamación sorda, una invectiva proferida en voz queda o un gemido la tenían continuamente desvelada. Levantábase con frecuencia de la butaca para echar una ojeada a aquel pobre rostro hundido, extraordinariamente lívido, sobre la blancura de la almohada, con la barbilla saliente en la oscura vegetación de una barba de tres días. De cuando en cuando articulaba algunas palabras:

—Ni un céntimo… No tocarás ni una perra chica de su dote. ¿De mí no, Micheline?

—¡Ah, zorra!

La palabra se terminaba en un lamento. Luego volvía a abrir los ojos.

—¡Tengo sed!

Aquella noche dejó a Fabienne extenuada. Hacia las seis las sustituyó otra enfermera. Guerran se despertó lúcido, pero completamente exhausto. Fabienne se fue a descansar un poco. Cuando volvió a bajar se cruzó en el pasillo con Julienne Guerran y su hijo Charles que acababa de llegar.

—¿Cómo ha pasado el enfermo la noche, señorita?

—No muy bien, señora.

—¿Está despierto?

—Sí, señora, hace ya rato que se despertó.

—Lo celebro. Tengo que hablarle seriamente.

—Y yo —terció Charles— quisiera darle cuenta de algunos asuntos…, asuntos urgentes que hay que resolver esta misma semana…

—No se lo aconsejo —dijo Fabienne.

—¿Por qué?

—Está muy débil. Háblenle lo menos posible.

—¡ah! —exclamó Charles decepcionado.

—En este caso, señorita —dijo Julienne—, ¿quiere hablarle usted misma cuando lo juzgue oportuno? Pídale la combinación de la caja fuerte… He probado todas las iniciales de la familia sin conseguir abrirla. Y si usted cree que está en condiciones de escucharla, pregúntele también a qué clientes podría Charles solicitarles fondos, un anticipo… NO se le olvide.

—De acuerdo. Deje usted su cartera en el guardarropa, señor…

No —dijo Charles—. No se sabe nunca… Quizá podría decirle cuatro palabras sobre lo más esencial…

Entraron en la habitación de Guerran. Salieron una hora después, dejando a Guerran extenuado como después de una batalla.

—Señorita —dijo Géraudin furioso a Fabienne—, no salga usted de la habitación cuando esta gente venga a ver al enfermo. Lo van a matar.

—¿Se ha agravado?

—Esta tarde volveré a intervenirlo.

A las tres, en presencia de todos los cirujanos de la clínica, Géraudin volvió a abrir la herida. Al observarla, rosácea, sin pus, sin la menor señal de curación o de defensa, Godefrin, Hoyer y Colligny no pudieron reprimir un gesto de desagrado. Un líquido amarillento, extraño, poco abundante, brotaba lentamente de la herida.

—¡Vaya un zumo asqueroso! —dijo Hoyer.

—Sí —asintió Colligny—, un caldo inmundo.

Con ayuda de una pipeta, Géraudin aspiró un poco de líquido que mandó analizar.

A las cuatro, el laboratorio envió su siniestro oráculo. Un minuto después toda la clínica conocía el veredicto mortal: había estreptococos.

—Todo ha terminado para Guerran —sentenció Hoyer.

—¡Hay que luchar! —respondió Géraudin—. Vacuna antiestreptocócica, transfusión… Nos quedan algunas armas.

—¿Se ha fijado en su aspecto?

—He curado cosas más graves. Mande usted llamar a los donadores de sangre.

Durante el resto de la tarde se administró a Guerran una serie de vacunas, y a la mañana siguiente se le practicó una transfusión de sangre.

Fue el propio Géraudin quien advirtió a Julienne y a Charles al estado de Guerran.

—No debo ocultarles —dijo— que dentro de dos días es posible un desenlace fatal. Como medida prudencia les recomiendo que tomen ustedes sus medidas. Sobre todo no le fatiguen. Permanezcan a su lado lo menos posible. Un par de minutos a lo sumo.

Detrás de ellos hizo entrar a Fabienne:

—Vigílelos. Conozco a la mujer… Quédese con ellos. Le ordeno echarlos fuera sí…

Guerran reconoció aún a su mujer y a su hijo. Y preguntó en voz baja:

—¿Y Micheline?

—Mañana…

—Quiero ver a Micheline —repitió Guerran.

—¿Te encuentras mal?

—Sí.

—¿Deseas algo?

—Ver a Micheline.

—¿Tienes alguna disposición que tomar? ¿No querrás…?

No le pasó inadvertida a Guerran la velada alusión. Volvió a abrir los ojos.

—¿Qué disposiciones?

—Yo no lo sé… Por prudencia… Estarías más tranquilo… tu cuenta corriente… Podrías firmar un talón.

Guerran no contestó. Hubo una pausa. Julienne murmuró al oído de Charles:

—¿Podríamos disponer del dinero si…, en fin, si…?

—No. La cuenta sería bloqueada —dijo Charles.

Una violenta y fugaz expresión de ira se dibujó en el sombrío rostro teñido de ocre de Julianne. Ésta se acercó al moribundo y le dijo encolerizada:

—Es insensato lo que estás haciendo, Olivier. ¿Por qué no podemos hablarte? Suponte que te suceda algo. ¿Qué sería entonces de mí?

—No estoy para estas cosas… —murmuró Olivier Guerran.

—¿Has reflexionado acaso que me dejan sin un céntimo? Sin capital, sin nada, dependiendo de los hijos.

—Te corresponde la mitad de los bienes —objetó Charles.

—Entonces vosotros dos me obligaréis a vender y me echaréis a la calle. Y tendré que depender de vosotros. ¿Me oyes, Olivier? Abre los ojos, escucha. Voy a llamar a un notario. Me hace falta una donación, un testamento, un usufructo, alguna cosa.

Olvidándose de la presencia de Fabienne, en pie junto a la ventana, cogió a su marido por los hombros y lo zarandeó.

—Lo harás ¿verdad?

—¡Déjame en paz! —murmuró el moribundo—. Por favor…

Fabienne se acercó a su lecho.

—Pero, mamá —dijo Charles—, ten en cuenta que un usufructo nos dejaría a nosotros sin nada…

—Usufructo o lo que sea. Tanto me da. Sé que los Heubel han hecho algo parecido a esto…

Sacó un pedazo de papel del bolsillo y leyó con dificultad:

—«En presencia de…» ¿Qué dices a esto, Olivier? Responde de una vez.

Olivier Guerran hizo un gran esfuerzo por levantarse.

—¿Quieres acaso dejarnos sin un céntimo a Micheline y a mí? —protestó charles—. Reflexiona, pared…

—¡Yo no los dejaré sin nada! —gritó Julienne—. Pero tú debes dejarme dueña del dinero, Olivier. Son ellos los que tienen que depender de mí. Llamo al notario, ¿verdad?

—Mañana —murmuró Guerran.

—¿Mañana? Quizá sea demasiado…

—¡Señora! —gritó Fabienne.

—Mañana —repitió Guerran—, de aquí a mañana ya estaré curado. Ese granuja de Rebat no conseguirá matarme. ¿Presidente del Coelgio de Abogados? ¡Jamás! Antes le retorcería el pescuezo.

—¿Qué estás diciendo? —balbució Julienne, aterrada.

—No se levante usted —gritó Fabienne apoyando el dedo en el timbre de llamada—. ¡Señor Guerran!

Y diciendo esto acomodó al enfermo en la cama, llamó de nuevo y cogió a Julienne del brazo.

—Basta ya, señora ¿Ha visto usted? Yo me avergonzaría.

Entraron unas enfermeras. Julienne, presa de ira, no se atrevió a provocar un escándalo y salió con Charles caminando con furiosos pasos.

«Seguramente irá a quejarse a Godefrin», pensó Fabienne.

Pero Julienne Guerran no se quejó a nadie. Cuando volvió, Guerran se hallaba en estado comatoso. Julienne, Micheline y Charles se instalaron a pensión en la clínica. Transfusiones. vacunas. A la tercera transfusión, Guerran, a quien todo el mundo daba por muerto, volvió en sí sin saber aún por qué.

Bañado en su propio sudor, permaneció durante varias semanas en el lecho como una cosa inconsciente y quejumbrosa que gimoteaba, llamaba a Fabienne, pedía que le cambiasen, que le levantasen, que le tapasen las orejas, que le diesen de beber, que le secaran la frente, que lo destaparan, que volvieran a taparle, que le diesen a respirar éter, que abriesen la ventana, que la cerrasen, que volvieran a abrirla, que corrieran las cortinas, que apagaran la luz…

Miserable amasijo de carne doliente y torturada por todos lados. Sin embargo, había sobrevivido a la prueba y podría ya resistir. Géraudin se había ido a Angers. A los ojos de Guerran, Fabienne era la encarnación de un ángel bueno, de la caridad viviente. Jamás se había imaginado hasta qué punto puede uno ser dulce, paciente e indulgente a las exigencias de un ser postrado y dolorido. Avergonzábase a veces de sí mismo cuando por enésima vez tenía necesidad de ella y se sentía obligado a llamarla. Al verla entrar con una sonrisa en los labios, le embargaban de tal modo la emoción y el reconocimiento que sentía humedecérsele los ojos. A decir verdad, Fabienne le había cobrado afecto y lo cuidaba con más solicitud que a cualquier otro, porque en el fondo, y a pesar de todas las apariencias de hombre feliz y poderoso, se le antojaba inmensamente solo y desventurado.

Julienne salió de la clínica con Micheline. Se hospedaba en el hotel «Saint-James» e iba todas las mañanas a visitar a su marido. Charles había regresado a Angers, pero se trasladaba a la capital cada tres días, y solicitaba de su padre aclaraciones e indicaciones sobre los asuntos pendientes. El trabajo del gabinete lo abrumaba. Carecía de experiencia. Sobre todo, no se tenía ya en cuenta la influencia personal de Guerran. No estaba allí para ir al ministerio, solucionar una cuestión de aduanas, o conseguir un arreglo a propósito de una licencia de importación o de una declaración fiscal «errónea», según el eufemismo tradicional.

—Convendría que pudieses hacerte cargo personalmente de las cosas. ¿Cuándo podrás ejercer? He entregado tus conclusiones referentes al divorcio Planquin-Berthiel y Rebat me ha enviado las suyas. Hay también el asunto de las contribuciones. He traído el *dossier*. Ya le echarás una ojeada. Evidentemente, si pudieras pasar por el ministerio, las cosas e arreglarían mejor y más pronto…

Y Julienne rubricaba:

—Y no te olvides del dinero. He encargado ya los vestidos de verano…

Sólo Micheline, inconsciente y despreocupada, consolaba a Guerran. En aquella habitación que albergaba a un enfermo grave, la muchacha se mostraba quizá un poco demasiado alegre y bulliciosa. En su parloteo y en sus risas se manifestaba tímidamente el egoísmo de un ser joven y feliz que nada comprende de cuanto ocurre a su alrededor. Pero Guerran no se daba cuenta de ello.

Un día se presentó con su prometido Robert Bussy. Aunque Guerran estuviera ya fuera de peligro, el hijo del notario debió de afectarse ante la decrepitud de su futuro suegro; pues a partir de entonces se notó un cambio en Micheline. Robert Bussy le había, sin duda, hablado de tomar ciertas precauciones para el caso de una desventura siempre posible… Lo cierto es que también Micheline comenzaba a hablar de dinero y a hacer preguntas:

—¿Y si por desgracia te hubiera sucedido algo, papá? ¿Hubiese podido casarme igualmente? ¿Habrías tomado las medidas concernientes a mi dote? ¿Qué pasaría si tú no estuvieras?

Días había en que, fatigado, abatido, enfermo, Guerran se asustaba al ver entrar a los suyos.

—Señorita Fabienne —suplicaba momentos antes—, no me deje solo mucho tiempo. Vuelva y hágalos marchas… ¡Me impedirán recobrar la salud! Todo lo tendrán si yo vivo, pero si muero, no podrán contar con nada. Al fin y al cabo debieran pensarlo.

Fabienne abreviaba el tiempo de las visitas, y, con el pretexto de cambiar una venda, entraba, disculpándose, en la habitación un cuarto de hora antes de la llegada de Julienne o de Charles.

—Es usted muy buena —decía Guerran—. No he encontrado a nadie como usted, señorita Fabienne.

»La estoy molestando continuamente. Soy fastidioso y exigente. La llamo por cualquier tontería. Y usted nunca se queja. Sin embargo, no puede usted figurarse que estoy diciendo la verdad, que sufro continuamente, que necesito a cada momento que me levanten, que mullan la almohada, que alisen la colcha y que me ayuden una y otra vez a cambiar de postura. Jamás hubiera creído que un operado, un enfermo, se comportara de este modo. Tiene uno una sensibilidad tan exacerbada que nunca hubiese podido imaginármelo. Estoy avergonzado. Usted, sin haberlas sufrido, tiene la intuición de estas cosas…

—Todas las mujeres…

—No. Mi mujer no lo comprende. Y tampoco Micheline. ¿No ha observado usted cómo viene a verme?

—No.

—Se emperejila.

—¡Oh! Si no es más que eso —dijo Fabienne.

—Pues a mí me produce una impresión extraña. Hace ocho días cambió de permanente. ¿La ha visto? ¿No? Sí, sí. Además, el colorete de los labios es demasiado vivo. Y rubia como es, se ha teñido las cejas de negro. Es una tontuela. P ero no me gusta que piense en todas esas cosas mientras yo esté aquí. En cuanto a Julienne, poco me importa, a pesar de que cuando noto su perfume se me revuelve el estómago. Julienne y yo nos conocemos bien y tanto me da que se «maquille» como que no. Pero que lo haga Micheline, le repito que no me gusta…

—Son cosas de la edad, señor Guerran. Además, está usted fuera de peligro. Tras las angustias que usted ha pasado, es natural que su hija se sienta animada.

—Sí, quizá sí… No digo que no. Pero me disgusta. Me he dado cuenta de que cuando uno está enfermo se muestra singularmente susceptible. Usted misma, señorita Fabienne, no se pinta. Y debo creer que también debe de gustarle.

—No por pintarse los labios deja una de ser buena enfermera.

—No estoy muy de acuerdo con lo que usted dice. El sufrimiento exige respeto. Jamás hasta ahora había experimentado esto.

Fabienne se sonrió.

—Le aseguro que mis reflexiones no han llegado nunca tan lejos.

—Lo sé. En usted esto es distinto. Me hubiera gustado tener una hija como usted, señorita Fabienne.

—tiene usted a la mejor de las hijas.

—¡Oh, sí, es vedad! Micheline es buena: mas sólo para la alegría y al dicha. En cambio, para las horas de prueba quisiera tenerla a usted.

Guerran retenía a Fabienne largos ratos hablándole y haciéndola hablar. La muchacha le contaba su experiencia del hospital y de la clínica, cómo había tenido que abandonar sus ilusiones infantiles para abrir los ojos sobre la fealdad de la existencia. Le revelaba sus preocupaciones y alegrías de enfermera y quiénes eran los enfermos que la inquietaban. Sin moverse de la cama, Guerran acabó por conocer a todos sus vecinos, y el caso y el estado de cada uno. Fabienne le solazaba, le distraía y le emocionaba. Figuraba entre aquellos un cocainómano, que había ingresado al mismo tiempo que él para una cura de desintoxicación, cuyas dificultades apasionaban a Guerran como una batalla. Fabienne podía hablar de ello sin reparos, pues los propios Colligny y Hoyer habían referido el caso a Guerran. Éste era, además, harto conocido en París. Tratábase del hijo de Crouan-Marny, el célebre escritor, autor de numerosas obras de índole atrevida, que le habían granjeado gloria y fortuna. Su hijo ingería la droga y se inyectaba. Como esta pasión costaba horriblemente cara al padre, la amante de éste puso término a tal estado de cosas y acabó por convencer a Crouan-Marny de la necesidad de internar al muchacho.

El tratamiento era asaz difícil. Cuando un intoxicado acude por propia iniciativa en demanda de salvación, la curación es posible; pero resulta casi imposible cuando el enfermo ingresa en la clínica

contra su voluntad. Siempre se las arregla para esconder la cocaína. En caso necesario se la traen sus amigos. Fabienne explicó cómo a su llegada se había registrado a Crouan-Marny hijo, de cabeza a pies. S e le desnudó, despojándole de las ropas, los zapatos, la estilográfica y el reloj. Se le examinó hasta la boca y el ano. Incluso se le administró una lavativa para tener la seguridad de que nada se encerraba en los intestinos. Sin embargo, vestido con un pijama proporcionado por la clínica, no habiendo a su alrededor más que libros, lápices, cigarrillos y otras chucherías también pertenecientes a la clínica, Crouan-Marny hijo continuaba ingiriendo la droga. Ejercíase una discreta vigilancia sobre las visitas.

Un enfermero no apartaba al vista de las manos de los visitantes. No obstante, esa francmasonería de los intoxicados profesa una solidaridad demoníaca. Hay que creer que la necesidad que no siente de arrastrar a otro hacia el abismo, iguala en intensidad y nivela en ciertas almas la precisión que tienen otras de hacer partícipes de su ascensión a sus semejantes. Debe de existir en el mundo un apostolado al revés. A pesar de todas las precauciones, Fabienne entraba día por otro a la habitación de Guerran y decía:

—¡Ya está! Ha vuelto a encontrar otro medio para procurarse la droga. Está tumbado en la cama, completamente dormido.

Ese combate para salvar a un hombre contra su voluntad apasionaba a Guerran. Un día en que el desdichado dormía embrutecido por la droga, efectuóse un minucioso registro en la habitación y se encontró finalmente el escondrijo. Descubrióse que Crouan-Marny hijo escondía la cocaína en un tubito de metal herméticamente cerrado que colocaba debajo del agua del sifón del «water». Sin embargo, tres días después Crouan-Marny había vuelto a procurarse la droga. Una vez más se le encontró sumido en una embrutecedora modorra. Praticóse un nuevo registro en la habitación con resultado negativo. Dormido como estaba, se trasladó entonces al muchacho a otra habitación exactamente igual a la suya, situada en el piso superior. Al despertarse se dio cuenta del cambio pero no dijo nada. Aquella lucha se desarrollaba en silencio, en medio de actitudes y palabras corteses. Porque sin duda alguna Crouan-Marny debía esperar otra dosis de estupefacientes que debía proporcionarle alguna enfermera sobornada por él o algún amigo misterioso. Sin embargo, sólo Fabienne tenía derecho en adelante a entrar en el cuarto del muchacho. A partir de aquel día se notó una rápida mejoría. Y en el ánimo del desdichado comenzó poco a poco a disiparse el rencor que había concebido contra Hoyer y Fabienne.

Todo ello interesaba a Guerran y contribuía además a hacer llevaderos los largos días de su convalecencia. No tardó en comenzar a hablar de marcharse. Iban acumulándose los asuntos en su mesa de despacho y el trabajo apremiaba. Habían terminado las vacaciones parlamentarias de Pascua.

—Debería usted tomarse algunos meses de reposo —insistía Fabienne—. Puesto que sale usted para la Saboya, quédese allí hasta fines de otoño…

—Es imposible —decía Guerran—. El trabajo, el dinero, la lucha… Usted no sabe lo que es eso, señorita Fabienne. En primer lugar, allí me aburriría mortalmente. Jamás me han gustado las vacaciones.

—¡Es tan bella la Saboya!

Éste fue con frecuencia el tema de su conversación. Guerran había pasado allí algunas semanas. Fabienne iba todos los años en septiembre.

Recordaba Aix-les-Bains, el Petit—Port, el viejo caserón donde Mariette alquilaba uno de los pisos, el lago bajo el cielo azul de la mañana, las aguas y las brumas azules dispersas en amplias capas flotantes, o los atardeceres otoñales, con los rosáceos reflejos crepusculares sobre el frente de granito del Mont-Revard, las primeras luces de Aix-les-Bains rasgando la sombra violeta, y las nubes blancuzcas descendiendo por el flanco de la montaña hacia el valle.

—Es verdad —dijo Guerran Subyugado—. Es hermoso todo aquello. Nunca lo había visto como usted lo ha descrito. Pues bien, le prometo que procuraré quedarme allí. Gracias a usted, señorita Fabienne. Decididamente, le deberé mi completa resurrección.

Fabienne sonrió y se marchó.

Guerran salió de la clínica a principios de mayo. Acudió una sola vez a la Cámara, pasó cinco día en Angers despachando con Charles y su secretario Legourdan los asuntos más espinosos y urgentes, y una semana después de haber salido de París llegó a Aix-les-Bains con Micheline y Julienne. Instalóse en unas habitaciones del hotel Continental en el que, en honor del poderoso y afortunado hombre político, ondeaba una gran bandera tricolor.

CAPÍTULO IX

Una mañana, se detuvo ante la clínica Epidauria el automóvil de Doutreval. Éste, acompañado por su yerno Ludovic Vallorge, iba a buscar a su hija para pasar unas semanas de vacaciones. Leas acompañaba Regnoult, siempre elegante, con los negros y ensortijados cabellos peinados hacia atrás, y esmeradamente atildado, desde el nudo de la corbata hasta el corte perfecto de las uñas. Doutreval sintió mucho no poder ver a Guerran, que había salido de la clínica ocho días antes. En ocasión de las visitas de Doutreval a Epidauria estableciόse entre el médico y el político una corriente de simpatía. El convaleciente se deshacía en elogios de Fabienne. Y Doutreval comprobaba con satisfacción cómo este comienzo de camaradería le relacionaba con un político influyente que podría serle útil.

En el hospital de Bicetre, donde Doutreval había de hacer una demostración de su método, se encontraron con Groix, «el Cararrajada», con su cabello rubio y su cháchara interminable. Por la tarde, Doutreval y su hija, acompañados de los dos ayudantes, se dirigieron a Angers. Fabienne escuchaba, sin prestar mucha atención, las guasas de Groix y las zalameras frases de Regnoult. Sentíase cansada. Estaba contenta de volver de nuevo a su casa, de poder descansar en Anjou en medio del ambiente familiar.

Doutreval iba con frecuencia a París. Viajaba mucho. Solicitábanle de todas partes, le reclamaban en todas las grandes ciudades de Francia y en las capitales extranjeras. Prodigábase, daba charlas, clases y conferencias y organizaba centros de tratamiento en los hospitales. Se hablaba mucho de él. Había alcanzado algo más que la celebridad. Visitábanle enfermos de los países vecinos. Era el Maestro. En Angers era el hombre del día. Se daba cuenta de ello por la respetuosa actitud y la deferente atención de los estudiantes cada vez más numerosos. El turbador incienso de la gloria ascendente le consolaba de su casa vacía, de la ruptura con su hijo y de se apartamiento de Fabienne que afortunadamente no duraría mucho tiempo. Fabienne estaba dando fin a su período de experiencia, había adquirido el «oficio» deseable y estaba ya en condiciones de ser una auxiliar incomparable. No quedaba más que contar lo más pronto posible con u local y disponer de subvenciones para atender gratuitamente a los indigentes, y poseer en Angers un importante centro de tratamiento donde Doutreval pudiera recibir a los médicos, presentarles a los enfermos y brindarles abundantes estadísticas y una vívida e irresistible documentación. Ese centro era el último peldaño que le quedaba por escalar hacia la cumbre. ¡Un centro de curarización en Angers! De cuando en cuando hablaba con Géraudin de ese sueño maravilloso. No ignoraba las dificultades materiales que se presentarían y el cúmulo de envidias que tendría que disipar o vencer. Géraudin daba su sentimiento.

—Espere a que caiga el ministerio —decía solamente—. Paciencia. Guerran formará sin duda parte del próximo equipo gubernamental. Se va imponiendo. Va ganando posiciones. ¡Es el «técnico de la agricultura»! y una vez Guerran sea ministro, la cuestión está resuelta favorablemente. Le doy mi promesa. Yo me encargaré de ello.

Entretanto, Doutreval confeccionaba el plan de trabajos y viajes para aquel año. A fines de mes, a Holanda. Después de los exámenes universitarios de junio, a Noruega. En octubre, a Alemania. Y cuando se reanudaran los cursos, a Italia. Recibía cartas de invitación de todos los países.

La difusión de su obra presentaba el inconveniente de que le impedía estudiarla a fondo como hubiera querido. El problema ofrecía aún ciertas lagunas. ¿Por qué la acción paralizadora del curare manifestaba una variación tan ostensible cuando se aplicaba a distintos pacientes? Antiguos enfermos,

ya curados, que incluso efectuaban un trabajo ligero, se presentaban de nuevo a Doutreval quejándose de agudos dolores en la espalda que les obligaban a abandonar el trabajo. ¿Por qué? Para descubrirlo hubiera sido necesario mucho tiempo y largas y pacientes investigaciones. Doutreval se entregaba a ello algunos días, pero la preparación de una conferencia o un viaje a Toulouse o a Estrasburgo para demostrar su tesis, atascaban sus esfuerzos dando al traste con las ideas que a la sazón bullían en su mente. Por aquellos días tuvo que enfrentarse con su primer accidente mortal. Pese a ser éste inevitable, no por ello Doutreval dejó de experimentar una penosa impresión. Sucedió en el hospital de Saint-Clément. Groix y Regnault inyectaron el producto convulsivo en las venas de un joven de veintiséis años, tendido, completamente desnudo, sobre la cama; seis centímetros cúbicos exactamente. Después de una espera bastante larga sobrevino una crisis fulminante. El rostro del enfermo cobró una verdusca lividez. Con tanta violencia volvió hacia Doutreval los ojos y la cabeza que pareció habérsele dislocado la nuca. Bajo los efectos del tétanos, con los músculos tensos como una cuerda, el enfermo prorrumpió en un grito horrísono y cayó de espaldas con las piernas levantadas, agitándolas furiosamente, una tras otra, como si pedaleara en el vacío. Sus manos parecían agarrar el aire. Abrió la boca y la cerró con un chasquido brutal, como para hacer saltar los dientes de un estallido. De repente, en medio de un pavoroso esfuerzo de contracción, se produjo algo así como un crujido seco, neto, límpido, el ruido de algo que acaba de quebrarse, en la espina dorsal del loco. El demente soltó un rugido. Los tres hombres se miraron. Terminada la crisis, Doutreval hizo trasladar al paciente, todavía inanimado, al departamento de radiografía. La primera vértebra dorsal aparecía rota, aplastada, completamente triturada bajo la tracción de los poderosos músculos espinales. Debía de haber graves lesiones en la médula espinal, pues el paciente falleció al atardecer del siguiente día.

Durante varios días Doutreval discutió el caso con Regnoult y Groix. Doutreval se pronunciaba por un accidente, una predisposición del paciente a las fracturas a causa de su debilidad y de su desmineralización. En suma, un caso excepcional que no había de tenerse en cuenta. Regnoult abundaba en esta opinión. Groix, en cambio, pretendía supeditar el accidente a una serie de hechos vagamente similares: los dolores en la espina dorsal frecuentemente comprobados en el momento de la crisis, como era el caso de esos enfermos curados que se quejaban luego de agudas molestias en la espalda. Como Groix se mostrase terco, Doutreval se vio obligado a atajar la discusión dando ésta por terminada.

Fabienne se sintió emocionada al ver de nuevo a su Anjou, y en especial los laboratorios de su padre, donde había transcurrido su infancia. Groix y Regnoult seguían allí. Groix, revoltoso, quisquilloso, bromistas, comportándose como un chiquillo a pesar de que no tardaría en ser profesor auxiliar, divertía a Fabienne con su gracejo al referir las más absurdas historias.

En cambio, Regnoult, más serio, más docto, más circunspecto y al mismo tiempo más solícito, hacía objeto a Fabienne de una corte discreta, hablando a veces de su porvenir, de sus proyectos vinculados a los del «patrón» y tratando de que la muchacha se interesara por ellos. No le desagradaba eso a Fabienne. No sentía por Regnoult más que una simpatía de camarada, pero no ignoraba que tal matrimonio no disgustaría a su padre. Tampoco ella, en principio, rechazaba esa posibilidad. Creíase muy razonable, mas, en el fondo, era en realidad muy inexperta en lo concerniente a las cosas del corazón. «Quizá mas adelante», pensó.

Sobre todo, resucitaba para ella la alegría de la vida familiar. Mariette había dispuesto en su casa una habitación para Fabienne. La mansión de Doutreval, sin una mujer, sin alegría, se iba convirtiendo cada vez más en un laboratorio, un centro de trabajo, de recepción y de investigaciones. El propio Doutreval vivía en casa de Mariette, llevándose muy bien con su yerno cuyo carácter flemático y silencioso constituía para él un reposo. Mariette estaba encinta de siete meses. Rebosaba de gozo, hablaba de ello a todo el mundo, y, esperando a una niña, quería un muchacho. Imaginábase rodeada de chiquillos, untando rebanadas de pan con mantequilla, acompañando a la escuela a un batallón turbulento, pletórico de vida, unos rapazuelos de mejillas frescas y sucias donde su apetito de

maternidad encontraba plena satisfacción. Al contacto con su hermana mayor, joven, lozana, alegre, rebosante de salud y de optimismo, Fabienne, un poco triste y abatida por todo cuanto de abominable y monstruoso le había revelado la vida en la clínica Epidauria, se sintió súbitamente rejuvenecida. Volvió a acostumbrarse a las risas, a los ruidosos besos maternales de la mañana y de la noche, y a las romanzas a voz en grito en la escalera por una Mariette llena de polvo, con la cabeza cubierta con una vieja toalla a modo de turbante y yendo a la caza de telarañas:

Si a esto le llaman amar,
pues también yo amo…

Volvió a encontrar los palomos de Mariette, al gallo *Titi*, a las gallinas, a cada una de las cuales se había impuesto un nombre, y a las tórtolas, a las que daba su saliva a beber en la boca. Fabienne se fue con ella por los verdes caminos de Anjou, bordeados de enormes y tupidas malezas. Florecía la amarilla retama de penetrante olor. Los brezos, de rudo y escaso follaje, ofrecían su pobre flor violeta, ligeramente teñida de púrpura.

Y las hermanas volvían a su casa con una abundante y florida cosecha con la que embellecían la espaciosa morada. Por la noche, al volver Doutreval del laboratorio, fatigado, con los ojos enrojecidos tras el esfuerzo prodigado en el microscopio y el ánimo abatido como si regresara de otro mundo, adentrábase en él, sin detenerse a analizarla, la luminosa alegría que esparcían las flores diseminadas por la casa. Y, sin comprender por qué comentaba:

—¡Qué hermosa y agradable es tu casa, Mariette!

Ésta guiñaba el ojo a Fabienne. Doutreval contemplaba entonces a su hija mayor, a su Mariette, que había hecho las veces de madre. Al pasar detrás de ella, se inclinaba hacia su hija, aspiraba la suave fragancia del espliego con que perfumaba la ropa blanca y los cajones y depositaba un beso de gratitud en sus claros y alborotados cabellos. Mariette le rejuvenecía. Una nueva vida alegraría pronto el hogar. Con su talle abultado, con esa promesa de maternidad que llevaba en sí como una buena tierra generosa, despertaba en Doutreval un intenso sentimiento de emoción. Dentro de poco ella sería madre. Y él sentaría en sus rodillas a los hijitos de Mariette. Iba a llenarse el vacío. E puesto del ausente volvería a ser ocupado. Había momentos en que se sentía más joven que el joven matrimonio. Preocupábse de la cuna y del cochecito y efectuaba numerosas compras, apasionándose por ello más que su yerno Ludovic Vallorge a quien tales actividades de Doutreval hacían sonreír.

Esperábase el acontecimiento para mediados del siguiente mes. Van der Blieck, el profesor auxiliar, especialista en obstetricia, tomó a Mariette a su cargo. Todo iría bien. Mariette era sana y robusta. Ninguna herencia sospechosa. Una higiene excelente. Un solo inconveniente: Mariette era un poco estrecha de caderas pero un parto no es ninguna cosa fácil. El caso ideal no existe en Medicina.

Una mañana al llegar Ludovic Vallorge al hospital para prestar su turno de servicio, con sus internos Fleurioux y Cassaing y todos sus estudiantes, vio esperándole en la antesala de su despacho a una mujer con un chiquillo de tres años. Titular de la cátedra de cirugía infantil, Ludovic operaba con gran destreza a los niños. Sin embargo, no le gustaba practicar intervenciones. Poco apto para esas sangrientas actividades, habituado por su larga colaboración con Suraisne, el patrón desaparecido, a los silenciosos y apacibles trabajos del laboratorio, la práctica de la cirugía le era odiosa. No se atrevía a hablar de ello a nadie. Hubiera querido cambiar de puesto. Soñaba con una cátedra de medicina general; pero había que esperar a que se produjera una vacante. El profesor agregado Van der Blieck había finalmente obtenido su cátedra de ginecología, pero quedaba aún un competidor, Huot, que aborrecía también la cirugía y que aspiraba a la misma cátedra con el apetito aguzado por diez años de espera.

Sin contar a Fléiger, que gracias a Géraudin había alcanzado la agregación el año anterior y que también formaba parte de las filas de la próxima promoción. Todo ello era harto delicado.

—Buenos días, doctor —dijo la mujer.

Ludovic se acercó a ella. Lo mismo hicieron algunos estudiantes internos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ludovic.

—Mi chico… Se trata de la ceja.

—Esta buena mujer trabaja toda la semana —explicó un interno—. No tiene tiempo para venir al dispensario. Le hemos dicho que viniera una mañana que no trabajara…

—Y como hoy no trabajo… —concluyó la mujer.

—¿Qué le pasa a ese pequeño? —preguntó Ludovic—. Venga a mi despacho, buena mujer. A ver, enséñame la cara, hijo mío… ¡Ah, sí, ya veo, encima del ojo… un pequeño quiste dermoide al final de la ceja! ¿Lo ven ustedes, señores? Un resto del embrión que subsiste algunas veces. A este propósito se ha pretendido que el cáncer sería precisamente un residuo embrionario que recomenzaría a desarrollarse… En el caso presente, la ablación es muy sencilla: se corta la piel y se diseca la corteza del quiste con una sonda acanalada. Eso es todo. Pues bien, señora, hay que quitarle esto al muchacho. Y lo más pronto posible. Esa verruga en la cara le desmerece mucho.

—No lo quiere, tiene miedo —dijo el interno Fleurieux.

—Ya ve usted que teníamos razón, señora —añadió Cassaing.

—No es que tenga miedo —repuso la mujer—, pero quisiera consultar con mi marido. Que sea él quien diga si lo quiere o no.

Los internos se echaron a reír.

—¡Pero si sólo es cuestión de treinta segundos!

—¡El tiempo de sonarle la nariz!

—Escuche, buena mujer —dijo Vallorge—, vamos a dar una gran sorpresa al padre. Vamos a extirpar esto en un santiamén. Y dentro de un cuarto de hora llevará usted al pequeño a su marido, ya operado y completamente curado. Qué sorpresa, ¿verdad

—¿Usted cree…? —dijo la madre.

—Vamos, vamos, deme usted al niño. Aguarde un par de minutos. El tiempo de contar hasta cien. Fleurioux, Cassaing, pásame compresas, por favor. Dos gotas de cloroformo…

Y diciendo esto se llevó al rapazuelo a la sala contigua, donde practicaba circunstancialmente la cirugía menor.

—¿No será suficiente una anestesia local? —preguntó Fleurioux.

—No ignora usted que con los niños es improcedente. Se mantienen conscientes, tienen miedo…

—Comienzan a chillar —concluyó Cassaing—. Y vosotros, extended el «billar»

Dispuesta la mesa se tendió encima al pequeñuelo. Los estudiantes se colocaron en círculo. Cassaing tomó una compresa y Fleurioux el frasco de cloroformo. El niño con los ojos abiertos, miraba asustado a todo el mundo. Cassaing le aplicó una compresa en la nariz. Fleurioux vertió algunas gotas encima. Ludovic Vallorge se calzó los guantes. A las primeras gotas el niño palideció. Cassaing vio agrandársele las pupilas.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Hizo levantar la compresa. Ludovic se precipitó hacia el niño.

—¡Cielos! ¡Síncope blanco!

El niño era ya cadáver. Síncope blanco clorofórmico.

Cassaing cogió la lengua de la criatura y la estiró. Dos estudiantes levantaron los brazos mientras otros presionaban las cotillas. Fleurioux llenó una jeringa de adrenalina. Vallorge, lívido, bañado en sudor, aturdido, administró una inyección en pleno corazón y vació el contenido de la jeringa, pero no hubo nada que hacer. La muerte había sido instantánea.

Miráronse unos a otros como idiotizados. De pronto se dieron cuenta de que la puerta había quedado abierta. Más allá, la madre que esperaba a su hijo para llevárselo a su padre, que nada sabía y que tan contento se pondría con la sorpresa que iban a darle… De un salto, Fleurioux corrió a cerrar la puerta. Todos hablaban en voz baja, como criminales. Se hallaban bloqueados en aquella pequeña estancia sin otra salida que el despacho donde aguardaba la madre. Nadie, ni siquiera Ludovic, el «patrón», se sentía con ánimos de pasar delante de ella.

A Fleurioux se le ocurrió una idea. Abrió la ventana y musitó:

—¡Por aquí!

Y todos, comentando por Vallorge, saltaron por la ventana abandonando el pequeño cadáver, como unos malhechores después de consumado el delito. Cassaing fue en busca de sor Angélica para que previniera a la madre y saliera del paso como pudiera.

El golpe acabó por aturdir a Vallorge. Sin embargo, no era en modo alguno culpa suya. Semejantes accidentes suelen ocurrirles a los mejores cirujanos. Pero había las circunstancias del drama, esa mujer a quien había cogido bromeando y contra su voluntad a su hijo, que nada había dicho a su marido y que tenía que ir a su casa y comunicar al marido la terrible noticia:

«Nuestro hijo ha muerto…»

Era todo eso lo que trastornaba a Ludovic, sobre todo en vísperas de un nacimiento en su casa, en unos momentos en que todo lo concerniente a la infancia suscitaba en él una sensibilidad particular.

Decidió hablar a su suegro. Le rogó que cuando se presentara la ocasión interviniera cerca de Géraudin para conseguir una cátedra de medicina o de trabajos de laboratorio. Doutreval prometió intentar lo que pudiera. Había, empero, una dificultad. Desde hacía algunos meses Géraudin miraba a Ludovic con ceño adusto. Vallorge había tenido que someterse a una intervención, un sencillo golpe de bisturí para extirpar un pequeño ántrax en el labio superior. No solicitó los servicios de Géraudin porque habían llegado a sus oídos ciertos vagos rumores; señales de decaimiento, dos o tres breves momentos d desfallecimiento, cuidadosamente silenciados, que hubieran podido repetirse mientras operase. Nadie sabía nada, nadie había visto nada, no había en absoluto nada concreto… Pero el inapreciable murmullo, más leve que el soplo que flota a través de los pasillos de la Facultad y del hospital, había puesto en guardia a Vallorge. Había vacilado. Si se hubiese tratado del labio inferior se hubiera confiado a Géraudin; pero con el labio superior nadie sabe lo que puede pasar… El peligro es incomparablemente mayor. Discurre por el labio superior determinada vena respecto a la cual cualquier infección cobra de pronto una extrema gravedad. Vallorge, aconsejado por Groix, el ayudante de Doutreval, se decidió por Heubet. Al parecer ello había molestado mucho a Géraudin. Un paso en falso difícil de reparar.

A fines de aquel mes de mayo, Doutreval hizo una vez más sus preparativos de viaje. Tenía que efectuar una larga jira en Holanda donde había sido invitado. Conferencias en Utrech, Ámsterdam, Rótterdam y La Haya. Decidióse que le acompañaría Ludovic, quien conduciría el coche. Jamás había podido resignarse Doutreval a la pequeña humillación. Por supuesto, Regnoult y Groix irían, como siempre, con el «patrón». Fabienne formaría parte de la comitiva hasta París. Como había de volver a la clínica, Doutreval la dejaría de paso en la capital.

Una vez más, Mariette hizo los equipajes de su marido y de su padre y cerró ella misma las maletas. Vallorge condujo el «Renault» al garaje y encargó un juego de cubiertas nuevo. El 30 de mayo por la mañana, Doutreval dio un último beso a Mariette, en la acera, antes de subir al coche. Ambos estaban un poco emocionados. Era aquél el último viaje de Doutreval antes del gran suceso; el nacimiento.

—Cuídate bien —le dijo—. Ya tienes nuestras señas; el Hotel Regina. Ten cuidado, no salgas, no hagas mucho trajín, no subas y bajes escaleras. Ya sabes que a partir del séptimo mes…

—Sí, sí, no te preocupes —dijo Mariette sonriendo—. Seré razonable y dejaré tranquila las telarañas. No olvides tu cartera negra. En la cajita encontrarás las hojas de afeitar y el jabón… Y en la maletita de piel de cerdo una bujía y cerillas. Sí, sí, puede serte de utilidad. Suponte un apagón de luz en el hotel… Encontrarás, además, un frasco con agua de melisa y tres terrones de azúcar para la digestiones… ¡Siempre te está riendo! Ya lo verías una de esas noches en que no digieras los guisos de la cocina de hotel… Adiós, Fabienne. Pórtate bien y escríbeme mañana… Adiós, papá…

Doutreval volvió a besarla en su fresca mejilla aspirando su suave perfume de espliego, aquella sana fragancia natural que emanaba del cuerpo de su hija.

—¡Adiós, Mariette! —gritó al subir al coche.

A través de la portezuela, Mariette tuvo tiempo todavía de besar a su marido, de enviar con ambas manos besos a todo el mundo, incluso a Groix que le correspondía frenéticamente con ampulosos y melodramáticos ademanes. Había llegado ya el coche al extremo de la calle y Groix seguía dando aún la réplica, con el busto fuera del vehículo, expresando un amor tan delirante que los transeúntes se detenían pasmados mientras Fabienne se desternillaba de risa. Desde hacía algunos días, Groix se había dejado crecer una horrible barba de un rubio pajizo que le prestaba, con sus ojos claros, un aspecto patibulario. «Consecuencia de un voto» decía. En realidad, se trataba de una apuesta con Cassaing. Si Groix dejaba de afeitarse durante seis semanas, Cassaing pagaría un gigantesco *punch* después de los exámenes.

El poderoso «Renault», un «Vivasport», seis cilindros, casi nuevo, marcaba una media de 80 sin la menor dificultad Ludovic era un chofer notable. Sentado al lado de su yerno, Doutreval repasaba en silencio su conferencia. En el asiento posterior, Groix fumaba cigarrillos mientras Regnoult charlaba con Fabienne. Llegaron a París en cuatro horas. Dejaron a Fabienne en la clínica Epidauria. Salieron de París por Villete y Pantin, y tomaron la carretera de Flandes. A Doutreval, que seguía sin decir nada, no le había pasado inadvertida la despedida de Regnoult y Fabienne, el apretón de manos un poco largo, la mirada un poco insistente que habían cambiado, a través de la cual algo debía de haber ocurrido. Se puso a reflexionar en aquel posible matrimonio que eran, en el fondo, sumamente oportuno. Regnoult era un muchacho de valer, inteligente y muy trabajador. Quizá demasiado logrero. Pero ¿quién no lo es? Permanecería al lado de Doutreval y continuaría su colaboración con él. A Doutreval le interesaba esta ayuda. En el fondo, sin atreverse a confesárselo, quizá hubiera preferido por yerno al «Cararrajada» Groix. El carácter abierto, franco, un poco brutal a veces pero alegre y leal de su ayudante, le inspiraba más confianza que la deferencia un poco fría de Regnoult. Con todo, no era Groix ciertamente manejable. Muy a menudo se le desataban los nervios. Justamente el día antes, a propósito de un enfermo, había impugnado con dureza la tesis de Doutreval. Éste se vio obligado a alzar el tono de voz y hacer valer el peso de su autoridad profesional. De todos modos, Groix no era hombre ambicioso. Por cualquier cosa, por una gestión a hacer que le molestara, por una petición, por un trabajo que no le viniera en gana, por una humillación que no estaba dispuesto a sufrir, era capaz de mandarlo todo a paseo y establecerse como médico en un villorrio cualquiera. Era demasiado rígido de espaldas para triunfar. Pero como esas cosas no pueden imponerse, era evidente que las preferencias de Fabienne eran para Regnoult.

Almorzaron en Senlis. Naturalmente, hablaron del viaje a Holanda, de los casos a exponer y de los resultados a mostrar. En esto surgió un pequeño incidente que demostró a Doutreval la justeza de sus recientes reflexiones. Al extenderse éste en comentarios refutando las críticas que recusaban su sistema, Groix trajo a colación el reciente accidente de Saint-Clément, ese espinazo completamente roto en un espasmo, con la muerte subsiguiente.

—¿Quiere usted hablar de ello, señor? —preguntó.

—No lo estimo necesario —respondió Doutreval.

—Pues no sería inútil a mi parecer. Con ésta, existen otras señales análogas. Hay ahí una sombra, un aspecto negativo que a mi juicio no es posible pasar en silencio.

Discutieron una vez más. Para Regnoult, Doutreval y Vallorge el caso no suscitaba ninguna dificultad y no había que hablar de ello. Únicamente Groix porfiaba en el sentido de que la probidad científica exigía una exposición completa del caso, admitiendo todos los elementos desfavorables que éste suscitara. Obstinábase de tal modo y aducía tan excelentes razones que Doutreval tuvo finalmente que imponerle silencio, recordándole ciertos errores que había cometido en el laboratorio a la mañana siguiente de un banquete, un análisis equivocado que Doutreval pudo corregir a tiempo. Groix, humillado, no dijo nada más.

Rodaron toda la tarde, y, después de haber franqueado el ancho Escalda por bajo el inmenso túnel nuevo recién inaugurado, atravesaron Lille, Gante y Amberes. Llegaron a la frontera holandesa ya entrada la noche. Pernoctaron en un hotelito, recién enjabelgado, adornado con geranios, donde Doutreval cambió el dinero francés por quinientos florines. Al día siguiente por la tarde, tras prolongada espera a la orilla de los innumerables brazos del Rhin y de pasos de una isla a otra, los cuatro médicos se fueron acercando a Ámsterdam. Esos viajes a través de las recortadas tierras por donde discurre el Rhin son desmedidamente lentos. Hay que armarse de paciencia. Aunque después el potente «Vivasport» rugiera y brincara sobre el firme alquitranado de las sinuosas y llanas carreteras, el tiempo perdido no volvía a recobrarse.

En la habitación del hotel, Doutreval apenas tuvo tiempo de cambiarse el cuello y los zapatos. Inmediatamente después de su llegada presentóse una comisión oficial que se lo llevó en automóvil.

La primera noche fue consagrada a las recepciones oficiales. El banquete que siguió a las mismas terminó tarde. Doutreval quiso regresar a pie al hotel, con sus ayudantes y su yerno. En la noche serena, bajo la luz de las estrellas, veíanse las anchas avenidas de Ámsterdam, bordeadas de altos inmuebles, de quintas y de hotelitos a la americana. De repente, uno se encontraba ante un vasto espejo de agua negra, uno de esos numerosos canales que hacen de Ámsterdam una Venecia nórdica. El agua quieta y sombría reflejaba la luz de las lámparas eléctricas. Los altos tilos se estremecían suavemente al soplo del viento salino que venía del Zuiderzee. Viejas fachadas esculpidas erigían, sobre el estrellado fondo celeste, siluetas de estatuas, de genios y de victorias aladas, semejantes a mascarones de proa. A ras de agua dormitaban ventrudas barcas, chalanas, largas y achatadas pinazas guiñando el ojo de una lucecita encarnada detrás del ventanillo de la cabina. Por encima de los techos, la claridad de la ciudad se remontaba como una aurora. Doutreval respiraba una paz silenciosa, cambiaba dos palabras con Regnoult y Ludovic y se sentía contento. Todo marchaba bien. Era para él uno de esos raros y breves instantes de la existencia en que uno se atreve a decirse: «¡Soy feliz!». Dos palabras que el hombre no se atreve casi nunca a pronunciar, de tal modo evocan un frágil e inestable equilibrio, un triunfo efímero y momentáneo… Pero, inmediatamente, el doloroso recuerdo de su hija se interpuso en aquella quietud. Doutreval lo aventó al instante. Detrás iba Groix silbando y refunfuñando.

Dejando atrás el barrio tranquilo se adentraron en el corazón de la ciudad. La transición fue brusca, encontráronse de pronto sumergidos en una atmósfera de luz y de vida, flanqueados por escaparates deslumbrantes y anuncios luminosos, caminando por calles estrechas y aprisionadas por altos edificios, tumultuosas, desbordantes de animación y alegría, bañadas por la brutal y artificial claridad de las luces eléctricas. Era muy tarde y uno se hubiera creído en pleno día. Los cuatro médicos llegaron finalmente al hotel y entraron en él casi a regañadientes.

La conferencia y las visitas a los hospitales les ocuparon por entero el día siguiente. Regnoult escribió apresuradamente algunas cartas a Mariette y Fabienne. Sólo al segundo día, hacia las cinco de la tarde, después de una laboriosa visita a los hospitales situados en los arrabales, Doutreval y Ludovic tuvieron libre el resto de la jornada.

—Vamos a aprovechar esa oportunidad —dijo Doutreval cuando estuvieron de regreso en el hotel—. Ludovic, ve abajo a la administración y pregunta a la señorita de la central telefónica cuánto tiempo tardaría en darnos comunicación con Angers. ¡Qué sorpresa tendría Mariette!

—¡Esa es una idea excelente! —dijo Ludovic—. Voy en seguida.

Dos minutos después sonó el teléfono en la habitación de Doutreval. Éste descolgó el auricular colocado en la mesita de noche. Era Ludovic.

—Diga. Sí, soy yo. Tarifa de noche. Nos darían la comunicación a mitad de precio y con relativa rapidez. A las diez, poco más o menos. Mariette no estará aún acostada. Cinco «gulden» y medio… ¿Qué es un «gulden»?

—Un florín —explicó Doutreval—. Costará unos cincuenta francos. Pide en seguida comunicación con Angers, Ludovic. ¡Qué contentos se pondrán!

—¡Por supuesto! —dijo Ludovic.

Y colgó el auricular.

Mientras esperaban las nueve, dieron una vuelta por la ciudad con Regnoult y Groix. Compraron esos enormes cigarros que se venden en Holanda, unos cigarros gigantescos que miden cincuenta centímetros y mucho más gruesos que un mango de escoba. Reposando, solitarios, una larga caja de *ocumé* semejan momias preciosas y perfumadas en el fondo de un sarcófago. Para obsequiar a su mujer, Ludovic escogió un encaje para almohadón. Doutreval compró para Fabienne un monstruo de ébano de Borneo, un gnomo patizambo, profusamente esculpido, con una pesada campana de bronce en la que serpenteaban alados dragones. Para Mariette, adquirió una barrita de oro, trabajada como suelen hacerlo en los Países Bajos, con hilos de oro entrelazados y en el centro un brillante de un quilate y medio.

«Será mi regalo de padrino» pensó contento.

En cuanto a Groix y Regnoult, coleccionan todos los arquetipos de confitería, bombones, dulces y pasteles raros con los que coger, al decir de Groix, una indigestión de «color local». De los amplios y deslumbrantes escaparates desbordaba una magnificencia de vituallas, joyas, sedas, especias, alfombras, frutas exóticas, objetos de plata y perfumes. Las tiendas aparecían exornadas con mármoles, hierro forjado y maderas de las colonias. Una muchedumbre alegre, feliz, discurría por las angostas calles por donde los automóviles no podían circular y llenaban la calzada, de negro y suave macadam, en medio de un runrún de fiesta perpetua continuada todos los días. Los cuatro médicos se cruzaban con jóvenes vestidos con calzón corto que mostraban las piernas peludas y desnudas, practicando turismo pedestre: muchachas rubias y robustas, con falda corta, un grueso jersey de ciclista, calzadas con gruesas botas claveteadas y una mochila sobre las anchas espaldas. O mujeres que seguían vistiendo el atuendo tradicional, la falda ancha y holgada, los blancos zuecos de madera de sauce, los cabellos peinados hacia arriba y anchas placas de oro a ambos lados de la frente.

De aquel pueblo sano, de mejillas rosadas, que se había desarrollado mecido por el soplo de la mar, emanaba una impresión de vigor de juventud y de salud.

A las ocho y media, Doutreval estaba ya en el hotel. Los cuatro se sentaron a la mesa con el propósito de cenar rápidamente antes de que sonara el teléfono. En aquel momento, uno de los empleados de la administración, que chapurreaba el francés, se acercó a Ludovic:

—El teléfono, señor… Francia… preguntan por usted…

—¿Ya?

—Ve a ver, Ludovic. En seguida iré —dijo Doutreval terminando de comer el potaje.

Ludovic Vallorge dejó la servilleta sobre la silla y salió.

—¿Angers? —preguntó a la señorita de la centralita.

—*Perhaps* (tal vez) —dijo la muchacha empelando el solo idioma extranjero que conocía—. *It comes from France* (llaman de Francia). Aquí, Ámsterdam. «Hotel Regina»… Sí, sí, Menheer Vallorge…

Volvióse hacia Ludovic.

—*A call from France, Sir. Will you go to the number seven, please?* [1]

[1] Llaman de Francia, señor. ¿Quiere usted ir a la cabina número siete?

Ludovic entró en la cabina número siete.

—¿Es el profesor Vallorge? —dijo una voz lejana, muy lejana aunque clara.

—Sí. ¿Eres tú, Mariette? ¡Mariette!

—No —repuso la voz—. Discúlpame. Soy Van der Blieck.

—¿Van der Blieck?

—He creído conveniente llamarte; perdona…

—Soy yo quien ha llamado…

—¡Ah! ¡qué coincidencia…! nuestras llamadas se habrán cruzado. Es curioso. Las cosas se han precipitado, amigo mío…

—¿Mi mujer?

—sí, no te preocupes, todo marcha bien… Todo marcha bien.

—¡Ah! —exclamó Ludovic aliviado.

—He sido requerido esta mañana para ir a tu casa. Tu mujer ha debido de fatigarse. A mi juicio, los dolores se han presentado un poco prematuramente…

—De todos modos, entrábamos en el noveno mes —dijo Ludovic para tranquilizarse.

—Sí, sí, no hay motivo para inquietarse. El único inconveniente es que no salimos adelante. El paso es realmente muy estrecho. Hasta el punto de que quisiera conocer la opinión de Huot. Haremos todo lo posible. Sin embargo, si dentro de algunas horas no avanzamos nada, a mi parecer, deberíamos…

—¿Una cesárea?

—No hay motivo para asustarse, amigo mío. Sería lo más procedente.

De pronto, Ludovic sintió su frente bañada en sudor. Y repitió en voz alta:

—Claro… Claro… La cosa no tiene nada de particular.

Trataba de recordar las innumerables operaciones cesáreas a las que siendo estudiante había asistido, aquellas intervenciones casi cotidianas, aquellas mujeres a quienes Géraudin abría el vientre, sacaba la criatura, ingresaban en el hospital y salían tres semanas después sin que nadie se acordara de ellas.

Una cesárea, un incidente sin importancia… No porque en este caso se tratara de Mariette y de él había que ver las cosas de otro modo…

—Pues bien —dijo—, ponte de acuerdo con Huot. Y, si es necesario, adelante. Confío en ti, Van der Blieck.

Le temblaba ligeramente la voz. Por primera vez en su vida se daba cuenta de lo solemne y terrible que es entregar a un hombre la vida del ser amado.

—Gracias —respondió la voz desde el fondo del auricular—. ¿A quién escoges?

—¿A quién?

—Sí, para operar. ¿Heubel o Géraudin? Hay otros…

—No sé… no sé… —murmuró Ludovic.

—A ti te toca indicarme el cirujano, amigo mío.

—Pues…

—¿Qué piensa de esto tu suegro?

—No está aquí. Aún no sabe nada…

—Pregúntale su parecer. Su opinión es valiosa.

—Es verdad.

—¿Hablan? —terció una voz.

—Sí, señorita. Por favor, hace sólo tres minutos que hablamos.

—Escucha, Vallorge. Reflexiona y vuelve a llamarme a medianoche. Dime entonces sobre quién ha recaído tu elección. Entretanto, yo me informaré acerca de quién está libre. Quizá de aquí a medianoche ya estará todo terminado. Casi estoy seguro de ello. Quería solamente prevenirte, y, en caso necesario, compartir la responsabilidad. De todos modos tengo absoluta confianza… Huot y yo saldremos perfectamente del paso.

—Los hierros…

—Claro, los fórceps… También algunas inyecciones… No te preocupes. Quizá no haya necesidad de ello… sólo he querido anticiparme y advertirte con tiempo. Vuelve a llamar a medianoche.

—¿Hablan?

—Sí, por dios. Déjenos en paz, señorita. Llámame a medianoche y creo que tendré el placer de anunciarte un robusto muchachote. Hasta pronto.

Ludovic Vallorge, un poco pálido, volvió al comedor. En el vestíbulo, se cruzó con Doutreval.

—¿Has colgado? ¿Has hablado?

—No era Mariette.

—¿No has telefoneado a Angers?

—Sí, pero no con Mariette. Era Van der Blieck.

A su vez, Doutreval palideció ligeramente.

—¿No marcha bien?

—Sí. Pero esta mañana le acometieron los primeros dolores… Quizá un poco prematuros…

—¡Demonios de chica! —exclamó Doutreval—. Se habrá fatigado con su sempiterno afán de limpieza. No habrá escatimado esfuerzos… ¿Cómo sigue?

—Todo marcha bien. Pero a Van der Blieck le gustaría conocer la opinión de Huot.

—¡Que recabe la ayuda de toda la Facultad si es necesario!

—Así se lo he dicho: pero estima conveniente saber el parecer de un colega para el caso que fuera necesaria una cesárea.

—¡Ah ¿Ha hablado de cesárea?

—Ha dicho que no estaba seguro de salir del paso sin esto.

—¡Es desagradable! —murmuró Doutreval—. Sí… Sería muy desagradable.

—No es aún cosa cierta.

—Por supuesto que no. Te lo habría dicho.

—No hay más que esperar… Te aseguro, papá, que Van der Blieck parece optimista.

—Mariette es robusta… Soportará el golpe muy bien… De todos modos, se trata de una intervención importante —reflexionó Doutreval en voz alta—. En fin, no es cosa para morirse. Sin embargo, ¡cuán semejantes somos los médicos a los demás cuando se trata de seres a los que uno ama! ¡Jamás me hubiera imaginado ser tan débil!

Sentóse en una banqueta. Reflejábase en su semblante una honda preocupación. Regnoult y Groix, inquietos por la prolongada ausencia del profesor, fueron a buscarle. Ludovic les dio cuenta de la noticia.

—¡Bah! —exclamó Regnoult—. Más de un centenar de cesáreas he presenciado en el hospital de «L'Egalité» sin que ocurriera el menor percance, nada en absoluto.

—En el fondo —corroboró Groix—, es un parto un poco más laborioso que el normal. Ningún sufrimiento. He conocido a muchas mujeres que prefieren la cesárea a un parto normal.

—Exacto —asintió Doutreval—. De todos modos, todo esto son puras cábalas porque nada hay seguro todavía.

Volvieron los cuatro a sentarse a la mesa. Groix y Regnoult comieron con buen apetito una tortilla con puntas de espárragos. Ludovic y Doutreval apenas probaron bocado.

—¿A qué cirujano escogeremos? —preguntó Ludovic.

—¿Qué cirujano?

—Sí. En el caso de que…

Groix quedó con el tenedor levantado, tirando de los cortos pelos de su horrible barba.

—No lo sé —dijo Doutreval—. No lo sé…

Ambos se miraron. Groix no les quitaba la vista de encima mientras seguía sobándose la barba. Regnoult estaba terminando la tortilla que babeaba en el plato una espuma de color anaranjado.

—Y tú, Ludovic, ¿a quién escogerías? —preguntó Doutreval.

—¿Yo?

—Vamos —dijo Doutreval—, está… en primer lugar Heubel.

—Sí.

—Y Flégier…

—Y Géraudin —concluyó Groix.

Regnoult terminó de comer la tortilla. Y mientras un silencioso camarero levantaba la mesa, se puso a escuchar con su apacible continente.

—Pues yo —dijo Groix—, si estuviera en juego mi pellejo lo confiaría en Flégier.

—Flégier no es titular —objetó Regnoult.

—Me importa un bledo —dijo Groix.

—Es posible. Pero, a pesar de todo, un título cuenta. Además, hay que tener en cuenta las consecuencias.

—Es difícil, Groix, infligir semejante afrente a mis dos mejores colegas —aprobó Doutreval—. Preferir antes que a Géraudin y Heubel a «un joven» que sigue todavía bajo su vigilancia y que está aún lejos de poseer la autoridad de aquellos… ¡Vamos, hombre!

—Evidentemente —asintió Ludovic.

Groix hizo un gesto como si quisiera decir: «en este aso me lavo las manos». Mientras esperaba el queso, encendió un cigarrillo, y despreocupado, escuchó en silencio.

—¿Pues, quién? —repitió Doutreval.

—Podemos escoger entre Heubel y Géraudin —dijo Ludovic—. Tanto monta…

—Escoge tú mismo, Ludovic.

—No, papá, no me atrevería. Hazlo tú. Yo no me atrevo. Te dejo en libertad.

Sirvieron un surtido de quesos. Regnault y Groix seleccionaron entre los de Gruyere, de crema, de Holanda, fresco y seco, de Gouda y Roquefort. Doutreval y Ludovic, harto preocupados, dejaron que el camarero depositara en el plato una rodaja de no sabían qué.

Hubo un silencio. Luego Doutreval se volvió hacia Regnoult y Groix.

—Groix, Regnoult, veamos —dijo—. ¿A quién escogerían ustedes entre Heubel y Géraudin?

—¡A Heubel! —dijo Groix.

—A Géraudin —afirmó Regnoult.

—Géraudin ya cocea —sentenció Groix brutamente.

—¡Por Dios! —exclamó Regnoult.

—Sé lo que digo. Han ocurrido pequeños incidentes.

—¿Acaso Géraudin no ha realizado un verdadero prodigio salvando a Guerran?

—es verdad —dijo Ludovic.

—Es verdad —repitió Groix.

—Además —insistió Regnoult—, no se me ocurre pensar que pueda usted hacer objeto de semejante desaire a Géraudin, que está dispuesto a todo por nosotros. Se trata del Centro ¡qué diablos! Gracias a la influencia de Guerran, Géraudin puede hacer lo que le venga en gana. Te digo que estás disparatando, Groix. ¡Mira que discutir a estas alturas el genio operatorio de un Géraudin!

En el espacio de tiempo de un relámpago, Ludovic pensó en esa cátedra de Medicina general con que soñaba y que Géraudin podía proporcionarle… Con gesto maquinal se llevó la mano a la cicatriz del ántrax, sobre el labio superior. Fue Heubel quien le operó… Géraudin se había sentido molesto… Doutreval, que estaba mirando a su yerno, observó el inconsciente ademán. Sus miradas se cruzaron y ambos experimentaron una breve turbación.

—Elige tú, papá —murmuró nuevamente Ludovic.

Doutreval miró uno tras otro a los dos asistentes.

—¡Heubel! —dijo Groix.

«Sí —pensó Doutreval—. Pero tú no has olvidado todavía la disputa del otro día y estás molesto por la pequeña afrenta que te infligí… Serías capaz de jugarme una mala partida».

—Géraudin. No faltaba más —exclamó Regnoult.

«Y en cuanto a ti —pensó Doutreval— sólo ves una cosa: tu porvenir, el dispensario, el politiqueo de la Facultad… No disgustar ni lastimar a nadie, maniobrar, andar con rodeos. ¿A quién creer? ¿A quién creer de vosotros dos? ¿Cuál de los dos es sincero?»

Levantóse bruscamente.

—Baja a la centralilla, Ludovic. Pide en seguida conferencia con Angers. Nos la darán a medianoche. Entretanto, reflexionaremos y decidiremos.

—No hay que exagerar las cosas —opinó Groix—. Hay médicos de pueblo que practican la cesárea sobre una mesa de cocina, a la luz de una vela… En el fondo, no es ningún caso grave.

—Exacto —dijo Doutreval.

Las palabras de Groix le consolaron y situaron las cosas en sus exactas proporciones. En suma, una cesárea no es ninguna cosa terrible…

—Yo siempre he tenido confianza —dijo Ludovic—. No hay nada cierto todavía. Van der Blieck se mostraba optimista. Quizá nos anunciará un nacimiento.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

Doutreval sonrió tranquilamente. Vació el vaso de vino blanco y subió a la habitación.

Todo el tiempo estuvo preocupado. Sentado en una butaca, junto a la ventana abierta, escuchando el alegre rumor de la ciudad nocturna, sus pensamientos volaban hacia Mariette que debía de estar padeciendo sola en Angers, a mil kilómetros de distancia. Su corazón de padre sangraba. Por un momento se le ocurrió la idea de llamar a Vallorge, subir en el «Vivasport» y rodar de noche hacia Francia. Pero no era posible. Le esperaban en Holanda el trabajo, las conferencias, las discusiones… Su hija tenía que franquear sola el doloroso paso. Entró Vallorge, y ambos, frente a frente, trataron de leer un *Candide* y alguna otra novela francesa que había encontrado Vallorge; pero no lograron fijar su atención. ¿Qué iba a decirles dentro de poco Van der Blieck?

A las once y media llamaron a la puerta. Era Regnoult y Groix que regresaban de dar una vuelta por la ciudad. Regnoult contó la aventura acaecida a Groix. La horrible barba de Groix suscitaba a través de Ámsterdam un legítimo pavor. Hasta el punto de que un mocetón holandés, al verle hacer acercarse con aquella hirsuta barba, evocó inmediatamente el glorioso recuerdo del asesino incendiario de mujeres llamándole en tono de guasa:

—¡Landrú!

Groix replicó asestando al hombre un puñetazo en un ojo dejándole tendido. Ambos tuvieron que escabullirse a escape pues los compañeros de la víctima y los policías se precipitaron hacia el lugar del hecho. Doutreval y Vallorge, olvidándose por un momento de sus preocupaciones, sonrieron. En aquel instante, se oyó el timbre del teléfono.

—Es Angers —dijo Regnoult, cogiendo el auricular.

Doutreval y Vallorge bajaron los escalones de cuatro en cuatro sin esperar el ascensor. En la centralita, la telefonista les indicó la cabina número tres. Padre y yerno se precipitaron hacia ella.

—¡Diga!

—Aquí Van der Blieck… Hout está aquí, profesor… Hemos luchado de firme… No hay nada que hacer… La parturienta se fatiga… os dos estamos de acuerdo en que sería mucho más sencillo, más rápido y menos agotador para la señora Vallorge poner a ésta en manos del cirujano.

Doutreval miró a Vallorge que había cogido otro auricular. Vallorge hizo un movimiento con la mano como queriendo decir: «¡Sea!».

—Huot está aquí conmigo ¿Quiere hablar con él?

—Tiene algo más que decir? ¿Alguna explicación que dar? Me refiero a Huot, claro.

Celebróse al otro extremo del hilo, en Francia, un breve conciliábulo. Y después:

—No… Nada tiene que añadir a lo que yo he dicho —prosiguió la voz de Van der Blieck.

—Entonces, adelante —dijo Doutreval.

—¿A quién ha elegido usted?

—Pues yo… ¡Ludovic!

Vallorge hizo un gesto.

—¡Heubel! —gritó Doutreval casi a pesar suyo—. ¡No! ¡No! Géraudin. Quiero que la intervenga Géraudin.

—¿Géraudin? De acuerdo. Regresó anoche. De acuerdo. Ya le tendremos al corriente. Confíe en nosotros.

—¡Gracias!

—No se desanime, profesor. Todo saldrá bien. Pronto recibirá usted noticias. No tema usted nada!

Al rayar el alba, la ambulancia del hospital de «L'Egalité» se detuvo frene a la casa de Vallorge. Louis, el chofer de Géraudin, acompañaba a los enfermeros. Depositaron cuidadosamente a Mariette en una camilla, la bajaron y la instalaron en la ambulancia. El automóvil se dirigió lentamente a la clínica Géraudin. Extenuados, manchados de sangre, Huot y Van der Blieck se lavaron las manos, se asearon un poco e ingirieron una taza de café caliente. Luego, en el «Citroën» de Huot, se dirigieron a la clínica. Huot hizo marchar el coche a toda velocidad.

En la esquina de la avenida había un cafetucho. Segundos antes de pasar el «Citroën», se abrió la puerta de un establecimiento. Un hombre salió de la taberna con la cabeza baja y borracho como una cuba. Se encaminó hacia la calzada. Y justamente en el instante en que el coche hacía un viraje rápido doblando la avenida, el hombre atravesó la calzada, y con la cabeza inclinada hacia delante, se lanzó contra el «capot» como un nadador que se sumergiera en el agua. Se produjo un choque sordo, el ruido opaco de un cráneo contra un poste de hierro. El hombre rodó por el suelo.

Huot dio tal frenazo que Van der Blieck salió disparado del asiento hacia adelante. Dio de cabeza con el parabrisas. Se desplomó, echando sangre, en el fondo del vehículo.

—¡Cielos! —exclamó Huot saltando del coche y precipitándose hacia el café en busca de socorro.

Algunos transeúntes corrieron a levantar al beodo. El hombre tenía el cráneo destrozado. Partículas de cerebro habían quedado adheridas al radiador. Otros paseantes consiguieron, tras grandes esfuerzos, sacar del coche a Van der Blieck, que había perdido el sentido y presentaba una profunda herida desde la frente hasta el labio superior. Acudieron unos agentes. Mientras prodigaba los primeros cuidados a Van der Blieck, que había vuelto a abrir los ojos, Huot suplicó a aquellos que telefonearan a «L'Egalité» y a casa de Géraudin.

Como Regnoult y Groix lo habían dicho, no hay operación menos peligrosa y menos sangrienta que una cesárea. Muchas operadas la prefieren a un parto. Gracias a la anestesia es, con mucho, menos dolorosa. Y la convalecencia, rápida. No pocas mujeres, por medio de la cesárea, ponen hijos al mundo sin el menor temor.

Además, Mariette poseía una salud perfecta y un corazón robusto. Todo marcharía bien.

Sin embargo, Géraudin estaba preocupado. Había regresado la víspera con Valérie. Había querido hacer el peregrinaje a Lisieux adonde condujo a Henri, su hijo idiota, con la esperanza de un milagro, de una curación repentina. Con aquel monstruo en el coche, el viaje había sido horrible. Luego tuvieron que conducir nuevamente a Henri a La Baule. Habían regresado cansados. En la clínica esperaban a Géraudin dos casos de urgencia: una fractura de la pelvis y una caja torácica aplastada a causa de la caída de una banasta llena de carbón al fondo de una gabarra. Las dos intervenciones fueron muy laboriosas. Luego, la señora Claim, la jefa de las enfermeras, retuvo largo tiempo a Géraudin para

quejarse de la señora Géraudin, que antes de marcharse había cogido el dinero de la caja y algunas facturas al cobro. Ello dio lugar por la noche a una escena infernal entre Géraudin y su mujer. Se acostaron muy tarde. Géraudin, sobreexcitado, no pudo conciliar el sueño. Desde medianoche esperaba a cada instante la llamada telefónica, la demanda de socorro de Van der Bliek que le había advertido de antemano. Sobrevino la llamada. Al llegar a la clínica, Géraudin o encontró todo en desorden,. La sala de operaciones conservaba todavía la huella de los trabajos de la víspera. Mientras gritaba y hostigaba a la señora Claim, llegaron a un tiempo la ambulancia y la noticia del accidente ocurrido a Huot y Van der Blieck.

—Se presenta todo a las mil maravillas —dijo Géraudin—. Buen comienzo, a fe mía.

Afortunadamente, se presentó una ayuda inesperada. Advertida por Huot, sor Angélica, teniendo en cuenta lo intempestivo de la hora, se personó en la clínica y ofreció sus servicios.

—Es usted muy amable, hermana —dijo Géraudin, contento—. Me ayudará usted, con la señora Claim y Louis. Vaya usted a ver. Me parece que llegan en el ascensor con la señora Vallorge.

Penetró en el quirófano, cuyas paredes estaban recubiertas de azulejos hasta el techo inundado de una claridad azulada. Bajo la luz cenital del enorme faro suspendido en el techo, que arrojaba una luz violenta sin sombra ninguna, la atmósfera de la sala era por contraste extrañamente fría. La mesa de operación, blanca y desnuda, con sus pedales, sus estribos y sus correas, semejante a un aparato de complicados suplicios, esperaba ser ocupada.

La señora Claim, sor Angélica y Rose—Marie, la joven enfermera, llegaron con Mariette tendida en una camilla con ruedas. Estaba lívida, con los ojos cerrados, los cabellos en desorden y las facciones afiladas a causa de veinticuatro horas de sufrimientos.

—¡Ánimo, mi pequeña Mariette! —dijo Géraudin—. Dentro de unos instantes estará todo terminado y ya no padecerá usted más. No tenga miedo. Pronto se sentirá usted aliviada.

—Vaya usted aprisa, doctor —murmuró Mariette.

Géraudin y sor Angélica se lavaban las manos con alcohol en sendas jofainas. Sobre la mesa cubierta de cristal, la señora Claim preparaba el instrumental necesario. Géraudin, con las manos ya desinfectadas, cogió delicadamente la bata blanca. Así esterilizado y aseptizado, se convirtió en un ser casi sagrado, como el sacerdote de una especie de religión que nada manchado podía tocar y a quien sólo manos puras podía acercarse. Presentó la bata a sor Angélica. Ésta la cogió con las dos manos a la altura de los hombros y ayudó al doctor a ponérsela, teniendo cuidado de no tocarle y ni siquiera rozarle. Luego anudó a su espalda los cordones de la blusa. Cogió después el gorro blanco, lo colocó en la cabeza del «patrón» y lo estiró hacia abajo cubriéndole los cabellos hasta la frene. Géraudin se calzó unas grandes botas de inmaculada blancura. El mismo cogió la mascarilla, esa especie de babero, y se la aplicó al rostro resguardándose la boca y la nariz hasta la altura de los ojos. Sólo se veía su mirada gris, sus ojos grandes y vivos, lentamente teñidos en sangre y surcados por hilillos rojos. Sor Angélica cogió por detrás los dos cordones de la mascarilla y los anudó en la nuca. La señora Claim le presentó una caja de níquel rectangular en el fondo de la cual había unos finísimos guantes de caucho. Géraudin los cogió sin tocar los dedos y se os calzó. Los preparativos estaban ya ultimados. Géraudin estaba listo, armado, acorazado de cosas puras y blancas, de la cabeza a los pies, con las manos enguantadas de negro y que parecían enormes…por entre la blancura del gorro y de la mascarilla brillaban sus ojos aquel atuendo fantasmal, la luz azulada y espectral que inundaba la estancia, dando a los rostros de las enfermeras y de Louis un tinte lívido y sombrío, la fría brillantez de los objetos de níquel y la luz, de una violenta blancura, bañando el cuero desnudo de aquella mujer tendida sobre la mesa, cobraron una apariencia irreal y fantástica, algo así como una escena de la Inquisición.

Géraudin se acercó a la mesita de cristal. La señora Claim abrió las cajas de níquel, empuñando el asa colocada en el centro de la tapadera, y las presentó al doctor. Con la punta de los dedos cubiertos con el negro guante de caucho. Géraudin escogió de las cajas los instrumentos necesarios, pequeñas herramientas relucientes, hechas para cercenar, morder, aplastar, extirpar, apartar… Una tras otra las

depositaba encima de la tapadera, produciendo un tintineo metálico. Pinzas, bisturíes, separadores, valvas, agujas prendidas en un pedazo de tela, hilo de acero, tubos de catgut… La señora Claim abrió otras cajas, llenas de trozos de tela azul. Géraudin se cercó a Mariette.

Estaba tendida en el «billar» donde la habían trasladado Louis y la joven Rose-Marie. Estaba desnuda, con los brazos levantados y atados por las muñecas. Louis acababa de sujetar la sólida correa que aseguraba la mesa. Dos separadores le mantenían los brazos y otros dos las pantorrillas. Sus hombros reposaban sobre dos hombrillos de níquel. Allí parecía ofrecerse en holocausto, con el vientre enormemente abultado, pálida, con los ojos cerrados, latiéndole precipitadamente los senos. Recordaba extrañamente a los animales a los que se ata para la vivisección. No parecía ella misma, sino una conmovedora y miserable víctima, ladeando el cuello, con los ojos cerrados, presta para el cuchillo. No decía nada. Tenía cerrados los párpados. Bajo las costillas palpitaba su corazón. Louis tomó la mascarilla de éter.

En un ángulo de la mesa había un vaso lleno de tintura de yodo en el que estaba empapado un pedazo de algodón. Géraudin lo cogió con la punta de las pinzas, y, embadurnando el vientre, lo tiñó con una capa ocre. El olor del yodo se mezcló con el del éter. Louis aplicó la mascarilla al rostro de Mariette manteniéndola sólidamente sujeta por medio de dos anillas, como una mordaza. Al compás de la respiración de Mariette veíase hincharse y deshincharse la vejiga de cerdo adherida a la mascarilla. Louis «dislocaba» las mandíbulas para impedir que la lengua cayera al fondo de la boca.

Géraudin interrogó con la mirada a sor Angélica. La religiosa abrió con el índice el párpado de Mariette y pasó el dedo en el blanco del ojo. Mariette no hizo el menor movimiento. Sor Angélica hizo entonces una señal afirmativa con la cabeza. Había cubierto todo el vientre con cuadritos de tela azul. Géraudin cogió el bisturí y lo aplicó sobre la desnuda y amarilla epidermis embadurnada de tintura de yodo. Y, de un tajo, abrió la piel del vientre.

Apenas manó sangre. La piel abierta mostró una capa de grasa blanca, también sajada, bajo la cual apareció la nacarada envoltura de la aponeurosis. Un corte de bisturí la dejó al descubierto.

—Tijeras, hermana.

Géraudin escogió unas tijeras de las que había en la tapadera de la caja que le tendía sor Angélica. Con dos cortes, uno hacia el pubis y otro hacia arriba, ensanchó la incisión. Dejó parcialmente al descubierto la fina y amarillenta membrana del epiplón, que cubría la masa rosácea del intestino. Más abajo, redondeábase una masa globulosa. Era el útero.

Rezumaba la sangre. Géraudin prendió con las pinzas los abultados bordes de la herida, agarrando al mismo tiempo la piel y los pedazos de tela que la rodeaban. Aquí y allá sangraba ligeramente una arteriola. L a sujetaba con unas pinzas y no se preocupaba más de ella, como si fuera una bestezuela aferrada a la carne.

En aquel momento, Mariette, no del todo dormida, dio un hondo respiro. Y todo salió, la membrana y un gran mazo de entrañas que Géraudin retuvo y comprimió con las dos gruesas manos enguantadas de negro. Hizo una seña con la cabeza. Louis maniobró una palanca. La mesa se movió. Mariette quedó con la cabeza baja y los pies en alto. Los cabellos, en desorden, colgaban hacia atrás. La masa de los intestinos se adentró nuevamente en el vientre, y se introdujo en el interior hacia el tórax.

Géraudin hizo una profunda inspiración, una especie de hondo suspiro. Con el rostro endurecido por una increíble atención reanudó el trabajo. Por medio de erinas sujetaba cuidadosamente los bordes del peritoneo. Mariette dio un nuevo suspiro. El intestino volvió a salir.

—¡M…! —gruñó Géraudin con los dientes apretados.

Con el ceño fruncido aplicó sobre el intestino un paño esterilizado, y, rudamente, con fuerza, lo introdujo todo en el abdomen. Con los dedos abiertos impelía hacia dentro las entrañas, introducía pedazos de tela y colocaba un separador entre las paredes de la herida para mantenerla abierta y sostener la vejiga al fondo de la enorme herida aparecía una voluminosa masa de un rosa vinoso, tensa y congestionada; la matriz con el niño dentro. Y alrededor, pinzas de toda clase, como un enjambre de

cangrejos mordiendo la carne, con relucientes y fríos reflejos de níquel por entre las telas azules moteadas de manchillas encarnadas. Géraudin se detuvo un instante y respiró de nuevo profundamente, como un atleta fatigado. Sudaba ligeramente. Hasta aquel momento reinaba en la estancia, calurosa y enrarecida por las emanaciones del éter, un silencio absoluto.

—¿Marcha bien? —preguntó Géraudin.

—Sí —respondió Louis.

En medio de aquel denso silencio sus voces resonaban singularmente. Louis levantó la mascarilla porque la vejiga de cerdo adherida a la máscara respiratoria y que debe hincharse y deshincharse al ritmo de la respiración, había dejado de inflarse. Mariette respiraba mal. Apenas alentaba, y aún con gran lentitud. De la boca abierta de la paciente, Louis agarró la lengua con las pinzas, la estiró y la dejó colgando fuera sin soltar las pinzas. Luego volvió a aplicar la mascarilla. Sor Angélica, inclinada hacia delante, miraba atentamente el rostro de Mariette, echado hacia atrás y con los ojos cerrados. La señora Claim vigilaba el pulso.

—¿Todo va bien?

—Perfectamente.

Géraudin abrió entonces el útero y la envoltura membranosa. Y apareció el niño, con una cabeza redonda, negra, ya con cabellos y completamente húmeda. Luego dos grandes manos negras, con guantes de caucho reluciente, se introdujeron por entre las telas azules en aquella herida viva, cogieron fuertemente, pero con cuidado la cabeza por el cuello, la levantaron y tiraron hacia fuera. Con un ruido opaco, como un barboteo de carne húmeda, apareció el niño arrancado a la carne. Comenzó a brotar sangre del vientre.

El recién nacido no respiraba. Allí estaba, violáceo y haciendo muecas. Géraudin, bañado en sudor, cayéndole las gotas por el arco de las cejas, sostenía el niño con ambas manos. Luego sujetó el cordón entre dos pinzas y lo dio a cortar con un tijerazo a sor Angélica. Inmediatamente entregó la criatura a la religiosa.

—Un chico —dijo Louis.

Sor Angélica propinó dos buenas bofetadas al trasero del recién nacido. Al instante, un débil vagido rompió el silencio de la sala. El bebé respiraba.

—¡Vive!

Y en al pequeña estancia, alrededor de la mesa ensangrentada, sin tener en cuenta siquiera por un momento aquella carne doliente, se celebró gozosamente la llegada de aquel pequeño ser al mundo de los vivos.

Anudado rápidamente el cordón, la religiosa depositó al niño en la servilleta desplegada que sostenía Marie—Rose. La joven enfermera llevó al recién nacido a otra sala para el aseo del mismo. Sor Angélica lo examinó con una ojeada.

—No creo que viva —sentenció.

Géraudin no respondió. Tenía la vista fija en el vientre abierto, que sangraba copiosamente. Hurgando con la punta de sus dedos enguantados, trataba de descubrir lo que no marchaba bien. Cada vez sentía más calor. Sor Angélica le enjugaba constantemente la frente, y sin que el doctor dejara de trabajar le pasaba una toalla por el rostro para secarle el sudor. Súbitamente se encontró mal. Punzadas en la nuca, nubes en los ojos, impresión desagradable de estar viviendo un sueño… Pensó:

«Otra vez. Se me nubla la vista»

Trató con todas sus fuerzas de ventar la obsesión que se apoderaba de él, desechar sus temores y quiso consagrarse por entero a su labor, a aquella herida abierta que continuaba sangrando, demasiado, en mucha mayor cantidad de lo que jamás había visto. Una cesárea no suele ser tan sangrienta. Algo anormal ocurría. ¿Una torpeza? ¿Un corte desgraciado? ¿Un desgarro?

Quería practicar una sutura reuniendo los dos labios uterinos para contener la hemorragia. Pero no veía claro, se le nublaba la vista. Y la sangre seguía desparramándose por el vientre…

—Agujas, hermana.

Escudriñaba, palpaba en la carne, se perdía en el espeso y rojo enviscamiento. En primer lugar, lavar todo aquello. Tratar de encontrar algo…

—Compresas, compresas.

Lavaba, enjugaba, taponaba. Y, con todo, la herida seguía sangrando cada vez más.

—Compresas, compresas.

Resteñaba la sangre con la ayuda de compresas, amontonaba pedazos de ropa blanca y azul, que inmediatamente quedaban empapados en sangre. Con toda su energía trataba de disipar de su mente la idea que le obsesionaba, el loco terror que le producía la inminencia de un desfallecimiento. No sabía lo que hacia, se le enturbiaba la vista y sus manos parecían moverse en medio de una materia que le era completamente desconocida. Sentíase incapaz de reflexionar, de hilvanar las ideas, de concebir ni siquiera por un instante lo que tenía que hacer. Estaba aterrorizado, con la mente vacía, suspendido sobre un abismo, como un orador bruscamente atacado de mudez. Hubiérase dicho que se trataba de un estudiante de primer curso, de un hombre que jamás se hubiera enfrentado con un vientre abierto. No sabía nada; sólo procuraba, con un esfuerzo desesperado e impotente, emerger de las tinieblas. Una idea, una sola idea:

«Descansar, detenerme, respirar, recobrarme…»

¡Imposible! Era cuestión de segundos y la hemorragia iba en aumento. La herida continuaba sangrando cada vez más, las vetas azules se iban tornando encarnadas y brotaba la sangre de todas partes.

—¡Compresas! ¡Compresas! ¡Pronto, hermana!

No lograba salir de apuros. Afluía la sangre como una marea, manaba de todas partes y todo lo invadía. Géraudin, jadeante, sudaba. Sus manos temblaban. Presa de fiebre, moviendo sus manos cada vez más, trataba de detener la h hemorragia, y alrededor de un cubo esmaltado arrojaba al suelo compresas y más compresas empapadas en sangre. Sin embargo, ésta brotaba cada vez más copiosamente. Géraudin había perdido ya el completo dominio de sí mismo; no era sino un pobre hombre aturrullado, aterrado, cuyas espaldas se doblegaban bajo el peso de una carga superior a sus fuerzas. Todo el vientre estaba sumergido en sangre. Y como Mariette tenía la cabeza echada hacia abajo se desbordaba, se escurría por el pecho, por entre los senos, bañaba las axilas, se diseminaba a lo largo del cuello hasta detrás de las orejas, anegaba los cabellos rubios y comenzaba a derramarse por el suelo, de prisa, cada vez mas de prisa, produciendo un precipitado rumor. Y el charco se iba agrandando y extendiéndose, uno o pisaba y por todas partes se veían rojas huellas. Géraudin se quitó los guantes, y, con las manos desnudas, se puso a manosear la carne… oyóse un estertor de Mariette. Géraudin dirigió hacia el lívido rostro rápidas y angustiosas miradas.

—¿Esto marcha?

—No —dijo Louis.

Éste levantó la mascarilla. Mariette no respiraba. La pupila del ojo entreabierto se iba ensanchando. Géraudin introducía frenéticamente las manos en el vientre, buscaba, palpaba, tanteaba… La sangre le cubría las manos llegándole hasta las muñecas. Se ahogaba. Se quitó furiosamente la mascarilla salpicándose de sangre todo el rostro hasta su blanca toca.

—¿Vuelve en sí?

—No.

—¡Una inyección, hermana!

Sor Angélica tomó la jeringuilla y dio una inyección a Mariette, en la pantorrilla.

—¡Otra!

Nada se veía en aquel vientre. Sólo sangre, sangre, sangre, que se derramaba por todas partes, chorreaba, burbujeaba, lo manchaba todo, lo enrojecía todo y lo invadía todo. Los cuatro estaban inclinados sobre la paciente. Géraudin, alocado y temblándole las manos, continuaba escudriñando.

Mariette había vuelto en sí. Respiraba fatigosamente, lentamente, trataba de hablar y farfullaba palabras ininteligibles:

—Jeu… jeu… jeu…

Géraudin, azorado, pensó un instante en la ablación total. Histerectomía. Daría cualquier explicación. Todo, todo antes que permitir que la hemorragia siguiera en aumento y triunfara… Buscaba los ligamentos para obturar las arterias con las pinzas. P ero no las encontraba, no encontraba nada. Había perdido la cabeza; estaba ciego.

—¡Se está muriendo! —dijo sor Angélica.

Géraudin cogió la inerte muñeca de la moribunda. El pulso no reaccionaba. Y pensó: transfusión… transfusión…

—¿Transfusión? —dijo lacónicamente la señora Claim.

—¿Un donador? —preguntó Louis—. ¿Llamo a los transfusores¡

—Sí —balbució Géraudin—. ¡Compresas! Sí… No… ¡No! No vale la pena. ¡Las pinzas!

Buscaba rabiosamente en las cajas, salpicándolo todo de sangre. Todos estaban ensangrentados, las manos, los hombros y hasta el rostro.

—Jeu… Jeu… —susurró Mariette.

Géraudin, enloquecido, buscaba las cosas sin encontrarlas, daba empellones a todo el mundo, se arrancaba el gorro y se inclinaba nuevamente sobre el vientre. Sor Angélica preparaba una inyección de cafeína. Louis trataba inútilmente de encontrar el pulso, y la señora Claim, llena de sangre hasta los codos, procuraba, sin conseguirlo, atajar aquel chorro inagotable.

—¡Se está muriendo! —gritó Louis.

Géraudin soltó las pinzas y se inclinó sobre el rostro de Mariette. No cabía duda_ la vida se estaba escapando de aquel cuerpo. Por pocos instantes volvió en sí por última vez. En aquel ambiente inhumano donde iba a morir, lejos de todos cuanto había amado, abrió sus ojos inmensos y extraviados. Aquel rostro afilado, de cabellos en desorden, palidecía, se tensaba e iba cobrando un color de cera. Los ojos se desorbitaron y se tornaron completamente blancos. Oyóse un estertor repetido dos o tres veces, un estertor inteligible:

—¡Padre…! ¡Padre…!

Su faz se tornó todavía más pálida. Poco a poco, abrió desmesuradamente la boca. Dio un último suspiro. Géraudin se precipitó sobre la mano que colgaba, la cogió y la oprimió entre las suyas.

—Ha muerto… ¡Ha muerto!

Allí estaban los cuatro, aturdidos, cubiertos de sangre, manchados de rojo de la cabeza a los pies, semejantes a carniceros.

Sangre humana por todas partes, en los rostros, los vestidos y los gorros de las enfermeras, y en la bata, las botas, la mascarilla y el gorro de Géraudin. Louis tenía también el cuello de la camisa y las mangas llenos de sangre. El doctor y sus ayudantes tenían los pies metidos en la sangre, el agua y la serosidad que se derramaba de la mesa después de haber empapado los cabellos de Mariette. Cada paso dejaba una huella marcada. Un verdadero matadero. Y en medio de aquella carnicería, de pie, atontados, todo el mundo se miraba aterrado. Parecía que nada comprendían de lo que acababa de ocurrir. No podían apartarse de aquella mesa, volvían a ella, cogían la mano colgante de la muerta y le tocaban el corazón o el blanco del ojo. Se resistían a aceptar que todo hubiera ocurrido de aquella manera estúpida e inexplicable, en dos minutos, y que fuera irreparable, y que no pudiera hacerse nada, nada en absoluto.

Y allí estaba Mariette, despanzurrada, con la cabeza colgando, con los blancos senos, el cuello y los cabellos metidos en sangre. Gruesas gotas se derramaban sobre el suelo una a una. Géraudin había soltado la mano de la muerta. Lívido como un espectro bajo la azulada claridad, iba de un lado a otro de la estancia con ojos extraviados. Semejaba un asesino que acabara de cometer un crimen. Sentose en

un taburete de metal y hundió al cabeza entre las manos llenas de sangre. Guardaba silencio. En la sala contigua se oía rumor de pasos, de voces y los gemidos de una criatura que lloraba.

—Señor… —murmuró Louis—. Señor…

Géraudin levantó la cabeza. Ninguna expresión había en su semblante.

—¿Qué? —musitó con voz ronca.

—Hay que «acabarla»…

—¿Acabarla? Ah, sí… sí…

Se incorporó con gran esfuerzo, miró a su alrededor con la inconsciencia de un hombre al despertarse, y, haciéndose cargo de la horrible desgracia, respondió:

—Es verdad… Es verdad… tiene usted razón.

Sí, era verdad, era preciso «acabar» aquel cadáver, recoserlo y hacer de él algo transportable y presentable. Géraudin volvió hacia la mesa, la hizo bascular y la colocó nuevamente en posición horizontal. Sor Angélica preparaba agujas, hilos de acero y crines. Géraudin recosió el cadáver a grandes puntadas, pinchando la carne, hilvanando una puntada por aquí, otra por allá, precipitadamente, groseramente, como ser recosería un viejo jergón roto. Trabajo de un hombre extenuado, aturdido, asqueado de la labor que ejercía sobre aquella muerta… Un burlete enorme en un lado, una gruesa costura en la piel o en los músculos, parecía el cuerpo destripado de una bestia recosida para llevársela… ¿Por qué hacerlo bien? Todo había terminado. Mariette había muerto. Una súbita brutalidad reemplazó la minuciosidad, las infinitas precauciones, la meticulosa asepsia de hacía un momento. En la violencia, el apresuramiento y la rapidez de aquel trabajo no había sino desesperación y rabia. Rabia de que tantos cuidados, tantos miramientos, tanto arte y tantas penas hubiesen conocido aquel fin. Aquel frenesí de Géraudin contrastaba trágicamente con el silencio, la limpieza la pulcritud, la compostura casi religiosa de cuando comenzara la intervención. Al otro lado de la pared cesaron los gemidos. El hijo de Mariette acababa de expirar.

Limpiaron a la muerta. Era horrible verla, con el vientre cubierto de sangre, las piernas, el pecho, los brazos; la cara y hasta los hermosos cabellos rubios donde comenzaban a verse grandes coágulos. Con pedazos de guata empapados en aceite, la señora Claim y sor Angélica limpiaron el cuerpo, la cara y hasta la raíz de los viscosos cabellos. Louis, con el «Panhard», se había marchado a casa de los Vallorge llevando el cuerpecito sin vida. Tenía al mismo tiempo la misión de advertir discretamente a los Vallorge que el estado de la madre no era muy satisfactorio y que podía sobrevenir lo irreparable… Dejó a la sirvienta y a la enfermera preparadas para recibir la desgracia y volvió a la clínica.

Incorporaron a Mariette encima de la mesa. Allí quedó aquel cuerpo blanco y desnudo, con su ancha y sanguinolenta costura en el vientre, con su enorme basta de piel y de carne entrelazadas con largas y groseras puntadas. Desdoblaron una manta de lana, la echaron sobre las espaldas de la muerta y envolvieron el cuerpo con ella Louis cogió en brazos a Mariette y se la llevó. L a cabeza de ésta descansaba en los hombros de Louis, sus cabellos flotaban, sus brazos colgaban y se abandonaba a él, como un chiquillo cansado. Louis descendió con ella hasta el automóvil. Finos y rubios cabellos le cosquilleaban la mejilla penetrándole en la boca.

Aquel cometido le disgustaba y le venía muy cuesta arriba ganarse el sustento de aquella manera. Pensaba en su mujer y en sus hijos, el menor de los cuales estaba siempre enfermo, y profería en voz baja juramentos contra la vida.

Depositó a Mariette a su lado en el asiento delantero. La reclinó cuidadosamente contra la portezuela para que no se moviera en lo virajes. Le colocó la cabeza hacia atrás sobre el respaldo, y como si quisiera resguardar a Mariette del frío cubrió cuidadosamente con la manta aquel cuerpo blanco y desnudo. Lentamente el «Panhard» se puso en camino. Louis conducía con una sola mano. Con la otra apartaba de vez en cuando el cadáver de Mariette porque la muerta se deslizaba hacia él. Al llegar al puesto de consumos se vio obligado a detenerse. Se acercó el aduanero. Louis le guiñó el ojo con aire jovial.

—Traigo a una enferma…

—¡Ah, sí! —repuso el hombre.

Debió de figurarse sin duda que se trataba de un asunto licencioso, de alguna muchacha que había abortado y a quien se conducía discretamente a su casa. Guiñó también el ojo y sonrió maliciosamente. Se retiró y dejó libre el paso. El «Panhard» se puso nuevamente en marcha.

Louis se detuvo frente a la casa de los Vallorge. Se apeó, llamó repetidas veces a la puerta, volvió hacia el coche y abrió la puertezuela de la izquierda. El cuerpo se desplomó sobre él. Louis lo recibió en sus brazos y lo entró rápidamente en la casa porque comenzaban ya a llegar vecinos curiosos.

CAPÍTULO X

Mientras Doutreval, con Vallorge y Groix, se hallaba en el instituto profiláctico de Ámsterdam a punto de terminar su conferencia ante la asamblea de profesores, Regnoult, que se había quedado de guardia en el Hotel Regina, llegó en taxi a toda velocidad. Traía un telegrama de Francia. Doutreval se disculpó, se retiró a un saloncito contiguo al anfiteatro, y procurando contener el temblor de las manos, abrió el despacho, mal pegado. Lo firmaba Huot. Contenía una sola palabra: «Venga».

Doutreval lanzó un extraño suspiro, el gemido de una bestia apaleada. Dio el papel a Vallorge. La avista se le nubló y un sudor frío cubrió su frente.

Fue lentamente a sentarse y su rostro cobró una oscura lividez. Se dio cuenta de que alguien se ocupaba de él. Era Regnault, que trataba de aflojarle el cuello de la camisa. Doutreval, con un altanero ademán, apartó de si a Regnoult y le dijo:

—¡No!

Con un inmenso esfuerzo se levantó, permaneció de pie, apoyándose en al mesa, y conteniendo su desfallecimiento, miró a Vallorge que sollozaba, sentado, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—Hay que partir en seguida —murmuró Regnoult.

—Si… sí.

—El coche.

—Ludovic.

Vallorge tenía el rostro lívido.

—Pronto… el coche. Llenad el depósito…

—¿Y esos señores?

—Es verdad… —dijo Doutreval con infinito cansancio. Dio un suspiro y se incorporó.

—Está bien. Terminaré.

—¿Terminar?

—Es preciso. Vete, Ludovic. Ven a recogerme dentro de media hora. Ya habré terminado.

Por un instante miró fijamente a la puerta. Vacilaba. Regnoult se compadeció de su dolor.

—Presente usted sus excusas…

—¿Qué haré durante esta media hora? —dijo Doutreval. ¡No!

Pálido como un muerto, se dirigió cojeando hacia la puerta.

Al entrar de nuevo en el anfiteatro se excusó con breves palabras. Y dio término a su conferencia. Se oía hablar a sí mismo como si escuchara a otro. Tenía la impresión de estar borracho. Estaba viviendo un sueño. Al terminar estalló una salva de aplausos. Entonces levantó la mano y mostrando con gesto desmayado el papelito gris, el telegrama de Francia, dijo:

—Les ruego, señores… Mi hija ha muerto…, Mi hija…

Se le apagó la voz. Se dio cuenta de que iban a saltarle las lágrimas,. Se volvió bruscamente de espaldas y salió de la estancia en medio de una súbita y silenciosa consternación del auditorio.

El «Renault» corría a ciento treinta por hora por las largas carreteras asfaltadas, sinuosas, relucientes, a través de la opulencia de los fértiles prados, surcados de regueras y jalonados de molinos. Acá y acullá se veían vacas blancas y rosadas, dormidas, con las patas encogidas y campesinas que

volvían de ordeñar llevando en las manos sendos cubos esmaltados, encarnados y verdes, llenos de blanca leche. Ludovic iba a una velocidad infernal.

A cada viraje se oía el agudo gemido de los neumáticos sobre el firme alquitranado. El motor producía un ronquido sordo, contenido, continuo, potente, que resonaba bajo los tilos y las paredes de las bajas casonas, asustaba a las gallinas y hacía correr a los polluelos. Frecuentes paradas, puentes levantados, barreras de peaje —vestigios de otro tiempo—, exasperaban a Doutreval. Había que soltar medio florín para volver seguir adelante. Vallorge pisaba el acelerador. El «Vivasport» seguía avanzando y la fragorosa canción del motor se acentuaba nuevamente. Diez kilómetros más lejos se terminaba la carretera en el vacío. Llegaron a un embarcadero, una tosca plataforma construida sobre algunas vigas carcomidas, encima del agua. Tuvieron que detenerse, esperar minutos interminables, a veces media hora, viendo discurrir el Rin, lento, ancho, gigantesco, extendiéndose entre aguazales, islotes, porciones de tierra de vegetación acuática e inmensos espacios de retama, extraviándose, correteando, remoloneando, extendiéndose hasta el infinito, como un peludo gigante, muellemente tendido sobre la tierra. Arribó una vieja barcaza, un viejo barco con ruedas. Las solemnes maniobras de la amarradura, del desembarco y del embarque se llevaban a cabo bajo la dirección de un capitán tocado con un gorro blanco, más grave que un contraalmirante. Luego, en aquel interminable panorama de llanuras, pantanos y agua, el viejo barco, al límpido sonido de una melancólica campana, se marchaba inclinándose, recortaba jadeante las aguas del río, rodeaba los islotes y los cañaverales y se perdía en aquel dédalo sin que lograra saberse a ciencia cierta si la línea a ras del suelo hacia la cual se dirigían era la orilla de la tierra firme o una isla más. Finalmente, a lo lejos, emergió del horizonte un frágil andamiaje, un blanco embarcadero levantado sobre los pilotes embadurnados de alquitrán. El viento suave trajo el tañido de una campana. Se abordó, sacóse el coche y se pudo finalmente reanudar la marcha. Luego la aduana, las lentas formalidades para el pago de derechos, un pinchazo en una rueda y después una carretera en reparación. Vallorge hizo caso omiso de la prohibición de pasar. Se vieron bloqueados, estuvieron a punto de pelearse con los pavimentadores flamencos que no comprendieron el francés, se empeñaban en hacerlos retroceder. Avanzaron casi a viva fuera a través de la arena de la despanzurrada carretera. Como había anochecido ya, fue preciso marchar a la luz de los faros. Entre Courtai y Gante, Vallorge, completamente agotado, sufrió un desfallecimiento nervioso, un mareo. Sólo tuvo tiempo de dar un frenazo y de apartar el coche a la derecha de la carretera. Entraron en una taberna solitaria, aún iluminada, y pidieron alcohol. La mujer chapurreaba el francés y explicó:

—Alcohol, no… En Bélgica, prohibido…

Pero al darse cuenta de la lividez del rostro de Vallorge les hizo entrar a los cuatro en la cocina y escaseando en sendas tazas de café una copiosa ración de Schimck, gesticuló:

—¡De prisa! ¡De prisa!

Sorbieron de un trago la incendiaria poción. Vallorge alentado por el alcohol, agarró el volante hasta el puesto fronterizo de Tourcoing. Al llegar a ese punto, Groix, con el rostro surcado de cortes que se había hecho al afeitarse en seco en el coche, se informó cerca de los aduaneros. Éstos le indicaron las señas de un chofer de camión en paro forzoso. Uno de los aduaneros, sin dejar la linterna, acompañó a Groix hasta la casa. Era medianoche. El hombre dormía. Groix golpeó fuertemente la puerta y aquél se despertó.

—¿Angers? —dijo el hombre—. ¿Dónde está eso?

—No se preocupe —respondió Groix—. Mil francos para usted si nos conduce allí. El coche es bueno. Un «Vivasport».

—¿Estaré de vuelta mañana por la mañana? Tengo que ir a cobrar mis honorarios a las ocho.

—Por supuesto —dijo Groix.

El aduanero soltó una estrepitosa carcajada. Groix le propinó un pisotón que le aplastó un callo.

—¡Oh, discúlpeme! —dijo Groix—. Vamos, amigo, despabílate. Toma, te daremos mil quinientos francos. Pero hay que estar en marcha dentro de tres minutos.

El hombre conducía bien. Harto se veía que estaba acostumbrado a rodar en la oscuridad. Debía de haber hecho largos viajes con su camión. Avanzaban a través de las tinieblas. El agudo gemido del motor llenaba el espacio. Comprimido entre Groix y Regnoult, Vallorge dormía en el asiento trasero. Doutreval, sentado al lado del chofer, miraba fijamente venir hacia él el fondo negruzco de la carretera, una especie de abismo continuamente en retroceso al margen del cual surgía, de vez en cuando, una mancha blanca, la pared de una granja o de una posada. Béthune, Bruay, Abbeville… A las tres de la madrugada atravesaban Rouen completamente dormido, y, después de franquear el Sena, se lanzaron a través de los bosques hacia las alturas de la margen izquierda. Sólo faltaban trescientos kilómetros. Con la impasibilidad de un autómata, el hombre, silencioso y apacible, conducía el «Vivasport» a ciento treinta por hora. Debía de haberlo olvidado todo, no pensaba ya en la hora que era ni en su situación de parado forzoso. El estruendo del motor y la vibración del coche debían de haber creado en él una vaga hipnosis. La luz de la lamparilla del tablero del coche iluminaba por debajo sus gruesas manos de obrero, callosas, llenas de arañazos, que descansaban con todo su peso sobre el negro volante de ebonita guiando el vehículo con movimientos leves y casi imperceptibles. Pasado Aleçon moderó un poco la marcha, sacó del bolsillo un emparedado envuelto en un papel, y dio un mordisco cuidando de mantener el pan envuelto en el papel para no ensuciar aquél con sus grasientas manos. Luego volvió a marchar a ciento treinta. Doutreval respiró. La velocidad, el zumbido del motor y el aullido del viento junto a la portezuela le amodorraban y le impedían pensar.

Cuando franquearon el río un grisáceo amanecer se cernía sobre el Maine y pálidas brumas se movían aún sobre el valle y la ciudad de Angers.

—A la izquierda —dijo Groix—. Gire a la izquierda. Un centenar de metros. ¡Alto! Es aquí. ¡Pare!

—Son las siete —dijo el hombre como si volviera en sí—. ¡Diablos! ¡Mi dinero!

El coche se detuvo ante la casa de Ludovic y Mariette. Doutreval se apeó. Encima de la puerta colgaba una cruz, una gruesa cruz de encina clara, con un Cristo de plata. A los pies del Cristo, un lazo de crespón flotaba al soplo del suave airecillo de la mañana. En su agonía, se había apoderado de Doutreval una vaga sorpresa. Alguien había pensado en ello… ¿Quién? Cosa curiosa, ¡jamás había pensado en que aquella marca volviera a aparecer sobre su puerta, como sobre tantas otras puertas… ¡ ¿Quién había encargado aquello? Diríase que aquel signo alegórico se había presentado solo… Y también se hubiera dicho que en cuanto la muerte penetraba en una casa, uno no era ya totalmente dueño de ella… Acordóse de las innumerables cruces semejantes colocadas en tantas casas desconocidas a las que había saludado quitándose el sombrero de una manera maquinal. Tantos inmensos dolores le habían dejado insensible, despreocupado, indiferente. Ahora todo había cambiado, y cuando volviera a ver aquellas cruces, sentiría como un puñetazo en el pecho, el recuerdo brutal de la dolorosa igualdad, de la triste y gran solidaridad de todos los hombres en ciertos instantes.

La puerta estaba entreabierta. Llegó un hombre, un horticultor, con un ramo de rosas blancas. Adentróse en el pasillo, sin llamar. En pos de él, Doutreval y Ludovic entraron en casa de Mariette. Una mujer a quien jamás habían visto los acogió silenciosa y gravemente y los condujo hacia el salón, como se hace entrar a un visitante, a un forastero. Delante del lecho mortuorio, experimentó Doutreval el dolor más atroz de su vida al ver, una al lado de la otra, sobre la blanca almohada de encaje, la cabeza de Mariette y la de su nieto.

Doutreval veló a su hija dos días y dos noches. Sólo la primera noche aceptó que Fabienne, que había llegado de París, permaneciera con él. A la segunda noche, hacia las once, le venció la fatiga. Groix y Regnoult, que también velaban, le convencieron de que se retirara y se acostase un rato.

Ambos estaban de guardia hasta medianoche. Luego les sustituirían Fleurioux y Cassaing, los dos internos de Vallorge. Doutreval podía irse a descansar con toda tranquilidad. Éste asintió, subió a su cuarto y se echó, vestido, en la cama, con sólo el propósito de permanecer acostado y tomarse un breve reposo físico. No tardó en quedarse dormido. Durmió como un bruto por espacio de algunas horas.

Luego soñó que se encontraba en una gran ciudad, al fondo de un espacioso y lúgubre hotel, en una habitación triste y escasamente alumbrada. De pronto una voz clara e inteligente le decía:

—Tenga usted ánimo, señor Doutreval… Un horrible accidente de automóvil… Su hija Fabienne ha muerto…

—¡Ah! —gritó Doutreval.

Saltó de la cama en medio de la oscuridad reinante. Encendió la luz. Aún se estremeció por el horror de su pesadilla. Miró la hora. Las dos de la madrugada. Y aún resonaban en sus oídos: «Su hija Fabienne ha muerto…» Era ello tan intenso, tan alucinante, que no pudo evitar el ir hasta la habitación de Fabienne y empujar un poco la puerta para escuchar su respiración. Dormía. Desde que sólo le quedaba ella, cualquier cosa referente a la única hija que tenía ahora le mantenía en un estado de atroz sensibilidad. Preguntóse qué yo, qué misterioso y cruel subconsciente anida en nosotros para que uno sea capaz de torturarse de tal modo y de imaginar sueños semejantes.

A tientas en la oscuridad siguió por el pasillo y llegó a la escalera. Sentíase como borracho de fatiga y de dolor. Un pingajo humano. Se daba cuenta de la hinchazón de sus párpados y de las bolsas que le cernían los ojos. La escalera parecía balancearse bajo sus pies, como la escala de un navío. Al llegar a la mitad, se le dobló bruscamente la rodilla lastimada, dio un paso en el vacío y rodó hasta abajo como un hombre a quien hubieran apaleado sin intentar el menor esfuerzo para evitar la caída. Al oír el ruido se precipitaron Fleurioux y Cassaing. Le encontraron en el suelo, con la mirada extraviada. Le cogieron cada uno por un brazo con el propósito de levantarlo. Mas Doutreval se levantó solo, con duros ademanes apartó de su lado a los dos internos y se encaminó con paso inseguro hacia el cuarto mortuorio. Cassaing y Fleurioux le siguieron angustiosos, dispuestos a sostenerlo si volvía a caer. Pero Doutreval, a pesar de que caminara como un hombre embriagado, rechazó su ayuda. Arrastró una butaca hasta la cabecera del lecho de Mariette, envuelta en el halo rojo de los dos cirios, cerró los ojos y se sumió en una somnolencia poblada de incoherentes pensamientos. Fleurioux y Cassaing, junto a la ventana, bajo el círculo discreto de una lamparilla, trataban de distraerse jugando a la «belote». Su cuchicheo llegaba a oídos de Doutreval deshilvanado, incomprensible como un suave murmullo de frases breves.

Afuera se había levantado la tempestad y gemía en la chimenea el viento del Oeste. Se le oía pasar por los pasillos como un perro desasosegado que llorase. Era un gemido casi humano que se oía ora cerca ora lejos, en una esquina de la casa, al fondo de un pasillo, bajo la techumbre del espacioso granero. De vez en vez un hálito fuerte, un hálito de perro perdido que busca, que husmea bajo los umbrales, pasaba por debajo de la puerta y ladeaba la llama purpúrea de los cirios.

—Siete, ocho, nueve. —contaba Cassaing.

—Veintinueve, treinta, treinta y uno y diez puntos para mí —decía Fleurioux.

Se volvían, echaban una ojeada a Doutreval y al verlo aparentemente dormido reanudaban el juego. Y volvía a oírse, más cercana, la voz humana, la voz recia y desolada de la tempestad, aportando a Doutreval, con su prolongado gemido lleno de no se sabe qué desesperado horror, un extraño y vago consuelo, la impresión de una misteriosa compasión de las cosas.

Fleurioux se desperezó, hizo crujir la silla, se levantó y fue a mirar la hora en el reloj dorado de la chimenea.

—¡Pronto serán las tres!

Se acercó a Doutreval caminando de puntillas y miró un instante aquel rostro cansado que tenía cerrados los ojos.

—Duerme.

Volvió a sentarse.

—No podía más —dijo Cassaing.

—¡No le faltan motivos!

—¡Pobre hombre!

Cogió la tetera de la mesita y se sirvió una taza de té frío.

—¿Sabes exactamente lo que le ha ocurrido a Géraudin? —prosiguió Cassaing.

—¿Respecto… a esta cuestión? —dijo Fleurioux, señalando la cama con un movimiento de la cabeza.

—Sí…

—Síncope blanco… al menos, eso dicen.

—No —dijo Cassaing bajando la voz—. Yo puedo decírtelo. No ha sido eso.

—¿Tú?

—Sí, yo. Groix y yo lo hemos comprobado.

—¿Comprobado?

—Sí.

Echó una ojeada hacia Doutreval dormido. Y, señalando de nuevo la cama con un movimiento de cabeza, continuó:

—La han vuelto a abrir.

—¿Cuándo?

—La pasada noche.

—¡No!

—Sí. Estaba llena de sangre, amigo. Coágulos así de gordos. ¡Vaya hemorragia! También Groix se dio cuenta de lo que ocurría.

—¡Géraudin!

—No es ésta la primera vez. No era ya un secreto que estaba en plena decadencia… Yo hubiera elegido a Flégier…

—¡Cállate! —dijo Fleurioux—. Se mueve…

—Es el viento —dijo Cassaing—. Las llamas de los cirios proyectan sombras en su rostro.

Ambos miraron u momento a Doutreval.

Cogió la tetera y llenó la taza de té frío sin hacer el menor ruido. Afuera, la acometida del viento dejó en el patio un lamento humano y sacudió largo rato las persianas cerradas. Y su aullido melancólico se alejó, menguó, surgió de pronto en otra parte, en la esquina de la calle y acabó por desvanecerse en un gemido animal, dulce y triste, como si alrededor de la casa alguna pobre alma errante y dolorida hubiese acudido a llorar por última vez…

Se la colocó luego en el ataúd, y se sucedieron las flores, la misa y el entierro… El ruido opaco del féretro sobre el coche fúnebre, la marcha lenta a través de la ciudad, al lado de Ludovic en silencio, y el descenso de la pesada caja por medio de cuerdas, con lentos balanceos, al fondo de un hoyo abierto en la greda. Chapoteos en la tierra fangosa aún por la lluvia nocturna, gentes que se inclinaban curiosas para ver en el fondo del hoyo, el féretro que encerraba a Mariette… Luego un desfile embrutecedor, alucinante, de gente que estrechaba la mano. Rostros, rostros y más rostros que uno acaba por no reconocer, que no decían nada, que pasaban uno tras otro y seguían pasando interminablemente hasta producir una especie de vértigo. Y el retorno solitario a la casa; Vallorge se había quedado en la ciudad para ofrecer el sobrio almuerzo obligatorio a las amistades venidas de lejos.

Al llegar a la esquina de la plaza de Armas, Doutreval reconoció de lejos un voluminoso «Panhard» negro que se acercaba hacia él. Cobijóse bruscamente en el vestíbulo de una tienda. El negro «Panhard» pasó a gran velocidad.

Doutreval volvió solo a su casa. Pensó por un instante ir a ver a su amiga, terminar en compañía de Jeanne aquella jornada abominable, al lado de un ser que sin duda le amaba y que tal vez encontrara las palabras que mitigaran algo su dolor… Luego se dio cuenta de que todo sería inútil y que Jeanne no le consolaría. ¿Qué podría ella decirle? No le comprendería. No compartiría su pesar. Ella no había

perdido ningún hijo, pues ninguno había tenido de él. Una amante es siempre una amante… ¿Qué puede uno hacer y decir cuando sufre la pérdida de un hijo que no es suyo? Doutreval se encaminó directamente a su casa. Entró en el vestíbulo demasiado sonoro, desamueblado, aún sembrado de flores como después de una gran fiesta. ¡Qué vacío estaba aquella inmensa casa! Ni una sirvienta, nadie. Todo el mundo se había ido a almorzar. Las once y media. ¡Cuántos minutos habían de transcurrir aún antes de la noche, antes del sueño!

Dirigióse al jardín. Las gallinas y los palomos se arracimaron contra la verja. Tenían hambre. Como Mariette había dejado de atenderlos, allí estaban, olvidados de todo el mundo. Dirigióse a la cocina, volvió con una fuente llena de maíz y entró en el corral. Los palomos se posaron sobre su espalda, su brazo y su muñeca, picoteando la repleta fuente. Doutreval los acarició. Las aves comían y no se acordaban ya de Mariette. Todo había terminado. Con tal que una mano les suministrara el alimento, su oscura memoria no había de evocar nunca más a la desaparecida. Aquellos animales no sufrirían. Seguirían viviendo exactamente como en el pasado, sin que nada les faltase… Sin poder explicarse por qué, apoderóse de él un arrebato de cólera, arrojó brutalmente al suelo el resto del grano y apartó de sí aquellos animales que no merecían ser amados ni se acordaban de nada. Salió y entró de nuevo en la casa.

Quiso marcharse. Le intimidaba dar un solo paso en aquella casa llena de la presencia de su hija. Pero le atemorizaba también la calle, el horrible vacío de la calle… Puso un huevo a cocer en el hornillo de gas, pero se olvidó de él y sintió, demasiado tarde, un olor a quemado. De todos modos n o tenía apetito. Acabó por ceder a su afán de atormentarse y subió con paso lento hacia el cuarto de Mariette.

Allí permaneció un buen rato, mirando en torno suyo, sin tocar nada. Todo estaba limpio y en orden. Una habitación como era del agrado de Mariette. Dirigióse lentamente hacia el pequeño tocador Luis XVI, ante cuyo gran espejo cuadrado se sentaba su hija todas las mañanas, un poco de lado, para peinarse. Doutreval se arrodilló sobre la alfombra y con gesto maquinal abrió uno de los cajones. Esparcióse un olor suave, un leve perfume, mezcla de piel de Rusia, de polvos de arroz y de espliego, que oprimió, con sus remembranzas, el desgarrado corazón de Doutreval. Cuidadosamente protegidas por tenues papeles de seda había allí las pequeñas cosas de Mariette: un bolso de señora, un monedero de piel de cocodrilo, algunos cuellos de encaje de Aleçon, guantes de gamuza y un manojo de camelias blancas artificiales. Y en una caja de cartón plana, también algunas reliquias. Un mechón de cabellos negros de Fabienne… la alianza de mamá, el brazal de la comunión de Michel…

Doutreval aspiró la dulce fragancia del espliego. Nunca más volvería a sentir sobre la lozana tez de Mariette aquel perfume discreto y ligero, apenas perceptible, mezclado al de jabón y de la ropa interior. Nunca más volvería a verla encaramada en una silla, con una pañoleta anudada en torno a la cabeza y el rostro tiznado, limpiando de telarañas la escalera con un escobón.

Nunca más volvería a oír al abrir la puerta, aquella voz fresca, llena de sol y de vida, cantar sus románticas canciones…

Si a esto lo llaman amor,
Pues también, yo amo…

Continuaba hurgando en los cajones. Pastillas de jabón de tocador… Un devocionario… Una gruesa libreta llena de recetas de cocina copiadas a mano. Las primeras databan de muchos años… La caligrafía era casi infantil. A la sazón no tenía Mariette más que catorce años… Fue cuando murió su madre. Muy joven era cuando se hizo cargo de los quehaceres domésticos. En el fondo, Mariette no había tenido una existencia muy feliz. ¡Llevar tan joven la casa! ¡Con qué temor presentaba los sábados a su padre la cuenta de los gastos! Y él la examinaba con ceño severo. ¡Qué imbécil había sido! ¡Y ahora estaba muerta! De pronto, se acordó de la joya que había comprado en Holanda para ella, una

gruesa barrita de oro trabajado. No sería para Mariette. Nunca más podría ofrecer una joya a su hija. Todo había terminado. Pensó en las innumeras pequeñas alegrías que hubiera podido proporcionarle, en todo cuanto hubiera podido hacer para que fuera más feliz y que no había hecho. Acordóse de sus severidades, de sus reprimendas, de sus exigencias, de todos los goces permitidos que le había negado o que simplemente no había pensado en depararle… De todos estos estúpidos, absurdos o inexplicables sentimientos de pudor que nos impiden intimar más con nuestro hijo, sentarlo sobre las rodillas, besarlo, mimarlo, todo ello debido a que se ha hecho ya un poco mayor, porque no se tiene ya la costumbre de hacerlo, puesto que uno se ha vuelto ya demasiado viejo, ha cobrado demasiada gravedad, porque uno ya no se atreve. ¡Estúpido!, a mostrar al hijo el cariño que por él se siente. Ahora, Mariette había muerto y nada podía hacer por ella. ¡Si al menos hubiera podido tener aquella joya, aquella pequeña alegría antes de morir! Le dolía a Doutreval que su hija no pudiera jamás poseer aquella barrita. Deploraba amargamente no haber pensado siquiera en prenderla a su mortaja… Doutreval no creía en nada y sabía que después de la muerte no había más que podredumbre. Sin embargo, ver desaparecer a Mariette con aquella joya hubiese sido un lenitivo a su dolor. Demasiado tarde.

En el fondo del cajón quedaba aún una caja de cartón. Doutreval la abrió. En ella se hallaba «Bleuette», una vieja y estropeada muñeca. La muñeca de Mariette. Con manos temblorosas, Doutreval la sacó de la caja. Evocó a Mariette con «Bleuette» en brazos, cuidándola, vistiéndola, acostándola, siempre en compañía de aquel pedazo de madera que tanto arraigo tenía en su corazón, que era algo de su propio ser pero que no pensaba ni sufría y ni siquiera sabía que había muerto. Se acordó de su mujer, de Mariette cuando tenía un año, con sus sedosos cabellos rubios, sus ojos azules y sus regordetas y coloridas mejillas— pasó por su mente la imagen de aquella criatura de ojos claros dando los primeros pasos que titubeaba, vacilaba y avanzaba hacia él, a la sazón un hombre joven, casi un muchacho, a través del comedor, tendiéndole la manos y balbuciendo con una sonrisa:

—Papá… papá…

Este recuerdo acabó de desgarrarle el corazón. Imágenes, lamentaciones, remordimientos y sufrimientos le sumieron en un estado de extremo abatimiento. De pronto cerró bruscamente el cajón y estalló en un ronco sollozo. Ya de hinojos sobre la alfombra, con «Bleuette», en las manos, pobre pedazo de madera insensible, rompió a llorar, como no lo había hecho desde su juventud, aferrándose desesperadamente al recuerdo de su hija:

—¡Mariette! ¡Mariette! ¡Pobre hija mía! ¡Mariette…!

LIBRO SEGUNDO

AMAR AL PRÓJIMO ES AMAR A DIOS

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Michel Preparaba sus últimos exámenes y terminaba su tesis. Desde fines de mayo, Mariette había súbitamente interrumpido sus visitas y sus cartas. Este silencio comenzaba a inquietar a Michel.

Propúsose en su tesis utilizar sus observaciones sobre la curación de Evelyne, pero Domberlé no se lo aconsejó.

—No es lo bastante clásico —le dijo—. Es inútil intentarlo. Busque algo menos revolucionario.

Michel se contentó, pues, con un estudio sobre la frecuencia del infarto del lóbulo izquierdo del hígado en los tuberculosos, extendiéndose respecto a os síntomas característicos de la misma: la sensibilización de la cavidad del estómago, el tinte encarnado de las uñas y la opacidad del pulmón derecho. Lo que corroboraba las afirmaciones de Domberlé:

«La tuberculosis es, en la mayoría de los casos, el resultado de abusos en la alimentación»

Después de sus horas de laboratorio en casa de Norf, Michel pasaba el resto de su tiempo en Saint-Cyr, o al lado de su mujer, o de los tuberculosos, o de Domberlé. A este último sitio iban también, en el «201» artísticamente pintado por el propio Tillery, éste, *Choute* y las dos gemelas.

—El esmalte. ¡Duco auténtico, amigo! —afirmaba Tillery dando golpecitos con su índice a los guardabarros ligeramente abollados. Era un obsequio de un tendero, un cliente agradecido.

»Y en cuanto al tapizado, es el producto de una rabiosa escarlatina que cogieron los chiquillos de la propietaria de la mercería donde me surto y que me costaron, ¡palabra! Algunas visitas nocturnas. La buena mujer quería regalarme la tela, pero me la vendió por muy poco dinero.

¡Qué feliz era Tillery con su *Choute* y las dos niñas, sus preocupaciones de corto alcance, sus dramáticos fines de mes, su sempiterno optimismo y su buen corazón bajo su aparente despreocupación! En cuanto a la señora Tillery, cuidaba magníficamente a las dos gemelas haciendo caso omiso de los innumerables consejos médicos con que su marido la abrumaba. De todos modos, Tillery se confesaba incapaz de administrar a sus vástagos el menor cuidado útil.

—Ni siquiera bañarlos con agua tibia —confesaba a Michel—. ¡Me tiemblan las manos! Con más facilidad te abriría a ti el abdomen desde el pubis hasta el gaznate.

—No lo dudo —dijo Michel.

A la sazón recibió Michel una carta de Belladan, el antiguo interno de «L'Egalité». Belladan abandonaba la medicina. No se ganaba la vida. Laureado en los exámenes, infinitamente más capacitado que Tillery, había encontrado el medio de comerse cien mil francos vegetando en el mismo barrio de Angers donde Tillery, el quimérico y despreocupado Tillery, con su limitado caudal de

sabiduría, su buen humor y conocimiento del «populo», había antaño prosperado. Belladan había obtenido un empleo en los Seguros Sociales con un salario fijo. No tendría ya que enfrentarse con hombres, sino con números, cosa más fácil. Incidentalmente un pasaje de la carta decía:

«Desde la muerte de Mariette…»

Así enteróse Michel del fallecimiento de su hermana.

Escribió a su padre, pero éste no le contestó, por lo que Michel tuvo que preguntar a Belladan detalles acerca de la muerte de Mariette.

Al dolor que experimentaba Michel venían a sumarse las preocupaciones materiales. Hasta aquel momento había recibido gran ayuda de Mariette, que ahora le faltaría. Contaba trabajar uno o dos años al lado de Norf y solicitar luego una plaza en un sanatorio. Entretanto sus ingresos como ayudante eran insuficientes. Evelyne mejoraba. Era preciso establecerse lo más pronto posible, presentar sus tesis y hacerse una clientela para pode vivir.

En el sanatorio, Domberlé proseguía su obra, en medio de la incomprensión general. Sus enfermos le hacían la vida imposible. Al no darles carne cruda aseguraban que se proponía hacerles morir de hambre para disponer de camas vacantes. Hartábanse de todas las porquerías imaginables, que recibían por mediación de cómplices de fuera, o arrojadas por encima de las paredes o transmitidas de un pabellón a otro por medio de inverosímiles sistemas de cordeles. Con frecuencia, los «politiqueros», los que habían ingresado por un favor especial, por recomendación de un diputado o simplemente de un edil municipal, iban a quejarse al director.

Entonces, éste, asustado, porque él mismo dependía de tal diputado o consejero municipal, llamaba a Domberlé a su despacho, le hacía una escena y acababa por exigirle que se implantara de nuevo el régimen «de todo el mundo». Luego, en el pabellón infantil, Domberlé mandaba retirar los guisantes, las alubias, las conservas, el pescado y las confituras ácidas. ¿Con qué derecho hacía tales supresiones? ¿Con qué derecho pedía tan a menudo, queso, patatas y ensalada? ¡Torpedeaba el presupuesto! Por culpa suya había la amenaza de un déficit. Aquello era intolerable. Domberlé había cesado ya de discutir. A los enfermos que le pedían carne y drogas se las hacía servir inmediatamente. A los otros, a los que se prestaban voluntariamente, les sometía a régimen. Al notar en éstos una mejoría en su estado, algunos otros se dejaban convencer, sobre todo después de pasada una crisis aguda, con hemorragia o vómitos de sangre. Entonces, aterrados, cedían a todo.

Sin embargo, Domberlé podía actuar con más libertad en cuanto a los niños. Éstos eran numerosos. París nutría abundantemente el sanatorio, donde enviaba los lamentables desechos de una civilización devoradora: pobres rapazuelos alimentados desde la cuna con leche adulterada, con unas gotas de absenta para hacerles dormir, y cuya posterior alimentación consistía especialmente en pan, vino tinto y salchichón. Hasta el punto de que había en el sanatorio tuberculosos de cuatro o cinco años a quienes se había aplicado el neumo. Chiquillos de los suburbios y a menudo hijos de extranjeros, producto de esos emigrantes de quienes nuestra tierra esterilizada por la irreligiosidad y el alcohol, se ve obligada a recabar ayuda y que, hacinados en viviendas insalubres, intoxicados, corrompidos por la vida en las ciudades y los altos salarios mal empleados, contribuyen a arraigar entre nosotros retoños tarados por nuestra culpa. No faltaban tampoco niños acogidos a la Asistencia pública. Una veintena de ellos, que no conocían a sus padres, morían tuberculosos en el sanatorio o reingresaban, su curaban, en los hospitales de la Asistencia. Su marcha apenaba siempre a Michel. Sabía que desde el punto de vista material recibirían buen trato por parte de la Administración; pero ¿y los demás? ¿aquellos rapaces de los suburbios parisienses que salían curados y que de vuelta a su casa volverían a encontrar el *foie-gras*, el vino tinto, el cine y al taberna? Cuando uno de aquellos chiquillos había mejorado, tenía uno la impresión de que se había llevado a cabo un grande inútil esfuerzo. ¿Por qué afanarse si con frecuencia reingresaban al cabo de tres meses para morir?

Cosa curiosa, no se notaba la menor tristeza en aquellos pobres seres. Ni siquiera se daban cuenta de su miseria. Jugaban, reían y gritaban. Parecía uno encontrarse en el patio de una escuela. Sin embargo, muchos de ellos estaban allí abandonados. Sus madres se habían olvidado de ellos y no iban a verles, o se negaban a llevárselos a su casa porque convivían con un amante a quien no le gustaban los niños.

Pese al administrador, al director y a los cocineros, Domberlé se las arreglaba como podía para que aquellas pobres criaturas no ingirieran la incendiaria alimentación del sanatorio. De su propio peculio compraba un poco de chocolate. Algunos de sus internos y alumnos adquirían una caja de plátanos o de frutas, o sobornaban al jefe de cocina para obtener fraudulentamente un suplemento de patatas y ensalada. P ara cocer y desconcentrar las legumbres verdes, el viejo médico había habilitado como cocina la pequeña enfermería que existían al final de cada pabellón, y disponía de un hornillo de gas, agua potable y fregadero que solía servir para preparar las cataplasmas y las tisanas.

Para la cura al aire libre y ejercicios físicos, los propios internos, alumnos y hospitalizados habían limpiado un espacioso campo valiéndose de viejos rastrillos y de cubos para el carbón. Se suprimieron los calzoncillos. Echando mano de los vendajes, Domberlé mandó fabricar bañadores para los muchachos, bragas y sostenes para las chicas. Envió a Michel al «Louvre» o al «Printemps» con el encargo de comprar una partida de sombreros pasados de moda a cinco francos la docena. Así cubiertos, los chiquillos, desnudos y con la piel bronceada, semejaban, bañados por el sol, enormes y multicolores setas. Domberlé los contemplaba sonriendo, dibujando entre los flecos de su barba gris una sonrisa de felicidad.

Domberlé trataba de aplicar a sus pequeños enfermos los incomparables métodos naturales de ejercicio físico preconizados por Georges Herbert. Pero carecíase de elementos hasta el punto de que se utilizaba un viejo poste telegráfico para mástil trepador. Domberlé ayudaba a los pequeños empujándolos por el trasero. A falta de pórtico se hacía pasar la cuerda por encima de una puerta abierta. Los chiquillos se colgaban de ella durante diez minutos. Con cubos y una manguera se instaló una especie de baño ducha así, con tal pobreza de medios pero con el corazón alegre, con un poco de aire puro, de sol, de ejercicio y de alimentación natural, Domberlé resucitaba a los pequeñuelos y hacía verdaderos milagros.

Apenas ingresaban los chiquillos en el servicio contiguo comenzaba para ellos su martirio bajo la aguja y el bisturí. En cuanto llegaban se les aplicaba una serie de inyecciones para reacciones cutáneas a la tuberculina. Unos días después, nuevas inyecciones para la vacuna antidiftérica y antitetánica. Vacunación universal, sin discusión ni examen, precisamente cuando desde hace mucho tiempo no pocos médicos llaman la atención acerca de los peligros de la vacuna antidiftérica. Entretanto, se hacía tragar a los desdichados rapazuelos un largo tubo de caucho. Sin preocuparse de sus convulsiones y de sus esfuerzos para vomitar, se aspiraba líquido de su estómago para comprobar si había bacilos. ¡Bacilos! ¡La sempiterna preocupación de los famosos bacilos, como si fueran éstos los responsables! Si se comprobaba su existencia recomenzábase cada mes el suplicio.

Si los bacilos eran abundantes se recurría al neumo. Introducíase un trocar entre las costillas del niño, se perforaba la envoltura externa del pulmón —exactamente la hoja externa de la pleura— y se insuflaba aire para aplastarlo. Si las laminillas de carne, las adherencias, retenían el pulmón a la pleura e impedían su colapso, nuevo suplicio; se tenía al enfermo sobre una mesa, introducíase un estilete cóncavo —un trocar— entre las costillas y se hacía surgir, en la pleura, una chispa eléctrica que quemaba las bridas de carne. Y un segundo trocar del tamaño de un lápiz, introducido también entre las costillas, que tenía sujeto a su extremidad una bombilla eléctrica y un juego de espejos permitía ver claro entre las pleuras mientras se verificaba la intervención. O bien, con objeto de comprimir el pulmón se cortaba el nervio que moviliza el diafragma, se introducía en él una aguja y se inyectaba alcohol para destruir el nervio. Una vez liberado, el diafragma remontaba como un globo elevando la base de los pulmones. O bien, finalmente, se demolía la armazón torácica: se aserraban dos, tres, cuatro, cinco costillas de un costado o de los dos costados. Efectuados tales estragos en el tórax, éste se

deformaba, se desplomaba y comprimía el pulmón… suplicio espantoso, devastaciones horribles y no pocas veces inútiles, porque haciendo caso omiso del estado general y de la aplicación nociva, sólo buscaban el efecto, la dolencia local. Todos o casi todos los enfermos presentaban una tara digestiva: enteritis, congestión del hígado, hemorroides, dispepsia. Pero los médicos del sanatorio se ocupaban poco, y aun de una manera accidental, de lo que primero debieran de haber atendido. Su responsabilidad no era ciertamente mayor que la de los más de sus colegas. Aplicaban las enseñanzas de la escuela con celo y buena voluntad. Mas, por desgracia, estas enseñanzas están hoy día falseadas debido a que la medicina oficial se ha especializado, fragmentado, y, actuando en compartimientos estancos, ha perdido el concepto general que antes tenía.

—Lo que yo no comprendo —dijo Michel— es que no se haya prestado mayor atención a sus consejos y que éstos no hayan sido seguidos. Cuando observo que las lesiones tuberculosas se cicatrizan gracias a un régimen purificado y personal, que las amígdalas se deshinchan, que las adenitis se cicatrizan, todo ello debido simplemente a la supresión del exceso de carne y de ácidos, mediante una alimentación sintética y desconcentrada, sin inyecciones, sin drogas, sin intervención y sin sufrimientos, me sorprende que después de veinte años no sea su obra aceptada.

Domberlé esbozó una sonrisa un poco melancólica.

—Esto es imposible, Doutreval. Y va para largo. Harán falta, todavía, innumerables fracasos de la medicina oficial, innúmeros intentos una vez más abortados para que comprenda que no hace más que dar vueltas a la noria y consienta finalmente en revolucionar sus conceptos básicos. Esta es mi esperanza y hasta mi certidumbre, pues la verdad acaba siempre por triunfar. Existirá, no cabe duda, otra medicina. Dentro de cincuenta años se cuidará en los sanatorios a los enfermos como yo he cuidado a su mujer. Yo no podré verlo. ¡Bah, qué importa! Tampoco Moisés alcanzó la tierra prometida.

—¡Cincuenta años! —exclamó Michel—. ¿Por qué cincuenta años?

—Porque no se da usted cuenta, Doutreval, de la fortaleza de las Bastillas que quedan todavía por asaltar. En primer lugar, abundan los médicos a quienes su sabiduría escolar les parece asaz satisfactoria. Abandonamos la Facultad seguros de nosotros mismos. Es lógico. Son necesarios veinte años de práctica para que comencemos a dudar de la eficacia de nuestra ciencia. Entonces uno investiga, trabaja y hace experimentos. Pero al hombre práctico le falta dinero, tiempo, y sobre todo esta… suerte que me ha sido dable de ser un enfermo y a causa de ello un incomparable campo de estudio para uno mismo. Si los grandes maestros me escucharan… La mayoría de los médicos no piden otra cosa que someterse a su autoridad. Pero falsamente los grandes maestros no sabrán de mí durante mucho tiempo. Yo no soy nadie. Ni título, ni cátedra, ni alumnos, ni dinero, ni influencias políticas, ni fuerza ninguna. Estoy ahogado en el anonimato.

—¿Y sus libros?

—¿Mis libros? ¡Una gota de agua en el diluvio de publicaciones! ¡Publicar! ¡Hoy día es el sueño de todos! Publicar cualquier cosa, procurar que hablen de uno, llegar… en esta oleada de libros y de revistas, ¿qué puede leer el médico? Una o dos revistas apenas. Los trabajos rubricados por una firma prestigiosa…

—¿Y la Prensa?

Domberlé se echó a reír.

—No bromee usted, Doutreval. ¿Qué director de periódico sería lo bastante insensato, en esta época, para permitir a un médico que atacara en sus columnas todo lo que gracias a su publicad, enriquecen y sostienen el diario? Los aperitivos, los alcoholes, el tabaco, el azúcar, los excitantes, las drogas medicamentosas, los bombones… Si bien se piensa en ello, la ponzoña de nuestra época reside en esta Prensa esclava del dinero y en esos periódicos vendidos a poderosos consorcios industriales que se

sirven de ellos para envenenar al espíritu de las masas y también (pese a ignorarse demasiado) su cuerpo. Y ellos sin contar con el propio pueblo, que no aceptará sin gruñir la condenación de su manera de comportarse, de comer, de vivir… el hombre rechaza por instinto una disciplina semejante. Y mucha gente saldría perdiendo con ello, muchos de los que viven intoxicando, consciente o inconscientemente, al público. La misión de éstos estriba en hacer callar a los clarividentes. ¡Y hasta el mismo público me rechazaría a mí! Sólo acudiría a mí en caso de fuerza mayor, acuciado por la enfermedad, el sufrimiento y la amenaza de la muerte. ¿Un médico que sueña con desintoxicar a los hombres, devolverlos a la vida sana, lejos de las ciudades, al calor del hogar; un médico que forma parte del pueblo, ese pobre pueblo deslumbrado y engañado por las promesas de los malos pastores, al que habla de abstinencia, de renunciamiento, de sacrificio, de vida sobria y al aire libre, que pretende menguar su pasto de alcohol y de alimentos excitantes, que se propone impedir que se extenúe, que se consuma, que a la hora de la enfermedad se niega a prescribir remedios heroicos, a curar en un santiamén, a sofocar el mal y que, en cambio, aconseja el reposo, los remedios naturales y suaves, la desintoxicación lenta y que respeta la misión de limpieza que trae aparejada la enfermedad? ¡Que el diablo se lo lleve! No, Doutreval, no le sorprenda a usted la acogida que me han dispensado. Era inevitable. Por otra parte, ¿acaso no es éste en la tierra el invariable papel del verdadero médico? Prodigar y verse infamado por el mismo bien que ha dispensado. Me acuerdo de un tal Emile…

—¿Qué Emile?

—Un hombre que quise resucitar. Se llamaba Emile. Estaba empleado en el sanatorio cuando yo figuraba allí como ayudante. Una mañana, estando yo en el pabellón, llegaron los internos y me dijeron:

»—Emile ha muerto.

»—¿Muerto?

»—Sí. Se le ha encontrado ahorcado en un dormitorio. Van a llevárselo al anfiteatro para la autopsia.

»Me precipité hacia el dormitorio y entré en él al mismo tiempo que los dos camilleros con las parihuelas. Di orden de que desnudaran a Emile, mojé una toalla en una jofaina de agua fría y comencé a brazo partido a golpearle el pecho con una toalla mojada. La operación duró diez minutos o un cuarto de hora. Los internos me contemplaban con una risita irónica y me dijeron:

»—Esto es una idiotez. ¿Acaso no se da usted cuenta de que está muerto? Lo hemos hecho todo; tracciones de la lengua, respiración artificial…

»Sin embargo, proseguí mi tarea. Cuando estaba bañado en sudor solicitaba un sustituto y luego reanudaba mi labor. Bajo nuestros golpes el cuerpo de Emile comenzó a despellejarse.

De pronto la faz del suicida cobró un imperceptible tinte rosáceo. Dibujó una mueca y soltó un estornudo. Luego, con el confuso murmullo de un beodo al que se molesta, gruñó:

»—¿Acabaréis de fastidiarme?

»Ésta fue su única expresión de agradecimiento.

»Los internos se limitaron a decir:

»—Poco grave debía ser el Síncope cuando con un poco de agua fresca se ha reanimado.

»Ahora bien, la administración del hospital se quejó amargamente de que por una nimiedad se hubiera echado mano de dos camilleros y unas parihuelas y me advirtieron que no me metiera en tales cosas. ¿Se ríe usted le aseguro que no invento nada.

»A menudo he pensado, Doutreval, que este incidente comprendía la historia entera de mi vida. La Providencia se ha servido de mí y me ha permitido devolver la salud a mis semejantes con un poco de agua fresca, aire puro y alimentos sanos. Pero nadie ha dado crédito a estos medios por demasiado sencillos, demasiado naturales, demasiado fáciles y al alcance de todos los hombres. Todos aquellos que han visto amenazadas la rutina, la ciencia complicada o las industrias fructuosas malsanas no me lo

han perdonado. Y la humanidad me ha contestado con injurias y se ha preguntado enfurecida quién era el importuno que quería impedirle que reventara en paz.

Domberlé llevaba una extraña vida de reclusión y de labor incesante. Se levantaba a las siete de la mañana, se dedicaba al estudio y luego despachaba la correspondencia. Marchábase después a efectuar su visita cotidiana al sanatorio. Volvía a su casa a la hora del almuerzo, una singular comida consistente en un poco de ensalada, trigo crudo, trigo cocido, un plato de patatas y fideos hervidos, un pedazo de queso, un plátano y un pastel de huevo. Mientras engullía la espesa mezcla casi siempre calentada de cualquier manera por la sirvienta, llegaban sus alumnos, médicos establecidos por los alrededores, interesados en sus enseñanzas y que cada mediodía acudían a pedirle consejo y a someterle casos difíciles.

—He autorizado a la chiquilla a que coma un poco de carne pero la temperatura no cede.

—Mi parturienta no consigue reponerse. Esas grietas en los pechos…

—Tengo un enfermo que a mi parecer presenta todos los síntomas de la fiebre de Malta…

—¿Qué opina usted del régimen que ha prescrito a mi diabético? ¿Quiere usted echar una ojeada sobre las hojas de sus minutas?

Domberlé engullía dos bocados, tomaba las hojas, hacía apuntes con el lápiz, reflexionaba un instante, luego daba explicaciones, corregía, interrumpía, corroboraba, pinchaba dos veces seguidas con el tenedor, se limpiaba los labios y volvía a comenzar su curso de medicina.

Después de comer se echaba en la cama durante una hora. Luego recibía sus clientes hasta las cinco. Una hora de trabajo en el jardín, una cena a base de legumbres verdes, patatas y frutas, y Domberlé reanudaba su tarea hasta medianoche. Lectura de revistas y estudio de los progresos de la medicina oficial, sus investigaciones y sus nuevas orientaciones endocrinología, vacunas, terapéutica a seguir en los casos de «shock», homeopatía, psicoanálisis, simpaticoterapia… Así, desde hacía veinte años. Domberlé veía surgir una teoría tras otra, y pasaba su vida poniendo en guardia a sus enfermos y prediciendo los fracasos que nunca dejaban de producirse… Y cuando las «ideas nuevas», las modas y los caprichos habían pasado y no quedaba de ellos más que ceniza, una nueva y falaz armazón se levantaba a poco sobre las ruinas de la anterior, atraía de nuevo la atención de todos y encubría una vez más la verdad. Y Domberlé reanudaba la lucha.

Estaba en el sanatorio con las incomprensiones y estupideces administrativas y los milagros que había que realizar sin un céntimo. Estaba también la revista que tenía que escribir y el periodiquillo que publicaba Domberlé para mantener el contacto con sus enfermos. Todo tenía que hacérselo él mismo, desde escribir los artículos hasta la elección de los caracteres, la tirada de las fotografías y las correcciones tipográficas. Estaba también la reedición de sus libros, las adiciones y las supresiones. Y finalmente la correspondencia, una correspondencia voluminosa, extenuante, que a veces obligaba a Domberlé a pasarse toda la noche escribiendo, sentado en la cama, con un edredón bajo sus espaldas y una cartulina sobre las rodillas. Cartas innumerables de quienes, lejos de allí, amigos o desconocidos sufrían a quienes era preciso aconsejar en el aislamiento en que se hallaban y disipar el terror que la medicina clásica, con sus inyecciones y violencias, les hacia experimentar y a quienes había que preservar de cometer graves errores, conducir, guiar, semana tras semana y a veces durante meses enteros. Enviaban regularmente sus minutas y sus observaciones Domberlé, con las hojas de temperatura a la vista, modificaba los regímenes, aumentándolos, disminuyéndolos o dosificándolos. En los más de los casos no podían pagar. Algunas veces, muy pocas, incluían un sello de correos para las respuestas. Así, Domberlé, los iba sosteniendo a veces al día, otros de hora en hora para ayudarles a vivir o aliviar su muerte. Su vida estaba sujeta a las de sus enfermos. Cuando todo había terminado, su ficha se sumaba al montón. Y así, el que acababa de morir serviría quizá dentro de diez años para salvar la vida de otro.

No faltaban los que pedían consejo para un matrimonio, la adquisición de un terreno, la colocación de sus pequeños ahorros, un testamento o un destino que se les ofrecía. Le escribían también algunos médicos solicitando explicaciones u orientaciones. Destinado a ellos preparaba Domberlé un «Arte de la Medicina». Algunos clientes reclamaban recetas, minutas y preparados edulcorados y desconcentrados. Entonces Domberlé se instalaba en la cocina y dosificaba pesos de harina, azúcar y huevo para asegurar una dilución suficiente. Trabajaba al mismo tiempo en un libro de cocina para uso de enfermos y en una guía para los aficionados a la agricultura casera. Intentaba en su huerto el cultivo de las mejores ensaladas, las especies dulces de patatas y peras, y las cerezas y ciruelas no ácidas, es decir, no desmineralizantes. Con destino a este libro pasaba en su jardín horas enteras tendiendo trapos blancos detrás de las ramas de un peral para fotografiar los botones, los dardos, los esforrocinos, los injertos, las partes a podar en invierno y aquellas otras a podar en verano. Solo, sin ayuda alguna, falto de recursos suficientes, se pasaba las noches revelando en la bodega los maravillosos clisés logrados a fuerza de virtuosismo con una vieja máquina de la que ni siquiera hubiera dado un ochavo cualquier trapero. La gente se mostraba extrañada y le decían:

—¿Por qué no solicita usted los servicios de un fotógrafo? ¡Es muy sencillo!

¡Como si él fuera muy rico y pudiera dar cita en su huerto a las cuatro estaciones a un tiempo!

Y todo ello lo realizaba con medios irrisorios: bañadores para los chiquillos del sanatorio confeccionados con vendas, la cuerda de nudos pasada por encima de una puerta, una máquina fotográfica vieja y abollada, y, como ayudantes, un ex jubilado de ferrocarriles, que hacía las veces de hortelano, y un antiguo pasante del pabellón de incurables que iba a verle con su cochecito y que se dedicaba a sacar copia de sus manuscritos. Prodigios realizados sin dinero y sin ninguna ayuda, gracias a pequeños ahorros, a acopios de energía que ese hombre ya avejentado recuperaba con un enorme esfuerzo de voluntad, a un incesante cuidado de sí mismo y de su alimentación. Y en cualquier parte y momento, en cuatro se presentaba la ocasión, se tomaba un descanso de dos o tres minutos, con los ojos cerrados y las piernas estiradas, lo que le permitía reanudar el trabajo durante media hora.

«He aquí a un hombre que se está matando —se decía Michel—. ¿Por qué? Por una verdad. De sobra sabe él que se está matando. Pero se aviene a ello para hacer el bien. ¿A quién? A la inmunda humanidad que prescinde de sus servicios, los rechaza, que le desprecia y le odia. Sin embargo, no ceja en la tarea que se ha impuesto. ¿Por qué? Porque los hombres no creen fácilmente en la humanidad, pero menos aún se resigna un hombre a ahogar lo que él juzga la verdad que a morir. Cuando está seguro de una verdad, para él morir no cuenta. Decididamente la grandeza humana es infinita».

Esa lección viviente de energía, de optimismo, de tenacidad, de voluntad, esa obra enorme edificada desde hacía cuarenta años por un sentimiento moribundo en continua resurrección, aplicando su debilidad y su enfermedad a la magnífica labor de salvar al prójimo, llenaba a Michel, cuando pensaba en ello, de una profunda admiración. Ahora comprendía la frase favorita de Paul Domberlé, citando a San Pablo: «Me complazco en mi debilidad porque cuando soy débil es precisamente cuando soy fuerte».

Pobreza, soledad. Dos cosas que hasta aquel momento, a los ojos de Michel como a los de todo el mundo, significaban ceguera, error, impotencia, y que para Domberlé constituían la prueba cierta y como el sello visible de la protección divina y de la verdad. Un día fue a visitarle una mujer. Nada había comprendido y se había rebelado contra las exigencias del régimen y los sacrificios de la nueva vida que Domberlé le había ordenado. Se disgustaron (curiosas escenas se desarrollaban a veces en el despacho de Domberlé). Y la mujer acabó por gritar:

—¡Loco! ¡Loco! ¡Usted no es más que un loco! ¡Vive usted solo, completamente solo! ¡Desconocido! ¡Perdido aquí! ¡Desconocido! ¡Y afirma usted estar en posesión de la verdad! ¿No se da usted cuenta de que está usted solo, completamente solo?

La mujer se reía de él en sus mismas narices.

—Y yo —dijo Domberlé a Michel—, mientras la mujer vociferaba, estaba pensando: «Esta es la verdad. Así estoy yo. Completamente solo estoy solo precisamente porque persigo la verdad. Ésta es la prueba de que la poseo»

«Y además —solía decir a menudo— la obra así realizada es más sólida. Cuando uno está solo, tiene a Dios a su lado»

Domberlé sentía la presencia de Dios en todas partes. Dios permitía el bien y el mal, las tristezas y las alegrías. Todo concurrí al mejoramiento del hombre, al progreso de la evolución. Nada exasperaba tanto al viejo médico como oír hablar de casualidad, de buena suerte o de mala suerte.

—El azar no existe —afirmaba Domberlé—, ni tampoco la suerte. Detrás de todo cuanto a uno le sucede existe una intención, un fin, está Dios. Perdóneme usted que le habla de mí mismo, pero es lo que uno conoce mejor. Pues bien, si yo hubiera creído en la suerte, no hubiera hecho nada, me habría abandonado y estaría enterrado mucho tiempo ha. Y conmigo, algunos enfermos a quienes, a pesar de todo, he ayudado a vivir.

«¿Desgracias? Las he tenido todas. Nacer enfermizo, heredo artrítico y ser extraordinariamente sensible y clarividente con respecto a las drogas químicas. Ser sajado por grandes cirujanos, gracias a los cuales he comprendido la inutilidad de toda intervención quirúrgica si no se sigue después una alimentación y una vida sanas. Volverme tuberculoso y ser sobrealimentado, cebado, sometido a inyecciones y drogas de acuerdo con los métodos clásicos más devastadores. Ingerir una mañana por equivocación, un purgante que había de matarme y que me puso en cambio en el camino de la verdad; atrapar un ganglio en el sobaco que, al no ser intervenido a causa de mi hígado, me ha servido para corregir mi régimen y, finalmente, curarme. Ser mal visto y mal pagado en mi hospital, haber tenido que hacerme una clientela, editar mis libros y mi revista. Ser un hombre medio muerto, casi clavado en la cama desde hace diez años, escribiendo acostado durante la mitad de mis noches, sobre mis rodillas encogidas. Vivir con un huevo al mes y una sopa infecta, sin aceptar otra cosa… Diez volúmenes podrían dar cabida a mis desdichas, todas las cuales ostentan un solo nombre, siempre el mismo: la providencia, la buena Providencia que me ha zarandeado, maltratado, enderezado a garrotazo limpio, protegido milagrosamente y que, finalmente, se ha valido de todas mis congojas para salvarme y salvar a algunos de mis semejantes. Si yo no me hubiera mostrado ante el Padre Eterno como una bestia de carga, un juramento de buena voluntad dispuesto a soportarlo todo: si yo no hubiera aceptado siempre lo peor y luchado por la verdad de una manera salvaje, sin cálculos ni concesiones, si me hubiera sublevado, rebelado, saturado de odio, asqueado, animado de un sentimiento de obstrucción sistemática de rebeldía contra la existencia, de un espíritu de envidia, de celos, de venganza, de ambición, de orgullo; si yo lo hubiera achacado todo a la mala suerte, al azar, y hubiera maldecido al vida, entonces hubiese roto los lazos que me unen a la Providencia y seguido el consejo de la mujer de Job: «¡Maldice a Dios y revienta!» Habría maldecido de mi mala suerte, muerto diabólicamente e ido a reunirme con el Dios de la mala suerte y el azar: ¡Satanás!

Aquel hombre débil «siempre muriéndose y sin embargo viviendo, enfermo, pero no hasta el punto de morir, triste y siempre alegre, pobre y enriqueciendo a los demás, no teniendo nada y poseyéndolo todo», era radiante y optimista, y se mostraba un magnífico dispensador de energía y de vida. Místico armado de sumisión y de constante buena voluntad, sabiendo ver el dedo de Dios en todas las circunstancias de la vida, dispuesto a todos os calvarios, frío ante los goces de sus semejantes, perro guardián de la Verdad, sobrepasaba en mil aspectos, con sus sencillez, el escepticismo elegante y estéril, la intelectualidad brillante y sin alma de los grandes maestros, los Heubel, los Géraudin, los Suraisne, todos los «patronos» ilustres que Michel había frecuentado, hombres colmados de sabiduría y de gloria, pero que carecían de esa armazón, de esa fe robusta en la vida, esa certidumbre de lo mejor del Progreso, de la victoria final del Bien y de la Vedad, de donde Domberlé extraía toda su fuerza. Tenía una manera personalísima de ver el universo, una visión sencilla, tan amplia y poderosa que sobrecogía a Michel como una página del Apocalipsis. Dos poderes disputándose el mundo; la luz

contra la oscuridad, el Bien contra el Mal. Uno proponiendo la felicidad, la rebeldía contra la desgracia, la búsqueda del goce, el sexualismo, al divinización de la humanidad, el despilfarro sin freno con la superproducción hasta el infinito, la uniformidad de los hombres, de las naciones, de los sexos, de las viviendas, el colectivismo de los habitáculos, de los hospitales, de los asilos y de la caridad pública. El otro, presentando la vida como una prueba, preparación de otra vida mejor, que sólo puede merecerse mediante la sujeción alas leyes naturales, con frecuencia duras pero siempre útiles y provechosas, y, a fin de cuentas, la resignación, el sacrificio, la existencia enteramente aceptada, sin elección ni negativas: trabajo, familia, hijos, sobriedad, continencia, renuncia… No obstante, tras ese rudo esfuerzo, sin haberla buscado ni pedido, existía la felicidad, la única felicidad terrenal humilde y verdadera que al hombre le es dable poseer.

CAPÍTULO II

Un día en que fue a ver a Tillery, Michel encontró en casa de su amigo a Seteuil, que se hallaba de paso en París en compañía de Santhanas.

Santhanas había abandonado la homeopatía. No daba ningún rendimiento. También en este ramo la competencia era excesiva. Había demasiados médicos en París, en las grandes ciudades adonde todos los jóvenes quieren ir a vivir, mientras el campo carece de médicos. Santhanas había caído muy bajo. Prestaba su título, su diploma, a un curandero en boga, una especie de magnetizador que hipnotizaba a sus enfermos. Y los despachaba a su casa persuadidos de que ya estaban curados. Evidentemente, dejaban de sufrir, pero la enfermedad proseguía sus estragos, más peligrosos aún por el hecho de no hacerse visibles. Este curandero, que acababa de pasarse seis meses en la cárcel por ejercicio ilegal de la medicina había juzgado prudente parapetarse tras una mampara. Santhanas cumplía esta misión. Examinaba a los enfermos en presencia de su «maestro», el curandero, quien no teniendo contacto con ellos, no desempeñando en apariencia más que el papel de testigo y consejero, no podía ser perseguido.

Por ejercer esta profesión de ayuda cámara, Santhanas percibía cien francos diarios. Se lo contaba con una risita a Seteuil y a Michel, que estaban asqueados. Su «patrono» explicaba, le apreciaba mucho y Santana se aprovechaba de ello para hacerle «cantar». Pues no resulta fácil encontrar un doctor en medicina que se humille hasta semejante servidumbre.

Seteuil acababa de perder a su mujer. Se casó sin sentirse enamorado, sólo por la dote, y estaba bastante conformado. Gracias a la existencia de un hijo, una criatura de pocos meses, heredero legal de la fortuna materna, no se había visto desposeído del dinero.

Cuando supo que Michel tenía la intención de establecerse le habló del Norte, del centro industrial donde él prosperaba. Un anciano colega que acababa de morir dejaba allí una plaza vacante. Seteuil prefería que en lugar de un desconocido la ocupara un amigo. La comarca, casi lindante con la frontera belga, era agrícola y poseía algunas fábricas importantes que proporcionaban accidentes de trabajo. La vivienda, carente de lujo, era decente. Michel se tomó interés y prometió trasladarse allí.

Michel partió hacia el Norte, donde Seteuil le esperaba. El burgo fue de su agrado. Constituía el suburbio de una ciudad industrial, una aglomeración de cinco o seis fábricas y algunos barrios obreros situados en medio de los campos de remolachas, de patatas y de trigo. Desde Lille el viaje en ferrocarril era corto. La casa del viejo médico a quien Michel se proponía suceder se encontraba en las afueras, casi en el campo, al final de un terroso sendero bordeado de sauces desmochados. Había también un jardín espacioso, pero abandonado. Seteuil aseguraba que Michel podría ganarse holgadamente la vida. Para comenzar, se encargaba de proporcionarle una suplencia. El doctor Becquerel, diputado, buscaba un sustituto por espacio de algunos meses. Ello le depararía en los primeros tiempos unos ingresos considerables.

Michel se decidió. Fue a ver al propietario, firmó un contrato de arrendamiento y regresó a París para hacer con Evelyne los preparativos de su nueva vida.

La víspera de su marcha para el Norte, se trasladó con Evelyne a Saint-Cyr, por última vez, para ver a Domberlé.

—No —dijo el viejo maestro—, no me agradezcan nada. Divulguen a su alrededor la verdad que yo les he hecho conocer. Nada más. Ya verán ustedes cómo no les será fácil hacerlo. Escríbanme cuando tengan alguna dificultad, pídanme consejo… Yo les guiaré. Me apena en verdad verles marchar, Doutreval. Nuevamente estaré solo… Ya me había acostumbrado a ustedes. ¡En fin! Es mi sino…

—También yo, maestro, lamento mucho…

—No lamente usted nada —repuso Domberlé—. Soledad y silencio, éste es mi destino. Y no lo olvide; no reniegue, no sirva a dos amos, sea a su vez lo que yo he querido ser a rajatabla; el perro guardián de la verdad. Será usted infamado, vilipendiado, escarnecido y traicionado. En las horas de prueba recibirá usted inexplicables y prodigiosos socorros y se verá usted milagrosamente reconfortado, aliviado y apoyado. ¡No lo olvide!

Levantó la mano. Había en sus ardientes ojos y en su barbuda faz de viejo profeta una gravedad y una solemnidad bíblicas:

Lucha por la verdad hasta la muerte.
Y Dios nuestro Señor combatirá por ti.

De vuelta de Saint-Cyr, Michel fue a despedirse del profesor Norf. El viejo maestro de Michel le recibió en el espacioso laboratorio de anatomía patológica, entre fotografías de ratas cancerosas y jofainas donde maceraban unas manos cancerosas. También Norf le dijo con acento melancólico:

—Claro… Ya me lo figuraba… Era fatal… Pero es una lástima. Seguramente habría usted hecho algo. Le echaré de menos.

Hacía veinte años que Norf no había hablado de este modo.

—También yo, señor —explicó Michel—, siento por usted…

—¡Oh! —exclamó Norf—. Ya estoy acostumbrado, ¿verdad Vanneau?

Dedicó una sonrisa un poco triste a su viejo y fiel ayudante de laboratorio.

—Todos los jóvenes me abandonan. Siempre ha ocurrido así. Hay que vivir. Aquí no le pagan bien a uno. Yo, ya lo ve usted, soy un viejo loco… Ya me doy por contento… la ciencia… las investigaciones… Mi mujer ha consentido en sacrificarse conmigo… Mas para los jóvenes es una carga excesiva… De todos modos es una lástima. Se me habían ocurrido algunas ideas que destinaba a usted… Cosas que usted podría haber publicado…

—Tiene usted que publicarlas por su cuenta.

Norf sonrió.

—¿Yo? Apenas se han publicado una docena de cosas mías en toda mi vida, Doutreval. Se suele publicar demasiado. Con frecuencia, en busca de una gloria efímera. Los médicos se ven apabullados bajo el fárrago de tantas publicaciones. Cuando uno no tiene verdaderamente nada que decir debe callarse. El sacrificio más duro para un sabio es el silencio.

Por primera vez Michel observó en el rostro del viejo «patrón» el reflejo de una emoción secreta. La tristeza de un hombre que se ha pasado la vida en pos de una verdad científica y que, habiéndola descubierto, se resigna a ofrendar su vida por nada y a guardar silencio. Norf estrechó las manos a Michel, se volvió, se instaló delante de un microscopio y a partir de aquel momento pareció haberse olvidado de la existencia del muchacho. Michel dio un abrazo a Vanneau, emocionado y a punto de saltársele las lágrimas y se marchó.

No había de volver a ver a su viejo «patrón». Norf había temido siempre la vejez, la llegada del día en que sería jubilado, en que le echarían de su laboratorio. Disfrutaría entonces de una pensión irrisoria, mientras esperaría la muerte en la ociosidad, el fastidio y la soledad.

La muerte fue piadosa con él. Un día se lo llevó en un abrir y cerrar de ojos mientras estaba trabajando en el laboratorio.

De vez en cuando, Norf atendía gratuitamente a desventurados que encontraba en el hospital. Uno de ellos, con un cáncer incurable y a quien Norf había ocultado piadosamente el nombre de su enfermedad, fue a visitar a otro médico. Éste, joven y deseoso de dar muestras de su saber, se apresuró a decirle:

—Lo que tiene usted es un cáncer, amigo mío. Los que hasta ahora le han cuidado son unos imbéciles y unos criminales.

Al salir, el hombre se compro un revólver. Aquella misma tarde fue a ver a Norf. Le encontró en su laboratorio e hizo cuatro disparos sobre él. Norf, alcanzado en la frente, se desplomó sobre el microscopio y murió al cabo de unos minutos. El asesino, detenido, se ahorcó en su celda algunos días después.

Louise, la viuda del viejo «patrón» de Michel, se marchó de París y se trasladó a provincias a llevar una vida mezquina, dolorosa y sin objeto alguno. Y un nuevo «patrón» sustituyó a Norf. De cuanto poseía el viejo maestro quedaron algunos ratones en las conejeras, plagados de sarcoma, y que le sobrevivieron muy poco tiempo. Y en los pasillos, pedazos de intestinos y más fotografías de ratones cancerosos, de los que Norf se mostraba particularmente orgulloso, y que ostentaban estas etiquetas:

(Sarcoma del hígado -NORF, 1928)

Ni un artículo ni un estudio. Sólo algunas notas dispersas que nadie sentiría la curiosidad de consultar. Ni siquiera un colorante al que dejar su nombre. La parte de la ciencia que correspondió a Norf era la más amarga y negativa; explorar los caminos sin salida posible para que los demás no pierdan el tiempo con ellos.

Por otra parte, si acaso había descubierto algunas cosillas útiles y personales, había sido demasiado modesto, demasiado escrupuloso y no había querido publicar nada con precipitación o que no fuese absolutamente cierto, hasta el punto que nadie sabría nunca nada de su esfuerzo.

Sin embargo, el pensamiento de Norf animó aún durante mucho tiempo el laboratorio de anatomía patológica. El viejo Vanneau, ayudante del laboratorio, se quedó. Y cuando el nuevo «patrón», el profesor Gamblin o su ayudante no acertaban a explicarse un corte de difícil interpretación, hacían lo que Michel, y llamaban a Vanneau con cierto disimulo:

—Fíjese, Vanneau, es un caso curioso. Venga a ver, ¿Vio esto antes?

Vanneau echaba una ojeada al microscopio. Y con gran deferencia, prudente según su costumbre y parapetándose tras el recuerdo y la autoridad de su viejo «patrón» desaparecido, para no humillar demasiado a sus sucesores, decía:

—En un caso como éste, me acuerdo, señor profesor, que el señor Norf decía: «Se trata de un sarcoma…»

Así el laboratorio se veía animado por la ciencia de Norf que iba derramando Vanneau, singular depositario de la experiencia del viejo sabio.

En la fría alborada empañada por esa bruma de verano, esa especie de vaho que exhala de noche el ardoroso París atemperando un poco su fiebre, salía el tren de la estación del Norte. Tillery y *Choute* acompañaron a sus amigos hasta el último momento y aún permanecieron un buen rato en el andén. Sentados uno al lado del otro en su compartimiento, Michel y Evelyne contemplaban el rápido desfile de los sórdidos edificios, las masas de altos, mugrientos y negro inmuebles donde bullen los sufrimientos de las civilizaciones industriales. Montmartre iba ascendiendo lentamente en el horizonte. Encima de la densa bruma, ya dislocada y perforada por los rayos del sol como las humaredas errantes sobre un campo de batalla, surgía, semejante a una Acrópolis, su templo luminoso y rosado. El vagón

de tercera clase estaba atestado. Una mujer sacó de un paquete unas tartas y huevos duros y se dispuso a comer. El tren iba aumentando su velocidad y rodaba hacia Creil, la Picardía y el Norte.

Michel, con el corazón un poco oprimido, guardaba silencio. De nuevo, la aventura y la vida conyugal por primera vez, la terrible prueba para ambos de la vida dura y verdadera con la que jamás a excepción de algunos días, se había enfrentado. La medicina, la clientela aún por hacer, el dinero a ganar día a día, desde el primero al último día del año, sin ingresos, sin sueldo, sin ayuda de nadie, con los cuidados que la frágil salud de Evelyne requería…

Miró a hurtadillas a Evelyne. Ésta hizo lo propio, puso la mano sobre la de su marido y le sonrió. Michel se sintió confortado. Evelyne no tenía miedo. Y una vez más comprendió la fuerza que da el conocimiento de la miseria.

CAPÍTULO III

Un dardo de pálida luz se coló a través de las cortinillas azules e iluminó el rostro de Fabienne. Sintiéndose molesta se agitó un momento, el sordo traqueteo del vagón, la cadencia rítmica y opaca de las ruedas sobre los raíles, el poderoso y cercano jadeo de la locomotora corriendo a lo largo de una empinada cuesta. Fabienne estiró los brazos, abrió los ojos, reconoció el exiguo marco —caoba, linóleos claros, níquel— de su reducido compartimiento en el coche cama, cobró de nuevo su conciencia y se acordó de todo. Buscó su reloj de pulsera. Estaba parado. Sin embargo, un haz de luz rosada, filtrándose entre las cortinillas y el tabique, formó una larga diagonal luminosa donde danzaban los átomos y que, girando lentamente con el tren, iluminaba sucesivamente la mesita y el vaso de agua, el cerrojo de cobre de la puerta, la sábana blanca, ascendía hacia Fabienne, le acariciaba la mano y trepaba a lo largo de su brazo. El dardo impalpable se posó en su rostro, jugueteó con sus despeinados y negros cabellos, se extinguió, cercenado por el borde de la ventanilla, y se posó de nuevo en su faz cuando el tren tomó una curva. De pronto, Fabienne se desprendió del cobertor, puso los pies en el suelo, se vistió en un abrir y cerrar de ojos, se encaminó a la ventanilla y apretó el botón de las cortinillas que se arrollaron de golpe, silenciosamente.

Debían de ser las cinco de la mañana. El lago de Bourget, desierto, solitario y silencioso, encajado en su corona de montañas, ofrecía en la claridad de la aurora su inmenso corte luminoso, su magia de luz azulada, vaporosa, fundida, mezclándose el azul del agua con el de las montañas y el del cielo, matizándose ligeramente de violeta a lo largo de la sombría muralla de Dent du Chat, de oro pálido y de plata a lo lejos, hacia Chambéry, allí donde saliendo el sol entre las franjas de nubes, deslizaba sus rayos oblicuos a través de las nieblas del alba, tibias y dilatadas, tenues, frágiles, vaporosas y diáfanas como gasas impalpables, maravillosos chales, transparentes y azules esparcidos sobre las aguas. Del a base a la cima del Dent du Chat, sobre ese hervor de los vapores pastel, turquí y azulados, se abatía acá y acullá, neta y milagrosamente suspendida y oscilante en el borde de la montaña, una gruesa bala de bruma blanca y compacta, como un alud de nieve retenido allá arriba por no se sabe quién. Otras nubes, más bajas, colgadas a su peso de un abeto, de un peñasco o de la maleza detenían allí su camino, y, agrietadas y deshilachadas, soltaban copos de su lana. La luz que arrullaba las cimas de los montes, descubría abajo, en la ladera de una montaña, un calvero angosto e inclinado y un cuadrado de hierba muy verde colgado sobre el abismo, en el que se columbraba un minúsculo hotelito de madera, con los postigos cerrados, pero de cuya pequeña chimenea ascendía un hilillo de humo. Cerca de la vía férrea, una corriente de agua de color aguamarina se deslizaba en menudas ondas sobre el fondo blanco de guijarros y cantos, ocultaba las hierbas acuáticas y moría desmayadamente bajo las ruedas de los vagones. No se veía a nadie en el lago. Virgen y agreste, extendíase el Bourget en la inviolada y espléndida soledad del amanecer. Sólo en las proximidades de Aix, Fabienne vislumbró en lontananza una pequeña embarcación de vela, semejante a un gran pájaro que apenas se movía, deslizándose hacia Hautecombe y dejando tras de sí una estela silenciosa. No se veía a bordo ningún ser humano.

—¡Le Bourget! ¡Le Bourget! —murmuró Fabienne con la cara pegada al cristal.

Saludaba al lago como si lo hiciera con un viejo amigo, con un confidente. Desde su infancia iba a descansar y pasar las vacaciones en aquellas riberas. Cada año le gustaba más. En aquella ocasión iba allí fatigada, extenuada. En la clínica Epidauria se había prodigado mucho. Y, por añadidura, después de unos meses de trabajo agotador, un golpe brutal, fulminante, la muerte de Mariette, el trastorno del hogar familiar, el abatimiento del padre que se temió muriese o perdiese la razón durante los días

siguientes a la catástrofe. Fue preciso vigilarle, no dejarle solo un instante, hacer lo imposible para distraerle y aventar su obsesión. Huot y Van der Blieck aconsejaron:

—Sobre todo, no dejarlo solo. Y que no vea llorar a nadie.

Se mostraba demasiado sosegado. Parecía estar sumido en continuas meditaciones. Por último, al cabo de quince días Doutreval se decidió a vivir y se avino a acompañar a Fabienne a Aix—les—Bains por algunas semanas. En cuanto a ésta debía permanecer allí más tiempo. Por lo menos tres meses, había dicho Huot. Necesitaba un largo reposo.

A los dos días de su llegada Fabienne se fue a pie a Aix, distante escasamente dos kilómetros de la villa «Graziella» donde residían. Fabienne sabía que Guerran continuaba hospedado en el Continental y esperaba encontrarlo en el hotel.

Le hubiera gustado mucho volver a verle y estaba segura de que también él estaría contento. Pero Guerran había salido para Blois, donde se celebraba el gran congreso anual de su partido. Había reservado sus habitaciones, pero nadie sabía si volvería y cuándo. Fabienne volvió ala villa «Graziella» un poco decepcionada.

—Mucho te acuerdas de tus enfermos —bromeó Doutreval.

—Es verdad. ¡Si le hubieses cuidado como yo!

—¡Bah! Ya tendremos ocasión de volver a verle en Angers. Dicho sea de paso, no me disgustaría. Sería para mí una relación muy útil. Ya hablaremos de ello.

Los Doutreval ocupaban toda la villa a excepción de dos pequeñas habitaciones de la planta baja que, durante la temporada veraniega, se reservaban para si los propietarios, los señores Droux. El alquiler de las restantes habitaciones constituía su principal fuente de ingresos. Todos los años, desde su más tierna edad, Fabienne pasaba algunos meses en la «Graziella» bajo los cuidados maternales de la oronda señora Droux. Allí se encontraba como en su propia casa. Cada rincón de la espaciosa huerta despertaba en ella mil recuerdos. La villa se levantaba al norte de Aix-les-Bains, un poco más allá del Petit—Port, a orillas del torrente de Sierroz. Al otro lado de un jardincillo trivial y excesivamente bien rastrillado, se extendía un campo de alfalfa plantada de ciruelos, melocotoneros y perales, y, más lejos aún, una vasta pradera donde pacían las cabras de la señora Droux; un soberbio cuadrado de tupida y vede hierba franqueado en toda su extensión por el rápido curso del Sierroz y bordeado de una hilera interminable, compacta y magnífica de altos álamos italianos, amplia colgadura palpitante y murmurante, suntuosa tapicería de follaje sobre el fondo de rosado granito de Mont-Revard.

Fabienne iba en pos de las cabras u ordeñaba a Poupette, Ginette o Coquette, un grupo de chivas ariscas y traidoras, cariñosas y fantasiosas como mujeres demasiado mimadas, con sus ojos en forma de almendra, de un extraño gris de aguamarina o de un pardo subido orlado de negro. Ayudaba a la señora Droux a elaborar duros quesitos para la provisión del invierno. Revolvía el heno con el señor Droux. Sulfataba la viña que se extendía a uno y otro lado de la huerta, cercada con alambre a la altura de un hombre. Iba a echar una ojeada a los sedales colocados con disimulo en el Sierroz, las nasas, la ventrudas garrafas de vidrio donde los peces, tras introducirse en ellas, quedaban aprisionados. Luego volvía ala villa, entraba en las habitaciones de la señora Droux y le pedía una tarta de queso y un jarro de fuerte y áspero vino. Después iba a la huerta a reunirse con el señor Droux. Sacaba agua del pozo bajo el espeso follaje del flexible sauce a cuyo alrededor zumbaban constantemente los mosquitos, efectuaba la «cosecha de huevos» y trepaba a los cerezos para llenar, con destino al mercado del siguiente día, una cesta de frutos maduros y saciarse al mismo tiempo de jugosas cerezas gordales. A modo de recompensa, la señora Droux le ofrecía parte de su cena, un enorme plato de sopa donde nadaba una gruesa rebanada de pan. Y luego, una tarta de queso y un poco de vino. Una hora después, al entrar Fabienne en el comedor, declaraba a su padre con expresión melancólica:

—¡Qué extraño! Esta noche no tengo apetito.

A pesar de esta falta de apetito, después de una semana de reposo, reaparecían las rosas en sus mejillas y el brillo en sus ojos.

Hay sufrimientos que es preciso soportar hasta el final. Actúan en el hombre como un ratón en un cadáver. Los sufrimientos deben roerle a uno hasta los huesos, hasta que falte la carne y deje uno de sufrir. Siempre se acaba por resistir todos los dolores. Pero quien carece de consuelo de la fe sólo lo logra en el agotamiento de la sensibilidad, la facultad del sufrimiento conseguida a fuerza de sufrir. Cuando uno ha muerto espiritualmente, cuando el corazón es una llaga, cuando se llega al límite extremo de las fuerzas, cuando el cerebro, extenuado, rehúsa pensar por más tiempo y ni siquiera consigue evocar y recordar, entonces el bruto reclama. Se echa uno en cama y logra conciliar el sueño. Doutreval hacía la experiencia de este interminable viaje hasta los límites de la miseria, hasta el gélido país en que no es ya posible torturarse. Era desmesuradamente largo y atroz. Sin embargo, sin razón alguna, sin saber por qué, no quería hurtarse de é. Hubiera podido viajar con Fabienne, salir, jugar, beber, leer, trabajar, visitar Grenoble, Annecy, ginebra, los centros donde colegas suyos aplicaban su método de curarización. Se lo negaba a sí mismo. Tenía la vaga sensación de que hurtándose a su dolor perdería algo infinitamente precioso; un enriquecimiento moral. No acertaba a comprenderse a sí mismo.

Ni siquiera la presencia de Fabienne le consolaba. En los momentos en que su hija se acercaba a él o cuando iban a pasear juntos por el campo o cuando ella trataba de distraerle o consolarle, diríase que se acentuaba aún más la horrible sensación de vacío, de ausencia, de que sufría. Por más que Fabienne se prodigara, faltaba Mariette. Ya nadie volvería a verla jamás. Todas las ternuras de Fabienne no conseguirían reemplazar a Mariette. Después de la catástrofe, Fabienne tenía, para Doutreval, un valor cada vez más precioso. Pero cada vez que la veía no podía dejar de recordar a aquella que no volvería a ver nunca más.

Por esto Doutreval solía ir solo a la montaña. Sin embargo, a veces le acompañaba Fabienne. Cruzaban el lago en barca y tomaban tierra en Bourdeau. O tomaban el autobús que los conducía hasta el túnel del Dent du Chat. Allí subían a pie hasta el collado. Doutreval se apoyaba en un bastón. A pesar de su rodilla lastimada seguía siendo un buen andarín, a condición de caminar despacio. El camino serpenteaba entre las extensiones de pastos pobres, vastos campos de hierba raquítica donde las sedientas gramíneas se iban secando. Acá y acullá, arbustos y malezas espinosas. Macizos de cardos y lampazos, una vegetación áspera, dura, bajo un sol ardoroso. No se veía ningún pájaro. Se hallaban a demasiada altura, y los pájaros no gustaban de la altitud. Pero sí había miríadas de insectos.

Doutreval y Fabienne se sentaron sobre la hierba. Debajo, a cuatro mil pies, el lago no era más que una aguamarina encajada en la roca. Al otro lado, el Revard, levantado a pico sobre el abigarrado colorido de las casas y las quintas, erigía su agrietada muralla. A lo lejos, la cumbre del Chambotte se esfumaba entre las nubes de tenues vapores. Doutreval, con una ramita de espino blanco en la boca, aspiraba el espirituoso perfume de la florecilla silvestre, mientras escuchaba a su alrededor el eterno, minúsculo y formidable concierto de los millares de insectos. Pensaba con amargura en el irrisorio pulular de aquellas vidas inútiles, fermentación nacida bajo el sol y que moría con la llegada del otoño para renacer con la primavera, bulliciosa, absurda e inútil, al margen de toda idea respecto a la aventura humana que se desarrollaba a su lado. P ese a los horribles estragos que sus palabras ejercían sin duda en el alma de su hija, no podía dejar de abrir su corazón ante ella clamando su horror y su desesperación ante el espectáculo de la vida tal como la concebía. Díjole:

—Piensa, Fabienne, que cuando el hombre desaparezca del mundo, la postrera conciencia, el último testimonio lúcido se extinguirá sobre la tierra. Mas en las laderas de sus montañas, esos millones de animales no dejarán de continuar su música, sus cópulas, su absurda aventura constantemente repetida, siempre igual y sin objeto alguno desde el principio de la tierra. ¿Has visto en el museo de Aix la huella

de esa libélula de la época terciaria, aprisionada en un pedazo de roca? Una libélula exactamente igual a las que ahora, con sus alas azules, revolotean a nuestro alrededor. ¿Por qué desde el principio del mundo se han obstinado las libélulas en vivir, en medio del horror y destrucción perpetuos que lleva en sí la vida? Siendo más viejas que el hombre, ¿cuántos millones de siglos sobrevivirán a él antes de la extinción de toda vida sobre la capa terrestre? ¡La vida1 un juego horrible, una invención de pesadilla.

Arrullados por el esplendor de aquella tarde rumorosa, Doutreval evocaba para Fabienne las carnicerías, las matanzas, las degollinas, las torturas, todo el espantoso drama que se oculta en el fondo de la hierba, echados sobre la cual gozamos de lo que llamamos la dulzura de la naturaleza. Las mantis religiosa, que devora a su macho al tiempo que éste la fecunda; la araña que estrangula a la mosca; el cercerido que con un triple aguijonazo destruye científicamente los tres centros nerviosos del bupréstido y se lo lleva consigo para que más tarde su larva pueda consumir, todavía vivo, al desgraciado insecto paralizado, escogiendo los bocados, esquivando con una ciencia atroz los centros vitales, conservando la vida de su víctima hasta la última partícula de su carne. El leucopsis, el ántrax, cuyo gusano se aplica simplemente al flanco de la larva del calicodomo, la chupa a través de la piel, aspira, absorbe esa papilla viviente que es la larva y a su vez la deseca sabiamente para matarla, manteniéndola con vida hasta el último momento. El filanto, asesino de la abeja, que antes de llevarse consigo a su víctima le presiona el buche, le hace vomitar la miel y chupa la lengua de la desgraciada agonizante, que cuelga fuera de la boca.

Tamaña carnicería se desarrolla en un minúsculo rincón de la tierra. Y por doquier sucede lo mismo, de punta a punta del mundo, hasta el fondo de os océanos. Y sumado a ello, todos os gérmenes que fueren, los millones de granos de polen, de simiente viviente, que no llegarán a nacer, el inimaginable derroche de vida condenada a muerte antes de haber vivido.

Doutreval, sumido en un sentimiento de horror, echaba al olvido todos los principios de fe, engañosos y saludables a sus ojos, que había querido inculcar en el ánimo de Fabienne.

—Ante esa destrucción, hija mía, prefiero no creer en la existencia de dios. Antes que tener fe en una inteligencia divina soberanamente indiferente, despiadada y perversa, vale más creer en la nada, en el azar, en una naturaleza brutal y absurda, enorme bestia estúpida que llevaría al hombre pegada a su flanco como una chinche, sin darse cuenta siquiera de su existencia. Un monstruo obtuso, que anda a tiendas, sordo y ciego, creando sin saber, fracasando, volviendo a empezar, chapoteando en el absurdo desde el plesiosauro hasta el microbio, matando, torturando, estrangulando, obstinándose en esfuerzos incoherentes y carentes de objetivo pero con la excusa al menos de la inconsciencia. Sí, aún es mejor ese vacío, ¿no te parece?

Fabienne no contestó. Las palabras de su padre ardían en su alma como un alcohol fortísimo y amargo. Sin duda todo se hubiera aclarado si ella hubiese podido decirse: «Pero frente a todo ello existe mi propio sentimiento de rebeldía, el darme cuenta, conscientemente, de esa injusticia. Y es esto, quizá, la existencia de Dios». Mas Fabienne no pensaba en ello.

Solían regresar a su casa unas veces a través del lago y otras por la carretera. En aquella ocasión Doutreval se encaminó a Aix tratando, sin conseguirlo, de ventar aquellas corrosivas obsesiones.

—Sí —decía—. Quizá sea preferible a todo la nada.

¡La nada! ¡Admitámoslo! Pero, ¿y Mariette? ¿No quedaba, pues, nada de ella? ¿También ella había quedado reducida a materia? Cuando tenía a su lado a su hija mayor y la cogía por los hombros, sintiendo en su corazón el arrullo del cariño, y leía en los ojos de Mariette el mismo cariño ¿no había allí sino simples aglomeraciones de materia? Aquella abnegación, aquel amor, aquel don de sí misma, aquel esfuerzo hacia el bien que irradiaba en Mariette, ¿era aquello la nada, pura materia? Doutreval sí se avenía a ser materia, la nada. Se conocía, se menospreciaba y se desdeñaba a sí mismo lo bastante para resignarse a no ser nada. Pero ¿y ella? Aquella bondad, aquella rectitud, aquella ternura, aquel sentimiento del deber, ¿era posible que no hubiera sido más que un poco de gelatina, de glarina y que

no subsistiera ya nada de ello? Uno acepta la nada para sí mismo, pero no se resigna jamás respecto de quienes se han reconocido el reflejo de lo bello, del bien y a quienes se ha amado mucho.

¿Y ese intenso sufrimiento de su corazón de padre? ¿Acaso también era inútil? ¿Una cosa vana y absurda? ¿Una simple reacción química, una simple e imperceptible variación en el juego de las células corticales de su cerebro? ¿Nada más sufrir y saber que nuestro sufrimiento no es más que esto: ¡Ciencia! ¡Ciencia que despoja al hombre, como escribe Jean Rostand «hasta el respeto a su sufrimiento»! ¡Qué aventura, qué maldición para el protoplasma humano, para esa combinación química que es el hombre, tornarse lúcido de repente, cobrar conciencia de todo! ¿Por qué no haber permanecido ignorantes de nuestra existencia? ¿Por qué no habremos vivido como bestias, sin saber nada de nada?

¡Clima asfixiante de la razón! Demasiado rudo y demasiado gélido para el hombre. La ciencia es como una cima. Doutreval comenzaba a preguntarse, angustiado, si el hombre puede encontrar en ella el oxígeno suficiente para vivir. «El reino de la ciencia ha abierto algo así como una época glaciar en la historia espiritual de nuestra especie» —agrega Jean Rostand, ese ateo desesperado—. «No está aún absolutamente demostrado que la friolera alma humana pueda resistir el clima riguroso de la razón… Es muy posible que la humanidad, en su conjunto, fuese incapaz de sostener la verdad de la ciencia».

«¡Gaya ciencia!» jamás hasta entonces había Doutreval comprendido tan bien la trágica ironía contenida en el título de Nietzsche.

Regresó hacia el Bourdeau. Por el camino encontró el autobús que iba a Aix. Anochecía. Doutreval atravesó a pie la riente y lujosa ciudad, con su enjambre de cosmopolitas transeúntes, sus cafés, sus pastelerías, sus mercaderes judíos de alfombras de Oriente y sus anticuarios.

Por espaciosas avenidas sombreadas por recios plátanos, de corteza moteada como la piel de los leopardos, se encaminó hacia el Petit Prot. Encontraba de nuevo los suburbios, el campo, las quintas diseminadas entre los vastos jardines plantados de árboles frutales. El ocaso proyectaba su rosado resplandor sobre la alta muralla del Revard. Y de la cima de la montaña descendían lentamente acolchados vapores blancos, jirones de nubes, avalanchas milagrosamente suspendidas en los flancos de los muros de granito, encima de Aix. El indiferente esplendor de aquella incomparable naturaleza, suntuosa e impasible, inspiraba a Doutreval una especie de coraje. Pensaba, con un vago sentimiento de rebeldía, en que todas aquellas magnificencias, aquella poesía, aquellos cielos, aquellas aguas, aquellas puestas de sol, continuarían, después de la muerte, y aún subsistirían millones de siglos igualmente regulares, variados, grandiosos e inútiles, sin que ojo humano los contemplara. Odiosa poesía, falaz consuelo de toda aquella belleza, de aquel espléndido marco de piedra que habrá servido de decoración a la miserable y trágica aventura humana, y que mucho tiempo después del fin del hombre y de su dolor sobrevivirá frío, sereno, insensible, sin haber visto ni retenido nada, sin experimentar nada de la singular historia de esa gelatina viviente que despertó un día, pensó, sufrió y murió, sin razón ni objeto, en un ignoto rincón del universo…

En la carretera, frente a una granja, había un coche parado. Los dos caballos cansados, bajaban el cuello y husmeaban el suelo resoplando en medio del polvo. Uno de ellos levantó al cabeza y, con un movimiento afectuoso la posó sobre el cuello de su compañero. Ambos animales permanecieron inmóviles. Doutreval prosiguió su camino llevando impresa en su ánimo la doliente imagen de aquel animal apoyando la cabeza sobre el cuello de su camarada de miserias. ¡Ternura, piedad, amor, extraño apego de un poco de materia por otra materia! ¡He aquí lo que es más horrible aún que la inteligencia y la conciencia!

¡Éste es el drama! No porque la materia haya cobrado lucidez, sino porque experimentaba un sentimiento de afecto. Los palomos de Mariette, los perritos que tenía a su cuidado y que al cabo de tres semanas conocían ya la voz de su ama, y se volvían hacia ella más de prisa que hacia su madre, con los ojos aún lechosos en cuanto la oían hablar… Aquel viejo perro de aguas que llevó un día Doutreval al quirófano para extirparle aún con vida el cerebro convirtiéndolo en un autómata, y que

porque le había dado de comer durante tres días se puso a lamerle las manos mientras el profesor lo sujetaba, con ayuda de Regnoult, encima de la mesa de vivisección… A Doutreval, cosa absurda, se le oprimió el corazón y asomaron lágrimas a sus ojos. Había dicho a los estudiantes:

—Para la vivisección, señores, es conveniente atar sólidamente al animal. No debéis conocerlo de antemano y tampoco mirarle a los ojos como yo acabo de hacerlo… Regnoult, que traigan otro perro y que se lleven éste.

Y finalmente, Mariette tomó bajo su adopción el viejo perro de aguas. ¡Ahí residía el drama! ¡Sufrimiento y ternura en lo material! Aquel caballo de la granja, aquel animal triste y cansado que unos momentos antes, extenuado por su sufrimiento solitario, había posado amistosamente su cabeza sobre el cuello de su comparo… a Doutreval, aquella actitud del animal estuvo a punto de hacerle saltar las lágrimas. Acordóse de Nietzsche,, el destructor, el negador, el filósofo de la nada, el hombre que divinizó el Yo y la crueldad despiadada, que soñó con la existencia de un superhombre liberado al fin de la moral y de la piedad y presto a pisotear a todas las víctimas para dar satisfacción a sus ansias de poder, a su orgullo… De Nietzche, que alcanzado ya el término lógico de su horrenda concepción nihilista del mundo, en el umbral de la demencia, vaga sin objeto alguno por las calles de Turín, unos días antes de la crisis de la locura en que va a sumirse, pocos días antes de la atroz y última carta, de una agonizante lucidez, dirigida a su madre: «Madre, madre, estoy loco…». En medio de su naciente divagación, el filósofo ve, en un cruce de caminos, un viejo caballo arrastrando un fiacre, sufriendo, resignado, la lluvia de latigazos que le administra un cochero borracho. Y el autor de *Mas allá del bien y del mal* de *El crepúsculo de los ídolos* y de *El anticristo*, el destructor de la moral, el negador de toda caridad, de toda piedad, de toda ternura, de toda bondad, llegando a la vertiginosa y desolada cima de su absurdo pensamiento, se deja vencer por un sentimiento de compasión ante el martirio de un viejo caballo, ante la trágica y lamentable aventura de un ser que sabe que no es más que materia, pero materia sujeta a sufrimiento… Y se abraza sollozando a la cabeza de la miserable bestia. ¿Primer síntoma de desplome de un cerebro sumiso en la demencia? ¿O quizá la última y suprema lucidez del genio concibiendo en todo su pavor, en vísperas de la locura, el horror que encierra el drama de la materia viviente?

Fue Fabienne la primera que aconsejó a su padre:

—¿Qué te parece si te pusieras nuevamente a trabajar?

Fabienne estaba preocupada porque se daba cuenta de los estragos que el dolor y la ociosidad producían en el ánimo de su padre. Doutreval vaciló. Ni siquiera la perspectiva del trabajo le hacía reaccionar. Al cabo, una carta de Regnoult en la que se adjuntaban unos recortes de Prensa que había de cumplimentar, le decidió, sin la menor alegría, a regresar a Angers por espacio de una semana.

En Angers se encontró con Ludovic Vallorge. Ambos se mostraron indiferentes. En las entrevistas entre suegro y yerno había entonces una vaga desazón. Nada tenían ya que decirse. El vínculo que les unía se había quebrado. Cuando estaban uno frente al otro, les embargaba, confusa y oscuramente, algo así como un turbador sentimiento de responsabilidad y de culpabilidad. Vallorge comunicó a Doutreval que iba a pasar un mes en Biarritz, en casa de los Heubel. Doutreval vio marchar a su yerno sin que le doliese tener que prescindir de su compañía.

En Saint-Clément, Regnoult y Groix recibieron al «patrón» con un entusiasmo que Doutreval no compartió. Ni siquiera el trabajo lograba arrancarle de su abatimiento. ¿Por qué trabajar? La muerte de Mariette le había abierto os ojos sobre la vanidad de todo lo existente. Cosas que antaño comprendía perfectamente sin estorbarle el trabajo, la filosofía nihilista que en otro tiempo no se aplicaba a sí mismo, le sumían ahora en una completa inactividad. Como si la muerte de Mariette hubiera súbitamente doblado su poder de destrucción de energías.

«¿Por qué he tenido hijos? —pensaba irritado Doutreval—. ¡Un hombre como yo no debiera haber tenido hijos! Cuando uno no cree en nada, cuando se ha percatado de la vacuidad de todo y cuando lo que persigue en este mundo es ver realizado su afán de poder ¿por qué el estúpido estorbo de los hijos? ¿Debilidad? ¿Cobardía? ¿Concesión a la parte animal del alma, a esa necesidad grosera, primitiva, de amar, de apegarse a alguien que uno lleva en sí como una tara?»

Harta cuenta se daba también de que hasta sus resortes activos sufrían los efectos de aquel estancamiento. En presencia de un demente, al estudiar los resultados de una experiencia emprendida o en el momento de acometer un nuevo intento, Doutreval se preguntaba a veces:

—Y esto, ¿por qué?

Comenzaba a no creer ya en la única cosa en la que hasta aquel momento había creído: su trabajo y su obra. ¿Valía en verdad la pena devolver a tal o cual demente la conciencia, la horrible lucidez, la facultad de comprender nuestra condición humana y de sufrir? ¿Era incluso una obra de caridad?

»Si me fuera dable no haber tenido jamás conciencia —pensaba Doutreval—, ¿no consentiría en ello con todas mis fuerzas? ¿No diría que sí en seguida? ¿Qué he estado buscando, en el fondo, en el transcurso de mi vida, más que no reflexionar sobre mí, no pensar nunca en mí mismo, ni tener conciencia de nada? ¡No ser más que una máquina de trabajo? Cuando vengo aquí, al asilo, al laboratorio o al hospital; cuando me encierro en mi despacho, cuando me fatigo compulsando fichas o redactando artículos; cuando voy a ver a Jeanne Chavot, y maquinalmente, recabo de ella unos instantes de placer; cuando por la noche me acuesto, extenuado de cansancio, y aún me siento con ánimos para coger un libro, los Recuerdos entomológicos de Fabre, o una novela policíaca de Ágata Christie o de Ricarda Huch, ¿acaso no persigo más que paralizar en mí la conciencia o cloroformizarla durante una hora? ¿Acaso la misma selección de esas lecturas no lo pone en evidencia? Temas cerebrales de estudio, o un enigma policíaco en cuya lectura el corazón no se siente prendido, en los que no se corre el riesgo de que, súbitamente, en ocasión de una historia demasiado humana, demasiado verdadera, se despierte en mí la dolorosa lucidez de nuestro destino…; incluyendo esa historia que me contaba a mí mismo siendo niño antes de dormirme, y que sigo contándome, todas las noches, por espacio de algunos minutos, para mecerme al alcance del sueño, sin permitir que penetre en mí la odiosa conciencia de mi destino humano cuyo horror alejaría el sueño hasta el alba… Todo esto, mi vida entera, la vida de todos los hombres ¿no es acaso una constante huida ante la siniestra realidad de nuestra miserable condición? ¡Y es esa conciencia la que yo quiero devolver a ese pobre demente! ¿Acaso vale la pena?

»En el fondo ¿por qué cuidar, por qué sanar si el hombre no es más que esto: un hombre? La medicina actual no hace más que prolongar la vida de los moribundos, la reproducción de los seres tarados y llevar a la especie humana a la degeneración. De un nacimiento de perritos, sacrificamos a los débiles y sólo guardamos a los fuertes. Los espartanos arrojaban al Taigeto a los recién nacidos deforme. Así es cómo se efectúa la selección de una especie vigorosa. Pero la raza humana se selecciona a la inversa. La guerra sólo mata a los robustos; y la medicina conserva a los físicamente indotados. Después de las guerras napoleónicas la estatura media de los franceses había experimentado una merma de tres centímetros. En los consejos de revisión militar de hoy en día la cifra de los considerados exentos asciende al cincuenta por ciento. Si el hombre no es más que un animal ¿por qué no aplicarle los métodos de la selección animal?»

Al llegar a esta conclusión, Doutreval se detenía vacilante. A pesar de todo no se atrevía a llegar hasta allí. Aunque tal conclusión sea lógica, hay alguna cosa inexplicable que subleva el corazón humano a la idea de que podríase, por ejemplo, organizar «apareaderos» humanos, con sementales y hembras humanos que se acoplaran para obtener los más bellos productos. Ningún legislador llegará jamás a tal extremo. Un horror instintivo nos mueve a todos contra eso, y, sin embargo, desde un punto de vista estrictamente materialista ¿por qué no llevarlo a cabo? Conflicto insoluble entre la razón y la conciencia respecto al cual nos damos cuenta, empero, que es en la conciencia donde reside la verdad.

Toda nuestra Ciencia divinizada no logra darnos respuesta a tamaño problema. ¿Necesita el hombre, si quiere seguir siéndolo, algo más que la Ciencia?

No obstante, existe en el trabajo un sentimiento de hábito o de automatismo que nos impele a entregarnos a él al margen de toda idea de utilidad o de necesidad. Sumido de nuevo en su valor, entre sus locos, sus ayudantes, sus experiencias y sus fichas, Doutreval echaba al olvido sus dudas, sus angustias, la probable vanidad de su esfuerzo y de su propio éxito. El trabajo disipa el olvido como una morfina. Y Doutreval se entregó de nuevo a su labor como se entrega uno a la morfina aun a sabiendas de que sólo nos proporciona un placer engañoso.

Alarmado por esa fractura de la columna vertebral seguida de defunción, Groix había efectuado una serie de investigaciones. Sus conclusiones dejaron a Doutreval muy preocupado.

En numerosos casos de enfermos en franca mejoría sobrevenían, tras unos meses, dolores dorsales que obligaban a los facultativos a interrumpir de nuevo el trabajo. Con frecuencia comprobábase en la espalda una redondeada gibosidad. Ningún síntoma en los enfermos, ningún dolor en el momento del tratamiento había hecho sospechar tal aplastamiento en las vértebras. En cambio, otros enfermos, sin haber sufrido ninguna fractura, se habían quejado de agudos dolores en el espinazo. No existía pues, indicio alguno, nada que advirtiera el peligro en el momento del tratamiento.

Aquella semana apareció en la Revista del Médico un entrefilete que Groix dio a leer a Doutreval. Sólo seis líneas. «Fractura por aplastamiento del raquis en el curso de un acceso convulsivo determinado por la curarización…»

«El doctor Scillerac presentó una enfermera sometida a tratamiento de curarización, que a la segunda inyección experimentó una crisis bastante aguda. En los días siguientes la enferma dio muestras de un vivo dolor en la columna vertebral. La radiografía señaló una clara descalcificación en la d. 9 ([1]), lo que constituía probablemente una predisposición a este tipo de lesiones. De todos modos, el autor hizo hincapié sobre la pobreza sintomatológica y opinó que debe emplearse con extrema prudencia el método del profesor Doutreval».

—¿Qué opina usted de esto? —dijo Groix—. Es un hecho que coincide lamentablemente con nuestras propias observaciones. Es el primer campanillazo de alarma.

—¡En modo alguno! —repitió Doutreval—. No ignora usted que esta enferma se halla descalcificada. «Clara descalcificación de la D. 9». ¡Scillerac ha sido un idiota al aplicar el método en semejantes condiciones!

—Ninguna objeción habíamos hecho nosotros.

—¡Evidentemente! ¿Acaso puedo preverlo todo? Sin embargo, no estaba por demás un poco de prudencia. Es obvio que la curarización, con sus concentraciones musculares, no es conveniente aplicarla a los desmineralizados. Es una lástima que no pueda estar en todas partes, no poseer un centro propio, bien organizado, donde recibir a los médicos que asistirían a una experiencia perfectamente preparada… Necesitaría disponer en Angers de un centro de curarización. Entretanto, voy a escribir a Scillerac.

Sin embargo, se hubiese dicho que los psiquiatras no estaban sino esperando el breve entrefilete de Scillerac para desencadenar la ofensiva. No había terminado aún el mes, cuando en tres grandes revistas médicas francesas aparecieron sendos artículos señalando las mismas complicaciones y formulando idénticas reservas. Señalábanse de uno y otro lado abscesos de pulmón. Y llegaban a manos de Doutreval cartas de personas que indicaban hechos análogos, o que se mostraban preocupadas, solicitando explicaciones o estadísticas. La fractura de la columna vertebral, ¿era accidental o se producía con frecuencia? Puede aceptarse un tanto por ciento de accidentes. Pero ¿el veinte por ciento? Cifras, cifras, decían las cartas.

[1] Novena vértebra dorsal

Doutreval se dispuso a acometer la abrumadora tarea de visitar de nuevo a todos los antiguos enfermos. Era necesario. Groix era pesimista, exagerado, y concluía con estadísticas alarmantes. Aquellos meses Doutreval llevó a cabo un trabajo agotador.

Groix presentó unas cifras que Doutreval rechazó. Groix totalizaba un 43 por ciento de fracturas de la columna vertebral, mientras que Doutreval no admitía más que el 4 por ciento, negándose a dar valor, en las estadísticas, a todos los casos que presentaban síntomas de desmineralización. Toda una noche se pasaron discutiendo antes de mandar a la Revista del Médico el artículo de Doutreval, que fue sometido también a examen de Regnoult.

—¡Estos números son falsos! —dijo Groix.

—¡En absoluto! Si los desmineralizados no deben ser sometidos a un tratamiento de curarización, ¿por qué han de figurar en las estadísticas?

—Entonces dé usted las dos series. Todo el mundo sabrá al menos a qué atenerse.

—¡Usted está loco! —exclamó Doutreval—. ¿Cuarenta y tres por ciento de fracturas? ¡Sería un suicidio!

—Los números no mienten.

—Los números han sido hechos para ser interpretados. Por otra parte, ya hemos discutido bastante. Yo soy el único juez en esta materia. Deme sus notas, Groix, y déjeme solo.

Doutreval terminó su artículo. Regnoult lo corrigió de estilo. El artículo apareció la siguiente semana en al Revista del Médico. El día siguiente Groix entró, con la revista en la mano, en el despacho de su «patrón».

—Señor profesor —dijo con tono ligeramente emocionado—, le ruego que me perdone, pero voy a dejarle a usted.

Doutreval se sobresaltó.

—Sí, abandono la Facultad. Renuncio a la carrera profesional. Me propongo establecerme como médico en donde viven mis padres.

—¡Vaya decisión! —exclamó Doutreval—. ¡Abandonarme después de tanto tiempo! Cuanto estoy a punto de alcanzar el éxito, cuando podría ofrecerle un alto cargo en el Centro que voy a abrir… Veamos, ¿cuáles son los motivos?

Groix, pálido el semblante, mostró la revista.

—No puedo seguirle en este terreno, profesor.

—¿Ha dejado de creer en mí?

—Creo que no deberíamos defender el método con esos procedimientos.

Hablaba en voz baja, pero con firmeza. Acentuósele aún más la palidez. Su cicatriz cobró un tinte más sanguíneo. La sangre afluyó al rostro de Doutreval.

—Está bien. Entonces, adiós, Groix. No quiero retenerle. Creo que lamentará usted su decisión. Adiós.

Doutreval echó mucho de menos a Groix. Este muchachote, rubio y jovial, con su cicatriz y sus enmarañados cabellos, le había sido fiel, le había salvado la vida en una ocasión, y sus investigaciones personales habían contribuido al éxito alcanzado. Afortunadamente, le quedaba Regnoult. De todos modos, Doutreval necesitaría en adelante más de los conocimientos estilísticos, de la flexibilidad y la brillantez de Regnoult que de las virtudes laboriosas de Groix. Sí, todo iría bien

No se engañaba. El artículo tuvo un eco señalado y tranquilizó a los partidarios de Doutreval. La curarización continuó de nuevo sumando adeptos y sus éxitos comenzaron a propagarse como una mancha de aceite. La prensa volvió a mostrarse favorable. Los diarios parisienses solicitaban entrevistas a Doutreval. «Selecta», la gran empresa cinematográfica, mandó un equipo a Saint-Clément para «rodar» cien metros de cinta presentando en «actualidades» al profesor Doutreval «experimentando su método, que sana a los locos». Tras unos instantes de vacilación, Doutreval se sometió a ello de buen grado, según afirmó para el bien de la causa. Fue una sesión interminable que

duró toda la tarde, bajo los *sunlights*, delante de una cortina tendida entre dos columnas de cartón piedra desmochadas a dos metros de altura. Los operarios indicaban a Doutreval los gestos que tenía que hacer y hasta el tono de su discurso, y se afanaban en disimular su cojera y que resultara fotogénico… Radio París le propuso dar unas charlas. Doutreval comenzaba a mostrarse francamente optimista.

CAPÍTULO IV

Fabienne se había quedado sola en Aix. Sin embargo, estaba ya acostumbrada a esa soledad. Así había pasado la mayor parte del tiempo de sus vacaciones. Michel y Mariette pasaban allí unos días de agosto y setiembre y volvían a marcharse para la inauguración de curso. Fabienne, de salud más endeble, jamás había podido frecuentar asiduamente la escuela. Durante muchos años, de mayo a octubre, había vivido sola en la villa «Graziella» bajo la bonachona tutela de la señora Droux. Alquiló en el Petit—Port una graciosa y fina barquichuela, compró unos carretes de película, llegó hasta Bourdeau y la abadía de Hautecombe en arriesgados cruceros y volvía a ser la pequeña y feliz salvajuela que había sido a sus catorce años.

Los domingos los Droux y Fabienne asistían regularmente a los oficios divinos. La iglesia, una vieja capilla de montaña, era muy pequeña. Las mujeres se colocaban a la izquierda y los hombres a la derecha. Fabienne miraba de lejos al señor Droux. Como todos los que estaban a su alrededor, cantaba en voz alta, con mucha convicción. El medio del rumor del campo, Fabienne percibía su voz:

Credo in unum Deum,
Patrem omnipotentem…

Abría la boca de par en par, con los ojos fijos en el altar, como si hablase con Él y celebraba la gloria de Dios con un aplomo, una sinceridad y una devoción verdaderamente ingenuas. Al regresar a su casa, aparecía contento, feliz, como si hubiese dado fin a una provechosa tarea. Él y su mujer vivían al margen del mal, en una candorosa ignorancia. Por vez primera, Fabienne se daba cuenta de aquella candidez. Hasta entonces le había parecido natural, normal, pero desde hacía un año había aprendido mucho lo que era la vida.

Escuchaba a los esposos Droux, a la sombra del emparrado cuajado de glicinas, charlar sobre los vecinos, la política, los acontecimientos, el destino, sobre todas las cosas, destacando como conclusión inevitable, con apacible certidumbre, la acción de la Providencia, sus prudentes a infalibles voluntades, siempre realizadas. Para ellos todo era excelente, moral, equitativo y bueno.

El dedo de dios era infalible, así como la recompensa a los justos y el castigo a los malos que si algunas veces quizá se retrasaba era para que tuviera después más señalado eco. Así los había conocido Fabienne desde su infancia y así había vivido en aquel ambiente sin que nada le sorprendiera. Por vez primera los miraba un poco asombrada, se acordaba del hospital, de la clínica, de los sufrimientos, de las miserias, de las muertes inmerecidas e inexplicables, de la tranquila e impúdica inmoralidad de los ricos, de esa existencia fácil y suave, impura y por todos admitida, que les permitía su dinero, sin que ella hubiera hasta entonces creído en la necesidad de un castigo, ni siquiera hubiese experimentado un sentimiento de remordimiento ni de indulgencia respecto a las debilidades y pecados de los humildes, que no hacían más que tratar de imitarles. Sin embargo, todo aquello existía. ¿Acaso lo ignoraban los Droux? ¿Cómo se explicarían todas esas cosas? Insinuante, traidora, con una falsa candidez, Fabienne, debajo del emparrado, en la sombra ya un poco refrescante del atardecer, intervino diciendo:

—Sin embargo, señora Droux, vi en la clínica a más de una pareja de divorciados, exactamente dos, que parecían felices y en buena armonía. Los dos matrimonios se habían separado y se volvieron a casar al mismo tiempo; los maridos cambiaron simplemente de mujer. Los dos matrimonios solían visitarse y les aseguro que no se producía entre ellos el menor roce.

—¡Es espantoso! —dijo la señora Droux, soltando una hilera de puntos de su labor.

—No comprendo al doctor —balbució el señor Droux, lanzando enormes bocanadas de humo de su pipa—. Dejarte allí dentro…

—¡Oh, sepa usted que hay algo peor que aquello…!

Fabienne les hablaba de neurasténicos, morfinómanos, falsos matrimonios, adulterios, invertidos, abortos… La señora Droux la hacía callar, y el señor Droux, ahogándose en su propia humareda, prefería no oír más y se iba a regar las coles y las lechugas. Entonces Fabienne se quedaba un poco sorprendida del efecto causado. Al principio de su estancia en Epidauria, también ella, no cabía duda, había experimentado la misma impresión. Pero hacía mucho tiempo que el hábito había dado al traste con sus reparos y o sentía ya aquellas náuseas del principio. Uno llega a acostumbrarse a los monstruos. A Fabienne, el horror de lo que había visto la dejaba casi indiferente. Su «éxito» cerca de los Droux, la asombraba. No había esperado aquel resultado.

Una mañana, la señora Droux llamó a Fabienne.

—¡Hay alguien que pregunta por ti! ¡Una visita!

Fabienne, con los pies desnudos, empuñando la hoz, tocada con un enorme sombrero de paja, corrió y se encontró de narices con Guerran.

Había regresado la víspera y, enterado de que los Doutreval se encontraban allí, habíase apresurado a visitarlos.

Guerran bebió leche fresca extraída de las ubres de Ginette, Poupette y todas las cabras. Granjeóse la estima de la señora Droux encomiando sus duros quesitos orlados de una leve costra de moho grisáceo. En el vino tinto, fuerte y ambarino, producto de los viñedos del señor Droux, descubría Guerran los más raros sabores. Cuando se marchó, por la noche, era ya un amigo de la casa. La señora Droux no cabía en sí de gozo al ver que un ministro condescendía en devorar sus cerezas como un simple mortal.

En el «Continental» Guerran se reunió con Julienne, su mujer, y su hija Micheline. Charles, el hijo, se había quedado Angers, para «dirigir» el despacho, como solía decir, en ausencia de su padre. Como de costumbre, Julienne Guerran había pasado el día callejeando por Aix, entrando en las pastelerías, las joyerías, las tiendas judías donde se venden alfombras y pieles, y los salones de té donde se baila. Se había comprado una sortija con una gruesa cornalina, una alfombra de la mejor lana, y regresaba de un humor de perros a causa de lo que había visto y deseado sin poder adquirirlo. Micheline, que la había acompañado a todas partes, se había aburrido soberanamente. Hubiera querido pasar la tarde en la playa, alquilar una canoa automóvil y entregarse al deporte del acuaplano, a lo que Julienne no le autorizó, Robert Bussy, el prometido de Micheline, no había escrito desde hacía dos días. Guerran prometió a su hija acompañarla al día siguiente al lago. Por el camino, pasarían por la calle de Thermes y echarían una ojeada a la capa de «renards» que Julienne ambicionaba. Ésta desarrugó un poco el ceño. Después de cenar, se marchó al Casino en el automóvil del «Continental». Pero Olivier Guerran consiguió retener a Micheline a su lado, en el hotel, y mostró gran interés por cierto cuello de marta que ella había visto en casa del peletero.

Desde entonces, un par de veces por semana, Guerran hacía una visita a los moradores de la villa «Graziella». Al salir del «Continental», a travesaba la ciudad por el Petit—Port y al llegar a «Graziella» tiraba de la campanilla. Su sonido, ya familiar, le producía un gozo singular. A veces Fabienne se hallaba ausente. Remaba en el lago y no estaría de regreso hasta la noche. Mientras la esperaba, Guerran departía con el señor Droux evocando recuerdos de la guerra, de Verdún, donde ambos habían luchado. Sin embargo, a pesar de que por aquellos días sólo veía a Fabienne a veces escasos minutos, Guerran estaba contento y tenía la impresión de haber pasado una buena tarde. En el fondo, lo que iba a buscar no era la compañía de una muchacha que le había cuidado con gran desvelo y a quien apreciaba mucho, pero que no era, a pesar de todo, más que una chiquilla, una criatura… Diríase que lo que

anhelaba era la calma, la paz, la rústica sencillez, el ambiente acogedor, sincero, natural, de la villa «Graziella». Pero cuando Fabienne se encontraba allí todo le parecía más alegre.

Por las tardes salían de la villa y se iban hasta Teresserve. Enfilaban un empinado sendero, a través de los campos y los bosques, hasta alcanzar una cima desprovista de arbolado desde donde se veía a sus pies la límpida aguamarina del lago, con sus barcas, la dorada playa festoneada de césped, las casetas blancas y encarnadas, y la liliputiense y abigarrada multitud integrada casi toda ella por bañistas. A lo lejos, el lago cobraba el tono azulado de ultramar. Las lejanas riberas del Bordeau, de Hautecombe, con sus estrechos campos de verdor, sus esbeltos álamos y sus casitas de techumbre plana, evocaban, oteadas a través de la trasparencia del aire puro, la esplendidez de los lagos italianos. Los dos pasantes se sentaban en un banco, cerca de la piedra levantada a la memoria de Elvira. Guerran charlaba entonces sobre el genio, la gloria y multitud de otras cosas vanas. La eterna idea de la inutilidad de todo le obsesionaba y le dejaba triste y pensativo.

—¡Qué curioso! —decía Fabienne—. Usted, a quien nada le ha regateado la vida, que ha triunfado, que es célebre, que ha gozado del poder y que volverá a gozar de él, es un hombre triste. ¡Duda usted, y, como a un vencido, le embarga la melancolía! No le comprendo, señor Guerran.

—Los demás, señorita Fabienne, pueden todavía esperar. Pueden creer, si no han triunfado, que por lo menos los fines alcanzados merecían que uno luchase por ellos. En cambio yo…

—Sin embargo, no le han faltado a usted alegrías.

—Sí. El placer de deslumbrar, despertar envidias, inspirar odios… ¡Cuando pienso en las pequeñas satisfacciones, ínfimas y mezquinas, por las cuales uno se agota hasta dar su vida! En cambio, para el que no cree en nada, nada vale la pena de hacer un esfuerzo. ¡Nada! Ni el dinero, ni el poder, ni la gloria, ni siquiera la sabiduría. En el fondo, para emprender cualquier cosa, es preciso tener fe; fe, a mi parecer, en algo que no exista en este mundo. Pues entonces uno acepta la vanidad de todo porque espera otra cosa, puesto que no es aquél el objetivo, puesto que no se tiene un propósito, un fin al margen de esta vida… Y a mí, que no puedo creer, me ha perseguido siempre esa idea, ese perpetuo «¿por qué?», esa obsesión esterilizadora de la formidable inutilidad de todo: trabajo, amistades, familia…

—Sin embargo, la profesión de usted…

—Sí, sí… Pero también el trabajo es una vanidad, señorita Fabienne. Un alcohol, un opio. O entonces, sería necesario trabajar para otra cosa que para sí mismos…

Hizo historia de su matrimonio, cómo conoció a Julienne en un café y se unió a ella porque la señora de Nouys, su anciana madrina, tenía interés en que se casaran.

Hablaba con frecuencia de la señora de Nouys, de su ternura, de su piedad, del orden y la nitidez que presidían su vida.

—Yo tenía dos relaciones a un tiempo —decía Guerran—, Julienne y una muchacha a quien cortejaba en París, muy educada y de buena familia. Ésta era la que yo prefería y con quien hubiera querido casarme. Pero Julienne tenía un hijo, mi pequeño Charles… Hablé de ello a mi madrina, y ambos reflexionamos… Acabamos los dos por comprender que yo debía sacrificarme y casarme con Julienne a causa del hijo… Y la acepté de buen grado, porque mi madrina me inculcó durante mi infancia sanos principios. Sin embargo, lo que me impulsaba a hacer era una idiotez, una locura. Aún no comprendo cómo consentí. Me daba cuenta del sacrificio que me imponía. Las cosas sucedieron como en tiempo de guerra. ¡Si usted supiera la ayuda que recibí de mi madrina! Gracias a ella cumplí con mi deber, quizá con creces. No sentía miedo de morir. Aquella mujer era maravillosa. Me aconsejaba y me hacía ir por donde ella quería. Después de mi matrimonio, dejé de verla. Julienne, ignoro las causas, no quería ni siquiera oírla y la odiaba. En el fondo, debía de estar celosa de ella. Celosa de verla demasiado encumbrada. Eso creo, al menos…

»Después hemos vivido, simplemente. Micheline vino al mundo. Julienne continuaba vaciándome los bolsillos, gastado todo el dinero que yo ganaba, disputando continuamente… La vida conyugal.

¡Bah! Por doquier es lo mismo. Los buenos matrimonios pueden contarse con los dedos de una mano. Ya ha tenido usted ocasión de comprobarlo en Epidauria. Más adelante tuve una amante, una mujer muy rica e inteligente. Eso duró seis años. Sí… la abandoné por Micheline, por mi hija. Iba haciéndose mujer y Julienne se lo habría explicado todo… Y yo no quería perder a Micheline. Mi mujer se hbía apoderado de Charles, y me robó el corazón del muchacho. Y yo me dije: «Yo tendré la hija. Micheline será para mí…»

»Entonces, puse fin a mis relaciones ilegítimas. Me apenó mucho hacerlo, puede usted estar segura. También ella sintió mucha pena. Más que yo, me figuré… Me amaba a su modo… A modo de todo el mundo, lo que significa que se amaba a sí misma en mí. ¿Charles? No, él no decía nada. Yo había comprado su silencio. Sí, comprado. Un reloj de oro y el permiso para fumar. Todo transcurrió muy fácilmente… Uno y otro nos comprendíamos. Además, aquella mujer tenía mucho dinero. Hablaba de establecer a Charles, de ayudarme… Charles lo sabía… Ella le inspiraba un sentimiento de indulgencia. No digo que todo eso nos lo confesábamos unos a otros… Pero todos nos dábamos cuenta…

»En el fondo, todos los amo res del hombre no ocultan sino un afán de dominio, un egoísmo. Uno ama para sí mismo. Siempre.

—Casi siempre —decía Fabienne.

Hubo un silencio. Guerran miró a lo lejos las tranquilas y azuladas aguas. Un vapor de paletas, rumbo a Hautecombe, despedía una turbia humareda. Tras unos momentos de reflexión, Guerran prosiguió:

—¿Sabe usted lo que a veces he pensado, señorita Fabienne? De cuando en cuando me he dicho a mí mismo que hubiera debido casarme con una mujer como mi anciana madrina. Sí, como la señora de Nouys. Creo que mi vida hubiese sido muy distinta. Me sentiría capaz de hacer muchas cosas. Incluso de guardar fidelidad a una compañera con tal de que hubiese sido como mi madrina, que me hubiese querido con un amor que no hubiera sido egoísta, que me hubiese amado por mí mismo, deseando mi verdadero bienestar… entonces hubiera sido capaz de todo porque hubiese creído en algo, en alguien. En el fondo, yo debo ser un idealista truncado, un fracasado del idealismo, que jamás logrará consolarse.

»¡Creer, Dios mío! ¡Creer en algo! Ser el hombre que empuña un fusil para que le agujereen la piel, que no ve más allá, que cree en la verdad de una causa. En realidad (¡qué curioso!) nunca había sido moralmente feliz como durante la guerra.

»¿Le he dicho ya que también Julienne me había engañado? Una vez, al menos, estoy seguro. Y quizá en otra ocasión, en Biarritz, mientras yo estaba en Angers trabajando para ella. Bien es verdad que por aquel tiempo mis relaciones ilegítimas estaban en su apogeo… Pues sí, en Biarritz, recibí un anónimo. Ni siquiera me tomé la molestia de comprobar la verdad. P ero Micheline quizá no sea hija mía. ¿Le extraña a usted? ¿Le hace a usted sobresaltarse? Fíjese en sus ojos: no son los míos ni los de Julienne. Ni mis cabellos. Micheline tiene un pelo rubio, espléndido… en una ocasión Julienne llegó a medianoche a Biarritz. Una pasión repentina… Al día siguiente volvía a marcharse… Justo el tiempo necesario para que yo no me enterase de nada. Y Micheline vino al mundo al cabo de siete meses. P ero eso no me atormentaba mucho. En el fono, no tiene gran importancia.

Guerran regresó a Angers. Su estancia duró tres semanas. Se encontró en dos ocasiones con Doutreval y hablaron largamente de Fabienne, lo que satisfizo al profesor. Guerran podía ser una palanca poderosa el día en que se presentara la ocasión de realizar el proyecto de un Centro de curarización. Además, Doutreval estimaba cada vez más necesaria la existencia del Centro. Su método era más delicado de lo que creyera, había que ir con tiento y era requisito indispensable contar con observaciones previas sobre los enfermos…

Precisábase a toda costa de un Centro donde los psiquiatras asistieran a sus trabajos y tomaran lecciones. Pero Doutreval no contaba con un local a propósito y carecía además de dinero. Lo esencial. Y entretanto, un farsante como Gaffiaux, el presidente de la «Mutuelle Artisanale», hacía levantar una clínica fastuosa que sólo serviría para arruinar a todos los cirujanos del país.

«¡Si sólo contara con la cuarta parte del dinero de lo que ha costado este palacio!», pensaba Doutreval.

Al hablar de Fabienne con Guerran se acordó entonces de su hija. Se reprochó haberla tenido demasiado en el olvido y se fue a Aix por algunos días.

Encontró a Fabienne sola, inquieta, melancólica, triste y desazonada sin razón aparente. Nerviosa, no se apartaba un momento del lado de su padre, le rogó que se quedara con ella en Aix hasta el final de la temporada y le propuso efectuar una excursión a os lagos italianos, a Como y a Garda, que había visto una vez siendo niña. Doutreval trató de hacerla desistir de tales proyectos y preocupaciones… Fabienne había leído demasiadas novelas, devorando a Stendhal, y La Cartuja de Parma, con su desenvuelta, moral y magnífica pintura de la existencia italiana, la había subyugado.

—Volvamos a Angers —dijo Fabienne—. Iré contigo y trabajaré a tu lado.

—Todavía no —respondió Doutreval—. Nada está a punto. Dentro de seis meses.

Durante este tiempo, Doutreval contaba superar el obstáculo imprevisto que había surgido. Por el momento, le hubiera sido insoportable hacer partícipe a Fabienne de sus dificultades y fracasos.

Regresó solo a Angers y reanudó sus investigaciones con Regnoult. Las críticas que le habían sido dirigidas contenían un innegable fondo de verdad: las fracturas de la columna vertebral eran, con mucho, demasiado frecuentes. Una simple cuestión de «mise au point», pero bastante delicada. En principio era indispensable, antes del tratamiento, un severísimo «control» de los enfermos, y lo cierto era que Doutreval lo había descuidado demasiado. Ancianos, anémicos, desmineralizados o, por el contrario, enfermos demasiado robustos no podían ser tratados sin incurrir en riesgo de fracturas. En cuanto a los demás, incuso en curso de tratamiento habían de ser sometidos continuamente a la acción de los rayos X que revelarían el menor aplastamiento de las vértebras. Por otra parte, Doutreval se aplicaba a variar la dosis, persiguiendo en cada caso el mínimo posible. Pero era difícil fijar este «umbral». Mientras un enfermo permanecía insensible con diez centímetros cúbicos, en otro un centímetros cúbico provocaba de pronto una crisis espantosa. Por su parte, Regnoult buscaba otros convulsivos, probaba el triazol, el asoman, trataba de amortiguar los espasmos musculares mediante el veronal y el gardenal, y, antes del experimento, proponía fortificar el sistema óseo del enfermo por medio de enormes dosis de fosfato de cal irradiada. Mientras, practicaba nuevos experimentos. Antes de que sobreviniera la crisis, inyectaba en la columna vertebral del demente una dosis de anestésico que paralizaba durante unas horas los músculos e impedía su contracción. No era posible aún pronunciarse sobre ninguna de tales pruebas.

En suma, Doutreval se confesa a sí mismo, algunas veces que había ido demasiado de prisa. Se había dejado dominar por el orgullo. Había cantado victoria demasiado pronto. El éxito era menos completo y menos definitivo de lo que él había creído. El tratamiento de algunos enfermos encerraba todavía no pocos peligrosos. Respecto a los demás, el método había de ser profundamente modificado, sin resultado cierto ni definitivo. Doutreval estaba aún en pleno triunfo, el concierto de elogios y el entusiasmo eran todavía unánimes, pero, a su juicio, el gusano se había introducido ya en el fruto. Cuando nadie dudaba, Doutreval comenzaba ya a dudar. Trataba de consolarse. Después de todo, si llegase a curar el veinte por ciento de sus esquizofrénicos el resultado sería ya excelente, pues nada hay absoluto en medicina. No podía pedirse cosa mejor. Pero todo eso no le satisfacía. No era ciertamente lo que él había soñado.

Guerran volvió tres días después de la marcha de Doutreval. Regresó solo a Aix. Era un septiembre. Julienne y Micheline se habían quedado en Angers, para que esta última pudiese volver a la escuela en octubre. Se había retrasado mucho en los estudios y hasta el año siguiente no pasaría el examen de bachillerato.

Hasta entonces Guerran había frecuentado en Aix el Casino y sus risueños, lujosos y mundanos alrededores. Fabienne le había h echo conocer Tresserve, adonde llegaron a través de senderos y empinados caminos. Acabó de descubrirle Aix. Una mañana le acompañó al mercado. Guerran erró, con la cabeza descubierta y arremangados los brazos, pantalón de franela y camisa Lacoste, en un delicioso anonimato, por entre los puestos de queso, catando la leche cuajada y regalándose con las muestras que las vendedoras extraían para él del seno de sus quesos de Tomme de corteza gris y carne blanca.

Todo le parecía magnífico, sabroso, valioso, singular. Aves de corral, huevos, quesos, frutas. Guerran veía acá y acullá un racimo de uvas en su lecho de pámpanos, dos hermosas peras maduras envueltas en heno seco, una libra de mantequilla rezumando aún agua fresca y pacientemente esculpida con la punta de un cuchillo. Todo le dejaba deslumbrado, se separaba de Fabienne a cada momento, sacaba la cartera, perdía el dinero, y cargaba con estragón, fresas y achicorias silvestres, un manojo de ciclamino, una cesta de moras, un queso blanco, un cubo de miel todavía aprisionado como una luz líquida en las hexagonales y regulares células de cera… Cosas frescas, perfumadas, agrestes, silvestres, que no suelen verse en las ciudades. Luego Fabienne alzaba los brazos al cielo porque Guerran ni siquiera había regateado.

Con frecuencia, de regreso del a expedición, desdeñaba el Continental, sus pescados raros, con salsas complicadas, y sus copas Melba. Aceptaba la invitación de la señora Droux y almorzaba con los huéspedes de la villa: una ensalada con huevos duros, un plato de «champignons» con escalonias, una tajada de queso blanco aderezado con estragón y una ensaladera llena de melocotones.

Por las tardes se iban al lago. Atravesaban remando todo el Bourget hasta el pie del Dent du Chat. Allí se detenían en una ribera arenosa, junto a unas viejas construcciones medio derruidas, permanecían largo tiempo en la barca, dejándose mecer y charlando. Guerran evocaba, una vez más, a Fabienne recuerdos de su madrina, la señora de Nouys, describía su figura, repetía sus palabras, hablaba de sus hábitos, de su modo de andar, de vestirse, de vivir, del bien que ella le había prodigado. Estas evocaciones, en aquella hora y en aquel paraje, le producían una dulce y extraña sensación de bienestar. De pronto hacía un gesto, se encogía de hombros como para ahuyentar el pasado y decía:

—¡Vamos, señorita Fabienne! Será mejor que vayamos a coger moras.

El último día el mal tiempo los sorprendió cuando estaban los dos en Bourget. Guerran había de regresar a París al día siguiente. Estaba pensativo y no hablaba. Cuando la barca llegó al centro del lago, levantóse bruscamente un viento Suroeste acompañado de un hálito cálido y pesado. En tres minutos la decoración cambió por completo. Una avalancha de nubes negruzcas invadió el cielo con una desconcertante rapidez. La luz se tornó de un color amarillo sucio, ceniciento, lúgubre. La barca dio media vuelta y a fuerza de remos puso rumbo hacia el Norte. De cuando en cuando las aguas barrían la popa de la embarcación. Todo el lago era un erizamiento de olas embravecidas, un caos de nubes fuliginosas. Nada podía discernirse. Los navegantes sólo podían contar con el viento Sudoeste que sopla en dirección a la playa y que al mismo tiempo que constituía una amenaza, ayudaba a los remos. Cuando la barca, medio sumergida, penetró en las tranquilas aguas del Petit-Port, Guerran se enjugó la frente y dio un resoplido. Tenía miedo por Fabienne. Saltaron a tierra, se miraron y se sonrieron en medio de la borrasca.

Guerran quiso acompañar a Fabienne hasta la villa por la avenida que bordeaba el lago. Las nubes se resquebrajaron, y, a poco, un fuerte chubasco descargó sobre el asfalto y sobre el lago gris y atormentado, abriéndose paso a través del tupido follaje de los plátanos. Caminaron bajo el arbolado de donde caían gruesas y heladas gotas. Fabienne, sin nada en la cabeza, con la delgada blusa empapada

de agua, tiritaba de frío. Guerran le cubrió la cabeza y los hombros con el impermeable de seda que llevaba, a guisa de una voluminosa manta. Así, a cubierto de la lluvia y del viento, Fabienne se sentía bien. Pero entonces fue Guerran, con la camisa arremangada y destocado, quien comenzó a chorrera. Fabienne le obligó a guarecerse debajo del impermeable y a abrigarse en lo posible con uno de los faldones de la prenda. Así caminaron los dos, a buen paso, cogidos del brazo, bajo la protección del impermeable mientras la lluvia crepitaba sobre sus cabezas flagelando el lago encrespado sobre cuya superficie se deslizaban, cual fantasmas, negras y tupidas brumas. Al principio, Guerran bromeaba, se reía y cantaba canciones de sus tiempos de soldado, aires de marchas militares que ritmaban sus pasos. Luego, a medida que iban acercándose a villa «Graziella» dejó de cantar y no dijo un apalabra más. También Fabienne guardaba silencio. Guerran, con el corazón oprimido, pensaba ya en la despedida, en todo cuanto iba a terminarse dentro de unos minutos, en las cosas que tan caras le habían sido, en las horas dulces transcurridas a orilla del hermoso lago, en la singular etapa de su vida que dentro de poco no sería más que un bello recuerdo lleno de no sabía qué inexplicable melancolía. Pensaba en el adiós de Fabienne, sin duda antes de entrar en la villa, bajo el espeso follaje del catalpa. Y sintió una opresión en el pecho, como si le entraran deseos de llorar.

Había cesado de llover. Guerran se quitó el impermeable y caminó al lado de Fabienne. Llegaron al Sierroz. Atravesaron el puente, torcieron a la derecha y flanquearon la orilla por un camino bordeado de juncos y cañaverales. De pronto, Guerran se detuvo. Fabienne, sorprendida, se detuvo también y le miró.

—Señorita Fabienne —dijo Guerran afirmando la voz—, vamos a despedirnos aquí…

Fabienne no contestó. Y Guerran prosiguió:

—Todo ha terminado… Ya no la veré a usted más… Usted ha sido para mí una camarada, una compañera… No sabría decirle el bien que me ha hecho, lo felices que han sido los días que he pasado con usted y qué recuerdos me llevaré de usted. Se lo agradezco mucho…

—Yo también —balbució Fabienne—. Yo también, yo… me ha gustado mucho su compañía, señor Guerran.

—Sí, sí, lo sé… Pero usted es joven, Fabienne, usted es la juventud. Todo esto no cuenta mucho para usted. Unas buenas vacaciones, eso es todo. En cuanto, para mí…para mí es distinto, sí, es distinto…

Hubo un silencio. Fabienne aguardaba. Guerran continuó:

—Con frecuencia le he hablado de mi madrina, Fabienne. Le he revelado mis pensamientos, mis penas, la sensación que he tenido, al recordarla a ella, del fracaso de mi vida, de haber frustrado la ocasión de conseguir la felicidad. Ahora, al abandonar esta montaña, estos campos, este lago, tengo la impresión de haber, por segunda vez, rozado la felicidad sin poder alcanzarla, de que mi vida ha fracasado una vez más… Le digo a usted esto con la mayor sencillez porque no puede haber entre nosotros ningún equívoco. Un abismo nos separa. Usted es joven y yo soy viejo… Por eso puedo hablarle como lo hago, rememorar en su presencia mis sueños, lo que habría podido ocurrir si hubiésemos tenido la misma edad, si hubiéramos podido, por un capricho del destino, encontrarnos aquí veinte años atrás… Me comprende, ¿verdad? ¿No se siente usted molesta… o sorprendida?

—No… —murmuró Fabienne en un susurro.

—Un desengaño… Nada más que esto… Un desengaño de hombre ya caduco, que ve desfilar ante él la juventud, una risueña juventud llena de promesas y que se dice a sí mismo con un poco de tristeza, acordándose de su pasado. Quien la haga su compañera, irá lejos, será fuerte y feliz… Esto es todo… Y he querido decírselo porque me hubiera sido penoso, al marcharme, no agradecerle el bien que me ha hecho.

—¿Bien?

—Sí. Ya no se cree en nada. El mundo se le ha revelado a usted como un caos lleno de casualidades. En el camino sólo se encuentra egoísmo, egoísmo de ambición, de dinero, de la familia y del amor…

Uno se cree seguro de la vacuidad de todo y, súbitamente, se encuentra en su camino a alguien, un rostro humano, una sinceridad, una rectitud, una abnegación que resucita el enigma, que plantea de nuevo el problema, todo el problema, todo el problema de nuestro destino. Para mí ese rostro ha sido el de usted. Usted me había devuelto la esperanza en algo. Lo que ahora soy, debe usted perdonármelo. Si la hubiese conocido antes, si nuestras vidas hubieran sido paralelas en lugar de cruzarse, yo habría sido para usted un hombre distinto. Siento envidia hacia él que sea objeto de su elección. Porque usted será una mujer, una verdadera mujer. Un día hará usted feliz a un hombre, y le trazará un bello destino. Puede usted tener fe en sí misma. En cuanto a mí, cuando en adelante me atosigará la duda acerca de los nombres, traeré a mi memoria el recuerdo de usted…

Se puso nuevamente en camino a través de los cañaverales, con la cabeza baja. Volvía a llover. Su cabeza chorreaba, pero ni siquiera se daba cuenta de ello. Fabienne caminaba a su lado, pensativa, con los ojos fijos en el suelo.

—Vamos —dijo Guerran—, faltan diez pasos… Ahora cinco… Hemos llegado. Todo ha terminado… Adiós, señorita Fabienne…Gracias… Que sea usted feliz… Se lo merece usted. ¿Se acordará usted de su viejo amigo Guerran? Yo… yo no la olvidaré. El más hermoso recuerdo de mi vida… la imagen de lo que hubiera debido ser mi destino… ¡Vamos! Ya es hora. Un fuerte apretón de manos, señorita Fabienne…

La miraba a los ojos, y aunque un poco pálido, le sonreía. Fabienne no le dio la mano. Se cogió de su brazo y murmuró:

—Caminemos un centenar de metros… Hasta el recodo.

Heroico, Guerran bromeó:

—¡Sea! Prolonguemos el suplicio.

Recogió un faldón del impermeable. Caminaron uno al lado del otro un centenar de metros, hasta el lugar donde el sendero, apartándose de la orilla, se orientaba hacia el prado. Guerran se detuvo.

—Señorita Fabienne, el plazo de gracia ha expirado.

Le temblaba la voz. En sus ojos oscuros se reflejaba una dolorosa sensación de angustia. Mas, animoso hasta el final, seguía sonriendo. Tendía a Fabienne sus grandes manos abiertas, dos manos cálidas y amistosas… La muchacha depositó en ellas las suyas. Permaneció un momento inmóvil, mirándole de una manera singular. Luego, lo atrajo hacia sí y reclinó su cabeza sobre sus hombros. Guerran quedó turbado y deslumbrado a la vez.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En el centro de la ciudad se levanta, con una fachada imponente, la casa del doctor Gaspard Becquerel, diputado del Norte, consejero municipal y médico de los hospitales. Michel llamó a la puerta. Una doncella lo introduce en un salón muy moderno, donde butacas de caoba encarnada y tapizadas de seda color de hoja seca, ofrecen una disonancia de mal gusto con el rosa subido de las puertas y arrimaderos. Un momento después, la llegada de la esposa de Gaspard Becquerel pone fin al inventario de Michel. Es una mujer menuda y regordeta, de manos cortas y plebeyas. «Una antigua cocinera —advirtió Seteuil a Michel—. Una estupidez que cometió Becquerel».

De lo que Michel se percata al oír las primeras palabras de la señora Becquerel:

—¡Ah! ¿Es usted el sustituto? Pues bien, sí puede usted comenzar mañana mismo, tanto mejor… Gaspard ha salido esta mañana para París. Tiene que asistir a la Cámara… ¡Y tanto trabajo como hay aquí! ¡Cosa de locura! Entonces, hasta mañana. ¿O querrá usted comenzar esta tarde?

—Acabo de llegar de París con mi mujer —explica Michel—. Aún tengo que instalarme y visitar algunos de mis colegas…

—Pues hasta mañana. Venga usted —dice la mujer dirigiéndose al pasillo—. Le enseñaré el despacho de mi marido. Esta es la llave del armario donde guarda os libros.

Una música infernal interrumpe el diálogo. Un chiquillo de diez años, soplando en una trompetilla de madera, pasa corriendo, zarandea a Michel y envía a la señora Becquerel contra la pared.

La mujer intenta propinarle un tabanazo, pero él está ya fuera del alcance de su mano. Y continúa su marcha triunfal, a paso de carga, hacia el final del pasillo.

—Este es el gabinete —dice la señora Becquerel—. Los clientes aguardan en la habitación contigua. La mayoría son obreros… El señor Becquerel —añadió como si hablara a un criado— es muy popular. Es nada menos que diputado… y consejero municipal… Ya se da usted cuenta, no hay que perder mucho tiempo con ellos. Todo lo que piden es una receta, y dos francos si se trata de un accidente de trabajo…

En cuanto a las visitas, le advierto que hay que cobrarles en seguida. Los conozco bien y además soy quien cuida de la administración.

—¿Y si no tienen dinero?

—En este caso no hay receta. Es muy sencillo; usted no soltará la receta hasta que haya cobrado los quince francos. ¿Comprende usted? ¡Ah! Y otra cosa. Respecto a los que están inscritos en los seguros Sociales, o en el caso de accidentes de trabajo, recetas muy completas… De sesenta a ochenta francos… Y puede usted llegar a cien y ciento veinte.

—¿Por qué?

—¡Caray! Para que no se las arreglen con cierto farmacéutico que ellos conocen… Eso es todo. Hasta mañana. ¿De acuerdo, señor Morouval?

—Doutreval.

—Ahí, sí, Doutreval… Hasta mañana…

En el tranvía que le conduce hacia los suburbios de la gran ciudad industrial, Michel comienza a preguntarse si no le hubiera valido más renunciar a aquella suplencia.

El tranvía le dejó al final del trayecto. Aquellos arrabales estaban aún a medio edificar. Aquí y allí veíanse todavía campos de labor, granjas y viejas casas de campo medio ocultas en el fondo de un parque. La morada del anciano doctor Richebourg, fallecido tres meses ha, y cuyo gabinete trataba Michel de levantar de nuevo, estaba situada al extremo de un sendero pedregoso, bordeado de sauces desmochados, como mojones. Vasto edificio de una sola planta, donde las habitaciones se sucedían en la misma dirección: cocina, comedor, salón, despacho, iluminadas a ambos lados por ventanas que daban al Este sobre el sendero y al Oeste sobre una huerta sin cultivar, cercado por un seto de espino blanco. Por las ventanas de las habitaciones se columbraban, a lo lejos, de un lado la ciudad con sus mil chimeneas elevando al cielo sus negras volutas y del otro las suaves ondulaciones de los campos, hasta la cercana frontera belga, y más en lontananza, la llanura belga jalonada de casitas de tejas de un vivo color rosado. La casa y la huera, asiladas y situadas en posición dominante no carecían ciertamente de un encanto solitario, un poco agreste. Pero ¿lo apreciaría así la clientela?

—El sitio no está del todo mal —habíale dicho Seteuil—. Viven allí muchos obreros que van a trabajar a la ciudad… Está también la destilería Lavaisne, el comercio de harinas Hesdelot, las hilaturas Lausefeld… Eso puede darte una primera base de trabajo. Creo que puedes salir adelante.

Michel regresa a la casa por el sendero flanqueado de sauces. En la cocina, Evelyne está atareada en cubrir con papeles limpios los estantes de las alacenas. Besa a Michel y le mira de frente para ver si está contento. Como él sonríe y parece satisfecho, Evelyne se tranquiliza. Luego Michel se dedica a ordenar sus contados libros en la barnizados anaqueles de pino, en espera de la biblioteca de madera de olivo, como las dos que viera, regias y abarrotadas de ediciones raras, en el gabinete de su amigo Seteuil.

Por la tarde, Michel efectúa algunas visitas de cumplido a los colegas de la comarca. En primer lugar a Rosselet, el decano de los médicos del cantón, un anciano digno y severo que continúa ejerciendo, pese a sus setenta y tres años, y a quien se ve marchar a pie, apoyado en su recio bastón —por amor a la profesión, asegura él, pero en realidad porque necesita aún procurarse el sustento—. Una acogida cordial y reconfortante que emociona a ese viejo cargado de preocupaciones.

El doctor Templemars se muestra menos cordial. Simplemente vegeta. Aunque al parecer es un buen hombre, un nuevo competidor no deja de ser motivo de preocupación, sobre todo cuando se vive con tantas dificultades. Se esfuerza en ser amable, pero a pesar suyo reaparece su pesimismo:

—Le costará a usted mucho —dice—. Nosotros mismos pasamos no pocos apuros. El hospital y los dispensarios lo acaparan todo. Incluso los ricos acuden allí. Y ello sin contar los curanderos como, por ejemplo, Breuil, el «brujo», que embolsa un millar de francos diarios hipnotizando a la gente; Maufray, el herbolario, que fabrica tisanas para combatir la flojedad de orina, la enfermedades de la mujer y las intoxicaciones de la sangre… Y aún Massouart, el farmacéutico de la calle Foch, que afirma aplicar la radioestesia y que cura a la gente moviendo un péndulo encima del paciente y vendiéndoles Dios sabes qué drogas radiactivas… No es competencia lo que falta. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo.

Michel efectúa luego una breve isita a los farmacéuticos Vansteger y Massouart. Sin salirse de las recomendaciones hechas por Domberlé, tuvo interés en proporcionarles en seguida algunas pequeñas aclaraciones sobre la redacción de recetas. Y se explica a Vansteger exactamente del mismo modo que su maestro Domberlé le indicara:

—Tengo por costumbre atender lo mejor posible a mis enfermos y recetarles lo más estrictamente indispensable. Quizá mis recetas le sorprendan por sus dosis reducidas, por cantidades que tal vez estime excesivamente insignificantes… Le ruego que no se extrañe de ello y despache mis recetas sin

sorprenderse demasiado… en el fondo, no hará usted más que beneficiarse, porque por el mismo precio suministrará una mínima cantidad de sus productos… ¿Estamos de acuerdo?

—En absoluto —dijo Vansteger, que parce hombre inteligente—. Por otra parte, sea dicho entre nosotros, no me gustan los que recetan por un quítame allá esas pajas…Me interesa, ¡claro! Ganarme la vida, pero no tengo, ¡Dios me libre!, la intención de intoxicar a la gente.

En cuanto a Massouart, el farmacéutico radioestesista, Michel tiene la impresión de que se trata de un buen hombre, desgraciadamente encaprichado con sus historias de péndulos y de «brujerías»… De todos modos, parece muy sincero. Y trata de iniciar sobre las ondas y la varillas mágicas una discusión que Michel procura soslayar…

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se presenta Michel en casa del doctor Becquerel. La señora Becquerel le entrega las llaves del garaje y del coche y le da una lista de los clientes que hay que visitar con urgencia. Michel saca el democrático «Citroën» del médico diputado y se pone en camino.

La primera enferma, una muchacha de diecisiete años, obrera de las hilaturas Lausefeld, se provocó el aborto. La madre es cómplice, ya que insiste en que se efectúe una inmediata intervención. Hospital.

Un esguince. Bronquitis. Hernia estrangulada… Gentes misérrimas hacinadas en hediondas casuchas, en tortuosas callejas que discurren en el corazón de la populosa ciudad. Camas con posibles parásitos, camisas sucias y agujereadas, pies pringosos, carnes sospechosas a las que uno se acerca conteniendo la respiración. Y en último término, el hospital, el hospital para todos. No hay otra solución. En casa de esas gentes no hay dinero, ni sitio, ni se dispone de tiempo, ni hay nada que permita atender a un enfermo ni siquiera por espacio de veinticuatro horas. ¡Vaya con la medicina! Cuando uno se inicia en ella no es posible, bajo tal aspecto comprenderla.

Cuando Michel se adelanta por las callejuelas, asoman cabezas a puertas y ventanas, cochambrosas cabezas tocadas con gorros grasientos. No tarda en verse rodeado.

—¿Quién es ese mequetrefe?

—¿qué viene a hacer aquí?

—Soy el suplente del doctor Becquerel —dice Michel.

—¡Ah! Está bien.

La gente se aparta y le dejan penetrar en las madrigueras.

Al fondo de una de esas cortes de los milagros, se le conduce en presencia de un individuo completamente embriagado, tendido en una yacija y sucio a causa de sus propios vómitos. La familia reclama el permiso de hospitalización. Michel se niega a extenderlo. Acuden los vecinos. A poco Michel se ve rodeado por una muchedumbre hostil que exige el certificado de hospitalización. El tono de las voces va subiendo. Relampaguean los ojos. La amenaza es evidente. Cincuenta personas discurren y se excitan mutuamente.

Algunos hombres levantan el puño hasta la nariz de Michel. La señora Becquerel no ha dado instrucciones para casos semejantes. Michel acaba por ceder y firma el ingreso al hospital. El corro se disuelve y le abren paso.

Telefonea al hospital. Demasiado tarde.

—La ambulancia ha salido ya, doctor —le contesta una empleada, cuando al cabo Michel ha conseguido la comunicación—. Gracias, de todos modos. No se preocupe. Entendido.

—¿Qué van ustedes a hacer?

—¡Oh, tranquilícese usted! Depositaremos al borracho en una zanja, fuera de la ciudad. Ya estamos acostumbrados.

En el gabinete de la casa de Becquerel, Michel recibe por las tardes a la clientela. Un peón se queja de una «dislocación de la muñeca», otro está enfermo de una «eslomadura». Otros varios enfermos afectados de lesiones invisibles o incontrolables. Es conveniente prescribirles largas recetas, ungüentos,

fajas de franela, etc. Luego irán a ver a un farmacéutico sin escrúpulos que les entregará veinte francos a cambio de las medicinas, lo que le reportará ochenta francos que percibirá de la Compañía de Seguros. Una vez terminada la consulta permanecen con la mano extendida extrañándose de no recibir la consabida moneda de dos francos. Esta propina es uno de los trucos de Becquerel para tratar a todos los «accidentes de trabajo», a toda la clientela de las Compañías de seguros que constituyen su «modus vivendi».

Presentábase luego una muchacha acompañada de su madre. Tras un rápido examen, Michel exclama:

—Señorita, según todas las probabilidades, ha contraído usted la sífilis…

Al punto un grito de la madre identifica al responsable:

—¡Es Alberto!

Las dos mujeres se enzarzan en una disputa en un idioma extranjero, y, como no consiguen poner término a su querella, Michel la acompaña discretamente a la puerta.

Otros enfermos, otros heridos, hombres, mujeres, toda una pobre humanidad cuyo hedor a sudor acaba por apestar el gabinete, demasiado caluroso y falto de ventilación.

Finalmente una muchacha de maneras desenvueltas que quiere saber si está encinta. Y lo está.

—Está bien —dice ella—. ¿Va usted a hacérmelo perder?

—¿Cómo dice usted?

—Me han dado las señas del doctor Becquerel…

—Yo no soy el doctor Becquerel… Lo sustituyo por un mes.

—¡M…! será demasiado tarde. ¡Qué mala sombra!

—Por otra parte, tampoco él…

—¿Entonces, ¿es que no?

—Categóricamente.

—¡M…! —replica.

—Si lo hago yo misma o ayudada por alguien, y me sobreviene una hemorragia ¿puedo llamarle a usted?

—Mi obligación es atender a los que me llaman.

—¿Sin denunciarme?

—No soy ningún soplón —dice Michel, herido en su amor propio—. Pensaré de usted o que quiera, pero debo respetar el secreto.

La muchacha se va. Ha sido la última visita. Michel entrega la recaudación a la señora Becquerel, quien ha fiscalizado minuciosa y ostensiblemente el número de timbrazos. Luego sortea el bramante astutamente tendido por el chiquillo Becquerel con la esperanza de ver al famoso suplente dar de bruces en el morillo del hogar y coge un tranvía para ir a su casa pues sus propias consultas empiezan a las seis de la tarde. De lejos, columbra en el umbral del jardín a Evelyne, que le está aguardando. Al verlo le muestra gozosa tres dedos de la mano.

—¡Tres clientes! ¡Tres clientes!

Tres clientes en su casa, tres clientes que le esperaban a él, sí, a él. El corazón le late aceleradamente.

Pero hay más. Cuando los tres clientes se han marchado llega otro, el cuarto. Un hombre joven, con aire agitado penetra en el despacho de Michel. Y furiosamente exclama:

—Usted ha dicho, señor, que yo era sifilítico.

—¿Yo?

—Sí.

Michel tiene una idea.

—¿Es usted Alberto?

—Sí.

—Pues bien, amigo, quizá yo haya hablado de sífilis, pero no he dicho en modo alguno de quién se trataba. Y dicho sea de paso, tal vez fuera conveniente que se sometiera usted a un examen. Es una medida de prudencia.

En resumidas cuentas, otro cliente más.

Durante los días siguientes se presentaron numerosos visitantes. El primero de ellos, Lequesnoy, el cirujano de la vecina ciudad. Tras unas breves palabras, aprovechando una pausa, dice Lequesnoy:

—A propósito ¿cómo vamos a entendernos? Habitualmente, a los colegas que me envían sus enfermos les doy el cincuenta por ciento del importe de todas las intervenciones. Lo mismo haré con usted. Algunos de mis competidores hacen martingalas, pero es demasiada tentación para un médico.

—¿qué martingala?

—Por ejemplo, a la primera operación yo le doy el veinte por ciento de mis honorarios, el cuarenta por ciento a la segunda, el sesenta a la tercera, el ochenta a la cuarta y el cien por cien a la quinta. Luego reanudamos la serie a partir del veinte por ciento. Aun joven esto le estimula… Hay un interés evidente en alcanzar pronto el cien por cien y para esta ocasión hay que procurar dar con una intervención importante, que rinda o suyo. Yo no practico este sistema. Sin embargo, podríamos llegar a un acuerdo. Por ejemplo, yo podría ofrecerle un automóvil a crédito. Yo pagaré las letras cada mes y usted me envía a cambio sus úlceras y sus piernas fracturadas. Reflexione si le interesa…

—De acuerdo —dijo Michel— reflexionaré.

Por la noche habla de ello a Seteuil.

—Tú pides el cincuenta por ciento —dice Seteuil—. Yo trabajo con él bajo estas condiciones. También Roy practica excelentes intervenciones, pero es demasiado tacaño. ¿Acaso no se proponía hace poco no soltar ni un céntimo de sus honorarios? «La dicotomía [1] es una incorrección», decía. Pero esto no ha durado mucho tiempo. El idiota ha estado a punto de tener que cerrar la clínica. No ha tenido otro remedio que hacer marcha atrás. Trabaja con Lequesnoy. Este es el consejo que te doy. Todos los meses me hace una buena liquidación.

Dos días después, Michel encuentra casualmente a Roy, en ocasión de que el cirujano pasaba en su coche cerca de él. Una casualidad que quizá no haya sido ajena a la voluntad de Roy. Es un hombre alto, corpulento, barbudo, de tez cetrina, con un perfil árabe y, al parecer, simpático. Con una ligera turbación, explica que detesta la dicotomía, la participación de honorarios, sistema poco honesto en el fondo cuando la parte del médico sobrepasa una proporción razonable, pero que se ve obligado a practicar como todos los demás.

—Por otra parte —añade—, me hago cargo de que cuando aconseja usted una intervención, prepara al enfermo, instruye al cirujano y asiste a la operación, tiene perfecto derecho a percibir sus emolumentos. Le propongo, pues, para empezar, una cifra decorosa; pongamos el veinticinco por ciento de mis honorarios. Por supuesto, en la nota que yo envíe al cliente figurará la mención «honorarios de los doctores Roy y Doutreval». Así el cliente sabrá a qué atenerse. No tenemos por qué disimularle que el trabajo de usted también debe ser pagado. Más adelante procuraremos buscar un sistema más satisfactorio. No debo ocultarle que esta cuestión del reparto de honorarios atormenta mi conciencia. ¿Qué opina de mi combinación?

Michel la estima equitativa. Pero luego Roy empieza a extenderse en comentarios acerca de la cirugía en general y de sus hábitos en las intervenciones, todo lo cual inspira a Michel cierta desconfianza.

[1] Palabra perteneciente al argot usado entre los médicos para aludir al reparto de honorarios entre el cirujano y el facultativo que ha aconsejado la intervención.

Por la tarde del mismo día Michel recibe un recado urgente. Se traslada a la ciudad, y sube a un cuarto situado en el segundo piso de una taberna.

Allí encuentra a su cliente de la semana anterior, la muchacha que solicitó la hicieran abortar. Se las ha arreglado por sí misma. No le ha salido del todo mal, excepto una pequeña hemorragia que no ha podido contener. Asqueado, Michel le prodiga sus cuidados. Dentro de pocos días estará perfectamente.

La clientela se muestra remisa. Aunque Evelyne reduce en lo posible los gastos, el escaso peculio del joven matrimonio se va agotando. Becquerel regresará a fines de mes, y la terminación de la suplencia implica la desaparición de un crecido ingreso. Como Michel no es más que un principiante, un mediquillo de barrio, la gente no tiene confianza en él y sólo recurren a sus servicios cuando Seteuil, Becquerel, Rosselet y Templamars no están libres. O bien cuando se trata de un caso urgente, y no se dispone de tiempo para acudir a otro facultativo, como por ejemplo, un chiquillo atropellado por un camión o un obrero de la harinera Hesdelot herido por una polea.

La gente no gasta con él muchas contemplaciones. Desconfía. Al fin y al cabo se trata de un médico de tres al cuarto, y, por añadidura, pobre. Después de la tercera visita se había ya de llamar en consulta a un médico de la ciudad. Pues la gente suele calibrar la competencia del doctor según los honorarios que percibe. No; con él no hay que andarse con cumplidos. Así Failly, el orondo carnicero del barrio, no obstante ganar mucho dinero, le llama para que visite a su chico que ha atrapado un fuerte resfriado. Michel, bastante preocupado por la temperatura y los esputos membranosos del pequeño, expresa su intención de volver al día siguiente.

—¡Oh! —protesta Failly—, no vale la pena que vuelva doctor. Si necesitamos de usted le telefonearemos. Le voy a pagar a usted.

Al día siguiente, a las doce de la noche, se oye sonar la campanilla. Es Failly que se presenta en una camioneta.

—¡Doctor! ¡Pronto! Venga usted en seguida! El chico tiene una tos que no me gusta. ¡Podría ser difteria! he ido a casa del doctor Seteuil, pero nadie contesta…

O es la señora Hesdelot, la mujer del propietario de la harinera, que le llama urgentemente a la una de la madrugada porque no logra conciliar el sueño… O la señora Lausefeld, la mujer del industrial, que le reclama también por la noche a causa de un lumbago que ha atrapado tomando baños de sol. En otra ocasión, se trata de una anciana que está a punto de morirse completamente sola, en una habitación oscura, desvencijada y húmeda; de un obrero que se encuentra mal al volver a su casa por la noche; o de gente pobre que vacilan hasta el último momento porque el médico cuesta dinero, el obrero se ve forzado a abandonar el trabajo, y, en fin de cuentas, porque quizá sea innecesaria la visita del doctor.

Y cuando Michel, después de perder dos horas de dormir, se da cuenta de que una mano llena de sabañones y agrietada por la colada y la máquina de coser, busca los quince frascos de visita en el fondo de su grasiento portamonedas, se avergüenza, finge buscar en sus bolsillos y tartajeando, más turbado que los pacientes, exclama…

—No se molesten… Me pagarán en otra ocasión…

Regresa a su casa a las cuatro de la madrugada. Demasiado tarde para volver a acostarse. ¡Qué más da! En la cocina, Evelyne está haciendo el café. Refunfuña un poco, pero a pesar de todo está contento…

En un mes veintidós visitas de noche. Michel se va a pie, entornando los ojos, aspirando el aire frío para desentumecerse, recapitulando todo lo que ha visto y los casos urgentes y trágicos con los que se ha enfrentado. Encaminase casa vez al encuentro de un posible drama, una sucia historia, una úlcera perforada, una apendicitis, una hemorragia. Y con frecuencia, cuando se dispone a acostarse, la

campanilla lo reclama nuevamente. Hay que volver a salir. Cuando esto ocurre, se pasa la noche en blanco, porque no vale la pena, al regresar, meterse otra vez en cama.

Poco a poco, sin embargo, Michel va creándose una reputación.

—Es un buen muchacho, de buen corazón. Se molesta por las noches y no quiere cobrar…

Es extraordinaria la rapidez con que se divulgan estas cosas. No tarda Michel en coleccionar una magnífica clientela de pacientes nocturnos e indigentes. Mas esta afluencia no se deja sentir ciertamente en el presupuesto de Evelyne. Y por las noches, al contar la recaudación, Michel se dirige reproches a sí mismo. La señora Lausefeld parece haberse olvidado con su lumbago los honorarios que debe. Los pobres no pueden pagar y los ricos de olvidan de hacerlo ¡Vaya profesión!

Jonkère, un peón de casa Lausefeld, acude a Michel por una lesión en la mano. Solicita un reposo de quince días. No hay fractura ni hinchazón. No se trata más que de una pequeña herida ligeramente infectada. Michel prescribe una cura, pero se niega a dar un certificado de suspensión del trabajo. El hombre se va descontento. Desprestigiará mucho a Michel entre el personal obrero de la industria Lausefeld. La semana siguiente una mujer del barrio, que se ha tirado de los pelos con una vecina y que exhibe un ligero arañazo que se causara por otros motivos tres semanas antes, solicita un certificado «sellado» para llevar a su adversaria ante la justicia. Se trata de una cliente. Es difícil negarse. No obstante, se lo prohíbe la honestidad profesional. Michel sale del paso redactando un certificado complicado en el que la benignidad se oculta cuidadosamente bajo una jerga científica.

Pero el tribunal lo comprende y recusa la reclamación a la litigante. A partir de este día, la mujer denostará a Michel por todo el barrio. Luego muere el niño de Louise Márquez, el primer parto asistido por Michel. Un caso de sífilis hereditaria. No cabía la menor duda. Había nacido ciego, con un hígado enorme. Pero es preciso callarse. Secreto profesional. A las preguntas de la panadera y la tendera, Michel contesta con palabras de vago significado. Y los esposo Márquez denigran a Michel y divulgan por doquier que la culpa es del médico, y que ha sido Michel quien ha matado a su hijo.

Guffroy, un modesto granjero de la vecindad, llega un día en automóvil quejándose de un cólico atroz. Apendicitis aguda. Guffroy insiste en terminar su laboreo. Michel pone el grito en el cielo, logra darle a entender que va en ello su vida, se lo lleva consigo, coge casi a la fuerza el volante del coche y conduce a Guffroy primero a su granja y luego a la clínica Lequesnoy. Se interviene al hombre. Por la tarde, el propio Lequesnoy le muestra en una cubeta el apéndice lleno de pus. Lo que no es óbice para que un mes después Guffroy diga a Michel que se congratula de su curación:

—¡Bah también habría salido del paso sin esa intervención. ¡Seis mil leandras!

Daudenaerde, el vendedor de chatarra, hace abuso de mariscos y pescado. Una mañana sufre un fuerte ataque a un lado del vientre. Michel aconseja una intervención. Daudenaerde se niega rotundamente. Michel no se atreve a insistir. Tiene presente ese delicado asunto de la partición de honorarios con el cirujano. Como el médico sale ganancioso de las intervenciones, sus consejos son siempre algo sospechosos. Por otra parte, y de una manera al parecer milagrosa, Daudenaerde cura solo. Unas semanas después, Michel le encuentra, boyante, en casa de Gaby van Houtten, la oronda tendera.

—¿Cómo va esa salud?

—Perfectamente —exclama Daudenaerde a voz en grito—. Ya ve usted que voy tirando.

—Ha tenido usted suerte.

—¿Suerte? En absoluto. ¿Sabe usted lo que he hecho? He ido a ver a Breuil, el viejo Breuil, el brujo de Laneuville. Me ha aconsejado tomar aceite de ricino y unos polvos disueltos en una yema de huevo. Y esto es todo. Puede usted enviarle a sus enfermos, señor doctor, y tenga usted la seguridad de que volverán curados. ¿Quiere usted sus señas?

Todos los circunstantes se echaron a reír.

Hasta el punto de que el granjero Guffroy, cuando le cuenta el relato, lamenta los seis mil francos que le costó la intervención.

Tantos elogios hace Daudenaerde de Breuil que, siguiendo sus consejos, un pobre diablo llamado Toutelong, bajo los efectos de un dolor de vientre, se decide a visitar al ilustre curandero…

Éste le receta una purga formidable. Toutelong la ingiere. Y a las cuatro de la mañana Michel, a quien despiertan unos fuertes golpes en la puerta de su casa, llega a tiempo para comprobar el desastre.

—¡Intervención!

Parece extraño que un caso de cólico se tenga que operar en seguida, con toda urgencia. La esposa de Toutelong, una buena mujer un poco ingenua, se presenta con su hija a pedir consejo al patrón de su marido, Hesdelot, quien habla del doctor Jacquinet…

Jacquinet, la gran celebridad del país, acude a las nueve. Este profesor le recuerda a Michel a su padre: cojea visiblemente. Hace unos años le amputaron un pie. Es un buen hombre, pero bastante engreído de su prestigio. No está de acuerdo con Michel y discute con él. Diagnostica que no se trata de un caso grave y que puede esperarse. Además, la intervención presenta ciertos peligros. Toutelong es cardiaco y albumínico. Todo esto es cierto, Michel se inclina y decide aguardar. Y Tourtelong muere.

A la semana siguiente, al encontrarse con Jacquinet, Michel le habla de esa muerte. Jacquinet se muestra apesadumbrado:

—Lo siento —confiesa—. Debiera haberle escuchado…

Parece preocupado. Reflexiona, y tratando de justificarse, razona:

—Sin embargo, la operación era a todas luces escabrosa. ¡Con aquella orina! ¡Ya vio usted el análisis!

Con todo, algo le atormenta, algo parecido al remordimiento. ¿Había que intervenir o no? ¿Estaba seguro, al examinar a Toutelong, de que no debía hacerse? ¿Estaba seguro? ¿No se ha dejado seducir por un sentimiento de vanidad, de orgullo, no ha podido más en él el deseo de mostrarse en plan de «profesor» ante ese joven colega y esas gentes, de probar que se le ha llamado por algo? Jacquinet es escrupuloso. Reconócese a sí mismo extremadamente celoso de su nombradía. Y se reprocha alguna que otra vez ceder al afán de aleccionar al modesto médico de barrio. ¿Acaso no acaba de hacerlo? Michel, que se da cuenta de ello, trata de mostrarse cordial y tranquilizarse, pero Jacquinet, triste y preocupado, se dirige cojeando hacia el automóvil, que le espera a la puerta.

Jacquinet perdió el pie en la estación de Lezue. Se hallaba en el bar cuando ocurrió hace algunos años un terrible accidente: el expreso de Bruselas, que iba a sesenta kilómetros por hora, chocó con un tren parado. Jacquinet, rodeado por una ingente multitud, comenzó a organizar los primeros auxilios. En la locomotora del expreso, bajo cincuenta tonelada de carbón y acero, se hallaba el maquinista, cuyo cuerpo aparecía magullado y con graves quemaduras. Condenado a muerte, aún vivía y suplicaba a gritos que acabaran de matarle. A costa de inverosímiles esfuerzos y abriéndose paso a través de ardientes trozos de plancha de hierro, el profesor logró llegar hasta él provisto de morfina. En medio de la chatarra retorcida y pudiendo apenas respirar a causa de las emanaciones del óxido de carbono, el profesor permaneció agazapado más de una hora al lado del maquinista. Cuando éste daba muestras de un sufrimiento indecible le administraba una inyección en la muñeca, único sitio que le era dable alcanzar. De vez en vez desplomábanse nuevos trozos de hierro candente, estrujando cada vez más a los dos hombres.

—¡Matadme! —suplicaba el desdichado. Con ello se habría ahorrado sufrimientos inútiles. Y Jacquinet hubiera podido retirarse salvando así su propia vida. Pero un médico no puede dar muerte a un hombre.

Mientras, por medio de un soplete, se practicaba una abertura en la armazón de la locomotora exactamente encima de sus cabezas, Jacquinet se disponía a administrar una nueva dosis de morfina. Cuando los componentes del equipo de socorro comunicaron con ellos, el maquinista acababa de

expirar. En el último momento desprendióse una gruesa plancha de hierro que ocasionó a Jacquinet la pérdida de un pie.

Uno es hombre como los demás. Se enorgullece uno de sus títulos. Tiene uno sus pequeñas vanidades, sus pequeñas debilidades. No le desagrada a uno, en cuanto se presenta la ocasión, hacer sentir el peso de su saber a un joven colega principiante. En suma, un hombre… Pero lo que salva es la profesión, esa profesión de la medicina en cuyo ejercicio, de pronto, de un modo imperioso y brutal, a ese hombre que en nada se diferencia de sus semejantes, se le impone el día menos pensado el categórico deber de tornarse un héroe.

Toda la semana Evelyne había repetido la misma cantinela:

—El domingo, si tú quieres, podemos ir al campo, lejos, muy lejos, hacia la frontera belga…

A Evelyne, la florecilla campestre, sólo le gusta eso: la tierra, el rumor del viento, los angostos atajos que conducen a las viejas granjas. Una excursión al campo constituye para ella una gran fiesta. Silenciosa, escucha a Michel que habla de un modo apasionado y elabora para el futuro hermosos proyectos cada vez más distintos. Pero llega el domingo, y Michel, que ha pasado una noche en blanco, se duerme después de la comida. Evelyne se guarda muy bien de despertarlo. O se trata a veces de un chiquillo con una tos persistente a quien no puede abandonarse un día entero. O una hemorragia apenas contenida y que puede repetirse, o una hernia estrangulada que un anciano terco se niega a que le operen. Hay que tener paciencia, aguardar la aquiescencia del enfermo, montar la guardia en espera del momento en que el viejo testarudo consienta en dejarse salvar y no perder una hora para ir en busca del médico. Resultado de ello es que se pasan la mayoría de los domingos en casa o en el jardín, recogiendo las hojas secas del otoño o pegando papel de colorines en las paredes de la cocina para adornar un poco los dominios de Evelyne.

Un sábado por la mañana, Michel es llamado por los esposos Daubian. Un matrimonio pobre, muy digno, sin hijos. La mujer quiere tenerlos, cueste lo que cueste. Sus embarazos son sumamente dolorosos. Se pasa tres, cuatro, cinco meses, en una silla extensible para acabar con un aborto. Sin embargo, no se desanima y vuelta a empezar. Entretanto, el marido cuida de la casa y después de sus horas de trabajo, lava los platos y la ropa. La señora Daubian acaba de tener un aborto de cuatro meses. Se impondría un raspado, pero el matrimonio se muestra contrario a ello. Lequesnoy, avisado de antemano, espera en su clínica toda la arde; luego se va en automóvil hacia la costa para pasar el fin de semana. No queda más que un cirujano: Roy. Un poco a regañadientes, Michel acude a él por primera vez. Roy se aviene a efectuar al visita.

—El raspado es indispensable. Procure que su enferma se decida pronto, amigo. Me marcho mañana por la mañana a Bruselas para asistir al Congreso de Cirugía. En fin… Aplazaré mi marcha hasta el mediodía.

El domingo al mediodía los Daubian no han tomado aún ninguna decisión. Michel telefonea a Roy.

—¡Qué fastidio! —gruñe Roy—. Sólo quedo yo. Todos se han marchado. Semejante terquedad es del género estúpido.

Se pasa un minuto soltando imprecaciones.

—¿Qué le vamos a hacer? ¡Que se vaya al cuerno el Congreso! ¡Primero es el deber! No se puede abandonar a esa mujer. Insista con ella, Doutreval. Que se decida pronto. Aún está a tiempo.

La misma tarde, a las seis, la señora Daubian consiente en el raspado. Roy la interviene, la atiende hasta el lunes y no asiste al Congreso. A Michel, Roy comienza a serle simpático.

En invierno se hace indispensable un automóvil.

—No disponiendo de un coche —dice Seteuil— pasas por un mediquillo de tres al cuarto, por un pobretón… No gozarás jamás de la consideración de los ricos del pueblo.

—Quizá una bicicleta…

Seteuil se echa a reír.

—Si tienes interés en hundirte definitivamente, compra una bicicleta. Si haces eso nadie te respetará.

—Rosselet va a pie.

—Rosselet es viejo. Tiene más de setenta años. A esa edad no se puede arreglar un carburador. A ese pobre diablo puede permitírsele hacer «footing» con el pretexto de que le sienta bien. En realidad, puedes creerme, no le divierte mucho ir de una parte a otra, en busca de los cuatro o cinco clientes que le son necesarios todos los días para asegurar su yantar. Pero ¿por qué no te arreglas con Lequesnoy? ¡Estoy seguro de que no pide otra cosa! Él pagaría las letras y para el 15 de este mes tendrías ya tu «Citroën». ¿Acaso no estás enterado de que los laboratorios forman parte de esta combinación? Podrías llegar a un acuerdo.

Finalmente, Michel encuentra en casa de Souchey, de la Plaza Mayor, un «C 4» bastante usado, pero con el motor reparado. Souchey pide por él seis mil francos pagaderos en seis letras escalonadas. Michel acepta las letras. El regreso a casa, conduciendo el «Citroën», constituye un acontecimiento glorioso. Evelyne inspecciona el interior, los almohadones, las cortinillas y guarda silencio. Pero a la mañana siguiente, lunes, al entrar Michel en la cochera donde encierra el «C 4» apenas logra reconocer su automóvil. Cubriendo los asientos, limpios de manchas y de grasa, aparecen fundas de encaje recién lavadas, almidonadas y de una blancura inmaculada. Nadie identificaría en esas fundas las viejas cortinillas del antiguo propietario de la casa. Un voluminoso almohadón, confeccionado con un salto de cama, sienta sus reales en la banqueta trasera. Pedazos de la apolillada moqueta del salón, artísticamente cortados, guarnecen el piso del coche con una suntuosa alfombra color grana. Ni falta tampoco en el asiento una linda muñeca desparramando los volantes de su falda de marquesita, una muñeca de porcelana ataviada con un viejo pedazo de seda, como Evelyne aprendió a hacerlo en el sanatorio. Recuerdos de otros tiempos…

También la instalación del teléfono cuesta cara. Además, Michel necesita un par de zapatos nuevos y un traje. Cada noche, mientras él lee en cama unas revistas de medicina, Evelyne cepilla la ropa, plancha los pantalones, cambia el bolsillo, segura un botón y zurce un desgarrón hasta hacerlo invisible porque ella sabía ya coger los puntos. Luego prepara la ropa blanca, el cuello, el pañuelo, la corbata, embetuna los zapatos y comprueba el espesor de las suelas para que no se gasten hasta un punto irreparable. Los zapatos constituyen su gran preocupación. Michel los destroza en muy poco tiempo. Otra preocupación; la proximidad del invierno. Michel sólo tiene un abrigo de entretiempo, demasiado delgado se las arregla con la mujer de hacer faenas para adquirir, sin que nadie se entere, en la fábrica Lausefeld, tres metros de ratina deshilachada en los bordes, pagada a precio de saldo. Sólo falta economizar para pagar las hechuras.

—Recomiende nuestros productos a su clientela —dicen los representantes de los laboratorios de especialidades farmacéuticas—, recete las píldoras Cruchon para el hígado y tendrá usted un tanto por ciento. O, si o prefiere, le pagaremos a fin de mes las letras del automóvil que le ofrecemos…

—¿Quiere usted cigarrillos? ¿Abonarse a «L'Illustration»? ¿El cuidado gratuito de su automóvil? ¿Uno o dos cruceros gratuitos al Cap Nord? ¿Una colección de sellos de correo? ¿Un servicio de treinta y siete piezas con ciento cincuenta gramos de plata? Todo estoe s para usted —dicen los demás—. Basta con prescribir Tonitruol…

—Otros laboratorios —explica Seteuil— insertan en los periódicos anuncios como éste: «Deseamos colaboradores médicos». Y a los médicos sin clientela que aceptan esta humillación les hacen firmar el compromiso escrito de recomendar sus drogas mediante la bonificación del treinta por ciento por cada frasco vendido.

—Pero ¿cómo pueden saber si el médico ha recetado realmente sus productos? —pregunta Michel.

—¡Oh! —contesta Seteuil—. ¡No son tan estúpidos como te parece! En la envoltura de cada frasco hay una etiqueta encarnada: «Remítanos cinco etiquetas como ésa, con el nombre de su médico, y recibirá usted un frasco gratuito…» ¿Te das cuenta? ¡El propio enfermo les sirve de «control»!

Directores de casas de salud visitan a Michel.

—Querido doctor ¿por qué nunca nos manda enfermos? Nada perdería usted con hacerlo. ¿Qué tanto por ciento quiere usted que le ofrezcamos?

O directores de estaciones termales o de grandes hoteles que tratan de persuadir a Michel para que les envíe la clientela, mediante comisión. Y aún más; el director de un sanatorio particular propone:

—¿Por qué no nos manda usted algunos de sus clientes? Yo lo haría llamar a consulta seis veces al año. ¿No le basta eso? ¿Quiere usted que sean diez? A trescientos francos, son tres mil francos. No es moco de pavo…

Al escucharle, Michel piensa en su difícil fin de mes, en lo cansada que anda Evelyne. Ese «moco de pavo» nivelaría bastante el presupuesto…

Tres puertas más arriba de la casa de Templemars, el colega de Michel, acaba de establecerse un nuevo competidor. «Holmont, doctor en medicina, especialista en las vías respiratorias», anuncia la placa esmaltada. Un hijo de buena familia que sacrifica trescientos mil francos para la instalación de su gabinete. No tarda en entrar a saco en la ya escasa clientela de Templemars y consigue hacerse con los más fieles clientes de Michel. Rayos X, rayos ultravioleta, diatermina, de todo encuentra uno en su gabinete. Todas las maquinarias imaginables, innúmeros instrumentos brillantes, niquelados, cromados, con mil y un reflejos, que ejercen sobre los enfermos una irresistible fascinación.

Holmont cobra muy caro. Sesenta francos la visita. A este precio, uno debe de estar muy bien cuidado. ¡Y, por añadidura, un especialista! ¡Y con un gabinete de un blanco inmaculado, totalmente esmaltado, semejante a una sala de operaciones! Y todo ello sin contar la enfermera que os abre la puerta: una enfermera vestida con una bata blanca y tocada con un gorro prestigiado por un largo velo. Michel pierde sucesivamente una docena de sus más fieles clientes, que se precipitan a casa de Holmont para someterse con entusiasmo a la introducción de agujas en las costillas y sufrir el martirio del neumotórax, que Michel, fiel a las enseñanzas del viejo Domberlé, trata en lo posible de evitar. Y como Holmont no ahorra los inyectables, corta y prescribe jeringas a todo pasto, la gente queda boquiabierta y dice:

—¡Ya era hora! ¡Finalmente tenemos a uno que no anda con vacilaciones! ¡Cobra caro, pero al menos uno gasta bien el dinero!

Massouart, el farmacéutico, se dedica ahora a verdaderas consultas en la trastienda de su establecimiento y acaba por montar un pequeño laboratorio de productos radioestéticos. Además, las grandes farmacias llevan a cabo verdaderas jiras con camiones automóviles por los pueblos de la región, una auténtica buhonería farmacéutica. Los campesinos aguardan el paso del camión, detienen al chofer y le piden «algo contra los resfriados y al gota». Algunos le llaman incluso «el señor doctor». Con grave continente, el conductor del camión no se muestra remiso en prodigar toda clase de consejos. Y esto existe en Francia. Una competencia más para los médicos, que no tenían, en verdad, necesidad de ella. Maufray, el herbolario, lanza al mercado nuevas tisanas para combatir los resfriados, no cesa de insertar anuncios en los periódicos regionales y atrae a gran número de gentes que creen en la virtud de las plantas y de las hierbas. En Laneuville, el curandero Breuil, que ahora se las ha dado de hipnotizador, se dedica a la magia negra y magnetiza a los pobres diablos para persuadirles de que están curados…

Todas las semanas llega de París el doctor Louvier. Se hospeda en el hotel, da fe de su presencia por medio de una publicidad desorbitada, pincha la nariz a doscientas personas y regresa a París llevándose

veinte mil francos todas las semanas. Cien francos la inyección. Ochocientos las diez sesiones. Como a los más de los «pinchados» les bastan tres sesiones, el resto es puro beneficio.

Luego, la apertura de la Feria Comercial de Lille. Allí todo el mundo se entusiasma ante unos aparatitos eléctricos coronados por unas cubetas de vidrio que emiten, al parecer, rayos ultravioleta. Se trata de un curalotodo. Conserva la belleza de la tez y la virilidad. Durante semanas enteras, Michel no ve en su casa a ningún atacado de resfriado o catarro pulmonar. La compañía de electricidad tiene que cambiar en el pueblo numerosos contadores para reemplazarlos por otros más poderosos. Cuando comienza a menguar el delirio, Homont, que coquetea abiertamente con el partido político de Becquerel y Mooreman, consigue de este último, alcalde y diputado, autorización para abrir otro dispensario en la localidad. Tal medida no era ciertamente necesaria. Había ya cuatro dispensarios, tantos como partidos políticos, pues cada uno tenía el suyo. Pero Homont calcula que el nuevo dispensario será un motivo de propaganda y le agenciará nuevos clientes. Por otra parte, anuncia en los periódicos que hará un cuarenta por ciento de rebaja a los miembros de su partido.

He aquí lemas terrible de los enemigos; el Estado, el municipio, con sus dispensarios, sus hospitales, sus sanatorios, su medicina gratuita y socializada, sus asilos hechos ya indispensables para la miseria humana porque no ha sabido crearse la única cosa que haría inútiles los hospitales: verdaderos hogares. Hasta lo ricos no desdeñan de acudir a ellos. Failly, el carnicero, conduce en automóvil a su chico al dispensario para que le suministren gratuitamente suero de caballo. Hesdelot, el propietario de fábricas de harina, aprovecha sus viajes a París, donde no corre el riesgo de ser conocido, para que en los dispensarios de la capital le hagan gratuitamente una serie de radiografías. Todo el mundo se aficiona al sistema y nadie quiere pagar.

Sin embargo, cuando en 1851, los médicos consintieron en actuar gratuitamente en los hospitales, no se trataba a la sazón, ni en su ánimo ni bajo ningún concepto legal, sino de una gestión de poca caridad que practicaban a favor de los pobres. Pero ¡quién se acuerda ahora de ello! El médico se ha convertido en el instrumento gratuito de la beneficencia y de las promesas electorales.

CAPÍTULO II

Aquel otoño, cuando Guerran regresó a París en ocasión de la reapertura del Parlamento, su entusiasmo, su brío, su agilidad mental sorprendieron a todos sus amigos. A él se debió el ataque que sufrió en diciembre el Gobierno Douret y el torpedeamiento del ministerio.

Las armas se las proporcionó Géraudin. Desde hacía un año, Géraudin, cuya clínica iba perdiendo incesantemente el favor del público, veía con inquietud la terminación de la vasta policlínica de la «Mutuelle Artisanale». Presidía esta mutual Gaffiaux, una especie de temerario aventurero, quien se proponía centralizar en la policlínica todas las intervenciones quirúrgicas que se practicasen en el país.

Los cirujanos de la región se sentían grandemente amenazados.

Gaffiaux, en guerra abierta con ellos, les acusaba de imponer a los afiliados a la mutua una tarifa excesiva y se jactaba de que, una vez terminada su clínica, fijaría los precios a los cirujanos y les obligaría a practicar las intervenciones en su establecimiento, sometiéndose a la tarifa que a él le viniera en gana. Si rehusaran, haría venir de París a cuatro o cinco practicantes, que se considerarían en la gloria con tener que efectuar todas las intervenciones en su clínica a base de una mensualidad fija razonable.

El pasado de Gaffiaux era turbio. Este audaz, a fuerza de suculentos ágapes, de prodigalidades y de hábiles maniobras se había erigido en el factótum de la Mutua. Los dirigentes de la asociación eran casi todos afiliados al partido republicano social cuyo jefe nacional era Dauret, y del que era presidente de la sección de Maine-et-Loire el abogado Rebat, colega de Guerran y uno de sus más importantes competidores. Gaffiaux comenzó por granjearse la amistad de Rebat. Hízose su consejero y le señaló fastuosos honorarios. Rebat, encantado, introdujo a Gaffiaux en el partido republicano social. En el espacio de pocos meses Gaffiaux se aseguró una imponente mayoría de simpatizantes. Su procedimiento era sagaz y sencillo. Adquiría doscientos carnets del partido a la vez y los brindaba a sus amigos. Así, gracias al partido republicano social, Gaffiaux se calzó la presidencia de la Mutua artesana y campesina, sociedad que aseguraba a sus miembros la asistencia médica gratuita.

Gaffiaux explotó ampliamente su situación. Adosado al local de la Mutua, donde se celebraban las reuniones del partido, hizo construir un cuerpo de edificios en el que reservó para sí varias habitaciones principescas. Gozando de hospedajes, calefacción, luz, exento e todo gasto, incluso los del servicio interior, disponía para él de tres automóviles y de los chóferes. Lo que no era óbice para que le indemnizaran por partida doble el precio del billete de primera clase que tomaba para sus viajes a París, habida cuenta de que se trasladaba a la capital a título de administrador de la Mutua y de delegado del partido. Cuando se trató de dotar a la Mutua de un sanatorio y luego de la famosa policlínica, Gaffiaux, simple particular, vendió a Gaffiaux, administrador, unos terrenos que había comprado por trescientos veinticinco mil francos y que cedió generosamente por cuatro millones trescientos mil. Logró escamotear la subasta pública, no obstante ser obligatoria y eligió entre todos los planos el de un arquitecto que era casualmente sobrino suyo y a quien confió la dirección de los trabajos. Todos los suministros de cemento, arena, tejas y vigas fueron efectuados por una empresa de materiales de construcción que justamente acababa de ofrecer a Gaffiaux un puesto en su consejo de administración.

Hubo innumerables denuncias. Gracias a los buenos oficios de Rebat, Gaffiaux logró sortear sin más todos los peligros. Luego estalló una verdadera bomba: el escándalo de la «Banque de L'Essor Industriale», de la que Gaffiaux era administrador. Habíase servido de dicho establecimiento para

agenciarse, a través de varias empresas metalúrgicas de la región, un paquete de acciones a voto plural que sin grandes dispendios le había convertido en el verdadero dueño de aquellas. Entonces, suspendió durante un tiempo el pago de dividendos, dedicando los beneficios a mejoras de maquinarias. En la Bolsa, una acción que no proporciona dividendos se desmorona. Es la regla habitual. Gaffiaux, esperó que las acciones bajasen a una tercera parte de su valor real, las readquirió prudentemente por pequeños lotes, y sin faltar en apariencia a las leyes, se convirtió en propietario de varias firmas metalúrgicas de la región. Más, al parecer, hubo indiscreciones, y un nuevo diluvio de denuncias se presentó al tribunal.

Rebat defendió a Gaffiaux por todos los medios, se prodigó, visitó a todos los ministros, obtuvo diez veces otros tantos aplazamientos y ganó todo el tiempo que quiso. Y cuando todas las maniobras fallaron, cuando pareció evidente que el asunto iba a seguir judicialmente su curso, presentó Gaffiaux a Dauret, el hombre político, el jefe del partido republicano social.

Dábase el caso de que también el propio Dauret navegaba en medio de grandes dificultades financieras. Político brillante y carente de fortuna personal, casó, hacía seis años, con una americana, Mrs. Rosamond Winham, divorciada de Harundson, rey del «trust» noruego de las cerillas. Miss Winham aportó a su matrimonio con Dauret una dote principesca. «El Dorado Dauret», le decían los envidiosos en la Cámara. Mas al cabo de tres años de matrimonio, Dauret, ministro de Bellas Artes por espacio de unos meses, se interesó de pronto de una manera asaz desmedida por una joven bailarina que actuaba en la Opera. Gracias a los buenos oficios de Dauret su carrera fue meritoria. A la sazón rodaba «Cabalgata amorosa», el gran film del año, en el que figuraba como «estrella principal». Por desgracia, la ex Mrs. Rosamond Winham, se enteró de la repentina pasión de su marido por las bellas Artes, no compartió en modo alguno su admiración por la célebre «estrella», consiguió pruebas escritas de que tal admiración se había manifestado con un calor excesivo ypidió un segundo divorcio, que obtuvo. Lo malo no era eso, sino que Dauret fue condenado a devolver la dote. Naturalmente, la integridad de la misma quedó bastante menguada.

Esa fue la ocasión elegida por Rebat para que Gaffiaux y Dauret se conocieran. Gaffiaux recogió los fondos necesarios para completar la dote. Dauret habló a su primo, procurador general. Gracias a esta gestión, Gaffiaux obtuvo de los tribunales una nueva y pasmosa serie de aplazamientos. Luego Dauret entró en la combinación de Barbet, jefe del «Centro Democrático», que fue tres días presidente del Consejo. Dauret solicitó y obtuvo la cartera de Justicia. Al cabo de tres días cayó el Gobierno. Pero de lunes a miércoles pueden hacerse muchas cosas, como, por ejemplo, asegurar un sobreseimiento del a causa de la «Banque de l'Essor Industriel». Poco después Dauret fue nombrado ministro de la Guerra. Y Gaffiaux, que no fue más que un vulgar emboscado en la guerra del 14, fue honrado con la Legión de Honor por méritos militares.

Géraudin, que había pacientemente recogido todos esos hechos, le brindó un buen día a Guerran un «dossier» abrumador. Allí estalló el escándalo Gaffiaux. Dauret ni siquiera esperó la interpelación. Presentó la dimisión y se apartó de la vida pública por unos años, lo que permitió al pueblo olvidar el escándalo. Fue para él un rudo golpe algunos de sus amigos se lo figuraban en el Elíseo, en un término de cinco o seis años.

Por supuesto, el nuevo presidente del Consejo reservó a Guerran una cartera en el futuro Gobierno. Guerran eligió, como siempre, el Ministerio de Agricultura.

La semana siguiente, una orden de detención puso fin a al carrera de Gaffiaux. La Mutua artesana y campesina estaba arruinada, y el partido republicano social desprestigiado en la persona de sus dirigentes. Fue Guerran quien se encargó de «ejecutar» a Rebat, abogado y presidente del partido. Rebat, era, en Angers, el competidor más duro y vengativo de Guerran. Convocado al Ministerio de Agricultura, sito en la calle de Varennes, Guerran le dispensó una fría acogida. Rebat tenía de su papel de consejero jurídico un concepto singular. En el fondo, no había hecho otra cosa que ayudar a su cliente a soslayar la acción de la justicia. Guerran habló del Consejo de la Orden, de las posibles consecuencias… Rebat se desplomó, sollozó, suplicó. Tenía dos hijos. El varón, agregado al Tribunal

de Justicia, soñaba con llegar a ser fiscal de la República. Su hija debía de contraer matrimonio el mes próximo… Habló de su buena fe sorprendida, de compañerismo… Guerran se apiadó de él y se limitó, en aquella entrevista celebrada en su despacho ministerial a decirle claramente que era un canalla, ni merecedor siquiera del escándalo que se promovería en torno a él y del que no quedaría inmune el honor del foro. Rebat, abrumado, no supo más que decir:

—Sí, es verdad, lo reconozco: soy un granuja…

Y salió del Ministerio avergonzado, pero salvado.

Aquella semana Fabienne no vio a Guerran. Trabajaba en la clínica Epidauria. Se había enterado de lo que pasaba, únicamente por la Prensa. Ni siquiera se atrevía a telefonearle al Ministerio.

Tres veces fue a preguntar por él en el pisito del *Quai aux Fleurs*. Pero Guerran se hospedaba en el Ministerio. El lunes siguiente supo que Guerran había preguntado por ella por teléfono mientras se hallaba ausente de la clínica. Entonces, Fabienne se decidió a telefonearle.

Pidió permiso al doctor, se vistió y bajó a pie hasta el bar donde solía por las mañanas desayunarse con un café con leche y un «croissant». Consultó la guía

MINISTERIO DE AGRICULTURA: calle de Varennes
Teléfono: Danton 81-57 a 81-97

¡Cuarenta números! ¿Cuál escoger? Fabienne se decidió por el 81-97 y se dirigió a la cabina.

Acertó. Una voz femenina le contestó en seguida:

—Sí señorita, el Ministerio de Agricultura. ¿El señor ministro? ¿Quiere usted hablar con él? ¿De parte de la señorita Doutreval? Aguarde un momento.

Al cabo de unos minutos oyóse la voz grave de Olivier Guerran.

—¡Fabienne! ¡Por fin! Ven en seguida. Aquí. Sí, aquí. Da tu nombre. Yo mandaré advertir al portero. ¡Hasta pronto!

Unos momentos después Fabienne llegó en taxi ante la ancha puerta cochera del Ministerio.

Entró en el enorme edificio, enfiló un pasillo, subió una escalera, empujó una puerta vidriera y se encontró en una galería interminable adonde daban las puertas de una larga serie de despachos. Cubría el pavimento una moqueta tupida y algo roída. Pesadas colgaduras en las ventanas. Aquí y allá junto a las ventanas, una silla Luis XVI. Los radiadores de la calefacción despedían un calor casi sofocante y notábase por doquier un lujo oficial y polvoriento. Empleados y jefes de oficina iban de una puerta a otra. Sentados en los bancos tapizados, algunos ordenanzas bostezaban bajo la protección de la palma de la mano. A través de los empañados cristales veíase un patio interior, triste y espacioso. Fabienne llegó al final de la galería sin que nadie le hiciera la menor pregunta. Pero allí le salió al paso un portero. Ella se dio a conocer.

—El señor ministro la espera —dijo el portero—. ¿Quiere usted seguirme?

El empleado la precedió hasta llegar frente a una puerta alta, de doble batiente, llamó, abrió y dejó paso a Fabienne.

El despacho del ministro era una sala espaciosa, con numerosas butacas, una enorme mesa de despacho y una chimenea monumental. Las ventanas daban a la calle de Varennes. Detrás de la mesa colgaba de la pared una tela gigantesca con marco de macizas molduras doradas, representando el pensamiento de Sully: «Laboreo y pastoreo son las dos ubres de Francia».

Guerran estaba trabajando. Levantó la cabeza y al reconocer a Fabienne fue a su encuentro con el rostro radiante.

Fabienne actuó todo el día de secretaria de Guerran. Éste la instaló ante una montaña de cartas, telegramas y comunicaciones de felicitación.

—Siéntate a tu gusto. Vas a despachar todo esto. Toma dos taquimecanógrafas. Dicta a una y que la otra escriba. Procura seguir las fórmulas al uso según se trate de alcaldes, sindicatos, amigos, profesores, federaciones agrícolas, etc. Por otra parte, un jefe de oficina lo revisará todo. ¿Sabes acaso que tengo aquí setecientos cincuenta responsables? ¿Cómo puedes imaginarte que un ministro que sólo ocupa su cargo a lo sumo seis meses, entienda de todo esto? Hasta pronto, Fabienne. Almorzaremos aquí.

Fabienne trabajó toda la mañana. Ala una de la tarde, almorzaron juntos en los aposentos reservados del ministro, detrás del despacho y que daban al patio. Todo resultó muy agradable. Por la tarde, Guerran condujo a Fabienne a la cámara en el coche ministerial, un largo «Renault» que ostentaba la bandera tricolor. Guerran recogió su correspondencia y dio una vuelta por la biblioteca. Fabienne le esperó fuera. A las cuatro regresaron al Ministerio. Hasta la noche, Guerran recibió visitas, sostuvo conferencias telefónicas, convocó a los jefes de negociado, estudió varios asuntos de su departamento y se entrevistó con sus delegados en la cámara y el Senado. Salieron a las ocho y fueron a cenar en el restaurante Larue, en la Madeleine. Los circundantes que reconocían a Guerran cuchicheaban entre sí. Un leve sentimiento de vanidad transportaba deliciosamente a Fabienne. A las once volvieron al Ministerio. Doscientos documentos esperaban la firma del ministro. Guerran firmó hasta la una y luego acompañó a Fabienne a la clínica.

Fabienne estaba encantada con esa nueva existencia que le producía, no obstante, una extraña impresión de cosa superficial e inútil. Guerran pasaba buena parte de su tiempo firmando papeles de cuyo contenido ni siquiera tenía mención. Había, además, las recepciones. Los miércoles y viernes, diputados y senadores hacían acto de presencia en el Ministerio para solicitar favores, protecciones; recomendar a uno, ayudar secretamente a otro, conseguir una roseta, una condecoración, una insignia del Mérito agrícola, etc. Había que dispensarles a todos una cogida cordial aunque sabiamente matizada según fuesen miembros del partido, o de la mayoría, o de la oposición. Tratábase de otorgar a todos alguna cosa, aunque dosificando los favores, contentar a todo el mundo aunque satisfaciendo primero a los amigos. Guerran escuchaba, discutía, prometía, llamaba en presencia del diputado o del senador, a sus jefes de negociado y daba instrucciones. El parlamentario se iba contento. Los otros días recibían innúmeras delegaciones de todos los sindicatos agrícolas de Francia llegadas para protestar a propósito de una tarifa de matanza demasiado elevada en Quimper-Cotentin, o de los derechos de exportación que perjudicaban al comercio de queso de Gruyere en Lonsi-Saunier. Además, Guerran tenía que acudir a las sesiones de la Cámara que duraban a menudo desde las tres a las cinco y a veces hasta medianoche. Y ello sin contar los Consejos de ministros, las inauguraciones, los discursos y las jiras en provincias.

Sólo la correspondencia daba trabajo a seis secretarios. Solicitudes, reclamaciones, requerimientos e incluso denuncias anónimas. Se contestaba a todas las cartas firmadas. Una simple petición de un permiso agrícola por parte de un soldado implicaba una respuesta al interesado, una comunicación al Ministerio de la Guerra, una copia adjunta de la solicitud, una encuesta, una respuesta al Ministerio de la Guerra y una segunda carta al soldado.

Había momentos en que Fabienne echaba de menos la clínica, donde apenas iba. No siendo retribuida, se consideraba libre. Quizá Godefrin el «patrón» de la clínica, sospechaba algo, pues se mostraba singularmente reservado. Por eso, en medio de la estéril agitación de aquel vasto Ministerio, Fabienne pensaba a veces con melancolía en algún enfermo, en la acción directa, ignorada y bienhechora que ejercía a la cabecera de su lecho…

Luego se iba al cine con Guerran. Y en las cintas de actualidad veía de pronto el rostro del «joven ministro de Agricultura». Fabienne, radiante y gloriosa, se olvidaba nuevamente de todo. Jamás había leído Fabienne y con tanto interés, tantos periódicos. Las sesiones en la Cámara, los informes, la apasionaban.

A las nueve de la noche, mientras se hallaba en el despacho de su amiga Jeanne Chavot, en *El progreso social*, Doutreval se enteró de que Guerran formaba parte del nuevo ministerio. La noticia llegó en un despacho de la Agencia Havas y él fue sin duda el primero que lo supo en Angers. Experimentó una gran alegría, pero no hbló más de ello a Jeanne en toda la noche.

El acontecimiento se produjo cuando él se hallaba en lo más recio de la batalla. Numerosos obstáculos se oponían al parecer a la realización del Centro de curarización que se proponía abrir. Censurábase su método. Cuando argüía que el Centro permitiría llevar a cabo su proyecto se le objetaban entonces los gastos y la falta de espacio y de créditos. El hundimiento de Gaffiaux y de su policlínica deparó a Doutreval una ocasión única para realizar sus ambiciones. Con que le cediesen los edificios de la policlínica y le facilitasen cuatrocientos mil francos, su triunfo estaba asegurado.

Ahora todo estaba en manos de Guerran. Una orden del ministro lo resolvería todo.

¿Cómo llegar a Guerran?

Pensó en Fabienne. Fabienne y Guerran eran buenos camaradas. P ero no lo bastante, a su juicio, para solicitar del político, en nombre de Fabienne Doutreval, tamaño favor…

¿Y Géraudin? Sólo Géraudin gozaba sin duda de la suficiente influencia sobre Guerran para hacer tal solicitud al ministro.

Pronto se cumpliría un año de la muerte de Mariette en la clínica de Géraudin. Desde aquel día Doutreval no había vuelto a ver a solas a su colega. Como si existiera un tácito acuerdo, hubiérase dicho que ambos eludían encontrarse. Sin embargo, en tal actitud entraba en buena parte un sentimiento de inconsciencia. Jamás se permitió Doutreval detener su pensamiento en las circunstancias que rodearon aquella muerte. ¿Temor al sufrimiento? ¿Quizá un vago sentimiento de responsabilidad, de culpabilidad, que no tenía interés en despertar?

A fines de la semana siguiente tuvo efecto en la Facultad un consejo de profesores. A la salida, abriéndose paso en el pasillo por entre os grupos, Doutreval cogió del brazo a Géraudin que iba acompañado de Heubel y Gigon.

—¿Estará usted en casa el miércoles? Iré a verle por la tarde… Tengo que pedirle un favor… Necesitaría una recomendación de su amigo Guerran.

—De acuerdo —dijo Géraudin—. El miércoles por la tarde. Ya sabe que me tiene a su disposición.

Doutreval regresó contento a su casa.

El día señalado se presentó en casa de Géraudin. El cirujano le esperaba en su despacho. Era la primera vez que se encontraban solos, frente a frente. Géraudin recibió a Doutreval tendiéndole la mano, con los ojos entornados a causa del humo de su cigarro. Quizá también por esta causa no miraba a Doutreval de frente. En su modo de conducirse se notaba un embarazo y una torpeza singulares. Lo propio le ocurrió de pronto a Doutreval, que no acertaba a despegar la lengua. Tuvo de pronto la sensación de que ambos pensaban en lo mismo, en la muerte… Sintió en la propia raíz de los cabellos un extraño sudor y balbució unas frases inconexas. Con aquel fantasma irguiéndose entre ellos fue aquel un momento de agobio y malestar. De repente, en el momento en que iba a solicitar de Géraudin su ayuda, experimentó Doutreval la impresión de que renegaba de su hija, que traicionaba a Mariette, que la hacía objeto de un mercado. Sintió asco de sí mismo. Pero esa sensación se disipó al instante.

Géraudin prometió interceder cerca de Guerran. Él y Doutreval irían a ver al ministro la próxima semana.

Doutreval legó a París el martes. Estaba citado con Géraudin en el Ministerio a la mañana siguiente.

Recogió a Fabienne en la clínica, almorzaron juntos en un restaurante y pasaron la tarde en un cien de los Campos elíseos en el que Doutreval sabía que serían presentados sus trabajos. Se proyectó primero una cinta «cómica» en la que el gran bufo de nuestra época mostraba sus asentaderas.

Sucediéronse luego las actualidades; la inauguración de un estadio en Rouen por el presidente de la República, la moda femenina para la próxima temporada, un combate de boxeo entre Kid Austin y el famoso púgil negro Joe Stormbow, luego Doutreval, en Saint-Clément, observando la crisis de un demente y después la exhibición de una rumba, una nueva danza americana. Doutreval salió del local malhumorado y, sin saber exactamente por qué, descontento de sí mismo

Él y Géraudin vieron a Guerran a la mañana siguiente. Géraudin tenía gran interés en el éxito de la gestión de Doutreval. El ministro de sanidad abrigaba el proyecto de hacerse cargo de la policlínica y que todos los cirujanos del país trabajaran en ella sujetos a la menguada tarifa de los seguros sociales. Harto difíciles estaban ya las cosas para las clínicas privadas, incluso la de Géraudin, para que surgiera una nueva competencia.

Guerran se mostró en extremo cordial. Prometió su poyo. El éxito era cierto, dijo. Conseguiría, sin duda una crecida subvención. A demás, gestionaría de la Prefectura y del Consejo la concesión de importantes subsidios. Doutreval se marchó, encantado, con Géraudin.

Guerran cumplió su promesa. Al mes siguiente, Doutreval tomó posesión de la enorme y lujosa clínica de la antigua Mutua arruinada por Gaffiaux. Se le concedieron los créditos necesarios. Bajo la inspección de Regnoult, dieron comienzo los trabajos de adaptación del inmueble. Para la Pascua de Pentecostés lo más tarde, todo estaría ya terminado. El Centro de curarización sería inaugurado por el ministro de Sanidad —Guerran lo había prometido— y se atendería en él a ochocientos dementes. Doutreval escalaba la cima de su triunfo, apenas velado por una sombra de inquietud y de duda. En efecto, desde hacía quince días las publicaciones médicas revelaban la existencia de una serie de abscesos en los pulmones.

Géraudin y Guerran regresaron juntos a Angers. Al Incansable doctor, París le abrumaba y le daba dolor de cabeza. Por otra parte, le esperaba en la clínica mucho trabajo. Flégier se había separado de él y establecido por su cuenta, por lo que Géraudin, como medida de economía, tuvo que prescindir de parte del personal. La crisis e agudizaba cada vez más. El paro aumentaba. No habiendo trabajo, tampoco sobrevenían accidentes de trabajo y disminuían los de automóvil. Las quiebras arruinaban la clientela burguesa. La gente se hacía intervenir en el hospital o simplemente se abstenía de operarse. Las acciones del Banco de Francia que valían veinticinco mil francos en 1929 podían adquirirse por siete mil. Las de la «Societé Genérale» habían bajado de tres mil a setecientos cincuenta. El dinero colocado por Géraudin había perdido una buena parte de su valor, y las rentas eran prácticamente inexistentes. Y, por añadidura, Géraudin sentíase cada ve más viejo y se daba cuenta de que se oscurecía su talento…

Esto era lo más terrible. Géraudin no tenía ya confianza en sí mismo. Cada vez con más frecuencia, en plena labor, en los momentos más delicados de una intervención, le sobrevenía un vértigo, o veía todo como nublado, su cerebro parecía vaciársele de repente y ni siquiera sabía dónde estaba ni quiénes le rodeaban. Era como una negra sima abierta ante él por donde se despeñaba por espacio de interminables segundos. Salía del quirófano entontecido, tembloroso, abrumado, incapaz de proseguir el menor esfuerzo, con la vista perdida y las manos temblorosas. No podía sobreponerse al cansancio. Las intervenciones de larga duración le atemorizaban, sobre todo si eran por la noche. En la clínica le ocurrieron tres o cuatro percances. En el hospital, intervino un día a una enfermera que tenía un quiste incrustado en el ligamento ancho. A la mañana siguiente el vientre de la mujer operada se encontró lleno de orina. En el curso de la operación debió, sin darse cuenta, seccionar el uréter, un delgado canal poco visible que conduce la orina del riñón a la vejiga. Este accidente no es raro porque el uréter es frágil. Basta un movimiento torpe para cercenarlo. A veces, en tales casos, el cirujano no dice nada y trata de readaptar los dos cabos seccionados mediante una sutura. Desgraciadamente, esas suturas

fracasan casi siempre es muy difícil que un uréter vuelva a «pegarse». Y no puede uno confesar a un operado: «Por mi culpa ha perdido usted un riñón».

Cuando al fracasar la sutura, el vientre continuó llenándose de orina; Géraudin no tuvo otro remedio que declarar a la enferma:

—Lo siento mucho, pero el caso de usted ha sufrido una complicación. Tiene usted una fístula urinaria y será preciso extirparle el riñón.

Así lo hizo. La enferma salió curada, sin otros tropiezos; pero los estudiantes lo habían visto todo claramente. Antes de finalizar la semana, el hospital, la Facultad, todo el cuerpo médico de la región sabían que por primera vez, Géraudin se había «cargado» un uréter.

El segundo percance ocurrió en la maternidad. Se trataba de una cesárea como el caso de Mariette. La criatura había salido y, aparte de la sangre, todo marchaba bien. Es cosa sabida que en el caso de una cesárea la matriz sangra considerablemente. De repente Géraudin pareció perder el dominio de sí mismo. Se acordó de Mariette Doutreval.

Sintió invadirle la espalda el mismo sudor frío de aquel día, se dio cuenta de la inminencia de la catástrofe, se azaró, y, rápidamente, seccionó con las tijeras el cuello de la matriz, extrajo de un golpe todo el aparato genital, matriz y anexos, castrando a la mujer antes de que la hemorragia ocasionara la muerte. Mas al cabo de un cuarto e hora, al volver de lavarse las manos, se dio cuenta de que sus internos estaban examinando la masa de carne y los ovarios, intactos y completamente sanos. Los estudiantes habían comprendido.

A partir de aquel día, el declive fue rápido. Y se decía:

—¡Géraudin se ha vuelto loco! ¡Géraudin está acabado!

Sin embargo, seguía mostrándose brillante. Espléndidos vestigios le quedaban aún de su pasada grandeza. En ciertas ocasiones todavía operaba magníficamente, con un sentido general de todo y una conciencia anatómica sin igual, disecando, por así decirlo, plano por plano. Mas si la intervención duraba demasiado, se cansaba, se atolondraba y acababa por buscar un apéndice debajo del hígado. Y menos mal aún si no se hallaba presente, en tales casos, el médico de cabecera del paciente. Cuando veía a su «patrón» enervarse y ponerse febril, Louis, el chofer, le decía:

—Vamos, señor, deténgase, descanse un poco.

Le preparaba una silla y un vaso de agua…

—Sí… sí… —decía Géraudin.

Sentábase un instante, bebía, respiraba, lejos de ser con el vientre abierto que le esperaba. Una vez disipado el malestar volvía al quirófano y terminaba la operación en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, los segundos que se pasan ante una cavidad abdominal abierta, ante un enfermo bajo los efectos de la anestesia, son interminables. Un vientre abierto no espera, no puede dejarse para el día siguiente. En esas cosas había de pensar Géraudin en tales momentos, mientras la señora Claim tomaba el pulso del enfermo, atenta a la posible inminencia del Síncope.

Ese temor al fracaso, a la decepción, obsesionaba a Géraudin. Una obsesión que a fuerza de una angustia febril provocaba una crisis. No practicaba ya una intervención sin consultar a Louis, el chofer, mientras iban en automóvil a casa. Géraudin le preguntaba con ansiedad:

—¿Ha ido bien esta vez, Louis? ¡Francamente!

—Sí, señor.

—¿Ha dicho algo el médico? ¿Ha hecho alguna observación?

—En absoluto.

—¿No he fallado nada? ¿Todo ha ido bien? ¿Qué opina usted? ¿Cree que estoy en decadencia? No estoy bajo de forma, ¿verdad?

—No, no.

—¿Hablan bien de mí los periódicos? ¿Ha oído usted decir algo de mí en la Facultad o en el hospital, o entre los médicos? La Prensa sigue hablando bien de mí ¿verdad?

Y era necesario que Louis, piadoso, inventara mentiras para tranquilizarle.

¡Si Géraudin fumara un poco menos! Pero no podía resistir el vicio. Un cigarrillo en los labios le era imprescindible. Por la noche le dolía la cabeza, le ardía la garganta y las orejas cobraban un tinte violáceo. Valérie, su mujer, le tenía prohibido el coñac y le ponía agua en el vino. Pero en la mesa, Géraudin, parapetado detrás del periódico, apoyado sobre la botella de vino se escanciaba silenciosamente buenas porciones de borgoña. La vida le pesaba y la decrepitud le abrumaba, por lo que quizás sería mejor acabar pronto.

Demasiadas clínicas, demasiado cirujanos. Por bandadas salían todos los años de la Facultad decenas de ansiosos muchachos entre los cuales los más jóvenes «dicotomizaban» sin ningún reparo cedían sus honorarios a los médicos de cabecera y entraban a saco en la clientela, harto menguada ya por la crisis. Aunque Géraudin intentara rebajar los precios nadie se enteraba. Su solo nombre imponía, seguía siendo para la gente el indiscutible maestro y muchos ni siquiera se atrevían a acercarse a él. En cuanto a los pudientes, se hacían intervenir en su clínica y luego le decían:

—Los tiempos son difíciles, doctor. Poseo un Picasso, algunas sanguinas de Boucher, una hermosa tela de Manet, unos bellos soles de Van Gogh… ¿Quiere escoger lo que le guste en concepto de honorarios?

Todo eso estaba muy bien, pero Valérie no ocultaba su disgusto ante aquella galería de pinturas que no aumentaba en un céntimo la cuenta corriente en el Banco. Abrumaba a Géraudin con sus reproches, le tiranizaba y le trataba de incapaz y de derrochador. Fiscalizaba personalmente los ingresos y los gastos de la clínica. No tardó en chocar con la jefa de las enfermeras, la señora Claim, a quien Géraudin había dado hasta entonces una libertad que, a decir verdad, la enfermera se permitía abusar. Valérie se impuso la tarea de examinar las cuentas de la señora Claim, las facturas, las hojas de impuestos, las notas de honorarios, los distintos gastos de la clínica. Sostuvo enconadas discusiones con la señora Claim. Al cabo, la enfermera, exasperada, descargaba su mal humor sobre Géraudin, no le dirigía la palabra y lo trataba con una frialdad hostil de mujer ofendida. Ello hacía sufrir a Géraudin, precisamente cuando le eran necesarios un sentimiento de simpatía y un ambiente de amistad y cordialidad que lo sostuviera mientras operaba. Bastaba con una palabra amable, una frase de aliento. Louis, el chofer lo sabía. Entonces su «patrón» se transformaba, se reanimaba, volvía a encontrar la llama del genio y terminaba con brío las intervenciones. Pero todo eso, esa tranquilidad indispensable a su marido, a Valérie le tenía sin cuidado. Ahora exigía intervenir los ingresos. Géraudin había protestado. Valérie no le dejó hablar.

—¿De qué vives? ¿Qué harías sin las rentas de mi dote? ¿Con qué dinero has pagado la clínica?

Mandaba a Louis por la región con una porción de facturas por cobrar. Donde Géraudin había puesto cinco mil, Valérie escribía seis mil. Los tímidos no se atrevían a protestar, pagaban y luego se quejaban a sus amigos y desacreditaban a Géraudin. Los violentos se negaban a pagar y despachaban a Louis con palabras poco halagadoras. Y cuando éste regresaba se producía un altercado con su patrona.

A los médicos a quienes Géraudin prometiera el veinticinco por ciento de sus honorarios, Valérie, además de hacerles esperar, sólo les enviaba la mitad de la suma convenida. Todos los días se presentaban en la clínica colegas o clientes que formulaban protestas y reclamaciones. Géraudin no osaba decirles que la culpa era de su mujer: argüía que se había equivocado y presentaba sus excusas. Entretanto, Valérie, avarienta para él y para todo el mundo, quiso que renunciara a ir de caza con el pretexto de que eso no era del agrado de Louis, sometía a racionamiento a las sirvientas, que habían de esconder la carne que traía el carnicero, y mandaba preparar para *Kiki*, su asqueroso pequinés suculentos bizcochos y platos de crema. Por aquel tiempo *Kiki* murió de una indigestión. Valérie hizo trasladar en automóvil sus restos mortales a La Baule, le dio sepultura en un rincón del parque y encargó un monumento de mármol blanco que costó cuatro mil francos. Mientras, el tercer hijo de Louis yacía en cama a consecuencia de una nueva serie de abscesos abiertos en la tibia. Falta de aire puro, de sol, de frutas y de una sana alimentación.

En Angers, sentía Géraudin una desazón y una tristeza infinitas. Le invadía la nostalgia de su comarca natal, de su pueblo de Bordelais, de la vida sencilla, rustica y apacible con que transcurriera su infancia.

—¡Volver allí! —exclamaba—. ¡Volver allí! Sin medicina, ni intervenciones, n i colegas, ni clínica, ni alumnos, ni Facultad, ni lucha. ¡Oh, qué sueño!

—Déjelo usted todo —le respondió Louis— ¡Cierre la clínica, márchese usted!

—La señora no lo quiere, Louis.

Y era verdad, Valérie no lo quería. En Angers, era la mujer de Géraudin, el famoso «patrón» y se negaba a desterrarse aun perdido rincón, malvender la clínica y perder en la operación uno o dos millones. Aunque Géraudin continuaba la lucha, conocía ahora el rudo batallar de sus competidores, los cirujanos que necesitan del médico para vivir, que dependen de él, que se convierten en servidores suyos. A veces, conduciendo a su «patrón» acompañado de uno de los tres o cuatro médicos que más trabajaban en la región, legaban a oídos de Louis singulares conversaciones:

—¿Saldrá de ésta? —decía Géraudin.

—¡Psé! —respondía el médico.

—En fin, ¿vale o no la pena de operarlo?

—¡Oh, sí, eso sí!

—¿Hasta cuánto puedo subir? ¿Cuatro mil?

—Más.

—¿Cinco mil? ¿Siete mil?

—Ponga ocho mil. El padre tiene buena posición. Hay dinero… Naturalmente, la mitad para mí.

A veces reanudábase la discusión en el cuarto contiguo a la sala de operaciones a algunos pasos del enfermo ya anestesiado.

—¿Tres mil? ¿Cuatro mil?

—Cinco mil. Y dos mil quinientos para mí.

—¡Usted está loco!

—entonces, dos mil. Pero ni un céntimo menos.

Disputaban. Louis y la señora Claim les hacían signos señalándoles la puerta del vestíbulo donde los familiares que esperaban podían oír… Géraudin se negaba antaño a trabajar con esa hez de la corporación, mal vistos además por el sindicato de médicos. Mas ahora había que consentir en ello. Sin embargo, Géraudin, de naturaleza sanguínea, era colérico y conservaba aún el orgullo de su pasada grandeza. Sobre todo tenía conciencia de su propia personalidad, que a veces se despertaba en él con singular violencia. No era raro en él apostrofar procazmente a un colega y mandarlo a paseo. Se negaba a ser el servidor, el instrumento de ciertos médicos sin escrúpulos. A veces, llamado a la cabecera de una enferma, descubría en la matriz, un tumor anormal que hacía difícil el diagnóstico.

—¿Cuándo va a intervenir este quiste? —decía el médico de cabecera al trasladarse ambos al salón para deliberar lejos de la familia.

—No es un quiste —decía Géraudin—. Es un cáncer. La intervención es inútil.

—¡Tú desvarías!

—¿Te digo que es un cáncer!

—¡Te equivocas! Conozco muy bien el caso. Soy médico de la familia. ¡Insisto en que se haga la intervención!

—Está bien —decía Géraudin.

Mandaba llamar a los familiares de la enferma. Y entonces, con una franqueza brutal en presencia de su enfurecido colega, explicaba:

—Mi colega y yo no estamos de acuerdo. Él es de la opinión de que se practique una intervención y yo sostengo lo contrario. Tengo la certeza de que se trata de un cáncer.

No se efectuaba la operación. Pero al salir de la casa y una vez en el coche, surgían las explicaciones.

—¡Por tres cochinos billetes querías tú que yo interviniera a esa pobre mujer! ¿Sabes lo que pienso de ti? Que eres un granuja. Sí, sí, un perfecto granuja. A Dios gracias, los canallas como tú son muy raros en nuestra profesión.

Luego, al quedarse solo, Géraudin se sosegaba, se tornaba apacible, lamentaba la violencia de su lenguaje y encontraba de nuevo el fondo de timidez que ocultaba, en realidad, bajo su brutalidad. Y presa de ansiedad, preguntaba a Louis.

—No he sido demasiado duro ¿verdad, Louis? ¿Qué le ha parecido a usted? De todos modos, yo tenía razón. ¿Cree usted que se habrá ofendido?

—¡Oh! Vaya usted a saber —decía Louis.

—Sí. Quizá he ido «demasiado lejos»… ¿qué dirá su mujer? No me mandará más clientes. Hubiera debido mostrarme más condescendiente…

Y el asunto terminaba con una carta de excusa. Pero ala próxima ocasión, Géraudin volvía a las andadas. Decididamente, no conseguía resignarse a derramar sangre inútilmente para salvar a Valérie y a su clínica.

Un hombre se presentó en «L'Egalité», solicitando ser atendido por Géraudin. Era un agente de policía. Al practicar una detención recibió junto al corazón una bala de revólver. No había podido extraerse el proyectil que poco a poco se había ido moviendo hasta «caer» en la cavidad del corazón. Y ahora el fragmento de acero se movía y cambiaba de sitio. Cuando esto ocurría, el herido vivía una agonía horrible hasta que le sobrevenía un Síncope. Un día u otro sería la muerte. Había oído decir que Géraudin había intervenido casos semejantes, que era uno de los inventores de la técnica por la cual puede abrirse un corazón en vida. Y deseaba que él lo operase.

Esa intervención había, entre otras, cimentado la fama de Géraudin. Comenzaba por administrar al herido una crecida dosis de un producto que aminoraba considerablemente los latidos del corazón. Luego cercenaba las costillas, y abriendo el pecho dejaba el corazón al descubierto. En este momento y sin hacer uso todavía del bisturí «recosía»; es decir, que pasaba en el músculo cardíaco una especie de lazo, un hilo cuyos dos extremos sostenía un ayudante. Luego, Géraudin, con la mano izquierda, agarraba el corazón, esperaba un latido e inmediatamente después oprimía fuertemente el órgano entre sus dedos para evitar y retrasar lo más posible la pulsación siguiente. Entonces, con la mano derecha aplicaba el bisturí con una rapidez prodigiosa, cogía unas pinzas, las colocaba en el corazón, hurgaba y extraía la bala. En el mismo instante, el ayudante tiraba del hilo que hacía las veces de nudo corredizo y la herida quedaba instantáneamente cerrada. Géraudin soltaba la mano izquierda, y, entre sus dedos, con una repentina palpitación, volvía la vida. La intervención podía, pues decirse como practicada entre dos latidos del corazón.

Esa maravillosa operación en perspectiva dio a Géraudin insospechados ánimos.

Aunque tomó sus precauciones e hizo trasladar al enfermo desde «L'Egalité» a su clínica particular, lejos de toda curiosidad, con el pretexto de que el paciente precisaba de cuidados especiales y de una absoluta tranquilidad, el asunto se propaló. No tardó en hablarse de ello en la Facultad, en «L'Egalité» y en la ciudad.

—Una «bala en el corazón». En la clínica de Géraudin hay un caso de «proyectil en el corazón».

Los rivales de Géraudin estuvieron al asecho. ¿Intervendría al herido? ¿Lo salvaría?

Géraudin vivió horas amargas ¿Operarlo? Tenía miedo. ¿No intervenirlo? ¿Enviar al enfermo a uno u otro de os cirujanos de la facultad de París, con quienes había colaborado para determinar el procedimiento a seguir en tales casos? Esto era confesar su impotencia, proclamar su decrepitud, decir, en suma, a los médicos del país:

—Envíen sus enfermos a otro.

Géraudin se decidió a operar. Incluso fijó una fecha y mandó preparar al enfermo. Fue al depósito de «L'Egalité» en solicitud de cadáveres que no habían sido reclamados por los familiares. Tres veces practicó la intervención para cerciorarse de la agilidad de sus manos y familiarizarse de nuevo con la técnica de la operación. Creíase a punto, seguro de sí mismo. Y se decía:

«De todos modos, en esos casos hay un crecido porcentaje de fallecimientos. Nada podrán reprocharme. Ni yo tampoco, ha sido él quien lo ha querido quien me ha escogido a mí».

Sobre todo, cuando interrogaba a su conciencia tenía la certeza de «estar en forma». Sin embargo, pasó unos días terribles, los días de un criminal abrumado por los remordimientos. Finalmente, lo mandó todo a paseo. Tuvo un bello gesto de rebeldía. Una mañana, en presencia de la señora Claim, Louis, sus ayudantes y el jefe de clínica, después de haber examinado al paciente, se irguió y dijo bruscamente.

—Pues no. Estas cosas no son para m í. Amigo mío, en París está Labriet, un cirujano, uno de mis camaradas. Él le operaría mucho mejor que yo.

Hubo una pausa. Luego añadió, como avergonzado, en voz queda:

—Yo ya soy demasiado viejo…

Y diciendo esto salió de la estancia sobrecogido, anonadado y con los ojos humedecidos de lágrimas. Sin embargo, en aquel instante le invadía a Géraudin en el fondo de su alma un sentimiento de goce inefable. Sentíase ennoblecido.

Mucho más que si hubiera practicado con éxito aquella intervención. Comprendía en aquel momento la gallardía y la grandeza que entrañaba, con la renuncia, la confesión de la propia decadencia. En aquel instante, hubiérase dicho que Géraudin casi alcanzó al verdad, la liberación y la salvación.

Intuyó una gloria todavía posible, más pura, más verdadera, indestructible, en la sinceridad, en la sencillez y bella aceptación de la vejez y de la muerte. ¡Cuánta dulzura, qué tentación le deparaba la pública confesión, la apelación a otros colegas más jóvenes, la sumisión a la ley del destino! ¡Qué incomparable aureola ceñiría su frente al reconocerse ante todos como inferior! Pero retrocedió. Era ya demasiado tarde. Géraudin era prisionero de su pasado. Demasiadas envidias, demasiado odios a su alrededor. Demasiado dinero a ganar, demasiados vínculos: Valérie, la clínica… Era preciso mentir, disimular… Se sintió encadenado a su pasado.

Con gran discreción y a expensas suyas, en su «Panhard» de magnífica suspensión transformado en ambulancia, Géraudin mandó al enfermo al profesor Labriet, de París, quien le operó y le salvó.

Géraudin confiaba en que se mantuviera el secreto de su decisión. Sin embargo, algunos «amigos» le interrogaron sonriendo:

—¿Qué tal ha ido su «proyectil en el corazón»?

Lo que desazonaba al desdichado cirujano.

Cuando no podía resistir más ordenaba a Louis que preparara el coche y se iba tres días a La Baule a ver a Henri, su hijo idiota. Allí estaba tranquilo, se olvidaba de todo, se ocupaba de Henri, iba con él a paseo, le cuidaba y le mimaba pensando en aquel otro hijo, aquella criatura inteligente, dulce y apacible que había abandonado y del cual jamás volvería a saber. De vez en cuando, el idiota, mirándole fijamente, cesaba por un instante en sus gemidos y en su eterna música.

«Quizá me haya reconocido» pensaba Géraudin, turbado.

Y éste era su único consuelo.

—¡Ahora comprendo por qué no quieres que vayamos a París! —dijo Julienne Guerran un sábado, cuando el ministro regresó de Angers—. ¡Parece que no te aburres del todo!

Ella le puso ante sus ojos un entrefilete de *Le Diable Boiteux*, un semanario satírico parisiense de poca circulación.

«La intervención de nuestro simpático ministro de Agricultura fue vigorosamente aclamada. Calurosos aplausos de oían en una tribuna, surgidos de unas manecitas enfundadas en guantes de lino… No ha pasado inadvertida la fidelidad de cierta joven Egeria, morena y de pálida tez, hacia nuestro técnico en cuestiones agrícolas…»

No era ciertamente una indiscreción grosera. Incluso hubiera sido gracioso de no mediar Julienne.

Guerran se limitó a encogerse de hombros, pero no logró soslayar la disputa que desde hacía tres días meditaba Julienne, quien había mostrado el periódico a Charles y a Micheline.

Ésta puso cara agria. A pesar de todo, Guerran volvió a marcharse solo a París.

—Tenemos que ser prudentes… Mi mujer sospecha algo… —advirtió a Fabienne.

—¡Bah! —dijo Fabienne—. ¿Me quieres?

—¿Acaso lo dudas?

—entonces…

—Un escándalo…

—Si tú me quieres como yo a ti no temo ningún escándalo. ¿Me quieres?

—¡Fabienne! ¡Fabienne! —dijo Guerran estrechándola en sus brazos—. Es por ti por quien temo… Tu padre… Los que te rodean… ¡Ah! Comenzar de nuevo contigo una nueva vida. ¡Oh, qué sueño! ¡Tú, mi compañera, mi mujer! ¿Te das cuenta? Y, ¿quién sabe? Quizá un día, dentro de algún tiempo, en nuestro hogar, como una aprobación del destino, como una bendición a nuestra audaz aventura, como el signo visible de que habremos obrado bien, de que a pesar de todos habremos seguido en la vida el camino recto, tal vez un día, en nuestra casa, un hijo, nuestro hijo, tuyo y mío. ¿Qué me dices a eso, Fabienne?

—¡Olivier! —murmuró Fabienne, enajenada.

Pero el jueves siguiente, Julienne llegó inopinadamente a París. Por poco encuentra a Fabienne en el Ministerio. Ésta pudo escapar por el corredor secreto que comunica el despacho del ministro con sus habitaciones particulares. Esa afrenta, de haberse consumado, hubiera, por primera vez, dado a Fabienne conciencia de su vergonzoso y miserable situación. Julienne se despidió de su marido a la mañana siguiente para tomar, según dijo, el tren de Angers. Sin embargo, aquella tarde, a las ocho, al encaminarse a la «Coupole» con Fabienne, Guerran creyó reconocer, detrás de él, la furtiva silueta de su mujer que estaba al acecho en la esquina de la calle de Varennes.

Guerran volvió a Angers a pasar el fin de semana. Cuarenta y ocho horas transcurrieron en medio de disputas interminables, escenas y discusiones a voz en grito con Julienne. Por lo visto, ésta había puesto sobre aviso a sus hijos. Charles parecía no darse cuenta de la presencia de su padre, y Micheline se pasaba el día refunfuñando. Guerran trató de convencer a su hija de que lo que decía Julienne era pura fantasía y que él era incapaz de una acción semejante. De todos modos, antes de volver a París, logró conciliarse con Micheline. Era lo esencial.

El mismo día de su llegada vio a Fabienne y juzgo conveniente prevenirla.

—Esta vez, querida, la cosa se ha puesto seria. Mi mujer nos ha visto juntos… Acabo de ser sometido a una serie de escenas de gran espectáculo… Estoy convencido de que seremos vigilados.

—Entonces…

—Debemos ser prudentes. Quizá sería conveniente vernos con menos frecuencia…

—¿Con menos frecuencia?

—Sí. Evitar los lugares públicos, encontrarnos más discretamente.

—No modificaré en nada mi conducta —exclamó Fabienne—. ¡Nada me importa! Supongo que no vas a emponzoñas nuestra felicidad con esas historias. ¿Me amas?

—Bien lo sabes.

—Entonces…

Fabienne se mostraba arisca y no se avenía a razones. Guerran o se atrevió a insistir.

Sin embargo, los días siguientes Fabienne tuvo en varias ocasiones la impresión de que era espiada, de que la seguían. Un anciano de aspecto bonachón seguía sus pasos y si ella se detenía pasaba por su lado con visibles muestras de azoramiento. Luego un hombre joven, desaliñado en el vestir, no se separó de ella desde el *Quai aux Fleurs* hasta el Ministerio. A veces, en la puerta del restaurante, Fabienne encontraba un rostro visto ya en varias ocasiones durante el día… Avergonzada y furiosa, habló de ello a Olivier.

—Estoy segura de que me están espiando.

—¿Espiando?

—Tu mujer, no cabe duda. Debe de haber pagado los servicios de una agencia.

—Está bien —contestó Guerran—. Terminaré con esto.

Mandó telefonear a la Prefectura de policía. Dos inspectores detuvieron al «espía» y se enteraron de cuál era la agencia de policía privada que le pagaba. Citado al efecto, Villemez, el director de esa oficina, aceptó las propuestas de Guerran: seguirían enviado a Julienne las informaciones que le dictaría el propio ministro, mediante una retribución de cinco mil francos. Guerran se enteró de que Julienne ignoraba todavía la identidad de Fabienne. Pero en adelante, cuando la muchacha salía era seguida constantemente por dos fornidos inspectores de policía, que la escoltaban de una manera, si bien discreta, continua y exasperante. Aquello duró tres días. Al cuarto, Fabienne, con los nervios desatados, se presentó en el Ministerio y disputó acaloradamente con Olivier Guerran. No podía resistir más, quería mandarlo todo a paseo y vivir libremente su vida, costase lo que costase. Guerran, aturdido, trataba de apaciguarla, con lo que sólo conseguía irritarla más. Fabienne resumía sus alegados con la pregunta de siempre:

—¿Me amas? Pues entonces…

No es fácil hacer comprender a un ser joven, impetuoso y absoluto, las necesidades de la prudencia, las maniobras, las concesiones, la diplomacia que exige la vida. Varias veces disputaron violentamente. Las discusiones duraron toda la primavera.

Julienne se presentó de nuevo en París, dispuesta a encontrarse con aquella desconocida cuya influencia sobre su marido no le pasaba inadvertida y cuya identidad quería a toda costa conocer. Guerra comenzó a inquietarse.

A mediados de junio cayó el Gobierno. Guerran casi se alegró. Sentíase cansado. Anhelaba un cambio de vida que le trajera más seguridad y una mayor paz espiritual. Julienne quería que volviera a Angers. Fabienne exigía que se quedara en París. Ello dio motivo a una nueva escena:

—En una palabra, que tú quieres mi perdición —dijo Guerran a Fabienne—. Soy casado y ocupo una situación preponderante. Un escándalo sería la catástrofe. ¿Acaso deseas mi ruina?

—Yo creía que me amabas.

—Te amo, pero también debo vivir. Tengo una familia…

—En suma, que sólo piensas en ti mismo. Está bien.

Estuvieron una semana sin verse. Luego, una mañana Guerran fue a la clínica y preguntó por Fabienne.

—Perdóname, no puedo más. ¡Sufro demasiado! No tienes corazón.

—¿Es que yo no he sufrido? —replicó Fabienne.

—Vamos a marcharnos. Olvídalo todo y perdóname. Te propongo que pasemos el verano en la Charente. Mi mujer se va de vacaciones a París-Plage con los chicos. Seremos libres, felices como en Aix. Ya verás. ¿De acuerdo? ¿Prometido? Dame un beso, Fabienne.

Fabienne solicitó del doctor un permiso de dos meses. Entendióse perfectamente con la señora Haget, esposa de un comerciante del mercado a la que había cuidado durante tres semanas en la clínica donde ingresó a causa de un aborto. La señora Haget tenía un amante y «comprendía la vida». Convínose que para todo el mundo, incluso para Doutreval, Fabienne iba con los Haget a pasar las vacaciones en Biarritz. Si en el curso de uno de los viajes que Doutreval efectuaba por Francia llegara

de improviso a casa de la señora Haget le diría que Fbienne acababa de salir para Angers, con la intención de verle. Y al mismo tiempo advertiría telegráficamente a Fabienne de que se dirigiera inmediatamente a casa de su padre. Además, todas las semanas la señora Haget echaría al correo las cartas de Fabienne para Doutreval.

Todas esas ruines combinaciones las preparaba Fabienne con la señora Haget por la noche en el cuarto de la enferma. Ello no le causaba la menor violencia. A fuera de haber vivido en medio de esa corrupción, sentíase semejante a las demás mujeres. Sin embargo, había momentos en que, consciente de sí misma, aquilataba lúcidamente el cambio que se había experimentado en ella. Parecíale que todo aquello era un sueño, que nada de lo ocurrido era verdad. Y entonces se miraba largo tiempo al espejo, como si contemplando aquella faz pálida, cetrina, enmarcada por negros cabellos recogidos en trenzas, aquellos ojos negros, aquel cuerpo tan joven, casi infantil, aquella grave expresión, quisiera penetrar en los recovecos de su alma.

¿Era posible que tras aquel rostro hubiera «todo aquello»? ¿Qué fuera ella, Fabienne, la misma Fabienne de antes, la amante de Guerran, que se deshonrara a su lado, que combinara con la señora Haget aquellas miserables intrigas de adulterio y de dormitorio? Tenía la impresión de que todo aquello era un sueño. No, no era verdad; era de todo punto imposible.

De pronto, sonó el teléfono. Guerran la esperaba y la citaba para las ocho en los Campos Elíseos. Vestidos, taxi, cena en el restaurante Ledoyen, espectáculo. Fabienne se dejaba arrastrar por aquel torbellino y no tenía ya tiempo de reflexionar.

CAPÍTULO III

Se anuncian los esponsales de Seteuil con la señorita Anne-Marie Lausefeld, la hija del poderoso industrial. Magnífico partido para Seteuil, viudo con un hijo.

Con todo no es tampoco Seteuil, un partido despreciable. De apuesto continente, la negra barba y la frente despejada le dan un aire intelectual. Y, además, gana mucho dinero. «Trabaja» con el cirujano Lequesnoy, quien le cede el cincuenta por ciento de sus honorarios. Una leve amigdalitis, un asomo de apendicitis, y, de resultas, Lequesnoy, el «billar» y el bisturí.

—¡No comprendo las cavilaciones! —exclama Seteuil—. ¡Es tan sencillo abrir un vientre y ver lo que hay dentro!

Una nube ensombrece aquel magnífico equilibrio. Una noche su hijito sufre una indigestión. Cólico, vómitos. El vientre no está duro y no hay temperatura… Sin embargo, Seteuil piensa en la apendicitis y se inquieta. Llama a Michel, quien le tranquiliza.

Al día siguiente no se nota ninguna mejoría. Viene Holmont a ver al chiquillo.

—Yo soy partidario de una intervención. De todos modos, no perderemos nada con extirparle el apéndice.

—¡Bien se ve que no es tu hijo! —exclama furioso Seteuil.

El viejo Rosselet, a quien se ha consultado, emite su opinión.

—No veo la urgencia…

Pero a la mañana del tercer día sube la fiebre. Seteuil se precipita al teléfono para llamar a Lequesnoy, mas en el último momento vacila. Sí, Lequesnoy es un buen cirujano, pero en el fondo no tiene el golpe de vista ni la mano de Roy… No cabe duda, Roy es infinitamente más seguro. Y además, al menos no opera por el simple placer de operar.

Tras una breve vacilación, Seteuil marca en el disco negro agujereado de círculos blancos del teléfono el número de Roy.

Roy procede a auscultar al niño. Detrás de él, Seteuil espera con el corazón oprimido. Se imagina a su hijo con el vientre abierto, ahogándose bajo un balón de éter piensa en los síncopes, las hemorragias, las infecciones, los largos martirios que producen las vendas al arrancarse, los drenajes que se limpian, las grapas de acero clavadas en la piel… ¡Por Dios, que ahorren ese calvario a su chiquillo!

—Es muy nervioso —murmura Seteuil—. Una raquis me da miedo… Y una anestesia total, con un hígado enfermo… ¡Hay tantos peligros! Piense en todo eso, roy.

Roy no dice nada y continúa examinando al chiquillo. Luego se incorpora.

—No, francamente, no —dice—. No creo que se imponga la intervención…… Respiración profunda sin dolor, ninguna retención de gases… El chico puede conservar su apéndice. De algo le servirá, aunque se diga lo contrario… ¿La fiebre? No es más que desnutrición. Comience por darle jugo de manzanas dulce…

Seteuil, renace a la vida. Ahora que su hijo no tendrá que padecer, todo parece sonreírle. El niño se restablece. Según la costumbre, Seteuil envía a la señora Roy, a guisa de honorarios, un magnífico chal de Persia antiguo. Y Roy, al ver a su mujer colgar en la pared del salón el hermoso chal, piensa, con un poco de melancolía, que ello no impedirá a Seteuil que continúe, como antes, recomendando a sus clientes que se hagan intervenir por Lequesnoy.

—¡Eso de la dicotomía es una plaga! —exclama Roy.

Aquella tarde fue, como al azar, a ver a Michel. Se siente triste y cansado. Demasiado trabajo, demasiada competencia, excesivos impuestos. El hospital se lleva toda la clientela. Lequesnoy con su dicotomía y Romagnol, el gran «patrón» de Lille, con su título de profesor, arramblan con lo que deja el hospital. Roy ha prescindido de su ayudante. Dedica ahora algunas de sus noches a practicar esterilizaciones para intervenciones del día siguiente. Su mujer hace las veces de ayudante en las operaciones. Y, además, tiene siete hijos.

Respecto a esa cuestión de la dicotomía, Roy tenía formada su opinión. El médico tiene derecho a su parte de honorarios. Es él quien, cuando se plantea el caso de una intervención, decide, telefonea, hace gestiones y actúa de consejero. Es moralmente responsable. No hay, pues, ninguna razón para negarle su retribución. Roy propone establecer un baremo, una tarifa de honorarios especiales, para el médico, habida cuenta de la gravedad de la operación y la parte de responsabilidad y de iniciativa que le competen. La única dificultad estribaba en determinar esa tarifa. Sin embargo, llegóse a estipularla tras una serie de consultas con algunos colegas. Pero cuando todo estaba a punto, el sindicato se mostró en desacuerdo: «Demasiado complicado, muy discutible…». En realidad, el médico no gana lo suficiente para prescindir de tal beneficio. Y resulta irritable leer contra la dicotomía artículos con la firma de grandes «pontífices» que pueden, sin quebranto alguno darse el lujo de hacer gala de una honestidad profesional.

—De todos modos, en el fondo —arguye Roy— no hay nada que hacer. Nada, ni siquiera el sistema de «un tercer pagador» impedirá al cirujano poner en manos del médico un billete de mil, ni al médico aceptarlo. En esto, como en los casos de aborto, de los accidentes de trabajo y de todo lo que ustedes quieran, no basta la ley. Debemos actuar, ante todo, sobre la conciencia de cada uno de nosotros. Todo es cuestión de conciencia individual. Contar con una tarifa razonable debidamente reglamentada. Y sobre todo y en todo momento, velar por el reclutamiento y la formación del cuerpo médico a fin de que se respeten las reglas establecidas.

Hace algunos meses, Brunel, el chofer de los Hesdelot, los ricos harineros, se rompió el brazo en un súbito retroceso de la manivela. Seteuil, Lequesnoy y otros médicos han atendido al paciente sin lograr que la fractura llegar a curarse. Esto no se osifica. Lequesnoy, partiendo del principio de que Brunel está desmineralizado, ha prescrito un régimen de pan integral y legumbres cocidas, y, además, de una manera harto simplista, le ha administrado copiosas dosis a base de productos calcáreos. Resultado: el mal no ha hecho sino empeorar, como sucede muy a menudo. Por último, Brunel llama a Michel.

Brunel —el caso es frecuente— sufre un síndrome completamente ignorado de os «clásicos»; la desmineralización por sobremineralización. Tez pálida, labios agrietados, caries dental. Ese ser debilitado no consigue ya asimilar las sales minerales. Y la sobrecarga que le ha impuesto Seteuil no ha hecho más que obstruir el organismo dejando al mismo tiempo hambrientas las células. Pues un organismo debilitado sólo puede aceptar alimentos ligeros y desconcentrados.

Michel prescribió un régimen a base de pequeñas dosis de trigo crudo y cocido, ensalada fresca, legumbres hervidas, cambiándose el agua varias veces en el curso de la cocción, pan blanco, frutas dulces y prohibición absoluta de ácidos. Mejor que una abrumadora sobrecarga mineral esa alimentación desconcentrada y ligera, proporciona a Brunel los materiales que su organismo anémico tiene que metabolizar. Recalcificación rápida. Brunel se hacer radiografiar su brazo curado en casa de Lequesnoy. Y éste no comprende nada.

Pero Brunel ensalza a Michel de tal modo que sus patronos, los Hesdelot, se deciden a llamar para su padre a ese «mediquillo». Evidentemente sus módicas tarifas no inspiran la menor confianza. Pero ¿quién sabe? A veces, a través de la servidumbre, se penetra en casa de los ricos.

El anciano padre Hesdelot tiene un cáncer. Demasiado tarde para una intervención. *Opium et mentiri*.

Los Hesdelot se muestran muy contentos con Michel. Excelente reclamo. Le llaman luego los Lavaisne, ricos destiladores. Es la primera vez. Emoción. Michel se prepara con más cuidado que de costumbre y se sorprende a sí mismo al hablar con cierta aspereza a Evelyne a propósito de una mancha en sus guantes de hilo. Pasa largo rato en abrillantas las deslustradas aletas del «Citroën». Evelyne le ayuda. Ha salido de la cocina llevando un sucio delantal. Sus manos están ennegrecidas por la pasta con que ha limpiado el hornillo. ¿Por qué, al verla así, siente hoy Michel una impresión tan desagradable?

La morada de los Lavaisne se levanta en medio de un parque, detrás de la destilería. Vestíbulo de mármol. Majestuosa espiral de una escalera doble con pasamanos de hierro dorado. Discreción de sirvientas con gorro y delantal blancos. Toda la familia Lavaisne le aguarda: él, un gigante de tez rojiza, gran consumidor de coñac; su mujer, platinada, con la cara llena de afeites, de pierna final, al parecer de Seteuil; la hija, una muchacha de veinte años, tan pintada como su madre, y el hijo, un atildado colegial que fuma cigarrillos ingleses. Sobrevienen las explicaciones: la abuela acaba de ser víctima de un ataque de nervios.

Al subir la escalera de honor, Michel trata de recordar las reglas del comportamiento del médico, que le enseñaron en la escuela: caminar con precaución sobre las alfombras, desconfiar de los pavimentos encerados, procurar, durante la auscultación, no inclinarse demasiado, lo que puede hacer perder el pie y dar grotescamente de narices sobre el almohadón o el edredón… Tales precauciones imprimen a su rostro, mientras avanza silenciosamente hacia la enferma, una expresión de singular estupidez.

Tratábase de una apoplejía. Un movimiento convulsivo sacude todavía de vez en cuando a la anciana, que ha entrado ya en el coma. La enferma se sobresalta, mueve los pies y las manos y vuelve a desplomarse inanimada. A sacudidas, la hemorragia va anegando, uno tras otros, los centros cerebrales, provocando un último espasmo. Pero el viejo corazón aguanta y puede resistir semanas enteras… Michel, entregado por completo a su examen, ha olvidado a los Lavaisne y su lujosa mansión, y al incorporarse hace bambolear con la cadera la mesita de noche llena de teteras…

—¿Qué opina usted, doctor?

Poco o nada puede recetarse. Esto es lo peor… Un caso ideal para aparentar ser un imbécil.

—Volveré esta noche —balbucea Michel—. Yo… nosotros… Ya veré esta noche…

Parece increíble como el «Citroën» frente a la escalinata pueda tener con su tapizado roído, sus fundas de encaje y su pobre muñeca, un aspecto tan miserable y prehistórico al lado del suntuoso «Buick» de los Lavaisne, deslumbrante con el poderoso brillo de su esmalte negro y de su cromado donde se mira el chofer con blusa blanca y cuello y bocamangas azules.

Lo que queda de la abuela Lavaisne se empeña en vivir. Los Lavaisne se sienten nerviosos. Les fastidia aquel semicadáver que no acaba de morir. Con voz suave, el orondo Lavaisne sugiere:

—¿No son una crueldad, doctor, esos sufrimientos inútiles? ¿Es que una pequeña inyección…? a mi parecer, una muerte rápida sería más humano. Puesto que no hay esperanza…

La rubia señora Lavaisne y su hija, con el rostro pintado y las manos arregladas, son de distinta opinión. El sábado deben asistir a una velada en casa de los Hesdelot, los harineros. Y piensan:

«¡Con tal que viva hasta el sábado! ¡Tenemos ya los vestidos encargados! ¡Todo esta a punto! ¡Sería un desastre!»

Les preocupa tanto la idea de no poder asistir a la fiesta, que acaban por solicitar una consulta con Seteuil.

Seteuil ha ido a buscar a Michel con su coche, un «Panhard» impecable, al que Seteuil echa una última ojeada.

—¡El detalle, amigo, el detalle1 ¡Es muy importante!

Antes de entrar en casa de los Lavaisne, Seteuil se cepilla el traje, se limpia los zapatos con un trozo de gamuza y de una bolsa del coche saca tres pares de guantes y escoge el más nuevo.

—Siempre llevo tres pares en el coche —dice—. Los más sucios para los obreros. Éstos para los burgueses, y éstos, completamente nuevos, para las «grandes familias». Y ahora, entremos.

En la cabecera de la enferma, Seteuil deslumbra a los Lavaisne, y a Michel. Saca de su maleta instrumentos y más instrumentos. Un Pachon [1], estetoscopios, objetos de níquel y de ebonita, sobre todo de níquel.

Reclama una toalla y otra y otra. Jamás aplica el oído sobre la piel desnuda. Saca una estilográfica de oro. ¡qué aire doctoral le prestan la barba y la incipiente calvicie! La receta deja a Michel estupefacto. Comienza, en tono solemne y en término a la sazón a la moda:

«Aconsejamos a la señora Heurtebise—Lavaisne la medicación siguiente…»

Y a renglón seguido, ¡ni una sola especialidad! ¡Ni un solo medicamente ya preparado al uso de todo el mundo! En cambio, una serie de recetas complicadas colmadas de términos latinos, de fórmulas químicas, de abreviaciones cabalísticas, sólo inteligibles para los farmacéuticos… de lo que cabría dudar. Algo que, con toda evidencia, ha sido especial y halagadoramente concebido para uso personas y exclusivo de la abuela Lavaisne.

—¡Nunca harás fortuna! —dice Seteuil a Michel acompañándolo en el suave y silencioso «Panhard»—. A los ricos hay que dejarles boquiabiertos. ¡Instrumentos, objetos niquelados y elegantes automóviles! ¿Hay que deslumbrarlos! Cuando te invitan a comer, procura llegar tarde. Sin o tienes nada que hacer, paséate mientras tanto. Hay que adoptar una expresión de fatiga. ¡Y manojos de flores y cajitas de almendras garrapiñadas! Tampoco con los obreros sabes hacer las cosas. La chiquilla de Gaby van Houtten, la tendera, atrapa la escarlatina. ¡Enfermedad contagiosa! Te falta tiempo para advertir al Ayuntamiento y hacer cerrar la tienda por un mes. ¡Qué idiota eres! Había que prevenir a la madre, arreglártelas para que guarde el secreto de la enfermedad, que traslade a la niña a su habitación y quehable de una gripe… Puedes estar tranquilo, durante años y años siempre atenderás a alguien de la familia Houtten. ¿Y Fally, el carnicero? Se queja de ti, lo he sabido por mi sirvienta. No le compras ni un gramo de carne. Ya sé que la corta como un leñador, y que la carne no figura mucho en tus comidas, pero hay que comprar a todo el mundo… Yo, cada vez que paso delante de la tienda de Failly, no me olvido de dar una palmada a los cachos de buey que cuelgan de los garfios y digo: «¡Ah, qué hermosa carne!».

»Y además no se te ve nunca por el estanco de Simonet. Es una necedad. Uan gran tontería. ¿Acaso no te das cuenta de que un estanquero puede hacerte una propaganda formidable vas allí, invitas a fumar, el obrero te ve y piensa: «Pues no es orgulloso…»

»Y cuando llega la ocasión, te llama. Pero, sobre todo hay una cuestión de los regímenes. Demasiado rígidos, demasiado absolutos, amigo Michel. Sí, ya lo sé, el alcohol, el tabaco, las grasas, la mantequilla cocida… Pero cuando tú has dicho y recetado lo que a tu juicio debías, si la gente no quiere someterse al régimen que has prescrito, si prefieren llevarse buena vida y «diñarla» con la tripa llena, eso no te importa en absoluto. Deja que hagan lo que quieran y lávate las manos. Yo en seguida vi claro. Cuando un paciente comienza a insinuar: «¿Ni media pipa, doctor? ¿Ni dos dedos de coñac? ¿De veras me haría daño?», comprendo en seguida.

»Bueno, consiento en dos dedos de coñac, pero sin abusar, ¿eh?» Sobre todo, no mortificar al cliente. ¿No te has preguntado nunca por qué los fabricantes de «reconstituyentes» han amasado

[1] Aparato para medir la presión arterial.

grandes fortunas? Porque han cuidado de que sus porquerías sean agradables al paladar. Éste es el secreto. Se lo tragan como si fuera vermut. Todo el mundo lo quiere. Incluso lo saben los chóferes que reparten los productos a los farmacéuticos: a las once de la mañana detienen el camión en al carretera y rompen el gollete de una botella de «Kosto-divnamine» o de «Bicot-genol». Y entregan los pedazos al patrón. Gastos generales… Falta de psicología. Esto es todo. No lo olvides, querido Michel.

A la noche, terminada la cena en al cocina, Evelyne lava los platos y Michel se va a su despacho. Enciende el radiador de gas, abre la carpeta de las facturas y hace sus cuentas. El fin de mes será duro. Carbón, contribuciones, un neumático nuevo al C. 4. Y además, para que todo marchara bien, haría falta una criadita porque la asistenta, con abrir la puerta e introducir a los clientes tiene ya bastante. De un tiempo a esta parte, Evelyne tiene mal semblante. Domberlé, avisado, exclama: «Sobre todo, descanso, mucho descanso». Evidentemente Evelyne ha perdido. Hace tres noches que duerme muy mal. También esta noche, Michel ha velado con ella hasta las dos de la madrugada para no dejarla sola, para compartir su insomnio, para alejar de ella los pensamientos sombríos… Sabe que si Evelyne no lograr conciliar el sueño se apodera de ella una extraña melancolía. Finalmente, se ha dormido. Michel, cansado, permanece despierto largo rato. No cabe duda, hace falta una persona para atender la casa.

Sentado ante la mesa escritorio, Michel examina las cifras garrapateadas con prisa. Ciertamente, el examen no le satisface. Aquella misma mañana Seteuil acaba de indicarle lo que tendría que hacer. Deslumbrar a los ricos, halagar sus manías y vanidades. Y respecto al pueblo, rebajarse al nivel del vulgo, beber con los hombres, guiñar el ojo a las mujeres, ser bonachón, ingenuo, hablar argot, soltar un dicho picante, no fastidiar a la gente con regímenes severos, visitar de vez en vez la taberna de la esquina, ser popular, hacer elogios de la carne de Failly.

«Jamás lograré hacer eso», piensa Michel.

Se oye el ronroneo del radiador de gas. Michel cierra a medias la llave, vuelve a sentarse en el despacho y se sume en sus cavilaciones. Elg as, la factura, el carbón, la luz… Cuánto sube todo eso! Piensa en el anciano Hesdelot, con su cáncer. Precisamente los Hesdelot creen que Michel carece de energía. Puesto que el anciano vive todavía, algo puede hacerse, quizá una intervención… Por su propia iniciativa han propuesto varias veces con insistencia:

—¿No cree usted, doctor, que una intervención quirúrgica…?

Eso es lo más penoso, que la tentación parta de los propios clientes. Michel vacila y acaba él mismo por no ver claro. Después de todo, nadie sabe… La operación es, en efecto, la última posibilidad. Se han visto milagros. Y los Hesdelot son inmensamente ricos. ¡No se trata de unos pobres diablos! Michel, de buena fe, no sabe en absoluto si procede o no la intervención.

¿Se habría negando Domberlé, el viejo maestro? ¿Acaso la vedad lleva verdaderamente en sí una fuerza de persuasión suficiente para alcanzar el triunfo? ¿Y si al cabo los hombres se niegan a admitirla? ¡Qué equivocación esos regímenes, esas abstinencias que Michel impone a su clientela! ¡Qué propaganda tan contraproducente! Se apartan de él y acuden a Seteuil. ¡Por algo se han tragado golosamente vinos tónicos que saben a vermut! Y los propios colegas… ¡Eso es lo lamentable! Rehúsan aprender, niegan la evidencia y no se atreven a salirse de las enseñanzas que han recibido en la Universidad. ¡Hay demasiados médicos! Jamás la verdad sencilla y desnuda triunfará sobre esa multitud. No hay nada que hacer.

Entonces, ¿no sería lo mejor seguir el camino de os demás? ¿Ejercer buenamente la medicina como todo el mundo? En aquel momento, la soledad, la renunciación a una vida de verdad como la de Domberlé, estremece a Michel.

Aparta de sí la carpeta de las facturas, se levanta, da algunos pasos y se sienta en el diván donde se tienden los enfermos para la auscultación. Sintiéndose incapaz de ganar tanto dinero como Seteuil, se

inquieta un poco por su porvenir y se apodera de él una humillante sensación de inferioridad. Y trata de justificarse:

—Es porque yo no quiero…

Se siente herido en su amor propio. No está del todo seguro de que Seteuil no sea superior y más fuerte que él, en la batalla por la vida. Siempre, en cierta medida, uno juzga a los demás y a sí mismo según el dinero que ha sabido ganar. ¡El dinero! Aunque uno sobreponga a él la honradez y la conciencia no alcanza nunca a extirpar de sí mismo esa idea que representa, de todos modos, el signo infalible del valor de un hombre.

—Yo tengo mi propia conciencia —se responde a sí mismo—. He hecho ya mi elección y he preferido seguir siendo un hombre honrado.

Sí, pero ésta es a menudo la excusa de los débiles. Un recuerdo reciente acude a su mente, un recuerdo que ha procurado ahogar y combatir y que no obstante le obsesiona. Evoca la primera mañana que le llamaron los Lavaisne. ¡Qué emoción aquel día! ¿Por qué la sencillez de Evelyne, su delantal, sus manos ennegrecidas por el carbón del hornillo, le habían parecido tan desagradables y humillantes?

¡Apenas pudo ocultar su desazón, su mal humor! Y al pronto ¡qué repulsión porque un rico había solicitado sus servicios!

Evelyne llama suavemente a la puerta. Michel se levanta. Ella entra.

—¿Trabajas?

—Acabo mis cuentas.

—¿No sientes demasiado calor? ¿Puedo cerrar el radiador?

—Sí, si quieres.

Michel vuelve a sentarse. Evelyne cierra la llave del radiador. La llama se extingue con una pequeña explosión. Al pasar, Evelyne echa una ojeada sobre la mesa escritorio. No entiende nada de facturas ni de números. Sin decir nada se tiende en el diván y fija en su marido sus ojos negros llenos de ansiedad. Michel ha reanudado sus cálculos. Evelyne suspira contenidamente y sigue mirando de lejos a su marido que acaba por sentir sobre él esa mirada silente y ansiosa que nada se atreve a decir y que, no obstante, adivina las cosas. Michel, embargado por un sentimiento de emoción, se apiada de esa silenciosa inquietud, se levanta, se acerca a Evelyne, le coge dulcemente la mano, se inclina hacia ella y la besa en los ojos. Ella le devuelve el beso, un beso que expresa su emoción, sus temores y hasta su gratitud, una gratitud de perro fiel, agradecimiento del ser que teme siempre molestar. Y Michel, con voz casi jovial y reconfortante, exclama:

—¿Qué tal, señora Doutreval? ¿Todo va bien?

—Sí, Michel. ¿Y para ti?

—Desde luego. Todo marcha bien, mujercita.

Evelyne le sonríe. En aquellos ojos negros de criatura temerosa que tanto ha sufrido, hay un brillo de felicidad, una expresión de dicha y reconocimiento infinitos. Y porque ella parece feliz, también Michel, en medio de sus incertidumbres y sus dudas, siente invadirle el corazón una sensación de bienestar, un gozo singular y dulcísimo que no llega a explicarse.

Lo que desazona y a veces abruma verdaderamente a Michel es el espectáculo de esa medicina horra de principios generales, de todos esos desdichados enfermos curados. ¡Medicina sintomática! En el caso de la diabetes, por ejemplo, uno se hipnotiza con el azúcar. Uno no se da cuenta de que lo que ha alterado la secreción de azúcar en el hígado son sobre todo los venenos alimenticios. Por lo tanto, prohibición del azúcar, pero no de la carne, del alcohol, las grasas y la leche. Hasta el punto que la intoxicación del diabético se agrava. Y, sin embargo, muchos diabéticos se curan tomando un poco de azúcar y reduciendo la alimentación de carne, pescado y grasas. En las enfermedades del corazón ¡cuántas veces una purga ligera, zumo de frutas y un régimen de descongestión del hígado evitan una

crisis cardiaca! Pues son los venenos de la alimentación lo que la provocan. Sin embargo, el médico se contenta frecuentemente con lacerar el corazón con inyecciones de aceite alcanforado o administrando digitalina. Y en cuanto a la sífilis, a nadie se le ocurre, en general, tomar en consideración las defensas naturales. Olvídase que la infección subsiste debido en parte a las toxinas alimenticias. ¡Inyectables! Se inyecta con verdadero frenesí hasta que el enfermo, agotado, se va al otro mundo. Ni siquiera se ha pensado que un régimen adecuado permitiría un tratamiento infinitamente más suave. ¿Y respecto a los niños? ¡Cuántas otitis, sinusitis, mastoiditis y amigdalitis tratadas simplemente con intervenciones locales! Se escarba la garganta, se cortan las amígdalas, se practica una incisión en los cornetes nasales, se extirpan los pólipos, se trepanan los senos, y se cree ya haber cumplido sin preocuparse siquiera del defectuoso régimen de la alimentación que seguía el pequeño enfermo y que debiera ser modificado. Entre los colegas de Michel, la ablación de los pólipos y de las amígdalas, es cosa corriente y se practica en serie en el hospital. Michel provoca la sonrisa o la protesta de sus colegas cuando sienta la afirmación de que los pólipos o la inflamación de las amígdalas se curan solo mediante un régimen apropiado y una vida sana, y que la operación de las amígdalas no solamente no es inofensiva, sino peligrosa. La amígdala es un órgano de defensa, de secreción de productos tóxicos. La irritación de dicho órgano proviene de la cantidad exagerada de productos tóxicos a evacuar, sobreviniendo la inflamación microbiana como un hecho secundario. Extirpar el órgano sin prescribir ninguna modificación en el régimen es preparar el terreno para más graves enfermedades. De esta suerte comienza uno a darse cuenta que esa operación de las amígdalas pueden despertar antiguos focos de tuberculosis, favoreciendo además terriblemente la más peligrosa de todas las poliomielitis: la poliomielitis del asiento bulbar. Una cosa es segura: todos los días acuden a Michel niños que han sufrido una intervención afectados de apendicitis, temperatura, vómitos biliosos y hasta de tuberculosis ósea. ¡Cuánta vedad en la relación que el médico clásico juzga poder establecer entre una amigdalitis y una apendicitis, relación, no obstante, inexplicable a sus ojos! Con todo, suprimiendo las causas, prohibiendo los ácidos, las carnes tóxicas, cerdos aves, el pescado, las drogas y los reconstituyentes, Michel cura a menudo sus pequeños enfermos sin intervención alguna y sin sufrimientos. ¡Pero cuán pocos de sus colegas lo entiendes así! Asusta pensar que semejante error está sólida y oficialmente arraigado en los espíritus. Mas ¡qué agotador y doloroso papel saber, poseer la verdad y no lograr hacer aceptar, desgañitarse en el desierto, ver alrededor de uno cómo las gentes cuidan a ciegas de su salud y sufren inútilmente por ignorancia, cuando el alivio de sus males y su salvación estaría en sus manos con sólo que a uno le escucharan!

Finalmente, la abuela Lavaisne ha muerto. Ya era hora. Su agonía resultaba ya fastidiosa para sus familiares. Cuando se han dejado materializar por el bienestar, los ricos soportan con impaciencia el más ligero contratiempo.

Los Hesdelot se han arreglado. Para cuidad al abuelo canceroso han contratado los servicios de una enfermera y una religiosa. De esta suerte se ahorran las fatigas y los sufrimientos que quizá hicieran mella en su corazón.

Para poner fin a su incertidumbre Michel llama a Roy en consulta. Tiene en él una confianza absoluta. Desde el caso de la señora Daubian, se dirige a Roy cuando se precisa intervenir a sus enfermos. Roy es lento. No deslumbra por su rapidez como Romagnol, el gran profesor, ni por sus audacias, como Lequesnoy. P ero su trabajo es clásico, pulcro, metódico. No «tropieza». Los enfermos se restablecen pronto. Practica la anestesia mediante un procedimiento empleado por uno de sus amigos: con éter caliente. Jamás sobreviene una congestión pulmonar.

Roy visita al anciano Hesdelot.

—Es inútil operarle. Que muera en paz.

Al despedirse de Michel, Roy le ha invitado a pasar la tarde del sábado en su casa, con Evelyne. Toda la semana Evelyne está preocupada. Michel tendrá su abrigo nuevo; sólo le faltarán unos guantes. ¡Pero ella no tiene nada!

Limpiado con éter, planchado bajo un trapo húmedo y adornado con una camelia artificial, su sencillo traje sastre no hará, espera, mal papel. Michel ha prometido comprarle un sombrero, un elegante gorrito de terciopelo azul que sólo cuesta cien francos. Afortunadamente, Evelyne conserva todavía los zapatos del día de su boda, una acertada imitación de piel de lagarto. Bajo los efectos de la luz parecen «verdaderos». Las mangas de su blusa de tafetán están deshilachadas. Evelyne las suprime. Ira con los brazos al aire. En todo caso, y con el pretexto de un resfriado, no se despojará de la chaqueta. Quedan las medias. Aunque las cuida con esmero, está atenta a la tensión de la liga, las enjuaga después de habérselas quitado y las pone a secar a la sombra, encima de una toalla los tres o cuatro pares que poseía han acabado por deteriorarse. Economiza desde hace un mes para comprarse otras. Pero Michel ha hablado, durante la comida, de Daubian, ese hombre en tiempos poderoso y ahora un miserable obrero, cuya mujer quiere a toda costa darle hijos. Ahora está esperando uno y apenas si el marido gana lo suficiente… Evelyne ha ido a verlos, y allí se ha quedado el dinero de las medias. A fuerza de buscar, Evelyne acaba por encontrar dos medias con deterioros en el talón, pero desparejadas. Una es más clara que la otra. Pero ¿hay que plantear a Michel un nuevo problema por un par de medias?

En el momento de salir, en el umbral de la puerta, Michel examina a Evelyne con una ojeada. Traje sastre gris, zapatos de piel de lagarto, medias de seda, una blusa de tafetán rosa cerrada en el fláccido escote, con un delicado broche que podría ser de oro, y un sombrerito de terciopelo azul. Confiesa a Evelyne que está «apetitosa», le da un beso y la conduce al «Citroën».

Roy, un mocetón barbudo, de ojos negros y perfil árabe, les recibe sin muchos remilgos. Cuatro chicos y tres chicas no dan pie a mundanas cortesías. Mientras las dos mujeres preparan el café en la cocina, Roy conduce a Michel a su sala de operaciones. Es su orgullo. Sólo él sabe los cálculos, las noches en blanco y los sacrificios que le han costado este moderno instrumental, ese aparato de radio, esa atmósfera caldeada. Muestra su irrigador para los sueros que utiliza, entibiado, para las llagas. Explica sus «trucos», sus habilidades, los hilos que emplea, los útiles concebidos o mejorados por él, su retractor muscular automático, su mesa elevatoria y giratoria, que se mueve accionando un pedal, para operaciones sin necesidad de ayudante. Desmonta su aparato para aplicar la anestesia con éter caliente. Sabido es que en los países tropicales, el éter, siendo tibio, no provoca nunca en los intervenidos las congestiones pulmonares que son en nuestras latitudes uno de los grandes peligros de la anestesia. Partiendo de este principio, un amigo y colega de Roy ha imaginado un aparato que calienta al baño maría los vapores del éter antes de que éstos penetren en los pulmones. De este modo el éter no resfría al enfermo, actúa rápidamente, el paciente lo absorbe en pequeña cantidad y se repone con gran celeridad, sin riesgo alguno de complicaciones pulmonares. Roy utiliza siempre este método.

—¿Pero todo eso debería darse a conocer! —exclama Michel—. ¡Como hacen los demás! ¿Ese instrumental, ese aparato debe de ser divulgado!

—No hay nada que hacer —le atajó Roy—. A mí, particularmente, Romagnol me ha puesto el veto.

—¿El profesor Romagnol?

—Sí. No simpatizamos. Y no de ahora, a decir verdad. Todo vino a propósito de un músculo elevador del ano… ¿Se ríe usted? Sin embargo, es verdad. A la sazón no era más que agregado y yo director de anatomía. Una mañana, en el anfiteatro, mientras Morel, mi «patrón» estaba disecando un cadáver en presencia de nosotros, sus alumnos, intervino Romagnol:

»— Morel ¿podrías prestarme un cadáver? Quisiera practicarme para una intervención…

»Morel le indicó un macabeo y Romagnol comenzó a dar hachazos. Morel examinó su trabajo y nos dijo que Romagnol buscaba, sin encontrarlo, el músculo elevador del ano.

»—Te apuesto lo que quieras —dijo Morel a Romagnol— que cualquiera de mis estudiantes daría con él a la primera ojeada.

»—Por ejemplo… —dijo Romagnol

»Entonces, Morel me llamó.

»—¡Eh, Roy, acércate!

»Así lo hice.

»—Demuestra a Romagnol cómo se saca de su guarida el músculo elevador del ano.

»No era tarea fácil. Bien lo sabe usted. Pero estaba acostumbrado a ello. Con aire de suficiencia (uno es joven, ingenuo y afanoso de éxitos fáciles) mostré a Romagnol y a los estudiantes el famoso elevador del ano.

»Amigo mío, eso fue el fin. De buenas a primeras, a fines de año, Romagnol, prestando oídos a insidiosos y cobardes embustes, me suspendió en el examen. Un año después, murió Morel. Comprendí que más valdría renunciar a mi carrera profesional. Me agencié dinero y abrí mi clínica.

»Lo que no ha sido óbice para que Romagnol se interpusiera siempre en mi camino. Es profesor e influye en todo el cuerpo médico. Para todo acuden a él: para una condecoración, una Legión de Honor, una roseta, para conseguir un destino o una recomendación para un compañero. Viejos médicos que confían en mí y que desde hace treinta años me mandan sus enfermos me dicen:

»—Voy a prescindir de ti durante algunos años. No cuentes con las intervenciones que yo pueda proporcionarte. Mi hijo ingresa en la Facultad de Medicina y será examinado por Romagnol. Ya comprenderás que en tal caso mande mi clientela a Romagnol…

»Además, Romagnol no se anda con chiquitas. A los hijos de los médicos que no colaboran con él, les espeta brutalmente:

»—¿Su padre no tiene clientes que operar?

—Ahora se comprende de dónde proviene la moda de compartir los honorarios —dice Michel.

—¡Ah, claro, por supuesto! es el contrapeso ¡qué duda cabe! eso sitúa en un plano de igualdad la lucha contra el profesor. Ahí está el problema, amigo. Mientras el profesor se crea con derecho a cultivar la clientela, la medicina no dará un paso adelante.

Roy permanece un instante caviloso, se caricia su negra barba de emir y de pronto exclama:

—¡Bah! ya vendrán tiempos mejores. Vamos a tomar el café.

Coge del brazo a Michel y lo acompaña al comedor. Mientras, insiste sobre el tema que le obsesiona.

—Lo mismo ocurre con mi aparato para dar irrigaciones. Cuando se trató de presentar el invento me encontré con una comisión presidida por Romagnol. Escucharon mis explicaciones en silencio. Luego con una sonrisa socarrona, Romagnol declaró:

»—Excelente, Roy, su aparato es una maravilla, pero convendría modificar el aspecto, la forma… Hace pensar en una cánula de inyección…

»Y todo terminó ahí. Ni una prueba, ni una simple visita a mi casa para examinar… Desde hace veinte años yo soy el único que me sirvo de él en medio de la indiferencia general. Y en cuanto al éter caliente, que es una medida acertada, una cosa merecedora de atención, el mismo silencio, la misma ignorancia universal.

—¿No ha escrito usted? ¿No ha enviado usted nada a las revistas especializadas?

—Al principio, sí. ¡Qué ingenuo era! En cuanto descubría alguna cosa, me afanaba por darla a conocer a todo el mundo. Pero me hacían maldito el caso y no me escuchaban. O hacían uso de mis hallazgos sin decirme nada, a escondidas, cuando el estudiante que yo era entonces se hallaba ausente… Ahora he comprendido. Sigo trabajando en silencio, investigo, practico innovaciones, procuro superarme… Ha visto usted mi instrumental, ha comprobado usted mi técnica operatoria… Nada de ello sale a la luz en Francia. No vale la pena. No tengo escuela alguna tras de mí, ni siquiera alumnos. Todo se perderá. La teoría no basta. ¿Muchachos, estudiantes jóvenes a quienes enseñar mis

procedimientos? Cuando yo muera todo desaparecerá. A menos que uno de mis hijos… Vamos al salón… ¡Raymonde! ¡Raymonde!

Deja a Michel en el salón, se encamina a la cocina y vuelve.

—Las señoras han convertido al cocina en su Salón del Consejo y se han olvidado sin duda de las infusiones… ¡Vaya hospitalidad! ¡Bah! al cuerno los cumplidos, ¿verdad? ¿Fuma usted? Yo, tampoco. El tabaco me enerva, me desata los nervios. No puedo con él. Yo soy de índole calmosa, un vagotónico. Esta es mi fuerza. ¿Acaso no sabe usted que todas mis investigaciones y hallazgos en cirugía provienen de esta fuerza? Actuar lentamente, dejar al enfermo bajo la acción del éter sin peligro alguno, aumentar la seguridad, hacer inútil la rapidez, el brío, suprimir el choque…En cambio, Romagnol es lo contrario. Es un cirujano que opera como en los tiempos de Napoleón I, cuando no se conocía la anestesia ni la asepsia, cuando era preciso trabajar de prisa, cuando los segundos eran precisos. A este respecto, Romagnol es una maravilla. ¡Hay que verle extirpar una matriz! La rapidez es su triunfo. Evidentemente, mis trabajos no podían en modo alguno satisfacerle. En una ocasión estuvo a punto de aniquilarme. El Tribunal le había designado perito en un proceso entablado por una de mis clientes. Con lo que denominaba «mis peligrosas innovaciones», Romagnol hubiera podido anularme. Afortunadamente interpuse apelación y gané el proceso. De otro modo hubiera sido la ruina de mi reputación y el fin de mi carrera. Ese es el peligro. No contar con ningún apoyo oficial. Mi influencia es nula. Cuando pongo en práctica alguna de mis innovaciones, lo hago por mi cuenta y riesgo. Si la cosa resultara mal sería la catástrofe. ¡Con qué placer se echarían entonces sobre mí!

—No faltan recursos: la Prensa, los libros, los artículos…

—Publico algunos. Pero no en Francia, sino en Bélgica, donde tienen buena acogida. Sólo que esa barrera intelectual constituye una verdadera frontera. Nadie viene a verme. Y en cirugía nada puede suplantar lo visto. Una técnica o un procedimiento operatorio no puede aprenderse en los libros. Todo se perderá. Es un a lástima…

»Por otra parte, tampoco yo puedo instruirme como quisiera, Doutreval. Me agradaría ver los nuevos procedimientos, asistir a las intervenciones. Pero en la facultad desconfían de mí. ¿Qué le vamos a hacer? Tengo allí a un enemigo demasiado poderoso. Nada me permiten ver y nada interesante hacen estando yo presente. Me he dado cuenta de la frialdad y la hostilidad con que allí me reciben… y he desistido de volver.

—Quiere ir a París, a ver operar —dice la señora Roy mientras sirve el café—. Pero está lejos, el viaje cuesta dinero y perdería demasiado tiempo…

—Así es —asiente Roy.

—Sin embargo —arguye Michel—, en la Facultad he visto a algunos «patronos» llamar a un médico para que trabajara ante ellos, ante sus alumnos, hacerle preguntas y, sencillamente, instruirse a su lado…

—Sí, sí. Pero no todos tienen esa modestia, esa grandeza. Eso es lo importante, amigo mío. Para consentir en ello hay que saber hacer caso omiso del propio orgullo, y, a veces de los intereses pecuniarios. Cuando uno se encuentra ante un hombre desprovisto de esa generosidad, encuentra el camino cerrado. Tal es mi caso.

Con la mano se atormentaba la negra barba.

—Esa «acumulación» —prosiguió—, ese derecho a captarse una clientela que se han irrogado los profesores es un gran mal, Doutreval. No es el público quien nombra a un profesor. El padre de éste consiste en juzgar el valor de una terapéutica, de una técnica operatoria y explicarla a sus alumnos. Eso aparte, se debe a todo el mundo, es decir, a los hospitales. Por supuesto, es significa un aumento en los honorarios. Como usted, he conocido a personas como Norf. Profesores de prestigio, de renombre mundial, que se negaban a procurarse una clientela para consagrarse a su laboratorio… Para equilibrar su presupuesto, uno debía aceptar una consulta médica en la Oficina de Beneficencia, otro un cargo de médico forense…

»Todos murieron. Sus sucesores cultivan los clientes y ganan decentemente su vida. Pero en la Prensa científica apenas se habla de los trabajos de sus laboratorios.

»Mientras un profesor se dedique a agenciarse una clientela, no cabe duda de que le vendrá muy cuesta arriba decir a sus alumnos: «He invitado al doctor X a que ejecute ante vosotros una operación para la cual ha imaginado una técnica interesante…» Debiérase, a mi parecer, facilitar tal ocasión a todos los profesores, suprimiendo, empero, el elemento «competencia».

«De no haber sido eso, yo hubiera ido a ver a Romagnol. Él habría examinado, hecho pruebas, investigado… No habría tenido razón al ponerme obstáculos y cerrarme el camino…

—Peor ha sido así y nada puede hacerse.

Roy se tira de los pelos de la barba. Asoma la melancolía en sus negros ojos de emir árabe. Mira a sus hijos, los dos mayores, que acaban de entrar fumando jactanciosamente el cigarrillo autorizado por su madre con motivo de la recepción. Y dice como para sus adentros:

—En fin… ¿quién sabe? Quizá no todo desaparezca conmigo… Tal vez uno de mis hijos tendrá el don, «la mano» y a él podré confiar mi obra. Nada de lo que haya hecho será baldío. La riqueza de un hombre, como la de un pueblo, reside en sus hijos…

—¡En este aspecto somos muy ricos! —exclamó la señora Roy.

Y sonríe francamente sin el menor destello de amargura.

Después de dejar el «Citroën» en el garaje, Michel, en la cocina, se quita os zapatos y la corbata. Evelyne se afana en el fregadero.

—Vete a la cama —dice Michel—. Son ya las once. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Nada —contesta Evelyne, abriendo el grifo de agua fría.

—Estabas encantadora esta noche. Te lo digo de verdad. Esta chaqueta, este sombrerito…

Evelyne responde en tono de chanza:

—¿No te has avergonzado de mí? ¿De veras no te he hecho quedar mal

—¿Quieres ahora que te haga cumplidos? Pues no los tendrás.

Evelyne sonríe. Descalza, con los zapatos en la mano, se dirige a la escalera. Al pasar junto a Michel, éste le da un beso.

—¡No te entretengas! Estás cansada.

Sin contestar, Evelyne, se pone a lavar las medias, las famosas medias de diferente tono. Nadie, ni el propio Michel, se ha dado cuenta de ello. Si se presenta la ocasión, aún podrán servir una o dos veces más. Buena razón para economizarlas. Las coge con las dos manos con gran cuidado para enjuagarlas, las pone a secar sobre la mesa entre dos toallas, y, contenta, se encamina a su dormitorio.

CAPÍTULO IV

—Saint-Jean d'Angely —exclamó Guerran soltando una mano del volante del coche para señalar en el horizonte el pueblo que apenas se columbraba con las blancas torres gemelas de su iglesia nunca terminada. A través de la portezuela del coche, Fabienne contemplaba, extasiada, la belleza de la Saintonge, esa llanura de suaves ondulaciones sembrada de bosques y viñedos entre inmensos trigales y verdes prados. Hacía un calor sofocante. Una luz violenta bañaba el paisaje hasta la caliginosa lejanía esfumada por un vaho amarillento. Entre esa vasta perspectiva de tierras opulentas y apacibles, Saint-Jean se elevaba cansinamente en un recodo profundo por donde discurría el Boutonne, evocando con sus casas enjalbegadas, sus techumbres y sus grandes y redondas tejas, el aspecto de una ciudad provenzal.

A medida que avanzaban, Fabienne veía el pueblo agrandándose a sus ojos. Penetraron en él por una ancha avenida y atravesaron una plaza donde unas palmeras ofrecían una nota de exotismo. No tardaron en llegar al centro del pueblo donde convergían blancas callejas, bañadas por el sol, bordeadas de estrechas aceras por las que discurrían calmosamente gentes desocupadas que regresaban del juego de bolos o se encaminaban a la plaza para el aperitivo de la noche. Guerran, para sorprender a Fabienne, enfiló un dédalo de callejuelas y detuvo el coche frente a la antigua iglesia de Saint-Jean-d'Angely, una singular, inmensa y espléndida basílica comenzada a construir dos siglos antes, abandonada en tiempos de la Revolución y que jamás será terminada. Fabienne se apeó. Sola, dio la vuelta al edificio, entró y desde el arca del altar mayor echó una ojeada al interior. Era una extraña y espaciosa ruina, intacta, inacabada, corroída aquí y allá antes de haber servido; blanca, muy blanca, clara, una catedral decapitada donde un sol deslumbrante proyectaba una luz alegre y cegadora, una luz mediterránea, como sobre un templo del Acrópolis. Aquella ruina era casi gaya. No se notaba en ella la grisalla, la pátina sombría propia de Amiens, Reims y Nuestra señora de París. Había allí la luz, la blancura, la nitidez de una ruina antigua. Pero en medio de aquella claridad, en la pureza de aquella brisa bonancible, entre el azul del cielo y la albura de las piedras, revoloteaban acá y acullá, graves y cachazudos, negros pajarracos de alas crujientes, cornejas y cuervos anidados bajo las bóvedas y que con vuelo torpe, acompañándose de roncos y salvajes graznidos, se elevaban y se perseguían, bajo aquella inmensidad luminosa, como grandes y siniestras sombras. Fabienne se detuvo largo rato contemplándolos. En medio de su alegría aquellos tenebrosos pajarracos parecían traerle un mensaje. Buscaba en ello un símbolo sin acertar a definirlo. Cuando volvió a subir al coche, Guerran la reprendió ligeramente por su retraso.

Salieron del pueblo por la carretera de Poitiers, y tras un par de kilómetros de marcha, enfilaron a la derecha en Saint-Julien, un angosto camino que discurría a través de un bosque y atravesaron por un puente un río de aguas claras y rápidas que Guerran nombró:

—El Boutonne.

Dieron un breve viraje, traspusieron la alta verja y penetraron en el espacioso patio de un enorme edificio mitad granja, mitad castillo, de techumbre plana, estrechas ventanas con los postigos entornados y muros enjalbegados con argamasa, por los que trepaba una parra. Una avenida de arenilla, que contorneaba el patio, delimitaba un vede césped donde crecían algunas plantas grasas. Ante la escalinata de la casa, dos masas de tupido follaje y dos tilos centenarios parecían proyectar en la fachada un suave frescor. A uno y otro extremo del patio se hallaban la vivienda del aparcero, los

establos y los trojes. Pasó una moza levando unos cubos de leche. Oíase el mugido de unas vacas. Una anciana mujer apareció en la puerta de la casa y dio la bienvenida a los nuevos moradores. Condujo a Fabienne de la cocina al salón y luego a los aposentos, grandes y escasamente amueblados, sumidos en la penumbra, de paredes encaladas, rústicos pavimentos de encina, limpios y brillantes por siglos de pintura al encausto, con techos entrelazados de vigas y espléndidos armarios antiguos con largas cerraduras de hierro forjado. Fabienne aspiró el fragante perfume de las sábanas, de recia tela hilada a mano. Abrió la ventana y paseó la vista por el parque, el césped, el abigarramiento de pinos, los secoyas, los cedros, las palmeras y los bancales apenas visibles bajo la madreselva, la ampelopsis y la yedra. Más allá se veía un huerto, un vergel, y, más lejos aún, praderas, bosques y vastas extensiones de hierba donde pacían rebaños de vacas negras y blancas. Y en medio de todo ello, ora despejado y argentado cual una serpiente bajo el sol, ora oculto tras la espesura de los árboles, ora embridado por la esclusa de un molino y surgiendo bajo los álabes en medio de un hervor de espuma, el río Boutonne proseguía su jubiloso curso. Fabienne midió con la vista la extensión de su nuevo dominio, imaginó el campo de descubrimientos que se le ofrecían y bajó por la amplia, brillante y sonora escalera para compartir su entusiasmo con Olivier Guerran y llévarselo al huerto a hacer acopio de ensalada.

Por las mañanas Guerran solía levantarse tarde. Desayunaba en la cama… Y Fabienne le apostrofaba:

—¿No te da vergüenza? Te has perdido un hermoso espectáculo. La neblina flotando sobre el Boutonne. Y el rocío. Un verdadero espolvoreo de plata. Vamos, ven a ayudarme a recoger las habas…

Guerran, después de haberse lavado, en mangas de camisa, pantalón de franela y alpargatas, tocado con un viejo casco colonial con visera de mica, siguió en pos de Fabienne, cargado con un gran cesto que ella iba llenando con rábanos, calabacines, espárragos, alcachofas, habas y lechugas. Fabienne iba de un lado a otro y atiborraba el cesto sintiéndose como transportada ante aquella abundancia, aquella opulencia de la tierra. Con su vaporoso vestido blanco, moteado de florecillas azules, las piernas desnudas, y el enorme sombrero de paja para proteger del sol su rostro todavía afilado y ligeramente pálido, Fabienne parecía una salvajina. Todo lo había olvidado: Angers, París, la clínica, las preocupaciones, las angustias. Colgábase de la rama de un ciruelo para sacudirlo. Y mientras estallaba en risotadas, Guerran contemplaba cómo bajo la piel de sus brazos juveniles dibujánbanse los músculos finos y tensos.

«¡Si esto pudiera durar siempre!», pensaba.

Al regresar, almorzaban dulcemente envueltos por la fresca penumbra del vasto comedor, a través de cuyas ventanas entornadas penetraba un deslumbrante rayo de sol. Luego Guerran, armado de una caña de pescar, se iba junto al canalillo del molino. A su lado, Fabienne, tendida boca abajo sobre la hierba, buscaba renacuajos en espera del momento de zambullirse en el agua. Después del baño, de una hora de natación en el agua transparente y helada del Boutonne, bajo las bóvedas umbrosas de los álamos y los tilos, Fabienne y Olivier Guerran paseaban hasta el anochecer a campo traviesa, adentrándose por atajos perdidos entre tupidos y verdes setos y alcanzando, tras largos rodeos, envuelta en una atmósfera resplandeciente y ardorosa, la áurea llanura, abrasadora, en que a ras del suelo parece el trigo rubión, seco e inmóvil, inclina sus gruesas y grávidas espigas. Fabienne y Guerran regresaban al caer de la tarde, al mismo tiempo que el rebaño de la granja, una masa grisácea que irrumpía en tromba por atajos y vericuetos y a la que zarandeaban con breves ladridos unos perrazos negros de sanguinolento hocico. En la cocina, la sirvienta había encendido unos leños, pues en cuanto declinaba el día un frío húmedo parecía expandirse del Boutonne. Olivier y Fabienne cenaban al calor de la lumbre. Las ramas del tilo y del álamo, tiernos todavía, exhalaban un efluvio agrio, silvestre, el olor amargo de la savia. Fabienne alimentaba el fuego con manojos de bellotas. Acompañado de chisporroteos y resplandores de incendio, un torrente de llamas subía por la chimenea. Afuera, se

extendía la noche y se oscurecía la masa de los tilos bajo el azulado terciopelo del cielo. Mugía una vaca. En una cuadra un caballo parecía querer desprenderse de la cadena que lo sujetaba en cuclillas sobre los ladrillos, junto al insoportable y refulgente brasero, Fabienne se calentaba hasta tostarse las piernas. Llegaba del hogar un rechinamiento apenas perceptible, regular, melancólico, monótono, el cri-cri de un garillo, que se sentía como Fabienne, contento y a sus anchas. Fabienne se acordaba entonces de cuando era pequeña. Su apdre se había ido de viaje, muy lejos. Ella lloraba y todas las noches había llegado a sus oídos un extraño y leve sonido: un grillo cobijado en una grieta abierta en pared le había cantado cada noche su triste estribillo.

«Eso trae suerte» había dicho Mariette.

Desde entonces, todas las noches, Fabienne había esperado y escuchado, esperanzada, la sempiterna música del insecto… «Suerte…». Eso significaba que su padre regresaría pronto. Y así fue, Doutreval volvió más pronto de lo que él mismo pensaba.

Desde aquel día, Fabienne no había vuelto a oír el cri-cri. Ahora que se había disipado la ansiedad, el grillo había dado por terminada su tarea; no era ya necesario que se constituyera en mensajero de esperanza… Junto al hogar, Fabienne se extasiaba oyendo la singular musiquilla. Rememoraba viejos recuerdos y emociones de sus días infantiles y, contenta sin saber por qué, llenaba su alma de inexplicables y consoladoras esperanzas.

Dos veces por semana telefoneaba Guerran a Angers para que Legourdan y sus secretarios le informaran de los asuntos pendientes de mayor importancia. Todo marchaba bien. A fines de la tecera semana, sin advertir a Fabienne, se trasladó a Saint-Jean desde donde telefoneó a París-Plage. Allí pasaban temporadas Julienne y sus hijos. Charles y Micheline. Tras dos horas de espera consiguió la comunicación. Al instante reconoció la voz tajante de Julienne.

—¿Eres tú, Julienne?

—Sí.

—¿Qué tal los niños?

—Bien.

—¿Sabes que iré a verte dentro de dos días?

—Mucho has tardado en decidirte.

—Pienso estar toda la semana con vosotros.

—Creo que ya nos toca.

—¿Cómo?

—¿Dónde estás?

—¿Dónde estoy?

—Sí. ¿Desde dónde me telefoneas?

—Pues… desde Angers —dijo sintiéndose atrapado—. Desde mi despacho…

—Charles ha ido a Angers para verte, y tú no estabas.

—Creo que tengo el derecho de ir a ver a mis colegas de París.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó Julienne desde el otro extremo del hilo.

—¿Tienes o no interés en verme?

—¡Pues claro! Soy yo quien irá a verte.

—¿Qué vendrá a verme? —exclamó Guerran.

—Sí. Espérame. Salgo para Angers. Llegaré esta noche.

—¿Esta noche?

—Pero… yo no estaré esta noche. Me marcho… Debo partir en seguida……

—¡Ja! ¡Ja! —rió de nuevo Julienne.

Guerran perdió los estribos.

—¡Dios…! vete a hacer gárgaras. Volverás a verme cuando a mí se me antoje. ¡Buenas noches!

Se fue a pie a Saint-Julien. Estaba furioso. Con una rama recogida en el camino golpeaba los macizos de hierba que bordeaban la ruta. Y se decía:

«¡Qué imbécil soy! No me iré. ¡Vaya estupidez la mía1 con esa tranquilidad de que gozo aquí, con esa dicha. ¿Por qué tengo que acudir allí? Me está bien empleado por haber hecho esas combinaciones sin decir nada a Fabienne».

La imagen de Fabienne acudió a su mente. Evocó su rostro juvenil, sus brazos finos, su ternura apasionada, fiel, abnegada, segura… Asaltado por remordimientos, embargado por una extraña emoción, aceleró el paso al encuentro de Fabienne, como si se dirigiera a un refugio. La encontró detrás de la casa, en el parque, leyendo bajo la sombra moteada de claros de luz que esparcían los altos y negros pinos de troncos esbeltos. Al verlo, Fabienne dejó el libro, se levantó y se dirigió hacia Guerran quien la estrechó en sus brazos. Un gozo misterioso le invadía el corazón. Se daba cuenta de la juventud de Fabienne y de la entrega total que hacía de su persona.

Mas, llegada la noche, junto al hogar. Pensó en Micheline. Y midiendo las palabras se aventuró a decir:

—¡Es un fastidio, pero tendré que dejarte sola algunos días!

—¿Negocios?

Agarróse instintivamente a aquella posibilidad de mentirle.

—Sí… sí… He telefoneado al despacho. Legourdan me necesita. Es un pelma. Si supieras lo que esto me fastidia.

—¡Qué le vamos a hacer, Oliver! Si es necesario…

—¡Cuánto lo siento!

—No tiene importancia.

—Para ti.

—¡Qué malo eres! No te pido que me escribas. Pero todas las tardes, cuadno hayas terminado el trabajo, hacia las ocho o las nueve…

—¿Qué?

—Pues a las nueve, te retirarás a tu despacho, solo, completamente solo, y pensarás cinco minutos en mí. Y yo, a la misma hora, me sentaré aquí, y sabrás que también yo pienso en ti. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—De este modo tendremos la impresión de estar todavía juntos. Nos sentiremos uno al lado del otro. Vamos, no estés triste. Los días pasan aprisa y volveremos a encontrarnos… Una semana pasa pronto… Puesto que no puede evitarse, no desfallezcamos.

Y Guerran se dejó consolar.

A través de Normandía, por carreteras interminables, rectas, bajo la sombra de árboles espléndidos, el coche, lanzado como un rayo rodaba a noventa por hora con una marcha sostenida, con una velocidad monótona. Guerran, al volante, tarareaba viejas canciones y romanzas. Rouen, luego Abbeville y llegaría al término de su viaje. Iba a ver a Micheline. Con esas canciones de su juventud apenas susurradas, su corazón parecía estallar. Había dejado ya de pensar en Fabienne…

Había salido de Saint-Jean d'Angely la víspera, pernoctado en Angers y reanudado su marcha a la madrugada.

Hizo en Rouen un almuerzo frugal, rociado con una caña de cerveza en uno de los cafés sitos en las márgenes del Sena, cerca del gran puente. Luego reanudó el viaje. No habían dado las dos. Por la carretera de Abbeville aceleró aún la marcha. En menos de dos horas llegó a Etaples y tras cruzar el amplio lecho enarenado de la Canche alcanzó París-Plage, con sus quintas semiocultas entre los pinos y sus amplias avenidas, por donde galopaban caballos pura sangre montados por elegantes amazonas. A

la izquierda elevábase el Picardy, el nuevo hotel en vía de construcción, con sus complicados andamiajes y sus masas de cemento armado junto a las cuales se veían moverse minúsculas hormigas humanas. Guerran se detuvo frente a la plaza circular en la que se erguían el Casino y l'Ermitage. Reconoció al Casino, cuya fotografía le había mostrado Micheline antes de partir. Sabía que la villa se encontraba en dirección izquierda. Un guardia urbano, con el aire de agente de policía inglés, cosa no sorprendente en esa región en que todo parece a propósito para que los ingleses se sientan como en su país, le indicó el camino.

The Daffodils, la villa alquilada por Julienne, sentaba sus reales bajo un fondo de delgados pinos y de dunas, circuida por un césped de extraordinario verdor, luciendo su fachada normanda y sus techumbres de pequeñas y descoloridas tejas.

El coche de Guerran penetró en el parque y se detuvo ante la «logia», exornada con enormes rosales que parecían disimular la entrada. Guerran descendió del automóvil. Bajo la «logia», circundado por rocas artificiales cubiertas de plantas acuáticas, elevábase un pequeño surtidor. El suelo estaba pavimentado con grandes losas cuyas junturas se hallaban cubiertas de musgo. Cuando Guerran entró en el vestíbulo y luego en el salón, en blanco y en rosa, desde la alfombras hasta las coquetonas pantallas bajo las cuales se ocultaban las luces de la araña, comprendió perfectamente los treinta mil francos mensuales de alquiler. Unos pasos resonaron en la escalera. Bajaban por ella Julienne y Micheline.

—¿Eres tú?

—Sí, soy yo. Que tal, Micheline ¿no me das un beso?

A la primera ojeada, al ver a su hija inmóvil y como clavada en el suelo, Guerran se dio cuenta, sin explicarse las causas, de que había perdido en ella todo el terreno conquistado desde hacía diez años.

Julienne lo condujo al cuarto de baño, pequeño y bajo de techo, adornado con placas de vidrio color verde jade. La bañera, de mármol verde antiguo, estaba empotrada. A través de tubos invisibles un grifo suministraba agua caliente. Tras haberse bañado, lavado y descansado, Guerran en batín se afeitó lentamente meditando entretanto el programa de la tarde. Precisaba al menos de media hora libre para telefonear a Fabienne. Púsose un traje de golf, gris claro, a grandes cuadros, y una corbata de seda color púrpura que al tiempo que le rejuvenecía le daba un aire deportivo. Al salir del corredor se encontró con su hijo Charles y su nuera que volvían del tenis, y bajó con ellos. Julienne se hallaba ausente. A petición de Guerran, Charles le condujo en automóvil a Correos. Cuando regresaron, les esperaban ya Julienne y Micheline. Resolvieron ir a la playa a pie.

Al ponerse en camino, Julienne dejó que los jóvenes se adelantasen. Evidentemente, quería estar a solas con su marido, lo que a éste no le pasó inadvertido.

—No vayas tan aprisa —dijo Julienne—. Deja que se adelanten. Quiero hablar contigo.

—Si tratas de aprovecharte de mi presencia aquí para fastidiarme las vacaciones, te advierto de antemano que me voy en seguida.

—¡Cuánto te gustaría —replicó con ironía Julienne— encontrar una buena excusa para irte de nuevo al lugar de donde vienes!

—Haces mal en insistir.

—Terminemos ¿dónde estabas?

—Donde quería.

—¡Oh, sin duda! ¿Tanto te gusta tu amante?

—¡Qué imbécil eres!

Caminaban juntos, y se decían esas cosas en voz baja, de un modo apacible, casi sonrientes. No estaban solos. Mucha gente pasaba al lado de ellos. Los que iban a al playa o los que volvían. Una veintena de metros más adelante, Micheline, Charles y Andrée hablaban con animación, probablemente sobre sus padres.

—Sabré quién es, no te quepa duda —dijo Julienne.

—Te aconsejo que no insistas en tus intentos.

Julienne se dio cuenta de estas imprudentes palabras.

—¡Ahora lo comprendo! ¡Estabas al corriente de todo! ¡Has comprado a los policías de la agencia!

Guerran aceleró el paso. Micheline había tenido que detenerse para anudar los lazos de sus «topolinos». Charles y Andrée la esperaban. Guerran anhelaba darles alcance.

—No tengas tanta prisa. ¿Tienes miedo?

Sin contestar, Guerran avivó el paso.

—¡Oh, no pretendas escaparte! —Dijo Julienne—. Ningún temor me priva de hablarte. No serán mis hijos ningún obstáculo. ¡Soy tu mujer! ¡Tengo derecho a saberlo todo!

El tono áspero de su voz hizo volverse a sus hijos.

—¡Te ruego que te calles! —exclamó Guerran.

—Y yo te ruego que me digas de dónde vienes. ¿Dónde estabas cuando te telefoneé? Charles fue a Angers y no te encontró. No vas a negarlo en presencia de mi hijo.

Julienne consiguió lo que deseaba: una escena ante sus hijos. Los cinco estaban juntos, en la acera de la estrecha calle que conducía a la playa. La gente les miraba al pasar.

—Basta ya —dijo Guerran—. Vine con el propósito de ver a Micheline. Por lo tanto, me voy.

—¡Ah! —exclamó Julienne—. ¿Lo ves? ¡Charles! ¡Micheline1 ¿Os dais cuenta de que tenía razón? Se marcha, va a lanzarse en brazos de su amante. ¡De la pelandusca! No puede vivir sin ella, ni siquiera un día. Ni en atención a vosotros. Apenas ha llegado, le ha faltado tiempo para mandarle un telegrama.

Guerran miró dolorido a su hijo, que no había vacilado en denunciarle. Charles, sofocado, bajó la cabeza y fijó los ojos en la acera.

—Y ahora —prosiguió Julienne— vas a decirnos…

Guerran giró sobre sus talones y los dejó plantados. En caminóse apresuradamente hacia *The Daffodils*. Entró en la villa, se dirigió al cuarto de baño y al no ver su equipaje enfiló un pasillo. En una espaciosa habitación Luis XVI, una doncella con gorro blanco estaba sacando los trajes de las grandes maletas abiertas y colocándolos en el armario.

—¿Es usted la doncella de la señora?

—Sí, señor.

—Vuelva usted a hacer en seguida las maletas.

La joven doncella le miró, sorprendida. Guerran reflexionó un instante. Micheline…

«No, en absoluto» dijo para sí. Y dirigiéndose a al doncella añadió.

—¿Es ésta la habitación de la señora?

—Sí señor.

—Está bien. Lleve usted mi equipaje a otro cuarto. Hay alguno disponible, ¿verdad?

—Hay tres, señor.

—Bien. Prepare uno.

—Si el señor quisiera verlos.

—Cualquiera. No importa.

Dejando confundida a la doncella, Guerran salió de la villa y fue a pasearse solo entre las dunas y los pinos.

Junto al paseo elevábase la tapia tras la cual se erigía la villa *The Dattodils*. Era un espeso paredón de escasa altura, coronado por una recia barra de madera color rojo subido. No había puerta. La avenida de gravilla partía directamente del paseo. Discurría a través de un campo de verde césped que se mantenía constantemente húmedo mediante una regadera mecánica que iba girando lentamente. Aquí y allá macizos de rosales, junquillos y geranios enmarcaban la blanca morada con su deslumbrante florescencia. Y bajo un cielo de un azul vivo barrido por la brisa marina, los pinos, de un verde oscuro, se extendían más allá del blanco edificio como un fondo de bosque mediterráneo. Los transeúntes se detenían al pasar para echar una ojeada a *The Daffodils*, pensando en las felices gentes que allí vivían.

Guerran pasaba los días solo. Erraba por el bosque, llegábase hasta el campo de deportes, o alquilaba un caballo con el que galopaba a lo largo de la playa hasta Mernmont y Stella-Plage. Al volver, entraba en el Casino, deambulaba por los jardines, tomada un alimonada ajo la pérgola y mataba el tiempo yendo de una a otra parte en espera de la noche, de la hora sombría de la cena en familia. En *The Daffodils* se le recibía con el más completo silencio. Un silencio preconcebido y brutal dejaba en suspenso el ánimo de todo el mundo. Julienne, pintarrajeada, luciendo un atrevido escote, más emperifollada que nunca, dirigía el servicio y daba órdenes a la servidumbre. Charles comía con la nariz metida en el plato. Micheline picoteaba la comida, murmuraba que no tenía apetito y daba suspiros. Únicamente Andrée, la nuera, se aventuraba de vez en cuando a pronunciar alguna palabra indiferente, a la que Guerran no prestaba atención. Después de tomar el café, se iban al Casino. Los jóvenes bailaban, Julienne arriesgaba algunos billetes en la sala de juego, olvidando pronto sus pérdidas en la sala de espectáculos, y Guerran se iba al jardín a fumar un cigarrillo. Hacia las doce, en la noche maravillosa, bajo miríadas de estrellas, los cinco regresaban en silencio a través de los pinos. Llegaba del mar una brisa ligera y un rumor prolongado y suave. Entraban en *The Daffodils* sin cambiar una palabra. Tras las buenas noches de ritual en el vestíbulo, Guerran subía a sus habitaciones, al cuarto de huéspedes. La separación, la habitación aparte que Guerran había dispuesto para sí, irritaba a Julienne. Hasta entonces la apetencia de los sentidos había mantenido a Guerran sujeto a su mujer. Frente a la tentación de la carne, Guerran se mostraba débil, y todo lo olvidaba ante el incentivo del placer. Este camino había seguido siempre Julienne para reconquistarlo. Incluso ahora, si en alguna de aquellas noches de lasitud, de desesperación, de duda, hubiera ido a llamar a la puerta del cuarto de huéspedes donde Guerran, solo, se atormentaba el espíritu en la tortura del insomnio preguntándose qué camino debía seguir, no cabe duda de que no hubiera podido resistir. Su corazón, su pobre corazón de hombre débil, sensual y desdichado, se habría enternecido y habría abierto la puerta, estrechando en sus brazos a aquella mujer que a pesar de todo era la suya, que había concebido hijos que eran suyos, que muchas veces le consolara y que una vez más, sin remordimientos, sin angustia, en el sosiego de un retorno al orden, a la vida normal, le ofrecía de nuevo el placer de la carne vuelta a encontrar… Pero la idea de esa humillación, de esa capitulación sublevaba a Julienne en un exasperado arrebato de cólera y de orgullo. No, no quería ser la primera en rebajarse. ¡Que acudiera él! Les esperó varias noches. Entretanto, al tiempo que se mostraba con él arisca y hostil, se hermoseaba más que nunca, se pintaba con especial esmero, coqueteaba y se ponía sus más incitantes vestidos. Con su afinada esbeltez, su tez mate, su cabello negro, sus ojos profundos y ardientes, de mirada dura, tras el arco de las cejas tupidas, su boca grande con dientes fuertes y crueles bajo unos labios avivados con un rojo violáceo, tenía una belleza personal, tenebrosa y a veces casi demoníaca, pero al mismo tiempo apasionada y cautivadora. Julienne se propuso reconquistar a su marido y mantuvo encendida la luz hasta muy tarde. Dejó levantadas las persianas de la ventana para que Guerran se diera cuenta desde su habitación de que aún estaba despierta. Dos o tres veces se fue con sólo el peinador hasta la puerta del cuarto de su marido para observar si dormía. Hizo ruido, adrede, al pasar por el corredor. ¿Saldría? No, no salió. Fue Charles, una vez, quien abrió extrañado la puerta de su dormitorio. Julienne se avergonzó y murmuró unas palabras a propósito de una zapatilla perdida, de una babucha que no encontraba. Sentía fijos sobre ella la mirada inquisitiva de su hijo. Julienne se dio cuenta de que Charles comprendía el motivo de su estancia en el pasillo. Sintiéndose herida en su orgullo, decidió firmemente no volver a salir del cuarto. Renunció a la esperanza de recobrar a su marido y a partir de aquel momento le odió aún más.

En la expresión de su rostro, en la manera como ella le miraba a veces por la mañana a hurtadillas, cuando almorzaban frente a frente en el espacioso comedor, blanco dorado, donde penetraba el sol a través de la ligera cortina de los pinos. Guerran adivinaba de cuando en cuando los sentimientos que agitaban el alma de su mujer y casi a pesar suyo se apiadaba de ella.

La más arisca, la más inaccesible, era Micheline. Más despiadada aún que su madre, era ella, en el fondo, quien aguijoneaba el orgullo de Julienne, quien obstaculizaba una todavía posible

reconciliación. Su amor propio herido de hija mimada, inexorablemente celosa, se transformaba en odio, en un oculto y perverso deseo de hacer sufrir a su padre. Varias veces intentó Guerran hablar a solas con ella en el parque o yendo a su encuentro mientras tocaba el piano en el salón, aquel enorme Errad de gran cola parecido a un extraño y singular sarcófago. Pero Micheline rehuía su presencia, presa de turbación y resueltamente decidida a no tener con su padre ninguna explicación. La víspera de la Gala del Casino, donde debía celebrarse una brillante fiesta con concurso de elegancia y *gymkhana* automovilística y batalla de flores. Guerran le compró un reloj de platino y una perla de doce mil francos. Micheline apenas le dio las gracias, echó una rápida ojeada sobre el estuche y al día siguiente lució con afectación el viejo reloj de oro que le regalaron el día de su primera comunión.

Algunas veces, abrumado por el cansancio de su vida solitaria, acuciado por la cobardía de sentirse débil y desgraciado, le decía sin reparos:

—Escucha, Micheline. Me complacería mucho que vinieras conmigo… Daríamos un paseo por el bosque y charlaríamos. Sabes muy bien que tenemos muchas cosas de que habla…

—En este momento no puedo —replicaba francamente Micheline—. Espero a Robert.

Robert Bussy, su novio, residía con sus padres en Stella-Plage, distante escasos kilómetros.

Y Guerran se iba a pasear solo.

En dos o tres ocasiones, Andrée, su nuera, estuvo presente en tales negativas y le vio marchar solo. Sin embargo, corría a reunirse con él en el vestíbulo y le proponía en voz baja.

—¿Le agradaría, papá, que le acompañara?

—Si así lo quieres, Andrée… —respondía Guerran.

Andrée cogía un chal y se iba con él hacia el bosque, caminando por angostos senderos, a través de la arena. Le mortificaba a Guerran la caridad que le brindaba una persona extraña a su soledad y a su miseria. Tampoco Andrée se divertía con ello, pero compadecíase a la postre del asilamiento en que vivía su suegro. Y Guerran aceptaba la limosna de esa piedad. Adentrábanse juntos en el bosque. Guerran hablaba de sus cosas y evocaba múltiples recuerdos.

La conversación, casi un monólogo, recaía siempre en Micheline, en las travesuras que hacía cuando era pequeña, en el cariño que ambos se profesaban. Esas historias debían de interesar muy poco a Andrée, pero a Guerran le consolaban. Sacaba de la cartera antiguas fotografías: Micheline en la escuela, Micheline el día de su primera comunión, Micheline y él, juntos de paseo, cogidos del cuello y riendo… Esta sobre todo la contemplaba largo rato. Era quizá la que más prefería, aunque de vez en cuando le dolía porque le recordaba el cariño, la intimidad, la camaradería llena de confianza y familiaridad que existiera entre él y Micheline. Esa cartulina constituía una especie de testimonio. Y parecía decirle:

«He aquí lo que erais tú y ella, éste es el cariño que existía entre vosotros. ¿Y ahora qué? ¿Ves alguna vez a Micheline pasar el brazo alrededor de tu cuello y reírse con risa franca y abierta?

Andrée, cortés, fingía curiosidad. Guerran permanecía absorto largos minutos, ahondaba en su pasado, y ahincándose en evocar recuerdos se torturaba a sí mismo. Había obrado mal. Era él quien primero había mentido, disimulado, engañado a Micheline, nublado la transparencia, la sinceridad que hasta entonces reinara entre los dos. Sentíase culpable. Dábase cuenta sobre todo de que el pasado no volvería a resucitar, que lo que se había roto no volvería a anudarse, que años y años de abnegación y sacrificios no volverían ya a restablecer en su primitiva pureza el cariño que existiera entre su hija y él. Dando un suspiro colocaba de nuevo la borrosa imagen en su cartera y decía a Andrée, que no acertaba a comprender:

—Andrée, uno no debería llevar fotografías consigo…

El último día que fue al bosque, llovió. Como hacía mal tiempo, no se atrevió a pedir a Andrée que le acompañase. Se puso un impermeable y se fue solo a través de los pinos. Una lluvia pertinaz caía a través del escaso follaje de los altos árboles. La seca arena de la duna absorbía en seguida el agua y dejaba seco el sendero. Una espesa alfombra de secas y rojizas briznas de pino cedía con un ligero

crujido bajo el peso de Guerran. Mostrábanse, fugaces, las posaderas de un blanco conejo. La espesa neblina procedente del mar se dispersaba al enredarse entre los árboles. Encorvado bajo la lluvia, Guerran caminó largo rato. Pensaba en Andrée, en esa forastera que había asido la única que se había apiadado de él. Recordaba a su vieja madrina la señora de Nouys… ¡Y pensar que aconsejándole aquel matrimonio había creído labrar su felicidad, hacerle seguir la senda del orden! ¡si pudiera ver, hoy día, esa «felicidad»! quizá, a fin de cuentas, porque no pensó solamente en su felicidad, sino ante todo en el orden, en el deber… ¡Cuán incomprensible era todo aquello!

Fue muy lejos, se extravió y volvió a orillas del mar a través de inmensas extensiones de arena, quebradas aquí y allá por un camino, un solar apenas delimitado y de vez en cuando por una quinta en construcción, con unas ventanas huecas, y montones de tablas y de ladrillos. Regresó a París-Plage fatigado y triste, con las espaldas chorreando agua. Al atravesar la plaza del mercado, el edificio de Correos, que data todavía de los tiempos lejano sy la mismo tiempo próximos en que París-Plage no era más que un lugarejo, le pareció sórdido y pequeño. Guerran entró y preguntó si había correspondencia para él, que su secretario Legourdan la reexpedía allí a lista de correos. Había una carta de Fabienne.

Sin abrirla, caminando por las angostas calles, flanqueando los hotelitos bajo la lluvia, con el sobre en el bolsillo, Guerran se sentía ya trastornado y transfigurado. Como si una luz sobrenatural, hubiera iluminado su espíritu. La verdad, la salvación, la vida, el amor, el provenir, estaban allí, con Fabienne, en Saint-Julien, en la Carente, en aquel vetusto caserón que se elevaba casi a orilla del río. En su imaginación, la veía llena de dulzura, buena, amante y pródiga en consuelos. Ella amaba por los dos. Ella se le ofrecía enteramente, sin cálculo alguno, sin reservas mentales, generosamente, locamente, magníficamente. En un rincón de un oscuro bar de la calle Saint-Jean leyó una y otra vez lentamente, la carta de Fabienne, abierta sobre uno de los toneles de encina barnizados, con cercos de níquel, que hacen las veces de veladores. De vez en cuando suspendía la lectura y miraba a su alrededor para ver si alguien se fijaba en él. Entonces, se enjugaba disimuladamente los ojos. Afortunadamente, en aquella hora había muy poca gente. Y, además, donde él estaba había muy poca luz. Desde que llegara, decíase Guerran, nunca había pensado en Fabienne como en aquel momento; ni sus pensamientos, acuciados por el recuerdo, eran tan unidos. Había sido necesaria la ingratitud de los suyos, la crueldad de Micheline, la limosna, la caridad de la forastera como Andrée para que finalmente se rebelara, para que dejando atrás aquella montaña de egoísmo volviera a aquella que era todo amor, todo abnegación, todo sacrificio, que se entregaba a él sin cálculos mezquinos, que todo lo olvidaba para no ver sino a él y cuya exaltación cariñosa, su ingenua confianza, le atormentaban ahora con un sordo remordimiento. De pronto, se levantó, dio unas monedas al camarero y regresó bajo la lluvia a *The Daffodils* mientras iba diciéndose.

«¡Basta! ¡Me marcho pasado mañana por la mañana!»

Al día siguiente, Robert Bussy, su hermana y sus padres vinieron en coche a buscar a los Guerran para efectuar una excursión a Berck, proyectada desde hacía tiempo. Robert Bussy, con su uniforme de alférez, era un apuesto muchacho. Micheline fijaba los ojos en él con un sentimiento de admiración que mortificaba a Guerran. En Berck dieron un corto paseo por la playa en medio del triste espectáculo de innumerables tuberculosos tendidos en sus cochecitos, que empujaban unas enfermeras. Guerran se sintió desazonado. Dejó adelantarse a los jóvenes, que acompañados de Julienne y la señora Bussy se disponían a visitar los sanatorios, los pabellones de reposo, toda esa extraña ciudad de hospitales y clínicas concentrados en aquel lugar con la absurda esperanza de que un poco más de yodo atmosférico bastaría para compensar, sin someterse a una alimentación más natural, los estragos del alcohol, de las conservas y de la química alimenticia con que se nutre nuestra raza. Y se quedó con Bussy en la terraza de un café. Tras unos breves rodeos el notario enfocó de lleno el tema del matrimonio:

—Roberto terminará pronto su servicio militar. Su hija Micheline no tardará en cumplir los veinte años… Podríamos comenzar a pensar en ese matrimonio… ¡Qué opina usted?

—¡Oh, sí, hemos de pensar en ello! —respondió Guerran.

—Me gustaría que Robert se estableciera en uno de esos parajes, o cerca de Hardelot. Tengo cuantiosos intereses en la región. Tres kilómetros de bosque tocando a la playa. Lo suficiente para organizar una playa elegante, si pudiéramos reunir el capital necesario. Pero creo que con la ayuda de usted, su nombre, sus relaciones…

—Sí, sí, es cosa de pensarlo —repuso Guerran, que pensaba en Fabienne, en aquella granja acogedora, en los carneros volviendo cansinamente al redil al caer la noche, en los atajos pedregosos, en las aguas heladas del Boutonne royendo las raíces de los viejos álamos…

—Se hizo un ensayo hace cosa de treinta años. Algunas personas murieron ahogadas… sí, a causa de los «Baches» de una corriente contraria que se producía, al parecer, cuando bajaba la marea. Habladurías, a mi entender. Además, la gente se ahoga en cualquier parte. También en París-Plage abundan las corrientes. Y en la Canche. Todo es cuestión de vigilancia, de un poco de cuidado… En mi opinión, todas esas historias las han puesto en circulación nuestros vecinos de Hardelot por temor a la competencia… Si dispusiéramos de ayuda financiera y política, si pudiéramos acometer una casta empresa, con hipódromo, campo de golf, aeródromo, Casino autorizado para jugar a la ruleta (y esto dependería un poco de usted, Guerran), contaríamos sin duda con toda la aristocracia inglesa. Sí, no me olvido de París-Plage, pero está siempre abarrotado de gente. La afluencia de autobuses y los fines de semana populares será su perdición. Han hecho bien en negarse a la construcción de una estación de ferrocarril, porque así se ahorran la concurrencia de las clases populares. Sin embargo, creo que el automóvil a plazos les llevará al fracaso. Los obreros y la clase media no convienen en absoluto. ¡Qué distinto sería una playa acotada, privada y reservada, únicamente enlazada con París por una autopista y a Inglaterra por un aerobús! ¡Los ricos deben alternar entre ellos. Sentirse como en su casa. Si no es así, no hay nada que hacer.

«Mañana por la tarde estaré en Angers —pensaba Guerran—. Y pasado mañana en Saint-Julien…»

Lo anunció aquella noche, de regreso de Berck, en el salón blanco y rosa de *The Daffodils*

—Me marcho mañana.

—¡Mañana!

Micheline y Charles levantaron la cabeza. Julienne cerró bruscamente los mandos de la radio dejando en suspenso el lamento de una guitarra hawaiana que el éter transportaba Dios sabe de dónde.

—No tienes motivos para marcharte mañana.

—Esto es cuestión de apreciación personal.

—¿Así, nos dejarás? ¿Vas a verla?

—¿A verla?

—Sí, a tu amante, no te hagas el imbécil.

Guerran sin contestar, se dirigió a la puerta dispuesto a salir. Julienne se interpuso en su camino.

—¿Te marchas! ¡tienes miedo! ¡Temes las explicaciones ante Charles y Micheline! Pues bien, yo no temo tus explicaciones. Hablarás, y en presencia de todo el mundo. Así sabremos por qué no has recibido aquí una sola carta, por qué has mandado retener sin duda tu correspondencia en lista de correos, por qué me has abandonado, por qué has dispuesto para ti una habitación separada. Charles, Micheline, oíd lo que va a inventar para defenderse.

—Déjame salir —dijo Guerran.

Julienne le cerró el paso. Su rostro había cobrado una expresión salvaje, casi aterradora, la misma de los días en que era preciso golpearla para hacerla entrar en razón.

—Puedes matarme, pero no saldrás de aquí.

Guerran apretó los puños, pero se contuvo, y castañeteándole los dientes, fue a sentarse junto a la ventana.

—Por lo visto, después de lo que has hecho, vuelves a empezar —dijo Julienne—. ¡Cuántas veces me has engañado, cuantas veces te he perdonado por amor a mis hijos! Incluso antes de que nos casáramos, tenías otra mujer…

—¡Cállate! —gritó Guerran.

—No me callaré. Digo la verdad. Tenía ya a Charles y aún no te habáis casado conmigo. Vacilaba sy poco te hubiera costado abandonar a tu hijo. ¿Acaso no es verdad?

Charles y Micheline, en pie, escuchaban.

—¡Fue precisa la intervención de tu madrina para que te decidieras a cumplir tu deber, cobarde! Y aún me pregunto si también ella no ha sido tu amante. ¡Hubieras sido capaz…!

Guerran se encogió de hombros.

—No te importa, ¿verdad? ¡Y aún te ríes! Estás pensando que no tengo pruebas… ¿Acaso no las tengo de tu último enredo con Jeannine Bonier? ¿No lo has confesado tú mismo? ¿Y su marido¡ ¿No estaba al corriente como yo? ¿Y la criatura que ella puso al mundo? ¿No fue el propio marido quien afirmó que no había sido él quien…

—¡No hables de criaturas! —exclamó Guerran—. ¡No hables de criaturas, Julienne! ¡También yo tengo algo que decir?

—¿Algo que decir?

—Sí, algo terrible. Bien lo sabes.

Bajo el ocre de su maquillaje, Julienne palideció. Y dijo en tono burlón.

—¡Habla! ¡No me das miedo!

Guerran hizo sólo un gesto. Julienne presintió que su marido no se atrevería a hacerlo en presencia de Charles y Micheline, porque a pesar de todo, aún se compadecía de ella. Y segura de la generosidad del adversario, fue ella quien atacó, quien reanudó la batalla.

—Entretanto, no te irás sin dar una explicación.

—No tengo nada que explicar.

—Vas a decirme quién es esa mujer…

—Y tú vas a comenzar por dejarme en paz.

—¿No quieres hablar?

—¿No quieres callarte?

—Está bien. Lo sabré. Aún no me conoces. Antes de ocho días sabré a qué atenerme. Iré a encontrarla y armaré un alboroto. Puedes hacerme encerrar si s eso lo que quieres, pero no me harás retroceder. No te quepa duda, esa mujer sabrá quién soy yo. ¿Quieres un escándalo? No te faltará. Y si es preciso recurrir al revólver o al vitriolo, no me arredraré. No temo al escándalo. Tu situación me importa un bledo. Y en cuanto al porvenir de tus hijos, tuya sería la culpa. La carrera de Charles se irá a hacer gárgaras y el matrimonio de Micheline quedará en el aire. Esa será tu obra la tuya y la de tu…

Micheline se echó a llorar. Guerran saltó de la silla, y con la mano levantada avanzó hacia Julienne, que continuaba de pie en el quicio d e la puerta.

—¡Tu amante! —repitió Julienne—. ¡Tu zorra, tu pu…! ¡Ah, bruto!

La bofetada estremeció todo su cuerpo. Con los ojos desorbitados se abalanzó sobre su marido. Guerran la rechazó con un empellón tan brutal que Julienne fue a dar contra el mueble de la radio. Charles se precipitó hacia su padre y le agarró la muñeca.

—¡Dios! —rugió Guerran.

Desprendióse de la mano de Charles con un movimiento violento. Por un instante, padre e hijo permanecieron frente a frente, inmóviles. De pie, junto a su madre, sin decir palabra, Micheline miraba de lejos a su padre.

De pronto Guerran se dio cuenta de lo solo que se hallaba bajo el peso de su culpa, del bloque que su esposa y sus hijos formaban contra él, como si él fuera un extraño, un enemigo. Bajó la cabeza, pasó

junto a Charles, de pie junto a la puerta, y se dirigió lentamente hacia Julienne. Pero Micheline le cerró el paso.

—¿También tú? —dijo—. Déjame. Nada le haré a tu madre. Puedes estar segura. Julienne, te lo explicaré todo dentro de algunos días. Te daré todas las explicaciones que quieras exigirme. Todo ha terminado. Sólo te pido algunas semanas de tiempo… el suficiente para dejar las cosas arregladas…

Julienne, petrificada, movió loas labios, pero no dijo una palabra.

—Me marcho mañana por la mañana. N os veremos de nuevo en Angers y entonces discutiremos las condiciones de una separación. Creo que un divorcio… Piensa entretanto en la pensión que necesitas… Repito que todo ha terminado. Mi vida está en otra parte.

Miró a sus hijos, uno después de otro. Y murmuró:

—Mi vida está en otra parte.

Encaminóse con paso cansino hacia la puerta, apartó suavemente a Charles y desapareció.

Había pensado partir al día siguiente a las nueve de la mañana, antes de que Julienne estuviera levantada, sin ver a nadie, pero a las ocho la doncella de Julienne llamó a la puerta.

—El señor Bussy acaba de llegar, y querría ver al señor.

Bussy, el notario, esperaba a Guerran en el salón. Levantóse a su encuentro con las manos tendidas:

—¡Qué tal! ¿No marchan bien las cosas? Anoche me telefoneó su esposa… Me contó una sarta de historias… Perdóneme… Por lo visto, estaba muy excitada… Vamos, vamos, mi querido Guerran, un poco de calma. Sobre todo nada de testarudeces, ni de escándalos. ¡Un hombre de la posición de usted! Un hombre como usted, que el día de mañana…

—No habrá ningún escándalo —respondió Guerran.

—Su esposa me ha hablado de divorcio.

—Es muy posible.

—¡Ah, no, eso no puede ser! De ningún modo. ¡Un divorcio! Sería una catástrofe para mí. Mis relaciones, mi clientela… Piense que gozo de la confianza de muchas y buenas familias. Tenga en cuenta que muchos de mis negocios se los debo al clero y a numerosas familias católicas… ¡No va a casarse mi hijo con la hija de un divorciado! Sería su ruina inmediata. Por otra parte, mi mujer no lo consentiría. Mi mujer es creyente, casi fanática. Yo tengo otro concepto de la vida. Comprendo las cosas… Vamos, sea usted razonable, Guerran. No se porte usted como un colegial. Todas las cosas tienen arreglo. ¡No faltaría más! ¡qué diablos, un hombre de su edad! No sería usted el primero que… No creo que por eso haya necesidad de divorciarse.

—Ya veremos —respondió Guerran—. Reflexionaré. Ya le comunicaré más tarde mi decisión. En primer término, todo eso me concierne a mí, ¿verdad?

—¡Ah, claro! Pero piense también en su hija, en ese matrimonio… Bueno, hasta pronto, mi querido amigo. Estoy seguro de que usted reflexionará, que seguirá el buen camino. Entonces, hasta pronto. Nos veremos en Angers.

Guerran almorzó rápidamente. Aunque decidiera lo contrario, resolvió, antes de marcharse, ver a Julienne. Subió a su habitación. Era la primera vez que entraba en ella después de que llegó a París—Plage.

Sorprendióse al encontrar con su madre a Micheline y Charles.

Julienne, todavía en la cama, tomaba el café y charlaba animadamente con sus hijos. Guerran tomó una taza del velador, se sirvió café y bebió un sorbo.

—He venido a deciros adiós —anuncio.

Nadie respondió.

—Julienne, te mandaré un cheque desde Angers… Espero que me avisarás* cuando pienses volver a casa…

—De acuerdo —repuso Julienne.

—Ya veremos… Ya veremos qué medidas podemos tomar.

—Por mi parte, ya está todo decidido.

—Bussy ha estado aquí…

En el brillo de la mirada de Julienne, Guerran comprendió que ella estaba ya enterada de todo por la doncella. Debió de combinarlo todo el día antes con bussy.

—¿Te decides, pues, a marcharte? —dijo Julienne.

—¿Por qué no?

—Está bien. Ya sabes ahora lo que nos espera a todos.

Guerran adivinó las intenciones de su mujer. Y respondió:

—¿Todos? No creo que afecte a nadie más que a nosotros dos.

—Evidentemente, si te desinteresas del porvenir de tu hijo, del matrimonio de tu hija…

Comenzaba el chantaje. Guerran forcejeó:

—No veo por qué el porvenir de Charles…

—No te preocupes por mí —intervino Charles—. Sabré salir adelante.

—Vuelvo a repetir que no se trata de…

—Así, ¿qué te propones quizá dejarme a mí y retener a tu hijo a tu lado? —dijo Julienne—. El día que me vaya, charles no se separará de mí. No dejará sola a su madre. En cuanto a Micheline…

—¡Yo trabajaré! —exclamó Micheline.

Guerran, con la taza vacía en la mano, miró asustado a su hija. ¡También ella! Sentíase encadenado, estrangulado. Todos ellos iban a sumirse en la desgracia voluntaria, estúpidamente, con perversa intención, sólo por influir en su decisión, para hacerle responsable del desastre general. Incluso Micheline, que no ignoraba la influencia que cualquiera de sus actos ejercía sobre su padre. Iba a servirse cruelmente del cariño que él le profesaba para obstaculizar sus propósitos. El amor que Guerran sentía por su hija constituía su punto débil, su talón de Aquiles. Y lo peor era que ella o Julienne habían dado en el clavo. Guerran se daba cuenta de que ése era su punto vulnerable, hasta el extremo de que ese divorcio, esa proyectada liberación se le antojaba quimérica, irrealizable, imposible. Al sentirse dominado por sus sentimientos, encadenado por sus emociones, quiso desprenderse de ese lastre con un gesto de furor, de violencia y de rabia contra sí mismo. Estrujó entre sus dedos la fina porcelana japonesa de la taza vacía, arrojó los fragmentos al suelo y salió dando un portazo. Cinco minutos después, el coche de Guerran salía de los *Darffodils*. Tres pares de ojos le seguían tras los visillos del cuarto de Julienne, mientras después de rodear el césped rodaba lentamente por la avenida de blanca gravilla para enfilar luego la carretera. Guerran no volvió la cabeza.

Fabienne no llegó a comprender la emoción que embargaba a Guerran. Presintió que durante os días de su ausencia había sobrevenido un drama, un cambio profundo en la vida de su amado. Pero él rehuyó toda clase de preguntas.

—Estamos lejos de todo el mundo —dijo—. Somos felices. Pensemos sólo en nosotros, sólo en ti y en mí.

Y así reanudóse su vida, una vida rústica, dulce y apacible en el viejo caserón de la Carente, a orilla del río. Peor algo había cambiado. «Pensemos sólo en nosotros». Como si Guerran pudiera hacer eso. Como si estuviera en su mano aventar los recuerdos, las preocupaciones, la sorda obsesión que le roía el alma. Aunque procuraba aturdirse, no ignoraba que marchaba a grandes pasos hacia el desastre,

* Así en el original. La forma verbal correcta sería "avises" [Nota del escaneador].

hacia el abismo. Estaba en juego el porvenir de su hogar. Julienne no le preocupaba. Pero estaban Charles y Micheline. Y era ese recuerdo, ese pensamiento súbito, agudo, cruel, lo que le hacía sangrar el corazón en medio de una sonrisa, de su momento gozoso, de un instante feliz, dejándole el ánimo en suspenso, crispándole los rasgos de la cara, como si se acordara de pronto de un mal que le consumiera. Fabienne notaba en su rostro aquella mudanza súbita y brutal, adivinaba el significado de un suspiro reprimido e interpretaba los más recónditos pensamientos de Guerran. Y ello le causaba un dolor oculto, mezcla de cólera, de odio y de orgullo lastimado.

Fabienne reanudó la lucha con buen ánimo. Durante aquel mes, la vieja vivienda troncóse en una morada de risas, de sol, de alegría y de fiesta. De la pobreza en que transcurriera su infancia, Guerran había conservado los gustos populares y saboreaba la sencillez, la delicadeza y la franqueza del campesino. Fabienne contrajo amistad con gentes de labor; el tío Brunn, cazador y gran aficionado a la pesca, el molinero Costenoble, que conocía los recodos del Boutonne en los que abundaban las truchas, y el señor Tillebois, el propietario de las casas donde vivían los dos anteriores, una especie de gentilhombre pueblerino, hombre rudo, que poseía, sin parecerlo, trescientas hectáreas de bosques y tierras de labranza, que se pasaba la vida vigilando a sus granjeros y sus leñadores, y conocía, en una legua a la redonda, la zanja donde solía detenerse una enorme liebre, y el punto exacto del surco desde donde levantaría el vuelo en septiembre de aquel año un enjambre de perdices. Cuando levantóse la veda, se organizaron nutridas partidas. Fabienne, para acompañar a Guerran, compró un equipo y una escopeta de caza. Para Guerran, esa singular indumentaria con la que Fabienne aparecía como transfigurada era ya un motivo de gozo. La muchacha venció el reparo que le causaba el sufrimiento de los animales, dio muerte a faisanes en los bosque y con un disparo detenía la carrera de os conejos, pobres bestezuelas silvestres y ensangrentadas, atemorizadas y dolorosas, que Tillebois levantaba por las orejas y acababa de quitarles la vida con un puñetazo en la nuca para cortar su agonía y su postrer terror. Aprendió a disparar contra la garza y el chorlito, a lo largo de la costa, en la marea baja, entre Rochefort y la Rochelle, a oír sin desfallecer los gemidos de un pájaro por ella derribado y que agonizaba en sus manos, al agarrarlo por las patas y a golpearle la cabeza con todas sus fuerzas contra el estribo del coche para ahogar su palpitación y sus lamentos… Por la noche, pero antes de amanecer, Fabienne acompañó a los hombres para la caza, en el pantano. Tillebois poseía, estratégicamente disimuladas, a ras de los aguazales, para la caza de la tringa, la polla de agua y el pato silvestre.

Al despuntar el alba, agazapada entre los juncos del aguazal, Fabienne gustó la emocionada espera en medio de un silencio turbado de cuando en cuando por el grito melancólico del reclamo, atado por una pata, que llamaba a sus hermanos silvestres. Y cuando el vuelo de los pájaros lejanos se cernía sobre el pantano, encima de su cabeza, Fabienne aprendió en un doble tiro rápido a diezmar la bandada, a recibir en pleno rostro una rociada de plumas y de sangre, botín de su carnicería, y a aceptar con una sonrisa los cumplidos de Tillebois y el tío Brun. Olivier se divertía y llegaba a olvidarse de todo. Fabienne no deseaba otra cosa y estaba dispuesta a todo para alcanzar ese fin

Guerran y Fabienne regresaban cansados, y tras un breve descanso tomaban un refrigerio. Luego se iban al presbiterio del pueblo vecino a llevar una de las piezas cobradas al abate Bourguin, el anciano cura atareado aquellos días en recoger las patatas de su huerta situada detrás del cementerio. Pues Guerran simpatizaba mucho con aquel anciano.

En suma, Guerran y Fabienne llevaban una vida gozosa y apacible. Sol, flores, música, una radio que funcionaba ininterrumpidamente, una actividad febril en el placer y la diversión. En cuanto se levantaba, Guerran sentíase transportado, galvanizado. Excursiones en automóvil hasta Saint-Jean de donde regresaban cargados de vituallas, periódicos y libros. Al volver a la granja esperaban su llegada, porque era ya hora del aperitivo, el tío Brun,, el molinero y Tillebois. De todos modos, Fabienne provocaba adrede su visita, les invitaba de antemano y retenía a uno u otro a almorzar. Comían bajo la «logia» y tomaban el café en un rincón del parque. Luego Tillebois invitaba a sus huéspedes a visitar sus viñedos o sus bosques donde una máquina a vapor cortaba los álamos en largas rebanadas. O

recorrían la comarca en automóvil, visitando las viejas iglesias o sorprendiendo al abate Bourguin en el jardín de su presbiterio, detrás del pequeño cementerio. Entonces Guerran charlaba largamente con el anciano sacerdote paseando con él en torno a la blanca y abandonada iglesia, fiel y solitaria guardiana de los muertos que reposaban a su alrededor. Después de cenar, además de la radio y los periódicos, sobrevenían, en la hora crepuscular, bajo los tilos, las interminables conversaciones con el tío Brun, los granjeros y los mozos; los juegos a la baraja, las chanzas y el regocijo de unas horas de descanso con que aquellos hombres compensaban las fatigas del trabajo del día. Hacia las once comenzaba a sentirse el fresco y a Guerran, fatigado, le invadía el sueño. Entonces, él y Fabienne se iban a la cama. Un día más ganado, un día en que él no había pensado en nada. Y si a Guerran le costaba conciliar el sueño, si ella le oía agitarse o suspirar, se arrimaba a él y le brindaba su juventud, el más seguro de todos los olvidos. Para que él se sumiera en una modorra, ausente de todo sueño y de todo pesar.

Fabienne se pasaba el día imaginando y combinando distracciones, excursiones, vestidos nuevos, quehaceres, algo nuevo para que él no tuviera tiempo de pensar, de ahondar en sus recuerdos. Le vigilaba como a un niño. Y de cuando en cuando, súbitamente, en cualquier sitio donde se hallasen, le preguntaba:

—¿En qué piensas?

Fabienne estaba al acecho de los recuerdos que inquietaban a Guerran. Su frente se contraía a veces con una arruga que no pasaba inadvertida a Fabienne, una arruga que aparecía cuando le asaltaba alguna preocupación, y que ella vigilaba y combatía como si se tratase de un enemigo.

¿La familia? ¿Los hijos? ¿La mujer? Nada de ellos temía Fabienne. Ella era la juventud y el amor. Luchaba audazmente contra aquello y decíase con orgullo:

«Mientras yo esté a su lado, no sufrirá. Yo sabré hacerle olvidar».

Y así discurría su vida, entre fiestas, excursiones y abundantes comidas, entre las cuales se producían espaciosos silencios preñados de cosas de las que estaba prohibido hablar y hasta acordarse de ellas.

Con todo, había momentos en que Fabienne se sentía cansada, abrumada por el peso de la enorme carga que temerariamente había aceptado. Jamás hubiera creído que un pasado, una familia, constituyera un lastre tan poderoso, tan pesado. Por la noche tenía a veces la impresión de que a fuerza de imponer en torno suyo la risa y la alegría, había perdido toda su energía, todo su poder de irradiación. Y había momentos en que con un indecible consuelo, hubiera abandonado la lucha y renunciado a todo.

—¿Y qué ocurriría más tarde, dentro de algunos años, cuando sobreviniera la saciedad? Fabienne lo presentía. Había momentos en que la atracción de su cuerpo había dejado de ser irresistible, en que el goce carnal no constituía incentivo alguno, algunas noches en que después de la breve y total satisfacción de los instintos. Guerran fatigado y febril, acostado al lado de ella en la oscuridad del dormitorio, evadíase una vez más en espíritu, se alejaba irresistiblemente de ella huía de su lado y, en su imaginación, se trasladaba lejos, hacia lo que era su obsesión, hacia aquellos a quienes había dejado. Permanecía inmóvil y trataba de hacer creer a Fabienne que dormía. Pero tenía abiertos los ojos. Fabienne sabía lo que él estaba pensando y nada podía hacer para impedírselo. Lo único que ella podía proporcionarle eran unos minutos de placer, que contribuían a fatigarle y a entristecerle más sumiéndole en la depresión subsiguiente, a una sobreexcitación excesiva. Al despertar de aquellas noches, Guerran sentíase triste y taciturno. Y nada podía sustraerle a su abatimiento. ¿Qué ocurriría dentro de diez años?

Guerran se le escurría de entre las manos. Sin proponérselo, de una manera lenta y falta, Guerran parecía desentenderse de todo lo que le ordenaba. Fabienne se dio cuenta de que, de pronto, el abate Bourguin había cesado de visitarles. Se había enterado de la irregularidad de su situación. Fabienne interrogó a Oliver, quien confesó que se había confiado al abate revelándole la verdadera situación de su hogar. El silencio le oprimía, le ahogaba y sintió la necesidad de expansionarse, de hablar con

alguien. Y desde entonces sólo experimentaba un gozoso sosiego cuando se evadía de vez en vez furtivamente de la casa y se trasladaba al pueblo. Allí, durante horas enteras charlaba con el abate Bourguin de su hogar, de su mujer, de su hijo y de Micheline, en el pequeño cementerio pueblerino, perdido en el campo, con sus antiquísimas tumbas señoriales cubiertas por la hierba y sus hileras de altos y negros cipreses rasgando el cielo azul. En el centro, blanca y achaparrada, con un portal romántico moteado de troneras, la vieja iglesia velaba sus muertos. Su lisa fachada aparecía rematada por un sencillo campanile, un frontispicio en la cima del cual, abierta a los vientos, colgaba una campana. Una atmósfera luminosa, una paz completa y silenciosa, un sosiego de eternidad envolvía la vieja iglesia levantada en el medioevo, los árboles y las tumbas solitarias, abandonadas, lejos de los hombres, en medio de los campos. Todo aparecía simplificado, bañado de luz y hasta engrandecido. Y las palabras de deber y sacrificio que pronunciaba el abate Bourguin, que en otro lugar hubieran hecho asomar una sonrisa de escepticismo en los labios de Guerran, cobraban allí un matiz de grave y sencilla solemnidad que ahondaban en aquel pobre y atormentado corazón.

No le pasaban inadvertidas a Fabienne esas evasiones de Guerran. Estaba al acecho de sus movimientos y sentíase presa de furor y de celos, pues no ignoraba que él iba allí para hablar de los ausentes, de su mujer, de su hija de sus más directas rivales. Se daba cuenta del doloroso placer que él experimentaba al rememorar su pasado que tanto se obstinaba ella en hacerle olvidar. Y se exasperaba, se afanaba en recurrir a la ayuda de todas las amistades, de todas las tentaciones, acudía al tío Brun y a Tillebois y les decía sin remilgos:

—Quédense con nosotros, llévenselo con ustedes… Distráiganle, ayúdenle. Tiene muchas preocupaciones y aquí se aburre…

Mas, a pesar de la lucha encarnizada, Fabienne tenía vagamente la impresión de que todos sus esfuerzos eran inútiles, de que no era ella quien estaba en posesión de la verdad.

Cuando buceaba en su propio corazón veía con claridad cuál era el camino a seguir. Tener con él una explicación franca y sincera. Examinar serena y animosamente la situación creada por su imprudencia, su temeridad y su pasión. Sopesarlo todo: los deberes familiares de los dos y sus deberes mutuos, puesto que a pesar de todo se amaban. Ponerlo todo en la balanza, juzgarse a sí mismos y trazarse un destino, el más recto, el más sensato que su ánimo les permitiera escoger, para que en adelante nada oculto y secreto existiera entre ellos, para sentirse purificados, para salvar la última posibilidad de seguir amándose, porque la mentira, de una manera lenta, pero segura, extingue el amor. Sólo había ese camino: la sinceridad, la rectitud, la aceptación tal vez de una separación… En suma, consentir en expiar la culpa y en sus consecuencias…

—¡Jamás! —exclamaba Fabienne, en un arranque de cólera, de dolor y de orgullo—. Lucharé. No cederé.

Y emprendía de nuevo la batalla con renovado tesón. Pero no tardaba en desanimarse. Día a día apoderábase de ella, con creciente intensidad, la convicción de que estaba luchando contra la verdad, contra el orden y la rectitud. Pese a todas las equivocaciones que sus rivales, Julienne y Micheline Guerran, pudieran haber cometido, ellas estaban dentro del orden, encarnaba el hogar y la familia. Fabienne, en cambio, era la forastera, la aventurera, la intrusa, el fermento de disociación, de estragos y de ruina. Todo ello le producía un sentimiento de implacable envidia hacia la mujer y la hija, de cólera contra Oliver, debatiéndose al mismo tiempo en arrebatos de duda, de desesperación y de asco.

Abandonaron Saint-Julien a mediados de septiembre. Para atender a sus negocios, Guerran volvió a Angers. Fabienne, después de pasar una semana junto a su padre, regresó a París y reanudó su trabajo en la clínica. Guerran le hizo dos o tres breves visitas. Fabienne estuvo enferma durante algunos días. Poco después de Navidad, ella le comunicó que estaba encinta.

Entretanto Doutreval proseguía su lucha.

Ludovic Vallorge había contraído nuevo matrimonio el mes de julio de aquel año. Había hecho la corte a Simone Heube, la hija del cirujano, y ella le dio su consentimiento. La boda fue sumamente sencilla. Vallorge dedicaba ahora sus actividades a los laboratorios Dynam, la importante empresa de medicamentos químicos, cuyo principal accionista era Heubel, que había adquirido bajo mano y a precio fuerte el paquete de acciones de la señora Géraudin. Vallorge hacía encontrado por fin el campo de acción que cuadraba mejor con su habilidad y su sentido comercial. En unos pocos meses, los laboratorios Dynam duplicaron su cifra de venta.

Evidentemente, Vallorge tenía el instinto de los negocios. Como muchos otros, los laboratorios Dynam publicaban una pequeña revista: «Le Mois Médical». Vallorge le dio en seguida un impulso formidable, la ilustró con fotografías y consiguió la colaboración de afamados escritores. Decidióse que, cada semestre, los laboratorios lanzarían al mercado dos nuevas especialidades para sostener la atención del público. Tales especialidades las administrarían los profesores en sus servicios hospitalarios y luego darían cuenta en «Le Mois Médical» del resultado de las pruebas. Este procedimiento, bastante corriente, ejercía gran efecto sobre la clase médica. Regnoult, a quien Vallorge arrebató a Doutreval para lograr su colaboración, imaginó una interminable serie de especialidades con nombres rimbombantes y lujosas envolturas.

Luego Vallorge ponía esos productos bajo el patrocinio de un «pontífice», una personalidad conocida, y solicitaba de él un artículo para «Le Mois Médical», asegurándose así su recomendación y apoyo, que garantizaba el éxito de la especialidad. Al cabo de seis meses, «Le Mois Médical» necesitaba cuatro toneladas de papel para su edición. Y mientras Vallorge preparaba tres nuevas revistas publicitarias, Regnoult se iba a Dinamarca a visitar los mataderos y estudiar los procedimientos de extirpación de las glándulas de los animales sacrificados, con miras a montar en Angers un importante centro de fabricación de productos opoterápicos.

La marcha de Regnoult acentuó aún más la soledad y el abatimiento de Doutreval. Después de Vallorge y de Groix, también Regnoult le había abandonado. Doutreval se debatía en un mar de confusiones. Parecía existir el acuerdo tácito de que Regnoult se casara con Fabienne. ¿Por qué aquel cambio repentino? Además, Regnoult era director del Centro. Sin prestarse todavía asistencia a los enfermos, percibía ya tres mil francos mensuales; lo dirigía todo, tenía allí un trabajo apasionante y le aguardaba un brillante porvenir. Guerran había obtenido para el Centro una importante subvención del Ministerio de Sanidad, a la cual venían a sumarse los subsidios de los departamentos. Los locales estaban dispuestos. Dentro de poco, el Centro comenzaría a funcionar. Y de pronto, Regnoult lo abandonaba todo: Fabienne, su cargo, la curarización. Se iba e ingresaba como consejero técnico en los laboratorios Dynam. Aunque Doutreval tratara de aventar sus dudas, sentíase hondamente preocupado.

«¿Acaso tiene miedo de algo? ¿Por qué abandona la nave en peligro? ¿Duda de mis métodos?»

Pues, había de confesarlo, la curarización chocaba cada día con mayores obstáculos. No se hacía progreso alguno, no se avanzaba. Abundaban las críticas. Faubert, el gran psiquiatra de la Academia de Medicina, condenaba el método y cifraba en un 47 por ciento el porcentaje de fracturas, según sus intervenciones personales. Y Doutreval, a pesar de que refutaba y negaba tales aseveraciones, había de confesar que la razón estaba de parte de Faubert. Los éxitos habían sido escasos. Al término del tratamiento, muchos de los dementes tenían la columna vertebral más o menos averiada. Ninguno de los ensayos de Doutreval y de Regnoult —el veronal, los preparados cálcicos y la raquianestesia— habían impedido ese aplastamiento de las vértebras. Doutreval intentó disminuir la dosis del producto convulsivo inyectado. Pero también fracasó. O a pesar de todo se producía la crisis, o en caso contrario, el enfermo guardaba el recuerdo de una espera, de un trastorno, de una angustia tan horrible que en adelante se negaba rotundamente a un nuevo ensayo.

Doutreval no se daba por vencido. Entregábase a la búsqueda de medios mecánicos, de posiciones que evitasen las fracturas: decúbito lateral con el cuerpo contraído, posición en cuclillas, empleo de un catre metálico al que se sujetaba al paciente. Nada había tenido éxito. Y en los periódicos, arreciaban los ataques. Hablábase abiertamente de abscesos al pulmón provocados por el tratamiento y empezaba a preconizarse un nuevo procedimiento, la convulsión por la electricidad, método que Doutreval desdeñaba y condenaba enérgicamente.

En medio de tales fluctuaciones, el Centro estaba casi terminado, lo que representaba, a pesar de todo un triunfo tangible, una categórica respuesta a los adversarios. Entre tantas dificultades un solo pensamiento reconfortaba y animaba a Doutreval:

—Digan lo que digan, ésa es la realidad. El Centro es un hecho y no tardará en funcionar.

CAPÍTULO V

—Toma —dice Michel a Evelyne—, aquí tienes noticias de un antiguo conocido.

La carta viene de París. Evelyne rasga el sobre y busca la firma.

—¡Es de Tillery! ¡Cuánto tiempo hacía que no sabíamos de él!

Tillery y su mujer están bien. El 201 está a punto de aumentar en un centenar, como dice Tillery. Michel comprende que va a cambiar su coche por un 301. El trabajo marcha bien. Tillery y sus gafas se han hecho populares en el barrio. Habla de una instalación de Rayos X, y, entretanto, la señora Tillery se ocupa activamente en elaborar un nuevo heredero para su marido. «Uno o varios» observa Tillery, aleccionado por la experiencia de su par de gemelos. En espera del arribo del feliz nacimiento, *Choute*, para hacer uso del galante diminutivo que emplea su marido, acaba de recoger y adoptar a un rapazuelo de cinco años, a cuya madre había atendido Tillery y que ha quedado huérfano.

—«No puedo decir que sea precisamente una preciosidad —continúa la carta—. Tiene una tuberculosis ósea y se notan en su rostro las grandes huellas rojizas de sus antiguos abscesos. Pero cuando las mujeres se meten una cosa en al cabeza… Por otra parte, yo había atendido a esa criatura en vida de su madre…». El bueno de Tillery parece ahora excusarse.

Y añade, fingiendo un sentimiento de tristeza: «La medicina me hizo tomar esposa y ahora me brinda una criatura. ¡Vaya singulares aventuras que ocurren en nuestra profesión!».

Michel da la carta a Evelyne.

—Esta noche les contestarás —dice.

—Les enviaré lana blanca para los pañales. La he encontrado a precio de fábrica. Parece que a Tillery las cosas le van bien.

—Sí —asintió Michel—. ¡Qué curioso! Sin embargo, no fue nunca un alumno aventajado. Ni siquiera sabe desenvolverse. ¡No puede compararse con Seteuil! ¡Oh, no! ¿Te acuerdas de su cabezota, de sus gruesas gafas, de su naricita respingona, de sus rubicundas mejillas de bebé? ¿Y de sus chanzas, sus bromas, sus pesadas jugarretas? ¡Un estudiante! ¡Un estudiante! ¡Un estudiante de medicina toda la vida! Nada de lo que precisa en apariencia para conquistar una clientela. Y, sin embargo ya ves.

Busca en un montón de revistas que están a disposición de los clientes en la sala de espera. Hojea una y muestra a Evelyne una fotografía, el retrato de un hombre de edad madura, de rostro enjuto y tez bronceada, tocado con un casco colonial. A su lado, un poco a segundo término, se ve la faz redonda y joven de una sudamericana, de aspecto semisalvaje.

—Es un médico —explica Michel—. Un hombre a quien le ocurrió una aventura semejante a la del doctor Barataud. Éste, si no recuerdo mal, fue acusado de haber asesinado a su amante y condenado a trabajos forzados. Sí, ahora recuerdo que cuando se celebró el proceso, una enorme multitud, todos los desgraciados del barrio donde él ejercía y a quien atendió durante años, declararon en favor suyo y pidieron que no le condenasen. Algunos de sus enfermos dijeron al tribunal «Es nuestro médico, no nos lo quitéis. ¿Qué será de nosotros si él nos abandona? ¡Sólo tenemos confianza en él!».

»Condenado a trabajos forzados, fue enviado a la Guayana. Allí salvó la vida al hijo de uno de los carceleros, ejerció la medicina en el presidio y se granjeó la estima de todo el mundo. Finalmente, consiguió escapar a Venezuela. En este país vive ahora en un pueblecito, sito a tres días de ferrocarril de la ciudad más próxima. Dedicado a su profesión, se casó con una mujer del país que le ha dado dos hijos, es extraordinariamente popular y todos los habitantes de la región, tanto blancos como indígenas,

no reparan en decir que se produciría un levantamiento popular en el caso improbable de que se pidiera su extradición. Esa es nuestra profesión. Uno es, ante todo, el que salva la vida de sus semejantes. A la gente, sólo eso le importa. Y ésa es, naturalmente en otro aspecto, la historia de Tillery. Fíjate, en cambio, en Belladan, un as de la Facultad, diez veces más sabio que todos nosotros. Apenas si ha reunido cien mil francos. Ahora ha abandonado la profesión para dedicarse a los Seguros. Y a su lado, ahí tienes a Tillery, a todos esos estudiantes a quienes más les importa correr una juega que aprobar una asignatura y que, en cambio, salen adelante porque saben cómo tratar al enfermo, «establecer» el contacto de hombre a hombre…

Michel echa una última ojeada a la carta.

—De todos modos, me alegra mucho lo de Tillery. Pero qué singular profesión la nuestra, ¿verdad Evelyne?

Michel mostró la carta a Seteuil, a quien esos aumentos de la familia Tillery regocijaron enormemente. Seteuil soñaba con entusiasmo la fecha de su próximo matrimonio. Al lado de Anne-Marie Lausefeld, la hija mayor de los ricos hilanderos, se conducía como el más galante y atento de los prometidos. Por aquel tiempo, a pesar de una calvicie cada vez más acusada, Seteuil, alto, moreno, de barba tupida, voz grave y apuesto continente, era aun tipo verdaderamente magnífico. Y aunque viudo con un hijo, no era en modo alguno un mal partido. El anuncio de su matrimonio tuvo lugar bajo los mejores auspicios.

Un miércoles al mediodía, al llegar a casa de los Lausefeld, para comer, Seteuil encontró a Anne-Marie bajo los efectos de un fuerte resfriado. La muchacha estaba desconsolada. Tenía la nariz encarnada y los ojos hinchados. No quería que Seteuil la viese en aquel estado. Éste en tono de chanza, adoptó un aire doctoral:

—¡Oh, un catarro! ¡Cosa grave, muy grave!

—Hay que andar con cuidado, ¿verdad doctor? —dijo Lausefeld sonriendo—. Véale la garganta. Háganos una buena receta…

—Abra usted la boca, señorita —dijo Seteuil siguiendo la broma—. ¡Ajá! En ese lado no hay nada.— ¿Me hacen el favor de un pañuelo?

Lo colocó a la espalda de la muchacha, por encima del escote del camisolín y aplicó el oído largo rato… Sin decir nada, colocó el pañuelo en el pecho y volvió a auscultar. Luego se incorporó:

—Pues bien, mi receta es ésta: una buena comida rociada con borgoña y una caja de pastillas Valda…

—La primera parte será cumplimentada puntualmente, doctor —dijo Lausefeld—. ¡Al instante! El tiempo de ofrecerle una copa de oporto mientras ponen la mesa.

La comida transcurrió en medio de gran alborozo. Al cabo de tres días, Seteuil aún no se había presentado. El domingo, Lausefeld recibió una carta del doctor. Éste formulaba una serie de excusas, daba cuenta de que una erie de circunstancias imprevistas, que no podía revelar por ser secreto profesional, le había impedido ir a verles y rogaba al industrial que considerar rotas sus relaciones con su hija. Nadie y menos aún los Lausefeld comprendió nada.

Fue un gran escándalo. Anne-Marie Lausefeld quedó muy impresionada.

Al cabo de tres semanas los Lausefeld mandaron llamar a Michel para que visitara a su hija. Había perdido el apetito, enflaquecía y los padres estaban preocupados. La desilusión, sin duda. Y aquel resfriado que no acababa de marcharse. Michel auscultó a Anne Marie: foco tuberculoso en sus comienzos.

A ello se debió sin duda la ruptura de Seteuil. Al auscultar en broma, vio claro en seguida. Mas nada podía decir. Rompiendo el noviazgo por causa de tuberculosis hubiera pasado por un cobarde.

Prudente, había preferido callar y ausentarse, escudándose tras el secreto profesional y dejando a tiempo, al azar, el cuidado de advertir a los Lausefeld la dolencia que aquejaba a su hija.

A las primeras palabras de Michel, los Lausefeld se acordaron del incidente y comprendieron. Y se lo contaron todo a Michel.

Anne-Marie Lausefeld no parecía, empero, gravemente afectada. Michel ordenó un régimen de desintoxicación y pudo garantizar el éxito.

Gaspard Becquerel, el medico diputado, a quien Michel reemplazara a su llegada al Norte, continuaba prosperando. Numerosos matasanos trabajaban por cuenta suya y dirigían a su gabinete a los holgazanes deseosos de aprovecharse de un accidente del trabajo y muchachas encintas en busca de alguien que las hiciera abortar seguro de la impunidad, confiado en su poder político, expresaba casi abiertamente su desdén por la ley. Acababa de ocurrirle, empero, un enojoso incidente. Los Lespagnel, buenos clientes, le llevaron a su hijo con una herida en una mano que se produjo en una caída.

—¡No tiene importancia! —exclamó Becquerel—. Una pequeña cura será suficiente.

Los Lespagnel fueron dos veces más a casa de Becquerel. Luego, preocupados al ver la hinchazón de la mano, abandonaron a Becquerel y visitaron a Michel. Demasiado tarde. Michel abrió en seguida la palma de la mano y la desinfectó. Durante tres meses, el muchacho tuvo que ir todos los días a casa de Michel. Entretanto la Compañía de Seguros de los Lespagnel recibió una nota de Becquerel: veintitrés visitas, con curación.

¡Y el chiquillo aún estaba en tratamiento!

La Compañía llamó a capítulo a Becquerel. Éste trató de excusarse y pretextó un error de apellido. No hubo el menor escándalo. Simplemente, la Compañía guardó el asunto en sus archivos para el caso, por ejemplo, de que Becquerel, en el Parlamento, quisiera pronunciar un discurso propugnando la nacionalización de las Compañías de Seguros…

Con todo, Becquerel no perdió un ápice de prestigio y continuó siendo un gran personaje, el amigo del todopoderoso Mooreman, diputado y alcalde. Había que verlos cuando tomaban el tren de la mañana para ir a París a las sesiones del Parlamento. Mooreman y Becquerel llegaban juntos a la estación. El primero, cargado de carpetas y legajos, daba una parte de ellos a Becquerel.

—Examine esto. Así trabajaremos durante el viaje.

—De acuerdo.

Se separaban y se acomodaban en dos compartimientos contiguos, para disponer de sendas mesitas y ahuyentar la tentación de hablarse. A través de una de las ventanillas veíase a Mooreman absorbido en áridos estudios, sumido en la lectura del Diario Oficial o de tratados de sociología y de economía política, mientras que por la ventanilla de al lado asomaba la regocijada faz de Becquerel enfrascado en la contemplación de incitantes fotografías publicadas en lujosos magazines. «Sex-Appeal», «La Vie Parisienne», etc… Todos los empleados de la estación sonreían socarronamente.

Becquerel hacía buenas migas con el cirujano Lequesnoy, porque éste actuaba también en política y acababa de afiliarse al partido de Becquerel. Esperaba obtener la Legión de Honor y, sobre todo, un puesto de cirujano en el hospital de una ciudad vecina para su hijo, un zote integral más apto para manejar la azada que el bisturí. Afortunadamente, el médico director se oponía a ello con todas sus fuerzas, pero la influencia de Becquerel, íntimo amigo del alcalde Mooreman, era lo bastante poderosa para hacer pesar la balanza a favor del hijo de Lequesnoy.

También Templemars se había lanzado a la política con fines honestos, pero con resultados desastrosos. Había tenido la audacia de afiliarse a un partido de derechas y sobre todo de confesarlo. Eso fue el fin. La clientela obrera lo abandonó en masa.

El pobre diablo pagaba su sinceridad muriéndose de hambre. Por añadidura, había cometido la imprudencia de firmar un certificado, muy poco hábil, a un hombre que trajo a su chico, un niño

flacucho y mal cuidado por una nodriza sin escrúpulos. Templemars, inocentemente, había hecho constar en el certificado:

«Enteritis crónica a consecuencia de malos cuidados».

Al salir de casa de Templemars, el padre propinó a la nodriza una paliza monumental. Detenido, exhibió el certificado. Templemars fue citado a comparecer ante el procurador de la Republica y recibió una severa amonestación. Ello acabó de desanimarle. Hablaba de mandarlo todo a paseo, de buscarse un puesto en la burocracia y hasta llegó a lamentar no poder reengancharse en el ejército.

Rosselet, cargado de años y de achaques, arrastrando la pierna y apoyándose en el bastón, continuaba recorriendo la comarca, visitando a sus tres o cuatro clientes cotidianos para ganar su sustento y el de su mujer, y obstinándose en ignorar los desesperados latidos de su corazón ya gastado y presto a dejar de funcionar.

Algunas veces, Michel, por compasión, le llamaba a consulta para enfermedades de los niños. Rosselet se había especializado en estas dolencias.

Había llevado una vida de intenso trabajo. Había ahorrado mucho y enriquecídose. La crisis, las bancarrotas y las devaluaciones devastaron su capital, como el de todos los ahorradores. De un paquete de ochocientos mil francos en acciones, esperaba salvar unos quince mil. En uno de los más importantes Bancos en quiebra tenía un crédito por valor de trescientos setenta y cinco mil francos, de los cuales quizá recuperara un día el tres por ciento. No se puede ejercer honradamente la medicina y dedicarse al mismo tiempo a especulaciones de Bolsa. No hay tiempo para ello. Rosselet, como tantos otros, se había arruinado trabajando. Y allí estaba, pobre y digno, animoso, simulando un bienestar económico, como quien atiende a la clientela para satisfacción propia, cubriendo las apariencias, esforzándose para mantenerse erguido, alegre y perspicaz, irradiando optimismo como así lo quiere la clientela, y en el fondo, corroído por la angustia, vigilándose a sí mismo, atento a su pierna derecha cada vez más débil y preocupado porque de día en día veía y oía menos. El oído es indispensable, es el capital de un médico. ¿Qué hacer si no pudiera ya auscultar? Eso constituía la inquietud, la continua obsesión del anciano Rosselet: una enfermedad crónica, un reuma, una sordera que le dejara impotente, inválido, incapaz de ganarse la vida… ¿Qué sería de él y de su vieja compañera? ¡Sobre todo de ella! ¿Y si muriera primero dejándola sola? A veces, Rosselet soñaba con una muerte conjunta, el mismo día, una muerte piadosa que no dejara a ninguno de los dos solo en la tierra. Entretanto, seguía ejerciendo su profesión, hacía aún sus contadas visitas cotidianas, traía a su casa sus buenas ochenta francos, abrumado de fatiga, sintiendo percutir en las sienes los latidos de su corazón, apoyándose en el quicio de una puerta después de subir las escaleras, y viéndose obligado a acelerar la respiración, a ponerse las manos en el pecho y esbozar una sonrisa ante el cliente cuando sentía la muerte en el interior de sí mismo. El médico es algo así como el comediante sobre el tablado. Debe desempeñar su papel hasta el final. Y ahí estaba Rosselet, como imagen del porvenir, del destino prometido a todos los jóvenes de su profesión cuando hayan a su vez agotado su juventud en esa lucha demasiado dura, en ese terrible quehacer en que el hombre honrado apenas gana su pan, esa carrera en que uno se agota en lugar de vivir, después de haber convivido, por espacio de cuarenta años, con la miseria, la suciedad, la pobreza, la desesperante tristeza de la existencia humana cuando se aparta de las grandes leyes de la naturaleza.

—¡Magnífica profesión la nuestra, a pesar de todo! —decía Templemars a Michel—. Cuando uno ve a un Rosselet, a un Roy, a todos los demás, a todos esos tipos como tú y como yo, esos cuarenta mil toubils [1] de Francia y de Navarra a quienes atados de pies y manos, y con los ojos vendados (pues la consulta es eso, no te quepa duda), entregan un cuerpo ya medio podrido; cuando uno ve a todos esos médicos que podrían ganar cochinamente el dinero a espuertas y rehúsan gallardamente, no puede negarse que nuestra profesión es única. Sí. En primer lugar, nadie trabaja gratuitamente más a menudo

[1] Nombre que se da a los médicos franceses en el África del Norte.

que nosotros. Eso, de por sí, constituye ya un título de nobleza. Y observa, a migo mío, que aún en el caso de un decaimiento moral, el médico cae menos de prisa, menos bajo que los demás. Su hundimiento no es nunca total. Se agarrará a os Seguros, a las Cajas públicas, a cualquier cosa. Y, con frecuencia, de acuerdo con el miserable cliente. Una asociación entre dos miserias. Para el médico, el límite de la granujería es el sufrimiento. Son bien pocos los que lo franquean. Y es fatal. No es nuestra la culpa. Empero, no hay que jactarse de ello. ¿Quién es testigo de los sufrimientos ajenos? ¿Quién ve todos los días, todos los días de su perra vida, lágrimas, dolores, miserias y sangre? Nosotros, amigo. Por eso los hombres más buenos se encuentran en nuestra profesión. En el campo de la política, un granuja sólo pensará en forrarse el bolso. En cambio, nosotros sólo pensamos en salvar el pellejo de los demás. A nosotros nos salva el sufrimiento.

—¿Mi clientela? ¡Oh, sí cada vez va en aumento! Tenía tres mendigos y ahora tengo cinco.

Michel recuerda muchas veces esas palabras de Tillery. También él podría aplicárselas. Muchos clientes pobres, de una fidelidad a toda prueba, pero que nunca pagan. Una buena mujer que le llama a las ocho de la tarde para que abra un ántrax en las posaderas de su hijo en el fondo de una cocina infecta. No hay nadie para sostener al chiquillo. La madre está atemorizada. El padre se ha ido solo al cine. O la anciana Pauline Labuire, que con sus setenta y cinco años cuida como a un niño un marido paralítico, huraño, ruin y egoísta. Michel le ha prohibido tocar agua. Ella escucha la prohibición estupefacta. ¡Los médicos se figuran que eso es muy fácil1 pero ¿quién lavará los paltos? ¿Quién hará la colada? ¿Quién cambiará las sábanas de la cama del viejo llena de orines? El impétigo de la vieja Pauline no se curará jamás. O se trata de la señora Daubian, que está nuevamente encinta, y a quien convendría estar acostada. Sí, pero ¿quién hará la comida mientras su marido esté en la fábrica? O es el caso de la hija de los Buccinali, unos emigrados italianos, que ha atrapado un fuerte resfriado. Michel la ausculta. Un principio de tuberculosis. Echa una ojeada a la sórdida habitación, con sus tres camas, donde los Buccinali viven hacinados con sus hijos. ¿Cómo ejercer la medicina en tales condiciones?

En el piso de encima, unos húngaros, unos checos, unos marroquíes y en lo alto de la casa, los Posnowiec, unos polacos. La madre que trabaja en la fábrica de los Lausefeld, sufre una metritis ocasionada por la fatiga. El trabajo de la fábrica mata, esteriliza a la mujer. Y las que no están de ello afectadas, aprenden en seguida la manera de no poner más hijos en el mundo. Las hijas de Posnowiec trabajan, como su madre, en la fábrica de los Lausefeld, y en sus horas libres «viven al vida». La mayor va a curarse a casa de Michel de una sífilis contraída ya hace tiempo. Esos desgraciados arrancados a su sana tierra nativa se instalan en nuestro país para ser mal alojados, mal alimentados, con dinero sobrante, exceso de alcohol y contaminados por todos nuestros vicios. ¿Qué puede hacer contra eso un mediquillo de barrio, sino luchar sin esperanza?

Numerosos obreros trabajan en la empresa «Construcciones Metálicas». Es una fábrica enorme. Los salarios son altos, pero el trabajo duro. De todos modos, las plazas son muy solicitadas, porque se gana mucho dinero. Se bebe un poco más de alcohol, para aguantar el golpe, y eso es todo. Pero a los cincuenta años un hombre está ya acabado. Berlequin, el ex fundidor, sabe algo de ello: a los cuarenta años, aortitis. Berlequin no trabajará ya nunca más en «Construcciones Metálicas». No obstante, no hace más que soñar en su antiguo trabajo. Sólo allí es feliz. Dos o tres veces a la semana pasa unas horas viendo trabajar a los demás y sólo entonces se olvida de su mal.

—Pronto volveré a la fundición, ¿verdad doctor?

—Pues claro, Berlequin. ¡NO faltaba más!

También Borghère, un gigante, el atlético descargador de gabarras, había vendido su pellejo a «Construcciones Metálicas». Cáncer de estómago, a fuerza de tragar los alcoholes que para él y para tantos otros destilaba Lavaisne. La bebida le daba ánimos. ¡Cómo iba a suponer que una cosa tan buena iba a perjudicarle! Sobre todo cuando Lavaisne subvenciona a los periódicos para que digan que el

alcohol tonifica. Borghère hostiga a Michel para que éste le autorice a reanudar a su trabajo en «Construcciones Metálicas». Cuatro chiquillos son una ruina. Cada vez que Michel va a verle, Borghère insiste:

—Así que podré empezar a trabajar el lunes, ¿verdad, doctor?

—Todavía es pronto. Entretanto, descanse…

—¿Entonces, el jueves?

—No hay que darse prisa…

—Bueno, el lunes…

Michel se sulfura…

—¿Quieres dejar el pellejo? ¡Déjame en paz! ¡No te daré el alta! ¿Has comprendido? ¡No!

Borghère no se atreve a replicar. Pero una mañana se presenta en casa de Michel. Está pálido y atemorizado, pero acaba por explicarse…

—Señor doctor… ¿quiere firmar esta hoja?

—Esta hoja?

—Sí. He vuelto al trabajo… Me aburría demasiado…

Borghère, en el fondo de su gabarra, beberá un poco más de alcohol y se hará la ilusión de que a pesar de todo se defiende bien.

¡Y todas esas mujeres, esas madres que trabajan en la fábrica, esos hogares donde ya no aparece la sopa en la mesa, donde se comen bistecs con patatas fritas y conservas, donde los chiquillos se pasan el día en la calle y los hombres en las tabernas mientras la mujer atrapa una metritis, todo el día de pie ante una máquina de bobinar! ¡Y todos esos cafés, ese tabaco, esos tabucos, esas fábricas, esos cines, esa Prensa, esas tentaciones de una civilización que arruina a los hombres, y en medio de la cual, desatinado, impotente, perdido, el pobre médico de barrio se afana y lucha, sin esperanza, para tratar en vano de llevar un poco de orden, de alud, de vedad, a enjambres de miserables condenados a sumirse de nuevo, apenas curados, en su acostumbrada miseria! ¡Ah, qué tentación no visitar más que a gente rica, no atender más que a gente feliz, poder recetar lo que convenga sin tener en cuenta la pobreza, no ver, saber nada, ignorar por completo la miseria!

Luego, al entrar por azar en casa de la vieja Pauline Labuire, Michel encuentra allí a Evelyne. Ha venido sin saberlo su marido y está lavando los platos. ¡Ah, por eso va curándose el impétigo de la vieja Pauline! Evelyne ni traiciona ni se desespera. Permanece fiel a su pasado. Ya salvada, no acepta en modo alguno la gozosa y falaz ceguera del bienestar. Podría soslayar muchas cosas, olvidar, vivir como una burguesa, pero se niega a ello sin saber por qué, sigue formando parte del pueblo y va a lavar los platos a casa de Pauline. No persigue grandes soluciones sociales. Consuela con su presencia y procura ayudar al infortunado. Que los demás hagan lo que ella y todo irá mejor. Y, sin saberlo, son dos lecciones las que da a Michel: permanecer fiel a la dura realidad y realizar oscuramente su esfuerzo, sin emprender tareas de vasto alcance que de por sí justifiquen nuestra impotencia y nuestro desaliento.

Daudenaerde, el comerciante de chatarra, tiene un foco tuberculoso. Michel le atiende durante tres meses. Daudenaerde mejora visiblemente, pero de pronto juzga muy lenta la curación, y, hastiado, abandona a Michel y acude a Breuil, el curandero. Por espacio de cuatro meses, los Buccinali han tenido en Michel una confianza absoluta. Y justamente cuando su hija va mejor le dejan por Seteuil, que habla en tono más fuerte, que aplica inyecciones, prescribe gran número de medicamentos a cuál más variado y da al menos la impresión de hacer algo. Algunas visitas a casa de Orlan, el panadero, un cliente fiel. La hija sufre una especie de ataques epilépticos. En su desesperación, la señora Orlan se confía en Michel. Le confiesa las taras de la familia, revela que su abuelo tuvo blenorragia «y algo peor que eso», y que ella tiene un hermano loco, internado en un nosocomio. Luego, cuando las crisis han

ido espaciándose hasta desaparecer, gracias al tratamiento general prescrito por Michel, los Orlan abandonan sin más el médico que ha devuelto la salud a su hija y acuden a otro. Cuando las gentes se confían a uno y le confiesan todas sus taras, se convierten en enemigos. Le odian a uno. Los panaderos han dejado de saludar a Michel.

La mujer de Verval, el tocinero, se ha puesto súbitamente enferma. Cuarenta años. Paro de la menstruación, vómitos. Probable embarazo. Sorpresa, consternación…

—¿Qué va a pasar, doctor? ¿Qué vamos a hacer?

Michel sonríe socarronamente…

—Supongo, señora, que dentro de seis meses…

—¡Usted no se da cuenta! ¡A mi edad! mi hija tiene catorce años. ¿Qué va a decir?

Silencio. El matrimonio Verval insiste. Michel hace oídos sordos. Otro cliente pedido. No volverán a llamarle. Sí, le saludarán, pero muy fríamente. Por supuesto, en casa de los Verval no nacerá un segundo hijo.

Alice Toutelong, viuda de un obrero fallecido de peritonitis, acude a Michel para hacer vacunar a su hijita de tres años. Los periódicos han hablado mucho de la difteria y la buena mujer está atemorizada. Al fin y al cabo, una inyección no tiene importancia… Dos días después, la pobre mujer llama a Michel. La chiquilla no se ve bien. Fiebre. Transcurren veinticuatro horas. Las piernas se anquilosan. Rigidez en la nuca. Al terminar la semana, la niña tiene una parálisis completa. Convulsiones, vómitos, ausencia de reflejos, ojos revulsivos, 140 pulsaciones. Al décimo día sobreviene el coma, la niña recobra el conocimiento, llama una o dos veces a su madre, y muere. Encefalitis vacunal. En adelante, llevará sobre sí el estigma de aquella muerte. Será el causante de la muerte de la hija de Alice Toutelong. Había advertido a la madre, desaconsejado la vacuna, hablando de accidentes posibles y hasta frecuentes que no son del dominio público, y explicando que un régimen sano y puro, el ejercicio y el aire libre serían para la niña una mejor inmunización. Alice Toutelong, hipnotizada por un artículo en el periódico, sólo creyó en la inyección milagrosa y no hizo caso de las advertencias de Michel. ¡Pero id a decir todo eso a la gente!

Es preciso dejarse calumniar, perder la clientela, pasar por ser un carnicero y callarse. La gran servidumbre de la profesión es el silencio. De vez en vez, Michel ve avanzar por el extremo de la calle la enlutada silueta de la desgraciada Alice Toutelong. Entonces da un rodeo, evita su encuentro y se aleja de ella como si fuera verdaderamente culpable.

Templemars se va. Abandona la lucha. Ha aceptado un puesto de médico en una explotación de minas de hulla de Valenciennes. ¡Qué más da! En la enfermería de la empresa hullera recibirá todas las mañanas la visita de ciento veinte enfermos. ¡Cuarenta enfermos por hora! ¡Un minuto y medio para cada uno! El tiempo de preguntar «¿qué te duele?» y recetar entre las ciento cincuenta pócimas aprobadas por la Compañía, el jarabe 74 y las píldoras 17. ¡Y eso es todo! Luego, el descanso, la seguridad económica. Dos mil francos mensuales, y vivienda, luz y calefacción gratuitas. ¡Qué paraíso! ¡Viva la medicina social! ¡Adiós la juventud, los reveses, la lucha, adiós la profesión apasionante, pero demasiado dura, que le permite a uno morirse de hambre! Adiós la medicina. Templemars ha ido a despedirse de Michel. Segura que está contento, muy contento, pero se marcha con un brillo húmedo en los ojos.

Una tarde, al efectuar la última visita del día, Rosselet se encuentra mal. Sin decir nada, sube la escalera que conduce a la habitación de su cliente, se detiene en el rellano, se sostiene el pecho con las dos manos y cae de rodillas. Y allí muere, en la brecha, luchando hasta el final.

Su anciana compañera, la señora Rosselet, vende los muebles y las joyas, y, como otras esposas de médicos, se refugia en un villorrio perdido de Flandes. Ha escogido un pueblecito cerca de Hazebrouk donde nadie la conoce. Se sabe que para vivir hace faenas de limpieza; tres horas todas las mañanas. De vez en vez, Roy y algunos de sus colegas le mandan una pequeña cantidad, acompañada de una breve carta: «Partición de honorarios», como si se tratara del importe de las consultas que antaño celebraba con ellos su marido. No debe lastimarse a quienes se ayuda.

Las cosas marcharían bien en casa de Michel si Evelyne fuera más robusta. Pero se fatiga demasiado. El problema siempre latente de esa sirvienta a todas luces indispensable, pero imposible de poder pagar. Y por añadidura, Evelyne está encinta. Jamás comprenderá un hombre normal su voluntad, el valor que anima a las mujeres cuando se trata de dar un hijo. Evelyne sufre vómitos, mareos. Dieta y una semana entera en cama. Una vez más pasa Michel unos días embrutecedores. Numerosos enfermos, un trabajo loco. Y una casa a la deriva: la cocina en desorden, la cama sin hacer, los vestidos sin cepillar.

Por doquier, papeles rotos, platos sucios y restos de comida. Encima de la mesa, en el aparador y en la repisa de la chimenea se ven tazas con infusiones y caldo, se oye el roer de los ratones en todos los rincones. Michel se acuesta tarde, se levanta todas las noches tres o cuatro veces, duerme vestido y come patatas frías durante quince días, hasta que se encuentra con que estás cubiertas de moho. Luego, Evelyne, tras haberse recobrado un poco, comienza a tomar alimento, sale del dormitorio, y entre dos largas permanencias en la silla de extensión dedica una hora a poner orden en la casa. El hogar parece rejuvenecido cuando una mañana, pálida y con paso vacilante, entra Evelyne en la cocina.

Unos días más tarde, Michel encuentra a Seteuil, jovial como siempre, rebosando optimismo, con su negra y tupida barba y su calvicie cada vez más acentuada, que hasta le favorece dándole un porte doctoral.

—¿Qué tal van las cosas? —dice Seteuil—. ¿Estás cansado? Parece que no estás en forma estos días. Sobre todo, atención a las mujeres. Ah, otra cosa. El otro día se hablaba de ti en el estanco. Yo me encontraba allí casualmente… y escuché. Amigo mío, con tus monsergas de trigo crudo, ensalada y qué sé yo más, te estás labrando una reputación deplorable. Daudenaerde contaba eso desternillándose de risa.

—Es Breuil ahora quien cuida de él.

—Sí, lo sé. ¡Vaya idiota! De todos modos, eso te perjudica. A propósito, debo decirte que Lespagnel…

—Sí…

—Pues bien, ha venido a verme.

—¡Ah!

—¡Qué quieres! Su mujer está hasta la coronilla de tus legumbres cocidas después de cambias varias vecs el agua y otras zarandajas por el estilo. Yo no me preocupo tanto. ¡Con administrarle inyecciones intravenosas de salicilato de sosa, estoy al cabo de la calle! Las venas saltan a la vista. La cosa es sencilla, fácil, sin ninguna complicación ni para él ni para mí. Y hablando de otra cosa ¿sabes la noticia?

—¿Qué noticia?

—Alguien se casa. Adivina. Pues nada menos que Ludovic, tu cuñado. Sí, Vallorge. Acabo de enterarme por un compañero de Angers. ¿Y sabes con quién? Pues asómbrate. Con tu antiguo amorcito. Sí, con Simone Heubel, la hija del «patrón» ¡Excelente partido! Ese Vallorge irá lejos.

Michel se despide de Seteuil y se va a su casa, lleno de sombríos pensamientos. La imagen de Simone Heubel no se ha borrado aún de sus recuerdos. Ve de nuevo en su imaginación aquella

muchacha sana y robusta, el viejo castillo de Pruillé, a orilla del Mayenne, el espacioso parque donde corrían juntos, con Mariette y Fabienne. La vida fácil, dorada y feliz que a la sazón se le ofrecía.

Lujo, dinero y una brillante carrera profesional. Todo lo que echó por la borda, a causa de Evelyne,…… Coge un atajo flanqueado de sauces. Después de atravesar el jardín, entra en el vestíbulo. Contra su costumbre no va a la cocina. Sin saber por qué prefiere no ver a Evelyne. Poco después, para consultarle acerca de un vago malestar del lado del corazón, la señora Lavaisne acude a visitar a Michel. La señora Lavaisne no gasta remilgos. Seteuil ya se lo advirtió a Michel. Ya sabe éste, pues, a qué atenerse respecto a la señora Lavaisne. ¿Quizá es por esto? Lo cierto es que se le nubla la vista, y una turbadora sensación se apodera de él cuando la señora Lavaisne se quita el corsé y le m ira fijamente. Michel baja la cabeza y pasa largo tiempo escribiendo una larga receta. Se da cuenta de que hay que esperar, que una vez esté en presencia de la mujer desnuda, con los senos fláccidos, su piel moteada de manchas rojizas, su vientre rasgado por la presión del corsé, sus negra sy malolientes axilas, se disipará el vértigo que le había atenazado y sólo se enfrentará con una pobre carne desnuda, sincera, sin poder alguno sobre él. Pero esa espera, esa conciencia de nuestra debilidad no deja de ser un momento humillante y penoso.

A causa de ello sin duda, esta noche y mientras después de cenar finge leer el periódico, singulares pensamientos embargan el ánimo de Michel. Seteuil, los chismorreos del estanco, el imbécil de Daudenaerde. Lespagnel que acaba de abandonarlo, como tantos otros, para confiar en Seteuil y en sus inyecciones… ¡Cuántos sacrificios exige, a fin de cuentas el viejo maestro Domberlé! ¡Una especie de suicidio! ¿Cómo llegar hasta el final por ese camino? Y tras esos pensamientos, otro recuerdos surgen: Vallorge y su carrera… Simone Heubel… El pasado… Lo que él habría podido ser… Y hoy mismo, la señora Lavaisne… Se siente desazonado, irritado contra sí mismo, avergonzado y presa asimismo de vagos remordimientos. ¿Serían verdad las amargas palabras de su padre: «El amor se desvanece… No se construye la vida sobre un amor…»?

—¿Habré echado a perder mi vida? —se preguntaba Michel—. ¿Habré sacrificado mi vida inútilmente? He estado a punto de ceder a la tentación. De haberlo hecho mi existencia toda y mi sacrificio por Evelyne hubieran carecido de sentido. Con ello habría demostrado que había ofrecido mi vida a un ser por nada… Y, sin embargo, he estado a punto de ceder… ¿Me habré equivocado?

Y he aquí que detrás de esa duda y esa angustia, la tentación surge, el egoísta e indestructible deseo, siempre dominado y siempre presente en el corazón del hombre; salvar lo que aún puede salvarse, labrarse un bienestar, no ir más allá en la senda del sacrificio… Si te has equivocado, aún hay tiempo para… ¿Qué mal harás, en el fondo?

¿Afectaría ello a tus obligaciones para con tu compañera? Con tal que le garantices la salud, el bienestar, la paz que te ha pedido… ¿No podrías, en lo que a ti concierne, vivir tu propia vida, tener tus goces personales? ¿No has dado ya bastante? ¿Porvenir, felicidad, fortuna? ¿Acaso tiene derecho a reclamarlo todo, todos los placeres de la tierra? ¿Qué daño causarías aceptando de ve en vez una breve satisfacción sin que ella se enterara y a la cual tienes perfecto derecho? Piensa en lo que habrás echado de menos, en lo que será tu existencia cuando sea ya demasiado tarde, cuando hayas rehusado todo, cuando todo lo hayas sacrificado por nada…

—¿Estás preocupado, Michel?

Michel tiene un sobresalto. Evelyne ha acabado de lavar los platos y le mira inquieta.

—¡No!

—No lees ni hablas. ¿Ocurre algo en casa de los Daubian?

—No, nada.

—¿Y cómo va la pequeña Francine Ray? ¿Se ha agravado?

—No, sigue igual. ¿Por qué me preguntas todo eso?

—Por nada. Pensaba que… Tenía miedo de que…

Evelyne vuelve a la cocina. Se cansa a causa de su estado; respira fatigosamente y de cuando en cuando debe detenerse. No, no son los enfermos lo que preocupa a Michel. Es otra cosa. ¿Cuál? Seguramente el dinero, siempre el dinero. Pero ella no puede remediarlo, no puede hacer más, pues ni siquiera se siente con fuerzas para hacer sola los quehaceres de la casa. Sólo es buena para acarrearle gastos. Sin embargo, este mes ha hecho cuanto ha podido. Los Roy han ido a visitarles. Necesitaban visillos nuevos para el comedor, servilletas y un galletero. Evelyne ha salido del paso lo mejor posible. Ha disimulado las rozaduras con adornos de encaje y los ha colocado en las ventanas ocultando los zurcidos con los pliegues. Ha convertido unos faldones de camisa, adornándolos con orlas amarillas y azules en lindas servilletas de te. Y ha renunciado al par de pantuflas que le hacían falta para comprar unas hermosas pinzas para el azúcar. Todo resultó a las mil maravillas; los Roy se marcharon encantados y Michel estuvo contento. El siguiente lunes, día del cumpleaños de Michel, él se encontró al lado de su plato el libro que tanto apetecía… Sí, ella ha hecho cuanto ha podido, y con habilidad y discreción. Michel no ha visto nada, no se ha dado cuenta de nada. Evelyne confiaba que las cosas marcharían bien, pero por lo visto él tiene grandes preocupaciones, quizá se presentan gastos imprevistos… Tal vez la criadita, la sirvienta flamenca de dieciséis años que Michel quiere tomar a comienzos del mes venidero… No cabe duda de que se necesitará, con el hijo que va a nacer, ese hijo que quizá imprudentemente ella ha querido.¡Cuántos gastos! La culpa es suya, de Evelyne. El reproche, el remordimiento, amenazadores, obsesionantes, están presentes, prestos a surgir en cuanto asomen las dificultades: «Si Michel no se hubiera casado conmigo, sería feliz. La culpa es mía…». Termina de enjuagar los platos, por parejas, colocándoos uno debajo del otro, como le enseñaron cuando comenzó a prestar servicio doméstico. Los va alineando cuidadosamente en la escurridera, siempre de espaldas a Michel. Hay momentos en que uno se imagina ser un estorbo en la vida de los que ama, en que uno no puede evitar decirse que si desapareciera sería en el fondo una suerte para ambos…

—¿Vienes a acostarte, Evelyne?

—¡Oh, sí!

Evelyne sigue de espaldas a él. ¿Por qué tendrá tanto trabajo?

—Ven un momento —dice Michel.

—¿Yo?

—Sí. Ven aquí.

Evelyne se vuelve y se acerca, turbada. Evitar mirarle.

—Mírame.

Michel la conduce bajo la luz y le levanta la barbilla. Y le dice estupefacto:

—¿Has llorado?

—No…

—¡Tú has llorado!

Evelyne reclina la cabeza sobre el pecho de Michel y rompe a llorar.

—¡Evelyne! ¿Qué te pasa, Evelyne? ¿Por qué esas lágrimas?

Michel ha vuelto a sentarse y sienta a Evelyne sobre sus rodillas.

—¿Te encuentras mal? ¿Tienes alguna pena? ¿La salud? ¿No eres feliz? ¡Contéstame, Evelyne! ¡Me das miedo! ¡Contéstame!

Ella se explica penosamente, conteniendo los sollozos:

—Tengo miedo… No estoy tranquila…

—¿Por qué?

—Me doy cuenta de que no te falta reocupaciones…

—¿Preocupaciones? —repite Michel.

—Esa sirvienta… Ese hijo nuestro… El dinero.

Evelyne no ha adivinado nada. Ni siquiera lo ha sospechado.

—¡Bah! —exclama Michel aliviado, en tono sincero—. ¿El dinero? ¿Y eso, qué importa? Con el trabajo no nos faltará dinero. Ya ves que la clientela va en aumento y que mi nombre se va dando a conocer. Esta semana han sido muy numerosos los enfermos. Y he efectuado una consulta con Jacquinet. ¿Acaso te parece poco que una familia me llame a mí, un médico joven, un principiante sin títulos para una consulta al lado de una eminencia? El paciente ha debido de oír hablar bien de mí, no cabe duda.

»Dentro de diez años, cuando al gente se dé cuenta de que yo estoy en posesión de a verdad, que mis curaciones son definitivas, que sano a los enfermos sin inyecciones ni drogas, sin martirizarlos, ¿cuál no será mi clientela? Ya verás, Evelyne, como todo irá bien y saldremos adelante.

Michel pone en sus palabras un acento tal de persuasión que llega a convencerse a sí mismo.

—Vamos, ¿estás tranquila? ¿Ya no lloras más? ¿Ya se ha pasado el miedo?

—Siempre tengo miedo… —murmura Evelyne.

—¿Miedo de qué?

—Siempre tengo miedo de que lo lamentes… Si no me hubieras conocido, si no te hubieras casado conmigo…

No es posible engañar a la que se ama. Diríase que las mujeres se enteran misteriosamente de lo que pasa por nuestro corazón, de nuestras tentaciones, de nuestros desalientos. Michel permanece un instante silencioso, como si tuviera el alma al desnudo. Ella ha penetrado en sus pensamientos. Michel no se explica cómo, pero se avergüenza porque es vedad y porque Evelyne ha calado hondo. Y se le oprime el corazón al pensar en lo que Evelyne ha debido de sufrir. Lo que le atormentaba es un sueño imposible. No puede abandonarla, la toma nuevamente bajo su protección y acepta una vez más la pesada y querida carga que se impuso aquel día de su juventud y que ya no puede abandonar. ¡Sea! Irá hasta el final y renunciará a todo. ¡Aunque sea sin amor! Si es preciso parecer feliz, será feliz. Callará si es necesario callarse. Mentirá si es conveniente mentir. Todo, con tal que ella sea dichosa.

Y las palabras le salen del fondo del corazón, palabras que no obstante haberlas escogido para consolarla se le antojaban sinceras y verdaderas.

—¡De nada puedo lamentarme, Evelyne! Piensa tan sólo lo que hubiera sido de mí sin ti. ¿Habría encontrado a Domberlé? ¿Lo habría comprendido? ¿Habría creído en él? No, en absoluto. Han sido necesarios tus sufrimientos, ha sido preciso que te amen para alcanzar la verdad. ¿No te parece bella cosa alcanzar la vedad por el camino del amor? Ignoras, además, lo que ha sido mi juventud, lo que fui, y no sabes aún de qué me has salvado. De no haberte conocido, ¿qué hombre sería yo hoy día? No creía en nada. Carecía de principios y de moral. Quizá por todo esto, para que yo me diera cuenta de cuál era mi deber, te cruzaste, Evelyne, en mi camino. A los escépticos quizá les haya bastado creer en alguien… Esta es tal vez la razón que me impulsó a encontrarte… Ya ves que no tengo ninguna queja que formular. Vamos, dame un beso. Piensa en el hijo que va a nacer y que hará nuestra felicidad… ¿Se han secado ya las lágrimas? ¿Estás ya tranquila? Mírame, Evelyne.

Ella le mira, y con los ojos todavía húmedos, le sonríe. Y dice en voz queda:

—Sí, ya estoy tranquila…

—Entonces, dame un beso.

Evelyne le da un beso en la mejilla con el que expresa toda la tristeza, la ternura y la gratitud que no se atreve a declarar. Ahora, todas las tentaciones, todos los malos pensamientos se han ahuyentado de la mente de Michel. Ningún sentimiento impuro se cobija en su alma, sólo una indefinible alegría, una sensación que no participa sin duda de la pasión primeriza, una paz, un sosiego, la certidumbre de que marcha por la senda de la verdad. Una alegría extraña, pura, suprema, inexplicable. Diríase que en este momento, en que acaba de aceptar todas las abnegaciones y todos los sacrificios, comienza a anidar en su alma un nuevo amor, purificado e indestructible. La pobre pasión humana con que se inició no era sino la ocasión, el pretexto, algo así como una asechanza tendida al hombre para obligarle a superarse.

La semana siguiente, Michel recibe la visita de Vansteger, el farmacéutico, acompañado de su mujer y de su hija de cuatro años. Vansteger está hastiado de los médicos. Hace tres años que la pequeña sufre lo indecible sin que nadie acierte a curarla. ¡Un farmacéutico! Sólo Dios sabe la fe que él tenía en la medicina oficial. Alimentada con «leche seca» —leche en polvo desvitalizada mediante una desecación brutal de 150 gramos—, acidificada desde la infancia con el famoso zumo de naranja que se administra hoy día a todos los pequeñas, la niña ha comenzado por padecer de enteritis, por eliminar el zumo de naranja. Un «especialista» a quien ha consultado, ha suprimido la leche, pero ha recomendado el suero y, por supuesto, el zumo de frutos ácidos. Resultado: desnutrición, enflaquecimiento. Vansteger envía a su mujer y a su hija a un instituto de Chamonix. Allí se hace vivir a la criatura en contacto con la nieve y se la alimenta a base de confituras, frutos ácidos y *bebeurre*. Con tal régimen, la niña atrapa una osteomielitis de la mandíbula superior acompañada de septicemia. Se abren los focos de supuración y aparece el puso, que e había extendido desde la mandíbula hasta la órbita del ojo derecho. Vacunas, inyecciones, transfusión para la cual la pobre señora Vansteger ofrece su sangre. No obstante, en nada se modifica el régimen. Se traslada al Norte a la pequeña moribunda, amenazada, además, de la pérdida del ojo derecho. Nueva intervención, esta vez por Romagnol. El cirujano practica una ablación, se encuentra con el hueso de la mandíbula literalmente podrido, hecho papilla, y lo limpia como puede, puesto que se ve obligado a poner al descubierto las meninges por debajo. Notábanse las leves palpitaciones del seno cavernoso de la miserable criatura. Sométese a la niña, que sólo tenía ocho meses, a un régimen por demás toxico: carne y pescado. Y, naturalmente, zumo de frutas. A poco el hueso del talón comienzo a gangrenarse y se reproduce la infección en la mejilla.

Nueva y doble intervención, en la mejilla y en el talón, a lo vivo, porque la criatura no está en condiciones de soportar la anestesia. Operada con plena lucidez, y después de media hora de lucha con dos robustas enfermeras, la niña —que a la sazón contaba un año— agoniza durante tres días. A pesar de todo, se resiste a morir. Una vez más, la alimentación a base de carne y zumo de frutas le acarrea supuraciones, abscesos y, por último, una osteomielitis en el hueso del brazo. Hay que practicarle un raspado: cuarta operación. Y dos meses después, una quinta intervención en la mejilla, a pesar de una serie de autovacunas que no dieron el menor resultado. Sin embargo, en las piernas, en los brazos, en la cara, se manifiestan con frecuencia focos de supuración, que aunque alivian el estado humoral, agotan y torturan a la criatura, revelando el emponzoñamiento y la acidificación alimenticias, a lo que nadie ha prestado importancia. Finalmente, Vansteger echa por la borda la medicina escolar, prescinde de los servicios de la enfermera profesional que atascaba a la niña con sesos y filetes de lenguado y acude a ver a Michel.

Michel prescribe un régimen sintético, sin carne ni pescado ni zumo de frutas. Al cabo de pocas semanas el cambio es asombroso; las fístulas se cierran, cesan las supuraciones y se desarrollan rápidamente las actividades funcionales. En algunos meses la niña aparece transformada. Una mañana, Vansteger presenta a Michel a su hijita, desfigurada por las profundas cicatrices de las intervenciones, aún un poco desmineralizada, pero alegre y resucitada.

Acuden luego a visitarle una serie de enfermos. Entre ellos se encuentra una criatura de dos años a quien desde la edad de cinco semanas le aplican, bajo el pretexto de una *Wassermann* apenas positiva, inyecciones de arsenobenzol en las venas del cráneo, atiborrándola de jamón y seso. Un régimen progresivamente vegetariano establece el orden en un par de meses. Luego una muchacha intoxicada y aquejada de continuas jaquecas, a quien nadie ha curado y a la que se habla de trepanarla. Con tal propósito, Holmont, el especialista, le ha hecho ya una radiografía del cerebro. Le ha introducido en la columna vertebral un trocar a través del cual ha extraído todo el líquido que baña el cerebro. En su lugar ha inyectado aire, ha «hinchado» el cráneo en bloque. Ello ha permitido obtener una fotografía espléndida. Pero la muchacha ha estado a punto de enloquecer. Otros perforan directamente el cráneo y extraen el líquido mediante un tubo cóncavo, a siete centímetros de profundidad. Otro enfermo: un

chiquillo de seis años sobre el cual interesa saber si su bronquitis se complicaba o no con la dilatación de los bronquios, lo que por otra parte no debía de influir respecto al tratamiento. Dos inyecciones de morfina escopolamina. Pulverización de cocaína, varias veces, mediante un fuelle de largo pico, hasta el fondo de la laringe, hasta alcanzar la traquearteria. A renglón seguido, introducción por la boca de un tubo de metal por donde se vierte en los bronquios del desgraciado una dosis de cocaína y luego una mezcla de aceite caliente y de tintura de yodo hasta invadir todo el pulmón. ¡Un martirio insensato! El miserable rapazuelo, candidato en adelante a tuberculosis, parece un gaseado de la guerra.

Y todos esos sufrimientos por culpa de una ciencia sistemática que desconoce las verdaderas causas y la unidad de la enfermedad y que cuida las dolencias de una manera loca y con procedimientos brutales. ¡Cuántos padecimientos en este mundo cesarán el día en que el médico tenga la debida comprensión! Cuando Michel piensa cuán sencilla es la verdad que tan pocos quieren entender, y en los sufrimientos inútiles que a los del paciente añade a veces la medicina, le embarga un sentimiento de cólera y al mismo tiempo de piedad infinita. Piensa en Evelyne, en el hijo que va a nacer, en las torturas que esa sabiduría le ahorra y le ahorrará. Cruzan por su mente las imágenes de la pequeña Vansteger, ya salvada, y de aquella criatura de dos años a quien se aplicaban inyecciones en las venas del cráneo y de todos aquellos seres inocentes a quienes alivia y salva todos los días. Y se avergüenza de sus abominaciones. Suceda lo que suceda, la lucha por el triunfo de esa verdad merece todos los sacrificios. Ser llamado a divulgarla, ¿no es para él un maravilloso destino? ¿Qué obra de caridad podría equiparársele? «El bien que se hace a los hombre», ha escrito Cuvier. El mismo Cristo ha dicho que había venido a la tierra para «proclamar la verdad».

Michel se siente poseído por una fe nueva. Y recuerda las últimas palabras de Domberlé:

¡Lucha por la verdad hasta la muere,
Y Dios Nuestro Señor combatirá por ti!

Todas las miserias y las pruebas por las que hasta ahora ha pasado y las que puedan sobrevenirle no le causan ningún temor. Sin saber por qué casi las acepta gozoso, como si en ese momento en que acepta la lucha hasta la muerte por la verdad se alzara detrás de él una sombra inmensa, desconocida y omnipotente, le tocara la espalda y le impulsara a seguir adelante. Dos días después llega a sus manos la respuesta de Domberlé, a quien había escrito. Una de esas cartas en que el viejo profeta bíblico, el tullido, el moribundo, expresa a gritos su fe en Dios, en la verdad, su fe formidable en la vida.

«Tu conducta es intachable, Michel. Sigues la buena senda y posees la verdad y la vida. Sufrir para tus semejantes, enseñarles el camino de la verdad y expiar por ellos es el único orden existente. Y lo es asimismo estar solo, provocar injurias y risas, pasar por loco, vivir duramente de su profesión, permitir ser robado por aquellos a quienes se cura y se enriquece, saber de traiciones, negaciones, ingratitudes, dudas, lágrimas y agonías. Sustentarse con poco, padecer sin curarse a sí mismo para curar a los demás, y oírse apostrofar: «¡Maldice de una vez a Dios y muérete!» ¡Esta es la vida, éste es el orden! Todo esto está bien y es hermoso. ¡Esto es vivir! ¡Es llevar a cabo la misión de la verdad! ¡Bendito sea el nombre del Señor! Y aunque me enviara la muerte, seguiría esperando en Él. Lee una vez más a Job. Michel»

¿Por qué, en determinados momentos, tiene que ser un hombre viejo, achacoso, atormentado por los sufrimientos, bestia de carga del Señor, quien encuentra aún en su miseria las palabras que nos flagelan y galvanizan, que bendiciendo a Dios clama su férrea confianza en la vida, nos hace avergonzarnos de nuestros escepticismos y nos recuerda que con la inteligencia, la voluntad y la fe en Dios se salva uno y se salva el mundo?

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Fabienne había reanudado su trabajo en la clínica Epidauria. Sentíase cansada, enferma, incapaz de asumir graves responsabilidades. Por ello había solicitado un servicio menos agobiador que el de enfermera. Trabajaba ahora en la secretaría. La tarea era más descansada. Ello le deparaba al mismo tiempo la ocasión de ponerse al corriente de la organización administrativa de la clínica, que no era grano de anís. Pues aparte de las operaciones y de la intensa vida médica del establecimiento, Epidauria representaba en suma un gran hotel en pleno funcionamiento, con sus habitaciones, su ropa, sus cocinas, su restaurante, su personal, sus automóviles y su correspondencia. Todo ello, sin embargo, era puro comercio, cuestiones de dinero que no interesaban a Fabienne. Además, en aquel momento le absorbían sus propias preocupaciones. Olivier Guerran había regresado a Parías a comienzos de año, con ocasión de la reapertura del Parlamento. Sostuvo con él una primera entrevista bastante borrascosa a propósito del futuro y de las decisiones a tomar. La discusión degeneró casi en disputa, se lanzaron uno a otro inútiles reproches, acabaron los dos por avergonzase de su actitud y se separaron reconciliados sin haber tomado ninguna decisión. Aún había que esperar. Por ahora no podía hacerse nada.

—¡Esperar! ¡Qué poco costaba decirlo! Él, como hombre, no arriesgaba nada. Fabienne, al volver a Epidauria, recordaba la entrevista con contenida cólera y se acusaba a sí misma de cobarde. Hubiera debido exigir una decisión, pedirla, costase lo que costase. Sí, era cobarde, se sentía desalentada en cuanto se trataba de causar un sufrimiento a Olivier. De vez en cuando, se apoderaba de ella la tentación, la tentación terrible y dulce al mismo tiempo de no decir nada, de no hablarle nunca más de nada, nunca más. ¡Qué consuelo no tener que pedirle nada, no exigirle, no obligarle a nada, no violentarle, no conocer nunca más esas disputas, esas afrentas, esos agravios mutuos! ¡Qué liberación! Claro es que esperaba el hijo… Pero, después de todo, esas cosas pueden remediarse. Los hijos sólo vienen cuando uno lo quiere. En Epidauria, rodeada continuamente de mujeres elegantes que acudían a someterse a una biopsia y de muchachas de la dorada burguesía a quienes a veces se aplican laminarias, ¿cómo no pensar en ello a cada momento en ese ambiente de corrupción mundana, discreta y generalmente admitida? ¡Qué comodidad! ¡Y qué rápido todo! ¿Acaso no era ese pensamiento el que adivinaba a veces en la mirada de sus compañeras, las dos secretarias de la clínica? ¿No era lo que se decían entre sí?

—También a ésa le llegará el turno. Se ausentará durante un par de días y regresará un poco más pálida…

También Godefrin, su «patrón», había adivinado el estado de Fabienne. Ésta se percataba de ello por la singular e inquisitiva manera con que él la miraba a veces con el rabillo del ojo. En dos o tres ocasiones aludió ligeramente a la salud de Fabienne, a su acentuada palidez. Parecía preocupado. En el fondo se compadecía de ella. Hubiera querido actuar de intermediario entre Fabienne y su padre. Pero la muchacha se resistía a ello.

De vez en vez, Fabienne parecía tomar una decisión y se decía:

«Esta semana sabré a qué atenerme. No puedo esperar más. Se han dado cuenta de mi estado, de mi mal aspecto. Ese hijo no puede venir al mundo. Es preciso que esta semana…»

¡Qué tranquilidad si ella se atreviera! Unas horas de sufrimiento y el drama habría terminado. No se hablaría nunca más de ello. Olivier callaría y ella también. Jamás harían la menor alusión. Habría entre ellos un acuerdo tácito y acordarían ignorar aquella amenaza, la amenaza de un hijo… ¡Oh, sí, que tranquilidad! Sólo habría entre ellos, como entre tantos otros, una sombra, un cadáver nonato, un crimen, en suma. ¡Pero tanta gente vive así! No se habla más de ello y asunto concluido… Uno debiera poder habituarse a vivir con un secreto veneno en el alma, con una especie de aposento para los cadáveres, como en el castillo de Barba Azul, una sima profunda en la que duermen las infecciones y a la que uno no se asoma jamás… ¿Acaso no vivía de este modo la gente que rodeaba a Fabienne?

Y entonces ¿qué? ¿Ser como todo el mundo? Ese amor en el que ella creyera, al que todo había sacrificado, ¿iba a envilecerlo hasta convertirlo en un vulgar y trivial amorío exento de grandeza, en una de esas uniones que tan a menudo veía a su alrededor, mezquinas, repulsivas, tejidas de envidias, egoísmos, sensualidad y mutua laxitud que no se atreven a manifestarse? Invadíale un sentimiento de rebeldía, sentíase sobrecogida de terror. A esa pasión, Fabienne lo había inmolado todo: su juventud, su virtud, su porvenir, su vida entera. No podía aceptar verla agostarse, naufragar en la indiferencia y la vulgaridad. Toda la desatinada generosidad de que diera muestras al hacer donación de si misma, no podía en modo alguno perderse en el vacío. Costase lo que costase quería salvar aún lo que podía ser salvado, lo que hacía de ese amor, a pesar de sus miserias, sus fealdades y sus vergüenzas una aventura que a pesar de todo era valerosa y sincera, en la que quizá alentaban posibilidades de grandeza. Matar al hijo era el fin de todo, el hundimiento definitivo. Sin decírselo, sin comprenderlo siquiera de una manera clara, Fabienne se aferraba con todas sus fuerzas a esa última esperanza en la que confusamente presentía que podía confiar sus posibilidades de salvar lo bello y puro que contenía su amor.

En dos o tres ocasiones el viernes por la tarde, cuando Guerran fue a buscarla a la clínica, Fabienne le habló tímidamente, con palabras discretas, como si se sintiera atemorizada. Encontrados sentimientos de cólera y de temor agitaban su alma: sentíase exasperada ante el silencio de su amante y temerosa al mismo tiempo de molestarle, de incomodarle. ¿Acaso no tenía ya bastantes quebraderos de cabeza? ¿No se sentía ella entristecida al verle tan preocupado? ¿Por qué echar a perder las pocas horas en que iban a estar juntos hasta el día siguiente? Fabienne esperaba que durante la semana él reflexionara, que, a no tardar, con firme decisión, se sometiera a su juicio un plan cuidadosamente meditado, y que tomando la iniciativa, le dijera:

—Lo he reflexionado bien, Fabienne. En primer lugar haremos…

¡Qué alivio no tener, como un niño, más que obedecer!

Pero él no habló. Pasaban os días. Lentamente, un sentimiento de cólera apoderábase de nuevo del alma de Fabienne. Acentuábase su rebeldía contra la indiferencia, la doblez, el egoísmo del macho. ¡Oh, a él le importaba un comino! ¡No era él quien cargaría con el hijo, quien tendría que sufrir las molestias, las miradas de la gente, la vergüenza…! nada comprometía su vida futura. ¡Quién sabe si no alimentaba el proyecto de esperar, dejar pasar os días hasta que fuera ella quien provocara una decisión, la ruptura…! un viernes por la mañana, en la secretaría de la clínica, recibió un breve telegrama de Guerran: que no lo esperara aquella noche, pues había tenido que marcharse a Angers por tres semanas para atender importantes asuntos.

Fabienne, sin hacer caso de la presencia de otras empleadas, hizo pedazos, enfurecida, el papel y rompió a llorar convulsivamente. Salió a escape, corrió hacia el estanco más próximo y llamó a Guerran por teléfono. Estaba aún en la casa.

—¿Eres tú?

—Sí —dijo Fabienne con voz dura.

—¿Ocurre algo?

—He recibido tu telegrama…

—¡Ah, sí! Qué fastidio, ¿verdad, cariño?

No parecía turbado. No debió de pensar mal. Juzgaba su forzada ausencia como cosa natural. Y eso era justamente lo que exasperaba a Fabienne. Su mano se crispaba al empuñar el auriular.

—Estoy preguntándome… —dijo ella.

—¿Qué?

—Si tu marcha te fastidia de verdad.

—Dices que… No te oigo.

—Te digo que ya estoy harta —replicó Fabienne con voz entrecortada—. ¡Comienzo a ver claro! Adivino tu juego. Y esto me da asco. ¡Me da asco! ¿Me entiendes?

—Pero Fabienne, tú estás loca.

—¡Déjame en paz! ¿Te vas?

—Pues… no… Tenía que… Pero si te empeñas en que me quede…

—Sí.

—Está bien. Me quedo —dijo Guerran con un suspiro—. Entonces hasta esta noche. Como de costumbre, ¿verdad?

—No. En seguida.

—¿Tienes que hablarme?

—Sí. No puedo esperar una hora más.

—De acuerdo. A mediodía en la plaza de la Madeleine. ¿Te va bien? Frente al restaurante Larue. Sí, hasta pronto…

A mediodía, paseando de arriba abajo por la acera, frente a los cafés abarrotados de gente, Guerran esperaba a Fabienne. Llovía. Una fría llovizna envolvía a París con una grisácea neblina, esfumaba los contornos de la Madeleine y abrillantaba el asfalto. Las puertas giratorias de los cafés engullían a la multitud que iba a tomar un aperitivo. Rodaban los taxis por la calzada con el rumor opaco del caucho mojado sobre el firme alquitranado. Una vendedora de flores protegía con un impermeable azul su delicada mercancía. Guerran le hizo una seña. Bajo la lluvia, en la gris y fría neblina, la mujer descubrió las esplendideces de la primavera: mimosas amarillas y vellosas como polluelos recién nacidos, manojos de violetas de Parma aprisionadas dentro de un papel de plata, y deslumbrantes claveles de Niza, encarnados y blancos. Guerran compró un ramo de violetas de Parma. Luego reanudó su paseo desazonado, malhumorado, consciente de lo ridículo que debía de ser, con el impermeable chorreando, su cabello entrecano y su manojo de violetas frente a los ventanales de los cafés detrás de los cuales los consumidores sentados ante los vasos de «Pernod» o vermut le estaban mirando. Se alejó, atravesó la calzada y reanudó su pase.

Seguramente, Fabienne debía de figurarse que él se tomaba las cosas con buen humor. Que nada le importaba a él, puesto que en aquella aventura desempeñaba el papel más fácil y más cómodo. Guerran suspiró, pensó una vez más en el infierno en que se había convertido su casa, su hogar, desde que Julienne sospechaba la verdad. ¡Y charles, que hacía causa común con su madre, inquieto por su porvenir, por el despacho de abogado al que creía tener derecho! ¡Sin contar a Micheline que también se ponía de parte de Julienne! ¡Y ese matrimonio con Robert Bussy que él se proponía realizar, costase lo que costase, antes de que se produjera ningún escándalo, antes de que Fabienne tomara una decisión! Bussy no se decidía a fijar la fecha de la boda. Robert no había terminado aún el servicio militar, y el padre prefería esperar. De todos modos, avanzar el matrimonio era adelantar el momento de la entrega de la dote. Habíase llegado a un acuerdo: ochocientos mil francos. ¿Dónde buscarlos? Una vez más Guerran hacía sus cuentas. Ciento sesenta cédulas de fundador de las «Cimenteries de la Mayenne». Setenta y cinco acciones del Banco del Crédito Industrial, puestas a flote el año 1931 por el Estado. Un pequeño paquete de rentas francesas heredadas de su pobre madre, que había arruinado su salud ahorrando franco tras franco y que creía en la seguridad de los títulos del Estado… En suma, unos

trescientos mil francos. Además, unos cien mil que podrían reunirse fácilmente hurgando en los cajones y dejando exhaustas las cuentas de los Bancos. Pero ¿y el resto? ¿Hipotecar la casa de Angers? Pongamos ciento cincuenta mil. ¿Y los doscientos cincuenta mil que faltaban? Ya es sabido que las dotes pueden pagarse en varios plazos. Cuatrocientos mil al contado sería ya una suma respetable. Y el resto a razón de cien mil anuales. Pero Bussy quería el dinero en seguida. Él le daba a Roger seiscientos cincuenta mil francos. Y al contado, en el acto. Quería que su hijo emprendiera aquel negocio de los terrenos y para eso hacía falta dinero en efectivo. No, cuando uno se apellido Guerran y además de un célebre abogado es diputado y ministro, no podía confesar a Bussy:

—No dispongo de medios con qué dotar a mi hija…

Sobre todo cuando era harto sabido en Angers el tren de vida que llevaba Guerran, las actividades de su gabinete y el dinero ganado en los últimos veinte años.

«El año más flojo —pensaba Guerran con amargura— fue de trescientos mil francos. ¿Dónde había ido a parar todo eso?».

Evidentemente, Julienne… también él un poco… Así es la vida cuando los matrimonios están desavenidos. Julienne tenía joyas por valor de unos trescientos mil francos. Joyas que muy pocas veces había lucido. Las compraba por el placer de comprar, porque le gustaba tener, poseer algo, como una urraca que agarra un pedazo de estaño porque brilla. En unos cofrecitos se amontonaban joyas inútiles.

«Sería perder el tiempo rogarle que las vendiera —pensaba Guerran—. Se reiría en mis narices».

Experimentó un ligero sobresalto. A lo lejos, abriéndose paso entre los transeúntes, embutida en un impermeable de seda gris y cubriendo sus negros cabellos en una capucha, se acercaba Fabienne.

Estrecháronse la mano. Guerran advirtió al instante el duro semblante de Fabienne.

—¿Qué tal estás?

—Bien —contestó ella.

—Pensé que estas violetas te gustarían…

Fabienne, con gesto maquinal, olió el pequeño y apretad cono de violetas.

—¿Hay alguna novedad?

—Soy yo quien debo preguntártelo —dijo ella.

—¿Yo? Para mí, no…

—¿Te vas a Angers?

—Debía ir.

—¿Sin haber decidido nada respecto a nuestra situación?

Guerran se calló.

—¡Contesta!

—Nos sobra tiempo…

—¡Eso te parece a ti! ¡Ah, claro, para ti todo va bien! Nada se te antoja urgente. ¡Muy al contrario!

—Fabienne…

—Pues bien, yo te digo que no puedo esperar más, que no te irás y que sabré en seguida, aquí mismo, cuál es tu decisión.

Fabienne había alzado la voz. Algunos viandantes se volvieron. Guerran se enfureció.

—¡Escenas, no Fabienne! De lo contrario…

—De lo contrario ¿qué?

—Te dejo plantada y me voy.

—Eso, quisiera verlo —replicó Fabienne.

—¡Pues ya lo has visto!

Dio media vuelta, dejó a Fabienne aturdida en al acera y a grandes zancadas, casi corriendo, atravesó la calzada. Llegó a la acera opuesta. Tenía las manos crispadas. Sin embargo, al alcanzar la esquina de la plaza, frente al restaurante Larue, se detuvo y miró de lejos a Fabienne, quien permanecía en pie, inmóvil, frente a la iglesia, sin moverse, sin derramar una lágrima, con al cabeza baja, como una

bestia a la que hubieran descargado un mazazo en la testuz. Los transeúntes chocaban con ella, sin que pareciese darse cuenta. De pronto, apoderóse de Guerran un sentimiento de intensa piedad, un remordimiento brutal ante esa juventud, esa miseria de la cual él era responsable, el único culpable. Al fin y al cabo se trataba de Fabienne, la mujer que le había amado como nunca lo había sido, que le había hecho donación de toda su vida, locamente, magníficamente, sin reparo alguno, únicamente para complacerle. Recordó Aix-les-Bains, la Saintogne y evocó a Fabienne con todo su caudal de belleza, de generosidad y de abnegación. Y Guerran no pudo soportar un momento más la idea de lo que por su culpa debía ella sufrir en aquel instante, con el hijo que llevaba en sus entrañas, y teniendo por delante un tenebroso porvenir… sus ojos se humedecieron de lágrimas, pero se apresuró a enjuagarlas ante la gente. Atravesó corriendo la calzada, llegó junto a Fabienne, que seguía inmóvil, y la cogió del brazo.

—¡Fabienne! ¡Fabienne! ¡Amor mío! Por favor, seamos razonables. Sobre todo nada de escándalos ni escenas ante la gente. Ven conmigo, Fabienne. Vamos a almorzar para que te repongas un poco… Luego vendrás a mi casa y tendremos todas las explicaciones que quieras. Ya verás cómo llegaremos a estar de acuerdo. Todo irá bien. Ven, vente conmigo.

Guerran la cogió del brazo. Fabienne se dejaba llevar como un autómata. Atravesaron el paso claveteado y entraron en Chez Larue, donde los camareros y el *maître* se apresuraron a darles la bienvenida, pues Guerran solía frecuentar el establecimiento. Fabienne no quiso despojarse de su impermeable y de su chal de seda. Sentía frío. Penetraron en el salón restaurante. El *maître* dispuso para ellos una mesa en un rincón discreto, hizo servir dos cubiertos, colocó encima de la mesa un búcaro de cristal y plata y encendió una lámpara con una pantalla color de rosa.

—¿Tienes apetito? ¿No¡ vamos, haz un pequeño esfuerzo. Elige lo que más te guste.

Fabienne no dijo nada. Con el semblante lívido, parecía estar aturdida. Guerran indicó al *maître* lo que ella prefería, una minuta especial a base de golosinas; ostras vedes, potaje *oxtail*, perdiz con coles de Bruselas y buñuelos con kirsch. Con un discreto movimiento de la mano llamó al repostero y le dijo:

—Para las ostras, un borgoña seco. Sí, Chablis, 1911. Y una botella «Hospice de Beaune» para la perdiz. ¡ah, y que esté al punto! Y ponga al fresco una media botella de «Pomery-brut» y una entera de Perrier.

Servía él mismo a Fabienne y le aderezaba las ostras con una vinagreta con ascalonias.

Fabienne seguía sin decir nada. Sólo llegaba a sus oídos el apagado murmullo de los comensales, el tintineo de los platos y los vasos, el paso ligero de os camareros sobre la alfombra. No se apartaba de su mente el horrible momento en que hacía poco Guerran la había abandonado sola, en la acera, bajo la lluvia, zarandeada por la muchedumbre. Detrás de ella, el majestuoso *maître* estaba al acecho de la menor indicación de Guerran. La presencia de aquel hombre la atormentaba. Si de pronto rompiera de sollozos ¿qué pensaría? La luz de la lamparilla de la mesa, tamizada por la pantalla rosa le dañaba la vista. La apagó. Le dolía la cabeza. Un camarero diligente retiró los platos, incluso el de ostras de Marennes a cuarenta francos la docena que Fabienne había dejado intactas. Con la manga de la chaqueta derribó el búcaro de violetas que Fabienne había puesto sobre la mesa. El camarero se excusó, pero el *maître* le llamó con una seña y le hizo una observación. El camarero volvió y acabó de quitar el servicio de entremeses. A hurtadillas miraba a Guerran y a Fabienne con manifiesto mal humor.

«Sientes envidia de mí —pensó Fabienne—. ¡Me odias! ¡Crees que soy una mujer feliz!».

La sopa de caldo humeaba. Fabienne fue reventando lentamente el huevo escaldado que flotaba encima del líquido. La yema del huevo se iba mezclando con el caldo dorado. Movía lentamente la cuchara, había dejado intactas las ostras y no se sentía con ánimos de engullir el caldo. Guerran no dejaba de mirarla.

—¡Por Dios, Fabienne! Esfuérzate un poco.

Fabienne se llevó la cuchara de plata a los labios. De pronto se sintió mareada, le pareció que iba a desmayarse, se levantó rápidamente y se marchó.

—¿Adónde vas?

Fabienne ni siquiera le escuchó. Dirigióse hacia el vestíbulo, dispuesta a salir a la calle.

—¡Dios! —exclamó Guerran.— ¡*Maître*, la cuenta en seguida.

—¿Han terminado los señores?

—Sí… No… No importa. Deme la cuenta en seguida. Y el sombrero.

Pagó la nota, dio un billete de Banco al *maître*, otro al repostero que acudió con aire falsamente indiferente y entregó una moneda de cinco francos al botones que le trajo el sombrero. Y salió a escape. En cuanto estuvo fuera, echó a correr. Alcanzó a Fabienne a la entrada del «metro», la cogió del brazo, la condujo a un taxi sin decir palabra y dio las señas al chofer:

—*Quai aux Fleurs*.

Subió después de Fabienne. Hicieron el trayecto en silencio.

Al llegar al *Quai aux Fleurs* la hizo subir por delante a su aposento. Fabienne entró en el pequeño despacho, se despojó del impermeable y de la mojada capucha de fieltro y se sentó. Pálida, con profundas ojeras, rostro afilado y amarillento a causa del embarazo, con una infinita sensación de fatiga, hubiera despertado en quien la viera un sentimiento de compasión. Frente a aquella miseria que era su propia obra, asaltáronle de nuevo a Guerran sinceros remordimientos. Remordimientos que su egoísmo de hombre hubiera ignorado de no mostrarse Fabienne en aquel estado. Nuestra ferocidad nos absuelve fácilmente de nuestros crímenes en tanto no surjan ante nosotros con todas sus consecuencias.

Guerran dijo con tono suave:

—No lo comprendo. ¿Qué te ha ocurrido en *chez* Laure? Me has puesto en ridículo, Fabienne. Tú, tan razonable…

—Perdóname —dijo Fabienne—. No podía más. Me encontraba mal. Me habría desmayado. Quizá se debe a mi embarazo.

—Sí, tal vez…

Fabienne se levantó, dirigióse hacia el espejo colocado encima de la repisa de la chimenea, se arregló los lacios y mojados cabellos y se aplicó polvos rosa a las mejillas con una borla de pluma de cisne. «Es un error» pensaba Guerran a pesar suyo, como siempre le ocurría. ¡Con su tez morena y aceitunada, unos polvos ocre se hubieran notado menos». Fabienne debió de darse cuenta de su fealdad, porque se miraba al espejo conteniendo su cólera. Sonrió amargamente y dijo:

—¡Dios mío! ¡Qué espantosa llegaré a ser!

Metió furiosamente la borla en su bolso de cuero y se acercó a Guerran. Sus ojos, ya secos, ardían. Guerran, con una pierna apoyada en el borde del escritorio de caoba, estaba mirando a Fabienne.

—Me has prometido una explicación —dijo ella.

—¿Una explicación?

—Sí. No salgas por la tangente. Ten valor, por una vez al menos. A mí no me falta, y te aseguro que lo necesito más que tú. Hace un momento, antes de entrar en el restaurante, me prometiste que vendríamos aquí y tendríamos una explicación. Pues bien, ya estamos aquí. ¿Qué dices?

—¿Qué quieres saber?

—Tus intenciones.

Guerran sentado en la mesa escritorio, los ojos bajos, despabilaba en su boquilla la ceniza de un cigarrillo Camel.

—¿Qué quieres que hagamos? —dijo—. ¿Qué hacer sino…?

—¿Sino qué?

—Esperar.

—¿Esperar qué?

—Pues… lo que haya de venir… Porque ni tú ni yo queremos…

—No queremos, ¿qué?

Fabienne le miraba ávidamente, le bloqueaba en sus últimos reductos, exigía saber de él, de una manera despiadada, cuáles eran sus propósitos, sin tapujos ni reservas mentales.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo él.

Fabienne rió.

Guerran, con los ojos bajos, continuaba dando golpecitos a la punta del cigarrillo sobre el cenicero.

—Pues bien, ya que sobre ese punto tu respuesta es negativa —prosiguió Fabienne— ¿qué has decidido?

—Ya te lo he dicho: esperar, llevarte dentro de algunos meses a un lugar tranquilo… Volverás después del parto…

—¿Y nuestro hijo?

—Una buena nodriza…

—¿Y yo?

—¿Tú?

—Sí, yo…

—Pero, no comprendo… Nuestra vida continuará…

Fabienne, en pie, se echó a reír amargamente.

—¡Ja, ja! nuestra vida continuará. ¡Magnífico! Entonces, ¿esto es todo lo que te ha dictado tu hermoso egoísmo? ¿Acaso te figuras que las cosas quedarán así? ¿qué después de haberme mancillado, perdido, deshonrado, y tener un hijo de ti «la vida continuará» y yo seguiré siendo para ti como una esclava; que nada cambiará, que tú continuarás tu existencia tranquila con los tuyos, sin el menor contratiempo, hasta el fin en que, cansado de mi, me abandones de una manera más o menos elegante? ¿Te imaginas de verdad que todo va a ocurrir así?

Fabienne avanzó un paso más hacia él con aire casi amenazador. Guerran dejó el cigarrillo en el cenicero, se levantó pálido, y la miró con dureza.

—Sabes de sobre que detesto las voces. La mujer de la limpieza puede entrar de un momento a otro…

—¡No me importa, al punto que han llegado las cosas! así que ¿son esas tus promesas? ¿Te has olvidado ya de Aix-les-Bains, de nuestros paseos, del lago, de todo lo que me decías? Entonces eras desgraciado y me contabas que tu mujer te fastidiaba continuamente, que tus hijos te explotaban, que estabas cansado de todo, amargado, escéptico… Sólo egoísmos habías encontrado en este mundo. Jamás un amor puro, un cariño verdadero… ¡Ah, si tú hubieras conocido la sinceridad, la abnegación, la entrega total…! Yo he creído en ti. Yo he visto en ti al mejor y más bueno de los hombres, desgraciado, pero más leal, más generoso, infinitamente más digno de compadecer de lo que en realidad te merecías. ¡Soñé en sacrificarme por ti, para gozo tuyo, para tu resurrección! Para probarte que no sólo hay egoísmo en este mundo. Y así lo he hecho. ¿Te acuerdas Olivier? ¿Te acuerdas de todo lo que entonces me dijiste, de todas tus promesas?

Guerran se encogió de hombros.

—Tú me preferías y me amabas más que a nada en el mundo. Sólo yo contaba para ti, únicamente yo. Para mí el porvenir había cambiado. Tu vida había de conocer una nueva primavera. Tu hija iba a contraer matrimonio, cederías a tu hijo el bufete de abogado y pedirías para ti un cargo en Marruecos o en Túnez, o un puesto en una Embajada… Te divorciarías de tu mujer, ese «monstruo»… Y fundaríamos un nuevo hogar, y viviríamos el uno para el otro… Y, ¿quién sabe? Quizá un día, como una aprobación visible de que habían obrado bien, que a pesar de todo habíamos seguido en la vida el camino recto, tal vez un día en nuestra casa, un hijo, hijo tuyo y mío… ¡Olivier! ¡Olivier!

Fabienne se echó a llorar. Guerran, pálido sugirió:

—No es culpa mía…

—¿No es culpa tuya?

—Yo fui sincero… en aquel entonces… Yo no podía prever… No podía sospechar… Era sincero cuando…

—Tus sinceridades se suceden unas a otras.

—No siempre se hace lo que uno quiere.

—¡Claro, sobre todo cuando uno piensa únicamente en sí mismo! Por ti me he perdido, tú has gozado de mi juventud, te has aprovechado de mí, he sido para ti un instrumento de placer… Y ahora, todo ha terminado. Me rechazas, me abandonas, tu amor ha sido puro egoísmo.

—¿Y el tuyo, Fabienne?

—¿el mío?

—Sí, el tuyo. ¿Acaso lo has olvidado? ¡Ese don de tu persona, ese holocausto que entrañaba el ofrecimiento de tu vida…! ¡Claro, sólo egoísmo había visto hasta entonces a mi alrededor! Y tú me brindabas lo contrario; un amor desinteresado, una abnegación sin límites, el olvido de todo. ¿Lo has olvidado ya? ¡Qué poco éxito has tenido, Fabienne! ¿En qué piensas ahora sino en ti misma? ¿Por qué quieres separarme de los míos, hacerme renunciar a mi carrera, destrozar mi hogar, romper los vínculos que me unen a mis hijos? ¿Es por mí o por ti? ¿Acaso no tengo razón? En este mundo sólo priva el egoísmo. Y ya lo ves, Fabienne, hasta el amor más puro se reduce a esto; al choque dedos egoísmos.

—No es en mí en quien pienso.

—¿en quién, pues?

—en mi hijo. ¡Porque tengo que tener un hijo!

—También yo tengo hijos.

—¡Hijos de veinte años, a punto de casarse! No vas a decirme que aún necesitan…

—Mi hijo sí me necesita. No está en condiciones de trabajar solo. Sin mí, el bufete se hundiría en un par de años. ¿Qué porvenir le esperaría a Charles? Y mi hija debe casarse. Si yo me divorciara lo echaría todo a rodar. Además, hay el problema de la dote. Tengo que reunir ochocientos mil francos. ¡No es éste, ciertamente, el momento de entablar un divorcio! Está en juego el futuro de mi hija. Y mi respuesta es no. No puedo decir otra cosa.

Su voz se había tornado ronca, dura, casi salvaje.

Hubo un silencio hostil.

—Así ¿es que no? —dijo Fabienne—. ¿Me sacrificas?

—Te lo repito: no.

—Y eso por tus hijos. Sólo por ellos. Para ti cuentan más que yo. ¿No te acuerdas ya de lo que dijiste sobre tus hijos? ¿Te has olvidado ya de tus propias palabras, de su miseria moral, de lo solo que te encontrabas en su compañía? ¿No te acuerdas ya de tu enfermedad, de la clínica? Yo no me he olvidado de las visitas que te hacía tu hijo, que sólo pensaba en el dinero, en su porvenir, en los negocios, en los asuntos en cartera y que me preguntaba en los pasillos: «¿Ha dormido bien, señorita? Porque tengo un asunto difícil…», que te consumía tus últimas fuerzas y consultaba tu temperatura cada vez que iba a verte. Al parecer, no recuerdas ya lo que a veces me decías de él. «Para mí, la paternidad no es más que un deber… El amor de los hijos es estrictamente proporcional a lo que necesitan de uno…» ¡Ah, sí, sobre todo tu hijo!

Guerran se sentó de nuevo y dijo con voz grave:

—Después de todo es mi hijo.

—Y tu hija, que antes de ese drama, ante tu vida en peligro, sólo pensaba en los obstáculos que pudieran frustrar su boda, y que se marchaba en seguida porque él la esperaba abajo; que trataba de saber, estúpida y abiertamente, sin tener el pudor al menos de disimularlo, si caso de que fallecieras podría contar con la dote…

—Después de todo, es mi hija —repitió Guerran en voz queda.

Fabienne, exasperada, se encogió furiosamente de hombros.

—¡Tu hija! ¡Ti hija! ¿Estás seguro de que es tuya?

Guerran se puso lívido. Levantóse y se acercó a Fabienne. Balbució:

—¡Cómo…! acabas de decirme que… Has dicho…

—Tú mismo me lo dijiste.

Guerran se frotó el rostro con las manos. Y dijo con voz entrecortada:

—¡Ah, Fabienne…! ¡Tú, Fabienne! ¡Tú!

Parecía que no pudiese articular otras palabras.

Fabienne, asustada, avergonzada, permanecía frente a él, erguida, hierática. Y murmuró:

—La culpa es tuya… Sólo tuya… Has apurado mi paciencia.

Guerran permaneció callado, vencido con la cabeza entre las manos. Lloraba silenciosamente. Fabienne, en pie, tenía los ojos fijos en él con una mirada sin expresión. Las palabras que acababa de pronunciar la habían dejado anonadada. Lo hubiera dado todo para reparar la falta, pero se sentía impotente. Sí, no cabe duda que debiera postrarse a sus pies, suplicarle, implorar su perdón. Más, a pesar de todo, le contenía el orgullo, el gozo malsano de vengarse hasta el fin, de verle sufrir… Jamás hubiera pensado que aquel amor contuviera tanto odio.

Le atormentaban aún sus vacilaciones, cuando Guerran se levantó. Era ya demasiado tarde.

—No hablemos más, Fabienne.

Lentamente, se secó los ojos con el pañuelo.

—Ya que así lo quieres, me casaré contigo. Me divorciaré. Mañana iré a Angers. Comunicaré mi decisión a Julienne y a mis hijos. Haré cuanto pueda para asegurar el matrimonio de Micheline. «Charles saldrá adelante con mi bufete… Seremos marido y mujer. Tú lo has querido. No me digas nada más. Mi decisión está tomada. Y ahora cállate. Vete. Déjame solo. Necesito estar solo. Puesto que he consentido no tienes ya nada que pedirme. Puedes estar tranquila. Vete, vuelve a la clínica… iré a verte dentro de algunos días… Ahora, déjame. Hasta pronto, Fabienne… Ya iré a verte… Adiós…

La acompañó hasta el rellano de la escalera, se despidió de ella y cerró lentamente la puerta. Fabienne bajó la escalera como un autómata. Las sienes le ardían. Al pisar la acera sin darse cuenta de dónde iba, emprendió el camino de la clínica. Acudían a su mente la escena transcurrida, la lucha entablada y su repentino fin, esta victoria total, inesperada, que no le satisfacía. No; el triunfo alcanzado no la contentaba. Antes al contrario, le invadía un sentimiento de amargura y al mismo tiempo sentíase avergonzada y temerosa. Tenía la impresión de que, en el fondo, acababa de realizar una mala acción. Su triunfo había sido un triunfo inmoral. Al margen de todas las miserias, los odios, de lo desavenido y hasta de lo grotesco que era el hogar de Guerran, no dejaba por ello de ser un hogar que ella acababa de destruir. La esperanza de la lucha, el acento casi salvaje con que Guerran se había referido a sus hijos, le daba a Fabienne la medida del poderío del adversario vencido, de la grandeza de esa fuerza familiar que ella acababa de pulverizar,. Le roía el remordimiento, una sorda inquietud, y dudaba de su propio poder… Presentía que quedaban incólumes las raíces subterráneas que vigorizaban esa fuerza vencida, su oculta y persistente vitalidad, que durante años y años, quizá durante su vida, continuaría luchando contra ella y de la cual no triunfaría fácilmente su juventud y el imperio que pudiera ejercer en su amante.

Y, sobre todo, quizá con mayor intensidad que todo lo demás, una cosa le atormentaba; un descubrimiento repentino, una revelación de su propia alma. Recordando las palabras de Guerran, cuyo orgullo desgarrado traslucía la profunda vedad, comprendió de pronto que había amado de la misma manera que todo el mundo, como todas las demás mujeres, y que esa aventura, ese amor que ella había considerado sublime, no había sido, en el fondo, como tantos otros, según las amargas palabras de Guerran, sino el choque de dos egoísmos.

CAPÍTULO II

De regreso a Angers, Guerran tomó sus medidas en vistas a la rápida obtención de su divorcio. Tras algunas escenas, en las que menudearon terribles disputas, consiguió al fin esbozar un proyecto de separación con Julienne. Guerran le cedería el disfrute de la casa y le satisfaría una pensión cuyo importe sería determinado más adelante, pero que permitiría a Julienne vivir holgadamente. A Charles le dejaría su bufete y su biblioteca. Gestionaría que el partido político al que pertenecía confiara a su hijo los asuntos que hasta entonces había tenido él a su cargo. Charles se encargaría asimismo de lo contencioso de algunos importantes Bancos de la plaza y de los asuntos de los sindicatos de pizarreros y los de los obreros textiles. Todopoderoso en el seno de los dos sindicatos, una sola palabra de Guerran bastaría para transferir la sucesión a Charles.

Quedaba Micheline. Guerran hizo llamar a Bussy y le dijo:

—He resuelto divorciarme. No se sobresalte. Mi decisión es irrevocable. De todos modos, como es mi intención que el matrimonio entre nuestros hijos se realice y como por otra parte me propongo, cueste lo que cueste, que se pronuncie mi divorcio antes de tres meses, le sugiero que adelantemos la fecha de este matrimonio. Podríamos fijarla, por ejemplo a fines del mes próximo. No creo que sea un impedimento difícil de salvar que su hijo no haya terminado el servicio militar. Si fuera militar de carrera, ¿acaso no se casarían nuestros hijos? Puesto que está destinado en la región de Boulogne, podríamos alquilar allí una linda casita, donde los novios pasarían la luna de miel.

—Pero ¿y el divorcio de usted? —objetó Bussy.

—Yo me divorciaré inmediatamente después. Asistiré a la boda con mi mujer. Nadie sabe nada y no se producirá el menor escándalo. Que luego nos divorciemos, no es cosa que afecte a nuestros hijos y a quienquiera que sea. Nadie puede echarle en cara que haya dado usted su consentimiento a este matrimonio.

—¿Y la dote?

—Entregaré cuatrocientos mil francos en seguida. El resto, a razón de cien mil francos anuales a un interés de cinco por ciento.

—Yo doy seiscientos cincuenta mil —dijo Bussy—. Podría usted llegar a los seiscientos mil.

—No puedo poner un céntimo más.

Sobrevino una larga disputa. Por dos veces Bussy cogió el sombrero dispuesto a marcharse. A la postre, Guerran prometió el dormitorio y el comedor del joven matrimonio, que Robert escogería en casa de Brougnan, el afamado mueblista de Angers. Llegaron a un acuerdo. Se celebraría la boda en el mes siguiente.

Julienne se puso al habla con un abogado. Instintivamente se dirigió a Rebat, el enemigo moral de su marido. Abogado y consejero del ex ministro Dauret, Rebat no había echado en saco roto los ataques de Guerran, quien le había censurado acremente por los escabrosos caminos que había hecho seguir a su cliente. Ese divorcio le deparó la ocasión de hacer pagar a Guerran la humillación de que le había hecho víctima. Prometió a Julienne hacer cuanto pudiera. Puesto que Guerran quería divorciarse, ya pondría el precio a su decisión. Julienne conseguiría una sentencia favorable y Guerran tendría que satisfacer una crecida pensión en concepto de alimentos. Rebat se convirtió en protector y confidente de Julienne, quien, dándose cuenta del odio que él sentía por su marido, no solamente lo estimuló y explotó, sino que hasta acrecentó su encono. Traicionando a Guerran, contaba a Rebat todo cuanto

sabía, todo lo que recordaba, todas las palabras duras, los severos juicios que oyera a su marido pronunciar a propósito del papel desempeñado por su colea en el asunto Dauret. Lamentaba no recordar más cosas y estimar que, a la sazón, todo aquello carecía para ella de interés. La inquina de Rebat fue en aumento. Guerran se daba cuenta de lo que ocurrí ay se percataba del odio que le profesaba Julienne por la manera cómo Rebat, en el palacio de Justicia, le saludaba y le estrechaba blandamente la mano, apartando la vista como quien no se atreve a mirar de frente al adversario…

Los más encontrados pensamientos, los asuntos profesionales, las discusiones y la lucha doméstica no daban a Guerran punto de reposo. Sin embargo, galvanizado, como si le hubieran dado un trallazo, reaccionaba con violencia. De temperamento combativo, la resistencia le sobreexcitaba y redoblaba sus fuerzas. Mas por las noches, no pocas veces al despertar de su primer sueño, no lograba conciliarlo de nuevo. Entonces parecía recobrar su lucidez. La febril actividad del día, la excitación de la lucha, se habían desvanecido. Y se presentaba frente a él la fría realidad. Se imaginaba, aterrado, el camino que quedaba aún por recorrer. Sopesaba la gravedad del paso que iba a dar, la ruina que iba a sembrar a su alrededor, el hundimiento de su hogar, la separación de sus hijos, sobre todo de Micheline, el mediocre vivir que acechaba a Charles y a su esposa Andrée… Y en cuanto a sí mismo, podía dar por cancelados el bufete y la clientela. Además tenía que pagar cien mil francos anuales a Bussy, la instalación de un nuevo matrimonio y recomenzar una nueva vida con el peso material y moral de un pasado en liquidación. En aquel momento de lucidez, tenía la impresión, clara, absoluta, de que sus razonamientos eran lógicos, que cometía una locura que se lanzaba a una aventura estúpida y sin salida posible. Hasta el punto de que permanecía desvelado hasta que apuntaba el día, agitado, casi jadeante, sudoroso y tratando de imaginarse lo que el porvenir le reservaba. Al levantarse, todo había terminado y su temperamento activo le hacía olvidarse de todo.

Supo que Fabienne había vuelto a Angers. Le telefoneó y convinieron verse una tarde, cerca del castillo del rey René. La entrevista, efectuada al pie de las macizas torres de piedra gris, duró un cuarto de hora. Guerran le explicó todo: su divorcio, las medidas tomadas para asegurar el matrimonio de su hija, la situación de su hijo y lo que le deparaba el futuro. Expuso las cargas que la constitución del nuevo hogar le obligaría a asumir. Diole cuenta de sus planes para salir adelante. Irradiaba optimismo, con el fin de tranquilizar a Fabienne. Se mostró lleno de confianza, casi alegre. Fabienne le escuchaba en silencio. No dijo nada y ni siquiera pronunció una palabra de crítica o de aprobación. Esta frialdad sorprendió a Guerran y se sintió por ello un poco ofendido.

Algunos días después, en Epidauria, Fabienne dio origen, sin darse cuenta a un penoso incidente. Una mañana, un tal Perceloup condujo a la clínica a su mujer. Un caso de aborto con hemorragia. Godefrin, que sospechaba fuera provocado, efectuó el raspado con ayuda de Fabienne y extrajo los restos con la placenta. Sin embargo, dos días después, la enferma se agravó. Se le descompusieron los rasgos de la cara y subió la temperatura.

—Apostaría cualquier cosa a que ese animal ha provocado él mismo el aborto —dijo Godefrin a Fabienne—. Y habrá causado una perforación.

Hizo llamar al marido a su despacho y declaró:

—Creo que será necesaria una intervención. Tendremos que abrir el vientre.

Perceloup se negó en redondo.

—Prohíbo terminantemente que se efectúe esta operación —respondió—. Y no le aconsejo que haga caso omiso de mis palabras.

Antes de marcharse, subió a decir a su mujer que debía negarse en absoluto a dejarse intervenir.

—Ya lo ve usted —dijo Godefrin a Fabienne—, ha sido él el autor de esta carnicería. Tiene miedo de que descubramos su hazaña. Antes la dejaría irse al otro mundo.

Perceloup se marchó. Al anochecer, el estado de la mujer empeoró de una manera alarmante.

—Estoy verdaderamente preocupado —dijo Godefrin—. Quisiera hablar con el marido. Mándelo llamar en seguida.

Fabienne bajó a la secretaría y buscó las señas de Peceloup. Sólo había dejado el número de su teléfono: Gutenberg 199-09. Fabienne hizo rodar el disco.

—Oiga, ¿es el 199-99?

Al otro lado del hilo una voz de mujer respondió:

—Sí señorita.

—¿El señor Perceloup, por favor?

—No ha llegado todavía.

—¿Tendrá usted la bondad de decirle, cuando llegue, que vaya a la clínica Epidauria?

—¿A la clínica Epidauria?

—Sí, el doctor quiere hablar con él sobre el estado de la señora Perceloup. Es urgente.

A las once de la noche aún no se había presentado nadie. Godefrin, furioso, seguía esperando.

—¡Se están burlando de nosotros! ¿Debo intervenir o no? Necesito una autorización. A ese imbécil su mujer le importa un bledo. Insista con el teléfono, señorita.

Fabienne volvió a llamar al 199-99. La misma voz le respondió:

—La señora Perceloup no se encuentra en la clínica, señorita. Debe tratarse de un error.

—¡Cómo! ¿No es ahí el 199-99? Me han dado este número, señorita. ¿No vive ahí el señor Perceloup?

—Sí.

—¿Me hace el favor de decirle que se ponga al aparato?

—todavía no ha llegado.

—Entonces, le ruego que en cuanto llegue llame en seguida a Provence 1804-22. Esperaremos hasta medianoche.

Fabienne colgó el receptor. Comenzaba a sospechar algo. Se acercó a Godefrin.

—¿Qué ocurre? Hay que darse prisa, señorita. Es cuestión de minutos.

—Oiga, doctor —dijo Fabienne—, tengo la impresión de que…

La interrumpió el timbre del teléfono.

—¡Por fin! —exclamó Godefrin.

—Diga. Sí —repuso Fabienne—. Sí, Epidauria al habla.

Era la misma voz de mujer que las dos veces anteriores.

—¿Decía usted señorita, que la señora Perceloup se ha agravado?

—Sí. ¿Ha vuelto ya su marido?

—No, señorita. Mi marido no está aún en casa. Yo soy la señora Perceloup. Ya comprendo… pero es muy triste, señorita, sabes así de repente, que mi marido me engaña después de veinte años de casados…

La voz era lenta, grave, quebrada. Fabienne colgó el receptos y permaneció aturdida, incapaz de decir una palabra. Perceloup, al llevar a la clínica a su amante, había cometido la torpeza de dar el número de su propio teléfono. Fabienne acababa de destrozar la vida de una desdichada mujer.

A la una de la madrugada, Godefrin se decidió a intervenir a la amante de Perceloup. Para obtener el consentimiento de ella, fue necesario decirle que había sido imposible dar con el paradero de su amante. Al abrir, como ya lo sospechaba, Godefrin encontró la matriz perforada, el intestino agujereado en dos sitios y el vientre lleno de pus. Tuvo que extraer toda la matriz.

Al día siguiente, al mediodía, se presentó Perceloup. No sabía nada porque no había pasado la noche en casa.

—Así que también tú me engañas —dijo la mujer.

Murió al cabo de tres días.

Lo ocurrido sirvió de excelente pretexto a Perceloup para no pagar los honorarios, ciertamente crecidos, de la clínica Epidauria. Declaró que no había solicitado una segunda intervención, que Godefrin era el único responsable y que, después de todo, él, Perceloup, no tenía nada de común con la muerta… Y el médico no podía denunciarle, se lo impedía el secreto profesional. Esto lo sabe todo el mundo, y con frecuencia hay quien se sirve de esta arma contra el propio médico. Pero Goderin disponía de un argumento contundente.

—Está bien —dijo a Perceloup—. En este caso solicitaré que se practique la autopsia. Veremos entonces si la intervención era legítima o no, si hubo o no perforación…

Perceloup palideció. No había contado con la autopsia, que revelaría sin lugar a dudas sus hazañas como abortador. Sin decir una palabra, sacó su cartera y firmó un cheque.

—No la comprendo a usted, señorita Fabienne —dijo luego Godefrin—. No debe usted preocuparse de este modo. No es culpa suya si ese cretino ha dado el número de su teléfono.

—Sí, ya sé doctor —musitó Fabienne.

Sin embargo, aturdida, obsesionada, no lograba ahuyentar de su mente la imagen de ese hogar que acababa de destruir. Aún le parecía oír la voz dulce y triste de esa mujer ya madura que con unas leves palabras le había significado por teléfono toda la hondura de su sufrimiento. Hubiérase dicho que se trataba de una suprema advertencia, recibida en el último instante…

En Angers, Guerran recibía todas las mañanas nuevas y numerosas facturas. Julienne se entregaba a un verdadero frenesí de despilfarros, explotaba a su marido hasta el último día, se proponía sin duda hundirle, crearle una situación económica tal que el divorcio le acarreara una ruina total y tuviera que renunciar a él. Guerran entregaba el dinero a charles. Julienne se apoderaba de él e inmediatamente efectuaba compras a crédito. Charles no se atrevía a decir nada. Luego los comerciantes presentaban de nuevo sus recibos al cobro. Guerran, presa de cólera, aseguraba haber pagado, pero le demostraban lo contrario. Tales discusiones causaban un efecto deplorable.

Entretanto, Julienne iba adquiriendo numerosos vestidos que ni siquiera llevaba, pieles y joyas. Hizo pintar y alfombrar toda la casa de arriba abajo. A la menor protesta de Guerran sobrevenían tales escenas de violencia, que tuvo que abstenerse de poner coto a esas extravagancias. Por otra parte, no podía poner sobre aviso a los comerciantes y vendedores, ni declarar con un anuncio en la Prensa: «que no se haría cargo de las deudas que contrajera su mujer». Hasta el matrimonio de Micheline había que salvar las apariencias, evitar a toda costa el escándalo. Después, después, ¡qué liberación! Guerran se consumía en silencio, contaba los días y lo soportaba todo por Micheline, la más dura, la más egoísta, la más cruel de los tres para con él, y que se había puesto por entero de parte de su madre. Había renegado de él. Lejos de apiadarse de su padre o mostrarse cuando menos indiferente, se empeñaba en zaherirle, en mortificarle con continuas alusiones, en prodigar a Julienne atenciones y zalemas que antaño reservaba para él. Veinte años de sacrificios, de resignación, de miseria conyugal, pacientemente sufridos sólo por Micheline; veinte años de esfuerzos, de cariño, de vigilancia, de solicitud, para salvarla, para preservarla del mal, conservar su confianza, mantenerla pura, asegurar su porvenir y su felicidad; veinte años de una vida así, de esa entrega total a un hijo para que después, fríamente, deliberadamente, en el momento en que el esfuerzo ha dado fin, en que se ha alcanzado el objetivo de proporcionarle una vida dichosa, en que uno espera, finalmente, pensar un poco en sí mismo, ese hijo se aparta de nuestro lado y se echa, sin dirigirnos tan sólo una mirada, en brazos de la enemiga. ¿Qué quieren, pues, de nosotros, nuestros hijos? ¿Que seamos unos santos?

Sabía que Micheline estaba como celosa de él. S e había dado cuenta de ello hacía ya mucho tiempo, cuando tuvo que abandonar por ella a su primera amiga. A la sazón Micheline era aún una niña, y sin estar segura de nada, barruntó ya lo que ocurría. Sin embargo, era ya suficiente. Él comprendió en seguida que si Micheline se enteraba de sus devaneos, si adquiría la certidumbre de ello, Julienne aprovecharía la ocasión para llevar las cosas por la tremenda y arrebatarle a su hija. Fue, pues, por Micheline por lo que rompió con su a miga, por lo que renunció a un gran amor. Sufrió mucho, porque

amaba a aquella mujer. Luego, se consoló. En los momentos en que la tentación le acuciaba, y cuando la vida en su hogar se le hacía insoportable, había buscado el olvido, de vez en vez, en los fugaces placeres que le brindaba alguna que otra mujer que encontraba al azar. A todo eso había consentido por Micheline: a que no hubiera en su vida, que trascurría en el vacío, ningún cariño de mujer. Habíase contentado con breves caprichos, con esos amores fugaces, puramente fisiológicos, con esas cópulas de animales por las que e pagan cien francos. Si Micheline lo hubiese sabido, ¿qué hubiera dicho a su padre? Sin duda, lo habría despreciado. Sin embargo, ahora conocía la vida y las exigencias del ser animal, y sabía que un hombre no es sino un hombre. Hallábase en edad de contraer matrimonio, no era ya una niña y nada ignoraba. ¿Qué quería, pues, de él? ¿Ni el amor de las hijas ni el amor de una mujer? A veces hubiera deseado que fuera ya casada para poder decirle brutalmente:

—¡Escoge tú misma! ¿No aceptas a la amante? ¿Prefieres, pues, para mí las rameras tarifadas, las mujeres que uno encuentra por la calle a quienes no se conoce y que no hacen mella en nuestro corazón? ¿Es todo lo que quieres que haga? ¿Estás celosa de mi cariño hasta esa monstruosidad, hasta pretender de mí ese envilecimiento, de que tú estarías enterad ay que, simplemente, fingirías ignorar? Entre la prostituta que te dejará el corazón secretamente emponzoñado y la nueva esposa que quizá te usurpa una parte de él pero que lo conservará santo, ¿acaso habrías hecho ya tu elección? Luego se daba cuenta de la desdicha de su hija. Adivinaba en su semblante sus inquietudes y sus tormentos. Y la paternidad acababa por imponerse. Acusábase a sí mismo y se martirizaba con nuevos remordimientos. En el fondo, si ella parecía complacerse en inflingirle tales crueles era porque amaba de veras a su padre. A su mare: celosa, egoísta, exclusiva, orgullosa. Pero, al fin y al cabo, había en ella cariño… En suma, le devolvía lo mejor que podía el mal que su padre le causaba. Además, ese noviazgo había sido para ella una continua fuente de sinsabores; asimismo por culpa de su padre. Ese proyectado divorcio había estado a punto de dar al traste con su matrimonio. Varias veces se habían producido humillantes discusiones a propósito de la dote y de la forma de hacerla efectiva. Todo ello le intuyó la vedad y adquirió la dolorosa convicción de que su prometido no la amaba como ella a él y que hacía sobre todo un matrimonio por conveniencia… Una noche llegó a casa con los ojos llorosos, más no dijo nada a su padre. Pero Guerran se enteró, escuchando a la puerta de la habitación de su hija, de lo que ésta decía a su cuñada Andrée: Bussy, su futuro suegro, había hecho alusión delante de ella al próximo divorcio de Guerran, y a esa dote pagadera por anualidades. Por un instante, Guerran, en un arrebato de furor y pensando en el porvenir de su hija, estuvo tentado de sacrificarlo todo, de renunciar a su divorcio, a Fabienne y retener a su lado a Micheline, permitiéndose simplemente el miserable goce de una vida secreta, breves amores de una hora en que, dando satisfacción a la bestia, se vengaría de Julienne; de conquistar, de encontrar nuevamente ese triste corazón de su hija, ingrato, celoso y miserable…

Alternativamente, se iba a cenar al restaurante y a dormir al hotel. La vida en su casa se le hacía insoportable. En algunas ocasiones, Julienne, quizá aconsejada por sus hijos, había hecho un supremo esfuerzo para recobrar a su marido. Sus coqueterías, sus pueriles intentos no inspiraban a Guerran más que tristeza y compasión. Tuvo con él una última explicación. Le dijo que no tenía necesidad de irse, que por consideración a sus hijos, a la familia, a su apellido, quizá no era prudente ese divorcio… Guerran comprendió en seguida lo que aquellas palabras encerraban, lo que ella no se atrevía a decir abiertamente: que se avenía al «menaje à trois». Cuando Julienne se dio cuenta de que él había adivinado sus intenciones y que por lo tanto su respuesta era negativa, tuvo un arrebato de cólera. En adelante sólo en la huida encontraba Guerran el medio de defenderse de su mujer.

A los ojos del mundo y por un tácito acuerdo, se guardaban aún la apariencias. No se interrumpieron los paseos dominicales, seguían recibiendo a las amistades y asistieron dos o tres veces a reuniones en casa de Heubel, o de Vallorge, al baile de la Prefectura y a las cenas de Valérie Géraudin. En ella Guerran tuvo ocasión, después de algunos meses de no haberse visto, de departir con su viejo amigo. Géraudin le pareció muy envejecido y caduco

Géraudin envejecía a ojos vistas. Cualquier intervención que por su índole requiriera cierto tiempo le causaba una honda ansiedad. Ya dos días antes sopesaba todos os accidentes posibles. Experimentaba la zozobra de un estudiante de bachillerato ante el tribunal examinador. Sentíase nervioso, obsesionado y presa de una indecible angustia, lo que contribuía a agravar su estado. Apenas comía, bebía demasiado borgoña, fumaba constantemente, y las noches de insomnio se las pasaba amodorrándose en la lectura de los periódicos o junto a la radio, que solía escuchar por la noche. Se había hecho instalar un aparato de doce lámparas en su gabinete, a la cabecera del diván. Allí le encontraban a veces las sirvientas por la mañana, dormido junto a la radio, que seguía funcionando para el vacío. Acabó por no atreverse a operar. Hacía lo que los cirujanos sin talento: si se trataba de una úlcera de estómago no la extirpaba, la dejaba en su sitio, pegada a la pared del estómago, y se limitaba a facilitar la evacuación de los alimentos enlazando directamente el estómago al intestino mediante una gastrenterotomía. Cuando se trataba de un cáncer del recto ni siquiera lo tocaba, cortaba el intestino más arriba del cáncer y lo hacía salir por el vientre mediante un ano artificial. Al no pasar los excrementos por el recto, el cáncer, menos irritado, sólo se agravaba lentamente y aun a veces dejaba de evolucionar. Todo ello era honesto y lícito. Pero ¡qué decadencia para un hombre como Géraudin

Gigon, el todopoderoso secretario de la Facultad lo abandonaría dentro de poco. Se jubilaba en Pascua. Con él, perdía Géraudin un punto de apoyo esencial. No podía ya operar delante de los estudiantes, poner de manifiesto en público su decrepitud. Solicitó la jubilación de profesor y decidió abandonar la Facultad a la terminación del curso escolar.

No se le vio más en el anfiteatro y muy rara vez en el hospital. Sólo conservó la Maternidad, para no desprenderse de todo y no morirse de tedio.

En su clínica había reducido los honorarios. Trabajaba ahora por unos emolumentos irrisorios y hasta practicaba intervenciones a las tarifas fijadas por los Seguros Sociales. Obedecía a los médicos, no discutía y ni siquiera se rebelaba contra las exigencias de aquellos. Sentíase demasiado fatigado, demasiado cansado de todo para seguir luchando. L os honorarios de sus colegas eran los suyos. Su diagnóstico, el suyo. No era en sus manos más que un dócil instrumento. En la antesala del quirófano, Louis oía a veces cosas singulares:

—Le aseguro que, en mi opinión, no veo la necesidad de ninguna intervención —decía Géraudin después de haber palpado una vez más el vientre—. No veo en absoluto la amenaza de una peritonitis…

Pero el médico de cabecera del enfermo insistía, irritado:

—No hay más remedio, amigo mío. Yo le he hecho traer aquí, la familia tiene el alma en un hijo, y vaya usted a decirles ahora que el enfermo no tiene absolutamente nada… Dirán que soy un estúpido. No, no ¡Adelante!

Y Géraudin practicaba la intervención.

Ni siquiera esta humillación bastaba. Nadie recurría a él, y a pesar de rebajar sus honorarios, los médicos de prestigio no se atrevían ya a arriesgar en manos de Géraudin la vida de sus enfermos. Demasiado lento. Los segundos que un operado pasa bajo los efectos de la anestesia son preciosos. Y Géraudin no acababa nunca.

La señora Claim, la jefa de las enfermeras, aprovechándose de su decadencia, hizo sentir su despotismo sobre él y sobre toda la clínica. Se hallaba en guerra declarada contra la señora Géraudin. Valérie se exasperaba al comprobar que el déficit iba en aumento, metía las narices en todo y fiscalizaba las cuentas. La señora Claim, furiosa, se vengaba en la persona de Géraudin, tiranizando al viejo y desgraciado profesor. Si por las mañanas llegaba tarde, si no se presentaba a las ocho, aguardaba exactamente un cuarto de hora. Luego, la señora Claim ordenaba practicar las curas y cambiar los vendajes. Si Géraudin llegaba un minuto después y quería ver la herida de algún enfermo, no era ya posible.

La señora Claim se lo prohibía, se habían renovado ya las vendas y no iba ahora a desenvolverlas. Tenía que esperar hasta el día siguiente y ser más puntual. Cuando los otros médicos iban a la clínica para visitar los enfermos que estaban bajo su cuidado, la señora Claim les hacía esperar cosa de media hora. Géraudin no se atrevía a decir nada. No quería cambiar de enfermera; estaba acostumbrado a la señora Claim ara sus operaciones, y si utilizara a otra, las dificultades serían aún mayores. Todo ello le atormentaba. Y aquella cruel mujer abusaba del pobre Géraudin. Por las mañanas, el viejo doctor se precipitaba hacia su coche, del mismo modo que un chiquillo que se ha levantado tarde corre hacia la escuela.

—¡Pronto, Louis, o la señora Claim armará bronca!

Tal estado de cosas no atraía ciertamente a los médicos y a los clientes. Avecinábase un desastre. El balance era cada vez más catastrófico.

Géraudin había pensado en vender la clínica, pero Valérie se negaba a ello. Las pérdidas serían demasiado cuantiosas.

—Aún no te has dado cuenta de tu suerte —exclamaba ella—. ¿Qué hubieras hecho de no contar con mi dinero para pagar la clínica?

Pero Géraudin sólo veía una cosa; su Brodelais, su ciudad natal, una casita, la pesca, la caza, un jardincillo, la paz, el reposo… Y decía a Louis:

—Durante la Cuaresma nos iremos a Burdeos, Louis.

—¿Lo ha dicho la señora?

—La señora no quiere ir… Pero…

—Entonces no iremos a Burdeos —replicaba Louis.

—¡Iremos a Burdeos!

—¡No iremos a Burdeos! Y no se iban a Burdeos.

A veces pensaba en su hijo, no en el idiota, sino en el otro, se preguntaba qué hacía, cómo era, si vivía feliz, si sabía quién era su padre, y como le juzgaba. A Géraudin le hubiera gustado saber dónde se hallaba, pero no se atrevía a emprender ninguna investigación. Valérie y la señora Claim lo tenían esclavizado.

Todo le desazonaba. Cualquier diversión, cualquier festejo —una feria, un baile público, una fiesta popular—, le hastiaban y le incomodaban. En el fondo envidiaba la alegría ajena. Ni siquiera hacía el menor esfuerzo para fumar un poco menos. Louis no dejaba de reconvenirle:

—Hace usted mal en suspirar de este modo. Eso le dañará el organismo.

—No sabía que suspirase, Louis —respondía Géraudin.

—Si continúa así, se volverá usted neurasténico.

—La neurastenia no existe, Louis —afirmaba Géraudin—. Siempre se sabe el motivo de la bilis.

El notario y él convencieron finalmente a Valérie de que se pusiera la clínica en venta. Encontraron un cliente y se fijó un precio razonable. En el último minuto Valérie aumentó sus pretensiones en doscientos mil francos. El cliente dio por rotas las negociaciones. Y el notario abandonó el asunto.

Menudearon las quejas en la Maternidad y en el hospital, que la administración trató de apaciguar. Compadeciánse de Géaudin y no querían infligirle la humillación suprema de su despido. Mas él se daba perfecta cuenta de que tenía que marcharse. Ya ni siquiera se sentía capaz de efectuar una cesárea hasta el final. En cuanto comenzaba a brotar la sangre, perdía los estribos y no sabía lo que hacía. Comunicó su decisión de dimitir el cargo al llegar la Pascua, y aún abrigaba sus dudas sobre si estaría en condiciones de trabajar hasta esa fecha.

Valérie despidió a Louis. Había que reducir gastos y Géraudin podía perfectamente prescindir del chofer y conducir él mismo su «Panhard». Así Géraudin perdió su último aliado, el único que le daba ánimos en el momento de las intervenciones, que le alentaba, le galvanizaba y le hacía luego recobrar la calma. El único que se atrevía a enfrentarse con la señora Claim y gritar más alto que ella, el único

que se oponía a los antojos de Valérie. En el fondo, ese hombre del pueblo, ese hombre sencillo y primitivo había sido en los últimos tiempos la fuerza que sostenía a su patrón.

Géraudin conducía mal: su vista menguaba; sus nervios, destrozados, no obedecían y su pensamiento estaba muy lejos del volante. Causó tres atropellos y en uno de ellos aplastó a una mujer ya anciana. No atreviéndose a conducir por la ciudad iba casi siempre a pie a la clínica, donde llegaba ya cansado antes de ponerse a operar. ¡Ah, si supieran cómo esos ajetreos impuestos por la Administración, desde su casa al hospital y desde el hospital a la Facultad, carente de centralización, consumen las energías de un cirujano!

Durante una de sus últimas intervenciones en «L'Egalité», Géraudin fue víctima de un accidente. Tratábase de extirpar la vesícula biliar a una mujer joven afectada de un absceso en dicho órgano. Géraudin había adrede descansado la víspera, para tener un completo dominio de sí mismo. La infección era debida a la presencia del bacilo de Ebert, el microbio de la tifoidea. Era un caso de suma gravedad.

Rodeado de estudiantes, Géraudin operó a la mujer. Había puesto al descubierto el canal colédoco y el cístico. Examinaba el absceso, hinchado y a punto de estallar. Y mientras trabajaba informaba a los estudiantes, con breves palabras, del método más seguro:

—Cuando esté así al descubierto, sujetaréis el cístico, poco más o menos en el sitio que voy a indicaros… Seccionad… Luego agarráis los vasos de la vejiga… Unas pinzas, hermana…

Presionó los vasos con las pinzas y se inclinó, con interés, el rostro casi tocando la herida, para ver por dónde iba a cortarlos. De pronto, como si reventase un fruto podrido, se abrió el absceso. Un chorro de sangre y de pus salpicó en parte la faz de Géraudin.

Nadie se movió. Para Géraudin el peligro era terrible. O desinfectarse en seguida o morir de una infección rápida. Pero abandonar la paciente era sentenciarla. La disciplina exigía que nadie se moviese, que se dejase actuar a Géraudin.

Su semblante palideció. Se recobró y echó una ojeada a su alrededor. Su mirada aparecía un poco nublada. Aquel hombre decrépito pareció en aquel momento agrandarse. Y en su rostro moteado de gotas de pus se reflejó, tras unos instantes de angustia, una súbita resolución, acompañada de un repentino resplandor de alivio y de esperanza.

—Campos —pidió Géraudin, en tono tranquilo.

Le dieron los campos, piezas de ropa blanca aseptizada que se extienden sobre los operados. Géraudin se enjugó rápidamente el rostro y los ojos en los que también había entrado el pus. Sin desinfectarse volvió a empuñar el bisturí, extirpó la vejiga sin provocar hemorragia y dio fin a la intervención de una manera brillante, con un brío que le recordaba los hermosos días de su juventud. Trasladaron a la mujer, salvada. Los estudiantes se agolparon en torno a su «patrón», le estrecharon las manos y le traían antisépticos. Y en medio de la emoción y del entusiasmo generales, Géraudin, pálido, presa de angustia, se preguntaba, invadido por encontrados sentimientos de inquietud y de esperanza, si la muerte acechaba su presa…

Pero la muerte parecía esperar. Durante ocho días Géraudin se observó a sí mismo. Nada. Al cabo de diez días, supo que había resistido a la infección. Decididamente, le era negada también la grandeza de una hermosa muerte.

Un domingo por la mañana, Guerran fue a ver a su viejo amigo. Encontró a Géraudin en el garaje, metido debajo del «Panhard» tratando de repararlo, enfundado en un mono, con las manos llenas de grasa, el rostro tiznado y sin ver apenas nada por haber roto las gafas al darse un topetazo con el eje de transmisión.

Que lo vieran en tal estado fue quizá la pequeña y última humillación que le impulsó a tomar una decisión. En cuanto se marchó Guerran, Géraudin tiró en un rincón del garaje la bomba «Técalémit» y el bidón de grasa, y se fue a su casa. Valérie acababa de arreglarse. Habíase proyectado pasar cuatro días en La Baule.

—¡Arréglate como quieras —dijo Géraudin— pero yo no iré! ¡Es la última vez en mi vida que he puesto la mano en ese coche!

Disputaron una hora. Al cabo Valérie tuvo que llamar un taxi y marcharse con las sirvientas.

Géraudin pasó la noche solo. El lunes por la mañana no almorzó, se contentó con el «caldo de las once» en «L'Egalité» y partió en seguida, con el «Panhard» ya reparado, hacia La Baule. Conducía mal, tuvo una avería y no llegó hasta la noche, extremadamente cansado. Preguntó por su mujer, sin saber por qué. Quizá esperara aún de ella alguna cosa, un atisbo de compasión, una palabra de cariño que le reanimara. Las sirvientas le dijeron que la señora, como de costumbre, había ido a jugar al bridge a casa de miss Jenninson.

—Está bien —repuso Géraudin.

Pasó al velada junto a Henri, su hijo idiota. Estuvo con él largo rato hablándole y tratando de hacerse comprender. Pero el idiota era incapaz de comprender nada. A las once, la *nurse*, miss Dorothy, fue en busca de Herni para acostarlo. Como de costumbre, le dio un pedazo de chocolate. El idiota lo masticó expresando con tartamudeos su satisfacción.

—Parece contento —dijo Géraudin.

—Siempre está contento, señor

Géraudin miró a su hijo y suspiró.

—Es verdad, es feliz y en el fondo no necesita de mí para nada. No le hago ninguna falta, ¿verdad señorita?

Sólo más tarde recordó miss Dorothy esas palabras. ¿Qué afán, qué deber, qué razón de luchar y de vivir pretendía, en su desesperación, encontrar Géraudin al lado de su miserable hijo, sin lograr alcanzarlos?

Miss Dorothy se llevó a Henri. Géraudin se fue a su habitación y escuchó la radio hasta las dos de la madrugada. Por la mañana, bajó bastante tarde, preparó el «Panhard» y preguntó si aún dormía la señora. Valérie estaba despierta, pero mandó decir que se hallaba cansada. Géraudin se marchó solo, sin haberla visto.

Cuatro días después, el sábado por la noche, al llegar a la Facultad, Doutreval recibió un aviso de Gigon.

—¿Ha venido usted en coche? Acompáñeme a la comisaría de policía. No tenemos noticias de Géraudin. He telefoneado a su mujer, y a la señora Claim. Nada. La señora Claim me ha rogado que hiciéramos investigaciones.

El comisario de policía y dos agentes acompañaron a Doutreval y a Gigon a casa de Géraudin. Todo estaba cerrado. Llamaron repetidas veces sin que nadie contestase la casa parecía deshabitada.

Un agente requirió los servicios de un cerrajero. Forzaron la cerradura y los seis hombres penetraron en el vestíbulo. Al punto se sintieron aliviados. Había alguien en la casa. Del gabinete de Géraudin llegaba a sus oídos una melodía de jazz, un tango de ritmo lento y sincopado.

—¡Uf! —exclamó Gigon—. ¡Ahí está!

—¡Géraudin! ¡Géraudin! —llamó Doutreval.

A pesar de la pierna renqueante, fue el primero en llegar al despacho. Géraudin estaba allí, tendido, en el diván. Muerto desde hacía tres días. Al lado de él, sobre un velador, había dos tubos de gardenal vacíos, una botella de champaña y una caja de cigarros abierta. La radio seguía funcionando. Funcionaba desde hacía tres días. Había amenizado los últimos estertores de la agonía, devanando canciones, discursos, informaciones, conciertos, bailes; cosas agradables, distraídas, alegres, motivos de risa, de olvido, con toda fidelidad, hasta el postrer instante, a los oídos del cadáver, en el silencio de la mansión espaciosa y desierta. Y seguía sin parar… Cantaba un aire de jazz negro, una armonía bárbara, melancólica, ingenua y primitiva, con la monotonía de un ritmo de bajo, los metálicos sonidos del triángulo, el breve chasquido de una varilla, el súbito gemido humano del saxofón y el acompañamiento sordo, distante, opaco y triste del tamtam. Una de estas melopeas salvajes con que los

negros del Nuevo Mundo, quizá sin proponérselo, han expresado el sufrimiento del destierra y el recuerdo de su cuelo natal, y que los hombres de América primero y luego todos los hombres de nuestro tiempo han hecho suyas, las han amado y adoptado, sin duda porque han encontrado en ellas el eco de su propia tristeza, de su hastío, de sus pesares, su nostalgia de algo indefinido, que su alma vacía e inquieta tiene vagamente la sensación de haber perdido.

CAPÍTULO III

Doutreval regresó de casa de Géraudin muy abatido. El triste fin de su viejo amigo, que sabe que todo es vano, que nada sirve para nada, ni siquiera el sufrimiento, y que al llegar al final de todo sólo piensa en desaparecer sumergido en el feliz amodorramiento de un narcótico y de una botella de champaña, hacía pensar a Doutreval en sus propias preocupaciones, en ese constante «¿para qué» que le obsesionaba cada día más en medio de sus esfuerzos. En el fondo, Géraudin había sido lógico, «más lógico que yo» pensaba Doutreval.

La lucha se hacía cada vez más áspera. Desde hacía un año, algunos de los discípulos de Doutreval efectuaban pruebas de curarización en gran escala en los hospitales indígenas de Marruecos. Los primeros resultados conocidos fueron desastrosos: la Prensa marroquí tomó cartas en el asunto y violentas recriminaciones llegaron a París. Un diputado había escrito al ministro anunciando su propósito de hacer una interpelación sobre el caso.

Inquieto, el ministro de Sanidad dio orden de aplazar la inauguración del Centro ya terminado, que había de abrir sus puertas el mes siguiente en Angers. Entretanto, procedióse a una investigación en Rabat y Casablanca y se pidieron a Doutreval informes complementarios. En una sesión del Consejo General, los adversarios de Guerran aprovecharon la situación creada para que se dejara sin efecto, hasta nueva orden, la subvención prometida. Así las cosas, Doutreval tenía que lograr a toda costa la intervención de Guerran. Sólo él podía salvar el Centro, garantizar su apertura. Sólo con que el Centro funcionara durante seis meses, le bastaba a Doutreval para enmendar sus errores, encontrar paliativos, atenuar la brutalidad del remedio, afirmar la situación. Y, además, ello hacía posibles nuevas investigaciones, nuevas mejoras, encontrar otros métodos convulsivos, ensayar dosis diferentes y nuevas diluciones. Incluso se podría probar el nuevo procedimiento de convulsión por la electricidad. Este método le causaba una indecible repugnancia y sentía hacia él, como hacia aquellos que lo habían imaginado —al fin y al cabo competidores suyos—, una irrazonable hostilidad que le había impedido hasta entonces estudiarlo y seguirlo como hubiera debido. ¡Qué más daba! Empezaría de nuevo. En última instancia podría ensayarlo en el Centro e invitar a sus autores a presenciar los experimentos… Sin embargo, una cosa era cierta: a pesar de sus inconvenientes, su método no carecía ni mucho menos de valor. No era un curalotodo, y ofrecía evidentes peligros. Pero ¿acaso era una razón para repudiarlo definitivamente? ¿Qué serían hoy día la medicina, las vacunas, los sueros, las inyecciones intravenosas, los neumos y la toracoscopia, la anestesia, las inyecciones intrarraquídeas, la malarioterapia y mil otras cosas semejantes si no se hubiera aceptado un porcentaje de riesgos? Todo estribaba en reducir ese porcentaje. Y para conseguirlo, era preciso que Doutreval pudiera trabajar en paz, sin engorros de ninguna clase. En una palabra, precisaba el Centro. «Centro de curarización…» Como reclamo era quizá un poco prematuro. Tal vez demasiada «seguridad en sí mismo». «Centro de investigaciones sobre la convulsoterapia»… Eso sería más modesto y más hábil. «Investigaciones». Eso daría margen a los errores, a las innovaciones, a las consultas con los colegas, a las investigaciones, a esa electroconvulsión… Sí, pero antes de bautizar el Centro, era preciso que existiera. Y para ello, Guerran, únicamente Guerran…

Entre aquel tole, un artículo sobre todo, mortificó a Doutreval. Era una pesadilla que no lograba aventar de su mente. En un ensayo publicado en la revista Gallien acerca de su labor y de sus trabajos en Saint-Clément, se censuraban acerbamente no sólo sus resultados, sino especialmente los métodos empleados. El autor del artículo declaraba que el derecho a efectuar experimentos sobre la persona humana tiene sus límites. Y apropósito de los ensayos de Doutreval sacaba a colación el libro «Précis de Médicine Catholique» de Henri Bon, página 606:

«Uno se queda estupefacto al ver el candor y la inconsciencia con que algunos autores se han entregado a experiencias peligrosas y aun mortales. El doctor Bongrand, en su tesis: «L'experimentation sur l'homme» (Burdeos, 1904-1905) cita 109 grupos de enfermedades inoculadas que afectan a millares de individuos…, la sarna, la viruela, la escarlatina, la sífilis, la blenorragia, el chancro blanco, el cólera, la fiebre amarilla, la peste, el paludismo, la lepra, las lombrices, la disentería, la fiebre puerperal, la podredumbre de hospital, la tuberculosis, el tifus, etc… Los casos de fallecimiento fueron numerosos… Ahora bien; esas inoculaciones fueron a menudo efectuadas por hombres de alto valor, con lo que se atestigua que «la moral, como la ciencia, se aprende, y que aquélla no confiere ésta ni dispensa…»

»«…Destaquemos, además, que algunos de esos experimentadores han tenido que comparecer ante los tribunales y han sido condenados…»

Después de esa cita, el autor concluía el artículo afirmando que las experiencias del profesor Doutreval eran de tal género que sobrepasaban los derechos del médico sobre la persona del enfermo.

Doutreval, presa de cólera, leyó varias veces el artículo. Finalmente, lo tiró al cesto, se encogió de hombros y se propuso no pensar más en él. Ese espíritu tan lúcido, tan amante de la crítica, no se acordó de que se había negado a inocular a Fabienne, cuando vino al mundo, la primera vacuna tuberculosa (poco antes de la B. C. G) que le aconsejaron algunos colegas como inofensiva y sin duda eficaz.

«¡Será tan inofensivo como dicen! —pensó—. ¡Pero no haré la experiencia sobre mi niña!».

El martes siguiente se efectuó el entierro de Géraudin. Guerran sostuvo uno de los cordones del coche fúnebre. Al salir del cementerio alguien le cogió del brazo. Era Doutreval.

—He traído mi coche. Si quiere usted acompañarme…

—Encantado —dijo Guerran—. Voy a mi casa.

Doutreval condujo a Guerran a su casa. En silencio. Uno y otro estaban demasiado preocupados para hablar de cosas indiferentes y para comentar el silencio que ambos observaban. Al despedirse de Guerran, Doutreval, asomándose a la portezuela, se inclinó hacia él y le dijo:

—¿Piensa usted quedarse algún tiempo en Angers?

—No —respondió Guerran—. Me voy el jueves a París. Quizá mañana por la noche. ¿Por qué?

—Hubiera querido verle…

—¡Ah! —dijo Guerran con voz apagada—. ¿Verme?

—Sí. Quisiera hablar con usted.

—¡Ah!… Bien. ¿se trata de algo importante?

—Sí y no. De mis trabajos… Del Centro…

—¡El Centro!

Una expresión de alivio que Doutreval no advirtió iluminó el semblante de Guerran.

—¡Muy bien! —dijo—. Sí, sí; muy bien. Venga a verme… Veamos. Esta semana no, porque estaré en París. Y la semana próxima también. ¡Lo siento…!

—Puedo ir a verle a París.

—De acuerdo. Avíseme el día antes, para disponer de mi tiempo. Almorzaremos en el restaurante Prunier.

—Solicitaré sin duda su influencia.

—No faltaba más, querido amigo —dijo Guerran.

Y añadió, casi a pesar suyo, con la desatinada esperanza de preparar el porvenir, las decisiones que pudieran sobrevenir:

—Nada puedo negarle… —dijo con voz temblorosa—, nada puedo negarle al padre de mi enfermera…

—No sabía —dijo Doutreval—. Se lo agradezco mucho. Trataré de que ella me acompañe.

Se despidieron, contentos los dos, con un apretón de manos.

—Le han llamado dos veces al teléfono, señor —dijo a Guerran su secretario principal, Legourdan, cuando el abogado entró en su despacho—. El señor Rebat…

—¡Rebat!

—Sí. Ha dejado dicho que le llame usted.

Guerran se sentó y marcó el número del abogado de su mujer.

—Sí, mi querido colega —dijo la voz opaca de Rebat—, quisiera hablar con usted. Se trata de ultimar algunos detalles, en fin, algunas cosas, todavía pendientes a propósito, ¡ejem!, de esa separación… ¿dónde podríamos vernos?

—¿En mi casa? —propuso Guerran.

—Preferiría…, pues bien, preferiría en la mía —dijo Rebat—. Hágase usted cargo, mi querido colega, de que es usted el adversario de mi cliente… No es correcto que sea yo quien… En cambio, tengo el perfecto derecho de recibirle en mi casa. La tradición exige que sea usted quien, por su propia iniciativa, venga a verme a mí…

Rebat, desconfiado, quería atenerse estrictamente a las reglas profesionales del foro.

—De acuerdo —dijo Guerran.

Una hora después llegó a casa de Rebat.

El abogado de Julienne lo recibió en su despacho con desmedida cortesía y mal disimulado contento. Estaba dispuesto a llevar su venganza hasta el fin.

Trataron en primer término de la pensión alimenticia. Guerran propuso dos mil quinientos francos mensuales. Rebat, con tono almibarado, solicitó cinco mil.

—¡Sesenta mil francos al año! —exclamó Guerran—. Y cien mil para la dote durante cinco años. Y, además, traspaso la clientela a mi hijo.

—Supongo que contará usted con reservas, mi querido colega…

Guerran tuvo que humillarse, exponer su situación financiera, apurar hasta las heces el cáliz de su amargura. Finalmente, convinieron en fijar la pensión en tres mil quinientos francos mensuales. Julienne dispondría de la casa. Eso era una de las condiciones esenciales. Entonces, comprendió Guerran por qué había hecho repintar toda la casa. Sin duda, aconsejada por Rebat. Naturalmente, también usufructuaría el mobiliario.

—¡Pero al menos la mitad me pertenece a mí! —exclamó Guerran.

—¿Qué quiere usted, mi querido colega? —dijo Rebat sonriendo—. No puedo permitirme insinuar a una celebridad de nuestro foro que jamás obtendrá usted el divorcio sin contar con nuestra buena voluntad, con la buena voluntad de sus adversarios… A este propósito debo manifestarle que antes de presentarnos ante el tribunal solicitaré su firma, su aceptación escrita a todas las condiciones que acabamos de fijar.

—¿Y si me niego?

—en este caso, y en nombre de la señora Guerran, me opondré a su divorcio y no lo conseguirá usted. En suma, nada puede usted reprochar a nuestra cliente: ninguna carta, ninguna prueba de injuria grave…

—No. Nada más que veinte años de martirio cotidiano.

—Eso no cuenta ante los jueces. Todos los derechos están de parte de su mujer. Si ella se niega a divorciarse nada podrá usted hacer. Supongo que no es eso lo que usted desea.

—Está bien —dijo Guerran—. Iré a firmar la víspera del proceso.

Rebat, sin dejar de sonreír, le acompañó hasta la calle. A Guerran, que a duras penas podía reprimir su cólera, le ardían las sienes. ¡Rebat lo tenía bien agarrado! Sabía que Guerran tenía interés en divorciarse y necesitaba para ello de su aceptación para evitar un «no ha lugar». Teniéndolo así cogido, Rebat apretó las clavijas hasta el límite extremo, refocilándose en una de esas frías venganzas jurídicas que se parecen a una *vendetta*, larga, cuidadosa y sagazmente medida y preparada.

Finalmente, todo había terminado. Guerran podía considerarse ya un hombre libre.

Entró en un café y telefoneó en seguida a Fabienne para darle la noticia y participar de su contento. Llamó al número de Doutreval. La propia Fabienne se puso al aparato. Guerran la reconoció por la voz.

—Puedes hablar, estoy sola.

—Fabienne —dijo Guerran—, tengo que darte una buena noticia. ¿Podemos vernos esta tarde?

—Sí.

—¿A las cinco, como el otro día? ¿Detrás del castillo?

—De acuerdo, a las cinco.

—¿Te parece bien?

—Sí, si, Olivier. Hasta luego.

El día se le hizo largo a Olivier Guerran. A las cinco menos cuarto esperaba ya al pie de las recias torres.

Reconoció de lejos a Fabienne. Iba enfundada en su impermeable gris, tocada con su sombrerito de fieltro que le ensombrecía el rostro y que nunca desamparaba, y llevando en la mano un voluminoso bolso ya un poco ajado, de piel de cocodrilo. Una vez más, al darse cuenta de su falta de coquetería, Guerran experimentó la habitual desazón que siempre ello le causaba. Cuando Fabienne estuvo cerca de él, advirtió el poco cuidado que había puesto en hermosearse. Sus mejillas aparecían de una ocre palidez y se le notaban profundas ojeras. Y, como en anteriores ocasiones, en aquel instante pareció menguar el amor que por ella sentía. Tuvo que esforzarse y dar a su voz un tono jovial para decirle:

—¡Hola, Fabienne! Pues bien, ya está todo arreglado.

—¿El qué? —preguntó ella.

—He visto a Rebat esta mañana. Hemos discutido las condiciones y otras cosas. Pero ya está ya todo arreglado. A partir de este momento nos podemos considerar libres.

—¡Ah! —exclamó Fabienne.

—Rebat es un canalla. Me ha exprimido como un limón. ¿Qué le vamos a hacer? Comenzaremos nuestra nueva vida bajo pesadas cargas, Fabienne. Pero ¡qué importa! Eso no me preocupa. Y a ti tampoco, ¿verdad?

—¿El qué?

—¡Las cargas! ¡Las deudas! Quizá tengamos algunos sinsabores…

—No —atajó Fabienne.

—En adelante, tenemos derecho a pensar en nosotros.

—¿En nosotros?

—Eso es, sólo en nosotros. Buscaremos un piso, pequeño y alegre, en París, por Auteuil o el Parque Monceau… Tendremos que comprar los muebles y preparar nuestra instalación. ¿Cuándo piensas volver a París?

—No hay prisa, Olivier……

—¿Te parece?

La respuesta le molestó. Pero al instante comprendió: para él todo estaba ya liquidado. Era un hombre libre, pero ella aún no. Tenía que pasar todavía por la prueba más dura. Reprochóse a sí mismo su momentáneo mal humor y dijo:

—Evidentemente, te queda aún por franquear un obstáculo difícil, ¿verdad Fabienne? Vamos, ten buen ánimo. No hay ninguna razón para tener miedo. Creo que es preferible que seas tú quien hable primero a tu padre.

—¿Yo?

—Sí… Prepararías el terreno… ¿Qué te parece?

Fabienne no respondió. Guerran continuó:

—Podrías hablar de una manera discreta de tu intención de contraer matrimonio… di que has conocido a alguien…Un hombre ya maduro… Desgraciadamente divorciado… pero que goza de buena posición y que te quiere. Supongo que dé importancia a esas cosas. Un espíritu libre como el suyo… Y

una vez preparado el terreno, podrías decirle que se trata de mí. Entonces yo iré a verle, y el lograr su consentimiento es cosa ya de mi cuenta. No veo en todo ello ninguna dificultad que pueda atemorizarte. Por supuesto, no es cuestión por ahora de hablar de tu…, de tu estado. Adelantaremos la fecha de nuestro matrimonio, e inmediatamente nos iremos a Córcega o a las islas Hyères donde puedes dar a luz… ¿Qué dices a esto? ¿No contestas? ¿Tienes miedo? ¿Temes algo?

—No…

—Pues no pareces estar contenta. ¿Alguna contrariedad?

—No, Olivier, no…

—¿Qué quieres, pues que haga? ¿Crees acaso que no he hecho ya bastante?

—Has cumplido con tu deber.

—Pues entonces…

—Pues, bien, yo debo decirte…

—¿Qué? No te detengas, habla.

—Estos últimos tiempos he reflexionado mucho, Olivier. He recordado el pasado, he pensado en todo y todo lo he sopesado. Me he acordado de Aix-LesBains, de París, de Saint-Julien… He pensado en tu familia, en tu mujer, en tus hijos, en ti. He meditado mucho y he comprendido que… que…

—¿Qué?

—He comprendido que lo mejor que puedo hacer es devolverte tu libertad —dijo Fabienne con voz apagada, sin mirarle, con visible esfuerzo.

Guerran la miró estupefacto. Abrió la boca dos o tres veces, pero no pudo articular palabra. Fabienne recobró el aliento y prosiguió:

—Para eso he venido. Para decirte que todo ha terminado, que no quiero que te divorcies y que debemos decirnos adiós, Olivier…

—¿Te has vuelto loca, Fabienne? —exclamó Guerran.

—No. He reflexionado mucho y me he dado cuenta de que estaba demasiado segura de mí misma, que era, en el fondo, demasiado orgullosa. He creído ser más fuerte de lo que era en realidad… He tenido demasiada confianza en la juventud, en el amor, me figuré poder luchar contra el pasado, la familia…Entablé combate, pero me he convencido de que sería finalmente vencida. No puede lucharse contra la familia. No me siento con ánimos de separarte de tus hijos, de tu hogar, garantizarte el olvido y ahuyentar de ti, por toda una vida, los recuerdos, la nostalgia y los remordimientos. No, no me atrevo. No me siento lo bastante segura de mis fuerzas para triunfar en esta batalla.

Guerran guardó silencio. Sentíase incapaz de decir una palabra. Anonadado, se había apoyado en el pretil que discurría a lo largo de los antiguos y profundos fosos de la vieja fortaleza. Miraba a Fabienne y al escuchaba aturdido. Tenía la impresión de que estaba soñando. Fabienne calló. Él permaneció aún largo rato sin decir nada. Parecía que las ideas fueran adentrándose poco a poco en su cerebro. Confusos pensamientos acudían en tropel a su mente: encontrados sentimientos de estupor, de cólera, de vergüenza, de amor propio herido, germinando al mismo tiempo, en lo más recóndito de su conciencia, un sentimiento turbio parecido a un cobarde alivio. Sin embargo, sentíase dominado por la violencia del orgullo lastimado, por la necesidad de zaherir. Y con una amarga sonrisa, Guerran dijo:

—Siempre creí que me amabas…

Fabienne respondió dulcemente:

—Precisamente porque te amo he escogido este camino.

—¿Me abandonas, pues, para salvar nuestro amor?

—Es la única manera de salvarlo.

Guerran levantó la cabeza y miró fijamente a Fabienne, para ver si hablaba seriamente.

—No te comprendo —dijo moviendo la cabeza.

Y era verdad. No hablaban ya el mismo lenguaje.

—Sin embargo, está claro como la luz del día —replicó Fabienne—. ¿No te has dado cuenta de ello Olivier? ¿No lo has notado en esos reproches, esas injurias terribles que te dije el otro día a propósito de tu hija y que al recordarlas me siento morir de vergüenza y me impiden conciliar el sueño? Y todo ello, porque habíamos ya dejado de amarnos. Cada uno de nosotros amaba por sí mismo, amaba a sí mismo en el otro. Una vez tuviste razón y te expresaste bien: nuestro amor comenzaba ya a parecerse a todos los demás. Porque yo te amaba, porque tú me amabas, me creí con derecho a exigirlo todo de ti, la entrega total. No era es lo que me figuré cuando me entregué a ti. Yo me dije: «Quiero que sea feliz. Yo le demostraré que no sólo hay egoísmo en este mundo…» Mas poco a poco la exaltación se desvanece, la vida recobra sus prerrogativas, entran los cálculos y la previsión, uno se acostumbra a la idead e que tiene derechos sobre el otro e insensiblemente se va perdiendo de vista el primer incentivo: la felicitad de aquel a quien se ama… y por esta causa nuestra aventura iba a convertirse en algo semejante a todas las aventuras de amor —tú mismo lo dijiste—, en el choque de egoísmos.

—Sí —dijo Guerran en voz queda.

—¡Pues bien, no! ¡Nuestra aventura no terminará así, Olivier! La nuestra será mucho más hermosa. Guardarás de ella otro recuerdo. Tú, que no creías en nada, creerás al menos en mí. Al menos habrás tenido en tu vida a alguien que te habrá amado por ti mismo, para quien no habrá existido en el mundo nadie más que tú.

—¡Fabienne!

—Puedes irte tranquilo. Estoy dispuesta a todo.

—Pero ¡y nuestro hijo! —exclamó Guerran con voz entrecortada y temblorosa.

—Déjame con mi hijo. No hablemos más de ello. Es mi destino. Puedes dejarme sin remordimientos.

—¡Fabienne!

—¡No llores! ¡No estoy triste! Ya vez que te sonrío. A pesar de todo, estoy contenta… Tengo la seguridad de que me llevo la mejor parte. No debes llorar, Olivier.

—¡Fabienne! ¡Fabienne! —exclamó Guerran con un sollozo.

Ella se apoyó un instante en el parapeto de piedra. Hubo una pausa. Luego, después de hurgar en su bolso de cuero, tendió a Guerran un paquete. Y dijo con voz animosa:

—Aquí tienes tus cartas. Tómalas. Tú guardarás las mías, como recuerdo. Para mí nada de eso tiene importancia, puesto que todo ha terminado… ¡tómalas, toma tus cartas…! ¡Ah, esto es demasiado para mí! ¡Adiós! ¡Adiós! Vete, vete en seguida.

Guerran la miró un momento, con el fajo de cartas en la mano, como aturdido. Con un sollozo la estrechó con fuerza contra su pecho y estampó un beso en la helada mejilla. Luego, la apartó de sí y se marchó con paso vacilante a través de la negrura. Fabienne le vio partir, anonadada, casi inconsciente. De pronto, como si una súbita luz desgarrara las sombras de su alma, comprendió la terrible grandeza de su sacrificio. Y ante el largo camino de tinieblas y de soledad que iba a emprender, su juventud se conmovió, tendió los brazos hacia su amante y gritó con un sollozo:

—¡Olivier!

Pero él estaba ya lejos y no la oyó.

Guerran caminaba de prisa, envuelto cada vez más por las sombras del crepúsculo. Volvía a su vida de antaño. Tenía la impresión, vaga todavía, pero cierta, de que retornaba a su pasado, hacia aquella vida engorrosa, material, sin sentido, que había sido la suya antes de que conociera a Fabienne. Nada habría cambiado. Su vida transcurriría igual que en tiempos pasados. Fabienne le dejaba en el mismo punto en que él la había encontrado. Sólo que un poco más lúcido sobre su miseria.

Descendía de las alturas del castillo en dirección al Maine. Llegó a los muelles, el triste, sórdido y popular barrio que dominan las viejas torres feudales. Encendíanse los faroles de gas. Una mujer de pelo lacio y una muchacha le salieron al paso y le murmuraron algo en voz baja. Guerran no contesto.

Pero en el fondo de su conciencia, a pesar de su dolor y aturdimiento, apuntaba turbia y confusa la idea vergonzosamente agradable de que en adelante era un hombre libre…

Moderó el paso y caminó más despacio a o largo de los muelles. En la otra margen del Maine, las luces de los escaparates y los faroles de gas asaeteaban el agua sombría y convergían hacia él en forma de prolongados reflejos zigzagueantes. Guerran, casi a pesar suyo, se dejó invadir por oscuros e insidiosos pensamientos. Ese divorcio que no llegaría a efectuarse, ese trastorno que se ahorra, la vida vuelta a la normalidad… ¡Y Rebat! ¡Y charles y Micheline! Una vez más comenzó a pensar en algo que se parecía vagamente a una cobarde sensación de alivio… Y respiró a todo pulmón la tibia y húmeda brisa que soplaba del Loira y que hacía tremolar las tranquilas aguas del Maine. Libre… Se sentía libre, casi físicamente…

Sin embargo, una sombra se cernía sobre esa libertad reconquistada: la soledad, una nueva lucidez, clara y cruelmente consciente, de la vanidad de todo, incluso de las cosas que durante el tiempo había presidido su existencia: el deber paternal, el cariño de su hija. De todos modos, en esa aventura había dejado algo: su ignorancia, esos últimos residuos de optimismo y de ceguera que le hacían creer aún en el puro afecto de su hija, en la posibilidad, para él, de llenar su vida sacrificándose por ella. Ahora, hasta eso le parecía vano, pues había comprobado el vacío absoluto de las cosas terrenales, incluso el cariño de su hija. ¿A qué se agarraría, pues, para vivir? ¿Cómo, después de lo ocurrido, podría engañarse a sí mismo, encontrar razones que mitigaran y desvanecieran sus remordimientos, olvidar el recuerdo ya dolorosamente insoportable de Fabienne, de esa joven existencia que él había arruinado?

Guerran sabía ya, o creía saberlo, en qué consistía el remordimiento: en el resultado de una mala acción cometida impremeditadamente, sin artificios que, ocultándola a nuestros ojos, la embellezcan con la aureola de la honestidad. Esa honestidad, esa excusa, la buscó Guerran en todos sus actos. No, era Fabienne quien había querido la separación. Si no se hubiera comportado como una muchacha orgullosa e imbécil… Mas a pesar de todos sus intentos de justificarse no lo conseguía. La veía tal como era, delgada, casi esmirriada, enfundada en su impermeable gris, con el rostro pálido y afilado, mal arreglada, los ojos pardos bajo su sombrerito de fieltro y tendiendo afligida el fajo de cartas. Y en aquel momento hubiese dado su vida por correr a su encuentro, estrecharla entre sus brazos, besar y acariciar a aquella muchachita consternada y animosa…

Cosas que hasta aquel momento le molestaban: su tez amarillenta, sus ojeras, su torpeza en pintarse, la fealdad de su rostro de mujer embarazada, le conmovían ahora hasta hacerle saltar las lágrimas, y se cambiaban en recuerdos atrozmente dolorosos. ¡Y pensar que ello le atormentaría durante toda su vida! ¡Toda su vida! ¡Libre sí, pero a qué precio! Por otra parte, ¿qué haría en delante de esa libertad odiosa y criminal?

Ella, por lo menos, conservaba todavía alguna cosa: una confianza, una fe. En el fondo, no había cometido ninguna locura al encumbrar su amor más allá de todos los egoísmos. Al hacerlo así había tenido razón; en ese amor residía la única posibilidad de salvarlo. Fabienne había triunfado. De esa ruin y mezquina aventura ella había salido purificada. Y demostraba a Guerran que nada existe en el alma humana, por ruin que sea, que no pueda transmutarse en un sentimiento elevado. En adelante podía volver la vista atrás no sin dolor, pero si sin remordimiento, sin avergonzarse de nada, con el ánimo sereno y hasta con una dulce nostalgia. Ella tenía al menos derecho de poder decir que no había quedado en deuda. ¡Lo había pagado todo! ¡Por los dos! Salía de aquella dramática aventura despojada y ensangrentada. Pero Guerran se daba cuenta de que ese despojo consentido constituye a veces un singular enriquecimiento. Sí, algo salvaba Fabienne de esa aventura: su propio dolor, su sacrificio, el exultante pensamiento de un gesto noble y voluntariamente aceptado. El papel que ella había desempeñado cobraba una belleza y una grandeza sublimes. Sí, sólo a ella correspondía la grandeza. Y entonces, Guerran recordó, de pronto, de una manera intensa, el viejo rostro amado, el dulce y triste rostro de su buena madrina la señora de Nouys. Y acudieron a su mente aquellas graves palabras tantas

veces oídas, aquella palabras que ella solía pronunciar y cuyo sentido no había logrado entonces comprender: «Deber, sacrificio, entrega de sí mismo…»

¡Ahora lo comprendía todo! ¡Todo le parecía ahora claro y luminoso! Y aunque quizá antes lo negara, en aquel momento reconocía que la certidumbre de haber cumplido su deber podía llenar toda una vida. Sí, Fabienne no lo había perdido todo. Por absurdo que ello pudiera parecer, Guerran, al considerar lo que le reservaba el porvenir, se decía para sí, sin que llegara a comprenderlo: Fabienne tenía razón, había escogido la mejor parte.

Si ello era cierto, Fabienne no lo sabría probablemente jamás. Por pruebas que le deparara la vida no podría nunca sanar de esa herida incurable, de ese supremo castigo: la duda, la incertidumbre sobre la inutilidad de su sacrificio. Sin embargo, quizá sin darse cuenta, ella había triunfado. A través de misteriosos y áridos desiertos, de caminos y abismos que la habrían hecho retroceder, horrorizada, de haberlos conocido de antemano, había a pesar de todo impelido a Guerran a rendir al bien, por primera vez, ese oscuro y casi inconsciente homenaje. Quizá para ello había sido necesaria toda la vida de Guerran, su pasado, su juventud, el error de la señora de Nouys, Julienne, y ese sufrimiento, esa caída, esas faltas y hasta esa cobardía. Quizá sea cierto que todo conduce al bien, a la verdad. Mas no saben cuán afortunados son los que lo alcanzan por los caminos de la justicia. Un cruel destino debe ser para un hombre no haber podido entrever la faz de la vedad sino a la trágica luz de una mala acción irreparable.

CAPÍTULO IV

Al regresar a su casa, Fabienne se encontró mal, vomitó y tuvo que acostarse. Hizo decir a su padre que estaba enferma. Doutreval subió a verla y al comprobar que sólo tenía temperatura bajó preocupado. Desde hacía algún tiempo, Fabienne no era la misma de antes. Tendría que vigilarla.

Al día siguiente, hacia mediodía, a pesar de sentirse muy cansada, febril y dolerle la cabeza, Fabienne quiso levantarse. Tenía que evitar a toda costa que su padre sospechase algo.

Doutreval estaba en el comedor. Fabienne le dio un beso y rehuyendo su mirada se sentó en la mesa frente a él. Doutreval, preocupado, hablaba poco. Tenía al lado de su cubierto un montón de cartas que iba leyendo con visible mal humor. Fabienne se aprovechó de ello para picotear una hoja de ensalada, comer un bocado de tortilla y entregar a la doncella su plato casi intacto. Sólo al llegar al postre salió Doutreval de sus vacilaciones. Había leche cuajada con estragón, uno de los paltos favoritos de Fabienne. Doutreval, le sirvió una buena porción. Fabienne, a pesar de todos sus esfuerzos, apenas si la probó.

—¿Qué? —exclamó Doutreval al ver el plato lleno—. ¿Aún sigues mala?

—Sí. No me encuentro del todo bien… Un poco de paciencia…

—Estás paliducha, tus mejillas no tienen color y tienes los ojos hundidos. No volverás a la clínica Epidauria, Fabienne. Gasta. Te estás agotando y eso no puede ser. Uno de estos días iremos a ver a uno de mis colegas. Seguramente tendrás que someterte a un tratamiento glandular.

—No, no —exclamó Fabienne—. Me siento cansada, y eso es todo.

—¡Qué terca eres! A partir de hoy no te moverás de casa. Así podrás cuidarte con tranquilidad. ¿Crees que te encontrarás repuesta a fin de semana?

—¡Oh, claro!

—Veamos. Estamos a miércoles. ¿Podrías el sábado, o quizá mejor el lunes, acompañarme a París?

—¿A París?

—Sí.

—Pues claro.

—Está bien. En este caso telefonearé en seguida a Guerran. Será para el lunes próximo.

Fabienne palideció intensamente.

—Le he pedido una entrevista —prosiguió Doutreval, sin darse cuenta de la emoción de su hija—. Quisiera hablarle de mi Centro.

Y diciendo esto puso la mano sobre el montón de cartas.

—Muchas dificultades. Quisiera que interviniera, que hiciera sentir su influencia en el Ministerio de Sanidad… Y me gustaría que me acompañases… Si puedes, claro está, si estás en condiciones para hacer el viaje. Tienes una gran influencia sobre él y te aprecia mucho. Cada vez que nos vemos me habla de «su enfermera». Tu presencia será una ayuda para mí.

Sirvióse un poco de queso y continuó:

—Iremos al ministerio y luego almorzaremos con Guerran en el restaurante Prunier. Por la tarde, si todo ha ido bien, daremos un paseo por la ciudad y te ofreceré un hermoso recuerdo, lo que más te guste… ¿Qué te parece?

—Encantada —murmuró Fabienne.

Se enjugó la frente con la servilleta, con un gesto maquinal que no pasó inadvertido a Doutreval.

—¿No te encuentras bien? ¡Estás muy pálida! Dime, Fabienne, ¿te sientes mal?

—Sí, un poco.

Doutreval se levantó preocupado.

—Échate en el diván.

—No vale la pena… Ya me encuentro mejor.

Fabienne apartó el plato, dio un suspiro y esbozó una sonrisa.

—Acaba de tomar la leche, papá…

Doutreval volvió a sentarse sin dejar de mirar a su hija.

—Uno de estos días iremos a ver a Huot —dijo—. En cuanto regresemos de París. No volverás por ahora a la clínica. Ya me arreglaré para tener libres los días de Pascua y nos iremos a Aix a descansar. Sólo deseo que todo se resuelva bien…

Echó una ojeada a su correspondencia y suspiró. Hubo un prolongado silencio.

—Padre —dijo Fabienne.

Doutreval, absorto, ni siquiera la oyó.

—Padre…

Doutreval levantó la cabeza.

—¿Qué hay, pequeña?

—¿Tienes mucho interés en que…?

—Continúa.

—¿En que vaya contigo a París?

Doutreval sacó un cigarrillo de su pitillera.

—¡Oh, sí! —dijo encendiendo el mechero. ¿Por qué? ¿No quieres? ¿Te encuentras demasiado cansada?

—Sí.

—En este caso, esperaremos algunos días. A fin de cuentas, puedo ir solo… Entretanto, puedes cuidarte tranquilamente aquí. Y por la Pascua nos iremos a Aix.

Fabienne dio un suspiro. Doutreval soltó una bocanada de humo. Su pensamiento estaba muy lejos. Fabienne penosamente, prosiguió:

—Padre, si no lo tomaras a mal…

—¿Qué?

—Preferiría… Preferiría ir sola…

—¿A Aix?

—No quiero ir a Aix…

—Podemos ir a otra parte… A Arcachon, a Jean-les-Pins…

—Quisiera marcharme sola…

Doutreval dejó el cigarrillo en el cenicero y miró a su hija:

—¿Qué te pasa?

—Nada… nada…

—¿Adónde quieres ir?

—Aún no lo sé…

—¿Y no quieres que te acompañe?

—Preferiría… Me gustaría más la soledad…

—¡Por lo menos eres sincera!

—Te aseguro, padre —dijo Fabienne, casi con un sollozo—, que necesito estar sola… la soledad me hará mucho bien.

—Lo que necesitas es una buena auscultación, algún extracto glandular. Mañana por la mañana sin falta iremos a ver a Huot.

—Deja al menos que me vaya por algún tiempo. Viajar, alejarme por un tiempo de aquí…

Doutreval la miró fija y duramente. Fabienne bajó la cabeza. Sus ojos se humedecieron. Doutreval se levantó, y acercándose a su hija, le puso la mano sobre los hombros.

—¡Fabienne! ¡Mírame!

Ella permaneció sentada con la cabeza baja y llorando. Doutreval la cogió del brazo y la hizo levantarse.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué me ocultas?

—¡Nada! Nada, papá —dijo Fabienne—. Por favor, no me mires así…

—¿Por qué lloras? ¿A qué vienen esos cambios de humor, esos sueños de fuga? ¿Por qué no quieres ir conmigo a París ni a Aix? ¡Contesta!

Fabienne no dijo nada.

—¿Tienes algo en la cabeza? ¿Un capricho? ¿Un amorcillo? ¿Un *flirt*? ¿Aquí? ¿En París?

Fabienne guardó silencio.

—¿Adónde querías irte?

—A cualquier parte…

—¿Sola?

—Te juro que…

—¿Por qué sola?

—No los é.

Doutreval oprimió el brazo de su hija.

—¡Vas a contestarme! ¡Soy tu padre1 ¿A quién has visto estos últimos tiempos?

—A nadie…

—Regnoult se ha marchado… ¿Se trata de él? ¿Es a Regnoult a quien echas de menos? ¿Con quién frecuentabas en París? ¿A quién cuidaste? ¿A quién telefoneaste durante los últimos meses? Veamos. Por de pronto, a tu amiga del colegio. Y también a Ludovic. Un par de veces a Guerran…

—No me pasa nada —gritó Fabienne.

—Sí, hay algo, y vas a decírmelo todo. No quieres franquearte conmigo. Tienes una aventurilla, ¿verdad? ¿Sí, o no? Sí, será eso. ¡Contesta!

Fabienne asintió con al cabeza.

—¡Por fin! —exclamó Doutreval—. Lo sabía, sí, lo sabía. ¿Y por qué no me hablaste de ello antes? ¿No podías prometerte tranquilamente como todo el mundo? ¿Hacer un matrimonio normal? ¿Qué te hace falta…? ¿Hay algún obstáculo? ¿El dinero? ¿La situación? ¿Una enfermedad? En primer lugar, ¿de quién se trata? ¿No es Regnoult? Entonces, ¿Quién es? ¿Por qué no quieres decirlo? ¿Acaso no quiere casarse contigo, o eres tú quien no quiere? Veamos, ¿quién es? ¿Vas a contestarme? Porque supongo que no se trata de un hombre casado…

Fabienne, sentada, seguía llorando con la cabeza entre las manos. No decía nada. Su silencio asustó a su padre. Y prosiguió con voz helada:

—¡Fabienne! ¿Se trata de un hombre casado?

Ella no contestó. Doutreval comprendió que había acertado. Permaneció un instante silencioso, como anonadado. Y dijo en voz baja

—Vamos, dilo… Puedes decirlo. ¿Quién es?

Fabienne musitó:

—Olivier Guerran…

Doutreval estaba preparado para todo, pero no para ese golpe terrible. Y balbució:

—Guerran… Guerran… Guerran… ¡Dios! Eres una…

Era demasiado atroz, demasiado terrible. Confiaba todavía en recobrarse. Sin duda sólo se trataba de un capricho de jovencita.

—¿Hace tiempo que… comenzaste a pensar en él?

—Sí —murmuró Fabienne.

—¿Dos meses? ¿Tres? ¿Más?

—Más.

—¿Cuánto tiempo?

—Un año y medio…

Doutreval se sobresaltó.

—¡Un año y medio! Entonces, ¿la cosa es grave?

Fabienne calló.

—¿Hasta dónde habéis llegado?

—Hasta dónde? —balbució Fabienne.

—¡Sí! ¿Lejos?

—Lejos.

—¿Muy lejos? ¡Dios mío! ¡Es terrible tener que adivinar! ¡Formular tales preguntas a una hija! ¡Contesta! Ya sabes lo que quiero decir… ¿Habéis llegado a…?

Fabienne, con la cabeza sepultada entre las manos, asintió.

—¡Desgraciada! —dijo como en un murmullo—. ¡Desgraciada!

Ni cuando murió Mariette su sufrimiento había sido tan intenso. Sólo el pensar que un hombre había poseído a su hija, que se trataba ya de una cosa irremediable, que nada podía hacerse para lavar aquella mancha, le torturaba como un hierro candente. Apretaba los puños hasta clavarse las uñas en la carne. En aquel momento, comprendía lo que era la venganza. Contemplaba a Fabienne, tendida en el diván, agitándose su cuerpo con los sollozos, y la odiaba. Si en aquel momento muriera, no derramaría una sola lágrima. Pegarla, golpearla, hubiera sido para él un consuelo físico. Sin embargo, se contuvo, dio algunos pasos y recobró el dominio de sí mismo.

—Vamos, terminemos —dijo—. H as sido su amante. ¡Su amante! ¡La hija de Doutreval! ¿Y ahora, qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué pensáis hacer, los dos?

Fabienne se encogió de hombros con un gesto de infinito cansancio.

—¡no, eso no! —gritó Doutreval—. ¡NO se trata de hacer la Magdalena y lloriquear1 hay que hacer algo. ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Y la suyas? ¿Va a divorciarse y casarse contigo?

—el quería… —murmuró ella.

—¿Divorciarse?

—Sí.

—Entonces…

—Yo no he querido…

—¿Qué tú no has querido? ¿Por qué? ¿Con qué soñabas, pues? ¡Habla!

—He roto con él.

—¿Has roto con él?

—Sí.

—Entonces… ¿es que todo ha terminado?

—Sí, todo ha terminado…

Estas palabras le desarmaron. Sentíase desamparado. Todo ello escapaba a su comprensión. Y aventuró otra pregunta:

—Entonces, ¿qué te proponías hacer?

—Nada.

—¡Como, nada! Esto no es ninguna respuesta. ¿Por qué has roto con él? ¿Por qué te has negado a ese divorcio? ¿Por qué no me hablaste de ello? ¿Por qué querías estar sola, irte sin mí? Dí, contesta.

—Por nada…

—¿Adónde querías irte, sola? ¿Se trataba, de vedad, de irte sola? No, no te encoja de hombros. Bastantes cosas me has ocultado ya… ¡Exijo una respuesta!

—No lo sé…

—¿Exijo una respuesta!

—Necesitaba… Tenía necesidad de estar sola.

—¿Por qué? ¡Ven aquí!

Doutreval la agarró por la muñeca y la obligó a levantarse.

—¡Mírame! ¡Mírame, te digo!

La condujo hacia la ventana y poniéndola la mano en la barbilla la levantó bruscamente la cabeza…

—¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo de mirarme? ¿Estás muy pálida! Ese malestar, esos mareos… anoche tuviste y vómito… ¡Fabienne, no me ocultes nada!

Ella pugnaba por desasirse de las manos de su padre. Doutreval le sujetaba fuertemente la muñeca hasta hacerle daño.

—Mírame a los ojos. Esa faz amarillenta… Esos ojos… ¡Lo he adivinado! Es eso, ¡verdad! ¿Es eso?

Fabienne trató de taparte el rostro con la mano que tenía libre.

—¡Ah! —exclamó Doutreval.

La apartó de su lado con brusquedad. Fabienne fue a dar contra el diván y se incorporó penosamente. Era digna de compasión, pero Doutreval era despiadado y se daba cuenta de que no podía contenerse, de que estaba a punto de precipitarse sobre ella y darle de golpes.

Levantó el puño.

—¡Granuja! ¡Eso es lo que eres, una granuja! ¡Vete! No quiero verte en esta casa. Te irás a casa de los Droux. Allí esperarás. No me escribas ni te muevas. ¡Esperarás! Márchate en seguida. Vamos, pronto, levántate. ¡Vete!

Fabienne se levantó y pasó lentamente por delante de su padre, llevándose las manos a la cabeza como si quisiera recomponer las negras y largas trenzas de sus cabellos sueltos. Encaminóse hacia la puerta. Doutreval la miró partir y en aquel momento la odiaba como jamás odiara a nadie. Hubiera dado cualquier cosa por pegarle.

En su habitación, solo, libre, Jean Doutreval daba rienda suelta a su furor. Jamás se había sentido herido de tal modo en su orgullo. La idea de que Guerran había abusado de su hija, que después de haberla conocido, había poseído, desflorado, mancillado en su carne a Fabienne, a su hija, desataba los nervios de Doutreval. Fabienne había aceptado aquello. Lo había consentido. Estaba encinta. No había nada quehacer. Era una cosa irremediable. Hiciérase lo que se hiciera, tendría un hijo de Guerran. Si en aquel momento le hubieran dicho a —Doutreval: «Tu hija ha muerto» apenas se hubiera sentido afectado.

«¡Amor paterno! —pensaba—. ¡Cariño de padre! ¡Qué piedad, qué embuste, ese fervor, esa adoración que sentimos por esos tristes seres de carne y hueso, frágiles, falibles, egoístas, mezquinos y cobardes como todos los demás! Si solamente ayer Fabienne hubiera muerto, yo la habría seguido a la tumba. Y he aquí lo que ha sido de ella. Si hubiese sido hija de otro y se hubiera perdido, yo diría: «No se ha perdido gran cosa…» sólo porque se trata de los nuestros tenemos esa impresión de pérdida irreparable. ¡Qué ciegos e imbéciles somos! ¡Estúpidos adoradores de ídolos despreciables!».

¿Y Guerran? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Qué pensaba? ¿Cómo acabaría aquello para él? ¿Cuáles eran sus intenciones? Sin duda, nada. ¡Nada! Uno seduce a una muchacha pura, la deshonra, arruina su vida, destroza el corazón de su padre, y no pasa nada… Un proceso… Doutreval rió con amarga sonrisa… ¡Un proceso! Penoso, interminable, respetuoso con las fórmulas establecidas, para aplacar este odio feroz, esas ansias de venganza. Doutreval se sintió arrebatado por el súbito e irresistible deseo de encontrarse frente a frente con Guerran. Salió de la habitación, cambió de opinión, volvió a entrar y, dirigiéndose a la mesita de noche, cogió del cajón el pequeño revólver automático con culata de nácar que llevaba consigo durante la guerra del 14. No abrigaba ninguna intención de servirse de él. De todos modos ¡qué irrisoria satisfacción una bala de revólver cuando uno quisiera sentir entre sus manos la ausencia de la vida al oprimir con fuerza una garganta! Sin embargo, se daba cuenta, sin confesárselo, que su disputa podía tener consecuencias imprevisibles, hasta límites insospechados. En caso de llegar

a las manos, su rodilla lastimada dificultaría enormemente sus movimientos. Cargó el revólver, descorrió el cerrojo de seguridad y metió el arma en el bolsillo del pantalón. Determinóse, pues, a guardarla en la chaqueta. ¡Qué cosas tan singulars se piensan en tales momentos!

Se encontró frente a la puerta de Guerran. Había caminado como un autómata, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Al entrar en el gabinete del abogado, un secretario se cruzó en su camino:

—¿El señor Guerran… ¿ —dijo Doutreval con voz quebrada.

Sentía una gran opresión en el pecho.

—El señor Guerran acaba de salir para París, señor Doutreval —dijo el secretario Legourdan—. Tengo entendido que espera allí, dentro de algunos días, la visita de usted… ¿Quiere que le avise…?

—Sí… No… Ya veré… Usted perdone. Muchas gracias.

Salió. Al atravesar las calles de Angers se acordó de que Jeanne Chavot, en tiempos que era su amiga, había hecho dos o tres veces veladas alusiones a Guerran y Fabienne… ¡Algo sin duda había de saber! La vergüenza y el furor cegaban a Doutreval.

Al entrar en su casa, encontró a Léonie, la criada, en el vestíbulo.

—¿Se encuentra mal el señor?

—¿Dónde está la señorita?

—La señorita acaba de salir para Aix. Me ha encargado decirle que le esperaba allí…

—¡Ah! Sí… Sí… Hágame la maleta esta noche. Léonie. Me voy a París mañana por la mañana. Encárguese de la ropa interior. Me duele la cabeza. Me voy a acostar. No me llame para nada.

Subió a su cuarto y se acostó. Durante horas y horas, su cerebro se sumió en los más desatinados pensamientos, hasta el punto de que le pareció alcanzar los límites de la locura.

A la una de la madrugada, aturdido por la fatiga nerviosa, Doutreval bajó a su laboratorio en busca de gardenal. Engulló treinta centígramos. Pensó en Géraudin.

Despertóse tarde. Tenía náuseas y le dolía el estómago. Se levantó. Le entró un mare y volvió a acostarse. Llamó a Léonie.

—¿No sale el señor?

—No. Estoy enfermo. Diga a Lherbier que suba.

A las diez llegó Lherbier, el nuevo ayudante de Doutreval. Traía el correo y noticias de orden profesional. Doutreval lo recibió en la cama y lo despidió en seguida. Poco inteligente y demasiado zalamero, Regnoult también lo era, pero más sutil, más fino… Sabía disimularlo. ¿Por qué se había marchado Regnoult? ¿No estaba también él enterado? ¿Y no lo estaban muchos otros? Doutreval sintióse la frente bañada en sudor. Un sentimiento de vergüenza y de furor le oprimía el corazón.

Nada nuevo traía el correo. Un artículo sobre la convulsoterapia firmado por un amigo. Un artículo de camaradería, casi halagador. Otro, en una revista de no mucha circulación y que le había costado mil francos a Doutreval. Y catas, gente que solicitaba explicaciones, alusiones al turbio asunto de Marruecos.

Doutreval se sumió de nuevo en sus preocupaciones y consideró la amenaza que se cernía sobre su obra. Pensó en el Centro, en la gestión iniciada y que ahora resultaba imposible… No había pensado aún en ello. Nuevamente un sudor frío bañó su frene. Fue sin duda en tal momento cuando más odió a Fabienne.

Echóse nuevo en la cama. Las cartas y las revistas que resbalaron sobre la colcha yacían ahora en el suelo. Estirado, inmóvil, el rostro ceroso, Doutreval permanecía tranquilo. Pero su cerebro ardía tumultuosamente.

—¡Que se vaya! ¡Que desaparezca de mi vista! —rugió en él el demonio del odio—. Tanto peor para ella. ¡Ha arruinado mi vida! ¡Ha comprometido mi obra! ¡Todo ha terminado! Sí, será como si no hubiera tenido ninguna hija. Una obra reclama víctimas. Pues ella lo será.

La crueldad, el salvajismo de este sacrificio le parecían a Doutreval aureolados por la grandeza de un renunciamiento de la antigüedad.

—¡Que se abra camino por sí misma! no le faltará dinero, un techo donde cobijarse, gente amiga como los Droux…! no estará sola… No tendrá de qué quejarse. ¡Ella lo ha querido!

El se quedaría solo y seguiría luchado. Todavía era tiempo de dar fin a su obra. Había que evitar el escándalo. Que el hecho no trascendiera… Todo podía repararse…

Echado en la cama, inmóvil pasó largo rato en ese febril estado de ánimo.

Hacia las once, Léonie se marcho a la compra. Doutreval bajó, encorvado, apoyándose en el bastón. Le dolía el epigastrio y la cabeza le daba vueltas. La casa, vacía era sombría, polvorienta y llena de ecos. En aquel instante se dio cuenta de lo triste y descuidada que era la casa desde que murió Mariette. Al entrar Léonie se avergonzó de deambular de aquel modo, como un anciano, en medio de aquella soledad y subió a acostarse de nuevo.

—¿Almorzará el señor? —preguntó Léonie.

—No. Hágame una taza de tila.

Fiebre, fatiga, un ansia absurda y obsesionante de trabajar, de escribir cartas, de replicar a las críticas y al mismo tiempo un agotamiento nervioso que le nublaba la vista. Apenas probó la tila. Los mismos pensamientos atormentaban su cerebro: el Centro, Marruecos, Fabienne, Guerran, los artículos de Prensa, Marruecos… A mediodía, sin conseguir fijar sus ideas, volvió a ingerir gardenal, lo que le proporcionó unas horas de sueño atroz. Cada cinco minutos, hasta el momento de sumirse en la inconsciencia, una fuerte conmoción en la cabeza le despertaba, una palabra, un recuerdo agudo como un grito:

—¡Fabienne!

Despertóse a las tres de la tarde, extenuado, con mal sabor en la boca. Vomitó bilis. Era el día de permiso de Léonie. Ella no quería dejarlo solo, pero él le dijo en tono agrio que le preparara una infusión de tila y le ordenó que se marchara. Se fue después de haber recibido el correo de manos de Lherbier. Nuevos motivos de preocupación. Y sin noticias de Fabienne.

«Que se las arregle como pueda —pensó Doutreval—. ¡Que no espere ni una palabra de mí!»

Sentíase cada vez más furioso. ¿Cómo luchar, ahora que ella le había puesto en entredicho? ¿Ir al Ministerio? ¡Vaya papel, el suyo! Había tenido un ataque de hígado. Ello le obligaría a esperar ocho días. ¿Y con quién iría al Ministerio? ¡De quién se valdría? Guerran…

«Y pensar —se decía Doutreval enfurecido— que si todo hubiese ocurrido ocho días más tarde, yo nada hubiera sabido. ¡Todo hubiese podido arreglarse!»

»¿Está Guerran enterado de ello? No. Fabienne en Aix y él en París. ¡Y me espera…!

Pensaba en Guerran con menos violencia que en la víspera y la antevíspera. Se acordó del revolver cargado, de las singulares precauciones que tomara, del arma colocada en el bolsillo de la americana, al alcance de su mano. Todo ello le pareció lejano, brumoso como una embriaguez. Aquella tarde la cólera había obrado sobre él como los vapores del alcohol. ¿Cuál era la opinión de Guerran?

Estaba enterado del estado de Fabienne. Su propia hija se lo había dicho. Y había añadido que, tras una explicación que tuvieron, él había prometido divorciarse.

«¡Fabienne tiene derecho a ello! ¡Yo, yo podría exigírselo!».

¿Era ésta la salida, la salvación posible? Pensó en ello largo rato, pero luego abandonó la idea. Evidentemente, acarrearía un escándalo. Todo el mundo sabía la protección que Guerran dispensaba a Doutreval y dirían: «¡Doutreval ha vendido a su hija!».

En la cama, mudaba continuamente la postura.

«¡Es una cualquiera!»

Sin embargo, un escándalo se va amortiguando hasta que llega a olvidarse. Todo pasa… Y eso salvaría la situación.

«Ella no quiere ese divorcio, lo ha rechazado. Pero Fabienne nada tiene que decir sobre esta cuestión.

»Sí, pero ¿y yo? —pensaba Doutreval—. ¿Cuál ha de ser mi actitud? ¿Cuál mi papel? ¿Cuál mi situación? ¡Yo no puedo aceptar eso!

»¿Qué es lo que ella quiere? Evidentemente abrigaba el propósito de no confesarme nada. Guardar silencio. ¿Y luego, qué? ¿Desembarazarse de la criatura? ¿Enviarla a una nodriza? O bien… ¿O quizá provocar un aborto? ¡Fabienne! ¡No, ella no podía hacer eso…! para mí continúa siendo «una chiquilla con la cabeza bien sentada». ¡Qué idiota soy! Ella ha debido maquinarlo todo. Y yo no me hubiera enterado de nada, de nada. Parece mentira que… que el hombre todavía feliz que yo era hace dos días pueda continuar existiendo».

Acordóse de que poco bastó para que todo lo ignorase. Un viaje, una ausencia, una convicción enfocada sobre otros temas y todo hubiera cambiado. Fabienne se escapaba de su lado, se hubiera alejado de él con cualquier pretexto. Aunque trataba de desechar esta idea, no por ello dejaba de lamentar haber sido tan incisivo, tan lúcido, haberse dado cuenta de la angustia de su hija, haber adivinado tan rápidamente… ¡Qué sencillo hubiese sido todo de haberse mostrado un poco más ciego!

Se levantó para ir a vomitar bilis. ¡Ese gardenal…! se tomó el pulso. Tenía temperatura: 39 grados por lo menos.

Sin embargo, si nada hubiera sabido, todo estaba salvado. No pensaba en nada, iba a visitar a Guerran las cosas estaban en camino de arreglarse…

Se puso el batín y trató de escribir una carta, releer un artículo. ¡Imposible! La cabeza le daba vueltas. Sintióse presa de angustia y se imaginó enfermo, sin poder moverse de la cama, inactivo en medio de aquel hundimiento… Y de nuevo apoderóse de él la idea cobarde de lo que hubiera podido ocurrir de no haber sido tan clarividente, de no descubrir el mal con tanta rapidez… Pensó en burdas artimañas, en una carta con fecha retrasada, en algo que impeliera a Guerran a actuar sin que él tuviera que volver a verle. Luego, otra idea acudió a su mente. «Escribir a Guerran…»

Guerran no sabía nada. A sus ojos, Doutreval era ignorante de todo. ¿Por qué no fingir esa ignorancia? Guerran esperaba su visita, puesto que había dicho a su secretario:

—«Veré a Doutreval en París».

¿Ir a París? No, imposible. Pero escribir, emprender una gestión… Hacerse el ignorante… ¿Y después?

¿Después? Nada. La mente febril de Doutreval pensaba con una prodigiosa rapidez. En cuanto a Fabienne, ella haría lo que mejor le pareciera. Él no le hablaría ya más sobre el particular. ¡Ah, qué alivio! Había evidentemente ese hijo, esa pesada carga, esa tara vergonzosa para ella… Pero quizá esa criatura no viniera al mundo… Ella ha debido pensar en ello… En el fondo, esa debía ser su idea… Era posible y hasta fácil depararle una ocasión. Hacerle conocer, indirectamente, como si se tratara de un encuentro casual, un médico complaciente… Fabienne no sabría jamás que aquello sería obra de su padre. Ni uno ni otra tendrían motivos para sonrojarse. Por otra parte, ella seguiría estando en París y él aquí… ¡Qué fácil era todo! Se verían muy raras veces, y ambos guardarían silencio. Y el Centro se salvaría, la obra se realizaría…

—¡Ah! —exclamó Doutreval en voz alta— ¡Y vosotros que pensabais tenerme bien sujeto!

Bebió la infusión de tila ya fría, sintió náuseas, la vomitó y luego se encontró mejor, menos febril. Se enrolló al cuello una gruesa bufanda y bajó.

En la casa desierta reinaba un silencio absoluto. No había nadie. Salió al jardín sumido aún en la desolación invernal. La acacia, antaño esmeradamente podada, apuntaba hacia el cielo nuboso largas y espinosas ramas. Las verdes laminilla de los primeros iris emergían de la tierra pisoteada donde iban pudriéndose las hojas muertas. ¡Qué limpio era antes todo aquello! Desde que Mariette murió, Léonie vaciaba a lo largo de la pared las mondaduras y los residuos. Él no disponía de tiempo para pensar en todo aquello. Su obra… Sentóse en el banco, junto a la ventana del laboratorio. Sentía frío. Permanecer

allí le proporcionaba un gran bienestar. Del interior de la casa llegó a sus oídos el timbre del teléfono. No se movió. Estaba demasiado cansado. Harto se adivinaría su laxitud. En la vida, jamá debe uno dar la impresión de vencido.

Levantóse y dio algunos pasos. Se sentía viejo. Cojeaba más que antes. ¡Qué grande y vacía era la casa! notó que los visillos de las ventanas del segundo piso estaban deslucidos y deshilachados. Era, en suma, la casa de un hombre viejo y solitario. Fue a orinar junto al gallinero. Observó que su orina era muy encarnada. Y pensó al mismo tiempo que la soledad animaliza al hombre. Al vivir solo, uno adquiere costumbres de sucio egoísmo. Volvió a sentarse y escupió bilis.

Oyó un rumor junto a la pared. Se volvió. Bajo las plantas todavía desnudas, rozando apenas las hojas muertas de las vedes vides, se acercaba un animal. Doutreval reconoció a *Titi*, el gallo de Mariette. El ave era ya vieja y sus rivales la zarandeaban de lo lindo, hasta el punto de que Léonie la sacó del gallinero dejándola corretear por el jardín. La bestia llevaba allí una vida apartada y melancólica. *Titi* se acercó a Jean Doutreval, le miró con sus redondos ojos, semejantes a brillantes botones de cristal engastados en la roja carne, y cloqueó. Con un vuelo, con un salto aún ligero, se posó en las rodillas de Doutreval.

Quedaban aún en el bolsillo del batín las migajas de un bizcocho. Doutreval las ofreció al animal, lo acarició y tuvo la impresión de estar menos solo.

Se acordó de Mariette, de aquel tiempo en que ella lo animaba todo, en que los perros perseguían a los gatos ladrando furiosamente, en que los conejos, las gallinas y los palomos hacían un revuelo de mil demonios precipitándose en tropel a los pies de su ama, en que *Titi*, al verla llegar, se colocaba en lo alto del gallinero para darle la bienvenida con sus cantos triunfales. Se acordó de que en aquellos días había más luz en la casa y en el jardín. Entonces se dio cuenta, en todo su alcance, de la alegría, el bullicio, la vida que con tanta rapidez había desaparecido de la casa. Sintióse solo y agostado como un árbol muerto. Se dio cuenta de su pavorosa soledad de hombre viejo, reducido a alimentar a un desgraciado gallo y a emocionarse con el afecto que le demostraba un animal…

Advirtió toda la amplitud de su miseria. Suavemente, prodigándole una última caricia, dejó a *Titi* en el suelo, sepultó la cabeza entre sus manos y lloró. Hubiérase dicho que esos ojos e abrían y que de pronto lo veía todo con más claridad. La culpa era suya y sólo a él debía achacarse. Aquella soledad era obra suya. Por culpa de su orgullo había perdido a Michel. Luego a Mariette. Y ahora a Fabienne…

Se dio cuenta del abismo al que iba a precipitarse. Y se negaba a creer que hubiese podido consentir en ello. Percatóse claramente de lo que iba a hacer: inmolar su último hijo a su orgullo, sacrificar la última posibilidad de dicha que le quedaba en su intento de salvar una obra que, ahora lo veía claramente, no era más que un embuste. Arrancó brutalmente el velo que nublaba su facultad de pensar, aventó de su mente toda la bruma acumulada por su soberbia y se confesó a sí mismo que lo que a fin de cuentas se proponía era hacer abortar a su hija, recabar para el Centro la ayuda del amante de Fabienne y apartar de su lado a su hija, perderla, sacrificarla. Esa odiosa y cruda verdad le horrorizó. No, eso no era posible, él no llegaría hasta ese extremo. Y de pronto, como un alud irresistible, invadió su ser un hondo sentimiento de cariño hacia Fabienne… La recordó frente a él, cansada, agobiada, enfermiza, cogiéndose con las manos sus trenzas desatadas… Se la imaginó en Aix, sola y desesperada, presa de angustia y encinta… Sentía una extraña opresión en la garganta, y de repente apoderose de él un inmenso sentimiento de compasión, un loco deseo de estar al lado de su hija, de besarla, pedirle perdón, consolarla……

Sí, Doutreval no iría más lejos, había llegado al límite. La pasión egoísta no le haría avanzar un solo paso.

«¡Nada existe! —le decía a gritos la razón—. Nada existe, tú no crees en nada, sólo tú existes, únicamente tú. En este mundo sólo cuenta tu poderosa voluntad de satisfacer tus deseos. Ésta es tu única preocupación. Sabes demasiado bien que fuera de ti y después de ti no hay más que la nada».

Pero aunque su amor propio y su terquedad nihilista se desgañitaran, Doutreval era incapaz de ir más lejos. Algo en él se negaba a salir adelante. Capitulaba, cedía a la ternura humana, a la necesidad de amar, a la piedad, a un instinto más poderoso que él, que dominaba su razón. No, no podía resignarse a este último y salvaje sacrificio de su hija. Sería la bancarrota de su vida, de todos sus principios, de todas sus afirmaciones… La destrucción de toda su obra, el derrumbamiento de todos los holocaustos hasta entonces consentidos. ¡Qué más da! Había llegado el momento en que el orgullo, el yo, reclamaban de él, después de todo lo ocurrido, el sacrificio de su último hijo. Y eso era mucho, demasiado. Doutreval se negaba a ello.

¿Para eso se han querido apagar en el cielo los luceros de la esperanza, haber desposeído al Crucifijo de su realeza y de su corona…? en este mundo sin guía y sin fe, hoy día, en el lugar de la divinidad expulsada se ha instalado y reina el Yo, una nueva divinidad, cruel y tiránica, monstruosa hasta lo indecible. Ya no hay Dios —dice el hombre—. Ahora existe el Yo, el egoísmo. Y he aquí que el Yo se exora con todos os antiguos atributos de Dios, y se muestra infinitamente más feroz que el más bárbaro de los dioses. Doutreval pensó en la frase de Nietzsche:

«Me he disfrazado de Dios. ¡Es más cómodo!»

¡Eso es! Y ese Yo disfrazado de Dios, revestido con la túnica sin costura y los andrajos del Dios de quien se ha renegado, proclama sus exigencias, ordena, tiraniza y martiriza como jamás lo hizo ningún Dios. Sólo existe el Yo. Así que todo debe sacrificarse a él. Humanidad, patria, amistades, familia, hijos, piedad, amor; no hay sacrificio que no te pida un día el nuevo amo. Hasta el momento en que te sentirás incapaz de ir más lejos, de dar satisfacción al monstruoso culto, de someterte a sus despiadadas exigencias, de destrozar tu corazón en nombre del egoísmo, y entonces te dirás:

«¡Pides demasiado para mí!».

Doutreval no había comprendido ese grito de su hijo en el momento de su ruptura: «Me pides demasiado…» ahora, roído por los remordimientos y la desesperación, lo comprendía.

Había abrumado a Michel con su desdén. Le había apostrofado tratándole de débil y cobarde. Él se había creído un superhombre. Había sacrificado a Michel, a Mariette… Había alcanzado el límite de ese estoicismo cruel. Y ahora le pedía que sacrificara a Fabienne. Y él, fuerte, vacilaba y hacía marcha atrás. Percatábase de pronto de la salvaje inhumanidad del nuevo ídolo. Se daba cuenta de que sería incapaz de darle entera y total satisfacción, y, por primera vez en su vida, de esa cosa sorprendente y consoladora: de que muy pocos hombres han podido vivir en un ateísmo total, llegar hasta las extremas consecuencias del nihilismo…

«¡Me piden demasiado!»

A él, el hombre cruel y despiadado, le había llegado el turno de ceder, de sacrificarse por un sentimiento de ternura, de piedad…

Nietzsche… El caballo de un coche de punto… El beso dado a la bestia dolorida y apaleada, en una calle de Turín, en vísperas de la locura… El gesto significaba sin duda lo mismo. Ahora lo comprendía Doutreval. Cuando Nietzsche se echó al cuello del animal martirizado debió de experimentar algo más que todo el mero horror ante el horrendo drama de la materia capaz de sufrimientos. Sí, otra cosa: un gesto de rebelión, una negativa…

El mismo grito, en el fondo del alma del genio medio loco, que profiriera Michel, el mismo que el de Doutreval:

«¡Me pides demasiado!».

La misma negativa de llegar hasta el límite extremo de la crueldad lógica. El mismo gesto de un hombre que, como Doutreval, deificara el egoísmo, y que, horrorizado ante el abismo de inhumanidad que se ha abierto ante él, también él retrocede y se abandona a una piedad absurda, a lo incomprensible. Piedad que, en el último momento, ya en el umbral de la locura, le salva sin duda por toda la Eternidad.

Un hombre encorvado, abrumado por un cansancio infinito, apoyándose en un bastón, arrastrando su pierna lastimada, caminaba lentamente, seguido de un viejo gallo de lacio plumaje, por las avenidas del

triste y desnudo jardín y revivía intensamente su pasado. Desfilaban por su mente todos los sacrificios consentidos al ídolo, al único y monstruoso amor de sí mismo, y se daba cuenta de que toda su vida no había sido más que un fracaso lamentable. En el fondo, sólo había vivido para él. Sus hijos, sólo los había amado para sí. Sólo los había educado para asociarlos a su obra, verlos vivir y gravitar en torno suyo. Su felicidad quería que dependiera de la de él. A Michel le había impuesto su condición nihilista del mundo: se propuso que fuera más fuerte que él mismo. Y cuando Michel claudicara imponiéndolo lo que él juzgaba una humillación, lo había apartado de su lado sin calcular lo que exigía de su hijo, sin pensar que él mismo, el padre, capitularía también un día ante lo inhumano de su filosofía. Su obra la había destinado a su hijo. ¿Deseo de salvar a los hombres? Oh, sí, claro. Mas, sobre todo, afanes de gloria, ansias de satisfacer su ambición y su orgullo. El germen que alentara su obra, era, en el fondo, impuro, y en consecuencia llevaba en sí el sello de la corrupción. Únicamente por orgullo, siempre había rehusado estudiar los trabajos de algunos de sus competidores, apartando a un lado a discípulos y ayudantes cuya inteligencia y espíritu de iniciativa podían arrebatarle parte de su fama, puesto trabas al desenvolvimiento de cuantos le rodeaban para mejor destacar sobre ellos. Sólo para satisfacer su orgullo había explotado a Regnoult, con su estilo elegante en redactar, su arte en desarrollar un tema; a Groix, con el ardor que ponía en el trabajo, su imaginación, su facultad de inventiva. Groix y su cicatriz… El botellazo que recibió en la cara para salvar a Doutreval… ¿Y de quién fue la idea del curare, quién la puso en práctica? Groix. Sin embargo, en el último instante, Doutreval prescindió de él y firmó solo la comunicación a la Academia de Medicina. Un robo, en suma. El sentimiento de orgullo había hecho tabla rasa de la conciencia, el sentido moral y la humanidad. Hubo momentos en que, de una manera intuitiva, Doutreval se había dado cuenta de que andaba equivocado. Ante el espectáculo de las crisis sufridas por los convulsionados, ante aquellos miserables locos atacados de tétanos, cuyos miembros se les quebraban en sus espasmos, algunas veces, Doutreval, horrorizado, había vacilado, percatándose de que iba demasiado lejos y que el derecho de uno a efectuar experimentos sobre sus semejantes tiene sus límites. Sin embargo, siempre había hecho caso omiso de su conciencia. ¿Por qué? Porque lo que en el fondo ambicionaba era cosa distinta de la salvación de los hombres. Apetecía su única satisfacción, la apoteosis de su «yo». Acudió a su mente aquel film de actualidades, en el que trataba de curar a un loco entre un combate de boxeo y experimentado una impresión desagradable y asqueante. ¿Por qué? Porque, en el fondo, sin atreverse a confesárselo, se daba cuenta de que aquella farsa, aquella exhibición de un demente en plena convulsión de epilepsia artificial, constituía una sacrílega profanación de la miseria humana puesta al servicio del orgullo. Propaganda, artículos mendigados a amigos suyos, artículos pagados a pobres directores de revistas… Y una cobarde y secreta sensación de alivio cuando Groix, testigo demasiado lúcido, le dejó… ¡Demasiado lúcido! ¡Cuán acertadamente juzgaba su obra y la calificaba aquella noche en Ámsterdam, cuando el «patrón» vacilaba, respeto a la operación de Mariette, entre Heubel y Géraudin! Groix había visto claro en el alma del maestro. Y había «reabierto» a la muerta. Había visto la verdad. Lo sabía todo. Desde aquel trágico momento en que, en su semiinconsciencia, a la cabecera del lecho mortuorio de Mariette, Doutreval oyera las palabras de Cassaing a Fleurioux: «La han vuelto a abrir y Groix me ha explicado que…»; desde aquel momento Doutreval se había sentido desazonado en presencia de su ayudante.

»¿Por qué escogí a Géraudin? —pensaba Doutreval. Sabía, en el fondo, que no era el de antes, que habían sobrevenido en su clínica algunos accidentes… Pero necesitaba a Géraudin—. Me engañé a mí mismo, quise tranquilizarme, cegarme. Y sacrifiqué a Mariette.

»Y la he sacrificado una vez más al cabo de un año de su muerte, al ir a ver a Géraudin en demanda de apoyo para el Centro. Yo lo sabía, me daba cuenta. Y él también. Sin embargo, de no haber hoy ocurrido el desastre de Fabienne, lo hubiese olvidado todo y no me hubiera acordado de nada. Ni siquiera hubiese pensado en ello»

¡Memoria, inteligencia, razón, altas facultades del alma de las cuales nos gloriamos, sujetas, en cambio, a la rosa de los vientos del orgullo!

«¿Y Fabienne…? Mía es también la culpa de lo que le ha ocurrido. He querido asociarla a mi obra. La envié a París para «adiestrarla».

No vacilé en apartarla de mi lado, en sumirla en un ambiente emponzoñado. ¡Así tenía que ser, puesto que había de ser mi colaboradora! Sí, y además, cuando las dudas comenzaron a socavar los cimientos de mi obra, Fabienne siguió, a pesar suyo, en París. La he mantenido lejos de mí para que no se diera cuenta de mis vacilaciones. No quería sufrir ante ella la humillación de confesar mis fracasos, las dificultades con que tropezaba. Éste es el motivo por lo que, en el fondo, me negué a que volviera, precisamente cuando el demonio de la duda le roía el alma, cuando tenía necesidad de mí, de un hogar, cuando me rogaba que la dejara ir a Angers… Yo me negué. Peor aún. He dado pie a sus relaciones con Guerran. Ello me halagaba y podía serme útil… ¡Todo esto es lo que había dentro de mí!

«Y ahora Fabienne ha caído. Sin embargo, aún me atrevía a esperar… ¿qué? ¿Qué tentación anidaba en mí? Guardar silencio… Vender a mi hija a cambio de que mi obra subsistiera, salvar mi abominable orgullo,… a lo que seguiría llamando heroísmo y grandeza de alma…»

Solo, apoyado en un añoso árbol, bajo la luz del crepúsculo, Doutreval, por primera vez, hacía examen de su vida y se juzgaba a sí mismo.

«¡Un genio! ¡Un gran hombre! ¡Un sabio! ¡Una gloria! Sí, quizá es eso. ¡Vanidad, presunción, mentira, bajezas, robos, crímenes! Y ni siquiera sin que uno se dé cuenta. ¡El orgullo! ¡Ah, el orgullo!

Le dolía el estómago. Regurgitó hiel. Subióle a la boca un vómito de bilis, un líquido amargo que escupió furiosamente, con un rictus de repugnancia, como si hubiera escupido el asco que sentía de sí mismo.

CAPÍTULO V

Hacía cuatro días que Fabienne había llegado a Aix, a la villa «Graziella», a orillas del Sierroz. Nada había dicho a sus viejos amigos los Droux. La señora Droux se había mostrado preocupada por su mal semblante, pero Fabienne la tranquilizó diciendo que durante el invierno había contraído una anemia cuya convalecencia exigía una temporada de reposo. Sin embargo, los Droux seguían inquietos. Fabienne no reía como antaño, guardaba largos silencios y no iba, como antes, de las conejeras a la huerta…

El domingo, hacia las dos de la tarde, Fabienne, como todos los días, enfiló la carretera de Aix, al encuentro del cartero. No había nada para ella. Volvió sobre sus pasos, y después de advertir a los Droux, se encaminó por el empinado atajo que domina el lago y conduce al pueblecito de Saint-Innocent. Dos kilómetros más allá de Brison se elevaba una pequeña fábrica en la que se hilaba pelo de conejo y lana «Angora». Quería comprar algunos ovillos a la patrona. Hacer punto de media le ayudaría a matar el tiempo…

Caminaba lentamente y era ya tarde cuando llegó a Brison y Saint-Innocent con su paquete de lana de conejo. Cogió de nuevo la larga y sinuosa vereda que trepa, desciende, vuelve a subir y vuelve a bajar en dirección a Aix, por entre los viñedos y los campos apenas afelpados por las primeras espigas de avena y de trigo. Un sol pálido iba ocultándose detrás del Dent du Chat. Las cimas de las montañas se veían blancas de nieve en las quietas aguas del lago, ninguna barca. Ni un pájaro volaba sobre la inmóvil superficie. Aquella inmensidad de agua inmota bajo las sombras del atardecer tenía una extraña y grave melancolía.

Antes de llegar a un grupo de opulentas villas que se levantaban en la colina, entre Saint-Innocent y el Sierroz, Fabienne giró a la izquierda para acotar el camino tomando una serie de atajos más agrestes, por los que gustaba de andar. Entre prados cuajados de álamos seguía un camino franqueado de tupidos zarzales. Sentóse un momento sobre un tronco de álamo derribado el otoño anterior y cuando reanudó el camino hacia la casa vio que a lo lejos, en un recodo del sendero, alguien se acercaba hacia ella. Una alta silueta, un hombre tocado con un flexible verde, enfundado en un largo impermeable y que se apoyaba al andar en un grueso bastón. Reconoció a su padre.

No se atrevió a levantar los ojos ni a detenerse. Sin embargo, parecía que una mano le oprimía el corazón. Fabienne prosiguió su camino, con la vista nublada, una sensación de ahogo en el pecho y a punto de desvanecerse. Así caminó hasta que estuvo a pocos pasos de él. Entonces levantó la cabeza y le miró.

Recibió una extraña impresión. Le costó trabajo reconocerle. Estaba muy cambiado. No era el mismo hombre. Más viejo, más caduco, como consumido. No encontraba en sus facciones aquel esfuerzo, aquella constante tensión que las endurecía. Parecía como si, cediendo a su lasitud, apareciera por primera vez su verdadero rostro. Esa impresión instantánea, la sobrecogió. La mirada sobre todo, no era la que ella esperaba. Ni odio, ni severidad. Sólo depresión y tristeza… Fabienne quedó como aturdida. Sí, aquella era su obra. ¡Y en cuatro días! Sintióse desfallecer.

—Buenas tarde, Fabienne —dijo él.

—Buenas tardes, padre —balbució ella.

¿No me das un beso?

Doutreval bajó la cabeza. Fabienne le rozó su mejilla con los labios.

—Llegué ha poco a casa de los Droux. Me han dicho que habías salido para Brison y he venido a tu encuentro. ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué tranquilidad!

Se puso a caminar al lado de su hija y ambos siguieron el sendero de álamos abatidos, brezos y zarzales.

—¿Estás mejor?

—Sí…

—¿Has descansado?

—Sí, padre.

—¿Quieres que hablemos? ¿Qué examinemos la situación los dos solos?

De nuevo Fabienne sintió que su corazón dejaba de latir. Pero había que ser animosa. Y dijo con voz apagada:

—Si tú quieres, padre…

Doutreval la miró con el rabillo del ojo. Vio a su hija con el semblante descompuesto, afligida, crispadas sus facciones en un desesperado esfuerzo para sobreponerse a su temor. Y sintió por ella una compasión infinita. No supo qué decir, cómo hacerle comprender los sentimientos que le embargaban. Doutreval jamás había sido hombre cariñoso. Colgó del brazo izquierdo su recio bastón de curva empuñadura, posó simplemente la mano en la espalda de su hija y se apoyó en ella mientras caminaba. Fabienne sentía el peso de la mano paterna y observó su pronunciada cojera. Trastornada, estaba a punto de llorar. Parecía que a través de su mano Doutreval le confesaba su fatiga, dándole a entender cuánto necesitaba de ella. ¡La mano de su padre sobre sus hombros! Jamás había sentido como en aquel momento cuánta dulzura entrañaba aquel ademán. Ahora todo sería más fácil para ella y para él. También Doutreval se percató de ello.

—He reflexionado mucho, Fabienne. He examinado a fondo nuestra situación, bajo todos los aspectos. Y mis conclusiones, hija mía, son éstas:

»Es inútil discutir lo que tanto tú como yo sabemos. Esa ventura es un desastre para os dos. Tú eres mi último hijo, el único que me queda. Mi pequeña… Tu madre murió cuando tú viniste al mundo… Quizá por eso te quería más. Me había hecho muchas ilusiones respecto a ti… Todo se ha derrumbado. Y también mi obra. Guerran podía salvarla, pero ahora es ya imposible…

»Debo decírtelo todo, confesártelo todo, Fabienne. Por un momento pensé en sacrificarte a ti. Sí… Pensé en salvarlo todo, en llevar mi obra adelante… ir a ver a Guerran, o al menos escribirle, fingir ignorancia de todo, solicitar su apoyo, sofocar el asunto de Marruecos, salvar el Centro. Todo era posible. Tú podías pasar una temporada lejos de mí. Y ese hijo… ese hijo… Pues bien… No debes de ignorar que existen procedimientos para evitar que un hijo venga al mundo… en todo eso pensé, Fabienne. Nada te hubiera dicho y me las habría arreglado para que la ocasión, la tentación de librarte de tu hijo no parecieran insinuaciones mías. Llegado el caso hubiese fingido creer en un accidente… Y Guerran me avalaba… hasta ahí hubiera llegado, Fabienne…… Y he querido que tú lo supieras.

Fabienne hizo un gesto.

—No he podido hacerlo —prosiguió Doutreval—. No sé por qué. No es lógico. No creo en nada. Cuando uno se hace viejo se torna débil, sin duda… En todo caso, no puedo ir más lejos. En fin, estoy resuelto a abandonarlo todo, mis trabajos…

Fabienne levantó la cabeza, miró a su padre y murmuró:

—Tus trabajos…

—Sí. Resulta muy duro, claro. Pero en el fondo estaba sumido en el error y la mentira. Y probablemente me hubiera hundido todavía más… Tú no puedes comprenderlo. Pero en realizad quizá haya sido mejor que eso sucediera, incluso para mí. Me ahorra sin duda un calvario… Ese castigo de sobrevivir a mi obra, de ser como tantos otros un viejo estúpido obstinado en un sistema, el único en creer en él en medio de un grupito de logreros y aduladores que fingen admirarle a uno… Uno de esos decrépitos imbéciles de quienes sólo se espera su muerte para, en un postrer sentimiento de deferencia,

enterrar sus teorías con ellos. ¡No, gracias! ¡Voy a dejarlo todo! No digas nada, es demasiado tarde; ya está hecho. Ayer mandé un artículo que equivale a una retractación. He dado explicaciones al Ministerio y reconocido mi error. Gigon debe de haber recibido ya mi dimisión. No profesaré más. ¡Todo ha terminado!

Siguieron caminando en silencio, uno al lado del otro, con la cabeza baja, por el angosto sendero cuyos zarzales arañaban el impermeable de Doutreval con un suave rumor de zarpas.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Fabienne, en voz baja.

—Era necesario, hija mía. Cuando uno se ha equivocado y ha sido terco y testarudo como yo lo he sido, no tiene más que confesar su error y luego callarse y desaparecer de la vista de las gentes. De todos modos, o era ya posible seguir viviendo allí después de lo que a ti te ha ocurrido… Ten en cuenta el escándalo…

»Porque también tú, pobre hija mía, tienes tu deuda que pagar. No es ciertamente un risueño porvenir el que vengo a ofrecerte… ¿Eres animosa?

—Sí… —murmuró Fabienne.

—Pues bien, he pensado establecerme aquí. Voy a liquidar todas las cosas en Angers y me reuniré aquí contigo, definitivamente. Ejerceré la medicina, me procuraré unos pocos clientes que me permitan vivir… Me he enterado de que ha muerto el médico de Brison y yo puedo reemplazarle. Seré un médico de pueblo, un médico de montaña… Aún me siento fuerte… Viviremos los dos solos. Visitaré a mis enfermos y efectuaré sin duda algunas consultas.

»Durante el verano, quizá vengan a verme algunos ricos de Aix. Con mi jubilación, mis rentas y lo que gane, podremos vivir. Y tú, Fabienne, te harás cargo del gobierno de la casa… y criarás a tu hijito…

»Comprendo que todo eso no es muy brillante que digamos, hija mía… Pero es la vedad. Es el orden. Lo he aceptado y es preciso que también tú lo aceptes. Lo más cruel es que todo cuanto ha ocurrido lo ha sido por i culpa. Tú vas a pagar por mí. Eso es atroz. ¡Yo, tu padre, haber escogido eso para ti! Pero he llegado a la conclusión que en eso reside tu salvación, la única posibilidad que te queda de esperar aún en el futuro… Estás llorando… No me extraña, pobre hija mía… Perdóname…

Se llevó el pañuelo a los ojos. Fabienne se lanzó al cuello de su padre.

—¡No llores, padre! Soy feliz, estoy contenta. Soy yo quien te pide perdón. ¡Tú eres bueno!

—¡Bueno! —exclamó Doutreval con una amarga sonrisa—. ¡No, no soy bueno, hija mía! Cuando uno piensa cosas como las que yo he penado, cuando se tienen en la vida tales tentaciones y las malas acciones que han existido en la mía, no se puede ser bueno…

—¡Sí, tú eres bueno! Te desconoces a ti mismo. Estás calumniándote. Recuerda a todos aquellos por quienes te has sacrificado. A tus enfermos, los esfuerzos que has prodigado sin tasa, a todos cuantos has salvado la vida.

—Sí, por ambición… por orgullo…

—Acuérdate de Tom, el viejo perro de aguas al que habías de sacrificar ante los estudiantes… Te lamió las manos y entonces ordenaste que lo desataran y lo entregasen a Mariette… Ya ves que eres bueno.

—Debilidad… —dijo Doutreval encogiéndose de hombros.

—Y los chiquillos del hospital… ¿Has olvidado acaso cuánto los querías, cómo te preocupabas por ellos, la pena que tuviste cuando murió aquella muchachita idiota…? empezaba a reconocerte, y te tocaba la cara con las manos… Yo tenía miedo, pero tú se lo permitías todo… Le habías puesto cariño y cuando murió lloraste… ¿No te acuerdas de aquella mujer, una obrara de fábrica, que te llevó a su hijo, un mozo alto y robusto, atacado de locura, para que tú lo curases? Cinco años hacía que trataban de devolverle la salud. Se habían hecho toda clase de pruebas y había sido examinado por todos tus competidores. Acuérdate del miedo que tenías. Todos tus adversarios estaban al acecho. Si no hubieras tenido éxito, el fracaso se habría divulgado a los cuatro vientos. ¡Una verdadera catástrofe! y el caso

era casi incurable. Pretendían juzgarte a base de un milagro. ¿Te acuerdas que estuviste dos días vacilando? Finalmente lo aceptaste e hiciste ingresar al enfermo en Saint-Clément.

»Lo arriesgaste todo, tu apellido, tu reputación, tu método, todo, para no dejar desamparado a quien había acudido a ti. Y aquel desgraciado salió curado y volvió a su trabajo… Eso es lo que tú hiciste, padre. ¡Ya ves que eres bueno!

—¡Ah! —exclamó Doutreval.

Sentía una opresión en el pecho. Sentóse sobre un tronco de álamo, sacó el pañuelo y lloró. En su abatimiento y su miseria, las palabras de su hija cobraban para él una íntima dulzura y un inexplicable sentimiento de aliento. Pues uno de los mayores goces que el hombre puede experimentar es encontrar en su pasado el recuerdo de un gesto surgido del fondo de sí mismo, realizado sin proponérselo, sin haberlo querido, casi inconscientemente; un gesto de pura bondad, que le impele a creer en el bien. Y más allá del bien, que lo sepamos o no, está siempre la presencia de Dios. Pues los amores del hombre se cifran en el amor a sí mismo o en el amor a Dios. Sólo esos dos amores existen.

CAPÍTULO VI

El hijo de Evelyne no vendrá al mundo. A los tres meses, un aborto. Han debido de quedar restos de placenta pues la temperatura va en aumento. Roy aconseja un raspado. El día transcurre en medio de una gran ansiedad. Por la tarde, Roy se lleva a Evelyne a su clínica en automóvil.

Cuando Michel se dispone a ir a ver a su mujer le llaman de casa de Berlequin, el viejo obrero cardíaco. Su nuera se ha agravado.

Michel llega presuroso a una casa llena de lágrimas. La joven acaba de fallecer en brazos de la señora Maufray, la comadrona, durante el parto. El hijo de Berlequin murió hace tres meses. Con su mujer, sólo le quedaba al anciano su nuera y la esperanza de ese nieto…

Sin embargo, la criatura vive todavía en el interior de aquel cadáver. Michel pide ladrillos calientes, calentadores y mantas de lana con que mantener tibio el cuerpo sin vida. Y corre a telefonear a Roy.

En aquel momento Roy se dispone a intervenir a Evelyne. Michel expone el caso. Cesárea *post-mortem*. Siete minutos después llega Roy con un enfermero. Sin decir palabra se precipitan a la habitación, se enfundan en batas blancas y ordenan salir a los Berlequin, la comadrona y las comadres.

Con el oído pegado al agujero de la cerradura, Gay Houtten la rolliza tendera, oye horrorizada las breves palabras de Roy a su ayudante:

—Mucho cuidado, Gérard. Las precauciones de costumbre. Hemos de suponerla con vida. Nunca se sabe…

Luego el silencio. De vez en vez, un leve tintineo de instrumentos de acero. Una exclamación de impaciencia de Roy. Una orden:

—Catgut, Doutreval. Anude el cordón. ¡Listo!

De pronto, quiebra el silencio un leve y extraño gemido, el tembloroso chillido de una vieja y estropeada muñeca que estremece a todo el mundo con un sentimiento de horror y de esperanza a un tiempo.

Michel abre la puerta.

—¿Me hace el favor, señora Maufray…?

Sin embargo, acude todo el mundo. Todos quieren ser testigos del milagro. Hombres y mujeres irrumpen en la habitación, zarandean a la señora Maufray y miran boquiabiertos, alrededor de aquel cadáver despanzurrado, a los tres carniceros que con las batas moteadas de sangre muestran radiantes a todos los presentes una criatura viva.

—Y ahora —dijo Roy— me voy a la clínica a operar a tu mujer. ¿Qué piensas hacer?

Michel vacila. No puede marcharse. La criatura es endeble, apenas tiene vida. Según la fraseología técnica, ha nacido «pasmado». No, Michel no puede abandonarlo.

—Debo quedarme… Apresúrate. Procura esmerarte…

Roy le mira un instante, le estrecha la mano y se va. Hasta muy tarde, Michel calienta mantas de franela, vigila al recién nacido y tiene que atender a Berlequin, que ha sufrido un Síncope. En medio de ese tráfago, le asalta de vez en vez el pensamiento de Evelyne… A las diez, da por terminado su trabajo. La criatura va bien, y los Berlequin casi han recobrado su presencia de ánimo.

—Ahora —declaró Michel— les dejo a ustedes y voy a ver a mi mujer.

—¿Su mujer?

—Sí. Roy la está operando.

—¡Ah, doctor! —exclamó la vieja Berlequin con lágrimas en los ojos—. Pues claro. No faltaba más.

Michel les deja con la palabra en la boca. Sube en el coche. Finalmente, tenía derecho a pensar en él, en Evelyne. La encontró ya despierta, en un cuarto de la clínica.

—Todo ha ido muy bien —dijo Roy.

En toda la región se habló mucho de aquella intervención. Jamás se había visto eso de sacar un hijo vivo de una muerta. Todo el mundo quiere ver a la hija de los Berlequin. De un golpe, la reputación de Michel ha aumentado considerablemente. Acuden clientes de poblaciones lejanas. Y vuelve, arrepentidos, antiguos enfermos. Los Buccinali le traen, un poco avergonzados, a su hija tuberculosa, a quien las inyecciones de Seteuil no han conseguido mejorar.

Ha enflaquecido, ha perdido fuerzas y el pulmón derecho está completamente tocado. Hay que hacer una revisión a fondo, empezar por la base, partir de cero, con una enferma más fatigada, más consumida que hace seis meses. Luego se presenta Daudenaerde, el comerciante de chatarra, que confiesa su error y reconoce esta vez que Breuil, el curandero, no ha mejorado su salud. Nada puede hacerse con Daudenaerde. Él mismo ha contribuido a su propia ruina. También en este caso hay que luchar, reanudar la batalla, mentir, confortar, dándose por satisfecho con un mes, una semana, un día arrancado a la muerte. Es eso lo que exalta, lo que apasiona: la lucha contra el error, la batalla contra la muerte. En principio, eso no forma parte de la «profesión». Trátase en todos los casos de un ser humano, de una vida, de un hogar, de un sufrimiento humano, en lo que uno deja siempre un poco de su corazón… Y aunque uno sea un médico viejo y experimentado, cuando un chiquillo atrapa una bronconeumonía y presenta mal aspecto, uno no se siente orgulloso de sí mismo y entra en su casa preocupado y dice a su mujer:

—*Mi* chico no está bien.

Se come sin apetito, se lee el periódico sin entusiasmo y tarda uno en dormirse. Y eso dura hasta que el niño se cura o muerte. Pues también la muerte es para el médico una especia de liberación. Ha hecho cuanto ha podido para establecer el orden. No hay más que hacer. En adelante sólo pensar en los demás.

Pero mientras dure la vida hay que luchar incluso con la certidumbre del desastre. Siempre queda ese último e inmenso consuelo de aliviar, de mitigar, de evitar los sufrimientos inútiles. Hace dieciocho meses que Michel sostiene a la madre de los Letilleul, la pobra anciana cancerosa de pecho. La ha sometido a una intervención. ¡Un año ganado! Luego el mal ha vuelto a atacar. Metástasis en la pleura, en la médula espinal. Michel ha tenido que echar mano a la morfina. Más adelante han arreciado los dolores. Ha habido que aumentar la dosis y añadir escopolamina a la morfina. Nuevo aumento de las dosis. y cambiar los emplastos, los ungüentos, las pomadas. Y, además, prescribiendo los cambios de régimen que tanto influyen sobre el estado general y que muchos médicos desdeñan juzgándolo inútil. Esos cuidados alivian a la pobre enferma. Mira a Michel de modo muy distinto que al principio. Sólo a él llama porque sabe que es el único que puede mitigar sus sufrimientos cuando arrecian las acometidas de su mal. Michel es para ella algo así como un enviado de Dios. Así lo proclaman sus ojos cuando se presenta Michel en una de sus crisis.

Los cancerosos son siempre taciturnos. El tuberculoso, en cambio, es con frecuencia más alegre. Lo ve todo de color de rosa. Demasiado. Sobre todo cuando no están en los sanatorios. Desde hace mucho tiempo Michel tiene a su cuidado a Francine Ray, la hija del relojero. La muchacha se va consumiendo, pero ella no se da cuenta. Y cuando todas las mañanas llega Michel, le dice muy orgullosa:

—¡He ido a pie hasta la iglesia, doctor! ¿Qué le parece a usted?

—¡Magnífico! —dice Michel—. ¡Bravo!

Francine no se acuerda de que tres meses antes asistía a los oficios divinos. Y a la primavera próxima, si sigue todavía de este modo, le dirá a Michel con el mismo ingenuo envanecimiento:

—¡He dado tres veces la vuelta a la mesa, doctor!

Y Michel repetirá:

—¡Magnífico!

Francine estaba prometida y a punto de casarse. Michel se lo impidió y aplazó la fecha de la boda sin que ella supiese los motivos. Otra batalla para ganar tiempo, ara que la vedad se abriera paso poco a poco, suavemente, sin lastimar aquella pobre alma.

—Espere un poco. Dejémoslo para las Navidades como medida de prudencia…

Luego por Navidad, dice:

—Por Pascua de Resurrección…

Y luego.

—Por Pascua de Pentecostés.

Michel sabe muy bien que por esas fechas Francine habrá muerto o su estado será tal que forzosamente tendrá que comprender; o que el novio, cansado, adivinará la verdad y desaparecerá. Así terminan siempre estas cosas. Los pobres hombres no son unos santos. Esto es lo que ha debido ocurrir con Francine. Desde hace algún tiempo no se ha sabido nada del novio. Francine apenas habla de su matrimonio. Está más triste. Lentamente ha ido conociendo la verdad…

Afortunadamente está la chiquilla de los Buccinali que va mejorando, y la hija de los Lausefeld, los hilanderos, que estará curada dentro de un año. Los Lausefeld, estupefactos, no conciben cómo un huevo, un poco de queso, patatas, legumbres y frutas hayan restablecido a Anne—Marie.

—En el fondo —dicen—, vale más poseer un poco de verdad que mucho dinero.

En cuanto a la vieja Pauline Labuire, su impétigo va mejor gracias a los cuidados de Michel y sobre todo de Evelyne, conviértese de nuevo en enfermera de su marido, un viejo egoísta y paralítico. Ya no se levanta, hace sus necesidades en la cama y Pauline, al regresar del mercado donde vende retazos de tela, tiene que lavar cuatro sábanas todos los días. ¡Menos mal que puede aún meter las manos en el agua! Luego, cuando ha terminado la colada, tiene que leer el periódico, porque a él se le nubla la vista, o jugar a las cartas como solía hacer en el café mi entras ella trabajaba. Y lo curioso es que Pauline no se queja. Sólo sus familiares, los hermanos, las hermanas y los sobrinos, que se han cansado de ayudarle, dicen a Michel «que aquello es demasiado para una pobre mujer ya cansada». Y siempre, por doquier, todo es igual. Los que menos se sacrifican son los que más pronto se cansan. En cambio, para Pauline Labuire será sin duda demasiado pronto cuando ese viejo achacoso y feroz se vaya de este mundo.

Llaman a Michel de casa de Delabry, un modesto empleado de Banco. Cólicos atroces desde la víspera. Agudos dolores en el costado derecho fueron la señal. Peritonitis.

Demasiado tarde para intervenir. El vientre está duro, hinchado. El pulso filiforme. Cianosis. Delabry se resiste a una intervención. Cree llegada su última hora. Pero quedan una mujer y dos hijos. Michel llama a Roy a consulta.

Terminado el examen, Roy dice a Michel:

—Exageras, a migo. No hay nada que hacer. Se me quedará en las manos al primer soplo de anestesia. Está «azul» ¿No te das cuenta? Apenas se nota el pulso y el corazón…

—Está «azul». No lo niego. Pero si queda una posibilidad…

—¡Díselo a Lequesnoy! Ya verás si él opera o no.

—Por eso te he hecho venir.

—¡Hum! —gruñó Roy—. Estás farruco… Escucha —acaba por decir—. Operaré, pero nada de anestesia. Sólo morfina. No quiero que se me vaya en el «billar». ¡No va a disfrutar, el pobre! Ah, pero en cuanto a las consecuencias postoperatorias, no quiero saber nada. La paternidad corre a tu cargo. De modo que arréglatelas con el enfermo, explícale de qué se trata y procura convencerlo, si puedes.

—Vamos a operarle, señor Delabry…

—¡Eso es lo más difícil! Michel no lo ignora. Se vuelve hacia Delabry.

—No —replica el paciente—. Prefiero morir… He sufrido ya demasiado…

—No olvide que tiene usted mujer y dos hijos…

Delabry solloza y vacila.

—En una hora estaremos listos —insiste Michel—. A decir verdad hay un pequeño inconveniente. La debilidad de su estado no permitirá anestesiarle…

—¡No! ¡No! —repite Delabry—. He sufrido demasiado… ¡Por favor, doctor, déjeme morir en paz…!

Es preciso, no obstante, que Michel sea despiadado, cruel, que hable de la mujer y de los hijos, que torture a ese desgraciado que seguramente morirá en la mesa de operaciones, tras de horribles sufrimientos, y que haga oídos sordos a la cobarde incitación de un sentimiento de compasión que le grita: «¡Por Dios, déjalo morir en paz!».

Y todo ello porque existe una ínfima posibilidad de salvar una vida, porque la verdadera piedad, la compasión inteligente debe enmascararse, a veces, con las más despiadada dureza y hacer callar al corazón.

Delabry extenuado, sin fuerzas, acaba por decir:

—Está bien, doctor. Tengo confianza en usted. Adelante…

Lo trasladan a la clínica. Roy aplica una inyección de morfina e interviene a lo vivo. Michel sostiene la cabeza del desgraciado y mira en silencio cómo el ajusticiado, profiriendo sordos gemidos, clava sus dientes en un viejo pañuelo. ¡Uno de esos espectáculos que un médico no olvida! Roy extrae del vientre dos litros de pus y de exudado.

Cuatro, cinco días, y Delabry aún está con vida. Parece resistir bien. Roy está sorprendido. La tortura no cesa. La herida, en toda su extensión, se enfacela y se pudre. El vientre presenta un corte de una anchura de tres dedos. Durante semanas enteras el intestino se exterioriza por el enorme orificio. Roy se afana en contener y repeler el intestino. Dos horas se pasa en cada cura, martirizando atrozmente al desgraciado. El caso, un caso interesante, apasiona a Roy. Delabry vivirá.

¡Qué abnegación la de Roy en casos como éste! Refunfuña un poco, pero jamás se niega a intervenir. Mientras exista la posibilidad, por pequeña que sea, Roy opera.

Además, ello le produce una angustia terrible. En ciertos casos de cáncer del recto, por ejemplo, se presentan dos soluciones: operar con dos posibilidades sobre tres de que el enfermo muera, o no intervenir, en cuyo caso el enfermo muere irremisiblemente. Lequesnoy no opera nunca. Roy, siempre. Hasta el punto de que las gentes, sin discernimiento alguno suelen decir:

—¡A Roy se le mueren más operados que a Lequesnoy!

Hay para los cirujanos un medio infalible de conseguir rápidamente fama y una buena clientela: no operar más que los casos fáciles. En cuanto a os demás, sólo hay que decir: «¡No hagamos nada, aquí hay un cáncer!» Es frecuente el caso de médicos experimentados que al establecerse como cirujanos, sin que se sepa exactamente por qué, cosechan grandes triunfos. Es a todas luces contrario a la lógica que cualquier doctor en medicina afirme ser cirujano de la noche a la mañana sin legitimar ningún conocimiento técnico particular.

A veces Michel se encuentra en la calle con Delabry quien, completamente restablecido, le saluda sonriente con el rabillo del ojo. Un saludo con el que expresa lo que no podía manifestar de palabra. Lo que Delabry ignora es que Michel estuvo a punto de dejarle morir por compasión. Eso es quizá lo más terrible de la profesión. Ni los egoísmos, ni las cobardías, ni las bajezas del sufrimiento y de la muerte; ni el estanquero que no quiere hacer operar a su mujer porque cuesta cinco mil francos; ni los hijos de la anciana señora Scrive, la rentista, a la greña siempre con la madre, y que no le saludan recatando apenas la antipatía que sienten por él, porque ha salvado a la vieja de un ataque de apoplejía. Ni Verfaille, el comerciante de legumbres al por mayor, que se niega a tomar una sirvienta y que el otro día obligó a su mujer, en plena crisis cardíaca, a levantarse para atender a unos clientes. Michel llegó a

tiempo para ordenar a la desgraciada que se metiera otra vez en cama, sacudir a Verfaille por los hombros y amenazar con hacerle encarcelar. Son más frecuentes de lo que uno se cree, esas cosas donde el médico habla en tono conminatorio, da órdenes y asume la defensa de la víctima. No es eso, empero, lo más terrible. Lo más terrible es el caso Delabry: el hombre acabado, que ha sufrido lo indecible y respecto al cual uno debe mostrarse despiadado, por amor hacia él, porque a pesar de todo existe una posibilidad de salvación.

Cuando después de un combate de ese género, abrumado bajo el peso de una de esas terribles responsabilidades voluntariamente aceptadas, Michel entra ya anochecido en su casa, se siente cansado, triste y como presa de un indecible malestar. ¿No piensa nadie que a veces el médico, como el sacerdote, puede sentirse cansado de llevar siempre a cuestas la carga de los demás, los errores, las debilidades, las pasiones y a veces los crímenes del prójimo, todas las miserias de que, sin vacilar, le hacemos partícipe, simplemente porque es el médico? En tal momento es un hombre extenuado el que busca refugio al lado de Evelyne y que comprende claramente por qué ha sido concedido al hombre la ternura de la mujer. En tales momentos, Michel comprende, horrorizado, la soledad y el sacrificio de un sacerdote.

Sobrevienen una serie de abortos. El primero de ellos en casa de los Marquez. Un aborto involuntario de seis meses. Los Marquez son sifilíticos. Expulsión de una «mola» gelatinosa, una especie de medusa pegajosa conteniendo quizá en su interior vivientes jirones de carne. Y se bautiza rápidamente esa repugnante gelatina.

—Si posees un alma humana, yo te bautizo…

Luego, en una sucesión de verdaderos abortos, voluntariamente aceptados, provocados, esos abortos del sábado por la noche, efectuados entre marido y mujer, a consecuencia de los cuales la mujer descansará el domingo para volver el lunes a la fábrica.

Un sábado por la mañana, una comadre que acaba de salir de una aglomeración de viviendas obreras, llama a Michel con actitud misteriosa:

—Un momento, doctor. Tengo algo que decirle. Por supuesto, quedará entre nosotros…… ¿Conoce usted a la Marchant, mi vecina?

—¿Y qué?

—Pues aseguraría que está embarazada.

—¡Ah!

—Pues sí. Hace tres meses que no pasa el período.

—¿Se lo ha dicho ella?

—¡Oh, no! ¡Lo oculta! Pero yo me he dado cuenta de ello cuando tiende la ropa a secar. Ella no lo ha dicho a nadie. Puede usted estar seguro de que tratará de hacérselo perder…

—¿Usted cree…?

—Sí. Y quizá lo haga hoy mismo. Como el lunes es fiesta tendrá un día más para descansar. Y he observado que barrió la acera de su casa ayer tarde en lugar de hoy, para tener trabajo adelantado…

—Pues bien, señora —dice Michel—, nada de eso me afecta, ni tampoco a usted. No podemos cometer ninguna indiscreción. ¡No somos la justicia! Ya veremos lo que pasa…

Sin embargo, la comadre ha adivinado. El martes siguiente, los Marchant mandan recado a Michel. La mujer no confiesa. Sólo habla de dolores intestinales. Examen. La mujer no ha conseguido abortar, pero en cambio se ha perforado la matriz. Hemorragia interna.

—A mi parecer —le dice Michel al marido— su esposa tiene un tumor maligno en el vientre, que sangra…

Como no se trata de un caso de aborto consumado, el médico debe sopesar sus palabras. Por otra parte, el marido comprende perfectamente. Y asiente, con tono grave:

—Creo que esto debe ser, doctor…

Diríase que se trata de un colega llamado a consulta. Evidentemente, está al corriente, lo menos igual que Michel.

Operación. La mujer, cardiaca, muere bajo el bisturí de Roy. Consternación. Otro cadáver del cual será responsable a los ojos de las gentes, el pobre cirujano. Y ante aquel cuerpo sin vida, en presencia de Michel, el marido, tras una escena de tragedia, insulta a Roy le trata de asesino. Roy, un tímido en el fondo a pesar de su tupida barba y de su perfil árabe, no contesta. Se siente inmensamente desgraciado. Una factura que jamás se atreverá a presentar y que, como tantas otras, figurará en la cuenta de pérdidas y ganancias. Y la serie continúa durante un mes, sin saberse por qué. Todas esas mujeres que abortan trabajan en la fábrica Lausefeld. La fábrica es para la mujer la gran escuela del aborto. Es allí donde se echa al olvido la moral y donde se aprenden los «trucos». Las vísperas de fiesta —Pascua, la Ascensión, Pentecostés— llevan aparejada una verdadera epidemia. Una aguja de hacer media, y adelante. Se clava la aguja en la matriz y al notarse resistencia se dice:

—¡Ahí está!

Se da un fuerte empujón y, ¡crac!, se perfora la matriz y a menudo el intestino.

Michel, que tiene ya su práctica, reconoce de una manera infalible si el golpe ha sido dado por la mujer o por el marido. Si es la mujer, como coge la aguja con la mano derecha la perforación se produce en el lazo izquierdo; si es el marido, ha empujado hacia la derecha. Con todo, hay que ir con cuidado al efectuar el sondaje. Encuéntrase uno a veces con mujeres experimentadas, antiguas clientes del hospital, que profieren un grito mientras el médico aplica el heterómetro y que pretenden entonces que ha sido él el culpable de la perforación. Algunas veces, Michel encuentra en la matriz un alfiler, un pedazo de barra de metal, o una varilla de hierro de un «mecanno»…

—¿Qué es esto?

—Pues… ha sido al querer sentarme —dice la mujer.

O no dice nada. ¿Para qué? Harto lo sabe el médico. No vale la pena mentir. Y se calla. Michel grita, riñe, intenta atemorizar. Y, sin embargo, hay que atender a la paciente. Secreto profesional. En el fondo, la culpa de todo ello debe achacarse a la fábrica y al Estado, que ha prescindido de toda moral. Al hospital. En algunos casos, la mujer muere. El hombre contrae nuevo matrimonio, y vuelta a empezar.

Y esa muchacha que entra en su casa un sábado por la tarde, enferma… La madre, que no sabe nada, sugiere tisanas e inyecciones y se sobresalta cuando Michel habla de clínica y de intervención. De todos modos, en casos semejantes, la madre suele estar al corriente. Cuando es así, Michel se da cuenta en seguida, pues es ella la primera en proponer con insistencia:

—¿No cree usted, doctor, que sería conveniente una operación, una pequeña intervención?

En las moradas burguesas las cosas se desarrollan de una manera más discreta. La señora Verval, la charcutera, llamó a Michel el año pasado porque se hallaba encinta. Luego, no se habló más de ello. El otro día, Verval mandó llamar a Michel para un caso de urgencia. En la casa no hay ninguna criatura. Por otra parte, nadie muestra la menor turbación. Simplemente, se ha soslayado el tema. Luego, es la mujer de Failly, la carnicera, que ha tenido una vez más, un aborto de cuatro meses. También una vez mas Michel la ha atendido sin decir nada. Después, cuando todo está terminado, hay que ver con qué congoja los Failly le saludan, disimulando torpemente su satisfacción por verse liberados de un hijo con la complicidad del médico. Y la misma semana, una llamada urgente de casa de los Lavaisne. La señorita Lavaisne, una muchacha de veinte años muy moderna, sufre una hemorragia inexplicable. El gran Lavaisne está muy preocupado, lo mismo que la rubia señora Lavaisne, quien, aunque siente una debilidad especial por el género masculino y goce en engañar a su marido, no se ha enterado de nada. Al punto se ve que la señora Lavaisne no abriga la menor sospecha sobre la dolencia de su hija, pues habla continuamente de inyecciones y de silla de extensión…

Michel, sin decir nada, cuida a la joven Lavaisne en presencia de los padres. Sin embargo, en dos o tres ocasiones habla abiertamente a la muchacha. Ésta rompe a llorar. Dice que la culpa no es suya, y que la libertad es una carga muy pesada, incluso para una muchacha «moderna». No tarda en restablecerse. Una mañana, al cruzar Michel el espacioso y enorme vestíbulo, le llama discretamente el joven Lavaisne, un colegial granujiento.

—Quería verle, doctor. Iré a su casa esta tarde. Pero no diga nada a mis padres.

El jovenzuelo va a ver a Michel «por encargo de un compañero que está preocupado». Michel le da unas palmaditas en el hombro y trata de granjearse la confianza.

—¡Pero si conozco muy bien a tu compañero! ¡No faltaba más! ¡Y no está lejos! ¡Delante de mis narices! ¡Vamos, vamos! Eres ya un hombre. Hay que ser valiente. Cuéntame lo que te pasa y en seguida te examino.

El pobre muchacho ha atrapado la sífilis. ¡Singular idea esa del Ayuntamiento de permitir que se instalara una serie de burdeles frente a la Universidad!

Michel está fastidiado. Secreto profesional. El joven Lavaisne, con sus diecisiete años, ¿cómo va a cuidarse solo la sífilis y seguir un régimen severo de desintoxicación? Y, por añadidura, existe la posibilidad de un contagio en la familia o en la Universidad. ¿Debe Michel poner sobre aviso a los Lavaisne? El joven Robert ha depositado su confianza en él, suplica su silencio, hace un llamamiento a su honor y le dice:

—¡Doctor, si mis padres se enteran, me suicido!

Con esos muchachos, nadie sabe a qué atenerse. A ese jovenzuelo que hasta aquel momento nadie ha oído hablar de moral, Michel le habla de rectitud, de lealtad, de deber. Es sorprendente notar cuán intensamente penetran en él tales sentimientos, cuánta reserva de generosidad existe aún en una juventud minada por la gangrena. Sólo el pensamiento de que pudiera contagiar a sus compañeros, a su hermana, a su madre, hace titubear a Robert Lavaisne. Llora y consiente. Michel irá personalmente a explicar lo sucedido a su padre.

En su despacho, el gran Lavaisne, un gigante de tez rubicunda por la práctica de los deportes, el automovilismo, la caza y los buenos vinos, escucha a Michel con estupor. ¡Robert, que aún no ha cumplido los diecisiete años! ¡La sífilis! Se sienta, llora, confiesa su miseria, su hogar desunido, la desavenencia de su matrimonio, las mujeres con quienes mantenía relaciones y que amargan su vida.

Y dice como Lausefeld:

—¡El dinero! ¡Qué broma! ¡Qué inmundicia! ¡Y pensar que uno se desloma para ganar eso; eso que ha labrado toda mi desgracia!

Ignora que su mujer le engaña y que su hija acaba de abortar. De todos modos, a Lavaisne le sobra la razón cuando sienta la procedencia del mal: el dinero ganado con destilar el alcohol y envenenar al pueblo, y que ha permitido a los suyos gozar de una vida lujos ay holgazana.

¡Qué fastidiosas son a menudo las sífilis! ¡Cuánta diplomacia, cuántos embustes y argucias son necesarios! Un buen hombre acude a ver a Michel. Muestra un grano sospechoso.

—¿Es usted casado?

—Sí.

—Usted ha engañado a su mujer.

—En absoluto.

—Vamos, hombre…

—¡Le juro que no!

Michel calla y reflexiona. Hay que evitar el drama.

—Diga a su mujer que venga. Quiero examinarla.

Al día siguiente se presenta la mujer con cierto mal humor. Michel la examina. Sífilis. Y no reciente, por cierto. Ha sido ella quien ha contagiado al marido. En presencia del buen hombre, Michel interroga:

—Señora, ¿ha viajado usted por ferrocarril durante el año pasado?

—No.

La mujer no comprende. Hay que insistir.

—¿No se ha sentado usted en algún retrete de algún hotel? ¿No se ha servido de una toalla usada? Esos son motivos de contagio.

De pronto, la mujer comprende. Se da cuenta de que Michel quiere salvarla. Ella le mira. Ambos adivinan sus pensamientos. Y la mujer murmura:

—¡Cielo santo! Es verdad… Ahora recuerdo… En el mes de agosto fuimos en coche a París. Tres días… ¿Te acuerdas, Adrien?

—Sí —contesta el hombre—. ¡Es verdad! ¡Pus vaya cosa!

No ha sospechado nada. Su felicidad está a salvo. Michel cuidará de los dos.

Sin embargo, otro casos son muy frecuentes. He aquí a una mujer casada que acude, avergonzada, a visitar a Michel. Picazón en el cuerpo. Se sonroja al hablar. Una mujer honrada, no cabe duda. Michel la interroga dulcemente:

—¿Se lleva usted bien con su marido, señora? ¿No sale usted sola? ¿No habrá usted…? en fin, quiero decir… Perdone usted la franqueza, pero ¿no engaña usted a su marido?

—¡Oh, doctor!

—No, no, evidentemente… Pues en este caso, dígale usted que venga a verme.

Al cabo de unos días llega el marido. De buenas a primeras habla en tono altisonante.

—Doctor, por lo visto usted ha dicho a mi mujer que…

—Un momento —ataja Michel—. Hablemos primero de usted. ¿Dónde ha atrapado usted la sífilis?

La arrogancia del marido se esfuma por completo. Se sonroja, vacila, confiesa, exhibe su mal y pide consejo. Él y Michel examinan la situación, como buenos amigos. ¿Qué decir a la mujer? Podrían hablarle de una afección hereditaria de un abuelo de cualquiera de los dos. Afortunadamente casi todas las familias cuentan entre sus antepasados algún viejo e impenitente calavera cuya memoria ha sido tristemente célebre. Él cargará con todas las responsabilidades. Y si por casualidad faltara ese personaje clásico, se llama a la mujer y se le dice que se ha infectado al beber en un vaso poco limpio. Y de ese modo ha contagiado a su marido. La desgraciada está consternada. Llora. El marido, generoso, la consuela. Un matrimonio más salvado.

La hija del estanquero Simonet acaba de dar a luz a un niño de ocho meses, muerto. Recién llegada de París-Plage, nadie se había enterado de nada. También en este caso, gente de dinero. Los Simonet quisieran «salvar el honor», como ellos dicen. Un amigo de la casa les ha aconsejado.

—Hacedlo pasar por un feto de cinco meses. No habrá entierro ni escándalo…

Cinco meses: una simple inscripción en el registro civil, sin que medie acta de nacimiento ni de fallecimiento. La dispensa del entierro significa el silencio para hoy y el olvido para mañana… Los Simonet presentan a Michel el cadáver del bebé como un feto de cinco meses. Pero el cuerpecito no está macerado. Está completo, formado, es de talla casi normal. Michel se niega a participar en la conjura, a influir sobre el médico forense. Y prescinde de los Simonet, buenos clientes desde hacía tiempo. Éstos ni siquiera le ruegan el silencio. Hermoso rasgo, ciertamente. Por encima de todo, el médico, en nuestro país, debe gozar de estima y respeto para que nadie se atreva a decirle:

—Le ruego, doctor, que observe el secreto profesional.

Todo el mundo sabe que eso es inútil; que el secreto está bien guardado. Los Simonet llaman a Becquerel, quien certificará lo que se le pida.

—Ya lo ves —dice Roy—, uno hace lo que puede pero en realidad no puede hacer gran cosa. ¿Hijos? La masa no los quiere y ¡como es la masa la que manda…! nada más fácil que la represión de la interrupción artificial del embarazo, ero los poderes públicos no lo quieren, porque el elector

tampoco lo quiere. Eso es todo. Estamos sujetos a un sistema electoral mal concebido en que la selección, la selección del pueblo, como de las clases superiores, no puede expresar su opinión como quisiera. Pero antes de que tú te establecieras aquí, una buena mujer había denunciado a una abortadora. Cuando la gente se enteró, fue a derribar la puerta de la casa… ¿De la abortadora? No, de la denunciante. Estuvo a punto de que la lincharan. Tuvo que salir de la región. También yo he querido echar mi cuarto a espadas. Ya puedes suponer que conozco aquí muy bien a esas mujerucas que meten mano en la matriz de las mujeres que van «retrasadas». A casa de todas ellas, una tras otra, he enviado a un inspector de policía en traje de paisano. Decía que su mujer se hallaba encinta y solicitaba que la hicieran abortar. Todas las abortadoras aceptaron. Por este procedimiento conseguí hacerme con un «dossier» formidable. Entonces, presenté una denuncia al Juzgado. ¿Sabes lo que ocurrió? Pues nada en absoluto. El Juzgado no ordenó ninguna diligencia basándose en que, a su entender, no había habido «comienzo de ejecución». ¿Qué te parece? La verdad es que el Juzgado se ve obligado a someterse a las órdenes del Gobierno. El Gobierno está a las órdenes del elector. Y el electro no quiere hijos. Doutreval, si hubiera en Francia una sombra de autoridad, ¿se permitiría la venta libre de los innumerables artículos anticoncepcionales que se expenden sin receta, los óvulos, los extractos ováricos? Lee los periódicos y verás una serie de impúdicas propagandas; las clínicas para «enfermedades de la mujer», los laboratorios que certificarán si una está encinta o no antes del segundo mes, cuando aún hay tiempo… Una publicidad ostensible, cínica. Ya conoces esa especialidad cuya propaganda consiste en una ilustración explícita: una cigüeña con el pico abozalado. Dicen en Alsacia que las cigüeñas llevan a sus hijitos en el pico. El símbolo era claro. ¡Verdaderas armas parlantes! Protesté y conseguí que cesara esa propaganda. Pero el producto continúa vendiéndose libremente en todas las farmacias. En la región de Lille se venden *setecientas mil dosis* de drogas abortivas al día. ¡Sin contar las especialidades! En total, que puedes doblar esa cifra. No vas a suponer que en nuestra región hay todos los días millón y medio de mujeres con menstruación irregular. No. Las tres cuartas partes de esos productos sirven para los abortos. Por otra parte, son tan conocidos os nombres de todos ellos que cuando una mujer encinta va a ver a alguno de mis colegas con la idea más o menos confesable de hacerse abortar, éstos le prescriben en seguida una pequeña dosis. ¡Inofensiva, por supuesto! así la mujer se va contenta… y no aborta. Si el médico no le hubiera recetado nada, ella se hubiese tomado una cantidad diez veces mayor y quizá logrado abortar. ¡Hasta aquí hemos llegado!

»Y todo ello sin contar con las mujeres que hacen uso de las agujas y alfileres. Gracias a todas esas trapacerías, Francia tendrá en 1980 veinticinco millones de habitantes. Si no se acepta el voto familiar, el voto plural, no sé exactamente qué, pero en todo caso un sistema electoral que dé a las elecciones de todas las clases una garantía de labor eficaz, si no volvemos a la religión, a la moral, a un Gobierno integrado por los mejores de entre los obreros, los burgueses y los grandes y pequeños campesinos, te digo, Doutreval, que estamos perdidos.

—Estoy de acuerdo con usted —dice Lausefeld, el fabricante, al contestar a Michel que ha ido a visitar a Anne—Marie Lausefeld—. Una verdadera plaga, ciertamente. La causa primera, son el laicismo y el cuartel, de la despoblación. No somos nosotros, empero, los únicos responsables. ¿Por qué no tiene el Estado una política de inmigración? Ya ve usted dónde se alojan nuestros obreros polacos, checos, italianos y argelinos; en casas de huéspedes y en sórdidas pocilgas. Como si todo estuviera preparado para corromperlos en cuanto llegan y averiar la sangre nueva y sana que hubieran podido transfundir si se hubiese efectuado una selección cuando entraron. Hubiera sido necesario construir viviendas, ciudades obreras esparcidas por el campo, lejos de la fábrica, con servicio de autobuses. Nosotros, los industriales, habíamos pensado en ello. Pero no ha podido hacerse. ¿Quién lo ha impedido? Pues, Mooreman, Becquerel, los alcaldes y consejeros municipales. ¿No se da usted cuenta del número de electores que les habría sido arrebatado? Han preferido construir en la ciudad una

colección de gigantescos inmuebles, viviendas exiguas y malsanas en los que cada ventana representa para ellos un voto más en las elecciones, y en los que nunca, por supuesto, vendrá una criatura al mundo. Chicos en piso. ¡Vaya comodidad! Ya conoce usted nuestros sórdidos tugurios, nuestros tabucos. Me denegaron la autorización porque en el barrio hay un establecimiento de bebidas propiedad de un consejero municipal. Le habría echado a perder la clientela… Tuve que desistir de mis propósitos y contentarme con pavimentar los patios, instalar agua corriente, dar una capa de pintura y chocar algunas macetas de flores… Y dicho sea de paso, tenga en cuenta que en el Ayuntamiento figuran diecisiete taberneros. Vivimos en el reino de la «tascocracia», doctor. Y eso será nuestra ruina.

Sí, pero en cambio ahí tenemos a la señora Daubian, que se halla una vez más encinta, que se ha pasado nueve meses en una silla de extensión y a quien esta noche Michel ha asistido en el parto. Un chico. No hay dinero en la casa. Daubian, que en sus tiempos fue rico, que lleva un apellido ilustre, trabaja ahora de peón y cuando vuelve de la fábrica Lausefeld lava la vajilla para que mujer pueda descansar. Sin embargo, qué alegría en este hogar, qué felicidad, al ver finalmente colmadas esas ansias de maternidad tras largos años de espera y sufrimientos voluntariamente aceptados. Y Evelyne, completamente restablecida y que de nuevo espera para fines de verano. Y los Dauvillé, ese matrimonio obrero. La mujer dio a luz el sábado pasado. Ambos son ex *jocistes* [1], buen ánimo, amor y ni una perra gorda. Dauvillé, emocionado, trastornado no se ha movido del lado de su mujer. Le cogía las manos, le enjugaba la frente, le llevaba una taza de café, le hacía oler vinagre. Ese modesto obrero, de manos callosas, encontraba palabras tan dulces, tan cariñosas, tan sentidas, que a Michel se le humedecían los ojos. Esos matrimonios, esos hogares, donde aún subsiste el amor, lo redime todo. Esta mañana, Michel ha ido a casa de Dauvillé. Sentado en una silla baja, con el recién nacido sobre sus rodillas, Dauvillé, con sus manos agrietadas, envolvía cuidadosamente al bebé con blanquísimas mantillas, y sujetaba la tela con agujas imperdibles con la maña de una mujer experimentada. Cuando entró Michel se levantó. Dauvillé era bajo de estatura, delgado y lleva cubierta la cabeza con una gorra deslucida. Con la mano derecha en las posaderas de la criatura, envuelta en mantillas hechas de una sábana fuera de uso, la reclinaba contra su pecho sosteniéndola firmemente con la mano izquierda. Una manaza negra, fuerte, como perteneciente a un hombre más corpulento que él agrandada por un trabajo pesado, con grietas en las articulaciones y unas uñas cortas, cuarteadas y roídas. Rebosaba felicidad y sonreía a Michel, con el rostro del crío muy cerca del suyo. En aquella sencilla y alegre paternidad había una grandeza indescriptible. Durante todo el día ese recuerdo ha llenado la mente de Michel, la imagen de esa especie de pequeño y alegre San José de tez cetrina mostrando al mundo sobre su fuerte mano al recién nacido. Un recuerdo reconfortador que le hace a uno recobrar la confianza en el porvenir. ¡Adelante! Aún quedan en este mundo más hombres de buena voluntad de los que son necesarios para salvarnos.

El gran Lavaisne, el destilador, ha muerto. Oficialmente, de una apoplejía. Una tarde, la señora Lavaisne llama a Michel por teléfono.

—¡Pronto, doctor! ¡Mi marido! Una congestión. No, no, ha sido en mi casa. En la calle de Louis-Blanc.

En la calle de Louis-Blanc vive la amiga de Lavaisne. La congestión de Lavaisne ha consistido en una bala de revólver que aquella ha depositado en su cabeza. Una tremenda confusión en la casa. Sangre desde el vestíbulo hasta el primer piso.

Michel llega a tiempo para arrancar de manos del hijo de Lavaisne, un pobre estudiante sifilítico, a la amante de su padre, a quien quería estrangular. La mujer y la hija de Lavaisne hurgan entre los cajones. En el primer piso, tendido en una cama, con un cobertor amarillo de seda moteado de sangre,

[1] Pertenecientes a la Juventud Obrera Cristiana.

el coloso agoniza. Al lado de él, un sacerdote le tiene cogida la mano y le interroga en voz baja, con la boca pegada al oído. Y sin duda le pregunta:

—¿Ha perjudicado usted a alguien para conseguir su fortuna? ¿Ha ganado usted su dinero con malas artes? ¿Lo ha empleado usted mal?

El poderoso destilador ya no puede hablar. Aprieta cada vez más la mano del sacerdote. Señal de afirmación. Unos momentos después muere.

Mientras Michel redacta el certificado, la mujer y la hija de Lavaisne lo remueven todo en la casa de su enemiga. Vacían los cajones, buscan papeles, facturas un posible testamente. Han encontrado los recibos del alquiler y del mobiliario. Todo está a nombre de Lavaisne. Así podrán ponerse a la venta los muebles de la amante. Michel, tras largas vacilaciones, se decide a escamotear la fórmula de ritual: «Fallecido de muerte natural……» y certificar simplemente: «Muerto el día…» De todos modos, no deja de ser un caso engorroso. La omisión de «muerte natural», ¿no va a hacer entrar en sospechas al médico forense y a la justicia? Y por otra parte, hacerlo constar en el certificado sería una falsedad que podía llevarle a los tribunales. ¡No siempre es fácil salvaguardar el secreto profesional!

Precisamente con esas historias de certificados, Gaspar Becquerel se encuentra en un mal paso. Los Simonet solicitaron sus servicios, una vez se hubo marchado Michel. Fue fácil persuadir a Becquerel de que reconociera «haber asistido a la señora Simonet, que ha puesto al mundo un feto de cinco meses». Pero el médico forense de la ciudad ha tenido la curiosidad de investigar el caso y ha comprobado la existencia de un feto de ocho meses. Mucho trabajo le costó a Becquerel echar tierra sobre el asunto. Sobre todo después de un incidente a propósito de una fractura que aún era objeto de comentarios en el sindicato de médicos. Tiriez, médico de la Compañía de Seguros «La Solidaridad», al examinar su «dossier», encontró una fotografía de una fractura tan limpia, tan perfecta, que abrigó fundamentadas dudas. Justamente, el médico en funciones era Becquerel. Tiriez llamó a Becquerel y le dijo:

—Mi querido colega, esta fractura es verdaderamente magnífica. ¡Nadie la podría superar!

—No comprendo…

—¿Quiere usted traerme la placa fotográfica original? Le doy dos días de tiempo. Seremos discretos; pero si no tengo la placa en mi poder dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, presentaremos una denuncia.

Dos horas después, se presenta Becquerel con la placa. En medio del hueso, en sentido transversal un vigoroso trazo a lápiz simulaba la famosa e inexistente fractura.

—Ya ven ustedes que se trata de un error —explica Becquerel sin inmutarse—. Uno de mis enfermeros, un imbécil…

No hubo consecuencias. La compañía «La Solidaridad» se limitó a guardar el «dossier» y la placa, junto con otros documentos, en la caja fuerte. Becquerel es diputado. Y le interesa a «La Solidaridad» contar con el mayor número posible de argumentos firmes, por si determinados partidos políticos propusieran en el Parlamento la nacionalización de las Compañías de Seguros.

Un caso de difteria, otro y otro… Roy y Holmont atienden también otros casos. Todos los pequeños enfermos van a la escuela Louisse-Michel de la localidad vecina, que administran Becquerel y el alcalde diputado Mooreman. Michel y Roy visitan a Mooreman.

—Señor alcalde, sería prudente cerrar la escuela.

—Está bien —dice Mooreman sorprendido—. Hablaré de ello al consejo municipal. Además, es reglamentario.

Pero el consejo municipal no lo entiende así. Sí, claro, existe el reglamento, pero no hay nada que fastidie tanto a los obreros —los electores— como el cierre de una escuela. Los chiquillos vagan por

las calles, importunan a las madres, coartan su libertad y les impiden ir a la fábrica. Faltando seis meses para las elecciones no puede hacerse tal cosa. El consejo municipal se opone a ello como un solo hombre…

—¡Vacunemos! —propuso Becquerel—. Vacunemos obligatoriamente a todos los niños de las escuelas.

Entusiasmo. La vacunación está ya decidida. El alcalde de un pueblo es dueño absoluto de la sanidad pública. Ahora bien, ni Mooreman ni siquiera Becquerel saben que la vacuna no implica siempre una inmunidad cierta, que sólo comienza a ser eficaz ocho días después de la inoculación…y, sobre todo, durante la semana subsiguiente a la vacunación, el niño vacunado está particularmente sujeto a los peligros del contagio. Si durante ese período el niño se contagia, ninguna vacuna podrá salvarle.

El mes siguiente es horrible. Epidemia de difteria. Michel se pasa cuatro noches consecutivas a la cabecera de los chiquillos moribundos. Tos, fiebre, ahogo, crisis de asfixia. Luego se nielan los pies. El frío va apoderándose de los tobillos, las pantorrillas, el vientre y el corazón. ¡No hay nada que hacer! Ni siquiera el suero, medio brutal y desesperado al que a fin de cuentas debe recurrir Michel, puede resolver nada. ¡Cuatrocientos centímetros cúbicos de suero inyectado a uno de los chicos enfermos se manifiestan ineficaces! Todos esos chiquillos están enterados de quiénes de sus compañeros están enfermos y quiénes han muerto.

Y dicen a Michel que también ellos morirán. Michel se desvive, lucha sin descanso, miente, consuela, reconforta, arriesga su vida, lleva cada noche a su casa el peligro de un contagio mortal para Evelyne, y ve morir uno tras otro a niños de ocho y nueve años en los brazos de sus madres enloquecidas, sin poder decir nada, sin tener el derecho a acusar a los responsables.

Pero antes del día de Todos los Santos, Mooreman llama a Michel para su hijo Jean, un muchacho de veinte años. Hasta entonces había estado al cuidado de Becquerel. Mooreman tenía gran confianza en su amigo. Pero Becquerel no dejará de ser culpable de la muerte del hijo de Mooreman. El muchacho está tuberculoso. Becquerel ha atendido a su salud con la ayuda de píldoras y jarabes. Consultado acerca de la oportunidad de un análisis de esputos, declaró: «¡Oh, no hay porqué alarmarse! No existe el menor peligro!. Sin embargo, el muchacho iba perdiendo cada vez más y Mooreman ha acabado por alarmarse. Ha llamado a Jacquinet, el gran «patrón» y le ha rogado que le dijera la vedad.

—No hay nada que hacer —debió de decir Jacquinet—. Su hijo no verá la primavera.

Ignórase lo que pueden haberse dicho Mooreman y Becquerel. Lo cierto es que ya no se les ve tomando juntos el tren de París. Jacquinet ha ordenado un tratamiento rígido. Luego ha dicho a Mooreman:

—Llame usted a Doutreval… Su sistema de régimen y de higiene es un poco original, pero es un médico que sabe lo que tiene entre manos.

Mooreman interroga a Jacquinet. Uno arriesga su vida y sacrifica una hora a la cabecera de un moribundo, pero no por eso abdica de su condición humana. Jacquinet, que acaba de visitar gratuitamente a los enfermos indigentes de Michel, que escribe a veces a los pobres: «Si tiene usted que perder un día de trabajo por esperarme en el hospital, venga a mi casa y le cobraré lo mismo» y que percibe así veinticinco francos en lugar de trescientos, ha tenido una reacción bien perdonable. Y ha dicho con tono de suficiencia:

—¿Doutreval? ¡Ah, sí, muy bueno! Un médico de barrio, claro está, un hombre experimentado…

Pero a renglón seguido, porque hay que ser leal, ha añadido:

—De todos modos, nada perderán ustedes con ir a verle. Su método tiene cosas buenas. Llamémosle.

Por otra parte, Jacquinet ha visto claro: el hijo de Mooreman está bien acabado.

—¡Consérvelo un año más, doctor! —suplica Mooreman—. ¡Hágalo vivir un año más! ¡Que lo tenga otro año a mi lado!

Llora. No es más que un desgraciado, un hombre digno de lástima, cuyo hijo va a morir y que ya no cree en nada. Michel, presa de emoción, promete. Probará. Luchará. Una nueva y pesada responsabilidad, una lucha constante, día a día, hora a hora, una lucha tenaz, agotadora y al mismo tiempo exultante, contra la muerte, con la certidumbre de una derrota final, pero sin desalentar ni dejarse batir. Ahí reside la grandeza de la profesión, en esa lucha hasta el postrer aliento, sin esperanzas, con la satisfacción, el orgullo, ya grande de por sí, de haber ahorrado sufrimientos, dado alivio a horas que podrían haber sido atroces, preparado una muerte dulce y apacible…

Una mañana temprano, Wilder, el carpintero, llama a Michel. Caso de urgencia, al parecer. Sin lavarse siquiera, Michel se encamina a casa de los Wilder. Su hijo sufre ataques convulsivos. Sin ser grave, la cosa ofrece cierto dramatismo. Los Wilder han perdido la cabeza. Michel se quita la americana, enciende la cocina, pone agua a calentar y prepara jofainas, franelas y toallas. Ha desfajado al niño, lo pone sobre sus rodillas y lo envuelve con ropas húmedas y calientes. Luego un baño total. La criatura vomita un líquido sucio sobre el chaleco de Michel. Y al cabo se tranquiliza y se duerme. A las seis de la mañana, moviéndose entre estropajos, charcos de agua, cubos, jofainas tiznadas de hollín, ceniza y carbón, Michel, en mangas de camisa, con os brazos arremangados, acuna finalmente, satisfecho de sí mismo, al niño amodorrado y enjugándose el rostro, declara:

—Creo que por esta vez lo hemos salvado.

La madre llora, da las gracias, vuelve a llorar y quiere hacer café. El padre se suena. Michel explica la lección y proclama algunas verdades. Luego de tomar un café inclasificable, se lava las manos y se pone la chaqueta sobre el chaleco salpicado de agua. ¿Qué dirá Evelyne?

—¿Qué le debemos, doctor? —pregunta el hombre.

Michel conoce a Wilder. Es un pobre Diablo que ha sufrido recientemente dos accidentes de trabajo.

—Una visita, Wilder. Quince francos.

Michel entra en su casa. Van a dar las siete. Demasiado tarde para acostarse. Le agrada a Michel en esos momentos de fatiga, encontrar a Evelyne levantada, esperándole. La riñe un poco, sólo por guardar las formas, pero está contento de tenerla a su lado, de oírla hablar mientras se afana en preparar las tostadas de pan con mantequilla, el café, el agua caliente para afeitarse, la navaja, la toalla seca, la ropa limpia…

Y entonces comienza para Michel su trabajo cotidiano de médico de barrio, según la humillante expresión de Jacquinet. Visita toda la mañana. A mediodía, a la hora del almuerzo, una anciana impedida, que acaba de llegar de Arras en una camioneta y a quien debe examinar en el mismo vehículo. Por lo tanto, reducción del almuerzo. De la una a las cuatro, visitas y más visitas en el pequeño gabinete, demasiado caluroso, que huele un poco a sudor.

A las cuatro, Michel, cansado, con la cabeza pesada, sale al jardín a tomar un poco de aire en compañía de Evelyne, a quien su nuevo embarazo obliga, en bien de ella, al reposo. Pero como es sábado, va a efectuar su recorrido semanal, visitar a los que van a morir. Consulta su pequeña agenda con cubierta de piel negra en la que figuran los nombres de todos aquellos que habrán muerto dentro de dos meses. En primer lugar, Borghère. Michel le visita, lo ausculta y ordena unas ligeras modificaciones del régimen. Una palmadita amistosa en el torso descarnado y velludo. Una buena palmadita, cordial, familiar y engañosa. Borghère, reconfortado por toda la semana, sonríe.

Cinco minutos en casa de los Labuire. Sentada junto a al cama del paralítico, la vieja Pauline juega a las cartas con su marido. Labuire apenas presta atención al juego. Sus dedos sin vida dejan caer las cartas. La vieja Pauline, paciente, vuelve a empezar el juego colocándole una a una las cartas entre los dedos. Al entrar Michel, avergonzada, trata de excusarse:

—No es que eso me divierta, doctor. Aún tengo que lavar la ropa… Pero sólo eso le distrae.

María Van Meulen tiene cincuenta años. Parálisis general. Ha perdido el juicio. Pero Víctor, su marido, no quiere que vaya al hospital. Sin embargo, como la mujer se encuentra insoportable, Víctor la ha atado en la cama a la que ha rodeado de una barricada de maderos. Él la cuida, la lava y la limpia.

Para alimentarla, se sube a la cama, se arrodilla encima de ella, la sujeta entre sus piernas, masca un pedazo de pan y quitándoselo de la boca introduce a la fuerza la pasta en la boca de la mujer, mientras ésta blasfema horriblemente y trata de pegarle. Así vive esta mujer desde hace dos años.

—¿Qué hay, Víctor? ¿No se decide aún a llevarla al hospital?

—¡Oh, no, doctor! Me echaría mucho de menos. Estoy seguro de que a veces aún me reconoce…

Una visita a Daudenaerde, una visita a la Comisaría de Policía para certificar la defunción de una muchacha arrollada por el tranvía cuyo hígado surge del vientre como una enorme seta color de encarnado oscuro, y Michel vuelve a su casa. Son las seis de la tarde del sábado. Un poco de descanso con Evelyne en el jardín. Luego, ¡qué gozo! El viejo «Citroën» se pone en marcha.

Al final del camino bordeado de sauces, alguien llama a la puerta Michel se apea del coche. Es el padre de Francine Ray, la muchacha tuberculosa.

—¡Perdone la molestia, doctor… Se trata de mi hija… Quiere verle…

Michel, turbado, presa de confusión, trata de excusarse.

—Ya sé que no vale la pena, que lo molesto por nada, porque, en efecto, nada puede usted hacer por mi hija. Pero se nos va, doctor. Ha venido el sacerdote. No vivirá mucho tiempo… Usted la ha cuidado muy bien y ella le quiere mucho… Me ha dicho… «Padre, quisiera ver otra vez al señor doctor…»

»Por eso me he atrevido a venir. Ya sabe usted, doctor, las ideas y los caprichos que se le ocurren a una enferma… Tiene usted que perdonarme…

—Sí, sí… Voy en seguida.

Michel entra en el jardín.

—¡Pobre Evelyne! Tampoco esta tarde tendremos libre.

—¿Qué le vamos a hacer? Gajes del oficio, Michel… —dice Evelyne esbozando una sonrisa.

Michel trata de poner en marcha el «Citroën», pero no lo consigue. Se apea y se marcha a pie.

El padre de Francine no ha mentido. Francine Ray está muriéndose, lentamente, dulcemente, sin embargo, reconoce en seguida a Michel. Le sonríe y dice con un hilo de voz:

—Esto es el fin, señor Doutreval… he querido darle las gracias… ¡Ha sido usted tan bueno conmigo!

En este momento no le llama ya «doctor» ni «señor doctor». Es el «señor Doutreval», un amigo. Es de la familia. Francine Ray ha pedido una copa para él, pues quiere que tome un poco de champaña. Señala una flor en un búcaro colocado encima de la mesita de noche. Quiere que Michel se la lleve. Será un recuerdo de ella, porque era un poco romántica, sólo un poco… Diecinueve años… Se le va la cabeza. Poco a poco va perdiendo la noción de las cosas. Se da cuenta de ello y tiene miedo. Y suplica:

—Señor Doutreval… Por favor… no se mueva de mi lado. No me deje sola…

Michel se queda a la cabecera de la moribunda, al lado de sus padres. Le coge la mano y eso la tranquiliza. Lentamente va sumiéndose en la inconsciencia. De cuando en cuando are los ojos, unos ojos turbios y extraviados. Y ve a Michel inclinado sobre ella junto a sus padres. Entonces parece disiparse su temor. Michel no se aparta un momento de su lado y la ayuda a morir. Francine ha confiado en él de una manera tan ingenua, tan absoluta y tan hermosa, que sólo con tenerlo junto a ella entrará más apaciblemente en las tinieblas, como si hasta en la hora de la muerte, aquel que fue en este mundo su médico y mitigó sus sufrimientos aún pudiera protegerla.

Es tarde ya cuando Michel vuelve a su casa. Le escuecen los ojos. Con paso cansino atraviesa las calles de los barrios obreros, correspondiendo maquinalmente al saludo de los trabajadores y las mujeres que toman el fresco sentado a la puerta de su casa.

—¡Buenas noches, doctor! Buenas noches, señor doctor!

El Michel Doutreval, su médico, una notabilidad, el más entendido de todos.

No suele pagársele, pero para ellos no hay otro como él. Las mujeres le sonríen, le salen al paso los pequeñuelos y las gentes le detienen para hablarle y pedirle consejo. La bonachona mercera de la calle de Louis—Blanc, a quien el año pasado persuadiera Michel para que amamantara por sí misma a su

hijo, llama al joven doctor para mostrarle las carnosas posaderas de la criatura. Michel se queda boquiabierto. ¡Son, en verdad, unas posaderas espléndidas! Apoco, la mujer de Borghère le interroga acerca de recetas culinarias, pues no consigue hacer para su marido un guiso sin manteca ni mantequilla. Michel le dice que con un poco de aceite de cacahuete… Más lejos, los Letilleul, desde la puerta de su establecimiento, le dicen a voz en grito:

—¡Nos hemos decidido, doctor! Hemos traspasado la taberna y nos mudamos de sitio.

Hacía seis meses que regenteaban la tasca. Pero los chiquillos se pasaban el día en la calle, dormían a horas intempestivas, se acostaban tarde y nadie estaba de buen talante. Y acabaron por prestar oídos a los consejos de Michel. Unos metros más allá, sentada en una silla baja y dando el pecho a su hijo antes de acunarlo, estaba Elena, no casada aún, que fue a ver a Michel para hacerse abortar, y que después de haber pasado una hora llorando como una Magdalena en su despacho acabó por conservar al hijo.

Michel camina junto a las hileras de casitas que huelen a cebollas. «Sí, claro, un médico de barrio». Recuerda las palabras de Jacquinet sin apenas sentirse zaherido ni humillado. Un médico de barrio. ¿Y qué? Un hombre que anda de la mañana a la noche, continuamente preocupado por su «Citroën», que renuncia a unos minutos de asueto para atender a un enfermo que va de mal en peor y que seguramente necesita de él, y que tiene inscritos en su agenda los nombres de los pobres diablos a quienes ha cuidado, que no le pagarán nunca y a quienes volverá a visitar fingiendo, como ellos, haberse olvidado de todo. Un discípulo de Domberlé, un hombre que predica la verdad, que hace abandonar a los Letilleul la taberna que arruinaba su vida familiar, encuentra un hogar en el campo para una muchacha tuberculosa, convence a los Lausefeld a que empleen menos mujeres en su fábrica, y sustituyan su guardería infantil por un plus a la madre para que pueda quedarse en casa, que asume pacientemente la carga de los demás, y a quien todo el mundo confiesa las taras, los adulterios, las sífilis, los abortos, los asesinatos: porque es el médico y puede hacerse cargo de todas las miserias y todas las culpas que sin vacilar, sin comprender el alcance de lo que hacemos, descargamos sobre sus espaldas. Un hombre que sacrifica todas las semanas una tarde al lado de Borghère y de Daudenaerde, simplemente porque van a morir; que reconforta a una muchacha que acaba de ser madre; que ingiere si es necesario un plato de sopa en la mesa de un obrero para que no se sienta vejado. Que se pasa una noche en blanco junto a una mujer pronta a dar a luz, cuida a un niño enfermo, hace las veces de enfermera, prepara baños, echa a perder su mejor traje y que cuando se le pregunta cuánto se debe, puede contestar con disimulado orgullo:

—Sólo una visita, Wilder. ¡Quince francos!

Un hombre que, todos los días, debe visitar a quien sus colegas rehúsan ver: a los atacados de difteria, de tos ferina, o de tifoidea, a los sifilíticos y a los tuberculosos; que tiene que aceptar para él y para su hogar, para aquellos que ama, mortales peligros de contagio, sin que los enfermos se den cuenta de ello ni siquiera se lo agradezcan. ¡Para eso es médico! ¡Y médico de barrio!

Dejando atrás las últimas casas de suburbio, Michel atraviesa el campo en silencio y se encamina a su casa. Sopla, por entre los setos, el viento de la tarde muriente. Algunos murciélagos motean de negro la luz crepuscular. Michel piensa en Francine Ray. Aún le duelen los ojos. ¡Al menos que Evelyne no se dé cuenta de que ha llorado! Se inquietaría y le mimaría a hurtadillas toda la noche sin decir nada. Evelyne se muestra siempre temerosa. Hay momentos en que, en el fondo de sí misma, no se siente segura y aún se reprocha haber sido un obstáculo para Michel, la culpable de su mediocridad… ¿Mediocridad? Sí, quizá a los ojos de los hombres. Sin dinero, una ruda profesión, una compañera enfermiza… Le preocupa a Michel el próximo parto de Evelyne. ¡Y pensar que tenía que casarse con Simone Heubel, vivir en compañía de una mujer robusta, una existencia de lujo, de honores, una vida fácil…! no cabe duda de que a los ojos de los hombres se ha portado como un insensato. Evelyne ha traído consigo la mediocridad a su hogar. Pero en aquel momento, caminando solo a través de los campos, con el corazón oprimido por la muerte de Francine, Michel, súbitamente lúcido, comprende que ha seguido la senda de la vedad y que debe a Evelyne el único y verdadero goce accesible al

hombre… Han sido las miserias de Evelyne, su enfermedad y sus sufrimientos los que le han hecho comprender a Domberlé; lo que le ha proporcionado, con la salud y la sensatez, el inestimable poder de consolar y curar. Después de Domberlé, ha sido Evelyne quien a su ve ha pagado por él y por todos los demás. Sólo gracias a ella Michel ha alcanzado el esplendor de la vedad. Es sin duda un hermoso destino llegar a la verdad por la senda del amor.

Y también a la caridad. Evelyne ha salvado en él lo mejor del hombre: el corazón. Por ella se ha desprendido de las mentiras del dinero, conociendo la vida tal cual es, acercándose al dolor y a la pobreza que, en su desesperada realidad, han hecho de él un hombre a través del sufrimiento. Por Evelyne ha aprendido a amar a sus semejantes por encima de sus miserias, sus bajezas y ruindades. Por ella, la criatura humana, a pesar de su mezquindad y su inteligencia, se ha revelado a él con toda su crudeza y ha sabido verla de la única manera que jamás decepciona; como una tierra inculta en que hay que sembrar la verdad, como una ocasión de hacer don de uno mismo, como una conquista a emprender. Y a ella debe su recompensa: una humilde popularidad, la sonrisa y los saludos de los chiquillos de la calle a quienes ha curado el sarampión, y de vez en vez, como acaba de experimentarlo a la cabecera de Francine, una de esas emociones breves, de una magnífica intensidad, cuyo recuerdo guardará en su corazón toda la vida. Todo eso no lo hubiese experimentado a no ser por Evelyne. Es una deuda que tiene contraída con ella, que ha conservado en él la facultad de emociones, de hacer entrega de sí mismo, de amar. Ella ha sido su moral y su conciencia. Ella ha salvado su juventud.

En la oscuridad, caminando por el sendero bordeado de sauces, la amada y bendita imagen no se aparte de la mente de Michel. Con el corazón rebosante de gratitud y de ternura acelera inconscientemente el paso. Quisiera estar ya junto a Evelyne y decirle todo lo que está pensando. Eso es el amor. Por encima de las dudas, el cansancio, el desaliento, las tentaciones, los momentos de desesperación en que Michel ha creído haber dejado de amar, cometer una locura según el buen sentido de los demás, al final de esa caminata a través de la oscuridad, una nueva luz, un resplandor hasta ahora sólo presentido, ha iluminado su alma. Ha sido preciso renunciar a todo, abdicar de sus ambiciones, de su orgullo y hasta de la esperanza de ser todavía feliz; aceptar la pobreza, la miseria, las incomodidades, la enfermedad y la muerte. Un dí atrás otro, a costa de su sudor y de sus lágrimas, ha sido preciso sostener a Evelyne y mantenerla con vida. Ella ha vivido para él, le ha hecho don de su propia fuerza, de su propia sustancia. Saber que Evelyne está contenta, procurarle una tarde y una noche tranquilas, despertar su sonrisa, aliviar su dolor, aventar o suavizar un mal recuerdo, distraerla, consolarla, educarla, éstos son los únicos goces que espera todavía de ella. Como así lo quiere Domberlé, ha vivido una existencia de místico y ha accedido a desempeñar el insensato papel de cargar con la cruz de un miserable, de expiar con ella el pecado de los hombres. Y he aquí que ha sobrevenido el milagro. Desde el día en que consintió hasta en al extinción del amor, en que nada pidió ni esperó de Evelyne, en que se consagró a ella sin desear nada a cambio, sin cálculos ni esperanzas, un nuevo amor ha brotado, purificado, triunfante, indestructible, libertado de su humanidad, de la servidumbre del egoísmo. Él, que había renunciado al mundo, que había querido limitar sus horizontes y su vida al rostro afilado de esa pobre criatura destinada a la muerte, se ha dado cuenta de que en su misma miseria, en esa misma desnudez, ha encontrado el entusiasmo, el esplendor, las emociones y los goces que el mundo entero no le hubiese deparado. En ellos hallará sus razones de vivir, sus energías, toda su recompensa…

Precisa creer que todo hay que merecerlo; verdad, gracia y genio. E incluso el amor. El amor del hombre y de la mujer ¿acaso no sería, como lo restante de la vida humana el símbolo, el reflejo de una gran obra de amor y redención? Pues también el amor exige y promete:

«Abandóname y me encontrarás».

Ha sido necesario que Michel olvidara, renunciara, se despojara del egoísmo, y, finalmente, según la Epístola del matrimonio, consintiera en morir por un semejante. Ha sido necesaria una obra de

redención. Pero ahora, purificado de todo cuanto quedaba en él de material y terrenal, ama con un cariño nuevo e indestructible y puede decir al ser amado:

—¡Te amo! Por encima de las tristezas y miserias de tu ser humano, de tus flaquezas y de tu desnudez, y también a causa de ellas; por los renunciamientos, la servidumbre, los sufrimientos, los sudores y las lágrimas que me has costado: ¡te amo!.

CAPÍTULO VII

A fines de septiembre de 1938, con motivo de la movilización parcial que precedió a la entrevista de Munich, la quinta de Michel fue llamada a filas.

Partió con casi un día de anticipación. Tenía que pasar por París y no quería incorporarse al ejército sin despedirse del maestro a quien Evelyne debía la salud y él la verdad.

Encontró a Domberlé en su casa de Saint-Cyr, donde el anciano médico, desde que se marchó del sanatorio, efectuaba todos los días algunas consultas. Domberlé, cansado y envejecido, apenas salía. Había sufrido una caída que le había lesionado la espina dorsal y llevaba el tronco enfundado en un corsé de cuero y de hierro.

—Eso me faltaba —dijo—. Ahora sí que sé lo que es la vejez. Hay que tener paciencia, Doutreval.

Hablaron de la guerra. Domberlé se mostraba escéptico: no creía en ella. Era uno de esos que no obstante haber advertid las causas del mal y profetizado el próximo castigo, no llegan a aceptar como posible el horror del porvenir que han entrevisto.

—No —dijo—, es imposible. Confío en un milagro. Sería demasiado horrible.

—Pero no se asoma uno impunemente al abismo —objetó Michel—. Y ya ve usted que cada vez estamos más cerca de él. Francia es una víctima propiciatoria. Una vida demasiado fácil, un egoísmo desenfrenado, el concepto materialista de la vida que se ha predicado a las masas, innumeras torpezas, el trabajo femenino en la fábrica, la vida en las ciudades, la taberna, el descenso de población, han causado tales estragos que apenas puede uno imaginárselos.

—Una enferma con escasas defensas naturales —murmuró Domberlé—. Víctima señalada por la enfermedad, revolución o agresión armada… Evidentemente, el cuerpo social reacciona como el organismo individual…

Reflexionó un momento y movió la cabeza.

—¡La guerra! ¡Pobre pueblo! ¡Pobre Francia!

—Sí —dijo Michel—. Sólo entra en mis cálculos la posibilidad de una victoria. Y para nosotros, moralmente una victoria constituiría ya un desastre. ¡Qué orgullo, qué afán de placeres, qué liberación de nuestros peores instintos…! sería conveniente que la victoria nos dejara exangües para que no nos sumiera en una fulminante decadencia.

—Sea cual fuere nuestra victoria, Doutreval —dijo Domberlé—. Sea cual fuere la salida de esta guerra, el porvenir de nuestra civilización conocerá la decadencia si no modificamos totalmente nuestro modo de vivir. Una vez terminada la guerra y restañadas las heridas, lo que ocurrirá pronto gracias al maquinismo, ¿qué será entonces de los pueblos?

—Me imagino —contestó Michel— que conocerán días de opulencia y de felicidad, lo que ellos denominaban la Felicidad: la semana de treinta o de veinticuatro horas, el auto al alcance de todo el mundo, vacaciones, alimentación completa y variada, la distracción, el placer y todo eso de una forma de la que ni siquiera podemos formarnos idea. Arrumbadas las trabas aduaneras y psicológicas, las naciones, gracias al intercambio y al maquinismo, tendrán acceso a la abundancia. Esto durará cincuenta, cien años…

—Exactamente —dijo Domberlé—. Y lo que luego sobrevendrá lo sabe usted, Doutreval, tan bien como yo: asistiremos entonces a una aterradora degeneración de la raza blanca, de los pueblos civilizados. La abundancia «incontrolada» es la muerte de los pueblos y de las civilizaciones…

—Sin embargo —observó Michel—, la abundancia, la distracción y las comodidades son en sí un bien.

—Sí. Con tal que el hombre las utilice en primer lugar para fomentar su cultura y su elevación de espíritu. Ahora bien, hasta hoy día sólo han sido para él instrumento de goces mezquinos.

»No cabe duda —prosiguió—, de que el gran peligro que amenaza la raza blanca no es la revolución ni la guerra, sino el maquinismo, el ocio, la facilidad y la sobreabundancia. Tenemos el ejemplo: la más magnífica nación que en el mundo haya sido pereció por haber querido el trigo madurado bajo otros cielos, las legiones mercenarias y los juegos circenses. La vida en las ciudades, los trabajos sedentarios y malsanos de la fábrica, los ocios embrutecedores y sin control, la alimentación artificial, química, industrial o sobreexcitante y concentrada en demasía, los excesos de carne, de azúcar, de alcohol, de tabaco, de café, de conservas y de productos farmacéuticos, ese modo de vivir inadecuado para el hombre, conducirán irremisiblemente a una rápida decrepitud por el camino del artritismo, esa vejez de los pueblos. No al impedirán ni vacunas, ni sueros, ni laboratorios, ni sanatorios, ni remedios específicos. Y llegado este omento, por bella que nuestra civilización europea haya sido, se hundirá rápidamente dejando un vacío tal vez mayor que el que dejó Roma. ¿Me mira usted? ¿Cree usted que exagero?

—No —repuso Michel—. Pero todo eso es muy sombrío.

—Todo eso sería sombrío si el progreso, la perceptibilidad, no fueran la única ley.

—Cierto— no puedo creer, es imposible que todo el esfuerzo de la inteligencia humana para evadirse del bruto, para mejorar su condición y hacer uso para su bienestar, como es justo, de las fuerzas de la naturaleza, tenga que concluir con ese desastre. ¡No por eso nuestros sabios y nuestros hombres de ciencia se han afanado desde hace tantos siglos!

—Tiene usted razón —afirmó Domberlé—. Llegaremos a utilizar cuerdamente el regio don de la ciencia gracias a la medicina, de vuelta de sus aberraciones y con la primordial misión, en adelante, de procurar que el hombre retorne a la naturaleza.

»¿Se producirá eso a largo plazo? Tal vez no. En todo caso, está escrito. La verdad acaba siempre por triunfar.

—Suceda lo que suceda, la medicina del mañana tiene una magnífica misión que cumplir.

—Sí, amigo mío; comprender los errores, escapar a la multiplicidad de los males y del sintomatismo y volver a una noción unitaria, general, humoral de la salud y de la enfermedad. Y luchar para educar a los hombres, instruirlos desde la infancia acerca de las causas reales de nuestros males, de las leyes que rigen al ser humano y de la necesidad de una alimentación a base de cereales y frutas a la que está fisiológicamente adaptado. Evidentemente, precisará para ello de la ayuda del legislador.

—Sería necesario a tal fin efectuar importantes modificaciones en nuestro actual sistema de sufragio supuestamente universal —objetó Michel—. Este aparente gobierno del pueblo por y para el pueblo es, en realidad, un instrumento de sujeción en manos de algunas minorías poderosas… Precisaríase que las selecciones y no me refiero solamente a las selecciones del dinero o del saber, sino a la selección del trabajo, haga oír su voz de una manera más completa. Las pobres masas, de por sí rehúyen instintivamente el esfuerzo y van en pos de quienes predican las cosas fáciles y placenteras, de quienes las envenenan para explotarlas.

—Es cierto —confirmó Domberlé—. Será necesaria la preminencia de las selecciones, de las selecciones de todas las clases, pues abundan por doquier los individuos dotados de buen sentido capaces de comprender las justas reglas de la vida. ¿Qué es difícil dar con ellas? Es verdad. Todo se reduce, en suma, a encontrar un medio de catalogar al hombre según su valor moral para otorgarle, al margen de toda consideración de rango social o de fortuna, una parte de derechos políticos proporcionada a ese valor moral.

—Podrían utilizarse «signos exteriores» —dice Michel.

—¡Claro! La familia, la calidad profesional, la actividad altruista… Así, con el apoyo de la verdadera selección, el legislador podrá ayudar prodigiosamente al esfuerzo de una medicina informada de todas las leyes del orden individual, favorecer el género de vida más saludable para todos, orientar provechosamente el trabajo, la alimentación y el espíritu de todos…

»Adiós, querido Doutreval. ¿Volveremos a vernos? En todo caso, si no nos volvemos a ver en este mundo, ¡ojalá mis palabras hayan sido proféticas! Ojalá pueda la medicina, en el momento en que vayan a chocar los mundos, comprender su misión y alcanzar con la verdad el destino único que le está hoy designado. Pues no dispone en verdad de un siglo para salvar nuestra raza blanca, nuestra civilización, el maravilloso florecimiento intelectual moral y religioso de dos mil años de humanismo y de cristianismo.

A la mañana siguiente, al llegar a la estación del Este para tomar el tren de Chalons-sur-Maine, tuvo Michel un feliz encuentro. En medio del tumulto de los movilizados, de mujeres y niños, un orondo teniente con uniforme caqui, con un cuello encarnado en el que aparecía bordado un caduceo, le dio sonriente una palmada en la espalda. Michel reconoció a Belladan, su antiguo compañero en la Facultad. Belladan, ahora inspector general de Seguros Sociales, iba también a Chalons a incorporarse al Ejército. Iba en coche.

—Te llevo conmigo —dijo.

Michel fue en auto a Chalons con Belladan. Hablaron de Tillery, Seteuil y Santhanas, de los viejos «patronos» de la «Fac». Así el camino se les hizo corto. Una inverosímil baraúnda de hombres, soldados, camiones, automóviles y vehículos militares, un hormigueo en ebullición, llenaba las calles, las plazas y los paseos. Abriéndose paso a través de ese tumulto, Belladan condujo a Michel a las oficinas del hospital militar, donde se despidió de él.

Después de cumplir con las primeras y rituales formalidades, Michel se presentó al teniente coronel mayor Marchelier, bajo cuyas órdenes había de trabajar. Marchelier, médico militar, jovial, barbudo, curtido por diez años de colonias, asignó a Michel la misión de inspeccionar la labor de las enfermeras encargadas de la desinfección de las salas de cirugía menor. Allí el recién movilizado se ocupó toda la tarde en dirigir al personal.

Las siete. Era ya de noche y desde hacía mucho tiempo se habían cerrado los anchos ventanales y encendido la luz eléctrica. De pronto, una voz fuerte resonó en los pasillos llamando a Michael.

—¡Doutreval! ¡Doutreval! ¿Dónde se esconde ese pajarraco?

Michel reconoció la voz del teniente coronel Marchelier.

—¡Oh, qué limpio está eso! ¡Y qué actividad! Diga, amigo, es usted de Angers, ¿verdad? Entonces vaya en seguida al pabellón Dupuytren. Hay alguien que pregunta por usted.

Michel se despojó en un santiamén de su bata blanca, se puso el dormán y bajó a través de las tinieblas del patio. La noche era muy oscura. En los patios, las sombras se movían, entrechocaban en la oscuridad y se desatan en juramentos. Una vaga luz azulada denunciaba aquí y allá un reverbero «camuflado». Después de varios tanteos, vueltas y revueltas, choques y topetazos, Michel, guiado por un soldado armado casualmente de una lámpara de bolsillo, llegó al pabellón que le habían indicado, franqueó el umbral, siguió un pasillo y penetró, deslumbrado, en la sala de la planta baja profusamente iluminada. Varios enfermeros se afanaban arriba y bajo de una doble hilera de camas vacías cubiertas con sábanas limpias y bien planchadas. Al fondo de la enorme sala, de espaldas a la puerta de entrada, un comandante de aventajada estatura, delgado, sin nada en la cabeza, de cabello abundante y completamente blanco, pero de movimientos ágiles, embutido el torso en un viejo dormán color azul celeste con un cuello de terciopelo granate, daba instrucciones y señalaba con la punta de un bastoncillo de junco con un embaste de oro, una hilera de camas que había que cambiar de sitio o una puerta de salida que era necesario despejar. Al oír abrirse la puerta se volvió. Acabó de dar sus órdenes

y luego se dirigió lentamente hacia donde estaba Michel. Apoyábase en el bastón de junco de una manera tan natural que apenas se notaba su cojera. Iba acerándose. Su rostro afilado, un poco arrugado y avejentado tenía una palidez y una rigidez singulares. Sonrió a Michel con un esfuerzo que contrajo sus facciones en un rictus doloroso.

—¡Qué hay, Michel!

Un cambio profundo debía de haber ocurrido en un hombre como Jean Doutreval; sí, un gran cambio moral para que fuera al encuentro de su hijo, para que de él partiera la iniciativa. A Michel se le humedecieron los ojos al pensar en la humillación que su padre se había impuesto. Sintióse impelido a arrojarse en sus brazos, pero no se atrevió. Sólo se limitó a coger entre las suyas la mano que le tendía Doutreval y a estrecharla larga y fuertemente.

—He sabido que habías llegado —dijo Jean Doutreval con el tono de voz ligeramente ronco con que hablaba cuando pretendía ocultar una fuerte emoción—. He rogado a Marchelier que mandara llamarte… He pensado que en circunstancias como éstas sería agradable volver a vernos, ¿no crees?

—Si yo hubiera sabido, padre, yo mismo habría…, pero no podía sospechar siquiera…

—¿Qué estaría aquí, como tú? Pues ya lo ves. Me incorporé al servicio hace tres días… He pensado que tal como van las cosas quizá necesitaran de mí…

El tono de su voz se había aclarado. Hablaba ya normalmente, y sonreía.

—Telegrafié a mi viejo amigo Marchelier… A pesar de mi pata coja, en seguida ha encontrado trabajo para mí. ¡Bah! Al fin y al cabo no será mi pierna ningún obstáculo para que pueda remendar las de los demás, ¿y tú?

—También movilizado, padre.

—Sí, sí… ¡En fin! esperemos. No puedo creer en esta guerra.

—Nunca te escribí —dijo Michel penosamente—. Tuve miedo… Temí una mala acogida por tu parte. Cometí muchos errores contigo…

—También yo tuve miedo —confesó Doutreval—. Miedo de que no me contestases, de que no me perdonases. Miedo de un nuevo sufrimiento… Porque he sufrido mucho desde que tú te marchaste.

Sonrió débilmente y prosiguió:

—También yo me sentía culpable respecto a ti. «¡Escribe! ¡Escribe!», me decía Fabienne. Jamás me atreví……En fin, creo que esta noche hemos reparado el mal, ¿verdad, Michel? Más tarde volveremos a hablar de ello. Bueno, ahora tú y yo tenemos trabajo. ¿Estás libre esta noche? ¿Quieres que le pida a Marchelier…? me gustaría que pasáramos un rato juntos.

—Había ya terminado. No tengo nada que hacer.

—Estupendo.

Levantó el brazo y consultó su reloj de pulsera.

—Las siete. Si te parece bien, nos iremos a cenar. Espera un momento.

Dio algunas instrucciones a los enfermeros, se reunió de nuevo con Michel y lo empujó hacia la puerta.

—Pasa tú primero ¿Tienes coche?

—No.

—¡Qué lástima! Estoy muy cansado. En fin ¡qué más da!

Salieron juntos y bajaron casi a tientas las escaleras que conducían al patio.

—¿Dónde comemos? —dijo Doutreval.

—Donde tú quieras, padre.

—Entonces, a la «Haute Mére de Dieu» —repuso Doutreval—. Es el mejor restaurante de Châlons. Curioso y bonito nombre, ¿verdad? ¡Oh, qué noche!

A través de las tinieblas, caminaron junto a la pared que rodeaba el patio. Al salir del hospital se dirigieron a la Gran Place. La noche era cerrada y a cada omento tropezaban con sombras indiscernibles. Por toda iluminación, la minúscula y fúnebre estrella azul de una embozada e inútil

farola de gas. Los transeúntes tropezaban unos con otros, bajaban de la acera, vacilaban ante os charcos de agua, y de pronto aparecía súbitamente la masa casi invisible de un auto con los faros apagados. Todo ese bullicio era originado por los seres más diversos; paisanos y soldados, oficiales y enfermeras, grupos de borrachos y familias enteras que, incapaces de irse a dormir, deambulaban angustiosas por las calles de la ciudad, en busca de noticias o de un motivo cualquiera para esperar. Todos esos seres erraban lúgubremente y se daban de topetazos en la oscuridad. De cuando en cuando se abría una puerta, proyectaba en la negrura una turbia claridad y, por espacio de cinco segundos, ofrecía el espectáculo de una taberna abarrotada de hombres de uniforme, bebiendo, fumando, envueltos en una espesa humareda de tabaco y accionando en medio de una barahúnda indescriptible. Luego, una vez cerrada la puerta, la tenebrosidad era aún más densa, acuchillada de vez en vez por el haz de luz de una lámpara de bolsillo que iluminaba esa batahola de sombras que entrechocaban y se movían confusamente a través de una oscuridad siniestra moteada de puntos azules. Aquí y allá algunos cines abrían sus bocas cavernarias. Grupos compactos se adentraban en ellas, y de cuando en cuando se percibían en al calle risas apagadas procedentes del interior de aquellos antros. El hombre necesita olvidar.

Doutreval, precediendo a Michel, consiguió abrirse paso a través de la muchedumbre que esperaba turno a las puertas de los restaurantes. Llegó acompañado de Michel a la «Haute Mére de Dieu». Tuvieron que franquear una barrera de cortinones, colgados en la entraña a modo de parapeto. De pronto, después de las tinieblas del exterior, se encontraron, deslumbrados, en una espaciosa sala, alta de techo, pródigamente iluminada, con espejos, arañas, cristales, manteles… Todo ello ofreció un encanto singular. Oficiales de uniforme caqui y aviadores con un elegante traje azul oscuro, cenaban en grupos de cuatro o cinco, diligentemente servidos por camareros con la frente bañada en sudor.

Doutreval y Michel comieron mal y rápidamente sin apenas darse cuenta de lo que servían. ¡La guerra! ¡La guerra! Tal era el tema único de todas las conversaciones. Doutreval no podía creer en ese horror y esperaba todavía el milagro. Después de una cena frugal, se levantaron de la mesa para dejar sitio a otros clientes, y se adentraron de nuevo en la oscuridad. Dándose de trompicones con la gente, se encaminaron al hospital. Michel, en pos de su padre, osaba su ano sobre el hombro de Doutreval para no perderse en medio de aquella confusión de seres vagando en una noche siniestramente oscura. Llegaron por fin al hospital, enfilaron los largos y blancos pasillos apenas iluminados por lámparas encapuzadas y subieron al tercer piso.

—¡Esta es mi jaula! —dijo Doutreval, empujando una puerta—. Entra.

Algunos libros junto a la cabecera del lecho de campaña. Debajo, un par de botas esmeradamente embetunadas. Una fotografía de Mariette con un marco de cristal, exornaba la tablilla del radiador. En una silla, un haz de ropa blanca, camisas y cuellos duros en espera de que el ordenanza se hiciera cargo de ello. Todo en Doutreval era ordenado, limpio, de una elegante sencillez. Evidentemente, aquella estancia daba la impresión de que Doutreval había organizado su vida. Le sorprendió a Michel ver en el antepecho de la ventana un perrito de trapo montado sobre ruedas, un juguete completamente nuevo provisto aún de la etiqueta de la tienda.

—Síentate —dijo Doutreval.

Sentóse en la cama frente a su hijo, estiró la pierna enferma y miró a Michel.

—Estoy muy contento de volver a verte, Michel.

—Yo también, padre.

Observáronse un instante en silencio. Rememoraban sin duda el pasado que vivieron separados y que se alzaba entre ellos como un muro. Era doloroso. Aunque dos seres se hayan comprendido, querido y reconocido los errores de cada uno, las heridas que mutuamente se han inferido han dejado huella. Pasado el tiempo no existe ya el sufrimiento, las heridas se han cerrado, pero en lugar de las cicatrices queda un corazón escéptico y endurecido. Y la vida es demasiado corte para que pueda

volver a florecer lo que ya está agostado. Jamás deberían los hombres odiarse. ¿Por qué, si hay tan poco tiempo para amarse?

Doutreval hurgó en sus bolsillos, en busca de su eterno cigarrillo.

—¿Dónde estás ahora? ¿Qué haces?

—En el Norte. ¿Y tú, padre?

—En Brison, Cerca de Aix. Con los Droux, ¿Te acuerdas de aquel pueblecito…¡

—¿Has ido a vivir allí? ¿Te has jubilado?

—No —dijo Doutreval—. Hemos tenido que marcharnos de Angers.

Movió la cabeza en dirección a la tablilla del radiador.

—Ya sabes que murió.

—Sí. Lo supe.

—Continúo trabajando. Investigando… Pero he fracasado— ¡Todo ya terminado! ¿Mi obra? ¡Que se vaya al diablo! Me he dado cuenta, demasiado tarde, de que me había equivocado.

—Pero ¿era preciso abandonarlo todo?

—Sí. Me había comprometido demasiado. No me quedaba más remedio que callar y tratar de que se olvidaran de mí.

—¡Has sacrificado toda tu vida!

—¡Qué más da! Tal vez se pueda aprovechar algo de mis trabajos. Ya se encontrarán otros procedimientos. Se haba del electrochoque. ¿Por qué no? Sea lo que fuere, no creo en esa medicina de choque. Es demasiado brutal. De todos modos, eso es cuestión de los que me sucedan. ¿Creerás que mi obra no me inspira más que asco? Casi me avergüenzo de ella. He olvidado al hombre. He abusado del derecho que uno tiene a practicar experiencias sobre el ser humano…

—¡De buena fe, padre!

—La buena fe no basta. No debemos buscar en nosotros una regla de conducta. No puede uno fiarse de sí mismo. ¡Con qué facilidad se miente! Se denomina Ciencia lo que no es más que orgullo. Y tampoco es la ciencia, Michel un Dios que tiene respuesta para todo. En nombre de la Ciencia hubiera tenido perfecto derecho a continuar mis martirizadoras experiencias sobre unos pobres dementes. Es necesario algo más que la Ciencia… La moral… —terminó en voz queda, como a pesar suyo.

»En todo caso —prosiguió—, y esto es lo que quería decirte, todo ello ha absorbido mi atención… El trabajo, hijo mío, puede constituir una forma de egoísmo. He tenido abandonada a Fabienne. Le he dejado hacer lo que quería. En una palabra… ¿No te han hablado de ella?

—No, nunca.

—Pues Fabienne ha… se ha… en fin, que ha tenido un hijo… un chico… Por esto me marché.

—¡Fabienne! —exclamó Michel—. ¡Fabienne! ¡Padre!

—Es culpa mía —murmuró Doutreval.

Transido de dolor, explicó el drama en breves palabras. Michel se daba cuenta del sufrimiento de su padre, pero éste no omitió nada, ni el nombre odioso de Guerran. Un cambio profundo se había operado en el ánimo de Doutreval.

—Y ahora ¿vivís los dos allí? —preguntó Michel.

—Sí. Ejerzo mi profesión. Visito a los veraneantes que van a Aix. Me voy defendiendo. Fabienne cuida de la casa. Los domingos los pasamos con los Droux. «Abandonad las dilatadas esperanzas y los grandes pensamientos…». He seguido el consejo y he renunciado.

—¿Eres feliz?

—Sí, Michel. ¿Por qué no? Se me figura estar despegado de todo, de vuelta de todo; haber visto y conocido todo y calibrado la vanidad de todas las cosas; humanidad, familia, dinero, honores, hijos… en adelante, uno se imagina incapaz de interesarse por nada en el mundo, de encariñarse por algo, y luego —y señala con la mirada el perrito de trapo—, sobreviene una criatura, un nieto. Y por esa

criatura, ese viejo corazón que parecía muerto vuelve a latir, a inquietarse, a temblar, a entregarse…, en fin, que vuelve a vivir.

Bajó la cabeza, permaneció un instante como abstraído, y su rostro pareció iluminado con una débil sonrisa.

—¿Y tú? —prosiguió—. ¿Te han ido bien las cosas?

—Sí —dijo Michel.

—¿Qué has hecho después que…?

—Me casé. Terminé mis estudios. Un viejo médico curó a mi mujer… ahora ejerzo en el Norte.

—Sí. Estoy enterado. ¿Estás contento?

—Mucho. Soy un médico de barrio. Vamos tirando. Tengo un chico, Evelyne… mi mujer, espera otro hijo. Trabajo mucho. No somos ricos, pero sí dichosos.

—¿Dichosos?

Michel reflexionó un instante.

—Sí… lo somos. No se trata de lo que otros llaman la felicidad, pero creo poder afirmar que somos dichosos.

—Así que la vida no te ha decepcionado…

Michel vaciló un instante antes de responder…

—No —dijo—. No.

—Entonces, me he equivocado. Tus sufrimientos no han sido los que yo…

—Sí —dijo Michel—. Estabas en lo cierto. He sufrido mucho, por ella y con ella… Pero a pesar de todo…, o, mejor dicho, a causa de eso… Sí, a causa de eso he sido feliz…

—Sí —murmuró Doutreval—. Ya comprendo…

Permaneció un instante pensativo. Luego dijo lentamente:

—Lo inexplicable es esto. Que uno quiera perderse por otro y que, perdiendo, salga uno ganando. ¡El amor! ¡Todo el misterio de la existencia! Que uno se avenga a perder y perdiendo gane. Lo único que tal vez me haga creer un día… en el fondo, quizá hayas escogido el mejor camino…

Jamás había dicho Doutreval tales palabras.

—Bueno —prosiguió—. Te veremos ¿verdad? Irás a Aix de cuando en cuando… Tenemos que vernos más a menudo y es necesario que conozca a tus hijos. Hemos perdido unos años valiosos… ¿No te parece horrible no disponer más que de una vida y darse cuenta de que ha transcurrido con la velocidad de un rayo y que la hemos desperdiciado?

Dio un suspiro y se levantó.

—¡Bah! No nos pongamos melancólicos. Son las diez, Michel. Buenas noches. Escríbeme. No, no, no tendremos guerra. Escríbeme en cuanto regreses. Irás a Aix a pasar las vacaciones de verano. Me lo prometes, ¿verdad?

Acompañó a Michel hasta el rellano de la escalera…

—Yo no bajo a causa de mi pierna…… No te digo hasta mañana porque no estaré aquí. Salgo para Mourmelon, donde tengo que organizar un servicio… Nos volveremos a ver por las vacaciones… o en la guerra…

Tras un instante de reflexión dijo con voz apagada:

—Y si a pesar de todo estallase, mándame en seguida el número de tu unidad y el nombre de tu coronel, para que me avisen inmediatamente en caso de que te sucediera algo… ¡Pero no, no habrá guerra! ¡Vamos, dame un beso, hijo mío!

Presentó a Michel su enjuta mejilla que, aunque rasurada, picaba un poco. También é le dio un beso fugaz. Dejó a Michel y se encaminó cojeando hacia su cuarto a través del largo pasillo débilmente iluminado. No se volvió ni una sola vez.

A la mañana siguiente, mientras estaba trabajando, los gritos de un grupo de hombres harto bebidos dieron a Michel la noticia.

—¡La paz! ¡La paz!

—¡Viva Daladier! ¡Viva Chamberlain!

—¡Hay que celebrar al paz!

Michel abrió la ventana del despacho donde trabajaba. En aquel momento doblaron la calle una banda de hombres beodos, vacilantes, accionando y enarbolando botellas. Por esos hombres borrachos deambulando a través de la ciudad, se enteró Michel de que la guerra había sido evitada.

Al atardecer del mismo día, Michel se dirigió hacia el Norte en una camioneta militar. El coronel Marchelier aprovechó la ocasión de tener que enviar algunos ayudantes a Lille y a la región franco—belga para proveer a Michel de un permiso.

—Estará usted más cerca de su casa cuando le desmovilicen —dijo—. ¡Feliz muchacho!

La carretera, despejada hasta Cambrai, comenzó, pasada esta ciudad, a atascarse con convoyes y más convoyes que hasta Douai y casi hasta Lille obligaron al coche a marchar lentamente detrás de las caravanas interminables: enormes camiones entoldados, abarrotados de cajas de obuses y municiones, cañones arrastrados por achatados tractores, ambulancias, furgones de avituallamiento, tanque orugas, autoametralladoras, coches blindados… Todos esos vehículos, con una marcha uniforme y monótona, con el ronquido de los motores, el opaco zumbido de los Diesel, el fragor de las cadenas de acero sobre el pavimento, discurrían cual un largo río metálico. Delante de la camioneta, Michel veía marchar, lento, pesado y robusto como un paquidermo, un gigantesco auto blindado encapuchado con un enorme entoldado. Como una ciclópea bestia sin ojos, seguía adelante conducida por hombres invisibles. Sólo en lo alto, en la cima de la torrecilla, un soldado había quitado el casquete que la coronaba. Por el agujero emergía su cabeza. Sólo se divisaba un rostro rígido y enjuto, cubierto con un casco de metal y el cuello circuido de un cordón de cuero. Desde la altura en que estaba situado, dominaba los vehículos,, la carretera y la muchedumbre que discurría silenciosamente a ambos lados de la carretera. Aquel soldado prisionero del blindaje, presa sin duda de angustia y disimulando su inquietud, el rostro en tensión, oteando a lo lejos, más allá de la espesa y azulada humareda que esparcía el convoy, parecía la trágica imagen de carne y hierro de la guerra. ¡la guerra! El nubarrón siniestro se alejaba, pero su sombra se cernía aún sobre las carreteras, los convoyes, sobre los hombres que seguían su camino sin detenerse, sobre el semblante de la muchedumbre oprimida, consternada y silenciosa, fijos los ojos en ese tumultuoso río de metal; que no olvidaba la invasión y la devastación que se resistía a creer, después de una semana de agonía, que la garra de acero que le estrujaba el corazón se hubiera finalmente relajado.

Poco antes de llegar a Lille, la camioneta logró adelantarse al convoy y seguir vía libre.

Los enfermos tenían que alcanzar Dunkerque, pero Michel debía hacer alto en el sanatorio de Saint-Jans-Cappelle, al pie del Mont-Noir. En atención al doctor, el coche dio un rodeo. Por el empinado y agreste camino, Michel emprendió la ascensión al Mont-Noir. Jamás había visto tan bellos parajes otoñales ni una campiña tan dulce y apacible como aquel verdusco rincón de Flandes, perdido entre las boscosas hondonadas. Negros pinos parecían montar la guardia en lo alto de un barracón. En algún hueco de la montaña un arroyuelo murmuraba su dulce y eterna canción. Una liebre cruzaba de un salto el camino y desaparecía en la espesura de un seto. A la izquierda, en un calvero, había un cementerio militar, recuerdo de la guerra del 14. En una extensión de hierba, de un maravilloso frescor, se alineaban unas piedras cúbicas de una blancura inmaculada. Tumbas de soldados, tan limpias, tan pulcras en medio de aquella quieta inmensidad, que el pensamiento de la muerte se le antojaba a uno menos siniestro. Mugía una vaca. De pronto, quebraron el silencio los claros y melancólicos sones de la campana de Saint-Jeans-Cappelle. En aquellos campos, en aquella dulzura otoñal, había, disipada ya la horrible amenaza de la guerra, algo así como una magnífica y emocionada promesa de fecundidad, de alegría y de paz.

Dentro de algunos días, Michel volvería a ver su cuidad, los rostros familiares, los obreros, las mujeres, los chiquillos y oiría las voces conocidas:

—¿Ya está usted de vuelta, señor doctor?

Y volvería a ver, por entre os árboles, al vieja y puntiaguda techumbre de tejas de su casa; el sendero bordeado de copudos sauces de verde y plateado follaje. Y, sin duda, en medio del camino, de pie, una figura blanca y delgada, llevando de la mano a una criatura que apenas puede sostenerse. Un rostro querido, quebradizo como la cera, feliz y ansioso, atisbando a lo lejos del camino si llega finalmente la esperada silueta…

¡Evelyne! Una vez más, Michel, como impelido por todas sus fuerzas anímicas, se traslada en su imaginación al lado de la mujer amada y estima la deuda que tiene contraída con ella. Evelyne le ha moldeado de nuevo, lo ha reformado, ha hecho de él otro hombre. Recuerda lo que era antes de conocerla y lo que ahora es, sólo porque ella ha tenido fe en él, porque le juzgó en el fondo, más perfecto y mejor de lo que era en realidad. Ahora lo ve claro. Lo que ella vio en él es el hombre que ha querido ser. Y puede decirle:

«Mi corazón es lo que tú has querido que fuera. Este hombre es el resultado de tu obra».

En cierto modo somos siempre lo que la mujer que amamos quiere que seamos. La misión de la mujer es la de volver a crear al hombre. Alcanzar la verdad a través del amor es el más bello y hermoso destino que puede darse en este mundo. «Tú has escogido el mejor camino…». Michel recuerda las últimas palabras de su padre, la tristeza de su despedida. Y está convencido de que el anciano tenía razón. Sí, el ha escogido el mejor camino. Palabras pocas veces pronunciadas y, sin embargo, verdaderas. Amar y hacer don de uno mismo son las palabras clave de nuestra vida. Esto es inexplicable, por lo que hay que acudir a Dios. «Que uno se avenga a perder, y que perdiendo salga ganando, es lo único que podría hacerme creer…». Sí, Doutreval tenía razón. Ahuyentado por el hombre de la tierra y del cielo, Dios encuentra su inviolable refugio en el propio corazón del hombre:

«Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor proviene de Dios. Aquel que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor».

¡Esto es lo que San Juan quería decir! He aquí en todo su esplendor y su inconmensurable amplitud el mensaje del Apóstol al corazón sencillo, que antaño predicaba Mariette a Michel, cuando niño, con una emoción de la que él no se daba cuenta. Aquél que ama vive en gracia de Dios.

Michel no creía nada. También él, como Doutreval, negaba que la vida tuviera sentido y objeto. Y por haber amado, a casa de su miseria, a una víctima; por haberse compadecido de ella y aceptado compartir las lágrimas, la indigencia y la pobreza, detrás del triste, dolido y querido rostro del ser amado, otra imagen transparenta. Detrás de Evelyne, detrás del amor generoso de la doliente criatura, está el amor divino.

Sólo hay dos amores. El amor a sí mismo, o el amor a las demás criaturas vivientes. Detrás del amor a sí mismo no hay más que sufrimientos y maldad. Detrás del amor al prójimo está el bien, está Dios. Cada vez que el hombre ama algo que no está sujeto a él es, conscientemente o no, un acto de fe en dios. Solo existen dos amores: el amor a sí mismo, o el amor a Dios.

EL AUTOR Y *SU OBRA*[*]

Maxence Van der Meersch, nació en la ciudad industrial de Roubaix, al Norte de Francia, el día 4 de mayo de 1907. Murió en Tourquet, Pas-de-Calais, el 14 de enero de 1951. Había hecho sus estudios primarios y secundarios en Tourcoing y Lille. Licenciado en Derecho, ejerció en esta última ciudad como abogado durante dos años. Mientras tanto, se inició en el periodismo y llegó a ser jefe de redacción de la revista Lille universitaire. *Simultáneamente colaboró en otras publicaciones periódicas, y en 1932 apareció su novela* La casa de la duna, *que fue llevada a la pantalla cinematográfica como consecuencia del éxito que había alcanzado. En 1936 obtuvo el premio Goncourt por su otra novela La* huella del Dios, *y el gran premio de la Academia Francesa en 1943 con* Cuerpos y almas, *obra que ha sido la culminación de su prestigio como novelista. Cabe mencionar, además, como notables obras suyas* Porque no saben lo que se hacen, Cuando callan las sirenas, El elegido, El pecado del mundo *e* Invasión. *En la mayoría de ellas la narración se desarrolla teniendo como fondo los paisajes norteños de Francia, que el autor ha sabido evocar magistralmente, y con los cuales parece haberse identificado con profunda emoción. Igual puede decirse de la sensitiva descripción que hace de las formas sociales de vida de los campesinos, de los pescadores y obreros de aquellas regiones.*

Van der Meersch, de una constitución aparentemente enclenque, en Cuerpos y almas *puso en juego al máximo el vigoroso temperamento de que estaba dotado moralmente. Vigor que fluye en el ánimo del lector a través de toda la novela y hace que el lector, emocionalmente hechizado por la narración, se compenetre de la intención espiritual y evangelizadora que se propuso el autor al escribir la novela. Van der Meersch que siempre se mostró enemigo de los prejuicios, errores e ignorancias en que tan a menudo suele complacerse la sociedad, al barajar un documento humano de este tipo en la novela con la honradez, buena fe y habilidad en el manejo de la pluma, se asignó en* Cuerpos y almas *la misión de exponer ante el lector los turbios manejos de la medicina oficial. Acusa a ésta de rutinaria y mediocre, incapacitada de curar por desidia. Por esto, la aparición de la novela produjo un gran revuelo, no sólo entre la clase médica, sino en muchos otros sectores. Aún hoy es objeto de exhaustivos estudios y opuestos criterios, aunque sólo en cuanto a los juicios científicos que de ella se deducen. Lo que nadie discute es que* Cuerpos y almas *sea una de las novelas más apasionantes, vigorosamente conmovedoras e interesantes de nuestro tiempo, leída y releída por grandes masas de lectores en todos los países. A la ejemplar historia que nos cuenta, el autor interpone un animadísimo cuadro de costumbres, robustecido por su naturalidad y riqueza de caracteres bien sostenidos. Si por una parte nos recuerda al también novelista francés Zola por sus dones de observación y el gusto por la crudeza, por otro lado esta inclinación al naturalismo jamás es un freno a la constante búsqueda del autor de todos los valores humanos. Mejor dicho: aunque una novela en todos los sentidos de la palabra,* Cuerpos y almas, *tal como era la intención de su autor, es una fervorosa llamada a la conciencia humana. En ninguna otra de sus obras, vemos a Van der Meersch llevar tan lejos sus fuerzas para combatir el fariseísmo de nuestra sociedad. Cogidos de su mano, casi a rastras, recorremos los quirófanos, los dispensarios y consultorios médicos, donde acude la gente humilde, para que seamos testigos del espectáculo de su dolor y desamparo. De acuerdo o no con los postulados filosóficos del autor, nos sentimos obligados a juntarnos con los que luchan para la verdadera curación de los enfermos y la salvaguarda de su bienestar. A las resonantes polémicas que produjo la aparición de esta novela se añadió rápidamente su celebridad. Sólo basta recordar que la primera edición, en 1943, se agotó en seguida, y, al no poderse reimprimir debido a la escasez de papel de aquel entonces, aún en plena guerra mundial, algunos ejemplares de segunda mano llegaron a cotizarse al precio fabuloso de treinta mil francos. Hoy sus reimpresiones se suceden una tras otra en todos los idiomas.*

[*] De la edición de Círculo de Lectores del año 1965, como se indica al inicio del volumen [Nota del escaneador].